



Sermon Studies Epistles Series A

Spanish

ESTUDIOS PARA SERMONES SOBRE LAS EPÍSTOLAS

(CILA SERIE A)

E. H. Wendland, editor

Traducción Kathy Strackbein, Ruth y David Haeuser

**Publicaciones Multilingües
2500 George Dieter Dr
El Paso, Texas 79936
www.wels.net/mlp**

16 de Agosto de 2010

PREFACIO

Lo que comenzó hace casi una década en una Conferencia mundial de seminarios del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin ha resultado en este tercer libro de estudios para sermones sobre textos de las perícopas CILA. El primer libro cubrió los textos de los Evangelios de la serie C; el segundo siguió con las selecciones del Antiguo Testamento de la serie B. Esta vez los estudios se basan en la Epístolas de la serie A. Tanto la cooperación magnífica de pastores y profesores que han contribuido a estos estudios y la respuesta favorable que los libros han recibido ha llevado a la Comisión sobre literatura cristiana de nuestro sínodo a continuar con este proyecto en el campo de la homilética.

Otra vez se ha seguido el mismo formato general. Se resumen las tres lecturas bíblicas para cada domingo en su contenido y su relación con el año eclesiástico. Los textos de la Epístolas en que se enfocan los estudios están impresos en la Versión Reina-Valera 1960. El trato exegético sigue a los versículos del texto. Las “sugerencias homiléticas” incluyen esquemas básicos para sermones para cada texto. Se proporciona un breve resumen de cada epístola cuando se usen por primera vez, dando material de fondo para el estudio del texto.

Los 65 pastores y profesores que contribuyeron son de casi toda sección de los Estados Unidos y de cada distrito del sínodo. Algunos sirven en congregaciones grandes; algunos enseñan en escuelas secundarias del sínodo; algunos trabajan en campos misioneros, dentro del país y en el extranjero. Varían los estilos de escribir, el uso de ilustraciones y puntos de énfasis. Pero vengan los escritores de parroquias rurales o de centros urbanos, el mensaje de ley y evangelio es uniformemente claro. Tenemos una gran deuda con los siguientes escritores por sus contribuciones concienzudas a esta publicación (presentadas en orden alfabético): Frederick S. Adrian, G. Jerome Albrecht, Michael J. Albrecht, Kenneth R. Arndt, Robert O. Balza, William D. Balza, James A. Bare, Thomas L. Bartz, David J. Beckman, Jeffrey A. Berg, Allen R. Beyersdorf, Marcus L. Birkholz, Forrest L. Bivens, Mark E. Braun, John M. Brenner, Charles F. Degner, Steven C. Degner, Robert M. Edwards, Mark H. Falck, Michael T. Feuerstahler, Edwin C. Fredrich, Kenneth A. Gast, Mark S. Grubbs, Karl R. Gurgel, Thomas W. Haar, Eric S. Hartzell, David L. Hein, Herbert C. Huhnerkoch, Mark A. Jeske, David A. Kipfmiller, Paul H. Kolander, Keith C. Kruck, Peter H. Kruschel, Gregory P. Lenz, Oliver H. Lindholm, Ronald W. Mehlberg, Thomas P. Nass, Martin B. Petermann, Gordon J. Peters, Thomas C. Pfothenauer, Donald J. Pieper, Jerald J. Plitzuweit, Joel W. Prange, W. Keith Roehl, Ronald D. Roth, Edward A. Schaewe, Dale H. Schaffer, Joel B. Schroeder, Glenn L. Schwanke, E. Allen Sorum, James P. Tiefel, Roger E. Vomhof, Paul O. Wendland, James E. Werner, Paul H. Wilde, Michael A. Woldt, Arno J. Wolfgramm, John W. Zarling, Mark G. Zarling, John C. Zeitler, James R. Ziesemer.

El propósito de este libro no es proveer sermones prefabricados no ofrecer atajos en su

preparación, sino animar al predicador a hacer una investigación a fondo del texto mismo, de modo que en su sermón las Escrituras hablarán con claridad al pueblo santo de Dios, haciéndolo sabio para salvación por medio de la fe que está en Cristo Jesús. Si este libro ayuda a lograr este propósito, los colaboradores estarán en verdad felices.

E. H. Wendland

PREFACIO	2
PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO	8
EL TEXTO - ROMANOS 13:11-14.....	9
SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO	14
EL TEXTO - ROMANOS 15:4-13.....	14
EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO	23
EL TEXTO - SANTIAGO 5:7-10.....	26
CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO	32
EL TEXTO - ROMANOS 1:1-7.....	32
NAVIDAD - EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR	37
EL TEXTO - TITO 2:11-14.....	38
PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA NAVIDAD.....	44
EL TEXTO - GÁLATAS 4:4-7.....	45
SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA NAVIDAD	50
EL TEXTO - EFESIOS 1:3-6, 15-18.....	51
LA EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR	57
EL TEXTO - EFESIOS 3:2-12.....	57
PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA	63
EL TEXTO - HECHOS 10:35-38.....	64
SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA	71
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 1:1-9.....	74
TERCER DOMINGO DE EPIFANIA	80
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 1:10-17.....	80
CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA	85
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 1:26-31.....	85
QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA	90
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 2:1-5.....	90
SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA	94
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 2:6-13.....	95
SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA.....	101
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 3:10-11, 16-23.....	101
OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA.....	107
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 4:1-13.....	107

LA TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR ÚLTIMO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA	113
EL TEXTO - PEDRO 1:16-21	114
PRIMER DOMINGO DE CUARESMA	119
EL TEXTO - ROMANOS 5:12, 17-19	119
SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.....	126
EL TEXTO - ROMANOS 4:1-5; 13-17.....	126
TERCER DOMINGO DE CUARESMA	132
EL TEXTO - EFESIOS 5:8-14	132
CUARTO DOMINGO DE CUARESMA	137
EL TEXTO - ROMANOS 8:1-10.....	137
QUINTO DOMINGO DE CUARESMA.....	142
EL TEXTO - ROMANOS 8:11-19.....	142
DOMINGO DE RAMOS.....	148
EL TEXTO - FILIPENSES 2:5-11.....	149
VIERNES SANTO	154
EL TEXTO - HEBREOS 4:14-16; 5:7-9.....	155
LA PASCUA - LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR	158
EL TEXTO - COLOSENSES 3:1-4	159
SEGUNDO DOMINGO DE LA PASCUA	164
EL TEXTO - 1 PEDRO 1:3-9	165
TERCER DOMINGO DE PASCUA	170
EL TEXTO - 1 PEDRO 1:17-21.....	171
CUARTO DOMINGO DE PASCUA.....	175
EL TEXTO - 1 PEDRO 2:19-25.....	175
QUINTO DOMINGO DE PASCUA	181
EL TEXTO - 1 PEDRO 2:4-10.....	181
SEXTO DOMINGO DE PASCUA.....	188
EL TEXTO - 1 PEDRO 3:15-22.....	188
LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR.....	196
EL TEXTO - EFESIOS 1:16-23	196
SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA.....	200
EL TEXTO - 1 PEDRO 5:6-11	201
PENTECOSTÉS	207
EL TEXTO - HECHOS 2:1-21	208

LA SANTA TRINIDAD PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	213
EL TEXTO—2 CORINTIOS 13:11–14.....	214
SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	218
EL TEXTO - ROMANOS 3:21-25A, 27-28.....	218
TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	226
EL TEXTO - ROMANOS 4:18-25.....	226
CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	230
EL TEXTO - ROMANOS 5:6-11.....	230
QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	236
EL TEXTO - ROMANOS 5:12-15.....	236
SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	241
EL TEXTO - ROMANOS 6:1B-11.....	241
SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	248
EL TEXTO - ROMANOS 7:15-25A.....	248
OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	254
EL TEXTO - ROMANOS 8:18–25.....	254
NOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	259
EL TEXTO - ROMANOS 8:26, 27	259
DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	264
EL TEXTO - ROMANOS 8:28-30.....	264
UNDÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	269
EL TEXTO - ROMANOS 8:35-39.....	269
DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	275
EL TEXTO - ROMANOS 9:1-5.....	275
DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	280
EL TEXTO - ROMANOS 11:13-15, 29-32.....	280
DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	284
EL TEXTO - ROMANOS 11:33-36.....	285
DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	290
EL TEXTO - ROMANOS 12:1-8.....	291
DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	297
EL TEXTO - ROMANOS 13:1-10.....	297
DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	302
EL TEXTO - ROMANOS 14:5–9.....	302

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	308
EL TEXTO - FILIPENSES 1:1-5, 19-27.....	309
DECIMONOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	315
EL TEXTO - FILIPENSES 2:1-5.....	316
VIGÉSIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	321
EL TEXTO - FILIPENSES 3:12-21	321
VIGESIMOPRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	326
EL TEXTO - FILIPENSES 4:4-13.....	326
VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	333
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 1:1-5A.....	334
VIGESIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	341
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 1:5B-10.....	341
VIGESIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	347
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 4:13-14	347
VIGESIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	351
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 5:1-11	352
VIGESIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	358
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 2:8-13	358
VIGESIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	364
EL TEXTO - 1 TESALONICENSES 1:3-9	365
ÚLTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS	370
EL TEXTO - 1 CORINTIOS 15:20-28	370
DÍA DE LA REFORMA	376
EL TEXTO - APOCALIPSIS 14:6,7	377
FIESTA DE MISIONES	380
EL TEXTO - ROMANOS 10:11-17.....	380
FIESTA DE ACCIÓN DE GRACIAS.....	386
EL TEXTO - 1 TIMOTEO 2:1-4	386

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 2:1-5

Epístola — Romanos 13:11-14

Evangelio — Mateo 24:37-44

El año eclesiástico.

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 2:1-5, contiene la hermosa imagen del profeta inspirado de la iglesia de Jesucristo en el cumplimiento en el Nuevo Testamento, cuando gente de todas las naciones conocerá a su Dios salvador. El resultado final del cumplimiento será la Jerusalén celestial, un lugar de perfecta paz y comunión con Dios.

La lectura de la Epístola para el domingo, Romanos 13:11-14, presenta el conmovedor llamado del apóstol Pablo a los cristianos de “apartarse de las obras de las tinieblas y ponerse la armadura de la luz”. Pablo hace eco a la exhortación de Isaías en la lectura del Antiguo Testamento: “andemos en la luz del Señor”.

En el Evangelio, Mateo 24:37-44, Jesús compara los últimos tiempos en la tierra antes de su segunda venida con los tiempos antes del diluvio en los días de Noé. A causa de la manera repentina e inesperada de la venida de nuestro Señor, exhorta a sus seguidores: “estad preparados”.

Las tres lecciones proveen a los cristianos una excelente introducción al comienzo de otro año eclesiástico — un año de gracia, un año de arrepentimiento y renovación, un año en que los redimidos del Señor estarán más cerca a su herencia celestial.

Romanos

Pablo escribió la Carta a los Romanos desde Corinto, probablemente durante el invierno de 55 a 56 d.C. El propósito de su carta fue en primer lugar preparar una visita a Roma así como a otros lugares donde el evangelio todavía no había sido proclamado. La congregación de Roma sin duda había sido establecida por judíos que habían estado presentes en Jerusalén en el Pentecostés, pero había llegado a ser fundamentalmente una iglesia de gentiles.

Ya que los cristianos en Roma no habían gozado del beneficio de una profunda instrucción apostólica, el apóstol en esta carta presenta un tratado doctrinal exhaustivo, centrado en la enseñanza de la justificación por la fe sin las obras de la ley.

El texto para el primer domingo de Adviento se encuentra en los últimos capítulos de la

carta, en los cuales Pablo exhorta a los que han llegado a la fe en Cristo a expresar esta fe con una vida de amor, esperanza y renovación diaria en la vida de santificación. El énfasis en estos capítulos radica en la nueva vida de santificación que es el fruto que producen aquellos que han llegado a apreciar la gracia de Dios que justifica.

El texto - Romanos 13:11-14

En la primera parte de Romanos 13, Pablo recordó a los cristianos que ellos vivían en un mundo secular, como ciudadanos de un gobierno secular. Como ciudadanos romanos tenían la obligación de “reconocer” en las autoridades que gobernaban una orden establecida por Dios, un instrumento consagrado que merecía la obediencia, el honor y el respeto (Romanos 13:1-7).

Además, los cristianos debían demostrar una actitud bondadosa hacia toda la gente que vivía alrededor de ellos en este mundo secular. El amor, de hecho, fue como una deuda que jamás se podía pagar plenamente. El amor es el cumplimiento de la ley de Dios (Romanos 13:8-10).

Estar consciente de sus obligaciones debía servir para que el cristiano aumentara su gratitud por el tiempo que Dios le había dado en este mundo. Éste es el pensamiento que Pablo trata en nuestro texto:

v.11 — Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos.

“Y esto”, comienza Pablo, deben hacer. ¿Hacer qué? Hacer lo que se acaba de enfatizar en los versículos anteriores. Andar en amor y andar en la luz. Reconocer que como cristianos su forma de vida es diferente de los caminos impíos del mundo (véase Efesios 5:1-9; 1 Tesalonicenses 4:1-9). Hacer esto considerando que este “tiempo presente” (τὸν καιρὸν) puede pasar con demasiada rapidez.

Pablo describe la necesidad de entender este asunto del tiempo con más precisión: “Es ya hora de levantarnos del sueño”. El paso del tiempo lo hace más urgente. Pablo lo enfoca en una hora (ὥρα), una hora específica cuando hay necesidad de despertarse. Obviamente Pablo está hablando de un sueño espiritual que conduce a la muerte espiritual (véase Efesios 5:14; 1 Tesalonicenses 5:6). A causa de este sueño, los incrédulos siguen adelante con poca o ninguna preocupación por las consecuencias de sus caminos pecaminosos. Los cristianos, sin embargo, han renunciado a sus caminos pecaminosos. El cristiano todavía posee la carne pecaminosa. Pero por medio de la renovación y el arrepentimiento diarios necesita renunciar a su viejo Adán y llevar una vida nueva (véase Romanos 6:1-4). “La hora ha llegado”. Pablo exhorta, “Despertaos de vuestro sueño”. No dejen que la carne los domine. Que el mundo malvado que los rodea no los haga indiferentes.

El factor del tiempo es una consideración urgente para el cristiano — “porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”. En mi opinión, Pablo no se refiere a la “salvación” (σωτηρία) en el sentido de aquel acto de liberación que Cristo logró por toda la humanidad por medio de su obra de la redención. Aquí “la salvación” significa la liberación grande y final que será revelada en el último día cuando el Señor venga otra vez. Cada paso que el cristiano da lo acerca a ese día final. Y aunque muchos años han pasado desde que Pablo primero escribió estas palabras a los romanos, el cristiano no debe considerar el día de la segunda venida del Señor como algo que queda en un futuro oscuro y distante. Para el individuo ese día coincide con su muerte, que podría suceder en cualquier momento.

V.12 — La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.

Pablo utiliza la imagen del amanecer de un nuevo día para poner de manifiesto la urgente necesidad de que los cristianos se comporten como hijos de luz. “El día” (ἡ ἡμέρα) al cual Pablo se refiere es el día del juicio, el “día del Señor” (Filipenses 1:6; 1 Tesalonicenses 5:2). “La noche” (ἡ νύξ) que precede a este día del Señor es el tiempo del mundo presente, el tiempo que todavía está bajo la maldición del pecado y la muerte y que eventualmente pasará. Es el tiempo en que vivimos, al cual también se refiere como a “los últimos tiempos” (Hechos 2:17; 2 Timoteo 3:1; 2 Pedro 3:3).

A causa de la proximidad del nuevo día, Pablo exhorta a su pueblo: “Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz”. Así como la gente pone a un lado la ropa de dormir a la llegada de un nuevo día y se viste de ropa adecuada para las actividades del día, los cristianos deben ponerse la armadura, como para una batalla. La batalla del cristiano contra el pecado y Satanás es continua, como testifican abundantemente las Escrituras (Romanos 7:23; 2 Corintios 10:4; Efesios 6:12; 1 Timoteo 1:18; 6:12; 2 Timoteo 2:4). La armadura que el cristiano debe utilizar en esta batalla Pablo también la describe explícitamente en Efesios 6:13-17. Aquí Pablo se refiere a esta armadura como “la armadura de la luz” (τὰ ὄπλα τοῦ φωτός). Lutero notó que durante el día la gente generalmente evita hacer las cosas que se considerarían vergonzosas. Durante la noche, por otro lado, se dedica a toda clase de vergüenzas. Pablo nos exhorta a hacer solamente aquellas cosas que no dudáramos en que el mundo entero las viera abiertamente.

Esas “obras de las tinieblas”, o “cosas vergonzosas” Pablo las describe con más detalle en el versículo que sigue:

V.13 — Andemos como de día honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia.

Pablo menciona en tres pares las actividades que no pueden soportar la luz del día y en las cuales no participará el cristiano sincero:

1. “Las orgías y borracheras” (κώμοις καὶ μέθαις). El *Fressen und Saufen* de Lutero cubre bien estos vicios, las juergas y borracheras que los “lotófagos” de este mundo han llevado en su vida nocturna desde el principio, característica de los griegos y romanos de los días de Pablo, y que forman parte de la sociedad en que vivimos. No es un pecado gozar de las bendiciones de la vida en compañía de otros. Los términos de Pablo, sin embargo, no describen solamente el gozarse, sino claramente indican la clase de autocomplacencia que nos rodea, ya sea que vivamos en una ciudad próspera o en una aldea primitiva. El hombre por naturaleza anhela el exceso, lo cual conduce a la siguiente actividad peligrosa que menciona Pablo:

2. “Lujurias y lascivias” (κοίταις καὶ ἀσελγείαις). La complacencia sexual desenfrenada a la cual se refiere Pablo era común en la Roma antigua. Se celebraba en los templos paganos. ¿Y quién puede negar que la diosa del sexo controle el mundo del espectáculo de hoy? El homenaje que se le rinde ha tenido una influencia generalmente corruptora en la moral en nuestra sociedad. También constituye un verdadero peligro para nosotros que somos cristianos. De este segundo par de actividades prohibidas surge lo que Pablo menciona al final:

3. “Contiendas y envidia” (ἔριδι καὶ ζήλῳ). Gozar plenamente de las lascivias carnales trae los frutos de la destrucción: familias divididas, relaciones destruidas, matrimonios rotos. Y los cristianos de ninguna manera pueden pensar que son inmunes a estos peligros. Tanto el relato de la Escritura así como la historia de la iglesia están repletos de ejemplos de hijos de Dios que se infectaron de los mismos vicios y excesos de los que Pablo menciona en este versículo.

El remedio de Pablo se encuentra en las palabras que comienzan con la partícula adversativa: “más bien” (ἀλλά):

V.14 — Sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.

Cuando los cristianos fueron “bautizados en Cristo”, Pablo escribe a los gálatas (Gálatas 3:27), ellos fueron “revestidos de Cristo”. Realmente tomaron sobre ellos mismos todos sus méritos, todo lo que él en su obra salvadora logró por ellos. Pero esta ceremonia bautismal no fue una fórmula mágica de alguna clase, realizada una vez para luego olvidarla. Ya que hemos sido “revestidos de Cristo” en el bautismo, debemos llevar una vida de santificación diaria. El ejemplo de Cristo con todas sus virtudes siempre debe quedar ante sus cristianos: su “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Pablo continúa su mensaje a los gálatas: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos en el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanidosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros” (Gálatas 5:24-26). En vez de hallar el propósito y la meta de la vida en la gratificación de uno mismo, el cristiano encuentra su propósito en lo opuesto. Con un espíritu de negación de sí mismo, procurará

aquellas cosas que aumentarán su entendimiento espiritual y que pronto conducirán a su herencia eterna en el cielo.

Sugerencias homiléticas

Nuestro texto de la epístola en la serie de textos CILA serie A para el primer domingo de Adviento es el mismo que el de la serie histórica. La imagen del amanecer de un nuevo día, por supuesto, establece un tono apropiado para el comienzo de otro año eclesiástico. “La noche está avanzada, y se acerca el día”. ¡Qué imagen tan impresionante para recibir otro año de gracia! ¡Qué recordatorio tan contundente para que tomemos nota del tiempo en que vivimos, de la gracia que hemos recibido, de la salvación final que tiene por delante y el hecho de que esta salvación está más cerca que cuando primero llegamos a creer.

Nuestro texto, con su lenguaje pintoresco, necesita ser estudiado y explicado para que todo el impacto tan conmovedor de Pablo sea apreciado también a la luz de otros pasajes de la Biblia que declaran las mismas verdades urgentes. La “oscuridad antes del amanecer” representa la moral de un mundo maldecido por el pecado en toda su fealdad, una oscuridad a la cual el cristiano ha renunciado con todos sus obras y todos sus caminos malvados. El “nuevo día” refleja la nueva vida de santificación que caracteriza el camino del cristiano, un camino que por la fe lleva puesta la armadura protectora de los medios de gracia, y está vestido del Señor Jesucristo. La “salvación” que está a la mano es nuestra herencia celestial, una meta que se acerca con cada momento que pasa. El texto infunde el espíritu de Adviento con toda su urgencia y expectativa.

Una manera de captar esta imagen de Adviento sería presentar estas verdades desde el ambiente de una casa, en donde se oye temprano en la mañana el llamamiento:

¡Es hora, ya es hora!

1. hora de despertarse (v. 11,12)
2. hora de vestirse (v. 12-14)
3. hora de esperar el nuevo día (v. 11)

La primera parte enfatizaría la hora, el conocimiento de que la noche de este mundo maldecido por el pecado llegará a su fin, que seguramente viene un nuevo día, que toda la vida del cristiano se pasa esperando este cambio de la oscuridad del pecado a la luz de ese nuevo día.

La parte dos describiría el cambio de actitud que se refleja en la vida del cristiano. Arrepintiéndose y renovándose diariamente se despojará de las obras de las tinieblas como Pablo las describe, vistiéndose del Señor Jesucristo.

La parte tres representaría la “salvación” que tiene por delante; una liberación final del pecado, Satanás y la muerte, una salvación que está más cerca de lo que podamos pensar

y hacia la cual otro año eclesiástico nos acercará siempre más.

Un esquema básico para un uso similar de este texto se podría expresar de esta manera:

El llamamiento de Adviento: ¡Despierten!

1. La noche casi se acaba.
2. El día se acerca
3. Por tanto prepárense.

Una división en dos partes se podría formular como sigue:

¡Que Jesús esté cerca de ustedes en el año que viene!

1. Cuando se vistan de la salvación que él ha traído (v. 12-14)
2. Mientras esperan ansiosamente la salvación que él traerá (v. 11)

Una anécdota interesante con respecto a este texto es el papel que desempeñó en la conversión del padre de la iglesia, San Agustín. En sus *Confesiones* (8,12) escribe cómo en sus luchas contra los excesos de sus primeros años oyó una voz que le llamó: “¡Toma y lee!”. Al abrir su Biblia encontró las palabras de este texto, palabras que brillaron como una intensa luz en su alma, fortaleciéndolo en su resolución de apartarse de su manera pecaminosa de vivir y dedicarse totalmente al servicio del Señor.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 11:1-10

Epístola — Romanos 15:4-13

Evangelio — Mateo 3:1-12

El año cristiano

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 11:1-10, habla del Salvador que vendrá de “la raíz” del tronco de Isaí. Y cuando venga este Salvador, ¡cuán grande paz traerá! Aun los enemigos naturales tales como el lobo y el cordero, el becerro y el león, la vaca y el oso vivirán juntos en paz.

La lectura de la Epístola, Romanos 15:4-13, repite el mensaje de Isaías proclamado en la lectura del Antiguo Testamento. En estos versículos de Romanos, Pablo nos anima a vivir en paz y unidad con los demás creyentes, y aceptarnos unos a otros con amor, sin importar las circunstancias externas. Aun la diferencia entre judíos y gentiles debe olvidarse, ya que Jesús escogió a cada uno de nosotros para ser suyo.

En la lectura del Evangelio, Mateo 3:1-12, vemos a Juan el Bautista preparando el camino para el Salvador. Juan predica el arrepentimiento, y mucha gente se arrepiente. Juan advierte a los fariseos y saduceos contra un formalismo sin vida en su culto. Les dice que para su salvación no deben depender de su habilidad de encontrar las raíces de sus antepasados en Abraham. Se necesita más que esto. Se necesita la fe en el Salvador prometido en quien creyó Abraham.

Estas tres lecciones se centran en el mensaje del Adviento, que proclama que el Salvador ha venido para establecer la paz entre Dios y el hombre y para hacernos miembros de la familia de Dios. La manera de llegar a pertenecer a la eterna familia de Dios no es por medio de formas de religión sin pensar basadas en las circunstancias externas, sino en el verdadero arrepentimiento y la sincera fe en el Salvador. Esta fe une a todos los creyentes en una familia, sean judíos o gentiles, esclavos o libres, varón o hembra. Y podemos mostrar nuestra fe en la manera en que tratamos a los otros, especialmente a los demás creyentes.

El texto - Romanos 15:4-13

El texto para el sermón es la conclusión de una sección más larga que comienza en Romanos 14:1. Esta sección trata acerca de aceptarse unos a otros como hermanos, si uno es débil en la fe o fuerte, si uno está de acuerdo respecto a los adiaforia o no, si uno es judío o gentil. Pablo concluye esta sección con las palabras de nuestro texto,

especialmente el versículo 7: “Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”.

v.4 — Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.

Las cosas “que se escribieron antes” es una referencia al Antiguo Testamento, que fue escrito siglos antes, que profetiza la venida de Cristo. Estas Escrituras fueron escritas “para enseñarnos” mediante sus ejemplos y para motivarnos con su poder. El resultado final de esta enseñanza es “a fin de que tengamos esperanza”. No importa cuán oscuro sea el día, las Escrituras nos dan la paz y el gozo y la esperanza. Nos aseguran que la mano de Dios dirige todas las cosas.

Y los medios por los cuales las Escrituras nos dan esta esperanza son “por la paciencia y la consolación de las Escrituras”, es decir, por la paciencia y el ánimo que solamente las Escrituras pueden dar.

La palabra “paciencia” (ὕπομονή) literalmente significa “permanecer bajo”. La imagen es la de un levantador de pesas que levanta una gran barra, la pone sobre su cabeza y la mantiene allí mientras él permanece bajo su peso. La imagen de la paciencia tiene dos partes: el gran peso, y la persona que permanece pacientemente bajo ese peso. Ser paciente quiere decir soportar a gente que es más débil o diferente, no sólo por un rato, sino indefinidamente, por el tiempo que sea necesario.

La palabra “consolación” (παράκλησις) aquí significa “llamar por la línea”. La imagen es de un capitán que pasa por la línea animando y consolando a los hombres que están bajo su mando.

La frase “de las Escrituras” es un genitivo subjetivo. Cuando el genitivo sigue a un sustantivo verbal, puede indicar el sujeto o el objeto de la acción. Este genitivo muestra el sujeto de la acción, y significa “la paciencia y el ánimo que dan las Escrituras”. Lo único que nos puede dar la paciencia para soportar indefinidamente a la gente y el ánimo para seguir adelante es “las Escrituras”, que nos fueron dadas por Dios como vemos en el versículo que sigue:

v.5 — Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús.

La Palabra de Dios tiene el poder para dar la paciencia y el ánimo. La expresión “entre vosotros un mismo sentir” traducido literalmente sería “para pensar la misma cosa entre ustedes”. Pablo exhorta a que cada creyente tenga la misma clase de amor y demuestre la misma clase de misericordia. Ésta es la clase de unidad que nosotros como cristianos debemos esforzarnos por alcanzar.

Pablo define con más precisión esa unidad. Lo que Pablo desea es una unidad basada en lo que Jesús dice. Toda la unidad en el mundo no servirá para nada a menos que también esté “de acuerdo con” lo que dice Jesús. El antiguo refrán es cierto: “Si cincuenta millones de personas creen una cosa equivocada todavía está equivocada”. Solamente cuando los creyentes están unidos “de acuerdo con lo que dice Jesús” en las Escrituras puede haber verdadera unidad.

Y el propósito de nuestra unidad se da en el versículo 6:

v.6 — Para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

“Unánimes” en el idioma griego realmente es un adverbio, que significa, “con un corazón igual” o “con los mismos sentimientos”, o “de un espíritu similar”.

La frase que sigue es preposicional, literalmente: “en una boca”. Pablo en primer lugar anima a una unidad en nuestros pensamientos, actitudes y creencias, y luego en nuestras afirmaciones externas, de la manera en que profesamos públicamente las creencias que están en nuestros corazones.

Esta unidad de corazón y lengua debe mostrarse mientras “glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. “Glorificamos” a nuestro Dios cuando lo adoramos u oramos a él, o hacemos cualquier cosa que muestra nuestro amor y aprecio a Dios. Lo que Pablo desea es la unidad de corazón y lengua cuando adoramos, oramos, o de cualquier otra forma que llevamos a cabo la obra del Señor para la gloria de Dios.

Dios desea unidad de corazón y lengua mientras confesamos nuestra fe y quiere esa unidad “de acuerdo con Cristo Jesús”. Dios no quiere la unidad que “está de acuerdo en estar en desacuerdo” o la unidad a costa de abandonar los principios. Eso no es unidad “de acuerdo con Cristo Jesús”. Dios quiere la unidad basada en el entendimiento correcto y la confesión de la palabra de Dios.

Ya que Pablo ha rogado por la unidad de corazón y lengua para la gente, ahora exhorta a mostrar esta unidad de una manera muy práctica:

v.7 — Por tanto, recibíos los unos a los otros como Cristo os recibió para la gloria de Dios.

“Recibíos los unos a los otros” en el original griego es un imperativo presente. Traducido literalmente sería: “Acéptense unos a los otros”. El presente imperativo exige acción continua. Esto se debe hacer con regularidad, una y otra vez, como un deber constante. Acéptense unos a los otros y sigan aceptándose unos a los otros.

El segundo “aceptar” es un indicativo aoristo que demuestra acción “puntiliar” o de una

vez. Cristo nos aceptó de una vez para siempre al llamarnos a la fe. Y ahora en base a esa aceptación de una vez de parte de Cristo, debemos continuamente “recibirnos los unos a los otros”

La palabra “aceptar” significa “recibir para ti”, o “aceptar a esta persona en tu propia sociedad”. Pablo nos anima a aceptar a otros, así como son, en una estrecha asociación con nosotros mismos, o a “aceptarnos unos a los otros, tal y como somos”. No hay que exigir primero el cambio de la personalidad. No esperen que cambien; acéptenlos como son.

Luego viene esa palabrita: “como” (καθώς). Debemos aceptarnos los unos a los otros “como” Cristo nos ha aceptado. Jesús nos aceptó no porque éramos muy lindos, o porque teníamos mucho potencial, o porque valíamos la pena, o porque él pensaba igual como nosotros. De hecho, Pablo nos dice en Efesios 2 que todos estábamos muertos antes de ser llevados a la fe, éramos objetos de la ira de Dios. Sin embargo, a pesar de lo que éramos, Jesús nos aceptó y nos volvió a la vida, aun cuando todavía estábamos muertos en nuestros pecados.

Éste es el mismo punto que enfatiza la siguiente frase. La Nueva Versión Internacional la traduce como una cláusula de propósito: “para gloria de Dios”. Éste llega a ser el propósito por el cual fuimos aceptados por Cristo, es decir, para que presentemos alabanzas a Dios.

Otra manera de entender esta frase sería como una frase en aposición. Jesús nos aceptó no porque éramos tan grandiosos, sino para mostrar la gloria de Dios. El hecho de que creamos no dice nada acerca de nuestro mérito; demuestra más bien lo grande y glorioso que es el Dios que tenemos. La frase se podría traducir: “Acéptense, entonces, los unos a los otros, así como Cristo los aceptó, para demostrar la gloria de Dios”.

Los defensores de la “teología de la decisión” siempre preguntan a la gente: “¿Has aceptado a Jesús?”. Estas palabras de Pablo nos dan la respuesta apropiada a esa pregunta: “Jesús me ha aceptado a mí”.

El versículo 7 contiene el énfasis principal de toda esta sección. Debemos demostrar nuestra unidad con nuestro corazón y nuestra boca aceptándonos unos a los otros como hermanos.

v.8 — Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres.

La palabra “circuncisión” (περιτομή) frecuentemente se ha usado para referirse a los judíos. Pero también podría ser un ejemplo de “algo que representa la totalidad”. Esta única ley ceremonial de la circuncisión podría representar todas las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Así, lo que Pablo está diciendo es que Jesús se hizo un siervo

de todas las leyes ceremoniales dadas por Dios a los Israelitas del Antiguo Testamento.

Jesús se hizo siervo de estas leyes “en beneficio de la verdad de Dios” o “por causa de la veracidad de Dios”. Dios había prometido un Salvador en el Antiguo Testamento. Dios también había dado las leyes ceremoniales que el Salvador cumpliría cuando viniera. Todas estas leyes señalaban a Cristo. Así Jesús vino a someterse a todas estas leyes ceremoniales para guardar las promesas que Dios nos había hecho. Este versículo se podría parafrasear: “Cristo se esclavizó a todas las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento, para guardar las promesas de Dios”.

Ahora viene el propósito por el cual Jesús cumplió esas leyes del Antiguo Testamento, es decir, “para confirmar las promesas hechas a los padres”. El verbo “confirmar” significa “hacer que algo esté firme y seguro”, “que algo esté sólidamente arraigado”. Jesús vino a confirmar todas esas promesas hechas a los patriarcas. Lo hizo cumpliendo cada una de ellas.

v.9 — Y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, y cantaré a tu nombre.

Hay tres maneras posibles de entender este versículo. Podría ser una cláusula de resultado, como lo traduce la Nueva Versión Internacional, y significaría que ya que Jesús ha cumplido las leyes del Antiguo Testamento, los gentiles también pueden glorificar a Dios.

O podría ser una segunda frase en infinitivo que depende de la palabra “a” (εἰς) en el versículo 8. Esto le daría el significado de un segundo propósito para que Jesús se convirtiera en siervo de los judíos, es decir, para confirmar las promesas hechas a los patriarcas y para que los gentiles glorifiquen a Dios.

O podría ser una cláusula en aposición a “las promesas de Dios”. Entonces significaría que Jesús vino para confirmar las promesas hechas a los patriarcas, es decir, “que los gentiles también puedan glorificar a Dios”.

Lo último es preferible, ya que ésta es la solución más obvia, y porque concuerda muy bien con el punto principal de esta sección.

Muchos cristianos judíos querían someter a los gentiles a las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Pero Pablo aquí nos dice que Jesús cumplió todas esas leyes. Ahora están anuladas. Ahora toda la gente está libre de ellas.

Los gentiles glorificarán a Dios “a causa de la misericordia de Dios”. Se podría hacer la pregunta: “¿Por qué debe permitirse que estos gentiles vengan a Dios? No han vivido conforme a las leyes ceremoniales. No eran parte del pueblo escogido”. La respuesta es: “a causa de la misericordia de Dios”. Los gentiles pueden venir, no porque se hayan

ganado el derecho, sino a causa de la misericordia de Dios. Y esto se puede decir a toda la gente. Sean judíos o gentiles, la gente viene a Dios no por sus propios méritos, sino por la misericordia de Dios.

Pablo ahora presenta cuatro pasajes para comprobar la promesa de Dios de que los gentiles también glorificarán a Dios. El primer pasaje que utiliza es 2 Samuel 22:50. Este cántico de David también se encuentra en el Salmo 18. Es un cántico de alabanza a Dios cuando Dios libró a David de la mano de Saúl. Después de regocijarse porque Dios siempre estaba allí para protegerlo, David termina su canto de regocijo con estas palabras: “Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Jehová, y cantaré a tu nombre”. David está diciendo que la gloria y el poder y el amor de Dios son tan grandes que no puede guardar el secreto. Tiene que comunicar estas buenas noticias. De hecho, la gloria de Dios es tan grandiosa que David no la puede guardar solamente para Israel. Tiene que difundirla aun entre los gentiles para que todo el mundo sepa cuan glorioso y misericordioso es Dios.

Pablo retoma este punto y lo aplica. Dios quiere que las buenas noticias de su eterna salvación se extiendan aun a los gentiles. Y luego viene el segundo pasaje de demostración de Pablo:

v.10 — Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo.

Pablo se refiere a Deuteronomio 32:43. Precisamente antes de la muerte de Moisés, recitó este cántico a su pueblo. En él, Moisés recuerda al pueblo del poder y del amor de Dios por ellos. Moisés les recuerda lo prósperos que han sido cuando han seguido los caminos de Dios, y lo que han padecido cuando han rechazado a Dios. Moisés termina su cántico recordando a la gente que Dios todavía está en control y demostrará este hecho vengándose de sus enemigos.

El punto principal de este pasaje es que Dios se vengará de sus enemigos y les dará su merecido, y cuando Dios lo haga, su pueblo se regocijará — no solamente los judíos, sino también los gentiles que confían en Dios. Con respecto a esto, Moisés está diciendo que los gentiles también pueden ser hijos de Dios y pueden regocijarse de la justicia y del amor de Dios. Aun en el Antiguo Testamento Dios incluyó a los gentiles creyentes entre su pueblo.

v.11 — Y otra vez: Alabad al Señor, todos los gentiles; y magnificadle todos los pueblos.

Pablo ahora se refiere al Salmo 117:1. En este breve salmo, el autor claramente exhorta a los gentiles a adorar y alabar a Dios, porque el amor de Dios es abundante hacia todos.

v.12 — Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él.

Esta vez Pablo se refiere a Isaías 11:10 y cita un versículo de la lectura del Antiguo Testamento para este domingo. Lo que Isaías hace ver es que el Salvador no vendrá solamente para los descendientes físicos de Abraham, sino para todos los que confían en el Salvador en quien confió Abraham. La salvación no es solamente para los judíos, sino también para los gentiles. Habrá esperanza también para los gentiles.

La evolución de la idea en este versículo es: Primero, oímos al pueblo de Dios alabando la gloria de Dios en presencia de los gentiles. En segundo lugar, se invita a los gentiles a unirse a los judíos en el regocijo de la gloria de Dios. En tercer lugar, se invita a los gentiles a alabar a Dios ellos mismos. Y luego, finalmente, los gentiles pueden esperar en el Dios de Israel, porque el Salvador ha venido para todos, también para los gentiles.

Esto, luego, lleva a Pablo a sacar su conclusión. Los cristianos en Roma deben aceptar a los cristianos gentiles como hermanos, tal y como son, sin hacerlos que acaten todas las leyes ceremoniales. Y para asegurar a los cristianos judíos que no era partidario de algo nuevo, Pablo les muestra que aun en el Antiguo Testamento al pueblo de Dios se le animó a hacer exactamente esto.

v.13 — Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.

Pablo termina esta sección con una oración. Ha pedido a los miembros de la congregación de Roma a aceptarse los unos a los otros tal y como son. Esto resulta difícil para los seres humanos que tienen prejuicios. Necesitarán ayuda. Así Pablo dirige su atención al único que realmente puede ayudarlos a hacer esto, el Espíritu Santo.

“El Dios de esperanza” literalmente es: “el Dios de la esperanza”. La última palabra del versículo 12 fue “esperanza”, la esperanza que los gentiles tenían en su Salvador. Pablo a propósito llama a Dios “el Dios de esta esperanza” para recordar a los cristianos que Dios mismo fue el autor de la esperanza de los gentiles. Estos gentiles están en la familia de Dios, porque Dios los ha llamado. De esta manera, los judíos cristianos lo pensarían dos veces antes de despreciar a alguien que Dios había escogido. De la misma manera, Dios dijo a Pedro: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (Hechos 10:15).

Pablo ruega porque el Dios de esta esperanza “los llene de todo gozo y paz”. El gozo y la paz son el producto natural de la fe. Cuando creemos en Jesús, tenemos el verdadero gozo y la paz.

Pablo no está pidiendo la clase de gozo y paz que el mundo busca. Para el mundo la definición de gozo es “todo lo que sea necesario para hacerme feliz”. Si fuera una desgracia para alguien más, o satisfacer mi antojo egoísta, que así sea. Para el mundo la definición de paz es “cuando no tengo ningún conflicto en mi vida y todo resulta como yo quiero”.

Pablo no pide esta clase de paz y gozo sino la verdadera paz y el verdadero gozo. El verdadero gozo viene cuando se hace la voluntad de Dios y la gente actúa como Dios quiere. La verdadera paz viene cuando vivimos en armonía con Dios y con nuestro prójimo.

Y el propósito de este gozo es “para que abundéis en esperanza”, literalmente “para que aumenten en la esperanza”. El verbo traducido como “rebosar” o “abundar” es un presente infinitivo que demuestra acción continua. Crecer en la esperanza no es cosa de una sola vez. Debe ser un crecimiento constante, día a día, hora a hora.

Pablo pide que su esperanza aumente constantemente. La esperanza es la confianza en la dirección de Dios, y la confianza de que para Dios todo es posible. Los cristianos deben ser positivos y deben crecer para ser más y más positivos cada día que pasa.

Por supuesto, la única manera de crecer en esperanza, la única manera de llenarse de todo gozo y paz, y que los cristianos pueden aceptarse unos a los otros es “por el poder del Espíritu Santo”. Si quieren el poder para hacer lo que quiere Dios, vayan a la fuente de ese poder, la palabra de Dios.

Hoy tal vez no necesitamos oír mucho acerca de “aceptar a los gentiles”, porque somos gentiles. Pero sí necesitamos oír la exhortación de Pablo a “recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió”. Porque aún hoy, aun entre nosotros los cristianos puede haber muchos prejuicios. Nosotros los cristianos también podemos tener la tentación de calificar a las personas en base a sus circunstancias externas, y luego sacar toda clase de conclusiones en base a cómo las hemos calificado.

Nuestro prejuicio puede basarse en el color de piel, o el estilo de ropa, o lo largo del pelo de una persona, o su edad, o un sinnúmero de otras razones. Pero el resultado final es igual. Los juzgamos solamente basándonos en sus circunstancias externas.

Sugerencias homiléticas

Las palabras de Pablo nos hacen recordar que tenemos que “aceptarnos los unos a los otros” en base a que Cristo nos acepta. Este mensaje se adapta muy bien al tema del Adviento. En el Adviento oímos acerca del Salvador venidero. Oímos acerca del precursor que debía preparar el camino para este Salvador. Y este Salvador no juzga por las apariencias externas. No acepta a las personas porque siguen reglas y tradiciones externas. Esto se manifiesta en la lectura del Evangelio. El Salvador acepta a las personas sin importar su apariencia externa, solamente en base a la misericordia y la gracia de Dios. Y esto debe ser nuestra base para aceptar a otros. Así como Jesús nos aceptó, debemos aceptar a otros. Si Jesús aceptó a otros en su reino, ¿cómo podemos nosotros no aceptarlos? La amonestación de Pablo es clara. “Acéptense unos a otros así como Cristo los ha aceptado, no en base a lo que vemos desde fuera, sino en base a la misericordia y

la gracia de Dios”.

Seguir este hilo del pensamiento le da un énfasis misionero a nuestro texto de Adviento. El Salvador prometido vino para toda la gente. Las Escrituras del Antiguo Testamento claramente predijeron esto. Como cristianos del Nuevo Testamento podemos regocijarnos en este hecho. Al prepararnos a celebrar el cumpleaños de nuestro Salvador recordemos que:

Jesús vino para todos

1. El Antiguo Testamento claramente predijo esto (v. 8-12)
2. El que Dios nos acepte depende de esto (v. 7)
3. Compartamos con entusiasmo este mensaje con todo el mundo (v. 5-6; v. 13)

Otra manera de usar este texto puede comenzar con la amonestación de Pablo a la unidad cristiana (v. 5). A esto se le puede dar un sabor de la estación de la siguiente manera:

Qué el niño Cristo nos traiga la verdadera unidad.

1. Una unidad que da gloria a Dios (v. 5-6)
2. Una unidad que busca a otros (v. 7-12)
3. Una unidad que nos llena de bendiciones espirituales (v. 13)

EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 35:1-10

Epístola — Santiago 5:7-10

Evangelio — Mateo 11:2-11

El año eclesiástico

La Lectura del Antiguo Testamento, Isaías 35:1-10, es la conclusión culminante de la primera mitad del libro de Isaías. Los capítulos 36-39, que describen el sitio de Jerusalén por Senaquerib en 701 a.C., realmente forman el centro del libro. El tema predominante de los primeros 35 capítulos, entonces, es una advertencia urgente del juicio inminente de Dios que el ejército de los asirios lo llevaría a cabo contra el pueblo de Israel. Palabras de consuelo dominan los capítulos 40 - 66 después de los acontecimientos del 701 a.C.

Los capítulos 34 y 35 forman un par. Primero, el Señor amenaza con traer destrucción y muerte sobre todas las naciones que rehúsan reconocerlo. Y luego, en nuestra lectura, se representa vívidamente al desierto reseco lleno de flores por la venida de la gloria de Jehová. Esta descripción emocionante de la milagrosa transformación de todas las cosas que va a señalar el adviento del Mesías Jesús la menciona en nuestra lectura del Evangelio.

La lectura de la Epístola, Santiago 5:7-10, nos pone en una situación similar a la que experimentó el pueblo al cual habló Isaías en nuestra lectura del Antiguo Testamento. La descripción de Isaías sobre la venida del Mesías ha de haber causado un profundo entusiasmo por ver ese día. Pero todavía quedaban unos siete siglos de espera. Asimismo, los que vivimos esperando con entusiasmo el segundo adviento del Mesías tenemos que prestar atención a la exhortación de Santiago de mantener nuestra gran expectativa con paciencia, tranquilidad y humildad.

La lectura del Evangelio, Mateo 11:2-11, es la historia de Juan el Bautista cuando está en la cárcel y envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si realmente él era el que “había de venir” (Salmo 118:26). Antes de esto Juan había proclamado públicamente: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30). Ahora esto realmente ocurría, y Juan dijo a sus discípulos que fueran y vieran por sí mismos que Jesús de hecho era el Mesías y que regresaran con su informe. Jesús les indicó el capítulo 35 de Isaías. Luego se dirigió a la multitud que se había reunido y le explicó que Isaías había predicho la misión de Juan.

Santiago

Por lo general, se está de acuerdo en que el autor de esta epístola es Santiago el hermano de nuestro Señor (Mateo 13:55). Se esperaría que Santiago tuviera el título de *apóstol* en vez del de *siervo* en 1:1. Y Santiago, el hijo de Zebedeo y hermano de Juan, fue mártir en 44 d.C. (Hechos 12:2), antes que esta epístola se escribiera. (Thiessen: “La epístola tuvo que haberse escrito después de apedrear a Esteban, cuando las persecuciones que siguieron condujeron a una evangelización más activa en las áreas fuera de Palestina. Tal vez se pueda decir con seguridad que Santiago se escribió en algún tiempo entre 45 y 48 d.C.”)

¿Fue este Santiago hijo uterino de María, o “hermano de nuestro Señor” solamente en el sentido más amplio del término? Aparte del asunto acerca de la perpetua virginidad de María, se pregunta Lenski: “¿Si Santiago y Judas, sin mencionar a los otros dos hermanos y varias hermanas, fueran hijos uterinos de María, cómo podría Jesús entregar a su madre a Juan?” (Juan 19:25). Parece posible suponer que después de que José había muerto María y su hermana establecieron una casa común. “¿Y por qué no deben los hijos ser considerados hermanos y hermanas, tanto más ya que solamente había un niño (Jesús) de una de ellas?”.

Tal vez debido a la intimidad del vínculo familiar, Santiago no aceptó al principio a Jesús como quien realmente era (Juan 7:5). Pero parece que una aparición especial del Cristo resucitado lo convirtió (1 Corintios 15:7). Santiago luego estuvo entre los discípulos que se reunieron en Jerusalén después de la ascensión para esperar el prometido derrame del Espíritu en el Pentecostés (Hechos 1:14). Evidentemente su piedad sincera y profunda, combinada con su estrecha relación con Jesús, hizo que fuera reconocido como el líder de los creyentes en Jerusalén (Hechos 12:17; 15:13-29; 21:18; Gálatas 1:19; 2:9,12; Judas 1). Según Hegisipo, a quien Eusebio citó, a Santiago lo echaron del pináculo del templo y luego lo mataron a golpes con un palo alrededor del 62 d.C.

La Epístola testimonia que Santiago conocía completamente el Antiguo Testamento. Martín Franzmann comenta que Santiago “toma todos sus ejemplos del Antiguo Testamento (Abraham, Racab, Job, los profetas, Elías) y esto nos dice algo tanto acerca de sus lectores como del autor”. “Las doce tribus esparcidas entre las naciones” (1:1) podría ser una designación típicamente novotestamentaria para los creyentes de origen tanto judío como gentil, pero parece más probable que Santiago escribió antes que Pablo realizara su primer viaje misionero y así antes que los gentiles comenzaran a llegar en grandes números a la iglesia.

Es de notar que “la epístola comienza con una invitación a encontrar motivo de gozo en ‘las diversas pruebas’ (1:2) y cierra con una amonestación para restaurar al hermano que ‘se ha extraviado de la fe’ (5:19)” (Franzmann). La persecución los tentaba a sucumbir ante la depresión, la amargura y la impaciencia. La apostasía era un peligro muy real. Y así Santiago responde a esta situación con una carta tanto animadora como de gran

autoridad. En sólo 108 versículos utiliza 54 imperativos, y la mayoría de las demás oraciones son breves y directas.

Es particularmente interesante el comentario de Alejandro Ross: “Esta epístola contiene más reminiscencias verbales de la enseñanza de Jesús que todos los otros escritos apostólicos juntos. Especialmente notables son sus indudables ecos del Sermón del Monte”. (Véase Santiago 1:22 y Mateo 7:20,24; Santiago 3:12 y Mateo 7:16; Santiago 2:5 y Mateo 5:3; Santiago 4:11-12 y Mateo 7:1; Santiago 5:2 y Mateo 6:19; Santiago 5:12 y Mateo 5:33-37).

Si el contenido y el mensaje de esta carta debe resumirse en una palabra, esta palabra tendría que ser ¡*arrepíentanse!* Para citar otra vez a Franzmann:

Toda la Carta de Santiago es un gran llamamiento al arrepentimiento, arrepentimiento tal como los profetas del Antiguo Testamento, Juan el Bautista y Jesús mismo lo había proclamado: que el hombre se vuelva totalmente a su Dios, que deshaga completa y radicalmente la maldad de su ser y de su pasado, que se vuelva en forma sumisa y obediente, volver siempre es a fin de cuentas el propio acto de Dios en el hombre (véase Hechos 5:31; 11:18).

Un asunto final que merece un breve comentario es la actitud de Lutero hacia el Libro de Santiago. Es bien conocido que Lutero vio una contradicción entre Santiago 2:24 y Romanos 3:28. En la edición de 1522 de su Biblia alemana, Lutero llamó a Santiago “una epístola de paja” (LW AE Tomo 35 p. 362). “Por tanto, no quiero tenerla en mi Biblia” (LW AE Tomo 35 p. 397 n. 55). Coloca a Santiago junto con Judas, Hebreos y Apocalipsis al final de su Nuevo Testamento y en su índice de materias no les dio el número de página (tanto Erasmo como Cayetano expresaron dudas similares acerca de Santiago).

Juan R.W. Stott explica muy sencillamente lo que Lutero parece haber tenido problemas en entender: “El Espíritu Santo utiliza a Pablo para enfatizar la fe que resulta en las obras y Santiago enfatiza las obras que resultan de la fe”, y Martin Franzmann se explaya en ese punto:

La polémica de Santiago *puede* ir dirigida contra una versión diluida y distorsionada del evangelio de Pablo ... pero es más probable que Santiago no combate una doctrina, sino una amenaza práctica para la fe que llegó a sus lectores de su pasado judaico y su ambiente judaico ... Pablo enfatiza el hecho de que nuestra salvación es totalmente por la gracia de Dios y finalmente es su acción y que la fe es por tanto en primer lugar y principalmente el puro recibir ... Santiago no permitirá que ningún hermano destruya su fe ni se destruya a sí mismo haciendo que la fe sea una aceptación intelectual de proposiciones doctrinales despojándola de amor y

obras. Pablo habla a la desesperación del pecador; Santiago habla a la indiferencia cristiana.

La ironía es que en su famoso prefacio al Libro de Romanos Lutero definió la fe en términos que parecen recordar los de Santiago:

La fe es una obra divina en nosotros, que nos transforma y nos hace renacer para Dios, Juan 1:12,13, y mata al viejo Adán y nos hace hombres completamente diferentes, en el corazón y el espíritu y la mente y los poderes; y trae consigo el Espíritu Santo. Oh, esta fe está viva, ocupada, activa y es poderosa; no puede hacer otra cosa sino hacer el bien constantemente. La fe no pregunta si hay buenas obras por hacer, sino las ha hecho antes que uno pregunte y siempre está haciéndolas. Sin embargo, todo el que no hace tales obras es un incrédulo; anda a tientas buscando la fe y las buenas obras y no sabe qué es la fe ni las buenas obras. (LW AE Vol 35 p. 370)

El texto - Santiago 5:7-10

El capítulo 5 comienza con una seria advertencia a los ricos que “han vivido rodeados de lujo y en excesos en la tierra”. Estaban acaparando dinero y propiedades y obsesionados con acumular siempre más. Defraudaban y explotaban a sus empleados y vecinos en búsqueda de la felicidad — esa meta difícil de alcanzar que tienta constantemente a los codiciosos. Finalmente aun el asesinato había llegado a ser el fin que justifica los medios. Santiago advierte a los ricos a arrepentirse antes que sea demasiado tarde.

Evidentemente, algunos de los lectores de Santiago estaban entre los que habían estado sufriendo a manos de los ricos. Y, por supuesto, el deseo de vengarse fue una reacción instintiva a esta opresión. Pero Santiago nos exhorta a ser pacientes y a dejar la venganza al Señor (Romanos 12:19):

v.7 — Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía.

Tres veces en este breve texto Santiago nos llama *hermanos*. Su referencia al vínculo común de la comunión cristiana suaviza el tono autoritario de sus frecuentes imperativos. Su actitud no es de autoritarismo arrogante, sino está activo en el ejercicio de su cuidado pastoral de las almas. ¡Qué la misma urgencia anime nuestra predicación!

Otra palabra que llama la atención a causa de su repetición es “paciencia”. Ocurre cuatro veces en nuestro texto. En algunas versiones se traduce con “longanimidad” e incluye “el control de uno mismo que permite al que sufre abstenerse de una venganza precipitada” (Tasker). Esta paciencia está fundada en la convicción de que cuando llegue el

cumplimiento del tiempo, el Señor vendrá para quitar a los poderosos de sus tronos y enviar a los ricos vacíos. Citando a Robert Johnstone: “Ésta es la verdadera paciencia cristiana. No tiene nada de afectación estoica de indiferencia al sufrimiento”. Ésta no es ninguna fachada de machismo; esta paciencia no se avergüenza de llorar. Pero el dolor se puede soportar porque por fe sabemos que nuestro Señor no dejará que seamos tentados más de lo que podamos soportar. Y confiamos que su παρουσία traerá tanto reivindicación para nosotros como ruina para los enemigos de su iglesia.

Como una ilustración de la paciencia, Santiago señala al granjero que “espera el precioso fruto de la tierra”. La cosecha es “valiosa”, o “preciosa” porque provee sustento no solamente para el granjero y su familia, sino también para otros en la sociedad que no producen su propia comida. El adjetivo griego τίμιον es la misma palabra que Pedro utiliza para describir la sangre de Jesús que nos redime (1 Pedro 1:18-19).

Así como el granjero no puede programar la lluvia — no puede de ninguna manera ni siquiera cooperar con Dios para hacer que llueva — sino sencillamente tiene que orar, esperar y confiar, así no tenemos manera de saber cuándo Cristo volverá. Se nos recuerda las palabras conocidas de Juan Milton: “También sirven aquellos que sólo aguantan y esperan”. Y éste bien puede ser el servicio más duro. Esperar con paciencia, sin aburrimiento, enojo ni impaciencia es conformarse al plan misericordioso, invisible de Dios.

Los veranos áridos con regularidad dejarían la tierra de Palestina seca y resquebrajada, pero luego a fines de octubre llegarían las lluvias del otoño para suavizar y aligerar el suelo para que los granjeros pudieran comenzar a arar y sembrar. Las lluvias de primavera son los fuertes chubascos que normalmente llegaban en marzo y abril cuando la cosecha apenas se estaba madurando. Esta humedad tan oportuna aseguraba la preciosa siega, pero si no llegaban estas lluvias tardías la cosecha estaba condenada a perecer en la sequía del verano. Así, la combinación de las lluvias tempranas y las tardías ilustra la misericordiosa y fiel providencia de Dios. (Véase Deuteronomio 11:14; Jeremías 5:24; Oseas 6:3; Joel 2:23) Éste es el cuadro que James Montgomery nos describe en su conocido himno de Adviento basado en el Salmo 72:6:

Descenderá del cielo como lluvia
Sobre tierra fértil,
Y gozo y esperanza, como flores,
Brotan por su camino.

Aquí hay un segundo punto de comparación entre la lluvia y la παρουσία. No sólo tenemos que esperar paciente y pasivamente sin saber con precisión cuándo ocurrirá, sino tanto la lluvia y el regreso de Cristo deben esperarse con gozo. Dice Johnstone: “Este gran acontecimiento, la consumación del trato divino de la prueba de este mundo, siempre se expone en la Escritura como el hecho sumamente influyente del futuro para

cada alma sabia, y el objeto del anhelo más ardiente del corazón cristiano”.

Aquí hay un mal que nuestra predicación tiene que tratar. Las Epístolas indican que la iglesia en el primer siglo pensaba que la *παρουσία* era inminente; muchos evidentemente la esperaban en su propia vida. Y esto le dio un aura de urgencia a todo lo que hicieron — desde la santificación personal hasta la obra misionera mundial. Pero en la iglesia del siglo XX, parece haber disminuido la urgencia consciente de hacer el trabajo que él nos ha cargado hacer mientras es de día, antes que venga la noche cuando nadie puede trabajar.

La *παρουσία* es lo mejor que podría pasarnos. Cuando Cristo vuelva en las nubes del cielo lo veremos como él es; el antiguo orden de las cosas pasará. Ya no habrá más dolor ni lágrimas ni deudas ni muerte. Levantaremos nuestra cabeza al acercarse nuestra redención, y así estaremos con el Señor siempre.

Comenta Johnstone: “Apenas se puede dudar, creo, que las doctrinas del premileniarismo... han obtenido esa gran aceptación que tienen en nuestro día principalmente por una reacción natural y extrema... debido a esa tendencia de pensar y sentir que ha puesto la gloriosa aparición del Señor tan lejos de la vista”.

v.8 — Tened también vosotros paciencia; y afirmad vuestros corazones: porque la venida del Señor se acerca.

Aquí Santiago explica muy claramente que la paciencia a la cual él nos amonesta no debe resultar en caer en una rutina cómoda, pensando que la espera será larga. No, la *παρουσία* está cerca (Marcos 1:15; 1 Pedro 4:7). El griego *ἤγγικεν* está en tiempo perfecto. Hasta podríamos traducir: la *παρουσία* “se ha acercado”. No hay duda de que vemos el acercamiento del Señor en sucesos como la destrucción de Jerusalén. Y recuerda cómo Julia Ward Howe describió la guerra civil norteamericana: “Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor; está pisando la viña donde se guardan las uvas de la ira... ha hecho sonar la trompeta que nunca tocará la retirada; está pasando por el tamiz las almas de los hombres ante su trono de juicio...”

Por un lado, nuestros impacientes cálculos no deben estimar “el ‘pronto’ y ‘en breve’ de Dios” (Johnstone). Pero por otro, Jesús sí dice: “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20). El problema es encontrar el equilibrio correcto en nuestra predicación, en nuestro modo de pensar y de vivir.

Así Santiago nos exhorta a permanecer firmes. La Nueva Versión Internacional traduce muy libremente aquí; una reflexión más fiel del griego sería: “Establezcan sus corazones” o “Fortalezcan sus corazones”. Y, por supuesto, esto es algo que Dios tiene que hacer por nosotros mientras su Espíritu obra por medio de los medios de gracia (2 Tesalonicenses 2:17; 1 Pedro 5:10). Nuestro Señor ha prometido volver y llevarnos para estar con él. La fe se aferra a esa promesa con todas sus fuerzas. Y el asimiento de la fe

en las promesas de Dios se fortalece cuando leemos, notamos, aprendemos y asimilamos internamente su libro.

v.9 — Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez ya está a las puertas.

En este versículo “las diversas pruebas” que menciona Santiago al principio del capítulo 1 y la opresión de parte de los ricos descrita al principio del capítulo 5 parecen estar muy relacionadas. “Los cristianos de hecho pueden gemir bajo sus sufrimientos individuales, porque no son superhombres inmunes al dolor, pero no deben gemir y quejarse unos contra otros”, dice Johnstone. “Si el Dios santísimo, enfrentado con la gravedad del pecado humano, es paciente, así también, insinúa Santiago, el cristiano debe ser paciente frente a las injusticias de la vida humana”.

Frecuentemente, el problema es que luchamos para controlar nuestra lengua cuando nos hieren o nos tratan injustamente, pero permitimos que la frustración y la irritación se acumulen en nuestro corazón. Después de algún tiempo la provocación más leve e insignificante puede hacernos desahogar nuestras emociones reprimidas contra el esposo o la familia o los amigos íntimos que merecen nuestra cortesía al menos tanto como las personas que nos han herido. ¡Es al revés! Debemos recordar que “todos somos hermanos” en Cristo.

Pero la Palabra “quejarse” (στενάζετε) nos anima a examinar más detenidamente. La forma del sustantivo griego de la misma raíz ocurre en Romanos 8:26 en donde San Pablo describe que el Espíritu Santo intercede por nosotros “con gemidos indecibles”. Lo que recalca es que aprisionar nuestra mala voluntad dentro de nuestros corazones y mentes no es suficiente. “Aunque no haya ninguna palabra o acción de mala voluntad hacia los hermanos, — aunque el sentimiento se quede sepultado en el corazón, o tenga solamente la expresión inarticulada de un suspiro, — sin embargo, estos ejercicios del alma son terriblemente dañinos para el alma misma” (Johnstone). La amonestación se expresa en una forma que recuerda firmemente el Sermón del Monte (véase Mateo 7:1-2). Luego Santiago nos recuerda que quejarse y juzgar realmente equivalen a usurpar el lugar de aquel cuyo adviento es inminente. El Juez está a la puerta (véase Mateo 24:33 y Marcos 13:29. Véase también 3:20).

Nuestra queja puede tomar forma de estar celosos de la buena fortuna de nuestro prójimo. Esto equivale a atacar la justicia y la providencia de Dios. O nuestra queja puede estar contra Dios cuando nos parece que es demasiado lento para vengarse de nuestro adversario. Aunque nuestra insatisfacción puede ser legítima, nuestra queja no lo es. Hacemos bien en recordar que la condenación más severa del Juez se reserva para los que juzgan con impaciencia y falta de caridad. “El pensamiento del regreso del Señor es tanto una advertencia como una consolación para los cristianos” (Tasker).

v.10 — Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas

que hablaron en nombre del Señor.

Es muy difícil pensar en algún profeta del Antiguo Testamento que no fuera un modelo de “paciencia” frente al sufrimiento. No es necesario que Santiago elija a Jeremías o Ezequiel. Sus lectores conocen el Antiguo Testamento lo suficientemente para poder hacer un rápido repaso mental de la historia y notar el modelo que recurre. Como Jesús lo expresó: “Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:35). La historia de la salvación es una letanía continua de paciencia divina y tolerancia frente a la persecución, el rechazo, la hostilidad y la incredulidad. Y justo antes de su martirio, Esteban enfatizó lo mismo preguntando a sus acusadores: “¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores” (Hechos 7:52).

Jesús había dicho a sus discípulos: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra” (Juan 15:20). Y así San Pablo animó a los discípulos en Listra, Iconio y Antioquía: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

Es seguro que habrá sufrimiento. Cristo nos llama a llevar nuestra cruz y seguirlo. Pero nuestro Señor quiere que entendamos que no tenemos que dejarnos llevar por el pánico frente a la idea de la persecución, porque “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis soportar, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que la podáis resistir” (1 Corintios 10:13).

Aunque esta promesa es bastante asombrosa y universal, todavía no es toda la historia. No solamente promete nuestro Dios guardarnos de sentirnos abrumados, sino también promete fortalecernos y socorrernos en los tiempos difíciles. Por eso, podemos repetir las palabras del apóstol Pablo: “También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza” (Romanos 5:3-5). Ésta es la clase de paciencia que Santiago nos exhorta a practicar. Y una vez más sus palabras recuerdan el Sermón del Monte. “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11-12).

Sugerencias homiléticas

Si le atrae la aliteración, un tema que sería tanto eufónico y textual sería:

¡Practiquen la paciencia profética!

1. Esperando con paciencia la venida del Señor (v. 7-8)
2. Soportando la persecución (v. 9-10)

Otra idea que está más de acuerdo con la estación es:

Viene el Juez

1. Para condenar la impaciencia (v. 9)
2. Para galardonar la perseverancia (v. 7,8,10)

Una sugerencia final se basa en las dos clases diferentes de gente que nuestro texto presenta como ejemplos:

Estamos esperando al Señor

1. Como agricultores que dependen del tiempo (v. 7-8)
2. Como profetas que enfrentan la tribulación (v. 9-10)

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Las Escrituras

Antiguo Testamento — Isaías 7:10-14

Epístola — Romanos 1:1-7

Evangelio — Mateo 1:18-25

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 7:10-14, el Señor ofrece al rey Acaz de Judá una señal especial para garantizarle que el rey Rezín de Siria y el rey Peka de Samaria no lograrán tomar Jerusalén, pero Acaz, fingiendo humildad, no quiere pedir una señal al Señor. Esto desagrade al Señor y pone muy a prueba su paciencia. Declara que sin embargo dará una señal: la virgen dará a luz a Emanuel. Para nosotros esto es más que una señal de la fidelidad de Dios. Es el cumplimiento de su antiquísima promesa de enviar a su Hijo para ser nuestro Redentor. Es la mayor demostración del amor de Dios para nosotros los pecadores, y celebramos este acto del amor de Dios en la Navidad.

La lectura de la Epístola, Romanos 1:1-7, declara que la nueva Jerusalén, la santa iglesia cristiana, sus enemigos en este mundo no la vencerán. La prueba es la victoria que Emanuel, el hijo de David, ganó sobre sus enemigos que querían destruirlo. Manifestó su poder omnipotente con su resurrección triunfante de entre los muertos.

El Evangelio, Mateo 1:18-25, informa del cumplimiento de la profecía de Isaías. Un ángel informa a José que María está encinta por el Espíritu Santo. La Virgen María da a luz a Jesús, el Salvador. Esto es más que una señal para nosotros. Es una clara demostración para el mundo entero de la gracia de Dios y la paz y fidelidad.

Las tres lecciones dirigen nuestra atención al Salvador prometido, el Hijo de David y el Hijo de Dios, cuyo nacimiento nos preparamos para celebrar.

El texto - Romanos 1:1-7

Aunque este texto consiste en los primeros versículos de Romanos, es el tercer texto de esta epístola en esta serie. Los remitimos al estudio para el sermón del primer domingo de Adviento, que incluye observaciones generales acerca de la Epístola de Pablo a los Romanos.

La introducción sigue el modelo acostumbrado. Pablo se identifica a sí mismo e identifica a sus lectores y escribe los saludos. Ya que no ha estado en Roma y no conoce a la mayoría de los miembros de la congregación cristiana que está allí, se identifica a sí

mismo con algo de detalles e indica el propósito de su carta. Es interesante notar que nuestro Nuevo Testamento en griego indica con la puntuación que estos siete versículos forman una sola oración. Al analizar esta oración, la reconocemos como una verdadera obra maestra. La Nueva Versión Internacional la divide en cinco oraciones. La primera incluye los versículos 1-4:

v. 1-4 — Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.

Como el siervo de Cristo Jesús (δοῦλος Χριστοῦ Ἰησοῦ), Pablo estaba obligado a llevar a cabo los deseos de Cristo, no los de él mismo. Ya que fue llamado para ser apóstol (κλητὸς ἀπόστολος), la voluntad de Dios para su vida fue que proclamara el evangelio en dondequiera que el Espíritu Santo lo llevara. Fue apartado (ἀφορισμένος) por Dios con este propósito, y tenía la firme intención de llevar a cabo con fidelidad sus deberes. Ésta fue su solemne obligación (1:14), y la cumplía con dedicación, entusiasmo y gozo.

Aunque Pablo no fue uno de los Doce originales, dejó bien sentado que también fue un apóstol de verdad. Había sido llamado directamente por Cristo, había visto al Cristo resucitado y había recibido su mensaje directamente de Jesús. Escribió con autoridad apostólica y por inspiración del Espíritu Santo.

Pablo no estaba proclamando un evangelio nuevo o diferente. Fue el mismo evangelio que todos los escritores del Antiguo Testamento proclamaron. Ellos escribieron de antemano las promesas del evangelio (προεπηγγείλατο), y el Salvador comisionó a Pablo para que anunciara el cumplimiento de estas promesas en Cristo Jesús. Siempre ha habido solamente un camino para la salvación: la fe en Jesucristo — cuando él era el Salvador que había de venir o ahora que es el Salvador que ha venido y cumplido su obra de redención.

Cuando decimos “evangelio”, pensamos en Cristo, porque no hay ningún evangelio aparte de él. Él es el Hijo de Dios. Los hijos humanos siempre son una generación más joven que sus padres, pero el Hijo de Dios es “engendrado del Padre desde la eternidad”, completamente Dios en todo respecto. El lenguaje humano puede expresar los misterios de la Trinidad solamente de manera imperfecta. El versículo 3 habla de la naturaleza humana del Hijo de Dios. En cuanto a su naturaleza humana, nació de la descendencia de David (τοῦ γενομένου ἐκ σπέρματος Δαυὶδ κατὰ σάρκα). Literalmente, fue el hijo de David “según la carne”. Descendió físicamente de David, porque María su madre era del linaje de David. Esto lo enfatizan tanto Mateo como Lucas en sus relatos del nacimiento de Jesús. Su nacimiento es el cumplimiento de las promesas que se remontan al huerto de Edén (Gén. 3:15). Estas promesas se repitieron y expandieron en todo el Antiguo Testamento, y el linaje humano de Jesús se remonta a Adán y Eva, y a María y José.

Jesús es verdadero hombre en el sentido pleno de la palabra, pero sin pecado, de modo que cumple con los requisitos para servir como el representante de la raza humana ante el trono del juicio del Padre.

Pero Jesús tenía que ser más que un hombre perfecto — y lo fue y lo es. Demostró que es el todopoderoso Hijo de Dios al levantarse de entre los muertos al tercer día. El versículo 4 proclama la naturaleza divina de Jesús. La Reina Valera escribe con mayúscula “el Espíritu de santidad”, considerando que es una referencia al Espíritu Santo y su papel en la resurrección de Cristo, pero esto parece ser una interpretación poco natural. En el versículo anterior se afirma la naturaleza humana de Jesús (κατὰ σάρκα), y en este versículo su naturaleza divina (κατὰ πνεῦμα ἁγιοσύνης). Esto sería un nombre extraño, aunque no imposible, para el Espíritu Santo. Martín Franzmann define este espíritu de santidad como “la divinidad velada que brillaba a través de su carne durante los días que pasó entre los hombres (y) se manifestó con un esplendor inconfundible en el Salvador resucitado”. Stoeckhardt también está de acuerdo en que ésta no es una referencia al Espíritu Santo. Así, en estos dos versículos Pablo proclama categóricamente la humanidad y la deidad de Jesucristo. Lo llamamos legítimamente nuestro Señor. Él nos gobierna, provee nuestras necesidades y nos protege, y nosotros lo servimos voluntariamente. Aunque no somos llamados a servir como apóstoles en el sentido pleno de la palabra, nosotros también somos llamados para servir.

v. 5-6 — Y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo.

Todos los cristianos son destinatarios de la gracia de Dios, de su amor inmerecido, lo cual motivó a Dios proveernos de pleno y libre perdón por causa de Jesús. Pero Pablo recibió un don especial de la gracia. En camino a Damasco Jesús llamó a Pablo al apostolado, y Saulo el fariseo se convirtió en Pablo el apóstol — por la pura gracia. ¿Quién habría sido más indigno de tal llamamiento que Saulo, el fariseo y perseguidor sanguinario de los cristianos? La gracia de Dios también es suficiente para cada uno de nosotros, sin importar los pecados de nuestra juventud y nuestras muchas transgresiones.

El apostolado no tenía la intención de glorificar a Pablo, sino exhibir la gracia de Dios al dar a conocer y glorificar su nombre hasta los fines de la tierra. Debería ser el instrumento escogido de Dios para llamar a los gentiles “para la obediencia a la fe en todas las naciones”, literalmente, “la obediencia de la fe”. La fe a veces se describe como obediencia al evangelio, y la fe siempre produce la voluntad de servir y obedecer al Salvador.

v. 7 — A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Los santos son personas que han sido santificadas, hechas santas. Están separadas de la

masa de la humanidad pecadora y apartadas como el pueblo especial de Dios. Dios ama al mundo entero, pero a los santos no sólo los ama Dios; los eligió para ser sus queridos hijos por medio de la fe en Cristo Jesús.

Por último, llegamos a las palabras de salutación y bendición de Pablo para los cristianos en Roma. La gracia es el amor inmerecido de Dios en Cristo, y la paz es la condición que la gracia crea, preserva y renueva constantemente. La gracia y la paz de Dios llegan a nosotros solamente a través de los medios de gracia, el evangelio en palabra y sacramento. En los versículos anteriores, Pablo ha proclamado clara y concisamente el evangelio de Dios, y ahora expresa el deseo de que el Espíritu Santo obre en los corazones de sus lectores y los bendiga.

Sugerencias homiléticas

Con frecuencia utilizamos estas palabras del versículo 7 (o palabras similares) para saludar a la congregación desde el púlpito. Nada podría ser más apropiado. El propósito de cada sermón que está centrado en Cristo es que proclame y otorgue las bendiciones de la gracia y la paz de Dios a nuestros oyentes. Este texto es sumamente apropiado como base para un sermón sobre los fundamentos de la fe cristiana y para preparar nuestros corazones para recibir con gratitud el don de su Hijo recostado en el pesebre de Belén.

En conformidad con la estación, sugerimos el siguiente esquema:

En la tierra paz — por la gracia de Dios

1. La gracia de Dios envió al mundo a un Salvador (v. 2,3,4)
 - a. Los profetas del Antiguo Testamento lo prometieron (v. 2)
 - b. Es descendiente del rey David (v. 3)
 - c. Mediante la resurrección demostró ser el Hijo de Dios (v. 4)

2. La paz de Dios viene por medio de este Salvador (v. 1,5,6)
 - a. Pablo fue llamado para proclamar esta paz (v. 1)
 - b. Fue enviado especialmente a los gentiles (v. 5)
 - c. Ustedes se encuentran entre los que su evangelio ha llamado a la paz por medio de la fe (v. 6)

3. Estando en paz con Dios, tenemos paz entre los hombres
 - a. Paz en nuestra tierra y entre las naciones
 - b. Paz en nuestros hogares e iglesias
 - c. Paz con Dios por medio de Cristo a todos los que reciben el evangelio de la Navidad.

Otro uso posible es comenzar con la bienaventuranza: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 7:9). Los hijos de Dios son pacificadores. Jesucristo, el Hijo de Dios, es el gran Pacificador, porque él estableció

una paz que hubiera sido eternamente inalcanzable si tuviéramos que depender de nuestros propios esfuerzos por lograr la paz. Se le llama apropiadamente Príncipe de Paz (Isaías 9:6).

Nuestro texto es un mensaje de paz. El apóstol envía la paz de Dios a los creyentes en Roma, y ellos a la vez vivirán esa paz y proclamarán esa paz. Como hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús, también se nos ha asignado el papel de pacificadores. Lo que el mundo necesita ahora es la paz, no solamente el cese de la guerra y de la violencia, sino la paz de la mente y el espíritu que viene sólo de nuestro gran Pacificador y perdura hasta la eternidad.

Se podría usar toda la bienaventuranza como un tema del sermón, o podríamos usar solamente una parte de ella:

Bienaventurados los pacificadores

- I. Jesús, el Pacificador, es bienaventurado (v. 3,4)
 - A. Él es el único Pacificador entre Dios y los hombres
 - 1. Es un verdadero hombre, nacido del linaje de David
 - 2. Es el verdadero Dios, engendrado del Padre desde la eternidad
 - 3. Como el Dios-hombre estableció la paz entre Dios y el hombre
 - B. Se le llama el Hijo de Dios en un sentido único.
- II. Pablo, el pacificador, es bienaventurado (v. 1,2,5)
 - A. Fue perseguidor antes de llegar a ser pacificador
 - B. Jesucristo lo llamó para ser apóstol
 - C. Su misión fue llevar la paz de Dios especialmente a los gentiles
 - D. Se le llama correctamente hijo de Dios
- III. Bienaventurados son ustedes los cristianos, los pacificadores (v. 6,7)
 - A. Han sido llamados para pertenecer a Cristo Jesús
 - B. Han llegado a conocer la gracia y la paz de Dios
 - C. Deben procurar vivir en paz con todos los hombres
 - D. Deben proclamar al mundo las buenas noticias del Príncipe de Paz
 - E. Son llamados hijos de Dios ahora y en la eternidad

Al explicar y aplicar este texto a su congregación, trate de concentrarse en las verdades que tiene en común con las otras lecciones de la Escritura para este domingo, porque resultará en un mensaje de la palabra de Dios que es especialmente apropiado para este domingo antes de la Navidad.

NAVIDAD - EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 9:2-7

Epístola - Tito 2:11-14

Evangelio - Lucas 2:1-20

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 9:2-7, habla de la luz, del crecimiento y gozo espiritual que el pueblo de Dios experimentaría en cuanto el Señor los rescatara de sus enemigos espirituales. Este rescate vendría por medio del Niño que iba a nacer y a través del Hijo que sería dado, el que sería llamado “Dios fuerte”, el Mesías prometido que establecería un reino sempiterno de paz.

La Epístola para la Navidad, Tito 2:11-14, dice que “la gracia de Dios se ha manifestado...a todos los hombres”. Tanto esta serie de lecturas como la perícopa histórica asignan este texto al Día de la Navidad puesto que la gracia de Dios se manifestó con mayor plenitud en el nacimiento de su Hijo. Esta gracia motiva al cristiano a llevar una vida santa para la gloria de aquel que nos redimió.

El Evangelio para el Nacimiento del Señor es Lucas 2:1-20, la historia completa del nacimiento. En estas palabras tan conocidas leemos que este bebé nacido en Belén es el Dios-Salvador quien ha traído el favor del Señor y su paz a su pueblo. Los pastores demuestran la respuesta del cristiano a las nuevas del nacimiento del Salvador. Lo adoran, lo alaban y comparten su gozo.

Estas tres lecciones manifiestan el regalo precioso de la gracia de Dios, el Salvador nacido para rescatar al hombre pecador.

Tito

La carta de Pablo a Tito, un converso griego, se escribió después de que Pablo había sido liberado de su primer encarcelamiento en Roma y había viajado a la isla de Creta con Tito. Al parecer, Pablo y Tito habían viajado a Creta para trabajar con la nueva iglesia que ya existía allí. Pablo había partido de Creta y Tito se había quedado para seguir con la obra. La carta de Pablo tiene tres propósitos básicos: (1) animar a Tito a seguir adelante con la obra de organización [1:5]; (2) advertir a Tito contra los errores de los

engañadores [1:10]; (3) hacerle saber que Zenas y Apolos estaban en camino a Creta [3:13].

En general, la carta a Tito es un incentivo para seguir con los deberes del ministerio del evangelio en Creta. El texto para el Nacimiento de nuestro Señor está intercalado entre instrucciones para Tito acerca de lo que debía enseñar sobre la vida cristiana. Esta epístola para la Navidad también demuestra el porqué de la vida cristiana. Es porque “la gracia de Dios se ha manifestado” en nuestro Señor Jesucristo.

El texto - Tito 2:11-14

El tema del capítulo dos de Tito se encuentra en las primeras palabras del capítulo: “Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (2:1). Luego, Pablo sigue enumerando todas las cosas que Tito debe enseñar a los diferentes grupos de personas. Finaliza este capítulo diciendo: “Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad”. El tema del capítulo es la enseñanza, y nuestro texto también enseña algo. Nos habla de la gracia de Dios, la cual fue revelada a nosotros en Cristo y que sirve como nuestro maestro. La gracia de Dios nos enseña por qué somos cristianos y lo que debemos hacer debido a ello. La gracia, nuestro maestro, se presenta en las primeras palabras del texto:

v. 11 - Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres.

“La gracia de Dios” es la razón de todo este capítulo. Todo lo que el cristiano es y todo lo que hace es a causa de la gracia de Dios, el amor de Dios hacia los pecadores que sólo merecen el castigo eterno.

La gracia de Dios, dice Pablo, “para salvación”. En el griego la frase “manifestado para salvación” es un solo adjetivo que podría ser traducido “salvando” (σωτήριος). La gracia de Dios es una gracia que “salva”. La gracia que envió el Salvador para rescatar al hombre del pecado es la misma gracia que todavía trae el rescate espiritual por medio de la palabra y el sacramento. Un punto importante con respecto a esta gracia salvadora se ve en el orden de las palabras griegas, el cual no se refleja correctamente en la traducción.

El griego dice literalmente: “Porque ha aparecido la gracia de Dios, salvando a todos los hombres”.

El versículo 11 enseña la gracia salvadora universal de Dios. La Simiente de la mujer iba a ser el Salvador de todos. La Simiente de Abraham iba a traer la bendición divina de la salvación para todos. El salmista pidió la salvación cuando dijo: “Para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación” (Salmo 67:2). Las noticias de los ángeles fueron verdaderamente buenas porque fue “para todos los hombres” que “un Salvador os ha nacido” (Lucas 2:10,11). La venida de Cristo no es lo único que hay para todos, sino que la gracia de Dios “se ha manifestado para la salvación de todos”. “Todos

han pecado”, pero “todos son justificados gratuitamente por su gracia” (Rom. 3:23,24).

Esta gracia universal y salvadora de Dios para su pueblo literalmente “se manifestó” cuando Jesucristo nació. La encarnación de su Hijo fue el acto más grande de amor visible de parte de Dios hacia un mundo caído. Si la gracia y la verdad no hubieran venido por medio de Jesucristo, la Palabra que se hizo carne, entonces no habría ninguna salvación para nadie. La gracia de Dios sí se manifestó en el niño Jesús. Esa gracia salvadora de Dios ahora nos capacita y nos enseña a vivir como cristianos.

Pablo comienza el tema sobre la enseñanza respecto a la gracia en el versículo 12.

v. 12 - Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.

Pablo dice que la gracia de Dios nos “enseña”. Nos enseña como un profesor enseña a un niño. Así como un niño aprende y produce resultados visibles, igualmente el hijo de Dios demuestra que la gracia de Dios que lo salvó también afecta su vida. Nuestra instrucción sobre la gracia tal como Pablo la describe en este versículo tiene un efecto tanto negativo como positivo.

Al decir que tiene un efecto negativo hablamos acerca de lo que la gracia de Dios nos dice que “no” debemos hacer. Nos enseña a decir NO a la impiedad y a las pasiones mundanas. Nos enseña a repudiar abiertamente la impiedad y las pasiones mundanas. “Impiedad” es la falta de piedad (ἀσέβειαν) que es característica del pagano y del incrédulo. “Los deseos mundanos” (κοσμικὰς ἐπιθυμίας) son aquellos deseos que salen del corazón pecador a causa de las tentaciones pecaminosas del mundo y que luchan contra la fe en Cristo. 1 Juan 2:15-17 describe gráficamente los peligros de los “deseos mundanos”.

El efecto positivo de nuestra instrucción en la gracia es que nos enseña a llevar vidas “sobrias, justas y piadosas”. La palabra “sobria” (σωφρόνως) está relacionada con el verbo que significa “ser de una mente sana”. Un Cristiano “sano” es aquel que lucha por tener bajo control cada aspecto de su vida, dándose cuenta que los pensamientos y palabras desenfrenados pueden convertirse en acciones pecaminosas que conducen a la muerte espiritual (Mateo 15:19; Sant. 1:14,15). La palabra “justa” (δικαίως) es el adverbio para el verbo “justificar”. Aquel que acepta la obra justificadora de Dios es aquel que vive rectamente. Vive como alguien a quien Dios lo ha declarado inocente. “Piadosamente” (εὐσεβῶς) significa “de una manera santa” o “caracterizado por reverencia y adoración”. Cada día en la vida del cristiano debe ser un acto de adoración.

La vida piadosa, que se enseña al cristiano por medio de la gracia es Dios, es una acción constante, reflejada en el participio presente del verbo “enseñar” (παιδεύουσα). El cristiano nunca termina de aprender la santidad porque Dios nunca deja de derramar su gracia que viene por medio del evangelio. Este proceso de enseñanza continúa por todo

“este siglo”, o sea, en el reino de la gracia de Dios en este mundo — lo cual implica que hay un siglo venidero, el reino glorioso de Dios en el cielo. Pablo habla de la expectativa del cristiano de este reino en el versículo 13.

v. 13 - aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

Pablo nos lleva ahora a la tercera verdad que la gracia de Dios nos enseña. La vida cristiana no solamente es una vida que repudia la maldad y se aferra a la bondad. Es una vida de esperanza para esa gran epifanía final de nuestro Señor Jesucristo. La primera epifanía de Cristo se mencionó en el versículo 11. Ésa fue su humilde manifestación como un niño. El versículo 13 nos lleva a la epifanía final, su regreso glorioso al final de esta era presente. La manera en que Pablo describe lo que estamos esperando nos indica la manera en que el cristiano ha de esperar el regreso del Salvador.

Literalmente Pablo dice: “Esperamos la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria”. La expresión es una manera figurada de decir que estamos llenos de esperanza y que estamos esperando el acontecimiento bienaventurado del regreso glorioso del Salvador.

La esperanza cristiana no es un deseo vago como decir: “Espero que llueva mañana”. La esperanza cristiana está estrechamente relacionada con la fe. Hebreos 11:1 une la fe con la esperanza al decir: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. La esperanza cristiana es la confianza que algo ocurrirá en el futuro porque las promesas de Dios son seguras. Lo que sucederá es el acontecimiento bienaventurado de la venida de Cristo cuando venga en gloria.

Pablo sabía que Cristo volvería y aparecería en gloria porque Jesús mismo lo había dicho (Mateo 24:30; 26:64) y porque los ángeles también dijeron lo mismo cuando Cristo ascendió (Hechos 1:11). El regreso del Salvador es algo que el cristiano espera con ansiedad e impaciencia, porque cuando vuelva lo veremos brillando en la plenitud de todos sus atributos divinos, y nosotros, también, experimentaremos la gloria del reino del Salvador (Rom. 8:17,18; 1 Juan 3:2,3). Ésta en verdad es una “esperanza bienaventurada”, porque cuando se convierta en realidad también experimentaremos la bendición celestial sempiterna de Dios.

La venida que estamos esperando es de “nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”. Nuestra esperanza bienaventurada es que el Dios-hombre volverá — el Niño y el Hijo que también se llama “Dios fuerte”, “Padre eterno”.

En el versículo 14 Pablo explica el motivo por el cual nuestra esperanza bienaventurada es de confianza y de gozo.

v. 14 - Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y

purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

Este versículo encaja perfectamente con el texto, porque en este versículo Pablo vuelve al tema con que empezó, aunque usa términos diferentes. Pablo había comenzado con la gracia que nos salva y nos enseña a ser santos. Concluye con el Redentor de gracia quien nos compra para que podamos servirle.

La obra redentora de Cristo fue lograda por el hecho de que “se dio a sí mismo”. En nuestro lugar, para nuestro bienestar, “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). El haberse dado a sí mismo resultó en el derramamiento de su santa y preciosa sangre. Por lo tanto, Pablo también escribe: “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef. 1:7). Por medio de la muerte de Cristo el rescate que nos deja libres ha sido pagado. Esta redención espiritual del hombre por medio de una muerte vicaria de Cristo es el tema central de la Biblia. Fue profetizado gráficamente en el Antiguo Testamento (Salmo 130:7,8; Is. 49:26; 53:5,6). En vista de la cruz, la Natividad de nuestro Señor nos anima a alabarlo con gozo.

¿De qué nos redimió nuestro Redentor? Pablo dice, “de toda iniquidad” (πάσης ἀνομίας). Literalmente es “de toda desobediencia”. Todo lo que somos y todo lo que hacemos que infringe la norma perfecta de la ley de Dios nos hace dignos de la condenación eterna de Dios —Cristo nos redimió de eso. Pero no termina allí. Ser “redimido” de algo es ser comprado para “algo”.

Cristo nos redimió para “purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. Por medio de la sangre expiatoria de Cristo, hemos sido purificados. Dios nos ve como una iglesia “sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino... santa y sin mancha” (Ef. 5:27), el pueblo propio de Cristo. Somos “un pueblo adquirido por Dios” (1 Pe. 2:9). La palabra griega para “pueblo propio” es la misma que la traducción en la Septuaginta de “mi especial tesoro” en Éxodo 19:5. Cristo nos redimió para que pudiéramos ser sus hijos muy amados.

Como el pueblo amado de Cristo, que ahora le pertenece, somos “celosos de buenas obras”. Literalmente, somos “celosos para las buenas obras” (ζηλωτὴν καλῶν ἔργων). El que sabe y cree que pertenece al Redentor fervientemente apoya, promueve y defiende la causa de las buenas obras. La naturaleza del cristiano es hacer lo que agrada al que lo compró.

El tema principal, entonces, en esta Epístola para la Navidad es la gracia. La gracia salva a todos. La gracia enseña al creyente a decir no a la impiedad y sí a la santidad. La gracia mantiene viva en el creyente la esperanza bienaventurada de la segunda venida de nuestro Salvador. La gracia proveyó la redención por medio de la sangre de Cristo. La gracia adopta al hijo de Dios por medio de la fe en Cristo para que pueda servir gozosamente a su Salvador. ¡Qué don tan precioso, la gracia de Dios en Cristo Jesús!

Sugerencias homiléticas

Es obvio que en el día de Navidad el enfoque de la predicación será el nacimiento del niño Jesús. Los pensamientos generales del sermón se ocuparán del don de la gracia de Dios en el niño Jesús que logró la salvación del hombre y el efecto que esa salvación ha tenido en el creyente. El efecto de la gracia de Dios es que nos enseña a ser siempre más piadosos y nos llena de la esperanza de una vida gloriosa venidera. La gracia de Dios debe predominar, porque sin la gracia del niño Jesús no hay un motivo apropiado para hablar de piedad y esperanza.

Un simple esquema de dos partes que capta el tema de la Navidad de “dar” y que enfatiza lo que Dios nos “da” en su gracia sería:

Navidad significa dar

1. Nuestro Salvador vino para dar su vida por nosotros (vv. 11,14a)
2. Nosotros damos nuestras vidas al Salvador (vv. 12,13,14b)

Otro esquema de tres partes con el mismo tema general que enfatiza la gracia y añade una sección sobre nuestra esperanza de un glorioso futuro sería:

La gracia de Dios sigue dándose

1. Nos da la salvación por medio de Cristo (vv. 11,14a)
2. Nos da una santidad como la de Cristo (vv. 12,14b)
3. Nos da la esperanza de poder ver a Cristo (v. 13)

Dos esquemas que emplean el mismo pensamiento tratan de darle más colorido al tema y a las partes.

La gracia de Dios se ha manifestado

1. Nos trae la salvación (vv. 11,14a)
2. Nos enseña la piedad (vv. 12,14b)
3. Nos da esperanza (v. 13)

Miren lo que se ha manifestado en Cristo

1. La gracia salvadora para redimirnos (vv. 11,14a)
2. Una gracia que nos enseña para purificarnos (vv. 12,14b)
3. Una gracia bienaventurada que nos da esperanza (v. 13)

Un esquema de cuatro partes podría presentar los pensamientos del texto en el mismo orden que aparecen en los cuatro versículos. Cada uno se construye sobre el pensamiento anterior.

Somos posesión amada de Cristo

1. Su manifestación nos trajo la gracia (v. 11)
2. Su gracia nos enseña la piedad (v. 12)
3. La piedad espera su glorioso retorno (v. 13)
4. Nuestra gloria es segura porque él nos ha redimido (v. 14)

PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA NAVIDAD

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 63:7-9

Epístola - Gálatas 4:4-7

Evangelio - Mateo 2:13-15; 19-23

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 63:7-9, acentúa la bondad del Señor que se ha visto muchas veces en el pasado. Esta misma bondad dio a luz al milagro de la Navidad. Angustiado cuando ve el sufrimiento de su pueblo, el Señor mismo se ofrece para ser el Salvador y el Redentor.

En la epístola, Gálatas 4:4-7, el apóstol Pablo nos recuerda que puesto que Dios envió a su Hijo, tanto el judío como el gentil reciben una redención milagrosa. El creyente en Cristo es hijo y heredero de la familia de Dios.

La lectura del Evangelio, Mateo 2:13-15; 19-23 demuestra la crueldad con la que el mundo trata a su Rey recién nacido. El rey Herodes llega hasta extremos atroces para matarlo. Pero Dios está en control. No ha llegado la hora fijada por el Padre para su muerte. Las Escrituras se cumplen y Jesús llega sano y salvo a su hogar en Nazaret.

Cada lectura presenta al predicador una oportunidad de resaltar el significado verdadero del milagro en Belén. Cada lectura nos recuerda que la Navidad es una obra exclusiva de Dios. Isaías recoge el calor del amor de Dios que impulsó la acción de Dios a favor del hombre pecaminoso. Mateo demuestra la dura realidad de cómo el hombre rechaza el amor de Dios. Pablo revela cuáles son las bendiciones que pertenecen a todos los que creen en Cristo como su Redentor.

Gálatas

Lutero hizo este comentario expresivo: “La Epístola a los Gálatas es mi propia epístola. Estoy casado con ella. Ella es mi Catalina von Bora”. El amor del Reformador por esta carta no es difícil de comprender. Lutero, al igual que Pablo, libró una batalla contra el *opinio legis*, contra la justicia por medio de las obras (3:3). Pablo se dio cuenta de que cuando sus hermanos procuraron su propia justicia por medio de la ley escrita (3:17,21), o los gentiles lo hicieron por medio de la ley natural (4:8,9), ambos cayeron en el mismo error que destruye el alma. Este “evangelio diferente” no fue el evangelio, sino la ley, la que trae la maldición de Dios (3:10).

El problema en Galacia surgió cuando algunos de los líderes judíos trataron de combinar el antiguo pacto con el nuevo pacto de Dios. Pero, como Jesús nos dijo, no se puede echar vino nuevo en odres viejos. Cuando el problema estalló, Pablo escribió esta carta. La Epístola responde a los llamados judaizantes, quienes pusieron en tela de juicio el apostolado de Pablo (1:11-2:6), a la vez que exigieron que los cristianos gentiles obedecieran la ley de Moisés. Tan claramente como en su Epístola a los Romanos, la Carta de Pablo a los Gálatas proclama y enseña que no podemos hacer la gracia de Dios a un lado (2:21). Cada estudiante de Pablo confiesa que ha sido salvo por la gracia y que vive “en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (2:20).

Hay un desacuerdo respecto a la fecha en que Pablo escribió esta epístola. Varios comentarios pueden proveer su propia línea de razonamiento.

Después de un breve saludo y de una intensa introducción sin precedentes, un simple esquema divide la carta en dos partes. En la primera parte (1:11-2:21) Pablo establece el hecho de que es un verdadero apóstol de Cristo Jesús. En la segunda parte (3:1-4:31), el Apóstol enseña la salvación por medio de muchas pruebas que corrigen las tonterías que enseñaron los judaizantes, y luego proclama la libertad perfecta que se encuentra sólo en Cristo.

El texto - Gálatas 4:4-7

El mundo está “encerrado bajo pecado” (3:22), y sin fe en Cristo estamos “confinados bajo la ley, encerrados” (3:23). Es probable que muy pocos de nosotros podamos identificarnos plenamente con los sentimientos de Pablo cuando estaba encarcelado. Pero su ilustración no es difícil de entender. El pecado nos tiene como prisioneros y no somos capaces de librarnos. Por si fuera poco, nuestra naturaleza humana está perfectamente contenta de ser prisionera del pecado. De hecho, nuestro viejo Adán cree que vivir fuera de este bloque de celdas lo privaría de un gozo considerable y causaría dificultades innecesarias.

El predicador también reconocerá que por naturaleza es prisionero del pecado. La ley de Dios, al hacerlo constantemente consciente de esta verdad, se asegura de que esté bien sujeto a las cadenas del pecado. Por lo tanto, encontrará su mayor gozo en la Navidad al proclamar desde el púlpito las buenas nuevas de que Dios envió a su Hijo.

v. 4 - Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley.

Ésta es la respuesta maravillosa de Dios a nuestro apuro. “Dios envió a su Hijo”. Muy pocos pueden mostrar odio por el regalo de Dios como lo hizo el rey Herodes en la lectura del Evangelio, y sin embargo, la mayoría lo considera como un regalo de Navidad superfluo y escogen hacerlo a un lado. Solamente aquellos que sienten el peso de su pecado y el yugo de la ley de Dios se regocijarán en su llegada. Dios podría esperar por

toda la eternidad y aún así la humanidad nunca procuraría tener un redentor. Por lo tanto, “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (τὸ πλήρωμα τοῦ χρόνου), envió a su Hijo.

Muchos consideran que esta frase temporal está llena de significado. Pero, en vez de llenar el sermón de conjeturas, el predicador simplemente puede considerarlo como “el tiempo señalado por el padre” (v.2). Como un padre terrenal decide la edad cuando sus hijos ya no están bajo su custodia, así el Padre celestial fijó la hora cuando su Hijo dejaría su hogar celestial para venir a ser nuestro hermano. Y el tiempo de Dios siempre es la hora correcta.

Note aquí lo más obvio: Dios envió a su Hijo. Nosotros no lo llamamos. Sabemos todo sobre la angustia, el dolor y la destrucción de la muerte. Pero nuestra razón natural no reconoce al pecado como la causa general de la muerte. La palabra de Dios nos enseña esto. Y como Isaías proclama en la lectura del Antiguo Testamento: “De las misericordias de Jehová haré memoria...en toda angustia de ellos él fue angustiado...y en su amor y en su clemencia los redimió”. Dios en su amor envió al mundo el regalo que más necesitábamos. Pero cuando el mundo rechazó su regalo, incluso usó el acto cruel de la gente de crucificar a su Hijo para llevar a cabo nuestra redención.

Jesús fue “nacido de mujer” (γενόμενον ἐκ γυναικός). Tal vez el apóstol Pablo pensaba en el nacimiento virginal cuando escribió esta frase. Sería difícil imaginar que no pensara en ello. Pero la verdad es que todos nacimos de una mujer. La doctrina del nacimiento virginal se explica más detalladamente en otros pasajes bíblicos. Esta frase anuncia el milagro maravilloso de la encarnación de Cristo. Dios se convierte en un ser humano. El Creador todopoderoso es un niño. Dios durmió en un pesebre. ¡Unas frases tan simples para describir una verdad tan asombrosa!

Jesús también nació “bajo la ley” (ὕπὸ νόμου). Dios es el autor de su ley; no está sujeto a ella. El puede tomar la vida porque él la dio. No puede ser culpable de hurto cuando es dueño de todo. Pero ahora Jesús, quien es verdadero Dios desde la eternidad, se manifiesta “como hombre” y se somete a todos los mandamientos de Dios. Desde el momento en que nace, el Padre exige de este ser humano, nada menos que “Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas y ponedlos por obra” (Lev. 20:22). “Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo” (Lev. 20:26).

v. 5 - Para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.

Tener que pagar por algo que ya le pertenece suena muy injusto. ¿Pero, qué puede hacer un padre cuando sus hijos viven contrarios a la ley y así merecen sus castigos? ¿Qué puede hacer un padre cuando la ley exige el pago de diez mil talentos, mucho más de lo que sus hijos jamás podrán pagar? (Mat. 18:21ss). Lo que nuestro Padre celestial hace es volver a comprar a sus hijos (ἐξαγοράση). El costo es grande — nada menos que la vida de su Hijo. Pero, “de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito”. Y

como resultado no podemos mirar al niño de Belén sin darnos cuenta de que sus pequeñas manos pronto serían “heridas por nuestras rebeliones”. Este pequeño niño sería “molido por nuestros pecados”. No podemos mirar al niño de Belén sin arrodillarnos ante él para alabarlo como nuestro Redentor.

Dios hizo todo esto “a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (ἵνα τὴν υἰοθεσίαν ἀπολάβωμεν). No somos hijos de Dios por nacimiento, así que él mismo nos colocó en esta posición (υἱὸς τίθημι). Esta expresiva frase nos vuelve a remitir a la parábola que Pablo usa al principio de este capítulo. En los hogares Israelitas, el hijo no tenía más derechos que un esclavo hasta que el padre se lo indicara. Cuánto amor derrama el Padre sobre nosotros “para que seamos llamados hijos de Dios. ¡Ahora somos hijos de Dios!” (1 Juan 3:1,2).

vv. 6,7 Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba: Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

En cuanto los judíos insistieron en ganar su posición en la familia de Dios por medio de la ley, siguieron siendo esclavos de esa ley. En cuanto los gentiles insistieron en volver “a los débiles y pobres rudimentos” de la incredulidad, estaban “en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” (v. 3)

Pablo describe ambas situaciones como una terrible esclavitud. Tal servidumbre priva a “los herederos según la promesa” (3:29) de las bendiciones que tienen.

Cristo, al redimirnos de la ley, hace posible que vivamos bajo su gracia. Somos libres de estar en una situación sin salida de tratar de hacernos aceptables a Dios. Ya somos aceptables para él en Cristo, nuestro Redentor. No tenemos que fingir ser hijos de Dios al pasar por alto o al disculpar nuestros pecados. *Somos* sus hijos perfectos en Cristo nuestro Redentor.

Todos los que “viven en la fe del Hijo de Dios” (2:20) disfrutan de todos los derechos de los hijos. Cuando el Espíritu de Dios entra en nuestros corazones para traernos a la fe en Cristo, nos permite llamar a Dios, “*Abba, Padre*”. “*Abba*”, así llamaron los niños hebreos a sus padres, como nuestros hijos usan el apodo “*papi*”. “*Abba, quiero un vaso de agua*” diría el niño hebreo, totalmente confiado en que su querido padre satisfaría su necesidad. “*Abba, toma mi mano*”, diría el niño asustado. Tal confianza pertenece a cada creyente, el cual ya no es esclavo, porque ha recibido todos los derechos de un hijo.

“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero (κληρονόμος)”. Estas palabras hacen eco de la misma verdad que Pablo escribió a los cristianos en Roma. “Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Rom. 8:17). Con estas palabras el Espíritu Santo abre nuestros ojos de la fe para ver todo desde una perspectiva eterna. Nos capacita para ver en el humilde pesebre de Jesús su Jerusalén

celestial; para ver en esta nueva vida en el pesebre también la nueva vida eterna que trae; ver a través de sus sufrimientos y la cruz su gloria y su corona.

Y así cerramos el círculo. Volvemos al punto de partida — la bondad de nuestro Señor. *Dios envió a su Hijo*. No quiere que nadie perezca (2 Ped. 3:9). Su Hijo ora: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria” (Juan 17:24). El Espíritu Santo por medio de estas palabras inspiradas de Pablo nos ayuda a ver en este establo de Belén “todo lo que Jehová nos ha dado” (Is. 63:7).

Sugerencias homiléticas

El predicador querrá recordar a sus oyentes el gozo del evangelio al hablarles de estas bendiciones navideñas específicas de las cuales habla Pablo. Con tantos pensamientos positivos en el texto, no será necesario caer en la rutina de hacer comentarios negativos acerca de cómo nuestra sociedad intenta celebrar la Navidad. La meta del predicador será llenar los corazones de los oyentes del gozo eterno que es nuestro porque Dios envió a su hijo y nos libertó del pecado, la muerte, Satanás y del infierno.

Las simples palabras de Pablo hacen un tema poderoso:

Dios envió a su Hijo

1. Para ser uno con nosotros bajo la ley (vv. 4,5)
2. Para hacernos uno con él en Cristo (vv. 6,7)

Bajo el primer punto el predicador podría enfatizar el aprieto de estar bajo la ley de Dios siendo un pecador y el plan perfecto de Dios para redimirnos al enviar a su Hijo. En la segunda parte enfatizaría tanto la confianza (“*Abba*, Padre”) como la esperanza que tenemos de “la adopción de hijos” de Dios.

Otro tema más contemporáneo sería:

La Navidad es para los niños

1. Porque el Hijo de Dios nació como hombre (v. 4)
2. Porque los hijos del hombre fueron adoptados por Dios (vv.5-7)

La introducción demostraría que esta expresión común “La Navidad es para los niños” es correcta cuando se entiende de acuerdo con la revelación de Pablo. El Hijo de Dios hizo posible que todos seamos hijos de Dios. Estas dos partes se podrían presentar como se sugirió en el primer esquema.

O usando el título de una canción, podría ser:

¿Qué Niño es éste?

1. Que Dios nos envió (v. 4a)
2. Quien nació bajo la ley como nosotros (vv. 4b,5a)
3. Quien abre su familia a nosotros (vv. 5b,6,7)

En la primera parte el predicador hablaría de la divinidad de Jesús, en la segunda parte de su humillación y su humanidad, en la última parte de su obra de redención.

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA NAVIDAD

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 61:1- 62:3

La Epístola - Efesios 1:3-6, 15-18

El Evangelio - Juan 1:1-18

El año eclesiástico

Las lecturas para este domingo resaltan las constantes bendiciones de la gracia de Dios.

La lectura del Antiguo Testamento es Isaías 61:10-62:3. Por medio del profeta, el Señor promete seguir con su obra de gracia en la vida de su pueblo hasta que reflejen en sus vidas las influencias de la gracia sobre ellos. La evidencia de la gracia de Dios en sus vidas — su nuevo nombre, su manto de justicia, su crecimiento en la fe y en el amor, su salvación — es la razón por la cual el pueblo de Dios se deleita en alabar al Señor.

La lectura de la Epístola, Efesios 1:3-6, 15-18, también cita la constante gracia de Dios en la vida de su pueblo. Desde su elección por gracia desde antes de la fundación del mundo a su nueva vida de santidad, hasta su vida eterna en los cielos, la gracia de Dios en Cristo había dado al apóstol y a los efesios una razón para asombrarse de su misericordia y alabarlo por su gracia.

La lectura del Evangelio es Juan 1:1-18. La palabra eterna, Jesucristo, vino entre nosotros. Desde la plenitud de su gracia hemos recibido una bendición tras otra: engendrados de Dios (v.13), verdad (v. 17), luz (v. 9), y vida (v. 4).

Puesto que el segundo domingo después de Navidad puede ser el primer domingo del año, estas Escrituras sirven para recordarnos que en medio del “cambio y deterioro” que causa el paso del tiempo, la gracia de Dios en Cristo Jesús es eterna y constante, señalando a Cristo y transformándonos para su alabanza. Por lo tanto, el pueblo de Dios puede comenzar otro año confiando en su presencia y su bendición, meditando en las nuevas oportunidades para alabarlo por estas bendiciones.

Efesios

Esta epístola la escribió San Pablo durante su encarcelación en Roma en el 62 d.C. El tema de esta carta se encuentra en nuestro texto: “Para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:6). La primera parte de esta carta contiene muchas expresiones de alabanza y oraciones de agradecimiento por la gracia de Dios con la cual había bendecido a los cristianos en Éfeso con “toda bendición espiritual en Cristo” (1:3). Todo lo que habían

llegado a ser y todo lo que poseyeron resultaba de la gracia de Dios. Esa gracia había planeado su salvación, comprado su perdón, purificado sus vidas, proporcionado su comunión de los santos, provisto fe y esperanza, señalado el camino de la justicia y prometido la vida eterna en los cielos.

Casi las dos terceras parte de Efesios se lee como una parte del *lectio continua* en la serie CILA - B. El texto para este domingo es la Epístola para el segundo domingo después de Navidad en las tres series CILA. Gran parte de este texto se repite en la Epístola para Pentecostés 8 de la serie CILA - B.

El texto - Efesios 1:3-6, 15-18.

El primer capítulo de Efesios contiene 23 versículos pero sólo tres oraciones (según la vigésima quinta edición de Nestle-Aland y la segunda edición del texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas). La primera oración es el saludo de Pablo a los efesios (vv. 1&2). La segunda oración (vv. 3-14) es el pasaje principal en el Nuevo Testamento sobre la doctrina de la elección. La tercera oración es el deseo y la oración del apóstol de que el lector comprenda y aprecie mejor la grandiosa gracia de Dios (vv. 15-23). La mayoría de las traducciones han dividido convenientemente las oraciones largas del griego por otras más pequeñas y manejables.

v. 3 - Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

Nos exhorta a “bendecir” (Εὐλογητός) a Dios porque él es bueno. De la palabra griega εὐλογέω viene nuestra palabra elogio. Un elogio es algo que se dice en un entierro para alabar al difunto. “Bendecir” a Dios es alabarlo y llamarlo bueno (vea Mateo 19:17; Gén. 14:20; Apoc. 5:13).

La razón para alabar a Dios es porque “nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. Note dos pensamientos en la palabra “toda” (πάση): Primero, toda bendición espiritual viene de Dios. No tenemos ninguna bendición espiritual que no recibamos del Padre celestial (vea Sant. 1:17). Segundo, tenemos “toda” bendición espiritual. Dios no retiene ninguna bendición de los suyos. No hay ninguna necesidad de buscar la llamada “segunda bendición” del Espíritu Santo.

Las bendiciones que el Padre da a sus hijos son “espirituales”. Las bendiciones terrenales pasan. Las bendiciones espirituales tienen mucho más valor. No se enmohecen ni envejecen. Estas bendiciones espirituales incluyen la fe, el amor, la paz y el contentamiento entre otras.

La frase “en los lugares celestiales” nos recuerda que estas bendiciones se originan en los cielos y culminan en los cielos. La Biblia de Jerusalén lo traduce así: “[Dios] nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos”.

“En Cristo” testifica que ninguna bendición espiritual llega al hombre sino por medio de Cristo. Por los méritos de Cristo todas las bendiciones llegan a nosotros. Cristo pagó por todas estas bendiciones espirituales con su vida. Note cómo esta verdad se enfatiza con el uso frecuente del nombre de Cristo en estos versículos. Nuestra elección, nuestra adopción, nuestra aceptación por parte del Padre vienen únicamente por medio de los méritos de Jesucristo, sin ningún mérito de parte nuestra.

En vista de las grandes bendiciones espirituales que Dios nos ha conferido en Cristo, algunas de las cuales se mencionarán en los siguientes versículos, Dios merece ser alabado. Nuestras alabanzas pueden cobrar forma de palabras, himnos y oraciones. También se manifiesta en nuestras vidas — en todo lo que decimos, hacemos, creemos y pensamos.

v. 4 - según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él.

Nuestra elección es un ejemplo de las bendiciones espirituales que tenemos en Cristo. Esta sección es uno de los principales pasajes del Nuevo Testamento sobre la doctrina de la elección. Otros pasajes paralelos son Romanos 8:28-30 y 2 Tesalonicenses 2:13-16.

Como parte de los preparativos para el sermón, sería bueno que el predicador leyera el Artículo XI de la Fórmula de Concordia.

La doctrina de la elección es una enseñanza de puro consuelo del evangelio que motiva nuestras alabanzas.

Dios “nos escogió”. La salvación no es que nosotros escogimos a Cristo, sino que Dios nos escogió a nosotros. Ser escogido es ser deseado. ¡Qué razón para regocijarnos y dar alabanzas a Dios! A pesar de nuestra total indignidad y nuestras rebeliones repetidas contra él y contra su voluntad, de todas formas nos quiso. Cuando se escogen los equipos para un partido, por lo general los peores jugadores son los últimos en ser escogidos. Al contrario, Dios nos quiso y nos escogió, aunque no había nada bueno ni digno en nosotros.

Dios “nos escogió en él” (en Cristo). Nuestra elección no es un hecho aislado. Dios nos escogió “en él”, por causa de Cristo. Toda nuestra vida y nuestra salvación, incluyendo la elección, está vinculada con Cristo. Fuimos escogidos, no en base a nuestros propios méritos, sino en base a los méritos de Cristo.

La Fórmula de Concordia destaca otro punto: “En Cristo, pues, hemos de buscar la elección eterna del Padre, quien ha determinado en su consejo divino y eterno que sólo han de ser salvos los que conocen a su Hijo Jesucristo y creen en él de verdad” (Ep. Art. XI,12).

Esta elección tuvo lugar “antes de la fundación del mundo”. Dios siempre nos ha amado. Su amor es tan eterno como su persona.

El resultado de nuestra elección es que ahora somos “santos y sin mancha delante de él”. Cada cristiano es un testimonio del poder salvador de la gracia de Dios. “La gracia divina que salvó a un pecador como yo”. Es sorprendente que quienes pecan constantemente puedan ser “santos y sin mancha delante de él”. Aunque sea sorprendente, es la verdad, por causa de Jesús.

v. 5-6 - en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

En Cristo Dios estableció nuestro destino — vivir con él para siempre en el cielo. Nos predestinó para llegar a la fe, vivir en la fe y morir en ella.

En amor hizo todo esto. El amor de Dios comenzó esta obra y la terminará, a pesar de las protestas y los designios de Satanás. Este destino no es algo que Dios impone a ciertas personas. Al contrario, esta predestinación es el poder del amor de Dios que vence todo lo que se opone a nuestra salvación — nuestro pecado, nuestra ceguera espiritual, aún las pruebas abrumadoras de los últimos días (Mateo 24:22-24).

Dios predestinó que fuésemos sus hijos por medio de la adopción. El término “adopción” nos recuerda que no nacimos en la familia de Dios. Nuestro primer nacimiento fue en pecado, fuera de la familia de Dios. Pero Dios nos concedió un segundo nacimiento y nos hizo suyos, aunque, como el hijo pródigo, no éramos dignos de ser llamados sus hijos.

Siendo suyos, Dios nos cuida, provee nuestras necesidades y nos protege de todo mal y peligro. Siendo suyos, también somos declarados herederos y nuestra herencia es el tesoro eterno del cielo.

Todo esto es “según el puro afecto de su voluntad”. La razón de nuestra adopción, nuestra predestinación, nuestra elección, es su amor, su buena voluntad y no nuestra bondad ni nuestro mérito. No lo podemos entender, solamente lo creemos, lo usamos como una fuente de consuelo y lo alabamos por ello.

¡Alabemos a Dios por su gracia! Miremos qué puede hacer. Dios tomó personas pecadoras como nosotros y nos salvó. Nosotros somos testimonios vivos del poder salvador y del amor de la gracia de Dios. Después de su conversión, los amigos de Pablo alabaron a Dios cuando vieron cómo Pablo había cambiado (Gál. 1:24). Igualmente, todo lo que somos y todo lo que tenemos no es por mérito nuestro, sino de Dios — para alabanza de la gloria de su gracia maravillosa.

vv. 15-16 - Por esta causa también, yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.

Pablo dio gracias a Dios, porque había escuchado que las buenas nuevas de la gracia de Dios vivían en los corazones y en las vidas de los cristianos en Éfeso.

Había escuchado de su fe. Ellos todavía confesaban la verdadera fe a pesar de los intentos de Satanás y de los falsos maestros de quitársela. Su fe se manifestó en el amor por todos los santos. Tanto la fe como el amor son los resultados y la evidencia de la gracia de Dios en la vida de la persona. Aparte de la gracia de Dios, no hay fe (vea Efe. 2:9-10) ni amor (vea 1 Juan 4:7ss). Por lo tanto, cuando hay evidencia de éstos, hay motivos para dar gracias a Dios, el dador de estas dádivas.

v. 17 - para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.

Aunque tuvieron suficientes motivos para dar gracias, aún así los cristianos en Éfeso necesitaban las oraciones del apóstol porque todavía tenían su naturaleza pecadora y todavía enfrentaban muchas amenazas en su vida espiritual.

Pidieron el Espíritu Santo, el “Espíritu de sabiduría y de revelación”. Es el Espíritu Santo el que da sabiduría. La sabiduría que el Espíritu confiere es la verdad de la salvación en Jesucristo. El Espíritu nos hace “sabios para la salvación” al revelar la gracia de Dios al pecador. Entre más conocemos la gracia gloriosa, más podemos apreciar lo que el Señor ha hecho por nosotros. Necesitamos crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo hasta el día en que lo conozcamos perfectamente cara a cara en la eternidad.

v. 18 - alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.

“Los ojos de vuestro entendimiento” es una metáfora que demuestra que se necesita algo más que un conocimiento histórico superficial de la Biblia. Pablo ruega que los efesios no solamente sepan las cosas que Dios había hecho, sino que también crean que Dios lo había hecho todo *por ellos*. Por naturaleza, la mente y el corazón del hombre son ciegos, pero el Espíritu nos alumbró con sus dones.

Algo que el Espíritu permite que veamos con el corazón es “la esperanza a que él os ha llamado”. Ésta es la esperanza de la vida eterna (Tito. 1:2), con todo lo que trae — conocimiento perfecto, alivio pleno y total de toda tristeza y angustia, gloria eterna, y otras cosas similares. El mismo Dios que nos escogió desde la eternidad, nos llamó a buena hora para que confiáramos en él, recibiésemos al Salvador que él envió, y

disfrutáramos de la esperanza que sólo él puede dar. Este llamado de gracia también está en Cristo, quien llama a todos los que están sin esperanza o que tienen una esperanza falsa para que encontremos la esperanza en él y en su gracia salvadora.

Nuestra esperanza está en “las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”. Necesitamos ver esta verdad con el corazón porque muchas veces las cosas de este mundo la confunden y la ocultan. Que el Espíritu nos ayude a todos nosotros a ver que no vale la pena cambiar nuestra herencia celestial por un guisado de lentejas, es decir, todas las riquezas, los honores y los placeres que este mundo ofrece.

Sugerencias homiléticas

Se cuenta la historia del famoso evangelista Dwight Moody, quien un día paseaba por los vecindarios marginados de Chicago con un amigo. El amigo de Moody vio a un hombre borracho tirado en el alcantarillado. Señalándole con el dedo dijo: “Mira a ese borracho desdichado”. Moody sólo respondió con las palabras de John Bradford: “Si no fuera por la gracia de Dios, allí estaría yo”. Todos nosotros podríamos decir lo mismo. Todos tenemos motivos para alabar su gracia gloriosa.

La gracia de Dios es el tema predominante de este texto y puede resumirse así:

¡Para alabanza de su gloriosa gracia!

1. Nos predestinó desde la eternidad
2. Nos compró para ser suyos
3. Nos presenta como su pueblo santo.

La primera parte se concentraría en el hecho de que la predestinación es meramente resultado de la gracia de Dios en Cristo.

La segunda parte incluiría nuestra adopción en su familia y el recibimiento del Espíritu Santo quien nos alumbra para ver nuestra esperanza y nuestra herencia.

La tercera parte incluiría el hecho de que somos testimonio del poder transformador de su gracia y recordar a los oyentes que podemos alabar su gracia tanto con nuestras vidas como con nuestros labios.

Si el predicador desea concentrarse en la doctrina de la elección, podría enfocarse en los versículos 3-6. Podría organizar sus pensamientos así:

Predestinados para su alabanza

1. Por elección de Dios
2. Antes de la fundación del mundo
3. A causa de Cristo
4. Como un testimonio de la gracia de Dios

De acuerdo con esta estación post navideña, a los oyentes se les podría recordar que la gracia de Dios la cual alaba maravillosamente Pablo en este texto se “ha manifestado a todos los hombres” (Tito. 2:4). Esto sucedió cuando “aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” como Juan escribe en la lectura del Evangelio para hoy. “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

LA EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 60:1-6

Epístola - Efesios 3:2-12

Evangelio - Mateo 2:1-12

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 60:1-6, es clásica para la Epifanía. Es una llamada que hace Isaías a los pecadores adormecidos bajo la influencia de las tinieblas del pecado para que despierten: “Levántate y resplandece”. El Señor de gloria, la Luz del mundo, está resplandeciendo como el sol. Él dispersa la penumbra y la condenación del pecado con el calor y el esplendor de su perdón bondadoso y atrae hacia él a multitudes de entre las naciones que están cansadas de cargar sus pecados. Los magos son el cumplimiento obvio de la promesa de Isaías, pero seguramente no el único. Hasta el día de hoy se cumple esta promesa dondequiera y cada vez que la luz de las buenas nuevas de la salvación penetra en el corazón de un gentil y hace añicos su incredulidad.

En la lectura de la Epístola, Efesios 3:2-12, el apóstol Pablo relata lo que antes fue un “misterio”, conocido por unas cuantas personas, pero que ahora en el Nuevo Testamento es un hecho conocido mundialmente. Este hecho abierto y obvio es que los “gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo”. ¡Nosotros, que no somos judíos, nos regocijamos al conocer la gracia universal y el amor de nuestro Dios!

La lectura del Evangelio, Mateo 2:1-12, es otra lectura clásica para la Epifanía. Es el relato de la visita de los magos. Fueron hechos sabios para la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús, de modo que estos hombres sabios vinieron a alabar y a honrar a su Salvador y su Rey. ¡Qué sigamos en sus pasos y traigamos nuestros dones a Jesús con amor y gratitud!

De estas lecturas para hoy podemos entender por qué la fiesta de la Epifanía se llama comúnmente “la Navidad de los gentiles”. Jesús es la luz “del mundo”. Vino para salvar a todos, sean judíos o gentiles. En su gracia llama a la salvación en todo el mundo y estrecha a todo tipo de persona en sus brazos de amor y perdón. Igual como un padre abraza a su hijo, él los acerca hacia él y los abraza amorosamente. Por lo tanto, el tono predominante es de alegría y acción de gracias en vista del don de Dios de la salvación.

El texto - Efesios 3:2-12

La lectura de la serie CILA-A para el segundo domingo después de Navidad también se

ha tomado de la Carta de Pablo a los Efesios. En ese estudio del sermón el lector encontrará una perspectiva general de “Efesios”. Los capítulos uno y dos de Efesios son un excelente comentario sobre el capítulo tres. Después de leer y estudiar el capítulo tres, resulta beneficioso volver a leer los primeros dos capítulos. En efecto, Pablo trata de establecer estos dos grandes hechos: los judíos y los gentiles se salvan por la gracia de Dios en la sangre de Jesús; y los judíos y los gentiles son uno en Cristo por medio de la fe en Cristo.

Pablo sigue con estas verdades fundamentales en el capítulo tres e introduce otro pensamiento adicional sobre su papel personal en la “administración de la gracia de Dios”.

vv. 2,3 - Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente.

Pablo está escribiendo sobre un tema ya familiar para los cristianos en Éfeso. Ellos escucharon que el Dios de gracia arrebató a Pablo del diablo para hacerlo su siervo y su instrumento. No solamente habían escuchado, sino que ellos eran los beneficiados directos de las bendiciones que Dios estaba concediendo por medio de este siervo diligente y trabajador. Pablo dice con alegría, en efecto, “fue por vosotros (εἰς ὑμᾶς) que Dios en su gracia me hizo apóstol”.

Hecho un apóstol por gracia, a Pablo se le dio la responsabilidad de administrar la gracia de Dios. La οἰκονομία (nuestra palabra “economía”) del versículo 2 y más adelante del versículo 9, es la ilustración de la administración de un hogar. Pablo fue responsable de administrar con sabiduría la familia de Dios, proveyendo con amor a cada miembro las buenas nuevas de Jesús. También, al proclamar a Cristo crucificado, el apóstol se convirtió en el padre espiritual a quien Dios usó para engendrar vida y para aumentar su familia de creyentes.

No es ningún secreto que gran parte de la obra de administración de Pablo se hizo entre los gentiles. Pero si usted le hubiera preguntado a Pablo cuando era joven, cuando todavía era un Saulo no convertido, un judío orgulloso y fariseo, qué pensaba hacer con su vida — ¿qué le habría contestado? Es casi seguro que no habría contestado que pensaba ayudar a los gentiles. Se puede tener una idea de cuán hostil y celosos eran los judíos contra los gentiles al leer el libro de Hechos (vea Hechos 17:5,13 y 22:21,22). Antes de su conversión Pablo actuaba así. Pero tal como “cayeron de sus ojos como escamas” (Hechos 9:18), así Dios quitó el velo que había cubierto su amor salvador, revelando a Pablo que los gentiles eran objetos de su amor y cuidado también. Pablo ahora percibe el “misterio”, un hecho al cual ya se había referido en esta carta (1:9) y que explica ahora con mayor detalle.

vv. 4-6 - Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de

Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu.

Pablo quiso que los efesios llegaran a comprender este misterio revelado. ¿Por qué? Toda la familia de creyentes en Éfeso, fueran judíos o gentiles, necesitaban saber que su líder espiritual fue preciso en el testimonio que daba acerca del Salvador universal. Un testimonio dudoso no tenía ningún lugar en un área clave de nuestra fe. Se requiere convicción y confianza.

No obstante, en la época del Antiguo Testamento hubo muchas preguntas acerca del plan de Dios, o la falta de un plan, para los que no eran judíos. Debe haber parecido como si Dios estaba derramando todo su amor y atención sobre una nación en particular. Pero debemos recordar que desde el principio el conocimiento del verdadero Dios estaba disponible para todos los hombres. Dios no tiene la culpa de si la gente pecadora y egoísta rehúsa compartir su amor y promesa de salvación con sus vecinos o con la próxima generación. Los escritos del Antiguo Testamento proclaman el mensaje de un Salvador mundial. Recuerda la promesa a Abraham (Gén. 12:3). Note cómo en Levítico Dios muchas veces menciona a los extranjeros que vivían entre los israelitas y en ninguna parte los excluye de compartir las bendiciones de la salvación. Acompañe a Elías a Sarepta y a Jonás a Nínive. Lea el libro de Isaías y escuche la proclamación de Dios a las islas y a las naciones lejanas. (Isaías 49 y nuestra lectura de Isaías 60 son sólo dos ejemplos.) Pero, desafortunadamente, muy pocos de los gentiles pusieron atención a los deseos del Señor. Y con muy pocas excepciones, los israelitas tampoco hicieron ningún esfuerzo por decírselo. [Vea *Efesios*, por Irwin J. Habeck.]

Mas ahora, en la época de Pablo, en la era del Nuevo Testamento, las cosas son distintas. Dios reveló a los apóstoles y profetas y por medio de ellos su voluntad salvadora para que todos la vieran. El misterio ya no es un misterio. El secreto ya no es un secreto, gracias a la obra del Espíritu Santo, quien usa el evangelio como su única herramienta.

Esa “buena nueva” hace posible que los gentiles tengan y disfruten los derechos y privilegios plenos de hijos e hijas de Dios. Tienen los mismos derechos que los judíos creyentes — coherederos (συνκληρονόμα) y “miembros del mismo cuerpo” (σύσσωμα) y copartícipes (συμμέτοχα) en la esperanza y la promesa que Jesús da a los pecadores. ¡Qué revelación tan gloriosa y preciosa, tan maravillosa para no compartirla!

vv. 7-9 - del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.

El versículo 7 es casi una reafirmación del versículo 2. No obstante, es más que eso. Aquí el apóstol se designa a sí mismo como siervo (διάκονος) del evangelio. Como uno

que recibió el servicio del evangelio y por medio de su poder fue hecho hijo de Dios, Pablo ahora está determinado a servir al evangelio, a consagrar su vida para proclamar su mensaje salvador y defender sus verdades divinas. No consideró que su papel de siervo era algo degradante. Al contrario, era algo estimulante. Ser ministro del evangelio era, a juicio de Pablo, un privilegio raro y una oportunidad preciosa. Esto significaba recibir una medida doble de la gracia inmerecida de Dios. Dios no sólo escogió adoptar a Pablo como su hijo, sino que lo llamó para ser su vocero y embajador como siervo del evangelio.

Ser un siervo del evangelio no fue degradante, pero era humilde. Pablo debió haberse preguntado muchas veces: “¿Por qué yo? Yo perseguía cruelmente al pueblo de Dios. Dios debió haberme acosado, perseguido y silenciado. Eso es lo que merecía. ¿Por qué yo? Todo es por la gracia de Dios”. Y como resultado leemos las humildes palabras de Pablo: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos”. ¡Ojalá que todos nosotros pudiéramos darnos cuenta de nuestra indignidad y alabar a Dios por convertirnos en lo que somos!

Pablo estaba especialmente agradecido porque él, como administrador de la gracia de Dios, tuvo la obra gozosa de ofrecer las riquezas inescrutables de Cristo. Las riquezas de Cristo son las piedras preciosas de la paz y el perdón pagado por su sangre, las blancas vestiduras de la justicia tejidas por su vida perfecta y la mansión preparada y proporcionada por él en el cielo. Y éste es apenas el comienzo de la lista de las riquezas de Cristo. Hay muchas más. Por eso Pablo las llama “inescrutables”. ¡Qué gozo tuvo Pablo hacer saber a los gentiles “pobres” que eran ricos en Cristo puesto que Jesús se hizo pobre por ellos (2 Cor. 8:9).

Y al predicar a los gentiles, Pablo al mismo tiempo “aclaraba a todos cuál [fue] la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios”. Al ir a los gentiles Pablo estaba manifestando claramente que Jesús es para todos, que “Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:3,4). El Creador del mundo y la fuente de toda la vida esperó sabiamente el momento preciso para anunciar este misterio por todos los rincones de la tierra.

vv. 10,11 - para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Salvador.

Dios nunca quiso que su iglesia pareciera un club privado. Al contrario, quiso rescatar a todos los perdidos y condenados y hacer que volvieran a él. Por eso, mandó que su Hijo tomara el lugar del pecador y llamó a sus siervos para que anunciaran esta noticia públicamente. La santa iglesia cristiana, con sus miembros de “todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apoc. 7:9), manifiesta la sabiduría “multiforme” de Dios. ¿Cuán sabio es Dios? En Cristo se reveló a sí mismo y llevó a cabo su plan para cumplir su justicia. Castigó el pecado y demostró su compasión salvando al pecador. Jesús fue

declarado culpable y castigado por nuestros pecados. Jesús es la razón por la cual Dios declara a un mundo de pecadores “no culpables”. Y por medio de esta palabra de perdón, Dios el Espíritu Santo nos ha dado vida y nos ha colocado como piedras vivientes sobre el fundamento de Cristo y su palabra (Efe. 2:20-22). ¡Éste es el resultado sorprendente del plan sabio y amoroso de Dios!

Los ángeles, “los principados y potestades en los lugares celestiales”, quienes “anhelan mirar estas cosas” (1 Ped. 1:12) y quienes se regocijan por cada pecador que se arrepiente (Lucas 15:7) se maravillaron al ver el desarrollo del plan de la salvación. ¡Y pensar que nosotros, las piedras vivientes de la iglesia, somos la prueba viva de cuán sabio es nuestro Dios! Si los santos ángeles se maravillaron, cuánto más nosotros. Porque Dios usó su sabiduría para lograr nuestra salvación y nuestro bienestar. No quiso que estuviéramos separados de él eternamente en el infierno. Éste es el siguiente pensamiento de Pablo.

v. 12 - en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él.

Nada más imagínese que le concedieran una audiencia con el presidente. Pero al llegar allí, se siente incómodo y confundido. No sabe lo que se debe decir al presidente; ni siquiera se siente cómodo ante él. ¡Si nosotros nos sentimos indignos e incómodos frente al presidente, imagínese cómo nos sentiríamos frente a un Dios poderoso y santo! Pero, tenemos un Amigo que quita nuestro temor e indignidad. Jesús es nuestra “entrada” a Dios, que nos da la habilidad y la oportunidad para acercarnos a Dios como lo hacemos con nuestros padres terrenales. Podemos hablar con libertad y confianza con nuestro Padre celestial acerca de cualquier cosa y de todo. Ahora nos acercamos a Dios por medio de nuestras oraciones. Algún día estaremos directamente ante él, y no estaremos ni avergonzados ni condenados, no con Jesús a nuestro lado.

Sugerencias homiléticas

Es fácil ver cómo este texto se acomoda al festival de la Epifanía. No obstante, es difícil ver un método claro para la presentación de este texto. Entusiasmado, Pablo habla sobre muchos puntos en estas dos largas oraciones. Según el texto griego editado, hay un punto al final del versículo 7 y al final del versículo 12. Por supuesto, los signos de puntuación no fueron inspirados; y tal vez Pablo no pensó detenerse al final del versículo 7. Puesto que las ideas claves se repiten en toda la sección, un esquema analítico, versículo por versículo, no parece ser práctico.

Una posible solución sería anotar todos los pensamientos de Pablo en una hoja de papel y seleccionar los que se relacionan. Se dará cuenta de que uno de los pensamientos predominantes y recurrentes es el énfasis principal de la Epifanía — la difusión de la palabra de Dios entre los gentiles. También se dará cuenta de la sabiduría de Dios al idear su plan salvador. Tendrá que enfocarse en las riquezas de Cristo como el medio para llevar a cabo este plan. Y, por supuesto, no debe pasar por alto el papel que

desempeña Pablo como administrador de la gracia de Dios bajo la dirección y llamamiento del Espíritu Santo.

Todo esto nos recuerda el plan de nuestro sínodo para la extensión del evangelio. Tomando eso como base podemos hacer un esquema con este tema:

Los fondos de Dios para la extensión eterna de la iglesia

1. Ideado por la sabiduría multiforme de Dios (vv. 4-6, 10-11)
2. Financiado por las riquezas inescrutables de Cristo (vv. 8,11,12)
3. Distribuido bajo la dirección del Espíritu (vv. 2,3,7,8)

Otro punto clave en el que tal vez pueda centrarse es: El misterio es descubierto; el secreto es revelado. Este pensamiento ciertamente es apropiado para la Epifanía. Recuerde lo que “Epifanía” significa. Para una introducción, el predicador podría hablar de los secretos que nosotros como humanos tenemos (como los regalos de Navidad) y entonces incluir otros temas como la fecha del juicio final de Dios, sobre el cual Dios guarda silencio, y luego anunciar con gozo y gratitud:

Demos gracias a Dios por haber revelado el secreto de su amor

1. Por gracia sabemos este secreto (vv. 2-6,11,12)
2. Por gracia compartimos este secreto (vv. 7-10)

O tal vez el predicador prefiera hablar sobre el gran gozo y gratitud de Pablo por haberlo hecho ministro del evangelio. La Epifanía es un tiempo apropiado para decir a su congregación:

¡Qué privilegio es ser su pastor!

1. Para admirar juntos la sabiduría múltiple de Dios (vv. 2-6,9-11)
2. Para compartir con ustedes las riquezas inescrutables de Cristo (vv. 8,12)

PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 42:1-7

Epístola - Hechos 10:34-38

Evangelio - Mateo 3:13-17

El año eclesiástico

Un hermoso “Cántico del Siervo”, Isaías 42:1-7, se encuentra en la lectura del Antiguo Testamento. Esta canción contiene las palabras conmovedoras del versículo 3: “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare”. Se enfatiza la misericordia, la fidelidad y la justicia del Siervo. También se menciona el hecho de que el Siervo es el escogido del Señor en quien se deleita y derrama su Espíritu. Las actividades del Siervo incluyen traer justicia a las “naciones”, ser una luz a los gentiles, abrir los ojos de los ciegos, y librar a los prisioneros y a aquellos que están en la oscuridad. Esta lectura claramente profetiza que el Siervo del Señor es aquel a quien todos deben mirar para la redención, cumpliendo así con el gran tema de la Epifanía de la revelación de Cristo a los gentiles. El primer versículo queda muy bien en este domingo, el cual marca el bautismo del Salvador, ya que parafrasea las palabras del Padre y resume también la obra del Espíritu en esa gran obra.

La canción del Siervo se cumple en la Epístola, Hechos 10:34-38. Pedro comienza a hablarle a Cornelio, después de que el Señor, por medio de una serie de acontecimientos especiales los había unido. De esta manera la iglesia comenzó su obra de evangelización a los no circuncidados. Al principio de este discurso, Pedro se refiere al bautismo de Juan, dando un breve resumen de los acontecimientos asociados con los evangelios de la Epifanía.

El tema para este domingo se centra en el Evangelio, Mateo 3:13-17. Aquí Jesús es revelado como Dios el Hijo por medio de las palabras del Padre: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Pero nuestro Salvador no solamente se revela como verdadero Dios. En la estación de la Epifanía vemos a Jesús revelado como Dios hombre, el Salvador. Jesús se revela a sí mismo como el Salvador que vino para ser contado entre los transgresores. Hizo esta revelación sobre sí mismo en su bautismo. Comenzó a demostrar cómo se identificaría con los pecadores y cómo asumiría su deuda y castigo. También se identificó a sí mismo con sus siervos de todas las épocas, porque él mismo recibió el Espíritu Santo para ayudarlo en su ministerio.

El libro de los Hechos de los Apóstoles

El libro de Hechos es una continuación del Evangelio según San Lucas. Éste es el testimonio de las iglesias antiguas, respaldado por la introducción y la similitud del estilo. Por tradición se atribuye este libro a Lucas, el médico y amigo fiel de Pablo. No hay razón para dudar de esta tradición. El autor se presenta a sí mismo en una narración muy sutil en las tres secciones que comienzan con “nosotros”: 16:10-17, 20:5 - 21:18 y 27:2 - 28:16. El hecho de que se presenta a sí mismo tres veces, pero no continuamente, da un poderoso testimonio a la integridad del libro. Su validez histórica también ha recibido apoyo de los esfuerzos por demostrar que está equivocado, esfuerzos que han fracasado.

El libro de los Hechos no es principalmente los “Hechos de los Apóstoles” aunque habla mucho sobre las carreras de Pedro y Pablo. Los hechos son los hechos de Jesucristo, las cosas a las que se dedicó a “hacer y enseñar” por medio de su Espíritu, por medio de su palabra y por medio de su iglesia. Lucas muestra eso al decir en el primer versículo que su evangelio habló acerca “de todas las cosas que Jesús *comenzó* a hacer y a enseñar”. El Salvador da el esquema de este libro en 1:8: “Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo y me seréis testigos en Jerusalén (capítulos 1-7), en toda Judea, en Samaria (capítulos 8-12) y hasta lo último de la tierra (capítulos 13-28). Comienza con la ascensión del Salvador y el derramamiento del Espíritu Santo. Concluye con Pablo en Roma, quien pasa dos años bajo arresto domiciliario. Este último acontecimiento señala que el tiempo de la prioridad de los judíos para recibir el evangelio estaba llegando a su fin. Pablo, quien fue “al judío primeramente, y también al griego”, les dice que están cumpliendo la profecía de Isaías de no ver ni entender. Concluye: “Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán” (Hechos 28:28).

Lucas no nos dice qué pasó con Pablo al término de esos dos años. Algunos han pensado que Lucas iba a escribir un tercer tomo. En apoyo de esta teoría señalan el final abrupto del libro de Hechos. Casi se esperaría que la palabra “continuará” apareciera después del último versículo. Puede haber una razón por la cual termine de esta manera. La continuación esperada del relato puede que no sea algo que Lucas iba a escribir, sino algo que todavía está sucediendo. Jesús todavía está “haciendo y enseñando” por medio de su Espíritu, por medio de su palabra, y por medio de su iglesia. Nuestro ministerio es una continuación de la obra de Pedro y Pablo, en cuanto damos testimonio por todo el mundo del poder que el Espíritu da.

El texto - Hechos 10:35-38

El texto nos recuerda uno de los puntos críticos en la historia de la iglesia. El testimonio del evangelio está a punto de llegar a los confines de la tierra. Ya lo ha hecho en un sentido geográfico, porque había judíos de todas las naciones bajo el cielo presentes en Jerusalén el día de Pentecostés. Mas ahora, el testimonio del evangelio llegaba a un gentil no circuncidado. Las bendiciones de la Simiente de Abraham fueron reveladas desde Génesis en adelante. Las palabras de la lectura del Antiguo Testamento para este

domingo indican claramente que Dios envió una bendición a todas las naciones en la persona del Siervo Mesías. Con respecto a esto los apóstoles no tenían dudas, y si acaso tenían alguna, el Pentecostés la disipó.

Pero sí tenían la idea de que estas naciones tendrían que estar bajo el antiguo pacto antes que pudieran entrar al nuevo pacto. Pedro recibió una rotunda revelación por medio de una visión repetida. Cornelio también necesitaba una visión para que invitara a Pedro a su casa. El centurión de Capernaúm no vino a Jesús, ni obligó a Jesús a venir a su casa, sino dejó que una delegación de líderes judíos llevaran su petición a Jesús, tal como Lucas lo registra en su Evangelio (7:1-10). De la misma manera, Cornelio debió haber sabido que los judíos evitarían la casa de un gentil. “No toquéis nada inmundo” lo tomaban muy en serio. Tal vez no se podía evitar a los incircuncisos en el mercado, pensaban los rabinos, pero por lo menos se podría evitar sus casas. Ésta era una tradición sumamente arraigada.

Pero ahora no sólo esta disposición se había dejado de lado, sino todo aquello que era una expresión de la ley ceremonial. ¡Cristo era el cumplimiento de la ley! Pedro y los otros apóstoles lo sabían. Sin embargo, les llevó tiempo lograr entender todas las implicaciones prácticas de ello. Aún un hombre piadoso como Cornelio, cuya adoración y vida habían recibido la aprobación de Dios, todavía estaba incircunciso. Pedro estaba menos inclinado a ir a su casa que a comer carne de cerdo. No obstante, Pedro no estaba solo. Fue por mandato Dios a hablar las palabras del texto:

vv. 34,35 - Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.

La palabra del texto que describe a una persona que hace acepción de personas, o que tiene gente preferida (προσωπολήμπτης) es rara, aunque el sustantivo no lo es. Indica “a alguien que toma en cuenta la apariencia exterior” y por lo tanto no da a las personas un trato justo. Pedro se crió en una sociedad que creía que Dios aceptaba a los judíos simplemente porque eran judíos y que rechazaba a los gentiles simplemente porque eran gentiles. A Pedro le enseñaron a juzgar por medio de lo externo de la ley, y pensó que Dios juzgaría de la misma manera.

Ya sabía que no era así. La condición del corazón es lo importante y no las costumbres con las que uno creció. El versículo 35 podría comprenderse fuera del contexto y por lo tanto significaría exactamente lo opuesto de lo que dice. Dos interpretaciones son posibles. Una es que Dios acepta a todas las personas “justas” en el mundo que hacen lo mejor que pueden. Esta interpretación sería imposible, puesto que las Escrituras repudian cualquier forma de justicia por medio de las obras o el universalismo. Pedro mismo dijo: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos” (4:12). El profeta Isaías dice muy claramente que cualquier “dios” que el ser humano inventa sigue siendo un ídolo. No hay ninguna otra

deidad antes, después ni al lado de Jehová. No hay ningún otro dios a quien se pueda dar alabanzas correctamente. El mismo incidente descarta esa interpretación. Cornelio había abandonado a los dioses de sus padres y había sido convertido al Dios de la gente cautiva de su nación. Había llamado a Pedro porque quería escuchar toda la verdad acerca de Jesús. No había ningún pensamiento, ni pudo haber habido, de que Cornelio todavía adoraba a Júpiter o a Jano.

La otra tergiversación está de acuerdo con un Dios único. Toma nota de los participios presentes (φοβούμενος ἐργαζόμενος) y concluye que estaban hablando de una actitud constante y de una práctica continua de justicia. La conclusión es que la alabanza de Cornelio y sus obras de justicia lo hicieron aceptable a Dios. Sus oraciones y sus obras de caridad habían venido de Dios, después de todo. Seguramente éstos le habían ganado el favor de Dios, o por lo menos lo habían hecho más “receptivo” a la palabra y a la gracia en Cristo. Esta interpretación, que comparten los fariseos, el pelagiano, y el arminiano, se refuta en toda lo que las Escrituras proclaman respecto a la gracia de Dios y el pecado del hombre. Pedro mismo proclama esta verdad en la conclusión de su discurso: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (v. 43). Solamente por medio de la fe en Jesús pueden nuestros pecados ser borrados y sólo por medio de la fe en Jesús somos aceptables a Dios.

Cornelio había sido preparado para encontrarse con Pedro. Había sido preparado por medio de la obra del Espíritu a través de la palabra. Supo y creyó lo que Dios había dicho por medio de Moisés y los profetas aunque no se había sometido a la circuncisión. En su corazón alabó al Dios verdadero. “Temer” a Dios con frecuencia significa en términos sencillos adorarlo verdaderamente (vea Salmo 115). Temerlo significa reaccionar apropiadamente a su palabra, reconocerlo por lo que es en relación con lo que yo soy, y creer en él.

Para un hijo redimido de Dios, la reacción apropiada es la alabanza, gloria y devoción. El corazón del hijo de Dios late con una preocupación afectuosa hacia los demás, y su vida está dedicada a hacer la voluntad de Dios en todo. El modelo de la vida de Cornelio fue hacer lo correcto, entregar toda su vida como una ofrenda de alabanza a Dios. Su alabanza y su vida de caridad hacia una raza cautiva no eran la base para ser aceptable a Dios, pero eran la prueba y el resultado del hecho de que Dios lo había aceptado.

Pedro admite esta verdad. El folclor, las costumbres, las ordenanzas externas no tienen nada que ver con la adoración verdadera de Dios. Las antiguas restricciones externas, fueran escritas por Moisés o transmitidas como parte de la tradición, no eran obligatorias y no debían excluir a los gentiles de escuchar las buenas nuevas. Pedro habla ahora con gozo acerca de las buenas nuevas de Jesús:

vv. 36-38 - Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; éste es Señor de todos. Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo

Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

La Nueva Versión Internacional traduce: “Ustedes conocen este mensaje que se difundió...”. La idea, apoyada por muchos, es que éste es un anacoluto y “la palabra” (τὸν λόγον) viene primero a causa del énfasis. Éste es el mensaje, Pedro dice, que el Señor nos mandó decirles a ustedes. Este mensaje es la razón por la cual ustedes han recibido un mensaje del cielo para llamarme, y este mensaje es la razón por la cual he sido mandado por medio de una visión a venir a ustedes, contrario a todas las costumbres que he practicado durante toda mi vida.

La pregunta lógica sería: ¿Entonces, por qué estaba Pedro allí? Si Cornelio ya había escuchado el evangelio, ¿fue necesario que Pedro hablara con él? Cornelio conocía el evangelio por medio de estudiar la Ley y los Profetas, y la prueba de este conocimiento fue la devoción hacia Dios y el amor que sentía por los demás. Al igual que muchos de sus contemporáneos, por ejemplo Agripa en el capítulo 26, él había escuchado de Jesús, de su enseñanza y de sus milagros. También había escuchado del derramamiento del Espíritu Santo, como Lucas lo registra en el capítulo 4. Juan el Bautista también testificó que había visto al Espíritu descender y permanecer sobre Jesús (Juan 1:32,33). Cornelio también sabía que Jesús había muerto en la cruz, que había algunos informes conflictivos acerca de la disposición del cuerpo, y que había unos seguidores que todavía predicaban en su nombre.

Pero, Cornelio no sabía que Jesús era en verdad el Cristo, que en verdad era Señor de todo. No lo sabía porque no sabía que Jesús había resucitado de entre los muertos (v. 40). Ni tampoco sabía que Jesús era el tan anhelado Mesías en cuyo nombre sería proclamado el perdón de pecados (v. 43).

Pedro no trajo un mensaje totalmente nuevo, lo cual está claro por los versículos 37 y 38. Lo que sí era nuevo era la resurrección de Jesús y que esto lo señaló como el verdadero Mesías. El mensaje de una tumba vacía significaba que todas las cosas positivas que Cornelio había escuchado acerca de Jesús eran verdaderas y que todos los comentarios opuestos eran falsos.

La buena noticia es que hay paz (εἰρήνη) por medio de Jesucristo. El término “paz” no sólo indica la ausencia de guerras, aunque comunica eso también. También significa que todo está bien, que todo lo necesario para el bienestar de la persona está presente. La proclamación de paz es otra manera de comunicar el veredicto de la justificación. Dios no sólo ha perdonado nuestros pecados, también nos ha imputado toda la vida de amor de nuestro Salvador y su obediencia. Él siempre hacía todo lo que era bueno. De la misma manera, Dios no solamente declara que está en paz con nosotros, sino que nos trata como héroes triunfantes y nos provee de todo lo necesario, para esta vida y para la eternidad.

Dios nos ha encargado este mensaje, y por lo tanto podemos creerlo con una confianza absoluta. El mensaje es seguro y preciso. Son las buenas nuevas de la paz “por medio de Jesucristo”. Jesús es el agente por medio del cual la paz de Dios se podría proclamar a los hombres. Jesús sufrió el castigo de la ira de Dios contra los pecadores. Él pagó el precio total y cumplió los términos del tratado de paz, escrito con su sangre. Ganó la victoria por medio de algo que pareció ser una derrota, la cruz. Y la ganó por nosotros y todos los hombres.

Esta paz viene por medio de aquel que es el prometido, el “Señor de todos”. Isaías predijo la venida del Príncipe de Paz, quien sería, “el Padre eterno, el Dios fuerte”. Esto no era nada nuevo. Para Cornelio la novedad era que el Salvador crucificado resucitó para manifestarse como Juez de vivos y de muertos (v. 42). Todos tendrían que rendirle cuentas, así como todas las cosas eventualmente se inclinarán ante su voluntad y obrarán para su gloria. Con estas palabras “Señor de todos”, Pedro revela la plena deidad de Jesús.

Cornelio estaba al tanto de lo que había sucedido. Estos acontecimientos ocurrieron en toda la tierra de Israel, no sólo en Judea. Judea (Ἰουδαία), en su sentido amplio, incluye toda la tierra de los judíos. El inicio del ministerio de Jesús, las cosas que Cornelio había escuchado, incluía el bautismo y el arrepentimiento proclamado por Juan.

El “bautismo” se refiere a todo el ministerio del precursor, el cual preparó al pueblo para la revelación del Salvador al exponer su necesidad de un Salvador. El bautismo de Juan culminó en el bautismo que tenemos registrado en el Evangelio para hoy, el bautismo en el cual la Trinidad y el Salvador fueron revelados. La proclamación de Juan alcanzó su punto culminante cuando dijo del Salvador: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

“Jesús de Nazaret” fue una manera común de referirse al Salvador, en contraste con otras figuras públicas en Palestina que pudieron haber recibido el nombre de Josué. Ése es el nombre que Cornelio conocía, el nombre por el cual el Salvador fue reconocido entre sus contemporáneos.

Pedro habla de cómo “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. ¿De qué estaba hablando? Los luteranos ortodoxos siempre han afirmado que la unción tuvo lugar simultáneamente con la encarnación de Jesús. Tienen una base firme para ello. La obra del Salvador comenzó con su concepción, la cual estaba libre del pecado original. Su obra redentora comenzó cuando estaba dentro del vientre. Los ángeles llaman al niño de Belén “Cristo, el Señor”, demostrando que esta unción ya entraba en vigor. Cuando Gabriel vino a María, dijo que el Espíritu Santo vendría sobre ella, y que el poder del Altísimo la cubriría. Ese óvulo de su cuerpo en verdad fue “ungido con el Espíritu Santo y con poder” desde la encarnación.

También es correcto decir que ésta es una referencia al bautismo de Jesús. En su estado

de exinanición, nuestro Salvador se encontraba en una situación en la cual necesitaba al Espíritu para llevar a cabo su ministerio, así como se encontraba en una situación en la que necesitaba comunicarse con su Padre celestial por medio de la oración. Mateo, Marcos y Lucas hacen referencia al hecho de que Jesús fue llevado al desierto “por el Espíritu” después de su bautismo. Lucas describe a Jesús “lleno del Espíritu Santo”, mientras Marcos dice que “el Espíritu le impulsó al desierto”. Como dijimos anteriormente, Jesús calificó los insultos de aquellos que dijeron que su poder se derivaba de Belcebú como “blasfemia contra el Espíritu Santo”. “Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3:34).

La unción con el Espíritu y con poder también podría ser una referencia a la resurrección. Romanos 1:4 dice: “Que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”.

La referencia de Pedro parece ser al bautismo de Jesús. El contexto de las palabras de Pedro insinúa que Cornelio ya conocía algo acerca de este acontecimiento. Es más, dice que las cosas de las cuales habla comenzaron con el bautismo que Juan proclamaba. La encarnación tuvo lugar antes de eso, y Cornelio no tenía conocimiento de la resurrección.

Pedro resume el ministerio del Salvador con estas palabras: “Éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”. Esto, en toda su simpleza, resume la obediencia activa de nuestro Salvador. Jesús sanó a aquellos que fueron explotados por el diablo. Esto no se refiere únicamente a los endemoniados ni a aquellos afligidos con enfermedades mentales o físicas. Sino también incluye a todos los que han sido librados del dominio de las tinieblas por medio del mensaje que él habló. En un sentido más amplio, este versículo se refiere a todo lo que Jesús hizo para librarnos del malvado.

Sugerencias homiléticas

Este texto ofrece tanto que es difícil saber por dónde comenzar. Es un excelente texto para las misiones. Contiene el mensaje básico del evangelio y nos enseña que debemos proclamarlo a toda criatura. En cuanto a los grupos étnicos u otras culturas diferentes a la nuestra, esta distancia no es nada comparada con la distancia que por naturaleza separa al hombre de Dios. Esa distancia sólo Dios la podría medir, y fue removida en Cristo. Puesto que esa distancia ha sido eliminada, ciertamente no hay nada que nos impida quitar las barreras entre nosotros y los demás. Porque sabemos que todos necesitan conocer a Cristo.

El texto también enfatiza el hecho de que Jesús es Señor de todos. Él está en control de todo, él redimió a los pecadores, y a él todos le deben obediencia y alabanza. Con respecto a esto, el texto nos ayuda a definir lo que es el “temor de Dios”.

El texto enseña que el Espíritu Santo es el que da la fe y nos lleva a producir frutos. Otro

punto trata la relación entre el bautismo de Jesús y el nuestro.

Este excelente texto de Epifanía demuestra cómo el Salvador fue revelado a aquellos que lo rodeaban. Se centra en el mensaje de paz que Dios envió por medio de él. Demuestra que Jesús proveyó esa paz por medio del bien que hizo, el cual es la base para nuestro reclamo de la justificación y paz en presencia de Dios. Demuestra cómo nos libró de la tiranía del diablo. Unos esquemas posibles para un tratamiento analítico del texto serían:

Jesús es Señor de todos

1. Llama a todos los hombres a alabarlo (vv. 34,35)
2. Ofrece vida y paz a todos (vv. 36-38)

Jesús es Señor de todos

1. Alábenlo con verdadera devoción (vv. 34,35)
2. Regocijense en el conocimiento de su paz (v. 36)
3. Vivan según el poder de su Espíritu (vv. 37,38)

Proclamen las buenas nuevas de una paz verdadera

1. Una paz universal: para todos (vv. 34,35)
2. Una paz segura: basada en la obra completa de Cristo (vv. 36,37)
3. Una paz personal: comunicada a través del Espíritu Santo (v. 38)

Sugerencias para una presentación sintética:

El Señor de todos los quiere a ustedes

1. Quiere que ustedes posean la paz que él ganó
2. Quiere que ustedes se consagren a él
3. Quiere que ustedes compartan el evangelio con todo el mundo.

La razón por la que la iglesia existe

1. Para proclamar la grandeza de Cristo a todo el mundo
2. Para ofrecer la paz de Cristo a todo el mundo
3. Para llevar vidas que alaban a Cristo ante el mundo.

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 49:1-6

Epístola - 1 Corintios 1:1-9

Evangelio - Juan 1:29-41

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 49:1-6, contiene uno de los Cánticos del Siervo que prefiguraron la persona y la obra del Salvador prometido. Esta canción nos ofrece importante información respecto al Siervo del Señor, a quien conocemos como Jesucristo. Él estaba apartado para cumplir el propósito del Señor: “Oídmme, costas, y escuchad, pueblos lejanos. Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria”. Fue obediente a los deseos del Señor: “Y me dijo: Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré”. Fue comisionado para extender el reino del Señor: “...para que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones...”

La Epístola, 1 Corintios 1:1-9, es la introducción y la acción de gracias de la Primera Carta de Pablo a los Corintios. Contiene la forma general de una carta: escritor – “Pablo...y el hermano Sóstenes”; destinatario – “A la iglesia de Dios que está en Corinto”; el saludo – “Gracia y paz a vosotros”. Pablo pudo dar gracias porque “la gracia de Dios os fue dada en Cristo Jesús”. Esta gracia se demostró en los dones espirituales que debían usarse en el presente, y también en una confianza espiritual para enfrentar el futuro.

La lectura del Evangelio, Juan 1:29-41, es el testimonio de Juan el Bautista acerca de Jesús y el llamamiento de los primeros discípulos. El testimonio de Juan era evidente respecto a su propia persona y respecto a Cristo: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!...Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él...Yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios...Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí, porque era primero que yo”. El testimonio de Juan hizo que Andrés hablara a Jesús, y luego Andrés fue a buscar a su hermano Simón y le dijo: “Hemos hallado al Mesías”.

1 Corintios

Grecia está dividida a la mitad por el golfo Sarónico al oriente y por el golfo de Corinto al occidente. Entre los dos golfos hay un istmo con una anchura de ocho kilómetros.

Corinto estaba situado en ese istmo.

La antigua ciudad griega había sido destruida por el general romano Mummius en 146 a.C. Esta área quedó desolada por casi un siglo hasta que Julio César la reconoció como un sitio estratégico y, junto con Augusto César, reconstruyó la ciudad, comenzando como un siglo antes que Pablo escribiera sus cartas a los corintios.

Corinto nunca se destacó por sus filósofos. De todos los grandes pensadores griegos, ni uno se originó de Corinto. En cambio, fue reconocido por su comercio y su industria. Fue un centro industrial y de construcción de naves. En Grecia todo el comercio de norte a sur tenía que pasar por ese estrecho istmo. Puesto que las aguas en la costa sur de Grecia eran muy peligrosas, los barcos entraban con frecuencia por el puerto de Corinto y luego transportaban sus bienes por el istmo; los barcos más grandes descargaban su mercancía en caravanas, mientras que a los barcos más pequeños los jalaban sobre ruedas en un tranvía de madera llamado el *Dioclos*. Corinto era una ciudad cosmopolita. Griegos, latinos, sirios, asiáticos, egipcios, judíos y otros llenaron sus calles y casas trabajando de soldados, oficiales del gobierno, empresarios y marineros. Fue un lugar de interés turístico para los atletas griegos; los juegos ístmicos se llevaban a cabo allí cada dos años. Era la cuarta ciudad más grande del imperio romano del primer siglo, la capital de la provincia de Acaya, en el sur de Grecia. Se ha estimado que su población, en la época de Pablo, contaría con unos 200,000 ciudadanos y 500,000 esclavos.

En la ciudad destacaban templos paganos dedicados a Isis y Serapis. Más arriba de la ciudad, en el Acrocorinto, se construyó el templo a Afrodita. Se ha dicho que había más que 1,000 sacerdotisas trabajando en el templo — prostitutas — y que tener relaciones con ellas se consideraba como un acto de alabanza. Corinto tuvo una merecida reputación de propagar una vida licenciosa. Un modismo de su ciudad, “*ser un corintio*” significó “llevar una vida licenciosa”. Una “muchacha de Corinto” fue un eufemismo para prostituta. San Pablo describió los vicios paganos (Rom. 1:18-32) cuando estaba en Corinto. Aelio escribió que en los dramas antiguos, cualquier corintio que salía a escena estaba ebrio. Un letrado moderno ha dicho que Corinto fue “una ciudad en donde toda la brutalidad del occidente y toda la sensualidad del oriente se mezclaron”. Al historiador romano Strabo se le atribuye haber dicho: “El viaje en barco a Corinto no es para todos”.

Sin embargo, el Apóstol Pablo realizó el viaje por barco a Corinto más de una vez. La primera vez fue durante su segundo viaje misionero en 52 d.C. (aprox.). Hechos 18:1-18 presenta los detalles de su actividad misionera inicial en la ciudad. Conoció a Aquila y a Priscila y pasó los primeros sábados en la sinagoga, hablando con judíos y gentiles. Se enfrentó a una oposición repetida y organizada de parte de muchos oyentes judíos y se ganó el apoyo de muchos oyentes griegos. Pablo permaneció año y medio antes de zarpar hacia Éfeso. Desde Éfeso Pablo envió a Apolo de regreso a Corinto para fortalecer el ministerio de la iglesia allí. Mientras Pablo todavía estaba en Éfeso escuchó unos informes muy inquietantes acerca de la iglesia en Corinto y desde Éfeso escribió sus dos

cartas a esa congregación.

Pablo dijo una vez: “Y además de otras cosas, lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias” (2 Cor. 11:28). La iglesia en Corinto, su *Sorgenkind*, llamada por un autor moderno “La iglesia de Dios en la feria de vanidades”, la iglesia que Martin Franzmann llamó “su hijo amado, brillante y rebelde”, debe haberle causado mucha angustia personal a Pablo. Esta primera carta, escrita en la primavera del año 57, abunda en evidencia de que los corintios habían maltratado el evangelio. Primero, destaca que habían malinterpretado el mensaje del evangelio, sustituyendo la sabiduría humana y la elocuencia retórica por la “necedad de la cruz”. Como resultado se habían dividido en facciones y camarillas que se aglomeraron alrededor de su predicador favorito. Segundo, habían calculado mal la libertad del evangelio, justificando la inmoralidad sexual, frecuentando a las prostitutas, abandonando sus compromisos matrimoniales y a sus familias, haciendo caso omiso a los escrúpulos de conciencia de los miembros más débiles y demostrando impropiedad en sus relaciones de varón y mujer, y todo en nombre de su tan divulgado y simplificado excesivamente lema: “¡Todo es lícito!”. Tercero, emplearon mal los dones del evangelio, exaltando los dones menores de lenguas y de interpretación mientras pasaban por alto los dones mayores del amor cristiano y del servicio, y al hacerlo, en vez de edificar el cuerpo de Cristo lo estaban destruyendo. Por último, habían interpretado equivocadamente la esperanza del evangelio, negando la resurrección física de los creyentes y dejando así a la resurrección de Cristo desprovista de toda importancia.

Pablo abordó vigorosa e implacablemente todos estos problemas en su primera carta. Expuso a la luz pública la vida de la iglesia del primer siglo. Nosotros tenemos el privilegio de meditar sobre algunos asuntos nada edificantes de la iglesia. No obstante, Pablo comenzó la carta con estas palabras: “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (1:3); y la concluyó con: “Mi amor en Cristo Jesús esté con todos vosotros” (16:24). Les dio mucho valor, asegurando a estos hombres y mujeres que a pesar de sus debilidades y malentendidos, eran “santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (1:2), “labranza de Dios, edificio de Dios” (3:9), “templo de Dios” (3:16), “lavados, santificados, justificados en el nombre del Señor Jesús” (6:11), “el cuerpo de Cristo” (12:27). En Corinto hubo hermanos y hermanas débiles, discípulos que se habían apartado del camino, hombres y mujeres que habían caído en la inmoralidad. Pablo escribió esta carta para que los hermanos y hermanas débiles pudieran ser recuperados, los que se habían apartado fueran llamados y fortalecidos, y todos se unieran otra vez en Cristo Jesús, quien era su “justificación, santificación y redención” (1:30).

Es significativo que Pablo fundó esta congregación —como lo hizo con las otras congregaciones— en una ciudad próspera, lujosa y corrompida y no en el desierto ni en el campo. Y sin embargo, resulta justo que lo hiciera así. Allí es donde la iglesia se enfrenta al mundo, y los estudios bíblicos sobre este libro con tales títulos como “*El ministerio de la iglesia en una sociedad corrupta*” y “*El cristiano en una sociedad pagana*” son apropiados. Tal vez este modo de pensar llevó a los autores de las perícopas

CILA a incluir porciones de 1 Corintios en todas sus perícopas para la estación de Epifanía. Tradicionalmente esperamos ver a Jesús manifestándose durante la Epifanía como el Salvador por medio de obra y palabra. No obstante, los textos de 1 Corintios nos recuerdan que aunque los miembros de la iglesia invisible estemos rodeados por un mundo imperfecto, sin embargo somos las luces con las cuales el Señor Jesús desea reflejar su gloria al mundo.

El texto - 1 Corintios 1:1-9

vv. 1-3 - Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro; Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Las primeras palabras de 1 Corintios siguen la fórmula de cortesía de la correspondencia antigua: el remitente, el destinatario y los saludos. No obstante, cada parte de la fórmula ha sido “cristianizada” por el apóstol.

El remitente es “Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”. Pablo inmediatamente expresó su autoridad. Él había sido escogido y comisionado para ser el vocero del Salvador. Era común que Pablo se refiriera a ese llamamiento directo que Cristo le había extendido y así añadiera más autoridad a sus palabras (vea Rom. 11:13; Gál. 1:1; 15-17); más tarde en esta carta escribió: “Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado” (1 Cor. 11:23). El Señor había intervenido directamente en la vida de Pablo, como lo hizo en la vida de tales profetas del Antiguo Testamento como Moisés, Isaías, Jeremías, Amós y otros, y había sido apartado para su obra. Pablo mencionó “*el hermano Sóstenes*”. Un Sóstenes fue líder de la sinagoga en Corinto cuando Pablo primero visitó la ciudad (Hechos 18:17); ¿podría ser el mismo Sóstenes? Si es así, probablemente fue convertido por medio de la obra de Apolo y más tarde debió haber viajado a Éfeso para estar con Pablo. Al llamar a Sóstenes “*el hermano*”, Pablo estaba implicando que Sóstenes eran un hermano muy bien conocido, ¿pero para quién? ¿Para los corintios? ¿Para Pablo? ¿Para las iglesias? Hodge sugiere que Sóstenes fue el que escribió esta carta para Pablo, como Timoteo le ayudó con sus otras cartas. Lenski argumenta que Sóstenes era más que eso; él sugiere que Pablo había tratado el contenido de la carta con Sóstenes y que los dos estaban de acuerdo con lo que leemos en la carta.

El destinatario de esta carta es “la iglesia de Dios que está en Corinto”. Ἐκκλησία nos recuerda al hebreo *qahal*, la asamblea del pueblo de Dios. La ἐκκλησία fue una reunión de personas en respuesta a una llamada. Algunas veces la ἐκκλησία de Dios es el total de los creyentes (vea Efe. 5:25); otras veces es un grupo particular de creyentes reunido alrededor de los medios de gracia en cierto lugar (vea Gál. 1:1; Efe. 1:1; et al). La ἐκκλησία es “los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos”. El participio perfecto pasivo ἡγιασμένοι nos recuerda que las personas no deciden hacerse parte de la

iglesia de Dios, sino que Dios nos aparta y nos llama a ser miembros de su iglesia. Ésta es la santificación en el sentido amplio del término — incluyendo la conversión, la fe salvadora, una vida de buenas obras y la perseverancia hasta la vida eterna. Como Pablo había sido llamado por la voluntad de Dios para ser apóstol, ellos también habían sido llamados para ser purificados y apartados como el pueblo de Dios. Aquellos creyentes en Corinto también formaban parte de un compañerismo más grande, “...con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. De la misma manera en que el agua de un lago está conectada a un paso angosto que fluye al océano, el cual rodea el globo, así cada reunión de cristianos alrededor del evangelio tiene una conexión vital con todos los creyentes, la santa iglesia cristiana. Todos sus miembros han sido llamados por el Espíritu Santo e invocan el nombre del Señor Jesucristo. La última frase del versículo 2 dice literalmente “suyo y nuestro”. Podría significar, “su Señor y el nuestro” o “su lugar y el nuestro”. Casi todas las traducciones prefieren la primera opción.

El saludo dice: “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. “Gracia” (χάρις) es el *favor Dei* inmerecido, una actitud del corazón de Dios que da al pecador exactamente lo opuesto de lo que merece — en vez de juicio, bendición; en lugar de condenación, el perdón; en vez de la muerte, vida. “Paz” (εἰρήνη) es el equivalente del hebreo *shalom*, es una actitud en el corazón del pecador que resulta de haber experimentado la gracia de Dios en sus vidas; una integridad, un bienestar, una seguridad. La gracia siempre viene primero; la paz, en segundo lugar. La gracia viene a nosotros de Dios, y la paz es el efecto que produce en nuestros corazones. La gracia y la paz vienen de “Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. Dios es nuestro *Padre* no sólo porque nos creó sino, aún más importante, porque envió a su Hijo unigénito para que podamos ser adoptados en su familia. Jesucristo es nuestro “Señor” no sólo porque es el soberano y Señor del universo, sino aún más importante porque él es el Dios Salvador, nuestro Redentor del pecado.

vv. 4-7a - Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don.

Algunos lectores han juzgado estas palabras de Pablo como una acción diplomática o hasta como ejemplo de un halago falso. Pablo tendrá palabras mordaces para su *Sorgenkind* [hijo problemático] en esta carta; ¿son estas palabras de introducción un halago vacío? Pablo no está halagando a los corintios, al contrario, está dando gracias a Dios. Da gracias a Dios por los dones que le dio a su iglesia en Corinto, y los verbos pasivos (su gracia “os fue dada”, “fuisteis enriquecidos”, el testimonio acerca de Cristo “ha sido confirmado”) deja claro que Dios es el Benefactor y los corintios eran meros destinatarios. “Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (1 Cor. 4:7). Algunos que habían recibido los dones de gracia de Dios habían malentendido los dones y habían

hecho mal uso de ellos; ¿acaso tal actitud niega la naturaleza misericordiosa de los dones o la bondad del Dios que los dio? La gracia de Dios sigue siendo la gracia de Dios, a pesar del hecho de que algunos puedan hacer mal uso de ella. Y una acción de gracias sigue siendo la respuesta apropiada a la gracia. Al prologar las amenazas y las condenaciones de esta carta con palabras de gratitud, Pablo estaba diciendo: “No se olviden de lo que Dios ha hecho por ustedes. Nunca se olviden de lo que son. No vuelvan a lo que eran antes. Lleven vidas que reflejen que son nuevas criaturas en Cristo”.

“Que nada os falta en ningún don”. Los corintios en una época eran espiritualmente destituidos, mas habían recibido del cielo un premio inesperado que los había enriquecido más de lo que se hubieran imaginado. Habían sido enriquecidos “en toda palabra y en toda ciencia”. “Palabra” indica la habilidad de expresar y proclamar las obras salvadoras de Dios en palabras humanas para la edificación de la iglesia. “Ciencia” es una sabiduría con respecto a las cosas espirituales que son un misterio inescrutable a la persona que no tiene el Espíritu, pero que nos han sido reveladas en la sabiduría de la cruz. ¿Hay un toque de ironía en las palabras de Pablo? No es muy probable. Más adelante Pablo creyó necesario reprender a los corintios por exaltar el don de lenguas a una posición más alta que la habilidad de comunicar el mensaje de Dios con palabras inteligibles. Además tuvo que demostrar la insensatez de depender de la sabiduría humana, la cual había dividido a la congregación en facciones y cismas.

Pablo dice además: “El testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros”. ¿Significa esto “el testimonio que Cristo dio de sí mismo”? ¿O, significa “el testimonio de Cristo que nosotros les predicamos”? De cualquier forma, Pablo estaba diciendo: “El evangelio es poderoso. Mira lo que ha hecho por ustedes”. El evangelio es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom. 1:16). “Porque la palabra de la cruz...a los que se salvan...es poder de Dios....Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor. 1:18,25). La iglesia de Dios en Corinto era la prueba viviente de esta verdad.

“De tal manera que nada os falta en ningún don”. Los corintios no habían sido discriminados. La serie de dones de gracia de Dios que otorga a sus creyentes también había sido dada a la iglesia en Corinto. Lo que faltaba, lo que es penosamente claro para Pablo, fue un correcto entendimiento de la importancia y el uso de esos dones.

vv. 7b-9 - Esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.

Los cristianos no sólo gozan de las bendiciones actuales de formar parte de la familia del Padre y de los dones para usar al servicio de Dios. También pueden esperar con confianza el futuro. Los cristianos pueden “esperar con entusiasmo”. La palabra ἀπεκδέχομαι significa esperar con emoción y entusiasmo, “de puntillas”. Los cristianos

están esperando con entusiasmo la manifestación de su Señor Jesucristo. Esperan el día cuando el Salvador bajará el telón de la historia mundial en el día de juicio. El Señor Jesús, quien siempre ha estado presente con nosotros, una vez más será visible para nosotros. Los cristianos esperan “el fin”, no el fin de la vida terrenal de cualquier persona, sino el fin del mundo. La meta final de cada cristiano es la vida al lado de su Salvador. Los cristianos esperan “el día de nuestro Señor Jesucristo”. “El día de Jehová” fue un término muy familiar del Antiguo Testamento y significaba el día de juicio (vea Is. 61:2; Joel 2:31; Amós 5:18; Sof. 1:14; Mal. 4:5).

¿Cómo es posible que los pecadores esperen con entusiasmo el día de juicio ante un Juez imparcial que exige la perfección? Dios escogió a los suyos y los limpió y redimió con su sangre. Nuestra posición en el día de juicio depende totalmente de Dios, no de nosotros; y por eso, podemos estar frente a él con confianza. “Él os confirmará hasta el fin”. Dios no solamente es responsable por habernos traído a la fe; también promete mantenernos en esa fe. Pablo expresó un pensamiento similar en su Carta a los Filipenses: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). Él nos guardará “irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo”. Estamos libres de cualquier reproche, sin mancha, no nos pueden acusar ni sentenciar. Estamos sin mancha, no porque por naturaleza seamos buenos, sino porque estamos revestidos de la sangre y la justicia de Jesús. El Salvador tomó el lugar del pecador. Se colocó a sí mismo bajo el juicio divino del Padre. Él ofreció a Dios la vida perfecta que nosotros como pecadores no pudimos producir. Soportó la muerte expiatoria como el sustituto del pecador. Acreditó su inocencia a nuestra cuenta.

¿Podemos creer eso? “Dios es fiel”. El orden de estas palabras en el griego enfatiza esa cualidad particular de Dios: “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión”. Dios nunca incumple sus promesas. Es absolutamente digno de confianza. Siempre hace exactamente lo que dice. Nos ha llamado para compartir con él y para compartir los unos con otros las bendiciones de la salvación. Somos llamados a la familia de creyentes. Dios es fiel; ¿qué tan fieles le hemos sido nosotros?

Sugerencias homiléticas

A primera vista, este texto no parece ofrecer muchas posibilidades homiléticas. Puesto que hay tanto contenido en el cuerpo de la carta de Pablo a los corintios, ¿qué razón hay para escribir un sermón sobre una mera introducción superficial?

Un examen minucioso revela que los primeros nueve versículos de esta carta no son nada superficiales. Estos primeros párrafos están llenos de estupendas palabras teológicas — apóstol, iglesia, santificado, llamado, gracia, paz, ciencia, irreprochable, comunión, fiel. Estas primeras líneas revelan importantes doctrinas bíblicas — la autoridad apostólica, el llamamiento divino al ministerio, el monergismo divino de la conversión, la santa iglesia cristiana y la congregación cristiana local, los dones carismáticos y su uso efectivo entre el cuerpo de los creyentes, la preservación en la fe y la escatología.

Estos primeros versículos nos dan una mirada al corazón pastoral del apóstol. Podemos ver cómo Pablo se consideró a sí mismo; estaba firmemente convencido de su autoridad como un vocero comisionado por su Salvador. El mensaje que escribió no era suyo, sino el del Señor. Lo que más tarde tuviera que decir a los corintios, sería: “Lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Cor. 14:37). También podemos ver cómo Pablo consideraba a la iglesia. Era la iglesia de Dios, no la suya. Cristo Jesús la había redimido, el Padre la había llamado a existir, y Dios garantizaría su continua existencia mientras que estuviera “en Corinto”, hasta “el fin..., el día de nuestro Señor Jesucristo”. La iglesia de Dios en Corinto pudo haber puesto a prueba la paciencia de Pablo hasta más no poder, y no obstante las primeras palabras que salen de la pluma de Pablo son palabras de acción de gracias. Los corintios no tenían la madurez en Cristo, no siempre llevaban una vida ejemplar, pero eran de Cristo, y Pablo les habló así, como a cristianos.

Finalmente, este texto es una porción preliminar de una vista sumamente rica y reveladora de la época y la vida de la iglesia al inicio de la cristiandad. No vemos ninguna iglesia idealizada, llena de santos de porcelana. Vemos a hombres y mujeres que estaban a la altura del *peccator* en la descripción de Lutero del cristiano: *simul iustus et peccator*. Estas primeras líneas adelantan las preocupaciones que Pablo más tarde aborda en el cuerpo de la carta. Pablo recordó a los corintios que habían sido llamados “a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo” para que más adelante pudiera hacerles un llamado “en cuanto a la ofrenda para los santos” (16:1). Les recordó que “en todas las cosas fuisteis enriquecidos... nada os falta en ningún don” para que después pudiera decirles: “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo... a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (1 Cor. 12:4,5,7). Y Pablo notó que los corintios estaban “santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santos”... para que pudiera animarlos: “¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (6:19-20). El predicador que predica de Corintios en la estación de Epifanía puede usar este texto como base para otros sermones en las próximas semanas.

Una manera de reflejar las verdades que se expresan en este texto es mirarlas desde el punto de vista del pecador:

El Salvador da a los pecadores todo lo que necesitan

1. Los eligió para ser miembros de la iglesia de Dios (vv. 1-3)
2. Los enriquece con dones para servir a Dios (vv. 4-7)
3. Los preserva mientras esperan el día del juicio (vv. 8,9)

Otra posibilidad es expresar las verdades del texto desde el punto de vista del pastor:

Doy gracias a Dios por ustedes

1. Porque los ha llamado a la verdadera fe
2. Porque los enriquece con dones para su fe
3. Porque los mantiene firmes en la fe.

Una tercera posibilidad, que resulta menos directa, podría ser anunciar los pensamientos que vuelven a aparecer en el cuerpo de la carta:

Pablo responde a las tres importantes preguntas de la vida

1. ¿Quién soy yo (vv. 1-3)
“...santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo”.
A. En Cristo, soy un creyente santificado.
B. Soy miembro de la iglesia de Cristo.
2. ¿Por qué estoy aquí? (vv. 4-7a)
“...en todas las cosas fuisteis enriquecidos... nada os falta en ningún don...”
A. Estoy aquí para usar mis dones para servir a Dios (1 Cor. 10:31)
B. Estoy aquí para usar mis dones para servir a otros (1 Cor. 12)
3. ¿A dónde Voy? (vv. 7b-9)
“...esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo... el día de nuestro Señor Jesucristo”.
A. El mundo se dirige hacia el día del juicio (1 Cor. 7:31)
B. El cristiano espera con confianza el día del juicio.

TERCER DOMINGO DE EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 9:1-4

Epístola - 1 Corintios 1:10-17

Evangelio - Mateo 4:13-23

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 9:1-4, el profeta, en conformidad con su oficio, dice a los justos: “Todo les irá bien”. Pero a los malvados todo les irá mal, como el profeta dice más adelante en este mismo capítulo. Estos versículos hablan de las promesas de gracia para aquellos que se aferran a los caminos y a las palabras del Señor. Ellos viven en la “luz”.

Pablo, en la Epístola, 1 Corintios 1:10-17, trata el problema de las divisiones entre los corintios. Los exhorta a que aprecien el evangelio como la bendición más sublime. Su comportamiento faccioso estaba totalmente opuesto al mensaje del evangelio. Cualquier cosa en la iglesia que no se centra en el Señor y en su gracia apoya los esfuerzos de Satanás de distraernos de Dios. Pablo hace un llamado a los corintios para servir al Señor en vez de deleitarse en las divisiones y discusiones.

La lectura del Evangelio, Mateo 4:13-23, demuestra que el ministerio de Juan el Bautista disminuyó mientras el ministerio de Jesús aumentó. Este aumento de Cristo significó que “el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció”. Aquí tenemos el llamamiento de los primeros discípulos, quienes estaban entre los primeros en tomar en cuenta ese llamamiento y seguir al Hijo de Dios, la luz del mundo.

Las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamentos enfatizan el gran cambio que se efectúa en el creyente. Las vidas cambian de las tinieblas del pecado a la luz de la verdad de la palabra de Dios. Tal cambio significa que podemos reconocer el pecado por lo que es. En la Epístola, Pablo nos anima a no empañar la luz con riñas en la iglesia, sino por el contrario debemos unir nuestra fe y nuestra obra para que una luz más brillante ilumine a los demás.

El texto - 1 Corintios 1:10-17

Éste es el segundo de una serie de siete textos consecutivos tomados de Primera de Corintios. El propósito de esta carta de Pablo es corregir los errores que habían aparecido en esa congregación. Había permanecido allí casi dos años (Hechos 18:11,18). Como

apóstol de los gentiles, vio grandes bendiciones en su obra. Ahora está preocupado por el futuro de sus amigos si ellos no se deshacen de sus errores pecaminosos. La estación de Epifanía destaca que Jesús se reveló tanto como Hijo de Dios como Hijo del Hombre. Estos textos de Corintios indican cómo este conocimiento se refleja en las vidas de los miembros de la iglesia de Dios. Mientras llegamos a aprender la palabra de Dios, ¿cómo pondremos en práctica la diferencia que el Señor ha hecho en nuestras vidas?

El estilo normal de Pablo es presentar primero la doctrina y luego la exhortación. En este caso, Pablo invierte ese orden. El apóstol aborda enseguida la peligrosa práctica de ocasionar divisiones y contiendas en la iglesia. Los miembros peleaban los unos con otros por un nivel más alto de conocimiento a expensas de los demás. Las facciones tomaron el nombre de los grandes maestros de la iglesia primitiva, como Pablo, Pedro, Apolos, Cristo. Por su misma naturaleza estas facciones amenazaban con provocar grandes problemas doctrinales más adelante. Recordamos la contienda entre los mismos discípulos del Salvador (Mat. 20:20ss y Marcos 10:35ss). En ese caso, como en Corinto, la humildad cristiana cedió a la ambición humana.

Hacer política en la iglesia es muy peligroso. Si lo manejan por medio de decretos severos, podría resultar en una iglesia fragmentada. El Espíritu Santo bendice a Pablo con orientación y sabiduría en el orden que Jesús usó. Jesús por medio de la palabra y el ejemplo instruyó a sus discípulos respecto a las bendiciones de humildad y mostró los tristes resultados de luchas egoístas. De la misma manera, Pablo usa la humildad y el amor para enseñar a otros y motivar en ellos virtudes cristianas recíprocas:

v. 10 - Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.

Este discurso de Pablo aborda los errores facciosos con preocupación y ternura. Llama a los corintios “hermanos”, no dando ningún fundamento a sus reclamos separatistas. Su discurso unifica. Aunque él es uno de los líderes elogiados, se pone al mismo nivel de los pecadores perdonados a quienes Dios ha elevado a las alturas de la salvación. La palabra, παρακαλῶ, os ruego, no tiene ningún filo cortante de autoridad ni de reproche. Es una palabra que implora que escuchen y pongan a prueba sus palabras para ver si lo que les dice es verdadero o no. La referencia a su propia autoridad se manifiesta en la manera de dirigirse a ellos “por el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. Su único motivo en acercarse a ellos radica en su preocupación y amor por el Señor. Por lo tanto, en su salutación Pablo les recuerda que enseña en el nombre del Redentor. Ellos deben hacer lo mismo.

Cuando Pablo habla de una misma mente (νοῦς) y un mismo parecer (γνώμη), se opone a la teología de los libres pensadores. Bajo el título de la religión esas personas piensan que hay lugar para la variedad doctrinal, como si el Señor permitiera dos entendimientos diferentes al mismo tiempo. Eso puede aplicarse a las filosofías y a la ética humana de

algunos, pero no es así con el Señor. Él es un Dios de orden. Negamos la veracidad de Dios si toleramos las prácticas no bíblicas en otros y decimos que somos uno en la fe con ellos.

vv. 11,12 - Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo.

En el versículo 11, el Apóstol aplica el principio de la disciplina cristiana (Mateo 18:25ss). Parte de ser amigo de los demás es ser abierto y franco. Pablo les revela la fuente de información acerca de ellos. Es un amigo muy bien conocido por ellos. Su amor está abierto. El amor no tiene nada que esconder. Solamente el bienestar de los corintios es la principal preocupación de Pablo.

Las cuatro facciones en Corinto estaban usando a los hombres de Dios de maneras equivocadas. Pablo era un apóstol y fundador de la iglesia en Corinto. Pedro, uno de los tres discípulos íntimos de Jesús, el vocero entre los judíos, enseñó a muchos de los que salieron de Jerusalén y fueron a otras ciudades como Corinto. Apolos, un orador dinámico y conocedor de las Escrituras que venía de Alejandría, Egipto, a quien Aquila y Priscila habían enseñado acerca de Jesús el Mesías, sirvió con todas sus fuerzas al Señor como ministro de Dios entre los gentiles. Al crear facciones con los nombres de estos hombres y en el nombre de Cristo, en realidad socavaron la obra de la iglesia de Cristo.

vv. 13-16 - ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo, para que ninguno diga que fuisteis bautizados en mi nombre. También bauticé a la familia de Estéfanos, de los demás, no sé si he bautizado a algún otro.

Después de exponer el problema, el apóstol habla de la unidad cristiana en Dios. Apela al hecho de que Cristo no está dividido. ¡Cuántas veces los enemigos de Jesús habían afirmado que él echaba demonios por el poder del demonio! El Maestro destacó cuán absurdo era tal acusación: “Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer” (Marcos 3:24).

Pablo les recuerda que él no fue crucificado por ellos. Jesús murió en la cruz. Sólo el nombre de Jesús es divino y poderoso para salvar. Asimismo, sería absurdo y equivocado bautizar en el nombre de cualquier persona que no fuera el Señor. Cuando Pablo bautizaba, era para el Señor y en su nombre, y no en el nombre de Pablo. No había ningún poder innato en el ejecutor del sacramento.

Entonces Pablo dice algo que pueda parecer extraño. Da “gracias a Dios” porque no había bautizado a muchos de ellos. Señala en el versículo 17 que él tuvo el llamamiento de un apóstol, el cual era principalmente para enseñar. Los bautismos los realizaban otros

que habían sido llamados a servir a las congregaciones locales.

En el campo de la predicación del evangelio (εὐαγγελίζεσθαι) no se puede tolerar ninguna división. El llamamiento principal de Pablo era el de predicar. Al llevar a cabo su ministerio pudo haber caído en el hábito entre los griegos de apoyarse en “la sabiduría de palabras” y sus habilidades retóricas. “No con sabiduría de palabras” es una referencia a la filosofía humana respecto al hábito de remplazar las “antiguas” maneras de pensar con los “nuevos” métodos. Pero, como dice Pablo, si ésa fuera la práctica, entonces se haría “vana la cruz de Cristo”. Muy pronto nadie escucharía las palabras de la Biblia ni invocaría el nombre de Dios.

Muchos de los griegos en Corinto pueden haber pensado inicialmente que Pablo iba a traer una nueva σοφία λόγου al predicar a Cristo crucificado — una nueva enseñanza de acuerdo con su manera de desarrollar la filosofía. Pero Pablo dice claramente que no es así. El ministerio de predicación de Pablo no trajo nada nuevo. Él trajo el nuevo mensaje de que Dios había cumplido todas sus promesas en la persona de Jesucristo. Jesús es la última palabra en la salvación de todos los hombres. Sólo su segunda venida para juzgar al mundo y llevar a los creyentes al cielo queda por cumplirse. ¡Cuán destructivo es creer que Pedro, Pablo, Apolos y Cristo fomentarían filosofías nuevas y diferentes que se contradicen! ¡Qué los Cristianos edifiquen su fe sobre la verdad eterna de la cruz de Cristo!

v. 17 - Pues no me envié Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo.

La sabiduría humana declara la cruz de Cristo como vana (κενός, sin sustancia). Pablo se centró en la cruz y el perdón ganado en ella por medio del sacrificio de nuestro Salvador, Jesús. Es necesario que los cristianos sean de una misma mente en cuanto a esta verdad o perderán de vista su salvación.

Sugerencias homiléticas

El tema principal de la Epifanía se centra en las varias maneras en que Jesús se manifiesta al mundo como el Dios verdadero. Las lecturas para hoy demuestran a Jesús como la luz de Dios que resplandeció para que todos la vieran. Sin Cristo el mundo estaba sumido en tinieblas. El tema para la Epifanía sugiere el siguiente esquema:

Que la luz de Cristo los ilumine

1. Permitan que los una en el amor (v. 10)
2. Permitan que ponga fin a todas las facciones (vv. 11-16)
3. Permitan que los guíe la verdadera sabiduría (v. 17)

Otro enfoque sería enfatizar las cualidades perdurables de la luz que Jesús trajo al mundo. No es muy popular hablar contra el cambio. Pero Pablo demuestra

dramáticamente que cualquier cambio que nos aparte de la cruz de Cristo es peligroso. En muchas congregaciones encontramos ahora un énfasis en estar en sintonía con los cambios actuales y ser “relevantes” — como si la cruz de Cristo dejara de ser relevante para nosotros en nuestra situación “moderna”. Este texto sugiere que evaluemos todos los cambios propuestos con respecto a la forma en que van a afectar la predicación de la cruz. Considere el siguiente esquema:

La cruz de Cristo es inalterable

1. Que sus mensajeros sean humildes (vv. 10-16)
2. Que su mensaje sea verdadero (v. 17)

Cuando Jesús vino a este mundo, trajo consigo la verdad eterna de Dios mismo. Uno de los trucos favoritos del diablo es rodear esta verdad con tantas “circunstancias atenuantes” que nos enredamos con las filosofías humanas.

Este texto demuestra el peligro inevitable cuando los pensamientos de prestigio y de poder personal se adelantan a los propósitos de Dios. Como el apóstol del Señor, Pablo enfatizó que el fomento de la cruz de Cristo debe reinar en la iglesia cristiana y en sus miembros aquí en este mundo.

La iglesia del Señor es apolítica

1. La disensión interna corrompe el ministerio unificado (vv. 10-12)
2. La perfección del Señor exige una política unificada (vv. 13-16)
3. El único poder necesario es el poder de la cruz (v. 17)

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Miqueas 6:1-8

Epístola - 1 Corintios 1:26-31

Evangelio - Mateo 5:1-12

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Miqueas 6:1-8, revela el anhelo de Dios de que sólo su luz ilumine nuestras vidas. El Señor acusó a su pueblo de pagar el bien con apostasía (vv. 1-5). En su ignorancia espiritual, la gente rogaba basándose en las obras de sus manos, como si dijeran: “¿Por qué está Dios tan descontento, qué más puede desear de nosotros?”. Después de advertir a su pueblo, el Señor una vez más los invita a seguir su justicia y amor.

La lectura de la Epístola, 1 Corintios 1:26-31, nos invita a considerar la gracia por medio de la cual Dios nos llamó a ser miembros de su familia. Nos recuerda que nuestra asociación en su familia no se debe a nuestro mérito, sino a la pura gracia. En esa gracia de Dios, nos gloriamos y nos jactamos.

La lectura del Evangelio, Mateo 5:1-12, es la introducción conocida al sermón del Monte (Mateo 5-7). Jesús estaba hablando a aquellos que ya conocían el camino al cielo por medio de la fe en él. ¡Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor!

El pensamiento que une las lecturas es el mensaje del amor revelado de Dios para que crezcamos en la fe. Él nos invita a seguirle con una fe humilde, similar a la fe de los niños y nos recuerda que “la felicidad es...” conocer al Señor y vivir a la luz de su gracia.

El texto - 1 Corintios 1:26-31

Este texto es el tercero de una serie de siete textos de Primera de Corintios. Los dos textos anteriores del primer capítulo de Primera de Corintios proclamaron la oración de acción de gracias de Pablo a Dios por la gracia de Dios en las vidas de los cristianos en Corinto (v. 1-9) y luego abordaron la primera preocupación de Pablo, es decir, las divisiones o facciones dentro de la congregación. Desviando su atención de las diferencias entre ellos a la sabiduría y el poder de Dios, Pablo los anima a considerar la unidad que tienen como hermanos y hermanas en Cristo por medio del mensaje de la cruz. Al dirigir su atención a esa unidad en Cristo, Pablo ahora sigue invitándolos a reflexionar sobre la gracia maravillosa de Dios por medio de la cual fueron llamados a ser miembros de su familia:

v. 26 - Pues mirad, hermanos, vuestra vocación.

Aunque estaba muy preocupado por las obvias divisiones entre ellos, Pablo les habla con amor y los llama “hermanos”. Les invita a recordar la situación en que estaban cuando fueron llamados a ser miembros de la familia de creyentes. ¿Por qué eran miembros de esa familia? ¿Fue por algo en ellos? ¿Fue a causa de la posición prominente que tenían en la sociedad o a causa de su inteligencia sobresaliente? Esas preguntas merecían ser consideradas. Los miembros de la iglesia en Corinto estaban perdiendo su tiempo neciamente dividiendo la congregación basándose en las diferencias superficiales de trascendencia mundana. Pero Pablo no iba a demostrar la grandeza del hombre, sino el poder y la sabiduría de su Dios de gracia quien era la única razón por la cual ellos eran miembros de esa familia. Para enfatizar esa gracia de Dios, Pablo echa una mirada realista a la congregación de Corinto y luego los invita a considerar la sabiduría y obra única de Dios en beneficio de la salvación del hombre.

v. 26b - Que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles.

Su posición dentro de la familia de creyentes no se debía a alguna cualidad especial que se encontrara en ellos. Entre los cristianos se encontraban muchas personas comunes y poco sabias según las normas del mundo, y no había muchos ricos ni muchos poderosos. Es muy probable que hubiera varios esclavos entre ellos, como Onésimo. A Dios no le afecta la grandeza del mundo. Dios mira al corazón.

vv. 27-28 - Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es.

Mientras que la sabiduría humana escoge a personas prominentes e influyentes para lograr posiciones favorecidas, Dios no usa el criterio del mundo cuando trata con las personas. Los caminos de Dios no son iguales a los nuestros (v. 25). Lo que la sabiduría del hombre llama “necio”, “débil”, “humilde” y “vil”, Dios lo puede usar para su gloria y para la salvación de muchas almas. El mensaje de la cruz es “locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (v. 18; 1 Cor. 15:1-2; 2 Tim. 3:14,15). Éste es el caso con respecto a los testigos de este mensaje. Mientras los cristianos han sido catalogados simplemente de mentalidad cerrada, unos necios para Cristo, deficientes en el sentido común, Dios ha escogido usar a estas personas olvidadas, ridiculizadas y perseguidas de “su pequeña manada” (Lucas 12:32) para llevar a cabo su maravilla. Dios ha escogido esta manera única de lograr su propósito de la salvación de almas por una razón.

v. 29 - A fin de que nadie se jacte en su presencia.

El propósito principal de Dios es hacer que las personas se den cuenta de que no hay absolutamente nada en ellas por naturaleza que las haga dignas de ser miembros de su familia (Rom. 3:9-20). Ante Dios, “todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Is. 64:6). El escritor del himno expresó la actitud que estas palabras deben inculcarse en nuestro corazón:

Aunque yo aparezca fiel,
Y aunque llore sin cesar,
Del pecado no podré
Justificación lograr;
Sólo en ti teniendo fe,
Puedo mi perdón hallar.

Habiendo enfatizado a los Corintios su propia indignidad, el Señor ahora pasa a considerar lo que hizo para ganar la salvación de ellos. La meta de Dios es llenar el corazón del hombre de gozo y confianza en la gracia de Dios en Cristo.

Mientras deba aquí vivir,
Mi postrer suspiro al dar,
Cuando vaya a responder
A tu augusto tribunal:
Sé mi escondedero fiel,
Roca de la eternidad.

vv. 30-31 - Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor.

“Por él... (ἐξ αὐτοῦ) estáis vosotros en Cristo Jesús”. Dios es la única fuente y la única razón por la cual estamos en Cristo Jesús como miembros de su familia. Estamos “en” Cristo, en comunión vital y bienaventurada con él, miembros de su familia debido a él (Ef. 2:1-10). Dios se merece todo el mérito. Él estaba buscándonos cuando nosotros no lo buscábamos (Is. 53:6). El Espíritu Santo nos hizo miembros de esta familia y ahora nos mantiene en esa familia mientras sigue llamándonos a través del evangelio.

Conocer a Cristo como nuestro Dios Salvador es aquella sabiduría de Dios que nos salva. Por medio de esa sabiduría conocemos y poseemos personalmente la “justificación, santificación y redención” que son nuestras por medio de Cristo Jesús. Éstas son las bendiciones de las cuales Pablo también habla en Romanos 3:21-30. Éstas son las bendiciones que afectan nuestra vida diaria y nos permiten producir frutos de la fe (Gál. 5:22-26).

El efecto de la gracia de Dios en Cristo llega a un punto culminante y triunfante en la declaración final de Pablo sobre el tema: “El que se gloria, gloríese en el Señor”. Al

reflexionar sobre ese pensamiento que también proclamó Jeremías (9:23-24), debemos dejar de jactarnos de todo lo que nos glorifica a nosotros o de algo que hemos hecho. Al contrario, debemos estar llenos de gratitud, gozo, y de confianza en nuestros corazones que cantan las alabanzas de “aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9). Este texto es uno muy eficaz para la estación de la Epifanía.

Sugerencias homiléticas

Una vez más se proclama la gloria de nuestro Dios Salvador a medida que la estación de la Epifanía sigue exponiéndose. Por medio de su sabiduría y poder misericordioso, el Señor dio al mundo el Salvador del pecado. Por medio de su sabiduría misericordiosa y su poder, Dios nos llamó a ser miembros de su familia de creyentes por medio de la fe en ese Salvador. Una oportunidad para comentar sobre ese tema de la Epifanía se encuentra en el siguiente esquema:

Regocíjense en su llamamiento como cristiano

1. No es por algo que ustedes hicieron (v. 26)
2. Es para servir el propósito misericordioso de Dios (vv. 27-29)
3. Es únicamente para la gloria de Dios (vv. 30,31)

El llamamiento de Dios para que formemos parte de la familia de creyentes es el tema que se considera en este texto. La primera parte debe enfatizar que la razón por la cual Dios nos llamó no se debe a ninguna cualidad especial en nosotros. Él nos llamó cuando estábamos muertos en el pecado.

La segunda parte habla del propósito de Dios para llevar a cabo su voluntad de la manera en que ha escogido. Nos da una lección de humildad al decirnos que a causa de nuestro pecado “nadie se jacte en su presencia” (v. 29). Lo hace a través de los medios y los mensajes que son necedad para la razón humana. No obstante, los medios “necios” de Dios y el mensaje logran su propósito salvador entre nosotros.

La tercera parte reconoce nuestra gratitud sincera a Dios por las bendiciones maravillosas y únicas de su gracia. No en nosotros mismos ni en nuestros propios logros, sino únicamente en el Señor, encontramos razón para gloriarnos.

El último pensamiento de este texto sugiere otra manera notable de proclamar la gloria de Dios a través de este texto. Mientras gloriarse por lo general se considera como una cualidad negativa, *καυχάομαι* aquí tiene una connotación positiva. Al igual que en 2 Corintios 10:17, Pablo nos anima a proclamar con orgullo el mensaje del amor y la salvación de Dios en Cristo. Con estos pensamientos como introducción, otro tema podría ser:

Éste es el momento para gloriarnos

1. No en nosotros mismos (vv. 26-29)

2. Sino en el Señor (vv. 30,31)

Mientras que la primera parte quita cualquier centro de atención de nuestros propios logros con los cuales podríamos estar tentados a gloriarnos ante Dios, la segunda parte centra nuestra atención en la gracia y la gloria de Dios únicamente. (¡El síndrome “negativo-positivo” podría resultar muy bien en este caso! También en la siguiente sugerencia).

Si desea mantener con claridad el centro de atención en la estación de la Epifanía, uno podría considerar las posibilidades del siguiente tema:

La epifanía de Dios proclama la verdadera sabiduría

1. La sabiduría del mundo no es perdurable (vv. 26-29)
2. La sabiduría del Señor perdura para siempre (vv. 30,31)

Los primeros dos capítulos de Primera de Corintios hablan extensamente sobre la sabiduría del mundo comparada con la sabiduría de Dios. La Epifanía revela al hombre los misterios de la sabiduría de Dios. La primera parte habla de la naturaleza voluble de la sabiduría del hombre, y la segunda parte proclama la sabiduría de Dios que trae consigo bendiciones eternas. La evaluación del hombre de las personas y del valor humano tiene que ver con las cosas como la salud, las riquezas y la posición social. Es caprichosa e inconstante. Pero la sabiduría de Dios nunca cambia. Perdura para siempre.

Un esquema que saca a la luz el contexto así como el texto mismo podría expresarse:

¿Quién está en control?

1. Los engaños de Satanás tratan de dividirnos y vencernos (vv. 26-29)
2. La sabiduría de Dios nos une eternamente (vv. 30,31)

El contexto saca a la luz la división que se había hecho evidente para Pablo. El espíritu del amor cristiano ya no se veía ni en los corazones ni en las vidas de los corintios. Pablo los exhortó a darse cuenta de que espiritualmente estaban perdiendo el control muy rápidamente.

La primera parte habla de las obras de influencias mundanas, guiadas por Satanás mismo, las cuales hacen que las personas se rebelen contra Dios y se traten los unos a los otros con malicia. Santiago (2:1-13) nos advierte de ese mismo peligro.

La segunda parte nos recuerda que el amor inmerecido de Dios por los pecadores nos reclama y nos mantiene como suyos durante el tiempo y para toda la eternidad. ¡Qué la gracia y el poder de Dios sean nuestro gozo, nuestro consuelo y nuestra fortaleza, ahora y para siempre!

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 58:5-9a

Epístola - 1 Corintios 2:1-5

Evangelio - Mateo 5:13-20

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 58:5-9a, el Señor se lamenta de la actitud de la gente hacia el culto verdadero. La religión había degenerado en un solo “ayuno” anual. El mismo Señor se entristece con aquellos que sólo “observan” dos días religiosos al año, la Navidad y la Resurrección. Él quiere que su palabra se proclame al comienzo de cada semana y que se viva durante el resto de la semana.

En la lectura de la Epístola, 1 Corintios 2:1-5, el apóstol Pablo describe su ministerio. Explica cómo la gente debe recibir al hombre de Dios y el mensaje de Dios. El creyente edificará su vida sobre Cristo y sobre su palabra durante toda la semana.

El Sermón del monte de Jesús continúa en la lectura del Evangelio para este domingo, Mateo 5:13-20. Después de llamar a sus discípulos “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”, Jesús les recordó que no eran perfectos todavía. Él fue el único que siguió cada detalle de la palabra de Dios y la cumplió.

Las tres lecciones para este domingo tratan de la actitud correcta y nuestra respuesta a la palabra de Dios. El centro de todo el mensaje es Cristo y su vida.

El texto - 1 Corintios 2:1-5

El texto sigue nuestra serie sobre la Primera Carta de Pablo a los Corintios. Para el marco histórico vea el segundo domingo después de la Epifanía.

v. 1 - Así que hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría.

¿Qué tipo de predicador era Pablo? En su propia opinión no era un orador elocuente, ni superior a los otros oradores que habían expuesto en Corinto. No tenía ninguna sabiduría humana superior. El humilde misionero, Pablo, recordó a su congregación sus propios límites como ser humano.

Este versículo tiene una lectura variante, “los misterios de Dios”. Estos misterios son las

cosas ocultas de Dios y se explicarán en el texto para el próximo domingo, versículo 7. Aquí Pablo quiere recordar a la gente que él les estaba llevando un mensaje acerca de Dios (τὸ μυστήριον τοῦ θεοῦ) y no acerca del hombre.

v. 2 Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.

Cuando el misionero entró en la ciudad de Corinto, se dio cuenta de los cientos de problemas que los ciudadanos enfrentaron. Había problemas sociales, económicos y educativos. ¿Qué problema debía tratar primero? Pablo decidió tratar exclusivamente aquel que tenía consecuencias eternas. Expuso delante de ellos su relación con Dios. Pablo resume todo su mensaje como “Jesucristo, y a éste crucificado”. Los ciudadanos de Corinto necesitaban conocer a Jesucristo, quién era y qué había hecho para ellos. Pablo entendió la verdadera necesidad de la gente y la única respuesta para esa necesidad.

vv. 3,4 - Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor, y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder.

¡Cuántos recuerdos tenía Pablo a medida que reflexionaba sobre su ministerio entre esta gente! No había llegado haciendo alarde para asombrar a la multitud. Al contrario, Pablo necesitaba una seguridad especial del Señor para fortalecer y animarlo en su ministerio. Las palabras del Señor están registradas en Hechos 18:9,10: “No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad”.

El éxito de cualquier misionero se debía a la obra del Espíritu Santo por medio de la palabra. Pablo hubiera sido un fracaso si hubiera tratado de impresionar o cautivar a la gente con su elocuencia. Pero el Espíritu Santo, a través de Pablo, hizo que la santa iglesia cristiana creciera y prosperara. El Espíritu Santo no necesitaba los argumentos retóricos ni filosóficos para edificar la iglesia, sólo la palabra de Dios.

El poder del Espíritu es el evangelio. La iglesia no fue edificada para avergonzar a las personas para que se unieran a ella ni para obligarlas a ser miembros por medio de alguna ley. El Espíritu Santo da un nuevo rumbo a los corazones de los hombres por medio del mensaje de Cristo y de éste crucificado. El amor de Dios por el pecador perdido obra en el corazón del pecador. Éste es un poder que convierte a las personas espiritualmente muertas en personas vivas en Cristo. Éste es el poder sobre el cual Pablo escribió a los romanos: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom.1:16). Éste es el poder de Dios que obra en el infante, en las personas con retrasos mentales, en los impíos, y en todos los miembros de la congregación. Esto trae a una persona a la fe y la guarda en esa fe. ¡No es de extrañarse que los corintios todavía necesitaran escuchar el evangelio!

v. 5 - Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

¿Cuál debía ser el objeto de su fe? ¿Serían las filosofías de los hombres? ¿Se fundaría en el coeficiente intelectual del predicador? ¿Se basaría en la ley? Todo lo contrario, el mensaje del evangelio los dirigió de nuevo a las palabras y promesas de Dios y como fueron cumplidas en Jesucristo y en éste crucificado. Pablo quiso apartarlos de sí mismos y de los demás para llevarlos a Jesucristo, el único fundamento y piedra angular de la iglesia.

Sugerencias homiléticas

La estación de la Epifanía refleja la gloria de Jesucristo. Este texto engrandece al Hijo de Dios como el único mensaje que este mundo necesita. Habiendo visitado el pesebre sólo unas cuantas semanas antes, los oyentes ahora siguen su viaje del pesebre hacia la cruz. Nuestra gente necesita que se le recuerde lo que debe estar buscando cuando viene a la iglesia. Los pastores fueron al pesebre para ver a “un Salvador que es Cristo el Señor”. Los magos vinieron buscando al “rey de los judíos, que ha nacido”. Nuestra gente no debe encontrar a un pastor en el púlpito que sea como la caña cascada que se quiebra con el viento, sino a un pastor resuelto en conocer a Jesucristo y a éste crucificado. Cuando nuestros miembros vengán a la iglesia, deben estar buscando al Salvador y deben encontrarlo allí.

Pablo sabía lo que la gente necesitaba escuchar, pero la gente no lo sabía. Así, Pablo trajo lo que necesitaban escuchar. Muchos feligreses estarían felices si tuvieran un pastor que nunca que nunca tocara la conciencia culpable con su sermón. Claro, así nunca tendrían necesidad de arrepentirse y mirar al Cristo crucificado. Cuando hay una predicación correcta de la ley y del evangelio, el pecador tendrá razón para alabar a Dios en su corazón. Sólo así puede la vida espiritual renovarse en la iglesia y puede seguir el resto de la semana. Si un pastor quiere que sus miembros vivan como cristianos durante la semana, necesitan tener sus necesidades espirituales satisfechas el primer día de la semana.

Con respecto al éxito de la predicación de la palabra, el pastor puede consolarse con el hecho de que el Espíritu Santo es responsable por eso. Si el éxito dependiera del pastor y de su capacidad intelectual, lástima de aquellos miembros que tienen un coeficiente intelectual superior al de su pastor. ¿O qué consuelo podría ser predicado a las personas con deficiencias mentales si el mensaje sólo puede ser disfrutado por aquellos que poseen una capacidad superior mental? Cada congregación debe recordar en dónde se mide el verdadero éxito del púlpito... no en el número de miembros que asistan, no en la cantidad de la ofrenda, sino en la fidelidad a la palabra de Dios, en términos de fidelidad al mensaje de “Cristo y a éste crucificado”. Sugerimos los siguientes esquemas

Expectativas de la Epifanía

1. Esperen encontrar a un simple hombre en el púlpito (vv. 1,3,4a)
2. Esperen escuchar de Cristo y de éste crucificado (vv. 2,4b,5)

¿Qué debo obtener del sermón?

1. Una apreciación por el ministerio público (vv. 1,3,4a)
2. Una apreciación por el ministerio de Cristo (v. 2)
3. Una apreciación por la fe salvadora (vv. 4b,5)

Una demostración del poder del Espíritu

1. Vence la debilidad humana (vv. 1,3,4a)
2. Produce una fe salvadora en Cristo (vv. 2,4b,5)

Para la instalación de un pastor sugerimos:

¿Qué espera Dios del ministerio en su iglesia?

1. ¿Qué espera Dios del pastor?
2. ¿Qué espera Dios de los miembros?

SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Deuteronomio 30:15-20

Epístola - 1 Corintios 2:6-13

Evangelio - Mateo 5:27-37

El año eclesialístico

La selección del Antiguo Testamento, Deuteronomio 30:15-20, es parte de la despedida de Moisés al pueblo del pacto, Israel. Las alternativas cruciales de obediencia o desobediencia a los términos del pacto habían sido presentadas. Ahora Moisés declara convincentemente que él ha expuesto con fidelidad a la nación las palabras de su Señor Redentor. Al hacerlo, les ha presentado el camino a “la vida, el bien y la bendición” para que la nación que está a punto de entrar en la tierra de Canaán pudiera evitar “la muerte, el mal y la maldición”. El pueblo del pacto no está simplemente expuesto a las alternativas y se muestra que no hay ninguna neutralidad posible con Dios, sino que se le invita activamente: “Escoge, pues, la vida”.

La Epístola, 1 Corintios 2:6-13, es la quinta selección consecutiva de la misma epístola y es una declaración de que el evangelio, “el mensaje de la cruz”, es la palabra de la sabiduría de Dios. Como antídoto al orgullo pecaminoso y las resultantes facciones que habían surgido en Corinto, resuena el llamado a reconocer y a hacer una reverencia ante la sabiduría que da vida.

La lectura del Evangelio, Mateo 5:27-37, se tomó del sermón del Monte así como fueron las lecciones del Evangelio los dos domingos anteriores. Jesús, quien vino para cumplir la ley en vez de abolirla, demuestra que los mandamientos de Dios van dirigidos al corazón mismo y a las actitudes interiores de los seres humanos. La exposición de la ley divina con respecto al adulterio, el divorcio y los juramentos son los temas específicos de esta lectura. El lector sensato no olvidará que el cumplimiento de esta ley es posible únicamente por medio de Cristo, nuestra Justicia. Siendo justos en Cristo, el discípulo puede apreciar la voluntad de Dios y ser motivado a desear la obediencia para que su Padre celestial sea glorificado.

Estas tres lecturas bíblicas constituyen un convincente recordatorio de que Dios se manifiesta a sí mismo por medio de su palabra de verdad y sabiduría. Si el énfasis está en la “ley” o en el “evangelio” en el sentido estrecho de esas palabras, la naturaleza fidedigna de la revelación se resalta. El valor particular de escuchar y observar el mensaje con corazones creyentes también es prominente. A medida que toda la estación de la Epifanía enfatiza que Dios *se revela* como nuestro Salvador, así las lecturas para

este domingo revelan la ley y el evangelio de una manera penetrante y fresca. ¡Escuchemos y vivamos!

El texto - 1 Corintios 2:6-13

El contexto y el carácter se ha tratado en los estudios que preceden a éste, puesto que esta perícopa forma parte de una serie de Primera de Corintios, diseñada para usarse comenzando el segundo domingo después de la Epifanía. Pablo está tratando las divisiones que habían surgido entre los corintios y exhorta a los creyentes a que sean “perfectamente unidos en una misma mente y en un misma parecer” (1 Cor. 1:10). Este tipo de unidad se encuentra y se goza sólo cuando todos se reúnen alrededor del mensaje central de la cruz de Cristo. Este evangelio no es otra cosa sino la sabiduría y el poder de Dios para nuestra salvación.

El énfasis principal de estos versículos es la “sabiduría” (σοφία). La predicación apostólica es una declaración de sabiduría, la sabiduría genuina de Dios, puesto que es ese mensaje revelado por Dios mediante el Espíritu. Este énfasis se manifiesta en el estudio de este texto:

v. 6 - Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen.

En los versículos anteriores Pablo había testificado que no había ido a Corinto demostrando elocuencia o una sabiduría humana superior que la persona común reconocería como sabia y persuasiva. El estilo y el aspecto exterior de la predicación apostólica simplemente no eran dignos de admiración según las normas humanas — y no tenían la intención de serlo. ¡Sin embargo, el contenido del mensaje apostólico era diferente! ¡Este mensaje del evangelio, centrado en Cristo y la cruz, es pura sabiduría! Para resaltar la palabra “sabiduría” (σοφία) se coloca primero en la oración. También, para enfatizar que el contenido del mensaje (en vez de la manera de presentación) era lo único que importaba, Pablo usa el verbo λαλεῖν (hablar, pronunciar). Los verdaderos predicadores son verdaderamente “voces” destinadas para transmitir el evangelio como la sabiduría de Dios.

Este evangelio se habla entre los “maduros” (οἱ τέλειοι), o sea, entre aquellos que por gracia han alcanzado la meta (τέλος) que Dios desea — la meta de recibir el evangelio con corazones creyentes.

Volvemos a un pensamiento que ya se mencionó en los versículos anteriores. Pablo aclara que esta sabiduría genuina no se debe confundir con la sabiduría falsa y perecedera de esta época (αιῶν, eón temporal) ni con los líderes prominentes de nuestros días. La verdadera sabiduría de la palabra de Cristo permanece para siempre, mientras los intentos humanos para alcanzar sabiduría, junto con todos y todo lo que pertenece a este

eón, está en proceso de convertirse en nada, de ser abolido (note el participio presente de καταργεῖν).

v. 7 Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.

Para que quede en claro que el mensaje de sabiduría que los apóstoles hablaron nunca debe confundirse con la llamada sabiduría de este siglo transitorio y temporal, Pablo comienza con una fuerte adversativa (ἀλλά - “al contrario”). La verdadera sabiduría es todo lo contrario de la sabiduría mundana.

La sabiduría de Dios se describe como “secreta” (literalmente, “en misterio”), escondida a propósito por Dios mismo. Aunque en un sentido está oculta, esta sabiduría divina Dios la determinó y la decretó ya desde la eternidad, “antes de los siglos”. Nunca ha sido objeto de cambio ni debate justo. “Yo (la sabiduría) tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra” (Prov. 8:23). Lo que es más, esta sabiduría estable y eterna la estableció “para nuestra gloria”, para llevarnos a la meta que Dios escogió para nosotros, la gloria eterna en su presencia. ¿Esta sabiduría salvadora todavía está oculta? Sí, en un sentido. ¿Es, entonces, desconocida por nosotros y algo que no podemos comprender? No, de ninguna manera. Esta sabiduría secreta de Dios es revelada y explicada claramente para nosotros por medio del mensaje del evangelio y del Espíritu. Aparte del evangelio y sin el Espíritu quedaría totalmente oculta y sería incomprendible para nosotros (como veremos en el siguiente versículo). No es de extrañarse que Pablo puede, junto con todos nosotros, regocijarse y apreciar el don de “la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos” (Col. 1:25,26).

v. 8 - La que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.

Aquellos que destacan promoviendo la sabiduría humana, que se enorgullecen de sus posiciones terrenales de autoridad y prestigio, están ciegos con respecto a la sabiduría genuina de Dios recubierta en el evangelio. La menosprecian y por lo tanto no pueden realmente entenderla. Eso nunca fue más obvio que cuando los líderes judíos y romanos “crucificaron al Señor de gloria”. Si ellos hubieran comprendido la identidad de Jesús y su propósito aquí en la tierra, jamás se hubieran comportado de esa manera. Se hace referencia a su ignorancia necia en otros pasajes bíblicos como Lucas 23:34, Hechos 3:17 y 13:27. “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció” (Juan 1:10).

Hay muchas cosas que la gente no haría (incluyendo “crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” por falta de un arrepentimiento piadoso) si pudieran entender la sabiduría de Dios en Cristo. Y sin embargo, hoy día hay millones de personas que están ciegas, que no conocen la verdad y no quieren conocerla.

E incluidos entre ellas hay muchos que al igual que los líderes judíos que procuraron asesinar a Cristo, poseen las Escrituras externamente pero no quieren creerlas. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:10).

El contraste entre “crucificado” y “el Señor de gloria” es, por supuesto, tremendo y sobresaliente. Un término representa la más vil de las desgracias mientras el segundo revela el más alto honor. La persona de Cristo, con la naturaleza divina y la humana, es el mismo centro y núcleo de la verdadera sabiduría revelada por Dios pero rechazada por el mundo.

vv. 9,10a - Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.

Para enfatizar el contraste entre la sabiduría humana necia e ignorante que no puede comprender ni a Cristo ni a la verdadera sabiduría en el evangelio, Pablo usa *ἀλλά* otra vez para comenzar este versículo. La verdadera sabiduría de y en Cristo es una sabiduría *revelada*, dada a conocer por Dios y a través de (διὰ) su Espíritu. Por nosotros mismos no podemos ver, ni escuchar ni concebir el amor de Dios revelado en el evangelio. El versículo que sigue a nuestro texto (versículo 14) explica por qué: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”.

Al citar libremente a Isaías (especialmente 64:4), Pablo demuestra que la iluminación del Espíritu y lo inútil de la propia iluminación siempre han sido verdaderos. Las personas saben por naturaleza que hay un Dios y que juzgará a los hombres. Pero conocer, comprender, confiar y amar a Dios como un Dios de gracia es obra del Espíritu Santo entre nosotros. Este conocimiento es nuestro sólo en Cristo.

El mensaje de sabiduría que Pablo predicó fue el evangelio de Cristo. Y cada palabra de esa sabiduría proviene del Espíritu y el Espíritu la usa para crear la verdadera fe y entendimiento en nuestros corazones. Con razón se nos señala a esta sabiduría y se nos exhorta a jactarnos de esta revelación que las Escrituras nos dan y nos proporcionan.

vv. 10b,11 - Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él: Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

El oficio y la función del Espíritu Santo es comunicarnos la revelación divina. Dios revela su sabiduría por medio de su Espíritu. Las cualidades especiales del Espíritu de Dios para hacer esto se mencionan ahora para demostrar que puede transmitir la verdad genuina para nuestro beneficio eterno.

El Espíritu “escudriña” aún las verdades más profundas. Como una persona del Altísimo,

tiene una comprensión perfecta y completa de toda sabiduría y todo conocimiento. Para ayudarnos a comprender a Pablo usa una comparación: Así como sólo el espíritu interior de cada persona conoce sus propios pensamientos, motivos y deseos precisos, “así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. El Espíritu Santo imparte la verdadera sabiduría. Y el Espíritu lo hace para nuestro beneficio.

v. 12 - Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.

El Espíritu no sólo comunica la verdad de Dios por medio de la revelación; también se comunica a sí mismo a través de esa revelación. El resultado es que Pablo y los otros apóstoles recibieron la sabiduría divina objetivamente por medio de la palabra escrita y hablada de Dios — y también subjetivamente en cuanto el Espíritu la puso en sus corazones.

Pablo y los demás apóstoles no reflejaban ni expresaban un mensaje que habían recibido de un espíritu mundano. El espíritu que anima y caracteriza al mundo percedero no es la fuente del testimonio apostólico. Todo lo contrario (ἀλλά), los apóstoles habían recibido otro espíritu totalmente diferente: “El Espíritu que proviene de Dios”. Si πνεῦμα aquí debe ser escrito “Espíritu” o “espíritu” no es importante. El Espíritu de Dios crea y concede un espíritu de santidad a su pueblo.

La última parte de este versículo es un gran recordatorio de que la esencia de la sabiduría genuina es el entendimiento de lo que “Dios nos ha dado gratuitamente”. El contexto indica que Pablo está hablando del evangelio de Cristo, centrado en su cruz. Conocer a Dios como nuestro Dios salvador y nuestro amado Padre en Cristo es la más alta sabiduría. Los apóstoles recibieron esto por medio de la revelación objetiva del Espíritu unido con su aplicación subjetiva de esta verdad en sus corazones. Los apóstoles, luego, debían comunicar esta sabiduría a otros. El testimonio apostólico, también dado por el Espíritu, es el tema del último versículo de este texto.

v. 13 - Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.

Usando la palabra σοφία una vez más, Pablo regresa al tema de los apóstoles que sirven como voceros de las verdades de Dios y de su sabiduría. Lo que añade aquí es la declaración de que el Espíritu dio las mismas palabras para ser usadas en la comunicación del mensaje divino. El Espíritu sabe mejor que todos los escritores, oradores y filósofos humanos cómo hablar las cosas profundas de Dios. El Espíritu dio a todos los apóstoles los términos que usaron para expresar tanto la verdad divina como el contenido de esa verdad. Pablo mencionó y afirmó lo que nosotros comúnmente llamamos *inspiración verbal*.

La frase πνευματικοῖς πνευματικὰ συγκρίνοντες necesita una adición de palabras

interpretativas para darle sentido en su traducción. La primera parte del versículo puso énfasis en las “palabras” que el Espíritu dio para hablar el mensaje de Dios, así que queda en el contexto decir “uniendo o combinando (συγκρίνοντες) las cosas espirituales con *palabras* espirituales”. Tanto las palabras y las ideas provienen del Espíritu. Son “espirituales”.

Entonces, por esta razón Pablo no vino a Corinto poniendo énfasis en los talentos humanos ni en la elocuencia. Hacerlo sería como poner oropel chillón a un vestido de oro puro para “que se vea elegante”. ¿Quién puede mejorar la perfección? Tampoco podemos buscar una sabiduría más alta que la sabiduría descrita en este texto.

Sugerencias homiléticas

El escritor del sermón no encontrará ninguna dificultad en distinguir los pensamientos predominantes en estos versículos. Por ejemplo, notamos que el tema general de la “sabiduría” se presenta desde diferentes puntos de vista. Notamos la esencia de la sabiduría genuina, la vemos comparada con la sabiduría mundana. Vemos la fuente y la manera en que se nos trasmite, y vemos la meta, es decir, nuestra salvación. Podríamos decir lo mismo acerca de los temas de la “revelación divina” o “la predicación y autoridad apostólica” o “la obra del Espíritu de Dios versus la obra del espíritu del mundo.”

Algo que la mayoría de los predicadores notará es que los varios pensamientos claves están entrelazados para que un planeamiento puramente analítico en el esquema sea un reto mayor. Una reorganización sintética de los temas ayudará al predicador.

Si escogemos el concepto de la *sabiduría* como parte del tema de nuestro sermón, podemos formular un esquema que presente:

El mensaje de la sabiduría

1. Es revelado por el Espíritu
2. El resultado es nuestra salvación.

La primera parte del sermón incluiría la exposición de la necesidad de la revelación, la identidad del Revelador y el modo de revelación. La segunda parte compararía la sabiduría mundana con la verdadera sabiduría.

Puesto que el centro y núcleo de la sabiduría, el evangelio, está tan bien identificado en el texto, tal vez queramos incluirlo en el esquema:

La sabiduría espiritual

1. Viene del Espíritu
2. Está concentrada en Cristo
3. Culmina en la gloria

El predicador podría usar este texto de una manera paralela al uso que Pablo da — para explicar sus prioridades en la predicación:

¿Qué produce la buena predicación?

1. Un mensaje que se recibe por medio del Espíritu de Dios
2. Un mensaje que se cree por medio del Espíritu de Dios.

Si deseamos mantener el énfasis en la Epifanía de la “revelación” y especialmente en la revelación de la gloria “secreta y oculta” de Cristo, podemos decir:

El grandioso secreto de Dios

1. Permanece oculto al mundo
2. Está oculto en el evangelio
3. Está revelado por el Espíritu.

SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Levítico 19:1-2, 17-18

Epístola - 1 Corintios 3:10-11, 16-23

Evangelio - Mateo 5:38-48

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Levítico 19:1-2, 17-18, nos dice que la voluntad de Dios es que seamos santos. Esto es verdad tanto en el Nuevo Testamento como lo era en el Antiguo Testamento (ver Mateo 5:48). Nuestro Señor quiere que demos esta santidad por la manera en que tratamos a los que están a nuestro alrededor. No debemos procurar vengarnos de nuestro hermano, sino que con amor debemos llamarlo al arrepentimiento.

La lectura de la Epístola, 1 Corintios 3:10-11, 16-23, nos recuerda que somos el templo santo de Dios edificado sobre el único fundamento de la iglesia, Jesucristo. Puesto que somos el templo de Dios tendremos cuidado de evitar las divisiones y las contiendas, las cuales destruyen la iglesia. La sabiduría de Dios debe guiar nuestras vidas, y no la “sabiduría” necia de este mundo.

En la lectura del Evangelio, Mateo 5:38-48, nuestro Salvador nos dice que no hay lugar para la venganza en la vida del cristiano. Nos manda amar a nuestros enemigos, ayudarlos y orar por ellos. El corazón de Dios está lleno de amor por todas sus criaturas. Él quiere que nuestros corazones estén llenos del mismo amor perfecto que llena el suyo.

Las tres lecturas ponen énfasis en la vida de santificación del cristiano. Dios nos ha llamado a ser santos, a vivir según su voluntad y su palabra, no según la sabiduría de este mundo. La sabiduría de Dios exige el amor en vez de la venganza. Llama al pueblo de Dios a una unidad de propósito, y no a las contiendas mezquinas ni a las disputas.

El texto - 1 Corintios 3:10-11, 16-23

En los primeros dos capítulos de esta carta Pablo compara la sabiduría de Dios con la sabiduría del mundo. Los cristianos en Corinto habían estado manifestando una marcada falta de sabiduría. Se habían presentado muchas divisiones en la congregación. En nuestro texto Pablo aborda ese problema directamente.

v. 10 - Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica.

Pablo había fundado la congregación de Corinto durante su segundo viaje misionero (Hechos 18:1-8). Había puesto el fundamento para la congregación como un experto (maestro arquitecto — ἀρχιτέκτων). Sin embargo, no exige ninguna alabanza especial para esta obra, sino que le da toda la gloria a Dios. Porque únicamente por la gracia que Dios le había dado pudo hacerlo. Las facciones en Corinto se olvidaron de la gracia de Dios y se jactaron más bien de los dones y las habilidades de sus líderes.

Apolos llegó a Corinto después de Pablo y siguió edificando sobre el fundamento que Pablo había puesto. Pero a los otros, que estaban usando materiales equivocados y métodos falsos, Pablo les dio esta advertencia: *“cada uno mire cómo sobreedifica”*.

La única manera de construir la iglesia es proclamar la palabra de Dios pura y no adulterada, la ley y el evangelio. Los llamados al orgullo y a poner énfasis en los dones y habilidades del hombre no fortalecen la iglesia, sino que la debilitan. La advertencia de Pablo tiene mucho sentido todavía hoy en día. En nuestro mundo moderno que hace hincapié en el arte de vender y en los trucos hábiles siempre existe la tentación de poner énfasis en las cosas incorrectas en nuestro ministerio. Siempre existe la tentación de decir a la gente lo que quiere escuchar en vez de lo que necesita escuchar. Las palabras de Pablo son un recordatorio importante: ¡Pastor, mire cómo sobreedifica!

v. 11 - Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

Jesús es el único fundamento sobre el cual la iglesia puede ser edificada. Él es la piedra angular sobre la cual la iglesia se centra y se alinea (ver Ef. 2:20). Su obra de redención es el centro de nuestra proclamación. La Biblia nos recuerda: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Y Jesús mismo nos dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

No obstante, a través de los siglos los hombres han intentado poner otros fundamentos. Han tratado de establecer otras maneras de llegar al Padre. Pero aquellos que ponen su esperanza en dioses falsos, sean antiguos o modernos, encontrarán en el día de juicio que su fundamento se hunde en arena movediza. Quienes estén en la iglesia visible y hayan tratado de añadir sus logros humanos o méritos personales a ese fundamento verán que no tienen nada más en qué sostenerse cuando aparezcan ante el trono de juicio de Dios. Las palabras de Pablo son un lema apropiado para todos nosotros: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor. 2:2).

vv. 16-17 - ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

Los cristianos en Corinto estaban en peligro de olvidar quiénes eran. ¡Eran las piedras del templo de Dios (ver Ef. 2:19-22). Cada creyente es una morada del Dios Trino. El templo de Dios, purificado con la sangre del Cordero, es santo (ἅγιος), sagrado, santificado, apartado para Dios, separado del mundo. Nosotros somos ese templo. Dios nos ha puesto su nombre. No tolerará la profanación de su morada ni de su nombre.

La doctrina falsa y la vida inmunda destruyen (φθείρω) el templo de Dios (ver la explicación de Lutero de la Primera petición). Los cristianos en Corinto enfrentaban peligros de dos fuentes. El mundo en que vivían estaba lleno de inmoralidad. La sociedad no sólo la toleraba, sino que la fomentaba. Los falsos maestros ya estaban ganando terreno dentro de la misma congregación. Un espíritu mundano se estaba manifestando en las divisiones y en las contiendas que asolaban la iglesia.

Pablo advirtió que Dios destruiría a los responsables de la destrucción del templo de Dios de esa manera. Los castigará eternamente. “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál. 6:7). Las palabras de Pablo eran una severa advertencia para los cristianos en Corinto de evitar todo lo que podría profanar el templo de Dios. El camino a la unidad del espíritu es por medio de la enseñanza de la palabra de Dios en toda su verdad y pureza. La falsa enseñanza divide, trastorna y hace añicos cualquier unidad.

vv. 18-21a - Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: El prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez; El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Así que ninguno se gloríe en los hombres.

Los griegos antiguos se enorgullecían de su sabiduría e inteligencia. Aunque Corinto no era el centro de la actividad intelectual, sino Atenas, no obstante, sus ciudadanos estaban empapados de ese mismo espíritu. Los cristianos en Corinto eran productos de esa cultura y ambiente. El espíritu de su época influyó en ellos.

Pero la sabiduría del mundo está diametralmente opuesta a la sabiduría que proviene de Dios. El mundo piensa y se comporta de una manera diferente. En los primeros dos capítulos de esta carta el apóstol había señalado estas diferencias con muchos detalles (ver. 1 Cor. 1:18 - 2:5). Los textos anteriores de esta serie han tratado esas diferencias.

Pablo vuelve ahora a ese pensamiento porque era el meollo de las divisiones en Corinto. Pablo les dijo que se habían convertido en unos necios a los ojos del mundo. Porque el mundo considera que el mensaje de la cruz es insensatez. Pero esa insensatez es la única manera de tener la salvación. El mundo dice que es insensato creer que el Hijo de Dios se hizo hombre para morir como un criminal común por los pecados del mundo. Pero esa insensatez es el único camino que conduce al cielo.

Los sabios del mundo piensan que no necesitan un Salvador, que pueden ganar su propia entrada. Pero Dios “prende a los sabios en la astucia de ellos” (Job 5:13). Su falsa sabiduría es una trampa para ellos mismos. Es una trampa que finalmente los destruirá eternamente. La sabiduría de este mundo no puede conducir a la vida eterna porque “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor. 2:9, Is. 64:4). Sólo Dios puede revelar el cielo y el camino al cielo. Y ese camino es a través de su Hijo. El más sabio de los sabios no puede encontrar la puerta del cielo. El más inteligente de los intelectuales no puede descubrir el plan de Dios para la salvación. Porque “los pensamientos de los hombres... son vanidad” (Salmo 94:11).

Pablo escribió para advertirles que Dios juzga de un modo diferente de las personas de este mundo. A algunos de los corintios les había impactado la elocuencia, la sabiduría y la inteligencia de algunos de sus líderes. Pero les habían llamado la atención las cosas equivocadas. La sabiduría de Dios es mucho más importante que cualquier don o habilidad del hombre. Ellos se gloriaban en los hombres en vez de en Dios. Se jactaron de lo que el hombre puede hacer y no de lo que Dios ha hecho. Jactarse del hombre fue la causa de las divisiones y las contiendas en la congregación.

vv. 21-23 - Así que ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro; sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

Por el faccionalismo los corintios se estaban privando de los dones de Dios. Al apearse a un líder u otro, perdieron lo que los otros líderes ofrecían. Dios había enviado varios hombres a Corinto para edificar a los santos allí (ver. Ef. 4:11-13). Pero los diversos grupos de la congregación se empobrecieron porque afirmaban ser seguidores de uno u otro en vez de disfrutar de todos ellos como dones de Dios. Nada puede destrozar a una congregación tan rápido como cuando un grupo en la iglesia se agrupa alrededor de la personalidad de un pastor llamado que está en contra de otro pastor. ¡Qué mal uso de los dones de Dios — usarlos para destruir en vez de edificar!

Como hijos amados de Dios todas las cosas le pertenecen, escribe Pablo. Todo debe servirnos y servir el propósito misericordioso de Dios. Todo el mundo está a nuestra disposición a fin de usarlo para la gloria de Dios y para fomentar su causa. Los cristianos sólo tienen a Dios y a Cristo por encima de ellos. Todo lo demás, el pasado, presente y futuro, es para que lo usemos de acuerdo con el plan y propósito de Dios. Nuestras vidas son regalos de Dios para su gloria. Aún la muerte debe servirnos, ya que es la entrada al Paraíso.

No hay lugar para la política partidaria y los grupos que riñen dentro de la iglesia. El faccionalismo priva a la iglesia de toda la riqueza que Dios le ha dado. Priva a las personas del ministerio de los pastores y de los maestros que Dios les ha dado para guiarlos a la vida eterna. ¡Qué Dios preserve un espíritu de unidad, de cooperación y de

apreciación en todas nuestras congregaciones!

Sugerencias homiléticas

La sabiduría de Dios ha sido el tema recurrente en esta serie de textos para la estación de Epifanía. En nuestro texto Pablo vuelve a tomar ese tema y lo aplica a las divisiones y las contiendas que habían surgido en Corinto. Las contiendas entre grupos no resultan de la sabiduría de Dios sino demuestran un espíritu mundano de orgullo y mezquindad. El texto puede ser dividido en cuatro pensamientos distintos, pero relacionados. Pablo recordó a los corintios (1) que habían sido edificados en Jesús y su obra de redención; (2) que por lo tanto eran el templo santo de Dios; (3) que la sabiduría de Dios es muy diferente de la sabiduría de este mundo; (4) que el faccionalismo los privó de los dones que Dios tenía para ellos.

Estos pensamientos pueden ser presentados de varias maneras. Puesto que el punto central del mensaje de Pablo en 1 Corintios iba dirigido contra el grupo conflictivo en Corinto podríamos tratar este texto así:

¡No más conflictos!

1. Recuerden quiénes son (vv. 16-17)
2. Recuerden sobre quién han sido edificados (vv. 10-11, 18-23)

La primera parte pondría énfasis en que como hijos de Dios somos las piedras con las cuales él edifica su templo. Vive en nosotros. Nuestras vidas reflejarán quiénes somos. La envidia, las mezquindades y discusiones no tienen lugar en el templo de Dios.

La segunda parte haría hincapié en la fuente y el fundamento de nuestra vida cristiana: nuestro Salvador Jesús y sus dones y su sabiduría. Cuando recordamos el amor y el perdón de nuestro Salvador y nos aferramos a su palabra, nuestras vidas reflejarán su espíritu de humildad y de compasión.

Podríamos desarrollar un esquema similar de esta manera:

¡No se gloríen en los hombres!

1. Porque ustedes son el templo de Dios (vv. 10-11, 16-17)
2. Porque ustedes poseen la sabiduría de Dios (vv. 18-23)

La Epifanía es una estación en la cual Jesús se revela como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. En nuestro texto nuestro Señor hace otra revelación maravillosa: por medio de la fe en Jesús somos moradas del Dios todopoderoso. Esa verdad puede servir para este tema:

Ustedes son el templo de Dios

1. Sean santos (vv. 10-11, 16,17)

2. Sean sabios (vv. 18-23)

El predicador podría predicar un sermón sobre la doctrina de la iglesia y el ministerio. Esta doctrina podría ser presentada de esta manera:

¡Miren cómo edifican ustedes la iglesia de Dios!

1. Ponga el fundamento correcto (vv. 10-11, 16-17)
2. Elijan la sabiduría correcta (vv. 18-21a)
3. Usen todos los dones de Dios (vv. 21b-23)

OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANIA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 49:13-18

Epístola - 1 Corintios 4:1-13

Evangelio - Mateo 6:24-34

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 49:13-18, encontramos una bella promesa para un pueblo que pensaba que su Señor los había olvidado. Una madre puede olvidarse del niño que amamantó en su pecho, pero Dios nunca se olvidará de su pueblo. A su debido tiempo, restauraría Israel la tierra prometida y enviaría al Mesías, el cual los restauraría a Dios como hijos suyos.

La Epístola, 1 Corintios 4:1-13, aborda el tema de la relación entre el ministro de Cristo y la congregación que él sirve. Como “siervo” de Cristo, el ministro debe ser fiel a su llamamiento y a su Señor. La congregación debe respetar su oficio y no juzgar ni criticarlo injustamente, como parece que fue el caso de los corintios con Pablo.

El Evangelio, Mateo 6:24-34, anima al discípulo a no afanarse por las cosas de este mundo ni a preocuparse por cosas como la comida y el vestido. Dios sabe que tenemos necesidad de estas cosas. Después de todo, ¿no alimenta a los pájaros y no viste a las flores del campo? Como hijos del reino, el reino de Dios y su justicia deben ser nuestra principal preocupación.

Hay una relación entre la lectura del Antiguo Testamento y el Evangelio. En la lectura de Isaías, Dios dice que él no se ha olvidado de su pueblo. Usa la comparación de una madre que da a luz. En la lectura de Mateo, ilustra esta bella verdad evangélica al señalar que se preocupa aún de las cosas más insignificantes en la naturaleza — los pájaros y las flores. Si él no se olvida de ellos, ¿podrá olvidarse de nosotros?

La lectura de la Epístola y el tema para este estudio no están relacionados con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento. Al contrario, es la última de la serie de Primera de Corintios. Si no planea cuidadosamente, tal vez tenga poco material para este sermón. Pero si se centra con cuidado en el problema específico o el tema tratado en cada una de las lecturas anteriores, entonces dispondrá de un tema para tratar en detalle — el oficio del ministerio.

El texto - 1 Corintios 4:1-13

La razón principal por la cual Pablo escribió esta carta fue para fomentar la unidad en la congregación que se había dividido por asuntos sin importancia. Se centraban en la personalidad del ministro en vez de en el poder de la palabra. La verdadera unidad sólo puede establecerse por medio de la palabra (Juan 17:17-23). Pablo no podía permitir que a él lo exaltaran por encima de Cristo (1 Cor. 1:13-17), ni tampoco que los menospreciaran como si no representara a Cristo (1 Cor. 4:8-13). Sus palabras en estos versículos sirven para llevar a los corintios a hacer una evaluación apropiada y balanceada del ministro de Cristo:

vv. 1-2 - Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.

El estudio de las palabras es muy importante en estos versículos. Es muy natural que las personas “consideren” o más bien “hagan cuentas de, evalúen” (λογιζέσθω) a su ministro. De hecho, deben hacerlo si van a trabajar con él y hacer uso máximo de sus talentos y habilidades. Ciertamente, deben “escudriñar las Escrituras” ellos mismos y asegurarse de que él les está enseñando según la palabra de Dios (Juan 4:1; Mateo 7:15-16). Pablo recibió con gozo tal evaluación (Hechos 17:11).

Pero una evaluación de esta naturaleza se debe hacer conforme a la palabra de Dios. Al ministro se le debe considerar “siervo” (ὕπηρέτης) de Cristo. La palabra literalmente significa un “remero de galera”. Imagínese a los esclavos que iban encadenados a sus remos en el interior de la galera romana. Remaron al ritmo del tambor de su amo, siguiendo sus instrucciones exactamente. No fue una posición “gloriosa”. Y demuestra que el ministro de Cristo siempre debe dejar que la gloria de Cristo brille en su ministerio (Juan 3:30). Si es un pasajero del barco de Cristo, el remero es muy importante para usted. Le ayuda a llegar a su destino.

La otra palabra que se usa para el ministro significa “alguien a quien se le confían las cosas secretas de Dios” o “mayordomo”. La palabra es οἰκονόμος. El mayordomo era un siervo, pero se le había confiado la obra importante de administrar los bienes del amo mientras él no estaba (Mateo 25:14ss). Así al ministro de Cristo se le ha confiado el secreto de Dios, el plan de salvación por medio de Jesucristo, el cual está revelado en el evangelio. Note que el evangelio no se origina en el ministro. Pertenece a Cristo y a su iglesia en la tierra (Mateo 18:18,20). Pero Cristo lo nombró como administrador para guiar al pueblo de Dios en la obra del ministerio (Ef. 4:11-13).

¿Qué exige Cristo de sus ministros? Pablo lo resume con una sola palabra. Debe ser “fiel” (πιστός). La mejor manera de comprender plenamente lo que esta palabra significa es usar su concordancia. Después lea las cartas de Pablo a Timoteo en donde le recuerda al joven pastor ser un ministro fiel. Brevemente, un pastor fiel debe predicar la verdad de Dios sincera y claramente, haciendo la distinción entre la ley y el evangelio (1 Tim. 1:8; 2 Tim. 2:2). Debe llevar una vida de acuerdo con el evangelio que él predica (1 Tim.

3:1ss). Debe usar los talentos y las habilidades que Dios le ha dado de la mejor manera que pueda (Mateo 25:14ss). Debe ser fiel a su llamamiento (Hechos 20:28).

Podríamos considerar a Pablo como ejemplo del pastor fiel. Las Escrituras llaman a Moisés un siervo fiel en la casa de Dios (Heb. 3:3). Otra vez, notemos aquí que Moisés no era perfecto. Tenía un concepto más bien bajo de su capacidad para la oratoria (Ex. 3:10). A su pueblo no siempre le agradó. Hasta cometió un error garrafal (Núm. 20:12). Y, aún así, Dios lo juzgó fiel.

Los primeros dos versículos tienen el contenido principal de este texto. A medida que el pastor examine su oficio, procurará ser un siervo humilde. Él no es la estrella de la función; Jesús lo es. La congregación no debe menospreciar a su ministro, porque es representante de Cristo, ni deben exaltarlo, como si fuera más que un siervo de Cristo.

Pablo sigue ahora con una aplicación general en los versículos 3-5:

vv. 3-5 - Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.

Lenski hizo un excelente trabajo al explicar estos versículos. Los ministros no gozan de algo así como “inmunidad diplomática” que les da carta blanca para hacer lo que quieran. Si sus acciones o su predicación son contrarias a la palabra de Dios, la congregación se ve obligada a emitir un juicio. Y un ministro bajo escrutinio debe escuchar. Pablo lo considera un asunto de poca importancia (εις ἐλάχιστον) sólo cuando se juzga según las normas humanas (ὕπὸ ἀνθρωπίνης ἡμέρας), en contraste con las normas establecidas por la palabra de Dios. Un juicio a nivel humano por lo general encuentra la motita de aserrín y la convierte en un gran escándalo (Mat. 7:3). Saca conclusiones prematuras. Se atreve a juzgar lo que sólo Dios puede saber. Por ejemplo, tendería a juzgar la fidelidad según la evidencia de las estadísticas.

Un ejemplo típico es cuando las personas comparan su ministro, favorable o desfavorablemente, con otros. Esto parecería ser lo que sucedió en Corinto (1:12-13). No todos los hombres habían recibido los mismos talentos y habilidades. Uno podía predicar con elocuencia pero no era buen administrador. Otro podría ser muy buen evangelista, pero no fue tan buen maestro como otros. Podríamos seguir. Y si vamos a comparar un ministro con otro, ¿quién va a establecer los criterios? Por supuesto que no será Dios. Esa forma de pensar conduce al caos, así como había sucedido en Corinto.

Note que Pablo ni siquiera se juzga a sí mismo. Cuando un pastor evalúa su ministerio según las normas humanas, o se llenará con orgullo o se hallará sumido en un abismo de

desesperación. Lo que cuenta no es la comparación con su hermano. Es si está a la altura de las normas establecidas por la palabra de Dios. Si es consciente de eso, entonces tendrá la confianza de que el único Juez (v. 5) lo tendrá por fiel el día final. En estos últimos versículos, Pablo aplica estos principios de la evaluación del ministerio a la situación en Corinto:

vv. 6-13 - Pero, esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros. Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros! Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte, pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre; tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.

Los corintios se agruparon para apoyar a su apóstol favorito y se jactaron de que su “partido” era muy superior a los demás. Su orgullo los privó de ser “pobres en espíritu” y “mansos” como el Maestro había exhortado en el monte (Mateo 5:3-4). Además, ellos debían haber reconocido a Dios y su gracia por todo lo que habían recibido y llegado a ser. Considere la traducción de Beck del versículo 6: “Quiero que aprendan de nosotros a no alejarse de la Biblia y a no jactarse de un hombre a expensas de otro”.

En los vv. 8-13, Pablo compara lo que los corintios jactanciosos pensaron que eran con lo que él había vivido como apóstol. Sus comentarios son cortantes, hasta el punto de ser sarcásticos. Se consideraron sabios, honrados, fuertes — “reyes” en el reino. Pablo se jactó de su “locura” (1 Cor. 1:18ss), de sus sufrimientos (1 Cor. 11:16ss) y de su debilidad (1 Cor. 12:10). No le molestó el convertirse en un espectáculo público, si fuera a causa de Cristo y para la causa del evangelio. Pero, él no debió haber recibido ese trato degradante a manos de los corintios. Como Jesús dijo: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha” (Lucas 10:16).

Es conveniente aplicar este texto a nosotros mismos como ministros de Cristo. ¿Qué esperamos de nuestro ministerio? Si queremos gloria, poder y prestigio, estamos en el trabajo equivocado. La multitud que nos anima hoy podría estar en nuestra contra mañana. Somos predicadores, no complacedores de multitudes. El ejemplo del servicio humilde de Pablo y de su buena voluntad de trabajar fielmente en las trincheras del

ministerio es un buen ejemplo para imitar.

Sugerencias homiléticas

En cada sermón queremos predicar el evangelio. ¿Dónde está el evangelio en este texto? Se encuentra en el Salvador que estableció el oficio del ministerio, quien decidió que los hombres pecadores debían pastorear su manada como subpastores y compartir con sus copecadores el “secreto” de la gracia de Dios para con los pecadores. Mientras el texto se centra en el ministerio, debemos tener cuidado de no centrarnos en la persona del ministro en vez de en su oficio y así dejar a Cristo fuera del sermón.

Como ministros, jamás debemos recurrir a este texto como un refugio para la incompetencia y la infidelidad. Debemos agradecer cualquier evaluación de nuestro ministerio por parte de los miembros de la congregación, si esa evaluación se hace según las normas de la palabra de Dios. Este texto nos dará la oportunidad para instruir a nuestros miembros cómo hacer tal evaluación.

Aunque no vacilaríamos en utilizar este texto para la instalación de un hermano en el ministerio, podríamos sentirnos incómodos predicando sobre este tema en nuestra propia congregación. ¿Pensará la congregación que estoy tratando de defender o justificar mi rendimiento en el ministerio? La mejor manera de no dar tal impresión es hacer primero una evaluación completa de mi ministerio a la luz de la palabra de Dios. Esta experiencia humillante nos dejará dando gracias a Dios porque nos ha dado a pecadores como nosotros tan gran privilegio y nos hará darnos cuenta de cuánto dependemos de él para tener un ministerio fiel. El siguiente sermón guiará a la persona que está en la banca con una idea de cómo evaluar a su pastor a la luz correcta.

La instalación de la junta directiva de la iglesia podría ser una ocasión para emplear este texto, puesto que mucho de lo que se espera del ministro también se espera de los líderes de la iglesia. También, puesto que la junta directiva trabaja muy de cerca con el ministro, ellos más que nadie de la congregación tendrán que saber cómo evaluar a su pastor correctamente, sin someterlo a un juicio según las normas humanas.

Administradores de los misterios de Dios

1. Lo que Dios espera del pastor (vv. 1-2, 3b)
2. Lo que Dios espera de la congregación (vv. 3-13)

Los siguientes esquemas usan únicamente los primeros cinco versículos del texto:

Una descripción del trabajo del pastor

1. El oficio (v. 1)
2. Normas de desempeño (v. 2)
3. Cómo será juzgado (vv. 3-5)

Saquen el mejor partido posible de su pastor

1. Consideren su oficio (v. 1)
2. Consideren su fidelidad (vv. 2-5)

En el esquema anterior, la primera parte llevaría a los miembros a hacer un cuidadoso examen del oficio del pastor, en vez de examinar a la persona o la personalidad del hombre que ocupa este oficio. La segunda parte llevaría a los miembros a evaluar según las normas que Dios ha establecido en vez de utilizar normas humanas.

El último esquema proviene de un estudio de sermones del Northwestern Lutheran (volumen 51, No. 25, Diciembre 13, 1964, página 392) por Paul Wilde:

Juzgando a los siervos de Cristo

1. El requisito principal
2. El Juez principal

LA TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR ÚLTIMO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Éxodo 24:12, 15–18

Epístola—2 Pedro 1:16–19

Evangelio—Mateo 17:1–9

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Éxodo 24:12; 15–18, nos lleva al monte Sinaí en donde vemos a Moisés que sube el monte y entra en la nube de gloria que se había asentado sobre el monte. Años después Moisés aparecería con Elías en otro monte de gloria para conversar con Jesús acerca de su obra salvadora.

La Epístola, 2 Peter 1:16–19, nos permite escuchar a Pedro contar acerca de ese día cuando vio la majestad del Salvador en el monte santo. Recuerda escuchar la voz majestuosa del Padre anunciando la aceptación de su Hijo. Pedro nunca olvidó ese momento glorioso. La gloria que tenemos en Cristo nunca debemos olvidarla durante el peregrinaje por la vida.

El Evangelio, Mateo 17:1-9, nos da una visión de la gloria que algún día será nuestra. Pedro quiso conservar ese momento especial y que nunca terminara. La gloria futura en Cristo excederá todos los momentos más grandes de la vida y durará para siempre.

Segunda de Pedro

La Segunda Epístola de Pedro, de la cual se toma nuestro texto, no tiene información histórica acerca del tiempo y lugar de su escritura. Sin embargo, el mensaje es bastante claro. La novia de Cristo que lo espera no debe perder su esperanza del regreso de su novio, a pesar de los muchos detractores que dicen: “¿Dónde está la ‘venida’ que prometió?” Ella debe leer fielmente las cartas que su amado le ha enviado, evitando los falsos maestros que tratan de debilitar con la duda la esperanza que tiene.

El texto que se ha escogido para este domingo de la transfiguración termina con el versículo 19. El fondo de esta carta y el contexto inmediato nos invitan a desarrollar el texto para incluir el versículo 21. La “venida” (παρουσία) del Señor se convierte en una realidad mayor en nuestra vida, no por medio de mitos, ni siquiera por un informe personal de un testigo presencial de la transfiguración, sino por medio de la “palabra

profética más segura”. Tenemos un destello de cómo va a ser la gloria por medio de la palabra. Por tanto, nos inclinamos a incluir los últimos versículos del capítulo uno en este texto de la Epístola para el Domingo de la transfiguración.

El texto - Pedro 1:16–21

Si vuelve a los versículos anteriores a este texto, percibirá una urgencia en las palabras de Pedro a medida que escribe, tal vez por última vez. Está a punto de abandonar este cuerpo. Anhela que sus queridos cristianos “recuerden estas cosas” y no pierdan su esperanza en el regreso del Señor. Este anhelo y expectativa del regreso de Cristo los ayudará a escapar de la corrupción de este mundo y a protegerse de las herejías destructivas que están a punto de entrar en la iglesia.

v. 16— Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.

“El poder y la venida de nuestro Señor” (παρουσία) es una referencia clara al regreso de Cristo en el juicio final. También se llama “el día del Señor” (10). Este día, que mencionan los profetas y nuestro Salvador, es una realidad para toda la raza humana (vea más referencias en 2 Pe 3; Mt 24:3, 27, 37, 39; 1 Co 15:23; 1 Tes 3:13; 4:15; 5:23; 2 Tes 2:1; 2:8; Sant 5:7, 8; 1 Jn 2:28). La *parousia* de Cristo se nos presenta como un acontecimiento visible, lleno de música, majestuoso y glorioso. No escuchamos ni una sola vez en toda la Escritura de un regreso secreto para arrebatarse la iglesia a fin de llevarla al cielo y librarla de la gran tribulación. La “venida” incluye el juicio final y la destrucción de este mundo.

La realidad de la venida del Señor no es tan vívida para nosotros como debe ser el caso. Es posible que a nuestro peregrinaje hacia la ciudad eterna durante la semana pasada le haya faltado el espíritu gozoso de la novia que ansiosamente espera que venga su novio para llevarla. La angustia, las presiones, los pecados y los cuidados de la vida ponen a prueba nuestra paciencia hasta agotarla. El Señor da al predicador el privilegio de estar delante de su gente y señalarle los muros brillantes de la nueva Jerusalén para asegurarse que el regreso de Cristo está cerca.

Pedro nos asegura que no está promoviendo ningún mito. La Biblia no es un libro de cuentos, sino la historia más verdadera del mundo (2 Ti 4:4; Tit 1:14; 1 Ti 1:4; 4:7). A los rabinos les gustaba inventar cuentos acerca de nombres que encontraron en el Antiguo Testamento. Estos mitos llegaron a formar parte del Talmud conocido como Hagadá. Algunos de los mitos sobre los ángeles los tomaban muy en serio. El escritor a los Hebreos proclamó que Jesús era muy diferente de esos ángeles de la mitología. Estos mitos judíos junto con mitos de las religiones orientales y de la antigua Grecia se mezclaron en forma extraña en el movimiento sincretista que se llama gnosticismo. Los mitos proporcionaron imágenes y sombras para pensamientos más elevados. Aristóteles

usó el mito en una forma simbólica para expresar su teología panteísta. Los mitos tenían una rara atracción para la mente intelectual, como en el caso de Orígenes. La mente intelectual tendía a rechazar las promesas de la venida de Cristo como sólo otro mito interesante con alguna verdad superior detrás.

Lamentablemente, muchos teólogos hoy tratan la Escritura como si fuera un mito. Al Nuevo Testamento lo tratan como “una serie de ideas cristianas primitivas”. Se nos dice que tenemos que “ponernos detrás” del mito para descubrir la verdadera esencia de su significado. Pedro habla de otra forma. “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas”.

vv. 16–18— ... Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

Más bien que recurrir al uso de mitos, Pedro afirma que realmente vio la gloria de Dios en aquel monte santo. Fue un testigo ocular (ἐπόπτης). La hermosura de esa tarde nunca la olvidó. No sólo vio sino también escuchó la voz de Dios diciendo esas palabras fidedignas acerca de su Hijo. Esas palabras tenían la intención de fortalecer al Salvador para la lucha final contra el pecado, Satanás y la muerte, así como esas palabras le habían dado fortaleza antes de la difícil tentación en el desierto (Mt 4:1–11). Jesús anheló volver a la gloria de la casa de su Padre (Jn 17:5). La transfiguración fue un recordatorio de la plena gloria que esperaba a nuestro Señor al final de su sufrimiento. A Pedro se le concedió vislumbrar la gloria que existe entre el Padre y el Hijo desde toda la eternidad, que se refleja también en el Salmo 2 y el Salmo 40:6-9. Juan habló de la misma forma de la experiencia que tuvo de ver y tratar la Palabra de vida (1 Jn 1:1). La gloria de Dios que había confirmado la bondadosa intervención de Dios en los asuntos humanos en el pasado, en forma convincente confirmó la obra de su Hijo con la voz especial en el monte sagrado.

La fe cristiana no está edificada sobre leyendas, mitos o alegorías que necesitan la mente astuta de los hombres para separar la verdad de la ficción. La fe cristiana se basa en la realidad de que el Hijo de Dios existe en carne humana, con un cuerpo que el Padre preparó para él. Lutero escribió: “Así el tesoro más precioso y la consolación más grande que tenemos los cristianos es que el Verbo, el verdadero Hijo de Dios natural, se hizo hombre, de carne y sangre como cualquier otro ser humano; que se encarnó por amor a nosotros para que pudiéramos entrar en gran gloria” (Am. Ed. Vol. 22, página 110).

La gloria que se le confirió al Cristo encarnado ahora es una gloria que se nos confiere inmerecidamente a nosotros que poseemos su justicia por medio de la fe. Nuestra esperanza de ser llamados “amados” por Dios no se apoya en lo que se produce en

nuestro cuerpo o en nuestra mente, como creían los judíos y los gnósticos. El reino intelectual de la fantasía, de las leyendas y los mitos nunca podría cruzar la brecha entre el pecador y Dios. La aprobación divina nunca se da a los dioses falsos fabricados en la mente por medio de mitos. La aprobación del Padre celestial se otorga sólo a Jesús, su Hijo, nuestro Señor y Salvador. Su aprobación y aceptación por el Padre se hace nuestra cuando poseemos su justicia por medio de la fe.

v. 19— Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;

En contraste con las “fábulas artificiosas” del versículo 16, y además de la vista personal de la gloria que tuvo Pedro, ahora tenemos “la palabra profética más segura”. La palabra (λόγος) de los profetas viene de Dios, en contraposición a la palabra (λόγος) de la filosofía griega que se origina en la mente. La palabra de los profetas fue más segura porque provenía directamente de Dios, como dijo David en 2 Samuel 23:2: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua”. Jeremías dijo que el Señor le puso las palabras en la boca (Jer 1:6–9). A Moisés se le dijo: “Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel” (Ex. 19:6). La palabra (λόγος) de los judíos y los griegos se basaba en la especulación humana y no ofrecía ninguna verdadera sabiduría ni verdad (Col 2:20–23), en contraste con la palabra de los profetas, que provenía de Dios.

No podemos pasar por alto la palabra de Dios. Debemos “estar atentos” a ella o aferrarnos a ella (προσέχοντες, Heb 2:1). La palabra es como una lámpara que brilla en un lugar oscuro. Nuestras vidas se oscurecen cuando perdemos nuestro entusiasmo por el regreso del Señor (Efe. 2:12; 1 Tes. 4:13). Pero luego alumbra la lámpara de la palabra de Dios y mantiene viva nuestra esperanza hasta la venida de Jesús (Sal. 132:17; Sal. 130:5).

Hay muchos momentos oscuros que debemos enfrentar en la vida (Hch. 16:22–24). Pero luego el suave resplandor de la lámpara de la palabra de Dios nos sostiene y nos consuela. Esta sección ofrece una oportunidad excelente para exhortar a que se lea personalmente la Biblia. Las cosas materiales de la vida son como una vela que no dura mucho. La lámpara de la palabra de Dios nunca fallará (Sal. 27:1).

El lucero de la mañana (φωσφόρος) anunciará la llegada del sol de la justicia (Mal 4:2). La palabra, con sus promesas de la venida de Jesús, crea en su novia amada un anhelo mayor para su regreso. Y a medida que este anhelo se hace más vivido en nuestra vida, nuestros problemas ya no resultan tan problemáticos (Ro 8:26), hay mayor fuerza para la vida cristiana (2 Pe 3:14) y desarrollamos un espíritu más paciente (Apo. 22:20). Los destellos de la gloria que encontramos en la palabra de Dios harán que digamos: “Señor, es bueno que estemos aquí”, sea cual sea nuestra situación en la vida.

vv. 20, 21—entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de

interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Una palabra clave en esta sección es la palabra “todo” (πᾶσα) unida con el negativo para significar “ninguna”. El negativo fuerte sugiere que no hay absolutamente ninguna profecía en las Escrituras que haya surgido del hombre, aparte de Dios (2 Ti 3:16). La profecía divina no admite ninguna interpretación privada ni dudosa tal como a los rabinos les gustaba hacer en el Talmud. Lo que se dijo de la profecía se aplica a toda la Escritura (Apo. 22:18, 19).

Un sermón sobre estos versículos tal vez advierta contra algunas “Biblias de estudio” que agregan explicaciones y notas que contradicen lo que dice Dios. Lutero comentó cuando escribió sobre este versículo: “el Espíritu Santo mismo tiene que explicar la Escritura. Aparte de esto, debe quedarse sin explicación. Ahora bien, si alguno de los santos padres puede demostrar que su interpretación se funda en la Escritura, y si la Escritura prueba que ésta es la forma en que debe interpretarse, entonces la interpretación es correcta. Si esto no es el caso, entonces no debo creerlo” (*Am. Ed.*, Vol, 30, p. 166).

El versículo 21 ofrece prueba para creer que toda profecía y toda la Escritura provienen de Dios. La profecía no tuvo su origen en la voluntad del hombre. No fue la voluntad humana la que engendró las Escrituras. (Podríamos comparar con Juan 1:13). Los hijos de Dios nacen de nuevo por voluntad de él. Así fue con la profecía y las Escrituras. Nacieron de Dios; él las engendró. Aunque se originaron por medio de seres humanos, milagrosamente las Escrituras se mantuvieron puras. Así como Jesús nació milagrosamente cuando el Espíritu Santo lo concibió en el vientre de una pecadora, las Escrituras milagrosamente se originaron en la vida de pecadores. Estos “santos hombres de Dios” fueron llevados (φερόμενοι—Mc 5:1-5) por el Espíritu Santo. Como el río lleva el oro precioso desde la veta original y lo deposita en cierto lugar, así el Espíritu Santo llevó la palabra de Dios a la vida de gente ordinaria y la depositó. El Espíritu es el responsable de la colocación final de los pensamientos y las palabras en las páginas. Esta inspiración milagrosa de las Escrituras nos da consuelo y nos asegura las muchas promesas del regreso de Cristo. Los burlones que se mofaban de la novia de Cristo y se reían de ella por esperar su regreso no conocían las promesas ni cómo se dieron.

Sugerencias homiléticas

La serie CILA sobre las Epístolas no incluye los versículos 19 al 21 en nuestro texto. Históricamente, la mayoría de los textos de esta sección han incluido estos versículos. El pastor fiel recibirá con gusto la oportunidad de exponer la doctrina de la inspiración. Hay un eslabón definido entre la transfiguración de Cristo y las Escrituras. Las dos cosas nos dan un destello de la gloria de nuestro Salvador que es necesaria para sostenernos en nuestra vida.

Este texto se debe estudiar en el contexto de toda la carta. El énfasis principal de la carta

es animar a los cristianos que son puestos en ridículo por creer en la venida de Cristo. Hay duras advertencias contra la influencia que socava de los falsos maestros.

Cada semana luchamos por terminar nuestro peregrinaje sin desanimarnos. Qué fácil es sucumbir a esta época materialista con sus presiones y perder nuestro espíritu de esperanza. La adoración y el sermón ayudan a volver a la realidad.

Se sugieren los siguientes esquemas para este texto:

Introducción: la realidad del regreso del Señor se pierde en la rutina diaria de la vida.

Aumenten su conciencia del regreso del Señor

1. No acudiendo a los mitos (v. 16)
2. No dependiendo de las experiencias personales (vv. 16–18)
3. Sino descansando en las promesas de la Escritura (vv. 19–21)

Introducción: “Señor, es bueno que estemos aquí”.

Aprecien su Biblia

1. Porque es un registro preciso del trato de Dios con los hombres (vv. 16–18)
2. Debido a sus promesas (vv. 19a, 20, 21)
3. Debido al cambio que obra en su vida (v. 19b)

Dios habla acerca de su Hijo

1. A Pedro en el monte (vv. 16–18)
2. A los profetas en la antigüedad (vv. 19a, 20, 21)
3. A nosotros por medio de su palabra (v. 19b)

Puesto que Pedro, quien estuvo presente en la transfiguración de Cristo, se refiere a este acontecimiento asombroso en este texto, la historia de la transfiguración de Cristo servirá de material de fondo.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Génesis 2:7-9, 15-17, 3:1-7

Epístola - Romanos 5:12, 17-19

Evangelio - Mateo 4:1-11

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Génesis 2:7-9, 15-17, 3:1-7, leemos sobre la creación de Adán, su colocación en el huerto de Edén, el mandato de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, la tentación y la caída en el pecado. Nos recuerda del fracaso del primer Adán para que Cristo, el segundo Adán, pueda ser glorificado en las lecturas de la Epístola y del Evangelio.

En la lectura de la Epístola, Romanos 5:12, 17-19, tenemos una porción de la comparación que el Apóstol Pablo hace entre el primer y el segundo Adán. La Biblia Nueva Versión Internacional titula esta sección: “De Adán, la muerte; de Cristo, la vida”.

La lectura del Evangelio, Mateo 4:1-11, es el registro de la tentación de Cristo en el desierto. Nuestro Señor con éxito resiste las tentaciones del padre de la mentira. “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Heb. 4:15).

El texto - Romanos 5:12, 17-19

Para poder entender nuestro texto mejor, veremos un esquema parcial de la Epístola a los Romanos. Nuestro texto es parte de la primera división principal de la carta, que podría dividirse así:

Tanto los judíos como los gentiles son justificados por medio de la fe sola (1:18 - 5:21)

- A. Por naturaleza a ambos les falta la justicia aceptable a Dios (1:18 - 3:20)
- B. Dios, sin embargo, ha provisto de una justicia a los judíos y a los gentiles en Cristo (3:31 - 4:25).
- C. Por lo tanto, todos estamos en paz con Dios y tenemos la certeza de nuestra salvación (5:1-21).
 - 1. Pruebas dogmáticas (5:1-11)
 - 2. Pruebas para los resultados benditos de la justificación basadas en la comparación entre el primer Adán y el segundo (5:12-21)
 - a. Las premisas para la comparación (12-17)
 - b. La gran conclusión (18-21)

Una impresión del razonamiento detrás de la selección de los versículos para este texto es la siguiente: comenzando con el versículo 12 uno espera una declaración de “por tanto - así que”; no obstante, falta la porción de “así que”. Pero, esta porción aparece al inicio del versículo 18. Entre los versículos 12 y 18 Pablo interpone los puntos relacionados. En los versículos 13-14 demuestra que el pecado estaba en el mundo, sin tener la ley para que fuera tomada en cuenta. Desde el tiempo de Adán hasta Moisés, la muerte reinó, por lo tanto el pecado estaba en el mundo. En los versículos 15-17, Pablo compara el don con la iniquidad para manifestar la gloria incomparable del don. Al incluir el versículo 17 tenemos la oportunidad de incluir esa comparación de “la gloria incomparable”, sin enfatizarla demasiado ni convertirla en el punto central del sermón.

El siguiente es un resumen de Romanos 5:12-21 tomado del *Mimeo Company Notes*, publicado por el Seminario Luterano de Wisconsin:

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (v. 12). En verdad, la muerte ejerció poder sobre la mayoría hasta los días de Moisés, aunque ellos no tuvieron la ley positiva (“No harás así”, etc. Gén. 2:17) como la tuvo Adán y estaban pecando contra ella, pero aún así su transgresión es igual a la de Adán, quien era prototipo del Adán venidero (13,14). Pero, aunque el apóstol habla de la similitud, no obstante existe una desigualdad entre los dos, en que la salvación que viene por medio del segundo Adán sobrepasa en gran manera la perdición que ha venido por medio del primer Adán (v. 15-19). Para que esto pueda comprenderse completamente la ley tiene que prestarle ayuda (20,21).”

v. 12 - Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

El artículo (ἡ ἁμαρτία) señala que Pablo está hablando del poder del pecado o la culpa del pecado, y no de los actos individuales del pecado. El pecado es cualquier transgresión de la ley divina, cada desobediencia de la ley inmutable de Dios. Cuando nuestras obras, nuestros pensamientos y deseos no se someten a la voluntad de Dios, eso es pecado. Pero va más allá, específicamente al pecado de Adán, el cual Dios imputó a todos los hombres. Las fuerzas malignas del pecado y de la muerte infectaron a toda la humanidad por medio de la desobediencia de Adán.

“La muerte” (ὁ θάνατος) indica que una muerte inclusiva, que abarca tanto los resultados temporales como los eternos del pecado. Desde el momento en que Adán pecó, estaba espiritualmente muerto, y el virus de la muerte física formó parte de su naturaleza. Por medio de un solo hombre, la muerte “pasó” (διήλθεν) a todos. Así como cada hijo en una familia está incluido en el testamento de su padre y recibe su porción de la herencia, así nosotros hemos recibido esta herencia condenatoria de Adán.

La naturaleza final y completa del tiempo aoristo (εισηλθεν, διηλθεν) no debe pasarse por alto. En otras palabras, Pablo habla del pecado original. Como un príncipe no se convierte en tal, sino que nace siendo príncipe y no tiene ninguna opción, igualmente nosotros no tuvimos ninguna opción; fuimos concebidos y nacimos en pecado (Juan 3:6; Sal. 51:5). Este pecado original es una enfermedad grave que sólo la palabra lo revela y se comprende sólo por medio de la fe. (1 Cor. 2:14). Nos predispone a la maldad y nos convierte en enemigos de Dios. Es suficiente para condenarnos.

Aunque no tuvimos nada que ver con convertirnos en pecadores, no por eso somos absueltos de nuestra responsabilidad, ni siquiera como niños. El pecado de Adán convirtió a toda la raza humana en una situación de “*non posse non peccare*” (incapaces de no pecar) y nos ha hecho culpables ante Dios, o sea, merecedores de su castigo. El escritor del himno lo ha dicho muy bien:

Toda la humanidad cayó en la caída de Adán,
Un pecado común nos infecta a todos;
De padre a hijo el veneno desciende,
Y sobre todos pende la maldición.

Ofende al hombre natural pensar que Dios condenaría a todos solamente porque un hombre comió un bocado de fruta. Pero también ofende al hombre natural que Dios nos perdona a todos debido a que un hombre murió en una cruz.

La Fórmula de Concordia, Artículo I, hace que tratemos muy cuidadosamente la pregunta del pecado original. Aunque el pecado original es una maldad muy grave, algo que el hombre no puede remediar solo, no obstante no forma parte de nuestra “esencia” como seres humanos. Dios creó nuestra naturaleza humana, y Dios no es el autor del pecado; Cristo tomó una naturaleza verdadera, humana y sin pecado; Dios resucitará nuestra naturaleza humana y la reunirá con nuestra alma, por lo tanto la naturaleza humana y el pecado jamás deben ser equiparados.

Hay, en este texto, un importante punto sobre la creación — la controversia de la evolución. ¿Si la evolución es verdadera y Adán no existió como el “primer” hombre, qué pasa con la comparación de Pablo? ¿Qué pasa con la enseñanza de Pablo acerca del segundo Adán si el primer Adán no existió?

Hay dos otras aplicaciones que se nos ocurren aquí. La primera es poner énfasis en la importancia del bautismo, especialmente para los niños pequeños. Ellos necesitan el perdón puesto que son pecadores y responsables ante Dios a causa de la descendencia de Adán. La otra aplicación es ver la real tragedia de los millones de bebés abortados cada año en nuestro país y en todo el mundo. No tenemos ningún derecho a suponer, como algunos lo hacen, que ellos son inocentes ante Dios y por lo tanto recibidos en el cielo puesto que “nunca tuvieron oportunidad”.

v. 17 - Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

El tiempo imperfecto (ἐβασίλευσεν) indica que la muerte estaba reinando, pero su reinado no es permanente (como el tiempo aoristo indicaría). Un hombre, Jesucristo, ha reparado el daño causado tanto por la transgresión de Adán como el daño hecho por nuestros pecados. No obstante, en medio de esta comparación entre el primer y el segundo Adán, Pablo tiene cuidado de no presentar a los dos como fuerzas iguales en nuestras vidas. Él protege la gloria única de Cristo al manifestar cuánto sobrepasa el don a la transgresión. El reinado de la muerte resultó del veredicto de la condenación de un solo pecado, y esa condenación fue exactamente lo que el pecado mereció, ni más ni menos. Hay una igualdad y una justicia en esa condenación. El regalo, al contrario, se da en una abundancia sin límites, sin ninguna preocupación por la igualdad (excepto por la igualdad de la justificación universal — que todos están incluidos bajo su efecto salvador).

La preposición (διὰ) incluye toda la mediación del Hijo.

La acumulación de genitivos entre el participio y su artículo (οἱ λαμβάνοντες) causa alguna dificultad en obtener una traducción uniforme, aunque es fácil entender el sentido. (Parece un poco extraño y probablemente es la causa de la lectura variante de este versículo). Esa interpretación se puede entender como resultado del gozo de Pablo al tener tan buenas noticias para compartirlas con ellos. *La Biblia Concordia Con Notas* lo resume de esta manera: “La gracia ha establecido un reino cuyo regalo al hombre es la justicia. Ese reinado también significa la vida intacta, plena y eterna. Esa gracia, reino, justicia y vida — todos vienen por medio de Jesucristo”.

v. 18 - Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.

Notará que no hay un verbo independiente en esta frase. Aquí Pablo retoma el hilo del pensamiento introducido en el versículo 12. Ambos hechos, el de Adán y el de Cristo, resultaron en un cambio de posición para toda la humanidad ante Dios. Aquí tenemos uno de los versículos principales para la enseñanza de la justificación objetiva y universal. La culpa de Adán y la justicia de Cristo son similares en que ambas fueron imputadas a todos los hombres. No tuvimos nada que ver con convertirnos en pecadores; no tuvimos nada que ver con ser declarados justos. Por supuesto que somos pecadores y que hemos sido redimidos. De hecho, para el creyente la única cosa más segura que la muerte es la verdad de vivir y reinar con Cristo para siempre. *The International Critical Commentary* sobre Romanos por Sanday y Hedlam dice: “Cada término señala a este don de la justicia que se describe aquí como algo objetivo y externo para el hombre, no algo

que obra dentro de sí, sino que viene a él, le es imputado y no infundido”.

“La justificación de vida” (δικαίωσιν ζωῆς) indica que la “vida” es el estado en el cual el cristiano entra cuando es declarado justo y recibe el veredicto de absolución. Llegamos a la meta a la que Adán debía llegar, la meta eterna por la cual fuimos creados. En Cristo verdaderamente poseemos “mayores bendiciones que las que nuestros padres perdieron”. Cristo es quien ha otorgado esa justicia. Su vida fue declarada aceptable, santa, por su Padre celestial muchas veces (en su bautismo y su transfiguración, por medio de la voz del cielo en Juan 12:28, etc.). Pablo trata el mismo tema en 1 Corintios 15:21-22.

Las *Mimeo Company Notes* sobre Romanos del Seminario citan a Gordon H. Clark, Romanos, en C.H. Henry, *the Biblical Expositor*, p. 248ss.

La única interpretación que hace justicia a este texto es que Adán fue nuestro sustituto o representante. Él actuó en nuestro lugar. Por lo tanto, cuando él pecó y murió, todos nosotros pecamos y morimos. Su acto representativo, su único pecado — no sus muchos pecados que cometió más tarde en su vida — es la base sobre la cual Dios nos condenó. Su acto único nos hizo culpables a todos nosotros.

El punto de vista de que el pecado de Adán es la causa de nuestra culpabilidad mantiene la comparación entre Adán y Cristo, porque toda la descripción bíblica de nuestra relación con Cristo está impregnada del concepto de la representación. Morimos con Cristo; somos crucificados con Cristo; resucitamos con él, y nos sentamos con él en los lugares celestiales. Estas frases no pueden ser verdaderas para nosotros personalmente, porque no habíamos nacido cuando Cristo fue crucificado. Cuando Cristo murió, pagó el castigo del pecado en nuestro lugar. Él fue nuestro sustituto o representante. Por lo tanto, así como la culpabilidad de un hombre, Adán, fue imputada a nosotros para nuestra condenación, de la misma manera por la justicia de un hombre, Jesucristo, fue imputada a nosotros su justificación.

v. 19 - Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

La voz pasiva indica que Dios es el agente en el acto de declarar a los hombres que son pecadores y son justos. Otra vez, recalamos, es objetiva y está fuera de nuestro control. Dios dice al pecador: “Tú no eres culpable”. Y por fe el pecador dice: “No soy culpable”. La primera declaración es verdadera ya sea que la creamos o no. Ésa es la justificación objetiva, no el universalismo. La segunda declaración debe seguir si el pecador va a gozar de las bendiciones que Cristo ganó. La incredulidad deja a un lado todas estas bendiciones. Ambas verdades del texto hacen referencia al cambio de posición de la humanidad a los ojos de Dios.

La expresión “los muchos” (οἱ πολλοί), en este contexto subraya la naturaleza universal de la redención de Cristo. Está claro en el versículo 18 que “los muchos” es sinónimo de “todos”. Esto está en armonía con todas las demás Escrituras (Rom. 3:23-24; Juan 3:16; 2 Cor. 5:19; 1 Tim. 2:4).

Sugerencias homiléticas

Este texto es muy apropiado para el primer domingo de Cuaresma. Nos recuerda la verdad bíblica de la sustitución — Cristo tomó nuestro lugar (expiación vicaria). Mientras viajamos en espíritu con nuestro Señor camino a Jerusalén, recordamos que no fue por ningún pecado que él cometió (porque no tenía pecado), sino que sufrió y murió por nuestros pecados. La comparación entre el fracaso del primer Adán (y su resultante condenación) y el éxito del segundo Adán (y su resultante justicia) trae a la luz esa verdad de la sustitución. Un entendimiento correcto del pecado original y de la condenación total y la depravación en que nos deja es vital para lograr comprender nuestra salvación ganada por Cristo. Estos pensamientos, junto con el pensamiento de la naturaleza universal del pecado de Adán y de la justicia de Cristo pueden presentarse de la siguiente manera:

Pecadores en Adán - Justos en Cristo

1. Todos somos culpables a causa de un pecado de Adán
2. Todos somos declarados justos a causa de la obediencia de Cristo.

Un esquema que enfatiza la comparación del versículo 17, la grandeza sobresaliente del don, podría estructurarse así:

La gracia sobreabundante de Dios

1. La condenación se distribuye equitativamente
2. La gracia se da en abundancia ilimitada.

El texto presenta la oportunidad para proclamar el tema gozoso de la derrota de la muerte y nuestra libertad de su control:

Un tirano destronado

1. El pecado de Adán nos ha sujetado a la muerte
2. La obediencia de Cristo nos ha librado del poder de la muerte

El hecho de que tanto el pecado original como la justicia original nos son imputados y se encuentran fuera de nuestro control, podría ser enfatizado de la siguiente manera:

Fuera de nuestro control

1. El pecado es imputado a causa de la desobediencia de Adán
2. La justicia de Cristo es imputada a causa de la obediencia de Cristo

o:

Nuestros dos representantes

1. El pecado del representante Adán trajo el pecado y la muerte a todos
2. La obediencia del representante Cristo trajo la justicia a todos.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Génesis 12:1-8

Epístola - Romanos 4:1-5; 13-17

Evangelio - Juan 4:1-26

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Génesis 12:1-8, describe una imagen del significado de la fe en los momentos cotidianos de la vida de Abraham. “Empaca, Abraham. Vete, Abraham”, viene el llamamiento. Abraham empaca todo. Abraham se va. Los pasos dados desde el Harán familiar hacia el Canaán desconocido son pasos que se dieron por medio de la fe. La vida de Abraham rebosa de fe, confianza y fidelidad. Abraham, una y otra vez, nos da un ejemplo de la fe en acción (ver Sant. 2:14ss).

La lectura de la Epístola es Romanos 4:1-5; 13-17. Pablo entrelaza su discusión de la justicia por medio de la fe con el padre Abraham — en cuanto a la carne, padre de los judíos; por su fe, padre de todos los creyentes. Pablo no se centra, como lo hace Santiago, en el aspecto activo de la fe. Al contrario, demuestra que lo que ha estado presentando hasta este momento en su carta fue verdad también para Abraham. La fe predomina por encima de todo. Los que creen son contados justos y los que no creen se pierden. Abraham es un ejemplo al respecto.

La lectura del Evangelio, Juan 4:1-26, nos presenta a una mujer samaritana que saca agua del pozo. ¡No es una feligresa ideal de una congregación! Tiene un hombre ahora, pero no es su esposo. Tiene conocimiento samaritano y curiosidad acerca de la ley. Pero, también tiene un Salvador que la llama, y ella lo reconoce como el Mesías. Jesús la acoge en su rebaño. Por medio de su gracia él va más allá de la “pureza” y la “relación judía” y gana a una pecadora samaritana.

Frecuentemente encontramos que al comienzo de la Cuaresma las lecturas del Evangelio, la Epístola y el Antiguo Testamento no se complementan tan bien como las lecturas para hoy. La iglesia está a punto de ver el derramamiento de sangre santa; en estas lecturas vemos que esa sangre fue derramada para Abraham, para la mujer samaritana y para nosotros.

El texto - Romanos 4:1-5; 13-17

La carta de Pablo a los Romanos es como un tratado sobre la justicia. En Romanos 1 - 3 Pablo recorre el pecado, la culpabilidad y la condenación que todos tienen en común,

tanto el judío como el gentil. Luego, Pablo nos habla acerca de Cristo, el Hijo justo de Dios, quien llevó nuestro pecado y culpabilidad y sufrió nuestra condenación.

¿Cómo podemos tener acceso a esta justicia de Cristo? ¿Por medio de nuestra propia “bondad”? ¿Nuestra nacionalidad? ¿Nuestra afiliación a una iglesia? ¡NO! Dios nos da acceso a esta justicia por medio de su palabra; Dios nos da la fe.

Ahora, un ejemplo de las Escrituras, pero será mucho más que eso, será el personaje principal del Antiguo Testamento que los judíos afirman que es prueba de que tenemos que obrar nuestra entrada en los cielos. Él es el “padre” del pueblo de Dios; es *Abraham*, la cabeza y fuente de la esperanza judía y de la nación judía. Pablo demuestra que Abraham fue justificado no por obras sino por medio de la fe.

v. 1 - ¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?

Existen algunos problemas textuales y diferencias de opinión acerca del versículo 1. Ninguna de ellas altera mucho el caso. ¿Acaso Abraham descubrió algo o lo descubrimos nosotros? ¿Este “descubrir” (εὕρηκέναι) pertenece a este texto? ¿Descubrió Abraham algo “según la carne” (κατὰ σάρκα) o es Abraham “nuestro padre según la carne” (προπάτορα κατὰ σάρκα)? Este escritor opina que el mismo Abraham hizo un descubrimiento en el área de la justificación, y que Pablo está a punto de explicarlo, especialmente a los creyentes judíos en Roma. “¿Qué descubrió nuestro padre terrenal (κατὰ σάρκα)?”

v. 2 - Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios.

Un versículo muy claro. Si las obras de Abraham “lo justificaron”, entonces él podía felicitarse. Ahora, los judíos estarían de acuerdo en que, efectivamente, Abraham pudo hacer eso. Vea cómo dejó Harán, vea cómo *etc., etc.* Aún la Epístola de Santiago está de acuerdo en que Abraham fue justificado por medio de sus obras, a los ojos de los hombres. Pero, Pablo usa una adversativa, ἀλλ’ οὐ, “No para con”, para responder a la opinión de que las obras de Abraham lo justificaron ante Dios.

v. 3 - Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.

Dios le acredita a Abraham la fe como justicia. Dos cosas: Por propia voluntad, Dios es quien atribuye el mérito (la palabra hebrea en Gén. 15:6 indica un elemento más fuerte de querer de lo que podemos expresar en la traducción); la fe no es la justicia por sí sola, pero Dios alaba la fe de Abraham a causa de su contenido, o sea, la promesa de Dios. Lo demás lo conocemos de las Escrituras. La fe del cristiano no es un sueño vacío, sino que está llena de Cristo y con todas las promesas de Cristo.

v. 4 - Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda;

¿Cuándo es algo un don? ¿Cuándo se considera salario? ¿Es salario cuando se tiene que trabajar por ello! Es un don cuando no se trabaja por ello. (κατὰ χάριν habla de un regalo dado libremente. κατὰ ὀφείλημα habla de una deuda, una obligación del salario.) “El don de Dios es la vida eterna”. Por lo tanto, la fe también es un don no merecido. Todo lo que tiene que ver con la justicia y con la vida eterna es un “don de Dios”.

v. 5 - Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

Pablo habla de Abraham no como un hombre que “obró”, sino como el hombre “que no obra”. Dios viene a él, Dios le da una promesa; Abraham la cree. Esto no es la fe en general. Es una fe que “confía en el Dios que justifica a los impíos”. Así, la fe no es una obra, sino el destinatario de la buena obra de Dios en Cristo.

v. 13 - Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe.

Pablo edifica sobre los versos intermedios que no forman parte de nuestro texto. Aquí hay un resumen de ellos: La promesa vino antes de la circuncisión. La circuncisión, el eje para la observancia de la ley por parte de los judíos, no fue necesaria para la promesa. Simplemente selló la promesa a un Abraham que ya poseía la garantía de Dios. La circuncisión fue importante como un recordatorio físico y una verificación de la gracia y la promesa de Dios, pero la promesa estaba allí aún sin ella. Puesto que Abraham recibió la promesa antes de la circuncisión es obvio que la promesa fue dada a Abraham aparte de la ley (ver Rom. 3:21) y recibida por Abraham “por la justicia de la fe” sola.

¿Y qué es lo que Abraham, y todos los creyentes, reciben por medio de la fe? ¿Nada menos que todas las cosas! Ahora, todo el universo (κόσμος) nos sirve a nosotros, porque somos de Dios, y él que resucitó de entre los muertos reina sobre todo el universo para nuestro beneficio y para el bien de su iglesia.

v. 14 - Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa.

¿Qué tal los adherentes de la ley? El versículo 14 omite el artículo con “ley” (νόμος) y así incluye a todos aquellos que esperan la salvación debido a que han hecho todo lo posible por guardar la ley.

Si es posible ser salvo guardando la ley, dice Pablo, entonces la fe es totalmente inútil. No habría ninguna necesidad para el perdón de Dios ni la gracia ni tampoco la misericordia. No habría ninguna necesidad de Cristo.

v. 15 - Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión.

Este versículo regresa al versículo 13, y dice simplemente que Abraham y su descendencia no recibieron la promesa por medio de la ley porque la ley sólo produce ira. Desde que Adán pecó, todos los hombres son pecadores y se rebelan contra Dios. La presencia de la ley hace muy obvio este punto. La ley nos dice qué es pecado, y hace que las personas estén aún más enojadas y más rebeldes contra Dios.

v. 16 - Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros.

La promesa vital es segura (firme - βεβαίαν). “Garantizada” sería una buena traducción. Las “garantías” humanas, por supuesto, fallan. Pero aquí tenemos la garantía de Dios de gracia para “toda su descendencia”. ¡Las garantías de Dios quedan firmes!

“Descendencia” aquí es la misma palabra para “simiente” en Gál. 3:16 donde Pablo habla de Cristo como “la simiente”. Aquí la “simiente” se refiere tanto a los judíos como a todos los que creen en Cristo. Pero nosotros, la simiente, compartimos una herencia con aquella “simiente” que ha ganado esa herencia para nosotros. Aquí Abraham no es un padre terrenal, sino un padre de todos los que creen en la misma simiente que él esperaba, la “simiente de la mujer”, es decir, Cristo. (“Abraham vio mi día y se regocijó”).

v. 17 - (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.

Esta promesa (Gén 17:5) ya se cumplió. Los hijos de Abraham son “de muchas gentes”. Dios lo ha nombrado como nuestro padre en la fe. ¿Cómo pudo Abraham ver esto? Dios es quien dio vida a la promesa. Él es el mismo Dios quien dio vida a los órganos reproductivos muertos de Abraham y Sara, el mismo Dios quien dio vida a la nación de Israel, el mismo Dios que formó el universo y le dio vida, el mismo Dios que dio y todavía da vida a un “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Ped. 2:9). Abraham es nuestro padre y nosotros somos su pueblo.

Dios hace que los huesos secos vivan; pone carne sobre sus promesas. Hizo realidad las cosas que Abraham no podía ver ni siquiera imaginar, y Abraham creyó lo que Dios le dijo. Nosotros hacemos lo mismo, al igual como todos los cristianos de todas las épocas y de todos los lugares. Un cristiano es una persona que cree en Cristo. Dios nos llama justos, y por lo tanto lo somos, en Cristo. Él nos llama a la vida, y nos levantamos y cantamos sus alabanzas. Él nos llama sus hijos y sus herederos, y así es. La promesa da, y la fe acepta.

Sugerencias homiléticas

Éste es un texto apropiado para los comienzos de la Cuaresma. ¡Qué cada pecador individual entienda muy bien la imposibilidad de guardar las exigencias de la ley!

Pero la promesa de Dios brilla espléndidamente. ¡Qué brille! Abraham espera en el cielo, con los brazos abiertos, la llegada de sus hijos. Los creyentes son “todos una misma familia”. Dios nos llama justos (v. 5 - Él justifica a los impíos).

Aférrese a esa promesa de Dios. Por medio de la gracia es βεβαίαν, ¡es segura! Y podemos estar seguros de que esa gracia conmueve el corazón a actuar también, como vimos en el caso de Abraham.

Los primeros dos esquemas siguen el propósito central de la estación de Cuaresma, en verdad, de toda la predicación verdaderamente evangélica durante todo el año eclesial. Se centran en un arrepentimiento completo que reconoce con temor y temblor la ley de Dios y la desesperación de la ley. Y aún más, se centran en el fin real del arrepentimiento, ¡la fe! La proclamación de las promesas de Dios en Cristo obra la fe.

¡Dios lo garantiza!

1. La ira y la condenación por medio de la ley (vv. 2, 13, 15)
2. La salvación y la gracia por medio de la fe (vv. 3,5,13,16,17)

Aférrense a su herencia

1. Suelten la ley (vv. 2, 4-5, 13-15)
2. Disfruten la gracia de Dios (vv. 16,17)
3. Poséanla por medio de la fe (vv. 3,5,13,16)

El siguiente esquema es una presentación sobre el hecho de que en Cristo no hay ni judío ni gentil, ni hombre ni mujer, ni esclavo ni libre. Todos los creyentes somos uno en él. En realidad, en Cristo no existe ni moreno ni blanco. Si un gentil puede ser hijo de Dios, cada gentil lo puede ser. Sugerimos:

El árbol genealógico de la gracia de Dios

1. Abraham el antecesor (vv. 1, 16, 17)
2. Sus hijos judíos (vv. 1, 13-17)
3. Las adiciones gentiles a la familia (vv. 1-5, 13, 16-17)

El último esquema presenta a Dios como “El camino, la verdad y la vida”. Él dio vida al mundo, por medio de los cuerpos envejecidos de Abraham y Sara. Sigue dando y sosteniendo toda vida, tanto espiritual como física.

Dios da vida a los muertos

1. Según su promesa (vv. 2-5, 17)

2. A todos aquellos que creen (vv. 3,5,13-16)
 - A. A los hijos judíos de Abraham
 - B. A los hijos gentiles de Abraham

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 42:14-21

Epístola - Efesios 5:8-14

Evangelio - Juan 9:13-17, 34-39

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 42:14-21, el Señor amonesta al pueblo apóstata de Israel por su ceguera espiritual que ellos mismos se han impuesto y les advierte contra el juicio venidero. Por su fidelidad bondadosa, convertirá la oscuridad en luz para sus elegidos a través del Salvador.

La lectura de la Epístola, Efesios 5:8-14, recuerda a los cristianos las tinieblas de su vida anterior y las obras infructuosas que produjo. Puesto que Cristo ha brillado en ellos con la luz del evangelio, deben “andar como hijos de luz”.

En el Evangelio, Juan 9:13-17, 34-39, Jesús sana en el día sábado a un ciego de nacimiento. Los fariseos sufrían de algo más grave que la ceguera, de ceguera espiritual. A diferencia del hombre sanado, ellos no querían “ver” a Jesús como el que cura su ceguera espiritual.

Las tres lecciones usan el contraste de las tinieblas y la luz. El hombre está espiritualmente ciego y solamente puede hacer obras de las tinieblas. Nuestro Dios fiel envió a su Hijo para que brillara en el hombre con la luz del evangelio. En esta estación de la Cuaresma, vemos a muchos que rechazan al Salvador y eligen quedarse en las tinieblas.

El texto - Efesios 5:8-14

En los capítulos que preceden al texto, Pablo había explicado a los efesios su posición anterior en el pecado, su posición actual de la gracia, y su posición en la casa de Dios. En el quinto capítulo, Pablo presenta a Cristo como alguien que “nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (v. 2) lo cual es un comentario apropiado sobre la pasión de nuestro Salvador. Conmoverido por el gran amor de nuestro Salvador, el cristiano está motivado para llevar una vida santificada.

En el capítulo 5:3-7, Pablo exhorta a los efesios a evitar las obras de las tinieblas porque la ira de Dios viene sobre los desobedientes. En el capítulo 5:8-14, Pablo recuerda a los efesios su nueva condición como hijos de luz. Si ellos recuerdan las tinieblas de su

condición anterior y la luz en la cual ahora viven, querrán que la luz del evangelio dicte sus pensamientos, palabras y acciones.

v. 8 - Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.

Vivir en la oscuridad no es una sensación agradable. Ya en la infancia muchos niños temen a la oscuridad. El pensar en un criminal ocultándose en la oscuridad evoca sentimientos de terror. Metafóricamente, uno está “en tinieblas” cuando le falta entendimiento. El niño con problemas de aprendizaje siente vergüenza cuando no puede comprender la lección que sus compañeros aprenden sin ninguna dificultad.

Las tinieblas espirituales que en una época caracterizaron a estos efesios fueron mucho peor que cualquier oscuridad física o mental. El poder entenebrecido del pecado los guiaba a una religiosidad y moralidad llena de tinieblas. Espiritualmente estaban muertos (2:1). Ignoraban por completo la verdad divina. Su ignorancia espiritual los llevó a cometer actos de inmoralidad e impiedad, junto con la consecuente miseria (2:3,12; 4:17-18). Las palabras de Pablo, “en otro tiempo erais tinieblas”, implican que los efesios en un tiempo eran instrumentos de las tinieblas. Eran personas cuyas “tinieblas” se manifestaban en la forma de comportarse y de hablar.

Su estado anterior se compara con su estado actual (ποτε... νῦν, en otro tiempo, mas ahora). Ahora ven la luz. Esta luz está relacionada con el Señor. Así como las tinieblas traen consigo la inseguridad y la ignorancia, la luz hace ver todas las cosas. Cuando entramos en nuestra casa muy de noche, andamos lentamente a tientas buscando el interruptor de la luz. No queremos tropezarnos con algún objeto que no vemos. Una vez prendida la luz, nos sentimos mucho más cómodos y nos movemos con libertad por toda la casa. Podemos ver por dónde andamos.

Los cristianos en Éfeso habían visto una luz brillante. Así como el interruptor de la luz hace que todo se ilumine, de la misma manera la luz del evangelio hace que el corazón se ilumine. La luz que había brillado en ellos fue Jesús, la “Luz del mundo” (Juan 9:5). El Espíritu Santo los había traído a la fe en Jesús como su Salvador. Hizo que reconocieran sus pecados, su depravación, su necesidad del perdón y la fuente de ello. Como una “antorcha que alumbraba en lugar oscuro” (2 Ped. 1:19), el Espíritu usó la palabra de Dios como una antorcha brillante para llevarlos por el camino de la verdad.

La luz de la palabra de Dios es brillante. Penetra aún en la noche más oscura y saca a la luz las obras de la oscuridad. Revela los tesoros invaluables que nunca se podrían encontrar en la oscuridad. La palabra da dirección. Sirve como una lámpara a nuestros pies y lumbre a nuestro camino (Sal. 119:105). Si estuviéramos en el campo en la noche, agradeceríamos tener una linterna. Su luz nos indicaría por dónde andar y por dónde no. La palabra de Dios es una luz que guía a los cristianos por todas las tinieblas de esta vida.

Puesto que la luz del evangelio había alumbrado a los efesios, debían ser transmisores de esa luz. Pablo les dice: “Andad como hijos de luz”. El verbo περιπατεῖτε significa literalmente “pasear por todas partes”. Caminar como hijo de luz es una descripción muy apropiada de la vida de santificación del cristiano. El camino al cielo es estrecho, con muchas intersecciones. ¿Qué camino debe escoger el cristiano? ¡Seguir la luz! La luz sirve para dictar cada palabra del cristiano, cada pensamiento y cada acción. La voluntad de Dios es su norma. Conducirá su vida de acuerdo con ella, consistente con su llamamiento en Cristo Jesús.

v. 9 - (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad),

¿Cómo puede saber si está viviendo como un hijo de luz? Será evidente por los frutos (καρπός) que la luz produce. Las tres cualidades mencionadas son “bondad, justicia y verdad”. Bondad (ἀγαθωσύνη), rectitud, una moral excelente y genuina. Justicia (δικαιοσύνη) no es lo que la sociedad dice que es correcto, sino lo que es correcto para Dios. Verdad (ἀλήθεια), una constancia total. La gran mentira de nuestros tiempos es la enseñanza de que no existe ninguna verdad absoluta.

v. 10 - comprobando lo que es agradable al Señor.

¿Cómo podemos descubrir lo que al Señor le agrada? Ponga todo a prueba (δοκιμάζοντες) bajo el microscopio de la palabra de Dios (1 Juan 4:1). En la palabra tenemos una guía segura por medio de la cual determinamos qué es aceptable y qué es inaceptable para el Señor. De la misma manera que una planta busca la luz y vuelve sus hojas hacia ella, así el hijo de la luz mirará la luz de la palabra de Dios para obtener respuestas.

v. 11 - Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.

La expresión μὴ συγκοινωνεῖτε expresa la idea de una separación de lo que está mal moralmente. Las obras de la oscuridad son por completo infructuosas. ¿Qué campesino querría gastar todo su tiempo en un campo que no produce trigo? Más bien, no querría tener nada que ver con ello. Asimismo, el hijo de la luz no tendrá nada que ver con las obras infructuosas de las tinieblas (2 Cor. 6:14-18). Pero una simple retirada no es suficiente. Debe exponerlas por lo que son. Debe sacarlas a la luz para que sean vistas claramente como obras infructuosas de las tinieblas. No hay ningún lugar para la neutralidad o el compromiso. El hijo de la luz debe considerar las obras infructuosas de las tinieblas como un cáncer espiritual con el cual no quiere tener nada que ver.

v. 12 - Porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto.

Con respecto a la revelación de las obras infructuosas de las tinieblas, el hijo de Dios

debe evitar crear un injustificado interés especulativo en ellas. Algunas obras de las tinieblas son tan vergonzosas, tan repulsivas que ni se puede hablar de ellas. Por ejemplo, los pecados contra la voluntad de Dios para el sexo y el matrimonio son desenfrenados. Aunque el hijo de luz revelará las obras de las tinieblas por lo que son, no pondrá al descubierto cada detalle vil y escabroso de los actos pecaminosos, que únicamente sirve para incitar curiosidad. Algunas obras de las tinieblas son tan repugnantes, que es mejor ni siquiera mencionarlas. Con respecto a los detalles profanos, el silencio es la mejor opción.

v. 13 - Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo.

Cuando una obra de las tinieblas es sometida a la luz de la palabra de Dios, se ve claramente la carencia de significado. La luz ayuda a que veamos el pecado como realmente es.

v. 14 - Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.

Así como la luz de la madrugada dispersa la oscuridad de la noche, así el Hijo de Dios por medio de la luz de su palabra nos ayuda a discernir entre lo que agrada al Señor y lo que es fruto de las tinieblas. La oscuridad no quiere tener nada que ver con la luz. Los rayos de luz revelan y ponen al descubierto las obras malignas, manifestándolas tal como son.

El énfasis en los versículos 11-14a está en las obras y no en los hacedores. La segunda mitad del versículo 14 es un llamado a aquellos que son responsables por las obras infructuosas de las tinieblas — los no regenerados. Es una condensación de Isaías 60:1-2. Algunos creen que pudo haber formado parte de un himno cristiano. Se dirige al “durmiente” (ὁ καθεύδων) una persona que está dormida espiritualmente, muerta en sus pecados y transgresiones (2:1). Tal sueño sugiere una indiferencia a la salvación y una falta de resistencia a las obras infructuosas de las tinieblas.

El que está dormido espiritualmente necesita una transformación total si va a despertar a la vida. Exige que “se levante de los muertos”, lo cual es una imagen del “avivamiento”. Cristo lo “alumbrará” (ἐπιφάσει). Como el sol alumbró a los hombres, Cristo derramará sobre los durmientes la luz de la verdad divina. Éste es el llamado misericordioso de Dios (Mat. 11:28-30).

Sugerencias homiléticas

Este texto es ideal para comparar la luz y las tinieblas. Se presta para la estación de la Cuaresma cuando comparamos las consecuencias espantosas del pecado, las cuales exigieron el sufrimiento y la muerte del Salvador, con los resultados gloriosos de su obra

redentora por nosotros. Este contraste podría ser el punto central en un esquema como éste:

En medio de las tinieblas... ¡luz!

1. Las tinieblas del pecado (vv. 8a, 11, 12)
2. La luminosidad de la luz de Cristo (vv. 8b-10, 13-14)

Puesto que la caminata de Cristo al Calvario está en primer plano en la estación de la Cuaresma, la luz que él trae podría ser el punto central del sermón:

La luz de Cristo alumbra esplendorosamente

1. Para guiar a sus discípulos a la luz (vv. 8-10, 14)
2. Para revelar las obras infructuosas de la oscuridad (vv.11-13)

o

¡Dejen que el Hijo alumbre!

1. Para traerlos a su luz (vv. 8-10,14)
2. Para apartarlos de las tinieblas (vv. 11-13)

Este texto también se presta para un trato cronológico de la vida espiritual del cristiano:

El hijo de luz

1. En otro tiempo en las tinieblas (v. 8a)
2. Ahora en la luz (vv. 8b-13)
3. Para llevar a otros a la luz (v. 14)

Asimismo, este texto tiene un marcado énfasis en la santificación: la cual puede ser presentada ya sea negativamente:

¡Cuidado con las tinieblas!

1. En su estado anterior (vv. 8a, 14)
2. Producen obras infructuosas (vv. 11-12)
3. La luz de Cristo las han disipado (vv. 8b-10,13)

o positivamente:

Viviendo en la luz de Dios

1. Guiados por su luz (vv. 8,14)
2. Reflejando su luz (vv. 8c-13)

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Oseas 5:15 - 6:2

Epístola - Romanos 8:1-10

Evangelio - Mateo 20:17-28

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Oseas 5:15 - 6:2, comienza con una amenaza del Señor. Él ha acusado a su pueblo de haberlo rechazado. Había enviado aflicciones con la esperanza de que en medio de su angustia reconocieran su necesidad de volver al Señor con corazones arrepentidos. Luego Oseas suplica a la gente. Está seguro de que el Señor no tardará con su ayuda. El consejo de Oseas todavía se aplica a nosotros hoy día. Escuchemos el llamado de Dios y encontremos en Cristo el rescate por nuestros pecados.

La lectura de la Epístola, Romanos 8:1-10, anuncia la vida que Dios ha dado al mundo en Cristo. Jesús cumplió todos los requisitos justos de la ley. Por medio de la fe, somos librados de la ley del pecado y de la muerte. Esto también se logró por medio del Espíritu Santo, quien nos ha hecho creyentes, vivos en Dios a la justicia.

La lectura del Evangelio, Mateo 20:17-28, relata que Jesús enseñó a sus discípulos acerca de su próxima muerte y resurrección. Aun los gentiles estarían involucrados en la muerte de Jesús. Entonces Salomé, con sus hijos, Juan y Santiago, se acercan a Jesús con una petición de honores especiales en el reino de Dios. Pero Jesús recuerda a sus discípulos que su reino es de servicio. Debemos tomar a nuestro Maestro como ejemplo. Él dio su vida en rescate por todos, para que nosotros podamos demostrarle nuestra gratitud y amor siguiendo su ejemplo de servicio.

Estas tres lecciones encajan perfectamente en el tema “Cristo el rescate por nuestros pecados”. A medida que nos acercamos a la celebración de su victoria sobre la muerte, recordamos que nuestros pecados nos habían separado de Dios. Y sin embargo, nuestro Señor no nos abandonó; al contrario, entregó su vida para que nosotros pudiéramos vivir. Tenemos suficiente razón para regocijarnos con el salmista que dice en el introito para este domingo: “Yo me alegré con los que me decían; A la casa de Jehová iremos” (Salmo 122:1)

El texto - Romanos 8:1-10

vv. 1,2 - Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu

de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

En el capítulo 7, Pablo habló de su continua lucha contra el pecado. “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (7:24,25).

“Ahora, pues, no hay ninguna condenación” sigue Pablo. Ninguna condenación, puesto que Jesucristo nuestro Señor nos ha rescatado del veredicto temible de “culpables”. A causa de nuestros pecados merecimos la muerte. Pero en Cristo recibimos la declaración de Dios de la justificación. Él es la justicia de Dios, quien por nosotros pagó el rescate de la muerte. Esta eliminación de la condenación no fue algo que nosotros habíamos ganado. Está allí para todos en Cristo Jesús. Así como por la ley vinieron el pecado y la muerte a todos, ahora en Cristo todos somos declarados justos.

Esta justicia, o declaración de “no culpables”, nos pertenece por medio de la obra del Espíritu. Como Pablo dice: “el Espíritu de vida nos libra de la ley del pecado y de la muerte”. El Espíritu Santo tiene este poder creativo. Él es Dios. El Espíritu estuvo activo en la historia de Israel. Hizo surgir a los jueces para el pueblo de Dios cuando parecía que todo se había perdido (Jueces 3:10; 6:34; 11:29). Ungió a los reyes (1 Sam. 10:24; 11:6; 16:13). Inspiró a los profetas para que escribieran la palabra de Dios (2 Ped. 1:20,21). El Espíritu Santo participó en el ministerio de Cristo, descendiendo sobre Cristo visiblemente en su bautismo. Al Espíritu le debemos esta “nueva vida” a la cual Pablo se refiere aquí. Sin embargo, el Espíritu no está proponiendo una nueva manera de salvarnos. Pablo explica más en los versículos 3 y 4.

vv. 3,4 - Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Se inauguró un nuevo orden cuando Dios envió a su Hijo. La ley era ineficaz. Estas palabras nos recuerdan a las que Pablo mencionó en el capítulo 7. La ley no nos puede dar vida porque somos todos hijos e hijas de Adán. Somos semejantes a él. Heredamos su naturaleza pecaminosa. La ley solamente podría centrarse cada vez más en nuestro propio pecado y nuestra muerte.

Lo que la ley no pudo lograr, Dios lo hizo enviando a su Hijo. Se hizo semejante a nosotros para ofrecerse como ofrenda por el pecado. Todas las ofrendas para el pecado que se exigían en el Antiguo Testamento se cumplen en esta ofrenda única que fue hecha para el pecado. El pecado era ajeno a Cristo, y sin embargo Dios lo hizo “pecado por nosotros”. Jesús fue el eterno Hijo de Dios, pero compartió nuestra carne para que pudiera librarnos del pecado y de la muerte (Heb. 2:14; 10:1-4). En la lectura del Evangelio, Jesús predijo su muerte y su resurrección. Vino para morir por nosotros.

Pablo se refiere aquí a esta obra de justificación por parte de Dios como un hecho ya cumplido. En Jesús Dios “condenó” el pecado. Esto también incluyó la ejecución de aquel que fue hecho culpable por nosotros. En esa muerte de Cristo en la cruz el Hijo de Dios demostró que se había hecho hombre para nosotros.

El propósito de esta condenación y esa muerte fue “para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros”. Dios envió a Jesús para tomar nuestro lugar bajo la ley, y por medio de él la perfección exigida ahora se cumple en nosotros. No, no es por medio de nuestras obras. Ni tampoco es un poder “facilitador” como un aditivo, que nos hace mejores, o nos capacita para ser limpios. Este requisito está cumplido “en” nosotros pero no “por” nosotros. El Espíritu Santo nos ha dado vida. Él también obra en nosotros una nueva manera de pensar. Pablo lo explica en los siguientes versículos.

vv. 5-8 - Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.

Pablo nos explica por qué sólo el nuevo poder creativo de Dios bastará. Por naturaleza, es absolutamente imposible que agrademos a Dios. Por naturaleza la mente del hombre es enemiga de Dios; no se somete a la ley, sino que se rebela contra el Señor y la ley y así se merece la paga del pecado, que es la muerte. La situación que Pablo describe aquí es desesperante. No hay absolutamente ninguna esperanza. El hombre por naturaleza no puede agradar a Dios. No puede rendir un servicio libre y voluntario.

La presencia del Espíritu es una renovación creativa de la persona total. Note los tremendos contrastes que Pablo da en estos versículos. Así como no hay nada sino rebelión, hostilidad y muerte en la naturaleza pecaminosa, así por el Espíritu que obra allí hay el deseo de vivir conforme a la ley, hay paz y vida. Entonces, Pablo comenta qué significa esto para el cristiano:

vv. 9,10 - Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu viva a causa de la justicia.

Pablo lleva el contraste un paso más allá y señala la nueva vida que el hijo de Dios tiene. El cristiano ya no estará controlado por los deseos de la carne, sino está controlado “por el Espíritu”. Ésta es la fuerza dominante en su nueva vida. Todavía está la herencia de la naturaleza pecaminosa, pero la señal del cristiano es que el Espíritu mora en él. Donde el Espíritu de Cristo no mora, no hay ninguna relación con Cristo. Esa persona no es miembro del sacerdocio real de Dios, de su nación santa, su pueblo escogido (1 Ped. 2:9).

Esta presencia del Espíritu caracteriza la vida presente del cristiano. La pregunta de Pablo en Romanos 7:24 todavía resuena en nuestros oídos: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”. Sí, existe este cuerpo de muerte, nuestro cuerpo de muerte. El pecado sigue rugiendo dentro de nosotros. También hay el gemido interior mientras esperamos la adopción final, como Romanos 8:23 dice: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”. Mas, “a causa de la justicia” nuestros espíritus están vivos. Esa justicia que Dios Padre ha declarado es nuestra. Jesús la ganó por nosotros. El Espíritu Santo que obra la fe en nuestros corazones nos ha dado esa justicia. ¡Ese perdón, ese amor, esa gracia, nos da la vida!

Cristo es el rescate por el pecado. Nosotros ahora estamos vivos por el Espíritu. Queremos agradar a Dios. La lectura del Evangelio para hoy puede usarse para hacer una buena aplicación. Todos hemos sido llamados a servir, “como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28).

Sugerencias homiléticas

Este texto desde luego que encaja perfectamente en la estación de Cuaresma. Nos da una oportunidad para reflexionar una vez más sobre Cristo y su gracia abundante. Ofrece una exhortación maravillosa para la vida cristiana. Pablo explica la meta positiva y su propósito. El gozo de poder servir por supuesto que debe fortalecerse mientras miramos a la cruz y reflejamos el amor de Jesús por un mundo perdido. Esta sección también ofrece consuelo para aquellos que luchan contra la carne y los deseos pecaminosos. Aquí podemos hablar de cómo esta guerra es una lucha constante. Sin embargo, por medio de la obra de nuestro Dios de gracia, la victoria es segura. Con esto en mente, aquí hay algunas sugerencias:

¡Libres al fin!

1. La libertad lograda por Cristo (vv. 1-4)
 - A. Los versículos 1 y 2 declaran la libertad de la ley del pecado y la muerte. Ponen énfasis en la naturaleza pecaminosa natural de todas las personas.
 - B. El versículo 3 nos asegura la victoria por medio de lo que Dios hizo al enviar a su Hijo. El versículo 4 termina la historia de cómo Dios condenó el pecado y ganó el requisito justo. Cristo obedeció la ley por nosotros. Nuestra libertad de la condenación nos da una nueva actitud. Ahora que somos libres, también disfrutamos:
2. La libertad para un servicio lleno del Espíritu (vv. 5-10)
 - A. Esto es obra del Espíritu Santo quien estaba activo en la historia de Israel y está activo ahora.
 - B. Él libra nuestras mentes de la hostilidad y la muerte que se comparan

con sus dones de vida y paz.

C. Los versículos 9-10 relatan los resultados. ¡Qué ánimo tan estupendo para seguir llevando una vida cristiana, porque estamos vivos en Cristo por medio de la obra del Espíritu! Esta nueva vida no es por algo que nosotros hacemos, pero está allí. Necesitamos animar al hombre nuevo en nosotros con todos los medios que Dios nos ha dado. Estos medios de gracia, el evangelio en la palabra y en los sacramentos, son todavía hoy sus herramientas eficaces.

Se podría usar el esquema anterior con pequeñas variaciones adaptadas a los siguientes temas:

Librados por el Espíritu

1. Cristo lo logró (vv. 1-4)
2. Nos conduce a un servicio total (vv. 5-10)

O:

Una nueva actitud espiritual

1. Mira lo que Dios ha hecho en Cristo
2. Reacciona a las noticias gozosas.

O:

Guiados por el Espíritu

1. Nos centramos en nuestra nueva libertad en Cristo,
2. Nos preguntamos cómo podemos servirlo mejor.

Ésta es una estación maravillosa en la cual contemplamos la grandeza e intensidad del gran amor de Dios en Cristo. El conocimiento de la muerte y la resurrección de Cristo nos motivan a llevar una nueva vida por medio del poder del Espíritu Santo.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Ezequiel 37:1-3; 11-14

Epístola - Romanos 8:11-19

Evangelio - Juan 11:47-53

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Ezequiel 37:1-3, 11-14, el pueblo de Dios se describe como huesos secos y sin vida a causa de su pecado y rebelión contra Dios. Por esta razón estaban en cautividad en el valle de Babilonia. Pero, Dios prometió enviar al Espíritu Santo para obrar fe en sus corazones y darles una nueva vida. Al hacerlo, los restituiría como hijos de Dios y les devolvería a su herencia.

En la lectura de la Epístola, Romanos 8:11-19, el apóstol Pablo recuerda a sus lectores que el Espíritu Santo estaba obrando en ellos. Así como el Espíritu dio vida al cuerpo muerto de Cristo, de la misma manera dio vida a aquellos que estaban muertos en transgresiones y pecados. Ya no estaban obligados a obedecer al pecado ni seguir su naturaleza pecaminosa. Guiados por el Espíritu, ahora eran hijos adoptivos de Dios. La fe en Cristo, dada por medio del Espíritu, los convirtió en herederos juntamente con Cristo. Las pruebas de sufrimiento con Cristo en esta vida de ninguna manera pueden compararse con la gloria que les espera a los hijos de Dios al fin del tiempo.

La lectura del Evangelio, Juan 11:47-53, nos habla acerca de Caifás, el sumo sacerdote de la época de Jesús. Caifás estaba preocupado por la seguridad de Judá bajo el reino tiránico de Roma. Pensó que Roma se complacería si se eliminaba a un rebelde político, tal como describió a Jesús. Ni se daba cuenta de que la muerte de Jesús daría la verdadera seguridad a todas las personas al pagar por sus pecados, quitándolos del reino tiránico de Satanás, y devolviéndolos a la familia de Dios.

En este último domingo regular de Cuaresma las tres lecciones nos recuerdan de una manera vívida que el pecado y la muerte reinan en los corazones y en la vida de todas las personas que no tienen a Cristo. Cristo murió para vencer ese reinado de pecado y muerte. El Espíritu Santo da nueva vida en Cristo. Aquellos a quienes el Espíritu Santo da nueva vida son herederos de la gloria eterna.

El texto - Romanos 8:11-19

En la primera parte de Romanos 8, el texto para el cuarto domingo de Cuaresma, Pablo recordó a sus lectores que como cristianos su naturaleza pecaminosa ya no los

controlaba, sino el Espíritu. El Espíritu les había dado el Espíritu de Cristo que ahora moraba en ellos. Ellos pertenecían a Cristo, y ya no eran esclavos del pecado.

Pablo sigue con este mismo pensamiento en los primeros versículos de este texto:

v. 11 - Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

Jesús resucitó de los muertos por medio de la gloria del Padre (ver Rom. 6:4). Fue vivificado por el Espíritu (ver 1 Ped. 2:18). Si el mismo Espíritu que resucitó a Jesús del sueño de la muerte moraba en estos cristianos, él también los resucitaría de la muerte espiritual. Sus cuerpos y almas tendrían vida nueva. Como pecadores, sus cuerpos eran “mortales”, orientados hacia la muerte (νεκρός). El pecado y la muerte los gobernaba, como Pablo lo mencionó en el versículo 2. Pero el Espíritu de Cristo les dio esta nueva vida. La meta final de esta nueva vida es la resurrección del cuerpo mortal de entre los muertos a una vida nueva y eterna con Cristo. Nuestra nueva vida en Cristo, ya recibida en esta vida por medio del Espíritu, y la segura perspectiva de una vida eterna en el cielo, fortalece nuestro propósito de vivir no para la naturaleza pecaminosa, sino para Cristo. Estar obligados a ser de Cristo no es una carga, sino un gozo genuino.

v. 12 - Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne.

Como cristianos con una nueva vida en Cristo, a los lectores de Pablo se les recuerda que él y ellos fueron “deudores” (ὀφειλέται). Tenían una deuda, no para vivir según la naturaleza pecaminosa, la cual sería el deseo de la carne. La mente natural se siente impulsada a satisfacer los deseos de la carne. La vida nueva en Cristo obliga al cristiano a vivir por Cristo. El cristiano dice con Pablo: “Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gál. 2:20).

Pero, esta obligación es de gozo para el cristiano. Llevar la nueva vida en Cristo a causa de una deuda imposible de pagar que debíamos a Dios por su gracia y misericordia es una fuente de gozo. Los cristianos son los “deudores”, y no quieren que sea de otra forma. Se podría comparar al esposo que está obligado a amar y cuidar a su esposa. Es un deber, sí; pero lo estima y disfruta cumpliéndolo.

v. 13 - Porque si vivís conforme a la carne moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras la carne, viviréis.

La carne pecaminosa y la mente humana engañada, aún la de los cristianos, siempre necesita la advertencia apostólica de este versículo. Si el cristiano se deja arrastrar otra vez al servicio de la naturaleza pecaminosa, morirá. No hay ningún “tal vez” aquí: “Moriréis”. Otra vez estará “muerto en transgresiones y pecados” y perderá su salvación.

Cuán necesario es esta advertencia cuando cada vez más personas piensan que pueden ser cristianas aunque viven en pecado abierto y pecan fornicando o destruyen matrimonios o son borrachas o chantajistas. El apóstol dice que estas personas se engañan a sí mismas. ¡Morirán!

Pero donde el Espíritu mora, el poder del Espíritu mora y mata las “obras de la carne”. En vez de la naturaleza pecaminosa que usa las obras malignas (πράξεις) del cuerpo para arrastrar al cristiano otra vez al dominio del pecado y la muerte, el Espíritu mata las obras de la carne tan pronto que levanten su cabeza repugnante.

v. 14 - Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

“Bienaventurados son los hijos de Dios”. ¡Qué consuelo tan agradable ofrecen estas palabras inspiradas de Pablo a estos cristianos de Roma que eran “guiados por el Espíritu”! Ya no eran hijos del diablo, como habían sido, cuando estaban sin Cristo y sin su Espíritu. Su lugar ya no estaba dentro de la familia de Satanás, sino que eran “miembros de la casa de Dios” (Ef. 2:19). En Juan 3, Jesús dijo a Nicodemo: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (v. 6). Todas las personas heredan la maldición de sus padres, y así también su lugar dentro de la familia de Satanás. Pero Jesús dijo a Nicodemo: “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (v.6). El Espíritu Santo nos conduce a la familia de Dios.

v. 15 - Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

Los esclavos de las casas en Roma por lo general eran obedientes. Pero su obediencia estaba motivada por temor al castigo. Ése es el único tipo de servicio que el hombre natural entiende. Si los incrédulos viven según la ley, es una obra de esclavitud, hecha por temor al castigo o con la esperanza de ganar un premio. El temor al castigo merecido puede, a veces, ser la motivación del cristiano por su obediencia a Dios. Entonces es un yugo bastante pesado. Pero, los hijos actúan motivados por el amor. Obedecen a sus padres queridos porque son sus hijos. Cuando la relación en un hogar es como Dios lo desea, los hijos honran y aman a su padre con gozo y felicidad. Son felices de ser sus hijos y tenerlo como su padre.

Así es con los hijos de Dios. Ellos tienen “el espíritu de adopción” (υιοθεσία). El Espíritu Santo los hizo hijos de Dios al traerlos a la fe en Cristo, como Pablo dijo en Gálatas 3:26: “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”. El Espíritu Santo obra como el agente que los coloca en la familia de Dios como hijos legítimos, por medio de la adopción. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gál. 4:6). Usando la misma expresión de confianza en arameo que Jesús usó para clamar a su Padre en Getsemaní, Pablo indicó que los hijos de Dios, guiados por el Espíritu, acuden a su Padre con amor y con confianza. Conocen

la seguridad de formar parte de la familia de Dios y de tener un Padre que los ama. Aunque son adoptados, no sienten que son menos que hijos de Dios.

v. 16 - El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

A veces el espíritu humano, debilitado por el pecado y atormentado por Satanás, tiene dudas. Aún el más fuerte de los cristianos a veces se pregunta a sí mismo o expresa verbalmente sus dudas. El espíritu cristiano necesita apoyo y seguridad. Y lo tiene. Pablo da tranquilidad a sus lectores al decirles que el Espíritu de Dios apoya (συμμαρτυρέω) su espíritu cristiano, confirmando el hecho de que son hijos de Dios. No se trata de sentirse cerca de Dios o sentirse alejados de Dios que hace a una persona un hijo de Dios o marginado de la familia de Dios. Es la fe que el Espíritu obra y fortalece por medio de la palabra. Si alguien tiene dudas acerca de su fe, que vuelva a la palabra de Dios donde el Espíritu Santo volverá a darle tranquilidad.

v. 17 - Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él para que juntamente con él seamos glorificados.

La seguridad que los hijos de Dios disfrutan es tanto para el presente como para el futuro. A veces los hijos esperan una seguridad por medio de una herencia que recibirán de sus padres. El Hijo de Dios se hizo nuestro hermano según la carne para adquirir para nosotros una herencia eterna. Sufrió la cruz en nuestro lugar. Como cristianos nosotros también podemos esperar sufrir burlas y vergüenza a causa de nuestros lazos familiares con Cristo. Pero participar en los sufrimientos de Cristo también significa participar en su gloria. Porque “somos herederos y coherederos con Cristo”. En el último día escucharemos a nuestro hermano decirnos: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).

v. 18 - Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.

Nadie sabe qué traerá el mañana; tampoco los cristianos. El futuro lejano es aún menos seguro. Sin duda, el futuro traerá bastantes problemas y sufrimientos, y para los cristianos habrá una dosis adicional a causa de ser cristianos. Para los cristianos de la Roma del primer siglo las cosas exteriores iban de mal en peor. Pero, no importa lo difícil que sea esta vida, las tristezas no son nada comparadas con la gloria, el gozo y la paz más grande que le esperan en el futuro al cristiano.

Los cristianos tienen la seguridad sabiendo que su Señor y Salvador siempre estará allí para ayudarlos y bendecirlos en medio del sufrimiento. Y aún más maravilloso es la promesa de la gloria eterna en el cielo.

v. 19 - Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.

Los hijos de Dios se encuentran en buena compañía mientras esperan el día en que gozarán de la gloria del cielo. Toda la creación, que ahora gime bajo la carga y la maldición del pecado, espera “con anhelo ardiente” aquel día de libertad. Pero esos gemidos cesarán cuando el Hijo de Dios regrese y revele quiénes son los hijos de Dios y les dé su herencia en gloria.

Jesús dijo: “Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:27,28). Y los hijos de Dios responderán: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apoc. 22:20).

Sugerencias homiléticas

Puesto que éste es el último domingo regular de la estación de Cuaresma, este sermón lo escucharán cristianos que se están preparando para unirse a la multitud del Domingo de Ramos con sus gritos de bienvenida y alabanza, sólo para experimentar unos días después que los gritos de alabanza son ahogados por los gritos de “¡Crucifícale!”

En una época cuando muchos hijos experimentan la inseguridad a causa de las fallas familiares, los hijos de Dios necesitan la seguridad de saber que formar parte de la familia de Dios les brinda una seguridad real para esta vida y para la próxima. El Espíritu nos asegura que Cristo murió para pagar los pecados que nos alejaron del Padre. Y necesitamos recibir la seguridad de que en Cristo nuestro Padre nos ama, nos apoya, y está allí siempre que lo necesitemos. El Espíritu nos aleja de juzgar nuestra fe basándonos en los sentimientos o fracasos, y nos trae las promesas objetivas de Dios.

Los cristianos, también, sienten inseguridad respecto a su vida futura en este mundo. ¿Habrá una guerra nuclear o un holocausto? ¿Una economía débil nos privará de una jubilación segura? La única seguridad que realmente necesitamos es la seguridad que el Espíritu Santo nos da en Cristo.

Bajo el tema de la seguridad, los siguientes esquemas serían apropiados:

El Espíritu Santo da seguridad a nuestro espíritu

1. Nos convence de que somos hijos de Dios. (vv. 11-15)
2. Nos convence de que somos herederos de la gloria (vv. 16-19).

La primera parte pondrá énfasis en que los hijos de Dios pueden estar seguros de un Padre que no los dejará ni los abandonará, puesto que entregó a su Hijo para convertirlos en sus hijos. La adopción por el Espíritu nos ha hecho hijos de Dios. El “agente de adopciones” es el Espíritu Santo. No hay ninguna necesidad para sentirnos “menos” que hijos verdaderos porque hemos sido adoptados.

El futuro es esperanzador para los hijos de Dios a pesar de los problemas personales o los problemas del mundo. Les espera una gloria que tiene mayor peso que cualquier problema o dificultad mundana. Es una gloria que compartiremos con Jesús para siempre.

Para poner énfasis en la seguridad que tienen los hijos de Dios como miembros de la familia de Dios en esta vida y en la próxima, ofrecemos el siguiente esquema:

Los miembros de la familia de Dios están seguros

1. Nacen en la familia por medio del Espíritu (vv. 11-15a)
2. Viven con un Padre bondadoso (vv. 15b-16)
3. Son coherederos con el Hijo de Dios (vv. 17-19)

Si ha usado los versículos anteriores de este capítulo (Rom. 8:1-10) para el texto del domingo anterior, podría limitar el texto de este domingo a los versículos 14-19. De esta manera, podría emplear el siguiente esquema:

Tenemos “seguridad del Espíritu”

1. Somos hijos de Dios
2. Somos herederos de la gloria

En las dos partes se podría hacer comparaciones tanto para jóvenes y adultos. Todos los sistemas de seguridad inventados por los hombres serán inseguros. Esta incertidumbre causa gran ansiedad. Pero los cristianos tienen una “seguridad del Espíritu”. Estará allí toda la vida. Es segura para cada cristiano, porque ha sido comprada por Cristo en la cruz y dada a cada uno por medio del Espíritu Santo. Los sistemas de seguridad inventados por los hombres sólo sirven para esta vida. La seguridad que el Espíritu Santo da es para esta vida y para la eternidad. Sus beneficios no están sujetos a ninguna fluctuación. Dios ha prometido nada menos que la gloria del cielo. Las personas anhelan tener una seguridad para la tercera edad. Los hijos de Dios pueden jubilarse de esta vida con toda seguridad, la seguridad gloriosa de saber que son coherederos con Cristo.

DOMINGO DE RAMOS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 50:4-9b

Epístola - Filipenses 2:5-11

Evangelio - Mateo 27:11-54

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 50:4-9b, presenta detalles proféticos específicos a medida que describe el sufrimiento del Mesías. Isaías presenta el Mesías como el Siervo que manifiesta una obediencia voluntaria para cumplir la voluntad de Dios. Esta buena voluntad con la cual el Mesías emprende su obra está enfatizada a través de todos estos versículos. La perícopa cierra con referencias a la eventual exaltación del Mesías.

La lectura de la Epístola, Filipenses 2:5-11, es una redacción cuidadosa y precisa de la persona y la obra de Jesucristo. La mayoría de esta sección trata doctrinalmente de la humillación de Cristo y su eventual exaltación, pero toda la sección presenta una exhortación práctica de que la humildad que es evidente en Cristo y que ha logrado tanto para la raza humana debe ser nuestro modelo cuando tratamos los unos con los otros.

La lectura del Evangelio, Mateo 27:11-54, es una extensa explicación de la última porción de la pasión del Señor: Jesús ante Pilatos, su crucifixión y muerte. La buena voluntad de nuestro Señor de sufrir en nuestro lugar pasa por esta sección y ayuda a relacionarla con las otras lecturas del día. Dos observaciones acerca de esta lectura. Primero, con las nuevas lecturas para este día, el tema básico del día ha sido alterado. Podríamos llamarlo el domingo de “La pasión” en vez del Domingo de Ramos, si seguimos las ideas principales de los textos. Segundo, aunque las referencias a la humildad y la obediencia voluntaria del Señor se pueden extraer del Evangelio a fin de que sirvan como versículos de apoyo para un sermón basado en la Epístola, la lectura del Evangelio debe dividirse, especialmente respecto a su uso homilético. (¡Parece extraño que un texto tan extenso, con tantas ideas importantes, se use para el Evangelio de un solo domingo!)

La relación común entre estas lecturas es la obra vicaria del Mesías, especialmente respecto a la humildad demostrada, la manera voluntaria en que fue emprendida y la obediencia que mostró.

Filipenses

Pablo estaba prisionero cuando escribió este texto. Y sin embargo, esta carta es un

excelente ejemplo del gozo cristiano en su mejor y más pleno sentido. De hecho, como muchos comentaristas han notado, esta epístola rebosa de gozo. Como un hijo redimido de Dios, el apóstol expresa un gozo que nada en este mundo podría quitarle, un gozo que resplandece aun cuando se enfrenta a la adversidad. Éste es el gozo supremo que viene de saber que el Salvador perdona todos los pecados. En esta epístola hay casi veinte referencias al gozo y regocijo, cada una le da más peso al tema obvio de Pablo, “¡Regocijense!”

El tono alegre y positivo de esta carta refleja el amor especial que Pablo sentía por los filipenses. El mismo Pablo había fundado la iglesia (Hechos 16), trabajó allí, y disfrutó del privilegio de ver cómo su trabajo producía fruto para el Señor. Sin duda, los filipenses también sentían gran estima por Pablo. Esto es evidente por los regalos especiales que le enviaron y por enviarle a Epafrodito, quien sirvió a Pablo y ahora iba a llevar esta carta a Filipos. Aunque Pablo demuestra una preocupación sobre asuntos que requieren atención y mejoramiento dentro de la congregación, es obvio que Pablo está más interesado en animarlos y en advertirles que en regañarlos con severidad. Por lo general, estas personas estaban haciendo un esfuerzo consciente de llevar sus vidas para Cristo. Note la diferencia en el tono y la presentación cuando comparamos esta carta, por ejemplo, con la carta a los Gálatas.

El texto - Filipenses 2:5-11

El texto mismo está escrito en forma poética, utilizando el paralelismo de frases y cláusulas. Es posible, como afirman algunos, que Pablo está citando un himno o una porción de la liturgia que se estaba usando en Filipos. De todos modos, esta sección contiene importantes y profundas declaraciones teológicas acerca de la persona de Jesucristo y trata con lo esencial de su obra como nuestro Salvador.

La *Fórmula de Concordia* (parte VIII, De la Persona de Cristo) trata exhaustivamente los asuntos doctrinales que están en juego en estos versículos. El contenido doctrinal de estos versículos representa el verdadero centro de la perícopa. A excepción de una sola exhortación en el versículo 5, todo el texto es muy formal. Pablo dice:

v. 5 - Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.

La primera palabra griega de esta oración, *τοῦτο*, se refiere al concepto anteriormente mencionado *ἡ ταπεινοφροσύνη*, en el versículo 3. Los filipenses deben estar dedicados a desarrollar y mantener una humildad igual a la de Cristo. La humildad perfecta de Jesús debe ser su modelo. Note que *φρονεῖτε* es el único verbo de exhortación en esta sección. Todo el modelo de humildad, de servicio y de obediencia que se expone está relacionado con la exhortación inicial.

v. 6 - El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.

Jesucristo tuvo la forma de Dios. La palabra griega μορφή no significa “naturaleza” sino “forma” o “aparición exterior”. ¿Pero qué es exactamente μορφή θεοῦ? El Señor Jesús manifestó su divinidad cuando alimentó a las multitudes, sanó a los ciegos y a los sordos, resucitó a los muertos y predicó el evangelio con una autoridad divina. Podía leer y juzgar los pensamientos de los hombres. Profetizó su muerte, resurrección y regreso en el día del juicio.

No obstante, Pablo nos dice que Jesucristo, aunque era en forma de Dios, no consideró ser igual a Dios “como cosa a que aferrarse” (ἀρπαγμόν). No estableció un trono terrenal ni se glorificó a sí mismo durante su ministerio. El título con el cual se refería a sí mismo era “el Hijo del hombre”.

v. 7 - Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.

Lejos de procurar maneras de glorificarse a sí mismo, Jesús “se despojó a sí mismo” literalmente “se vació” (ἐκένωσεν) a sí mismo. Hizo a un lado sus prerrogativas divinas. Aunque sus obras eran divinas en forma y apariencia, las usó, no para ejercer señorío sobre los hombres sino para servir. El tomó “forma” (μορφή — no “naturaleza”) de un siervo, “semejante a los hombres”. Su apariencia reflejó su verdadera humanidad, mientras sus obras de servicio reflejaron su amor y misericordia divinos. Vino para ser nuestro sustituto perfecto, que llevaría los pecados y moriría en nuestro lugar sobre una cruz.

v. 8 - Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

La verdadera humanidad de Cristo nunca fue más obvia que en su muerte. La profundidad de la humillación de Cristo se ve particularmente en su modo de morir, el cual Pablo sin duda alguna quiere enfatizar aquí (θανάτου, θανάτου δὲ σταυροῦ). La muerte por crucifixión fue reconocida como la muerte más vergonzosa, digna únicamente para los más viles, los esclavos.

En este versículo, una vez más estamos frente a frente con el más grande de los misterios, que está mucho más allá de la comprensión humana. Nuestro Señor es el Dios hombre. En su amor para con nosotros los pecadores el Dios-hombre murió — no sólo cualquier muerte, sino la más vergonzosa de todas las muertes; y no por sus propios pecados, puesto que no tenía ninguno, sino por los nuestros. Cuando tratamos de entender estos misterios y hacerlos más razonables, invariablemente añadimos o quitamos algo de lo que la palabra realmente dice. La doctrina de la Trinidad, de la encarnación, y de la expiación vicaria son artículos de fe.

v. 9 - Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre

todo nombre.

En este versículo escuchamos la aprobación del Padre de la obra redentora que su Hijo emprendió para todos los pecadores. Jesús sufrió todo, incluyendo la muerte de la cruz, y recibió la aprobación total de su Padre para esa obra culminada.

Este sello de aprobación incluye dar al Salvador victorioso el nombre que está sobre todo nombre — no sólo “un” nombre, sino “el” nombre, el cual incluye toda la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en el Evangelio de su Hijo. Jesucristo es el nombre sobre todos los nombres, porque es el único nombre “en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

v. 10 - Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra.

¿Quiénes son aquellos que están en la tierra, encima de ella, y debajo de ella? La explicación más plausible es que los que están encima de la tierra son los ángeles y los santos en el cielo. Los que están en la tierra son los seres humanos. Los que están debajo de la tierra son los demonios y las almas condenadas al infierno. Estos tres grupos representan a todos los seres creados.

Y en aquel tiempo, se doblará toda rodilla ante Jesucristo. Aun los que eran sus enemigos, los incrédulos y los demonios, reconocerán, como en verdad tendrán que hacerlo, que Jesucristo es Señor sobre todos, el que posee “el nombre sobre todos los nombres”.

v. 11 - Y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Pablo sugiere una fórmula confesional gloriosa, “Jesucristo es el Señor”. El orden de las palabras griegas pone el énfasis sobre el κύριος. Llegando al final de su exposición sobre la naturaleza, persona y obra de Jesús, el significado de la palabra “Señor” es especialmente rica. Significa que el Hijo eterno, ahora encarnado, y habiendo sido exaltado según su naturaleza humana, recibirá el pleno reconocimiento y el honor que merece como el Señor de todo.

Para todos los creyentes será en verdad una confesión gloriosa, una alabanza apropiada para su Salvador. Para aquellos que rechazaron a Jesús, solamente les traerá terror. Y esta confesión final de Jesús como Señor de todos redundará en la gloria de nuestro Padre celestial, el cual amó a los pecadores lo suficiente como para enviar a su Hijo para salvarnos.

Sugerencias homiléticas

Desde una perspectiva homilética, hacemos bien en poner énfasis en la exhortación inicial del versículo 5 (φρονεῖτε). La humildad de Jesús debe ser nuestro modelo. Su

humildad fue genuina. Estaba dispuesto a pasar por el sufrimiento y aun la muerte — y aún la muerte de cruz — para redimirnos a nosotros, pecadores indignos. En el versículo 5 el apóstol nos exhorta a seguir ese modelo, y en los versículos subsiguientes nos ayuda a ver tanto el alcance como los resultados de su humildad. La obra del Señor, incluyendo su humillación, tuvo un final glorioso, para él y para nosotros. Para él, terminó con su exaltación y su victoria como Salvador y como Señor. Para nosotros, terminó en nuestro perdón y nuestra salvación. Un esquema que refleja este énfasis sobre la humildad sería:

Sigan el modelo de humildad de Dios (o, el modelo de servicio humilde)

1. Un modelo que Jesús estableció (v. 6-11)
2. Un modelo que se refleja en nosotros (v. 5)

La primera parte incluiría los siguientes pensamientos prominentes de los versículos 6-11: la buena voluntad de Jesús de cumplir la obra de redimirnos, incluyendo su humillación (especialmente su muerte vergonzosa en la cruz), su obediencia, su genuina falta de interés propio en esa obra. Aquí tenemos una excelente oportunidad para presentar el evangelio con toda su dulzura. Una referencia útil se puede hacer de los detalles de la historia de la pasión como se presentan en la lectura del evangelio para hoy. También sería bueno incluir la eventual exaltación del Señor al final de esta primera parte, enfatizando el final glorioso que siguió después del sufrimiento y muerte humilde de nuestro Señor (vv. 9-11).

La segunda parte desarrollaría la exhortación de Pablo a la humildad y su aplicación a nuestras vidas. El servicio cristiano no debe hacerse para glorificarse uno mismo ni debe hacerse por interés. Al contrario, está diseñado para reflejar el amor desinteresado del Señor.

Este tipo de servicio, por supuesto, es contrario a nuestra naturaleza humana. Va en contra de la voluntad, las opiniones y la sabiduría del mundo que nos rodea. El mundo incluso considera el desinterés genuino como una gran tontería. En Jesús encontramos tanto el modelo para el servicio desinteresado como la razón para seguir ese modelo. La razón se encuentra en la salvación que él ha provisto para cada uno de nosotros. Y estamos contentos de tener la oportunidad para agradecer al Salvador todo lo que hizo por nosotros. Como Lutero y muchos otros han dicho, podemos ser “pequeños Cristos” los unos a los otros, sirviéndonos y ayudándonos los unos a los otros en un espíritu de gratitud al Salvador, quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

Otra manera de presentar este texto con las mismas divisiones, pero poniendo énfasis en las ventajas del servicio humilde es:

La verdadera humildad logra mucho

1. En el caso de Jesús, logró nuestra salvación (vv. 6-11)
2. En nuestro caso, sirve al prójimo (v. 5)

U otra variación:

La verdadera humildad sirve a los demás

1. Jesús nos sirvió a nosotros (vv. 6-11)
2. Sirvámonos los unos a los otros (v. 5)

VIERNES SANTO

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Isaías 52:13–53:12

Epístola—Hebreos 4:14–16, 5:7–9

Evangelio—Juan 19:17–30

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 52:13 – 53:12, describe al Siervo de Dios que sufre, el Cordero sin mancha ni arruga, que da su vida en rescate por todos. Tiene éxito, ve el resultado y queda satisfecho con lo que ha logrado.

La Epístola, Hebreos 4:14–16; 5:7–9, revela a Jesús como nuestro gran Sumo Sacerdote, que puede comprender nuestras debilidades. También lo vemos con su obediencia compensando por nuestra desobediencia, llegando a ser la causa de nuestra salvación.

El Evangelio, Juan 19:17-30, nos presenta el sacrificio que Jesús hizo como nuestro Sumo Sacerdote, su sacrificio en la cruz. “Consumado es”, dijo Jesús. La obra de proporcionar nuestra salvación fue completa; podemos poner toda nuestra confianza en ella.

Hebreos

Ya en Hebreos 1:1 Dios anuncia que la revelación, que dio en muchas ocasiones y en varias formas, fue más que apropiada para los creyentes del Antiguo Testamento. Fue suficiente para inspirar la fe en las promesas de Dios. Pero ahora esas promesas se han cumplido en Cristo, como el Nuevo Testamento lo revela.

Aunque muchas de las ceremonias del Antiguo Testamento eran grandiosas, y el templo magnífico, y los sacerdotes que administraban esas cosas tenían una apariencia imponente, la repetición constante de las ceremonias era prueba de que por ellos mismos no podían quitar el pecado. Esos sacrificios eran como un árbol que echa brotes y florece, pero no lleva fruto.

Pero ahora tenían el fruto en Cristo y en su sacrificio perfecto. ¿Por qué tirar todo y volver a un árbol que, debido a su naturaleza representativa, nunca llegaría al punto de llevar fruto? Puesto que ni el botón ni las flores satisfacen el hambre, ¿por qué volver a esos sacrificios infructuosos?

La Carta a los Hebreos no estaba diseñada para menospreciar lo que gozaban los creyentes del Antiguo Testamento. Fue necesario que vieran en las ofrendas diarias del

templo la imagen del sacrificio expiatorio del Señor, que quitaría la culpa de sus pecados diarios. La fe que tenían los del Antiguo Testamento demostró ser válida cuando se cumplió en el Nuevo. Así, el escritor a los Hebreos les dice: “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (He 12:1-2).

El texto - Hebreos 4:14–16; 5:7–9

El escritor a los Hebreos (posiblemente Apolos) acababa de hablar acerca del descanso sabático que Dios prometió a su pueblo del Antiguo Testamento. Debía ser un descanso que sería eterno, a pesar de que el hombre no lo había ganado con su trabajo.

v. 14— Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.

¡Tenemos un gran Sumo Sacerdote! Es nuestra posesión ahora — no es alguien a quien todavía tenemos que esperar. ¡Y qué perfecto Sumo Sacerdote es; ha traspasado los cielos!

La cortina que separaba el lugar santo del lugar santísimo en el templo separaba al pueblo de la presencia de Dios. El sumo sacerdote, una vez al año, pasaba por esa cortina para llegar a la presencia de Dios. Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, traspasó los cielos que, como una cortina, nos separó de la presencia de Dios. Pero Jesús traspasó esa cortina; entró en el cielo para representarnos en la presencia de Dios.

Es apropiado que se le llame “Jesús”, que quiere decir “Dios Salvador”. También se describe aquí como el “Hijo de Dios”. Esos nombres revelan por qué todo lo que hizo por nosotros puede ser tan efectivo. El Hijo del hombre es el Hijo de Dios.

Puesto que todo esto es así, aferrémonos a nuestra confesión de fe en él. Pronunciemos las mismas palabras, las palabras que Dios nos enseñó, confesando que Jesús estaba actuando como nuestro Sumo Sacerdote al traspasar los cielos.

v. 15— Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

En marcado contraste con lo que tenemos, aquí está lo que no tenemos. No tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nosotros en nuestras debilidades.

Su identificación con nosotros resulta de la tentación que tuvo, como nosotros, cuando estaba en la tierra. Las tentaciones de Satanás ponían a prueba a Jesús todo el tiempo, en la misma línea de fuego donde nosotros constantemente enfrentamos la tentación. Sus tentaciones eran como las nuestras, puesto que se había hecho hombre como nosotros. Sin embargo había una diferencia vital. ¡Él fue absolutamente sin pecado! Cómo no tenía pecado, pudo compensar nuestras debilidades y quitar nuestros pecados como nuestro

sustituto perfecto.

v. 16— Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Puesto que Jesús nos ha precedido, nosotros también podemos ir ante la santa presencia de Dios. Y una vez que estemos allí, por causa de Jesús podemos pedir por nosotros delante de su trono. Dios ha llegado a ser nuestro Padre.

Un trono normalmente nos recuerda el poder de un rey, su derecho para juzgarnos. Pero el trono de Dios, como se nos ilustra aquí, es un trono de gracia debido al amor inmerecido de Dios para con nosotros. Podemos presentarnos ante su trono esperando recibir un socorro oportuno en todas nuestras necesidades terrenales.

v. 5:7— Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.

Igual como usted y yo, nuestro Sumo Sacerdote mientras estaba visiblemente presente en la tierra presentó sus oraciones a su Padre celestial. Fue otra parte de su humillación voluntaria el que, como nosotros, él dirigiría oraciones a su Padre celestial.

La oración más grande de Jesús fue la que ofreció a su Padre, pidiéndole que lo salvara de la muerte. Esta oración teñida de lágrimas y sangre, la hizo en voz tan alta que sus discípulos la oyeron, y su Padre celestial la escuchó y la respondió.

Con reverencia Jesús se sometió a la voluntad de su Padre. Porque la voluntad de Jesús no era una ambición egoísta, sino una obediencia desinteresada para hacer la voluntad de su Padre. ¡La oración de Jesús fue escuchada porque se sometió a la voluntad de su Padre!

vv. 8, 9— Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.

Aunque Jesús fue un hijo, el Hijo de Dios por derecho divino, no hizo uso constante de todas sus prerrogativas divinas. Más bien, Jesús, como cualquier hombre ordinario, aprendió la obediencia sometiéndose a la voluntad de su Padre. ¡Y con cuántos resultados benditos para nosotros, los hijos y las hijas de Dios!

“Y habiendo sido perfeccionado” no se refiere a la perfección moral, sino al cumplimiento exitoso de su misión salvadora.

Nuestra salvación no habría sido completa si Jesús no la hubiera perfeccionado con su obediencia hasta la muerte. Guardando activamente todos los mandamientos de Dios a la perfección y pasivamente someterse a la voluntad de su Padre, muriendo por nosotros, se

hizo la fuente de salvación para todos.

El escritor dice que esa salvación se realizará sólo en aquellos que obedecen a Jesús. La obediencia que se menciona aquí es la fe en el evangelio. Es creer lo que dice Dios, confiar en la salvación que Dios nos ha provisto en nuestro gran Sumo Sacerdote.

Y así, por medio de Jesucristo y en virtud del hecho de que él ha traspasado la cortina a la presencia de Dios en nuestro beneficio, tenemos nuestra ayuda y salvación.

Tenemos ayuda, ahora mismo, de un Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nuestra debilidad, porque se ha hecho uno con nosotros. Tenemos vida eterna de Dios nuestro Salvador, que se hizo nuestro Sumo Sacerdote para ofrecer el sacrificio perfecto por los pecados del mundo.

Sugerencias homiléticas

Al esperar la Pascua, nuestro tema para el día podría ser:

Misión cumplida

1. El cielo está abierto para nuestras oraciones (vv. 14–16)
2. El cielo está abierto para que nos acerquemos (vv. 7–9)

O, teniendo presente a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote, un tema podría ser:

Tenemos un Sumo Sacerdote

1. Que puede compadecerse de nuestras debilidades (vv. 14–16)
2. Que puede apoyarnos con su fortaleza (vv. 7–9)

O, lo siguiente:

Miren a Jesús, el perfeccionador de nuestra fe

1. Para socorro oportuno (vv. 14–16)
2. Para salvación eterna (vv. 7–9)

LA PASCUA - LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 10:34-43

Epístola - Colosenses 3:1-4

Evangelio - Mateo 28:1-10

El año eclesiástico

La lectura del libro de Hechos 10:34-43 normalmente sería la lectura del Antiguo Testamento. Pedro está hablando y da un breve resumen del plan divino de salvación. Comienza con el bautismo de Jesús (v. 38), menciona su ministerio (v. 38) y sigue con su sufrimiento, muerte y resurrección (vv. 39,40). También relata las apariciones subsiguientes de Jesús a sus discípulos y su mandato de predicar a “todas las naciones”. Como Pedro llegó a comprender, Dios quiso salvar tanto al judío como al gentil. Esto fue especialmente importante aquí porque Pedro está hablando a la familia de Cornelio. Ellos eran gentiles. El mensaje tiene su punto central en las últimas palabras de la lectura. El tremendo esfuerzo de Dios tanto para el judío como para el gentil fue “que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.”

La Epístola para este domingo, Colosenses 3:1-4, presenta la vida cristiana la cual viene como resultado de la resurrección de Jesús. Habla de las cosas de arriba. Nos invita a reflexionar sobre estas cosas. Señala nuestra muerte con Jesús y luego nuestra resurrección y gloria venidera.

La lectura del Evangelio, Mateo 28:1-10, nos habla de la historia familiar de la Pascua. Las palabras hablan de temor. Hubo un temor mortal en los guardias. Ellos “se quedaron como muertos”. Las mujeres sintieron miedo también. Salieron del sepulcro “con temor y gran gozo”. En medio de todo este temor el ángel habló a todos los que creerían: “No temáis”.

La razón por la cual las personas pueden abandonar el miedo es porque el sepulcro de Jesús está vacío. Él ha quitado el motivo de todo ese temor — la muerte. Jesús ha vencido la muerte. Y el ángel nos dice a todos nosotros: “Id pronto y decid a sus discípulos”.

En todas estas lecturas vemos el milagro de la resurrección. Pedro en Hechos muestra el milagro de Dios de salvar tanto al judío como al gentil por medio de la resurrección del Hijo. Y la lectura del Evangelio habla del milagro de Dios de borrar el temor de la

muerte de los corazones y las mentes de sus creyentes.

Hechos

Hechos es la historia de la iglesia cristiana primitiva. No tendríamos ninguna historia si no hubiera habido una resurrección.

Este libro comienza con una nueva era en la Biblia y en la historia del mundo — con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. El Antiguo Testamento fue la época de las profecías. Durante el tiempo de los Evangelios Jesús caminó visiblemente por el camino polvoriento de la salvación desde Belén hasta Gólgota y luego al monte de la ascensión. En ese monte animó a sus discípulos que volvieran a Jerusalén y esperaran la venida del Espíritu Santo.

Es apropiado que Hechos sea la base para nuestras lecturas después de la Pascua. Es la historia de unos discípulos temerosos, escondidos, a quienes la Pascua y la resurrección transformó en hombres que no podían dejar de hablar sobre las cosas que habían oído y visto.

El texto - Colosenses 3:1-4

Gran parte de Colosenses capítulo 2 se trata de algunas reglas que otras personas trataban de imponer a los cristianos en Colosas. Pablo habla en contra de las filosofías y la sabiduría de los hombres. Destaca que un regreso forzado a las leyes del Antiguo Testamento sería erróneo. Resume todas sus advertencias en el versículo 22: “Cosas que todas se destruyen con el uso”.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la vida cristiana está libre de leyes y normas. En el capítulo tres (nuestro texto) Pablo comienza a destacar las reglas de vida que Dios ha dado a su pueblo como una guía.

Estas reglas encuentran su fundamento y propósito en el hecho de la resurrección. Demuestran la gran diferencia que la resurrección hace en nuestra vida cotidiana. Sirven para dirigir nuestro pensamiento a medida que nos acercamos, día a día, a nuestra propia resurrección.

v. 1 - Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo” son palabras que se refieren a nuestra conversión. Estábamos muertos en transgresiones y pecados, y ahora estamos vivos en Cristo. Hemos sido resucitados a la vida. Los corazones que antes eran fríos y estaban muertos ahora se preocupan por el bienestar del prójimo. Las vidas incapaces de hacer

cualquier bien ahora quieren hacer lo que agrada a Dios.

La palabra griega συνηγήθητε está en el tiempo aoristo. Es un hecho consumado. Somos creyentes cristianos, “habiendo resucitado” a una nueva vida espiritual. Al mismo tiempo, el aoristo puede mirar el futuro. El aoristo también se usa para un acontecimiento futuro que con toda seguridad ocurrirá. Es como si ya hubiera pasado. Nuestra resurrección es segura. Si Dios ya ha tocado nuestros espíritus y nuestras almas y nos ha dado vida en Cristo, ¿acaso no podrá también tocar nuestros cuerpos y darles vida?

El griego τὰ ἄνω ζητεῖτε está traducido como “buscad las cosas de arriba”. Note que τὰ ἄνω está en la posición de énfasis en esta oración: “Las cosas...arriba”. El Salmista dice: “El que levanta mi cabeza”. Debemos levantar nuestra cabeza y pensar en las cosas que están por encima de los pecados y las penas de este mundo. Dios quiere tomarnos por la mano y decirnos: “Venid, subid hasta aquí”. No quiere que nos arrastremos hasta allí, sino quiere levantarnos en nuestros pensamientos para que remontemos el vuelo hacia lo alto sobre las alas de un águila.

No nos dice aquí específicamente cuáles son las “cosas de arriba”. Filipenses 4:8 nos ayuda a entender: “Por lo demás hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”.

ζητεῖτε está en el imperativo presente. Nos anima a seguir pensando en estas cosas sublimes. La Pascua no termina con un solo culto el Domingo de la Pascua. Es algo que sigue (y que sigue con nosotros) durante todo el año.

Las “cosas de arriba” están “donde Cristo está sentado a la diestra de Dios”. ¿Qué es lo que inspira estas cosas?

Jesús es llamado el “Cristo”, el “Ungido”. A causa de nuestro bautismo, nosotros también somos los escogidos. Nos anima a pensar en nuestra nueva vida en Cristo.

Jesús también reina a la diestra de su Padre. Él tiene “todo poder y toda gloria y todo honor”. Estamos ante el Rey. Nuestro Dios tiene poder sobre la depresión, nuestra desesperación y nuestra muerte. Saber esto es suficiente para levantar nuestros espíritus.

La diestra de Dios es un lugar de honor, de poder, de fortaleza y de actividad. Como Lutero dijo: “La diestra de Dios está en todas partes”. Jesús está “a la diestra de Dios”. Allí intercede por nosotros. Y su resurrección es prueba de que su intercesión por nosotros es eficaz. Así, nuestros pensamientos se animan con la certeza de nuestra salvación.

v. 2 - Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

“Poned la mira” (φρονεῖτε) es el imperativo presente. La palabra significa “pensar”, “formar una opinión”, “poner la mente en algo”.

Un mundo que enloquece por las “cosas” necesita escuchar este versículo. A esta enfermedad por las cosas la llamamos materialismo. ¿Quién de nosotros no ha sido afligido por esta enfermedad, que siempre desea más y más de lo que este mundo ofrece? Hay tantas cosas que nos llaman la atención. Pero el consejo y el mandato de Dios es: “Poned la mira en las cosas de arriba”.

El Apóstol Pablo pone el ejemplo: “Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto”. Somos herederos de riquezas eternas y de un hogar celestial. En las palabras del himno:

Aquí confinado al cuerpo,
Ausente de él, vago por el mundo;
Todas las noches levanto mi carpa,
Un día más cerca al hogar.

v. 3 - Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

“Porque habéis muerto” es otra vez el tiempo aoristo. Hemos experimentado la muerte. Hemos muerto a las cosas de este mundo. Somos cadáveres respecto al poder o habilidad del diablo de alcanzarnos. Jesús murió. La deuda está cancelada. Estamos muertos a cualquier amenaza o demanda que se nos hace a causa de nuestros pecados. Estuvimos con Jesús en su muerte. Él murió nuestra muerte. Dios está satisfecho. El pago ha sido aceptado. “¿Quién nos condena? Cristo es el que murió; más que eso, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34).

El griego κέκρυπται está en el tiempo perfecto. Hemos sido “escondidos”, “guardados” entre los escogidos de Dios. El diablo no nos puede encontrar. Estamos escondidos, no puede vernos, estamos más allá de su alcance.

v. 4 - Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

Esto habla de la resurrección venidera. Cuando Jesús vuelva en el día de juicio, aparecerá en toda su gloria. Nos llamará por nuestros propios nombres para que salgamos de nuestra tumba.

Cristo es nuestra vida. Sin él estamos muertos. Con él estamos vivos. “Porque en él vivimos, y nos movemos y somos” (Hechos 17:28).

La Pascua es algo que todos nosotros vamos a ver. Ya la hemos experimentado

parcialmente en nuestra conversión. Veremos qué sucederá en nuestro cuerpo y en el de los creyentes que nos rodean. La *veremos*. Ésa fue la fe y la esperanza de Job. “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:25-27).

¡Qué gloria tendremos cuando la Pascua final rompa el alba! Pensemos en la gloria que será nuestra en una plenitud perfecta tanto física como espiritual. Dios nos reivindicará como sus hijos y herederos, y reinaremos con él. Esto es lo que esperamos como cristianos. Esto es lo que nos anima a seguir, a correr nuestra carrera con gozo. Esto es lo que nos anima a unir nuestras voces con el apóstol Pablo y decir: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom. 8:18).

Sugerencias homiléticas

En este texto no tenemos el relato histórico de la resurrección que encontramos en los evangelios. En su lugar tenemos la aplicación práctica de la resurrección a la vida del pueblo de Dios.

El siguiente esquema presenta los pensamientos del texto:

La gran búsqueda en el día de Pascua

1. Es una búsqueda por las cosas de arriba (vv. 2,3)
2. En una búsqueda por la vida (vv. 3,4)

El tema trata de incorporar una costumbre familiar y social dentro del esquema del sermón...es decir, la búsqueda de los huevos de la Pascua. La palabra ζητέω realmente significa “buscar” o “cazar” algo, así que no estaríamos forzando el texto con esta idea de la caza. Esto es, de hecho, lo que Dios quiere que hagamos, que busquemos las cosas de arriba.

La primera parte incluye la invitación para ver hacia arriba. La advertencia es apropiada para evitar las distracciones del materialismo. El mundo nos bombardea con sus propios avisos. Dios quiere que pensemos en “las cosas de arriba”.

La segunda parte nos invita a repetir las palabras del ángel: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” (Lucas 24:5) La vida santa consiste en la paciencia, el contentamiento y la confianza en las promesas de Dios. Romanos 8:18 sugiere una palabra final de ánimo para seguir adelante con nuestras vidas cristianas.

Otra manera de presentar este texto sería:

Jesús vive

1. Es un hecho histórico
2. Es un hecho que nos ayuda a vivir en el presente (vv. 1-3)
3. Es un hecho que asegura nuestra vida en el futuro (v. 4)

Un esquema que se extiende un poco más allá de las ideas del texto sería:

La Pascua es eficaz

1. Nos ayuda a seguir adelante (v. 2)
2. Nos invita a mirar arriba (vv. 1,2)
3. Nos da esperanza (vv. 3,4)

La primera parte desarrollaría el pensamiento de que el Señor no quiere que estemos malgastando nuestro tiempo delante de una tumba vacía. Hay cosas por hacer y tenemos que llevar una vida. El texto, como dijimos anteriormente, es una aplicación de la resurrección. Es una llamada a la actividad cristiana. El versículo 2, especialmente, podría usarse para ampliar este pensamiento.

La segunda parte llamaría especialmente la atención a la experiencia de la Pascua que hace que levantemos nuestro espíritu y nuestra mirada. El Señor hizo grandes esfuerzos por elevar el espíritu de los enlutados en aquella primera Pascua. Se apareció a muchos de ellos. Vino con un mensaje de paz y de gozo. El día de la Ascensión el Señor se iría entre las nubes con la promesa de volver de igual manera. Así que, ¿cómo podemos hacer otra cosa sino mirar arriba para encontrar en él nuestra fuente de consuelo y de fortaleza?

La tercera parte trataría especialmente de la vida eterna y de la gloria venidera, recordándonos que Cristo volverá para llevarnos con él a ese lugar que ha preparado para nosotros.

Otra manera de plantear este texto sería:

Una resolución pascual

1. Decir no a las cosas mundanas
2. Decir sí a las cosas de arriba

SEGUNDO DOMINGO DE LA PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 2:42-47

Epístola - 1 Pedro 1:3-9

Evangelio - Juan 20:19-31

El año eclesiástico

Las lecturas en la estación de la Pascua se apartan del Antiguo Testamento al libro de los Hechos de los Apóstoles en el Nuevo Testamento. Hechos 2:42-47 muestra la devoción de los miembros de la iglesia primitiva por su Dios y los unos a los otros. El Señor bendijo sus esfuerzos “añadiendo cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

En la Epístola, 1 Pedro 1:3-9, el escritor sagrado repetidas veces usa las palabras “fe” y “esperanza”. Aunque no hemos visto ni a Cristo ni el cielo, tenemos una “esperanza viva” en el Salvador y en la salvación que aun ahora es nuestra por medio de nuestra fe en él. Es una esperanza que mantiene viva nuestra fe aunque seamos “afligidos en diversas pruebas”.

La lectura del Evangelio de Juan 20:19-31 es la aparición del Salvador en el día de la Pascua a diez de sus discípulos y ocho días después a los once. Las dos veces los saludó usando la palabra “Shalom”, “paz” en la esperanza de la resurrección la cual Dios nos regala. Y esa esperanza está fundada directamente en la resurrección de Cristo.

Tanto la lectura de la Epístola como la del Evangelio nos presentan el objeto de nuestra esperanza: el Señor resucitado. Por medio de la fe en aquel que así ha demostrado que es nuestro Señor y nuestro Dios, podemos mirar más allá de las angustias de esta vida a las glorias de la vida venidera. Podemos descubrir en esta lectura de Hechos cómo esos primeros cristianos vivieron de esa esperanza diariamente, como nosotros también deberíamos hacerlo.

Primera Epístola de San Pedro

Simón Pedro dirige su primera carta a los cristianos que eran “expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”. Esta lista incluye algunas provincias donde Pablo primero había evangelizado. De hecho, Pedro escribió esta carta con la ayuda de “Silvano, a quien tengo por hermano fiel”, un misionero que acompañaba a Pablo (5:12).

Se acepta generalmente que Pedro escribió esta carta en 62-65 d.C. No se sabe dónde la

escribió. En 5:12, Pedro envía saludos de “la iglesia que está en Babilonia”.

Muchos especialistas en temas bíblicos proponen la idea de que “Babilonia” es el nombre simbólico para Roma. La teoría es que Pedro había llegado a Roma poco después de que Pablo saliera de la cárcel, después de su primer encarcelamiento. El apóstol a los gentiles navegó a España justo cuando comenzó la persecución de Nerón de los cristianos. Pedro, por lo tanto, fue testigo de la ola de persecución que provenía de la Roma de Nerón en dirección a Asia Menor. El Espíritu luego motivó a Pedro a que enviara esta carta de ánimo a los cristianos de esa área, tal vez con el conocimiento y la bendición de Pablo. Es una teoría convincente, de acuerdo con lo que la tradición nos ha informado respecto a la obra de Pedro en Roma y su crucifixión allí.

El lugar donde se encontraba Pedro al momento de escribir esta carta no es tan importante como los temas que trata. Parecería que las pruebas sobre las cuales Pedro escribe todavía no habían tomado forma de una persecución física en Asia Menor sino que por el momento consistían en hostigamientos. Y la vida para estos cristianos, que eran “ajenos al mundo” no sería más fácil en el futuro. Vivir y trabajar entre los incrédulos hostiles de hoy tampoco es nada fácil. Por lo tanto, Pedro coloca delante de ellos y de nosotros la ESPERANZA: en Cristo, en nuestra elección y en nuestra salvación final — “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible”. Como cristianos podemos esperar nuestro futuro con confianza únicamente a causa de los acontecimientos de la madrugada de la Pascua, porque confiamos en ellos como garantía de nuestra resurrección.

El texto - 1 Pedro 1:3-9

En las primeras palabras de su carta, Pedro habla dos veces de la elección de los hijos de Dios desde toda la eternidad. Dios ha escogido a cada uno de nosotros para ser suyo. El Espíritu Santo nos da confianza por medio de la fe en estas promesas de Dios. Aunque nuestra fe nos convierte en “expatriados del mundo”, no obstante tenemos “gracia y paz...en abundancia”, conociendo el amor del Padre que nos escogió, el Espíritu quien nos santifica y el Hijo quien murió en nuestro lugar. Conscientes de la magnitud del amor de Dios por nosotros, a Pedro le gustaría que pasáramos menos tiempo examinando las grandes olas de las aflicciones que nos rodean y que pasáramos más tiempo poniendo nuestra fe en aquel que no sólo caminó sobre el agua sino que venció al mundo entero un domingo muy temprano.

vv. 3-5 - Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

“En su grande misericordia...”. Por esa razón alabamos al Señor. De su pura bondad y misericordia nos dio vida y esperanza, y no fue porque lo hubiéramos ganado o merecido. El Padre envió a su unigénito Hijo para morir por nuestros pecados y luego lo resucitó para que nosotros pudiéramos tener la garantía de una herencia eterna. Por medio de la resurrección de Cristo, Dios “nos hizo renacer” (ἀναγεννάω). Pedro nos da más detalles cuando en 3:21 nos dice que este “renacimiento” es el resultado del “bautismo que ahora nos salva... por la resurrección de Jesucristo”. La Pascua es la que da esta seguridad a nuestro bautismo y significado a nuestra fe.

Habiendo sido traídos a la fe; somos diferentes de lo que éramos antes. Hemos sido renacidos y restaurados a la imagen de Dios (Ef. 4:22ss). Nuestro viejo Adán debe sentarse atrás. El hombre nuevo va a conducir de ahora en adelante — con la ayuda de un instructor de conducción de toda la vida conocido como el Espíritu Santo. Y aunque el viejo Adán está allí mismo, detrás de nosotros, “por medio de la fe” somos “guardados por el poder de Dios” (φρουρέω = proteger con una guardia militar). El viejo Adán está en el asiento trasero pero sigue tratando de tomar el volante, no obstante nuestra fe es la reja de metal que está entre los dos asientos, como en los carros de policías, impidiendo que él tome el control. Y es el poder de Dios, a través de los medios de gracia, que hace que esa reja sea lo suficientemente fuerte para resistir aún los ataques más salvajes del viejo Adán. ¡Ah!, podrá distraernos con todos sus gritos y hacer que nos desviemos ocasionalmente, pero no puede tomar el control a menos que nosotros mismos bajemos la guardia.

Nuestra “esperanza viva” (ἐλπίδα ζῶσαν) es que Cristo, quien ha vencido el pecado y la muerte, nos ha dado la promesa de la vida eterna. Es verdad, la mayoría de las religiones ofrecen esa misma esperanza a sus seguidores, la esperanza de bendiciones aquí y tal vez aun bendiciones en el más allá. Pero, adquirir estas bendiciones siempre depende de si el individuo las ha ganado o no. Por lo tanto, tal “creyente” nunca puede estar seguro. Su esperanza está teñida. En el día del juicio cada esperanza que no esté fundada en la resurrección de Cristo será una esperanza falsa, una esperanza muerta. De hecho, hay un refrán que dice: “La vida con Cristo es una esperanza sin fin, sin él es un fin sin esperanza”.

En el último día el cristiano recibirá la “herencia (κληρονομία) guardada en el cielo” para él. Los hijos de Israel recibieron la tierra prometida como herencia (Deut. 4:19). Pero ellos la profanaron con su idolatría y la perdieron, sección por sección, por un ejército invasor tras otro. Puesto que hemos sido renacidos como miembros de la familia de Dios, “somos herederos de Dios y coherederos con Cristo”, como el apóstol Pablo lo dice en Romanos 8:17. Así como la herencia viene por derecho de nacimiento, en nuestro caso es por derecho de renacer (Tito 3:5-7). Es algo en lo que puede usted confiar toda la eternidad.

Algunas personas se preocupan de que los impuestos consuman su herencia, que se pierda por la especulación o que no tenga ningún valor para cuando la reciban. Esto no

puede pasar en nuestro caso. Nuestra herencia nunca podrá “corromperse” (de φθείρω, destruir, corromper), “contaminarse” (de μαιίνω, manchar, ensuciar, profanar) o “marchitarse” (de μαραίνω, extinguirse, hacer desaparecer gradualmente). El himno dice: “Mudanza y muerte veo en derredor”. Todo en este mundo pecaminoso cambia, para lo peor. Sin embargo, nuestra herencia es eterna, no está sujeta a los procesos atrofiantes del pecado. Nuestra herencia es algo siempre segura, algo en que siempre podemos esperar. Y es así porque viene del Autor de nuestra esperanza, el que nunca cambia (Heb. 13:8; Sant. 1:17). El Señor nos tiene reservada una herencia en un lugar donde ni el pecado ni el tiempo lo han tocado.

vv. 6,7 - En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo si es necesario, tenéis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.

El ἐν ᾧ al comienzo del versículo 6 probablemente se refiere a todo lo que se mencionó en los versículos 3-5 (ἐν con el dativo transmite la fuente de gozo, como más adelante en el mismo versículo encontramos ἐν con el dativo como la fuente para nuestra angustia). La esperanza de nuestra herencia la tenemos asegurada por medio de la resurrección de Cristo y es una verdadera causa de gran gozo. Pero aunque comprendamos estas razones para gozarnos, también debemos soportar las cosas que nos causan dolor (λυπηθέντες).

Es el Señor quien determina que es necesario que pasemos por estas aflicciones, las cuales Pedro compara con la prueba (πειρασμός) que se usa para saber si el oro es genuino o no (δοκιμάζω significa “probar si es genuino” y no significa “refinado”). Pedro había experimentado la amargura de reprobar esa prueba, pero también conocía la dulzura del perdón de Cristo y la promesa de ayuda en el futuro (Luc. 22:31ss, 62; Juan 21:15ss). Nosotros también tenemos la promesa de Dios de que ninguna prueba será más de lo que podamos resistir (1 Cor. 10:13), porque nuestra fe y nuestra salvación eterna son más valiosas que el oro perecedero (ver v. 18). Y nuestra fe se demuestra como genuina por la manera en que manejemos las pruebas que se nos presentan. El mundo vigila para ver si los cristianos en verdad son diferentes. Por medio de la adversidad la diferencia debe ser más obvia.

Lo que hace que aun la peor tragedia sea soportable es saber que sólo son temporales (ὀλίγον ἄρτι vea 2 Cor. 4:17,18). Cuando un esposo creyente muere, el cristiano puede sentirse abrumado por la angustia, abatido por la tristeza. Lo único que lo ayuda a seguir es la promesa de que volveremos a verlo otra vez. Las promesas de Dios hacen que pasemos por el “fuego”. Así cuando el cristiano pasa por tal pérdida, muestra al mundo su fe como un ejemplo genuino del amor y apoyo de Dios, y la gloria es para el Señor quien lo sostuvo durante la prueba. Esta alabanza sonará con más fuerza, con toda seguridad, cuando el Señor Jesús aparezca y nos resucite, junto con todos los creyentes, de la muerte a la vida que ha ganado para nosotros en su resurrección.

vv. 8,9 - A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.

Sabemos por el Evangelio de Juan, capítulo 20, que Pedro era testigo de cómo el Señor resucitado había borrado todas las dudas de Tomás. Pedro también escuchó que como Tomás y los demás eran bienaventurados por la presencia alentadora de Cristo, aquellos que no verían a Jesús pero creerían en él serían también bienaventurados. Según el escritor a los Hebreos, la receta para la fe tiene muchos de los mismos ingredientes que la esperanza (11:1). Esperamos algo que no hemos visto y que alguien a quien no hemos conocido lo ha prometido. El mundo dice que esto es una necesidad. Nosotros decimos que es un milagro.

Luego, Pedro relaciona un tercer término familiar para los lectores de Primera de Corintios. A la fe y a la esperanza añade el resultado natural, el amor — el amor para aquél quien nos amó primero. Porque es Dios quien nos ha dado la fe, quien nos ha dado una esperanza viva por medio de la muerte redentora y la resurrección segura de su Hijo. La única forma en que podemos responderle es amándolo a él y todos los que él ama. Y este amor rebosa (ἀγαλλιᾶσθε) de un corazón que desborda “gozo inefable y glorioso”. Estábamos a punto de convertirnos en fatalidades eternas cuando Jesús nos salvó del desastre, al costo de su propia vida. ¿Qué podemos decir y hacer para expresar nuestra gratitud? La vida cristiana es “un sacrificio de agradecimiento”.

Aún ahora podemos gozar de los beneficios de este rescate, “obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestra almas”. Como Jesús dijo, aquellos que creen en él “tienen” vida eterna y nunca morirán (Juan 6:47; 11:25). No tenemos que esperar hasta que “dejemos de existir” para adquirir los beneficios del Calvario. Son nuestros ahora mismo. No hay más pagos que se deban hacer por el pecado. El tiempo de pagos se acabó (compare τετέλεσται en Juan 19:30 con τέλος τῆς πίστεως). Tenemos en nuestra “esperanza viva” la seguridad de que la vida es un don de Dios que no se nos quitará. La temida guadaña de la muerte ya no puede tocar ni mi gozo ni mi vida. Su poder ha desaparecido. Sus amenazas son inútiles. Su amo, Satanás, puede ser vencido con una sola palabra: Cristo. Aunque se rió a carcajadas el Viernes Santo pensando que todas las almas ya le pertenecían, la última sonrisa pertenece a Cristo y a sus seguidores — no la risotada maligna de la venganza, sino la sonrisa pura y el gozo de los hijos que son salvos de lo que parecía ser una destrucción inevitable. Es el gozo del Cristo redimido.

Sugerencias homiléticas

El domingo después de la Pascua con frecuencia es uno de los “puntos muertos” en nuestro año eclesial. Puede ser un domingo cuando espere muy poco de la congregación — especialmente en el área de la asistencia — por lo menos en comparación con el domingo anterior. La tentación puede ser, por lo tanto, de esperar muy poco de sí mismo “ya que no va a haber nadie en el culto de todos modos”. ¡No

permita que ese desfaseamiento lo atrape!

Nuestra atención está centrada en la tumba vacía del Cristo resucitado, en quien tenemos una “esperanza viva”. Lutero dijo una vez: “Todo lo que se hace en el mundo se hace con esperanza. Ningún agricultor sembraría ni una sola semilla de trigo si no tuviera la esperanza de que va a germinar y producir fruto...ningún comerciante trabajaría si no esperara prosperar por medio de ello”. Nuestra esperanza es para esta vida y también para la próxima, porque Jesús ha vencido la muerte y aún en este momento está dando a sus hijos la salvación.

En cuanto a estructura, este texto se presta para una triple división:

Nuestra esperanza está en el Salvador viviente: una mina de gozo

1. Gozo en las riquezas de nuestra esperanza viva (vv. 3-5)
2. Gozo en el consuelo de nuestra esperanza viva (vv. 6-7)
3. Gozo en la meta de nuestra esperanza viva (vv. 8-9)

Aquí podemos realzar la idea de “tesoro” en cada sección por medio de los términos de “herencia” (v.4), “oro” (v.7) y “glorioso” (v.8).

Con respecto al tema, se pueden desarrollar dos puntos:

El cristiano tiene una razón para anhelar el futuro

1. Anhelamos las bendiciones que la Pascua ha producido (vv. 4,5,8,9)
2. Anhelamos las bendiciones de cada día que resultan de la Pascua (vv. 3,6,7)

Habrán algunos pensamientos en común, así que las divisiones por versículos son más prácticas que las divisiones textuales.

Los siguientes temas usan solamente partes del texto:

Donde hay vida, hay esperanza (vv. 3-7)

1. Cristo nos da vida en su resurrección (vv. 3-5)
2. Cristo nos da esperanza para nuestra resurrección (vv. 6-7)

Aprovechen su herencia ANTES que mueran

1. No esperen la muerte para tener vida nueva en Cristo (vv. 3-5)
2. No esperen a que sea el momento “conveniente” de prepararse para la muerte (vv. 6-7)

La primera parte tiene por objeto hacer un repaso de las bendiciones de nuestro renacimiento. La segunda parte se concentra en los puntos de vista cristianos acerca de la vida, especialmente en las aflicciones, puesto que él sabe que le espera una vida venidera.

TERCER DOMINGO DE PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 2:14a, 36-47

Epístola - 1 Pedro 1:17-21

Evangelio - Lucas 24:13-35

El año eclesiástico

Las lecturas para el Antiguo Testamento para la estación de la Pascua en los tres ciclos, se toman del libro de los Hechos. La desventaja es que ciertas lecturas valiosas de los textos sobre la resurrección en el Antiguo Testamento, como la de Job 19:23-27, no aparecen en este leccionario. Además, los textos de Hechos saltan a la historia de Pentecostés, dejando de lado el evangelio de la Pascua. La ventaja es que las historias de Pentecostés en el libro de Hechos que no tendrían lugar en el año eclesiástico que coloca el Domingo de Trinidad inmediatamente después de Pentecostés, podrán leerse. Estos textos de Hechos ilustran muy bien cómo fue la vida de la iglesia que surgió después de que Cristo resucitó.

La lectura para este domingo, Hechos 2:14a, 36-47, es una conclusión categórica del sermón de Pedro el día de Pentecostés, el milagro del arrepentimiento y la fe que produjo la predicación y el bautismo. Los versículos 42-47 dan una ilustración útil para un sermón de la epístola sobre el llamamiento del cristiano a una vida santificada. Los primeros cristianos gozosamente cumplieron las palabras de Cristo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). La adoración diaria, la sinceridad y preocupación de unos por otros tuvo un impacto profundo en los habitantes de Jerusalén.

La Epístola, 1 Pedro 1:17-21, da las razones para que el cristiano lleve una vida gozosa (el nombre antiguo para este domingo es Jubilate, Regocíjate). Cristo Jesús fue escogido, matado, resucitado, glorificado y revelado al mundo, y aquellos que creen en él comparten la victoria, la esperanza de la gloria de él. Pedro anima a los cristianos a dejar que su esperanza les dé poder para un nuevo vivir.

El Evangelio, Lucas 24:13-35, está más estrechamente relacionado con la estación de la Pascua que las otras dos lecturas. Nos habla de los dos discípulos que iban a Emaús, quienes pasaron por alto el testimonio de los ángeles, de las mujeres y de los discípulos; las predicciones de Jesús, y Moisés y de los profetas — y prefirieron deleitarse en la autocompasión. Jesús los reprendió y les volvió a enseñar que Cristo *tuvo* que morir y resucitar. “¿No ardía nuestro corazón en nosotros?”.

El texto - 1 Pedro 1:17-21

Todas las Epístolas para la estación de la Pascua en la serie CILA - A se toman de la Primera Epístola de Pedro; este *lectio continua* funciona muy bien. (Para más comentarios sobre la primera carta de Pedro y las iglesias del norte de Asia Menor ver el estudio anterior sobre 1 Pedro 1:3-9.) La Primera Epístola de Pedro es un tesoro de esperanza para los cristianos en un mundo sin esperanza. Uno de sus principales temas es que los cristianos son peregrinos en este mundo. El llamamiento como cristianos cambia toda la vida de ellos: actitud, motivación, sentido de mayordomía, valores y metas. La introducción de Pedro anuncia el tema inmediatamente: “A los *expatriados, elegidos* de Dios, *dispersados...*”. ¿Por qué son ellos tan diferentes? Por supuesto, es la actividad del Dios trino, “la presciencia del Padre, la santificación del Espíritu, el derramamiento de la sangre del Hijo”.

Los versículos 3-9 son una expansión y elaboración sobre el plan de salvación del Dios trino. En el griego son tres oraciones largas, que en verdad es un estallido de gozo, puesto que la segunda y la tercera “oraciones” comienzan con pronombres relativos. Este milagro de la Pascua espera con ansiedad el gran rescate de la humanidad de la muerte y la corrupción, y esta esperanza sostiene a los creyentes en sus tribulaciones. Tal fue el mensaje profético que los creyentes vieron cumplirse (vv. 10-12).

Esas grandes obras de Dios cambiarán a las personas que reclaman la libertad que él compró. Pedro enseña da tres urgentes exhortaciones— para que la gracia de Dios no sea menospreciada: “¡Sed sobrios! ¡Sed obedientes! ¡Sed santos!” (vv. 13-16) Luego en nuestro texto, los próximos cinco versículos, repite las dos preocupaciones de los vv. 1-16; las obras maravillosas que Dios ha hecho para la salvación de los pecadores y las obras maravillosas que los cristianos hacen para un Dios maravilloso. Para decirlo de otra forma — es un llamamiento a la vida santa y la motivación para llevar vidas santas.

Esto nos lleva a nuestro texto:

v. 17 - Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación.

“Sed santos”, dice Pedro. ¿Por qué? “Porque yo [Dios] soy santo”, dice Moisés tres veces en Levítico. El pueblo de un Dios santo necesita tener las más altas normas para su propia conducta. Ahora en el versículo 17 tenemos una segunda razón — el Padre a quien todos piden ayuda está evaluando a cada uno imparcialmente según sus obras.

La palabra ἀπροσωπολήμπτως es una muy interesante. Es un hebraísmo derivado del *nasa panim* “aceptar a la persona”, ser favorable hacia alguien. En el sentido negativo de esta frase quiere decir demostrar favoritismo, ser parcial, abierto al chantaje (Lev. 19:15 prohíbe esa actitud en los jueces). Pedro recuerda a las congregaciones que no se puede engañar a Dios. No se puede emplear halagos para que él ignore los hechos. No se puede

seguir una religión de dientes para afuera sin ponerla en práctica en su vida. La posición terrenal, las riquezas, la reputación, fachada de rituales y piedad no podrán cambiar la evaluación que Dios hace de su corazón y de su vida. Dios tiene mucha experiencia en juzgar vidas triviales y superficialmente justas. Antes de predicar el sermón en el monte Jesús advirtió a sus discípulos que su justicia debería sobrepasar la de los fariseos y la de los maestros de la ley.

“Conducíos en φόβῳ (temor) dice Pedro. Esta declaración tiene un doble significado para el cristiano, porque somos criaturas duales. El viejo pecador que hay en nosotros necesita el terror de la ira de Dios martillando en nuestra conciencia. Nuestra naturaleza malvada no se puede convertir, ignorar ni subestimar. Solamente puede aterrorizarla el severo relámpago de la ley de Dios y reprenderla por medio de una contrición sincera. El cristiano que ha dejado de arrepentirse, cuya conciencia está relegada al silencio, deja de ser cristiano.

“Conducíos en φόβῳ” habla al nuevo hombre en nosotros, y por lo tanto Lutero dice en su Catecismo: “Debemos temer y amar a Dios”. Esto no es el terror del juicio, sino el respeto reverente que el Dios de poder y de gracia merece. Significa respetar su reputación y su palabra, honrarlas con la mente y el corazón.

“Conducíos como peregrinos” (literalmente, durante el tiempo de su peregrinación), dice Pedro. Los cristianos siempre tienen la tentación de poner su corazón en lo que se puede ver — los valores terrenales, las instituciones, las posesiones, la aprobación de otras personas. Es una lucha de toda la vida aprender que todo lo que vemos es perecedero y que sólo aquellas cosas que no podemos ver tienen valor eterno. Los cristianos necesitan recordar que viven en carpas; las mansiones todavía nos esperan. Todavía no hemos llegado a nuestro hogar.

vv. 18-21 - Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

Ahora sigue un conmovedor llamamiento de motivación a una vida santa y reverente. Pedro recuerda a la congregación el precio exorbitante que el santo Hijo de Dios pagó para redimir a un mundo pecador. La “herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible” (1:4) no se podría comparar con la podredumbre, la oxidación o con lo que los ladrones podrían destruir. El oro no puede cancelar la culpabilidad. Dios instituyó todo el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento para enseñar a su pueblo, a fuerza de repetición y mediante un espectáculo sangriento, que el pecado trae la culpa y que la culpa exige la sangre. El pecado indigna a Dios. La sangre, no las monedas, compra el rescate. La sangre de Cristo en verdad es preciosa, no sólo porque fluye del precioso

corazón del Salvador, sino porque compró personas que inexplicablemente para él eran preciosas.

Dios insistió en una víctima perfecta desde el comienzo. Los corderos, chivos y toros tenían que ser los mejores, porque representaban al Cordero de Dios. ¡Piense en lo que estaba en juego durante los 33 años que Cristo se humilló y fue tentado! Si hubiera pecado una sola vez, blasfemado sólo una vez, odiado una sola vez, si hubiera buscado venganza una sola vez... pero no lo hizo. Se presentó a sí mismo sin mancha ni defecto ante esa horrenda cruz, para que así su Padre pudiera declarar que los repugnantes pecadores eran sin mancha y sin defecto.

Pedro dice: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres”. Esto ciertamente sería el caso para los cristianos gentiles de Asia Menor. ¿Qué consuelo o ayuda podría esperarse de un panteón de dioses que eran meros sobrehumanos y tan corruptos, sedientos de poder, celosos, vengativos, vanos, caprichosos y tan violentos como los mismos seres humanos? Su excepcional fuerza sólo los hizo más peligrosos y más como demonios que dioses. ¿Qué fue lo mejor que la filosofía griega podría ofrecer? ¿Un estoicismo que resistió las angustias de esta vida porque era su deber? ¿Un epicureísmo que vivió para satisfacer el apetito y el placer? ¡Carece de significado!

Ni su religión ancestral ni su filosofía de fama mundial podían dar respuestas adecuadas y satisfactorias a las preguntas sobre el origen de la vida, su propósito y su destino. Entendemos por qué palabras como “cínico” y “escéptico” se derivan del griego. ¡Una vida después de la muerte, que en el mejor de los casos prometía que su espíritu flotaba de una cueva húmeda a otra en el bajo mundo, no tenía sentido!

Las palabras de Pedro también son verdaderas para los cristianos judíos. Había descendientes de Abraham que todavía retenían la fe de Abraham, pero eran la minoría. La mayoría de ellos guardaban la religión de los fariseos, un caparazón petrificado que no tenía corazón. Para ellos la ley había degenerado en hacer el papel de un tirano o de alguien pintado en la pared. En cuanto a los métodos del hombre para salvarse, la ley podría producir o la jactancia o la desesperación. Los ritos, los sacrificios, los ayunos no conducían a nada. ¡No tenían ningún significado!

Sin embargo, han sido redimidos, comprados, alejados de este tipo de desesperanza. Veán a Cristo *escogido, crucificado, resucitado, glorificado* y ahora *revelado*. Nos deja estupefactos pensar que Dios pudo haber conocido y planeado las vidas de sus creyentes, millones de ellos, años antes del Edén. Dios determinó de antemano, desde toda la eternidad, que su Hijo nacería como un hombre para que pudiera morir como hombre. ¡Imagínense! Nuestra salvación estaba asegurada desde la eternidad.

Pero en el tiempo Cristo murió, él, Dios y hombre, el Dios-hombre. “O grande tristeza, nuestro *Dios* está muerto”, escribió Johann Rist. Pero su Padre, quien sacrificó a su Hijo,

también aprobó y aceptó su sacrificio y lo resucitó de la muerte. Lo glorificó en palabra, aprobando su obra; y exaltándolo, dándole un nombre encima de todos los nombres, y dándole todo poder en el cielo y en la tierra.

Los cristianos son diferentes de las demás personas que los rodean en este mundo, maravillosamente diferentes. Tienen un Dios diferente, y por medio de él un origen, un propósito y un destino nuevo y diferente. A medida que el evangelio de Cristo se proclame, el mismo mensaje obra como un persuadidor divino, cambiando las vidas de las personas de vacuidad a plenitud. Esa diferencia, lejos de ser una maldición, es la bendición más grande de Dios. Significa honor, liberación y esperanza para los peregrinos de Dios, sus extranjeros en una tierra extraña.

Sugerencias Homiléticas

Este texto se divide perfectamente entre causa/efecto — por qué somos diferentes/lo que significa ser diferentes. El predicador no tendrá ninguna dificultad en encontrar aplicaciones apropiadas. La vida de hoy no es muy diferente de la que se vivía en el imperio romano.

Somos conscientes de los orígenes de nuestro país y de la veneración a la libertad personal. Nuestros padres murieron defendiendo esa libertad. El hambre por la libertad hoy día, no obstante, ha llegado a ser una caricatura. Las personas actualmente anhelan ser libres no sólo de la tiranía monárquica, sino de cualquier tipo de limitación. “Nadie me dice lo que puedo y no puedo hacer. Soy mi propio jefe. Yo decidiré lo que es correcto para mí”. No hay moral, valores ni leyes absolutos, sólo meras opiniones y el clamor por los derechos personales. Esta codicia de la independencia es realmente esclavitud del pecado y de Satanás. Pedro anima a los cristianos a recordar el alto y exorbitante precio que nuestro Salvador pagó para reclamarnos como suyos. Somos diferentes. Le pertenecemos.

Sin pedir disculpas, Dios nos llama no sólo a ser diferentes sino a vivir de modo distinto, a alejarnos de las actitudes infernales de la sociedad que nos rodea. Dios, sin disculpas, no quiere que sus hijos se sientan demasiado cómodos entre personas que toleran y fomentan el aborto, el divorcio, la cohabitación, las borracheras y todo ese dominio de autosatisfacción. ¡No es ninguna vergüenza ser diferente!

El siguiente esquema se presta para esta división de causa/efecto del texto acerca de cómo el cristiano será diferente del mundo que lo rodea:

Cristianos: Somos peregrinos aquí

1. Somos diferentes - comprados con la sangre preciosa de Cristo
2. Somos diferentes - llamados a vivir en temor reverente

CUARTO DOMINGO DE PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 6:1-9; 7:2, 51-60

Epístola - 1 Pedro 2:19-25

Evangelio - Juan 10:1-10

El año eclesiástico

Hechos 6:1-9; 7:2, 51-60 presenta la historia de Esteban y de su martirio. Su discurso justo antes de su muerte respira un espíritu de convicción y de confianza. Va a la tumba a causa de que confesó a Cristo.

La Epístola, 1 Pedro 2:19-25, nos recuerda el sufrimiento y muerte de Cristo. Aunque fue inocente, sufrió un castigo injusto para que nuestras heridas pudieran ser sanadas. Al seguir su ejemplo de humildad, si sufrimos injustamente y lo soportamos a causa del evangelio, esto es loable ante Dios.

En el Evangelio, Juan 10:1-10, Jesús compara su papel del Buen Pastor con los ladrones. Mientras los ladrones vienen únicamente para robar y matar, Jesús vino para darnos vida en toda su plenitud.

Estas lecturas para el “domingo del Buen Pastor” nos recuerdan la relación especial que disfrutamos con nuestro Salvador. La imagen, sin embargo, es desde el punto de vista de las ovejas. En el Evangelio las ovejas escuchan la voz del pastor y lo siguen. La Epístola demuestra cómo las ovejas sufren de buena voluntad para él, y la lectura de Hechos demuestra la voluntad de un discípulo de seguir a su Pastor hasta la misma muerte.

El texto - 1 Pedro 2:19-25

Pedro está escribiendo a los creyentes en las cinco provincias de Asia Menor. Ha surgido un período de sufrimiento y el apóstol quiere consolar a los santos e infundir en ellos una nueva esperanza, 1:3ss (ver 3:8-18; 4:12-19; 5:6-9). El texto se concentra en el concepto del sufrimiento. Aunque es aplicable a todos los cristianos en general, el contexto habla específicamente a los esclavos (ver 3:8-17; 4:13-16).

El hilo del pensamiento de Pedro está muy claro. Siendo un pueblo escogido que pertenece a Dios (v. 9), a los cristianos se les exhorta a abstenerse de todos los deseos pecaminosos y llevar vidas buenas ante el mundo incrédulo (v. 11,12). Parte del testimonio del cristiano a su prójimo será el ser un buen ciudadano, obedeciendo todas las leyes de las autoridades gubernamentales (v. 13-17). Los esclavos, en particular,

tienen una oportunidad excelente para manifestar su fe al someterse humildemente a sus amos aun si éstos son difíciles de soportar (v. 18). Si sufren injustamente, en vez de rebelarse contra sus amos deben seguir el ejemplo de su Salvador y recibirán la bendición de Dios (v. 19-25). Asimismo, las esposas pueden ser una influencia en sus esposos incrédulos al someterse a ellos. Por medio de sus vidas piadosas y santas pueden ganar a sus esposos para Cristo (3:1-6).

El texto empieza:

v. 19 - Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente.

Pedro no está elaborando una nueva enseñanza aquí. Está reafirmando y aplicando lo que su Salvador ya había enseñado en el sermón del Monte (ver Lucas 6:27-36; Mateo 5:39-48). Ésta no es una doctrina para distraer la mente; es una enseñanza para vivirla. Los esclavos a los cuales Pedro estaba escribiendo se encontraban en una situación igual a la que Jesús había descrito. Recibían maltratos e insultos debido a que se mantenían leales al Altísimo en lugar de a sus señores. En este asunto práctico, pero deprimente, el apóstol aplica la única medicina que puede ayudar: la palabra de su Salvador. Pedro es un *'Seelsorger'* en el sentido más alto de la palabra.

En esa situación tan difícil, los esclavos estaban tentados a amargarse, hablar mal de sus amos y aflojarse en sus trabajos. Tal vez hasta la amargura los tentaba a estar contra Cristo y a abandonar su fe para lograr una paz temporal. Lo primero sería un testimonio muy pobre de su fe, y lo segundo sería un repudio desastroso de su salvación.

Pedro les demuestra que existe una opción mejor. Los anima a soportar el dolor del sufrimiento injusto por el bien de su conciencia. El hecho de que alguien esté pecando contra ellos no les da el derecho de cometer el pecado de la venganza. Al contrario, conociendo la voluntad de Dios, deben soportar el maltrato y considerar que sería mucho peor ser el pecador que recibir el maltrato.

Esa actitud “merece aprobación” (χάρις) ante Dios. Parece probable que Pedro está usando un modismo del Antiguo Testamento, “*encontrar favor con Dios*”. De todos modos, Pedro sólo reafirma lo que su Salvador había dicho con palabras más fuertes: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11,12).

v. 20 - Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.

Es un asunto muy diferente, sin embargo, si *merecen* ser abofeteados. La bendición del

Salvador y el favor de Dios dependen de un sufrimiento *injusto*. Cualquiera que se rebela contra las autoridades se rebela contra Dios y trae el juicio sobre sí mismo (Rom. 13:2). Ése sería el caso si esos esclavos se rebelaran contra sus amos o si no cumplieran con sus deberes. Entonces, ellos serían infieles, no solamente a sus amos sino al Señor también.

En verdad, ¿cómo podría ser para su *gloria*, o *mérito* (κλέος)? Esa reacción sería pecado, y no merecería la gloria. El camino de Cristo es el camino del amor. “Ama, pues, a vuestros enemigos, y haced bien...y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y los malos” (Lucas 6:35).

vv. 21-23 - Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, quien cuando le maldecían, no respondía con maldición, cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.

“Para esto fuisteis llamados”, dice Pedro. Hemos sido llamados no sólo para hacer el bien, no sólo para sufrir, sino en verdad para hacer el bien aunque debamos sufrir por ello. Jesús había dicho a sus discípulos que sufrirían persecución. Les dijo que seguirlo implicaría negarse a sí mismos y llevar sus propias cruces (Mateo 16:24). De esta manera eran iguales a su Maestro, no solamente al sufrir el mal sino también al tener su misma actitud hacia al sufrimiento.

Cristo es el ejemplo (modelo, ὑπογραμμόν) para el cristiano en esto. Como los principiantes que aprenden el alfabeto trazando un modelo (ὑπογραμμόν), así los cristianos deben imitar a Cristo. Él es el modelo. Nosotros debemos ser sus duplicados en nuestra conducta. Y como él sufrió por nosotros, “el justo por los injustos” (3:18), ahora nos llama a sufrir por él y seguir en sus pisadas (ἵχνεσιν).

Cualquier persona que ha visto a un niño tratar de seguir las pisadas de su padre en la arena o en la nieve comprende lo que Pedro dice aquí. Así como este niño trata de no salirse de las pisadas de su padre, así los cristianos tratarán de igualar su vida y sus pisadas con las de Cristo.

El sufrimiento de Cristo fue inmerecido. Él fue inocente de cualquier crimen. Nunca recurrió al engaño, ni a la falsedad o traición al tratar con aquellos que se le opusieron, sino siempre los silenció con la verdad. En todo esto claramente cumplió la descripción de Isaías del Siervo que sufre. (53:9)

A pesar de esta vida sin pecado, fue perseguido, maltratado y finalmente crucificado. En medio de todo ello nunca amenazó ni maldijo ni insultó a sus atormentadores, sino que en amor perfecto oró para que fueran perdonados (Lucas 23:34). En todo esto se sometió al cuidado de su Padre celestial, sabiendo que “aquel que juzga justamente” estaría complacido con su conducta. Por encima de todo lo demás, se sometería a la voluntad de su Padre, sin importar las consecuencias. De esta manera a los cristianos se les pide

poner a Dios primero y su propia comodidad y sus deseos en segundo lugar. Sólo de esta manera podemos tener una conciencia limpia hacia Dios.

vv. 24-25 - Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

La base de la reacción del cristiano es siempre de gratitud y amor. Para Pedro, así como para nosotros, Cristo es mucho más que un ejemplo que hay que seguir. Sobre todo, es nuestro Salvador. Todo el propósito de Pedro consiste en presentar a Jesús como nuestro Salvador, quien quitó nuestros pecados llevándolos él mismo por nosotros y quien ahora nos permite llevar una vida nueva imitando la suya. Pedro no es ningún moralista. Es un predicador de la justicia ante quien la imagen de la muerte de Cristo como nuestro sustituto sobresale.

Jesús llevó nuestros pecados. Los llevó hasta la cruz. Se hizo maldición por nosotros (Deut. 21:23; Gál. 3:13). Él soportó nuestro infierno. ¿Qué, entonces, es cualquier sufrimiento que nosotros podamos sufrir ahora en comparación con eso? Al contrario, puesto que hemos recibido tan grandiosa salvación a tan alto precio, ¿cómo no podemos soportar con paciencia nuestros sufrimientos y seguir sus pasos? El Padre que reivindicó a Cristo también nos reivindicará a nosotros en el juicio final.

En una declaración paradójica Pedro recuerda a sus lectores el carácter redentor de los sufrimientos de Cristo: “Por cuya herida fuisteis sanados”. Con esas palabras, que recuerdan a Isaías 53:5, centra nuestra atención en aquel por medio del cual somos sanados. Las heridas de Cristo, causadas por los azotes y el derramamiento de sangre, fueron los medios por los cuales fuimos sanados. Para los esclavos, quienes eran azotados con frecuencia, estas palabras dieron en el blanco. Se identificaban con el dolor que experimentó, las heridas y los golpes que sufrió. Soportó todo esto por ellos y por su salvación. ¿Podían ahora ellos rechazar eso y negarse a soportar lo mismo que él?

Por último, con palabras de consuelo y ánimo, Pedro compara este estado anterior de Cristo con su situación actual. Antes habían estado perdidos, como ovejas extraviadas sin nadie que los cuidara ni los buscara, y ahora tenían un Pastor y un Capataz. Las ovejas que no tienen pastor están condenadas a perecer. Son la presa favorita de los animales salvajes. El diablo como león rugiente los tendría a su merced (5:8). Pero con Cristo como su pastor y guardián están a salvo. Los está guiando con ternura a su hogar eterno y siempre está al tanto de su condición. En todas las luchas de la vida no están solos. ¡Qué pensamiento tan reconfortante!

Sugerencias homiléticas

Aunque los cristianos de hoy no se encuentran en la misma situación que estos esclavos

cristianos, todavía necesitan el consuelo de Dios cuando se encuentran en situaciones difíciles. Hay mucho aquí que dará consuelo. No importa cuál sea el problema, Dios no ha retirado su cariño y compasión. Si nuestros pecados nos atormentan, Dios nos da la seguridad de que Cristo sufrió por ellos. Si los perseguidores se burlan de nosotros a causa de nuestra fe, sabemos que Dios al final reivindicará nuestra causa en su juicio justo. Si somos puestos a prueba por medio de alguna enfermedad o adversidad, podemos acudir a nuestro Pastor y Capataz y saber que descansamos seguros en sus manos protectoras.

Como un texto para la estación de la Pascua, las palabras de Pedro presentan una gran oportunidad para poner énfasis en la naturaleza vicaria de la muerte de Cristo y la vida nueva que nos pertenece por medio de la resurrección. En este domingo del Buen Pastor, el predicador encontrará una fuente rica de ideas para un sermón vibrante y consolador que se centrará en esta hermosa relación.

Si el predicador quiere presentar toda la profundidad de las palabras de Pedro, podría considerar el siguiente tema:

El camino del Buen Pastor es para ustedes

1. Para que se salven (vv. 24-25)
2. Para que lo imiten (vv. 19-23)

La primera parte pondrá énfasis en el sufrimiento y la muerte vicaria de Cristo que logró nuestra salvación. Las palabras de Pedro en los versículos 24 y 25 formarían la base para esta porción del sermón. La segunda parte, que trata los versículos 19-23, formaría la base para la respuesta del cristiano, la santificación. Por todo lo que Cristo ha hecho por el cristiano, él quiere seguir a su Salvador con exactitud.

Otra manera similar de presentar este texto sería:

Siguiendo las pisadas de Cristo

1. Requiere una fe firme (vv. 24-25)
2. Requiere mantener los ojos en Jesús (vv. 19-23)

Este texto también se presta para una presentación de las bendiciones de la obra justificadora de Cristo. Estos pensamientos se podrían presentar de la siguiente manera:

Los golpes que traen la curación

1. Cristo recibió los golpes
2. Yo recibo la curación

Si el predicador quiere usar este último esquema, tal vez quiera limitarse a los versículos 22-25 únicamente. Con los detalles de la historia de la Pascua tan recientemente repasados, esto sería un buen resumen de la obra de Cristo y un tema apropiado para la

estación.

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 17:1-15

Epístola - 1 Pedro 2:4-10

Evangelio - Juan 14:1-12

El año eclesiástico

Hechos 17:1-15 nos lleva a las ciudades de Tesalónica y Berea donde Pablo y Silas proclamaron a Jesús como el Cristo que murió por los pecados de la humanidad y resucitó al tercer día. En ambas ciudades encontraron oposición de parte de los judíos celosos. Aunque fue necesario abandonar estas ciudades, sus esfuerzos dieron sus frutos. Había tanto judíos como griegos que creyeron su mensaje basado en la Biblia.

En la Epístola, 1 Pedro 2:4-10, vemos a Jesús como la “piedra viva” y aquellos que creen en él como “una casa espiritual”. Muchos rechazan la “piedra viva” y por su propia culpa están destinados al castigo eterno. Aquellos que por la gracia de Dios y por la fe en Jesús vienen a ser “como piedras vivas” pertenecen al sacerdocio de todos los creyentes. Como sacerdotes, todos los cristianos deben proclamar las alabanzas de su Dios y Salvador.

En la lectura del Evangelio, Juan 14:1-12, Jesús prepara a sus discípulos para el impacto de su partida y les prometió volver para llevarlos a la casa que su Padre está preparando para ellos. Conociéndolo como el único “camino” para ir al Padre y confiando en él como el Dios verdadero junto con el Padre podrían llegar a hacer obras “aun mayores” que los milagros que él hizo. Por medio de su testimonio de la misión redentora de Jesús y por el poder del Espíritu Santo, el milagro de la fe obraría en los corazones de muchos.

Las tres lecturas hablan del mandato del Salvador resucitado de “id, y decid”. Él solo es “el camino, y la verdad, y la vida” (Juan 14:6). Ése fue el mensaje de Pablo y Silas en Tesalónica y en Berea. Ésas fueron “las alabanzas” (1 Ped. 2:9) que proclamó el sacerdocio a todos los creyentes. Por medio del anuncio de estas buenas nuevas las obras “aun mayores” (Juan 14:12) que Jesús prometió se cumplieron, y todavía se están cumpliendo.

El texto - 1 Pedro 2:4-10

Los cristianos en Asia Menor a quienes el apóstol Pedro escribió esta primera epístola eran víctimas de algún tipo de persecución (3:16,17) a causa de su fe. Los lectores de esta carta estarían tentados a volver a sus hábitos pecaminosos. Se preguntarían si su vida

en Cristo realmente valía la pena. A fin de animarlos y fortalecerlos para los tiempos difíciles que estaban experimentando, Pedro escribió esta carta.

Comienza con un himno de alabanza a Dios (1:3-9). Con esta doxología Pedro recuerda a sus lectores que Dios los hizo “renacer” para “una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1:3). A causa de esta esperanza tenían razón para regocijarse en medio de sus aflicciones. Éstas sólo durarían por poco tiempo.

Pedro sigue esta doxología con cuatro exhortaciones (1:13 - 2:3). En vez de rendirse ante los sufrimientos por causa de Cristo, los anima a ser “santos” en todo lo que hacen (1:15), a vivir como extranjeros en este mundo “en temor” (1:17), a amar a sus hermanos “de corazón puro” (1:22), y “como niños recién nacidos” a desear “la leche espiritual” (2:2). Y ahora con las palabras de nuestro texto, les da la razón y la motivación para llevar estas vidas santas.

vv. 4,5 - Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

Como “elegidos según la presciencia de Dios Padre” (1:2), los lectores de esta carta habían venido a “la piedra viva” que es Cristo. Aquí la palabra para piedra es “λίθος”, una piedra usada en las construcciones, en contraste con πέτρος, un peñasco, y πέτρα, que se refiere a una piedra que está en el suelo y hace que las personas se tropiecen. Como λίθος, Jesús está lleno de vida y tiene todo el poder de la vida. Él es “el camino y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por él” (Juan 15:6). Él es la fuente de toda la vida espiritual. Al acudir a él por medio del llamamiento misericordioso de Dios, estos cristianos habían llegado a ser “como piedras vivas”, edificadas “como casa espiritual”.

Esta “piedra viva” los hombres la rechazaron, los espiritualmente ciegos de la época de Jesús, el Sanedrín, y todos aquellos que los siguieron. Buscaban un Mesías político, alguien que restauraría a Israel a una posición de poder y gloria, que no se igualara a ninguna otra nación en el mundo. Incluso los discípulos de Jesús tenían esa idea errónea (Hechos 1:6). Todavía ahora lo rechazan aquellos que buscan una restauración de Israel como una potencia mundial y aquellos que predicán un evangelio social y que ponen énfasis en transformar este mundo en un mejor lugar para vivir.

Aunque rechazada por los hombres, la “piedra viva” es “para Dios escogida y preciosa”. Esta Piedra Dios la escogió desde la eternidad, porque él y el Padre son uno. El Padre sabía que esta “Piedra” cumpliría la misión a la cual había sido enviado, para que fuera el fundamento, la piedra angular de la santa iglesia cristiana. El Padre mismo anunció cuán preciosa es esta Piedra para él al comienzo del ministerio terrenal de Jesús (Mateo 3:17) y otra vez al final de ello (Mateo 17:5). El Padre celestial puso su sello divino de aprobación en la misión redentora de su Hijo amado.

Al acudir a esta “piedra viva” por medio de la fe en él como su Salvador y Redentor, los lectores de esta carta fueron como “piedras vivas”, edificadas en una “casa espiritual” (οἶκος πνευματικός), la santa iglesia cristiana. No sólo ellos y todos los creyentes son “el templo de Dios”, sino también sus “sacerdotes”. “Edificados como casa espiritual como sacerdocio santo”. La “casa” (οἶκος) y su propósito van juntos. Los lectores de Pedro son una “casa espiritual” y un sacerdocio espiritual “ofreciendo sacrificios espirituales”. Puesto que Jesús, como el Sumo Sacerdote, se ofreció a sí mismo de una vez por todos, ahora todos los creyentes constituyen el sacerdocio aquí en la tierra. El Dr. Lutero señaló esta gran verdad bíblica en la Reforma. Escribe: “Por consiguiente, puesto que él (Jesús) es el Sacerdote y todos nosotros somos sus hermanos, todos los cristianos tienen la autoridad, el mandato y la obligación de predicar, de acudir a Dios, de orar los unos por los otros y de ofrecerse a sí mismos como sacrificio a Dios” (*Luther's Works*, Vol. 30, American Edition, p. 54). La predicación pública, enfatizó Lutero, no está incluida puesto que es necesario un llamamiento especial.

Puesto que Jesús ofreció un sacrificio todo-suficiente de una sola vez por todos, el sacerdocio del Nuevo Testamento sólo tiene que ofrecer el sacrificio de alabanza y gratitud. Habiendo recibido todos los tesoros de la gracia de Dios por medio de Cristo, los lectores de Pedro (nosotros incluidos) debemos ofrecer “sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. (Para un buen comentario sobre estos “sacrificios espirituales” ver Hebreos 13:15, Romanos 12:1; Filipenses 4:18, y Apoc. 8:3). Estos sacrificios son “aceptables a Dios por medio de Jesucristo” puesto que se hacen en su nombre y a su honor como frutos de nuestra fe en él. Esto explica por qué las buenas obras de los Scouts y la Masonería, de los humanitarios justos ante sus propios ojos, etc. no son aceptables a Dios. “Por medio de él mis obras tienen validez ante Dios. De otra manera no valen ni un comino” (Lutero)

v. 6 - Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa, y el que creyere en él, no será avergonzado.

Con estas palabras Pedro demuestra con las Escrituras que Cristo es, en verdad, la “piedra viva”. Cita a Isaías 28:16, no palabra por palabra literalmente, sino sólo usa las palabras que necesita para su propósito. Dios prometió poner una “piedra” (λίθος), “escogida” (ἐκλεκτός) y “preciosa” (ἔντιμος). Serviría como la “piedra del ángulo” (ἀκρογωνιαίος), la piedra que originalmente determinó los ángulos y líneas tanto del fundamento como del edificio entero. Sin Cristo como “piedra del ángulo”, no hay ninguna santa iglesia cristiana, “casa espiritual”. Sin él estaríamos muertos en nuestros pecados sin ningún poder para ofrecer “sacrificios espirituales”. Para ser sacerdotes de Dios, ofreciendo esos sacrificios, nuestra fe debe basarse en Cristo. “Dios quiere que perdamos por completo las esperanzas en nosotros mismos, para que nos jactemos de sus bondades y edifiquemos sobre el fundamento que ninguna criatura puede hacer tambalear. Nadie debe confiar en su propia piedad, sino todos debemos confiar únicamente en la justicia de Cristo y en todo lo que Cristo tiene... En este fundamento me

apoyo” (Lutero).

Todos los que edifican sobre esta piedra “no serán avergonzados”. A causa del pecado, “todo el mundo debe ser avergonzado y ruborizarse” (Lutero). Sólo aquellos que confían en el Salvador que murió y resucitó pueden escaparse de la vergüenza. Jesús explica en Marcos 16:16: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”.

vv. 7-8 - Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.

Todo el mundo puede dividirse en dos campos, los creyentes y los incrédulos. ¡Qué contraste! “Para vosotros”, recalca Pedro, la piedra viva es “preciosa” (τιμή). Al creer en él, participan del valor maravilloso de esta Piedra, compartiendo su victoria sobre el pecado, la muerte y Satanás. Por él han recibido un renacimiento y tienen la seguridad de una herencia eterna. Han sido “edificados en una casa espiritual” y son sacerdotes de Dios. Jesús es precioso para ellos. Pero para los incrédulos, es una ofensa. “Desobedecen el mensaje”. Aunque Jesús murió por ellos y pagó la deuda de sus pecados, *no* creerán. Su incredulidad es la peor desobediencia. Traen sobre sí mismos el castigo que merecen. Esto es “a lo cual fueron también destinados”, no porque Dios lo quiso sino porque no creyeron (Mateo 23:37).

Con gran habilidad, el apóstol entreteteje las dos citas del Antiguo Testamento acerca de aquellos que “rechazan” a la piedra viva (v. 4). Cita el Salmo 118:22 donde el escritor profetizó que los líderes religiosos judíos rechazarían a Cristo. Jesús citó el mismo versículo cuando predijo que el reino de Dios sería quitado de los judíos y dado a los gentiles (Mateo 21:42-43), personas como los lectores de esta epístola. La Piedra que los líderes judíos, como constructores, habían rechazado “ha venido a ser la piedra del ángulo (κεφαλὴν γωνίας)”. En su edificación, los líderes judíos consideraron esta Piedra como totalmente inadecuada para sus planes. Jesús no llenó las expectativas de un Mesías político que restauraría el poder y la gloria a Israel. Su persona y su ministerio eran completamente diferentes de lo que ellos esperaban de un Mesías. “Están de acuerdo con Cristo como el invierno lo está con el verano”, dice Lutero. Así Jesús llegó a ser la “piedra” (λίθος) de edificación que “es piedra de tropiezo” y “roca (πέτρα) que hace caer” (Is. 8:14).

Las personas se ofenden a causa de las enseñanzas de Jesús. Su muerte por nuestros pecados y su resurrección para nuestra justificación (Rom. 4:25) son tonterías para ellos. Se ofenden con una “teología de sangre” (1 Ped. 1:18,19; Ef. 1:7; 1 Juan 1:7). Confiando en sus propias obras y en su propia justicia, no quieren edificar sobre el único fundamento que ha sido puesto.

vv. 9,10 - Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habiais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.

En contraste (δέ) con aquellos que “tropiezan” en su incredulidad, los lectores de Pedro son especiales para Dios como lo indican los títulos ilustres que les aplica. Pueden ser “extranjeros y peregrinos” (1:1, 2:11) en el mundo, y los incrédulos pueden considerar que son “unos necios equivocados a quienes ninguna persona en su sano juicio les prestaría atención” (Kretzmann), pero Dios tiene una opinión diferente de ellos. Para él, son un “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”.

Al describir a sus lectores, Pedro una vez más recurre a su gran conocimiento de las Escrituras. Se refiere a Éxodo 19:5,6 y a Deuteronomio 7:6. El pueblo de Dios fue “escogido” por él para ser su pueblo, aún antes de la creación del mundo (1:20, Ef. 1:4). Fueron elegidos por la gracia para ser un pueblo especial entre todas las gentes del mundo.

Todos ellos eran un “real sacerdocio”, refiriéndose otra vez al versículo 5. La palabra “real” nos recuerda a Melquisedec (Heb. 7:1s) a quien Abraham honró como un rey y un sacerdote, un prototipo de Cristo. Por medio de Cristo, nuestra gran Sumo Sacerdote y Rey, todos los creyentes son “real sacerdocio” que tienen acceso directo al trono de la gracia de Dios. Nadie en este mundo se interpone entre ellos y Dios. Y por medio de Cristo ofrecen “sacrificios espirituales”.

Son una “nación santa”, “nación” (ἔθνος) se refiere a su historia como gentiles. Conformaron “un pueblo (λαός) adquirido por Dios”. Aunque los cristianos difieren los unos de los otros en raza, nacionalidad, sexo y posición social, espiritualmente forman una “nación santa”, un pueblo apartado de los incrédulos del mundo. Fueron comprados a un precio (1 Cor. 6:20), un precio muy alto, la sangre de Cristo (1:18,19). Por lo tanto son el pueblo de Dios (λαός), el nuevo Israel.

Las personas que llevan estos títulos especiales no pueden cruzarse de brazos, reflexionado en los grandes honores que se les han conferido. Se dan cuenta de su responsabilidad, una responsabilidad que cumplen con amor y gratitud por todo lo que Dios ha hecho de sus vidas. Su misión en esta vida está expresada en esta cláusula de propósito: “para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Pedro usa el pensamiento de Isaías 43:21. Llamado de las tinieblas a la luz de la gracia de Dios y de la fe, el pueblo de Dios sólo puede proclamar (ἐξαγγέλλω) las “maravillas de Dios” (Hechos 2:11). Con palabras y obras, en todo tiempo y en todo lugar, el amor de Cristo los constriñe a confesarlo delante de los hombres (Mat. 10:32), a dejar que “alumbre su luz” (Mat. 5:16), a cumplir con su mandato (Mat. 28:19; Hech. 1:8). Todo esto está incluido en sus “sacrificios espirituales”. Por eso, Dios los deja en

este mundo.

Con las últimas palabras de nuestro texto, adaptadas de Oseas 2:23, el apóstol recuerda a sus lectores una vez más la misericordia y la gracia de Dios. Por nacimiento no “fueron un pueblo” (λαός) de Dios, ellos “no habían alcanzado la misericordia”. Habían estado en una oscuridad espiritual absoluta, las lamentables consecuencias del pecado. Sin merecerlo, Dios los llamó a ser su pueblo. ¡Demostró misericordia para con ellos! ¡Qué vidas tan santas querían ahora vivir en este mundo! ¿Acaso no nos vemos a nosotros mismos en esta descripción? La aplicación es obvia.

Sugerencias homiléticas

En este quinto domingo de Pascua, las buenas nuevas de la resurrección de Cristo todavía resuenan en nuestros oídos. Escuchamos a Jesús decir a las mujeres: “Id y decid...” (Mat. 28:10), y a los apóstoles: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21). Estos pensamientos misioneros se repiten en el texto de Pedro. A cada cristiano se le recuerda su llamamiento para ser un sacerdote de Dios y para proclamar sus “alabanzas”.

Vivimos en una sociedad que es hostil al mensaje de Cristo crucificado y resucitado. Nosotros y nuestros oidores necesitamos oír repetidas veces estas palabras de ánimo. Ese ánimo se ofrece y se da al recordarnos lo que Dios en su misericordia ha hecho en nuestras vidas y su propósito por hacerlo. Él nos “edificó en una casa espiritual para ser un sacerdocio santo” para ofrecer “sacrificios espirituales”. ¡Qué vidas santas queremos llevar! ¡Con cuánto entusiasmo declararemos sus “alabanzas” en palabra y obra! Nuestro púlpito está en dondequiera que estemos.

Este texto se divide en dos partes básicas. Usando sus circunstancias, el sufrimiento que los lectores de Pedro enfrentaron y la exhortación para llevar vidas santas, esta verdad nos exhorta:

Los cristianos son el pueblo especial de Dios

1. Forman una casa espiritual (vv. 4-8)
2. Funcionan como un real sacerdocio (vv. 9,10)

Tal vez preferimos poner énfasis en el sacerdocio de todos los creyentes al recordar a nuestros miembros que:

Cada cristiano es un sacerdote de Dios

1. Es parte de un templo espiritual (vv. 4-8)
2. Ofrece sacrificios espirituales (vv. 5, 9-10)

Jesús es la piedra del ángulo de toda la iglesia. Todos los que edifican sobre él, el Señor resucitado y ascendido, lo servirán con “sacrificios espirituales” y anunciando sus

“virtudes”.

Jesús es nuestra piedra angular

1. Sólo sobre él edificamos (vv. 4-8)
2. Por él, servimos (vv. 5, 9-10).

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 17:22-31

Epístola - 1 Pedro 3:15-22

Evangelio - Juan 14:15-21

El año eclesiástico

La lectura, Hechos 17:22-31, contiene el mensaje de Pablo a los atenienses cuando lo invitaron a hablar en la colina de Marte sobre su “nueva enseñanza”. Pablo usó esta oportunidad para revelar al Dios desconocido a los atenienses. Les dice a estas personas “muy religiosas” que el único y verdadero Dios es el creador invisible de todas las cosas quien, independiente de la humanidad, todavía preserva, protege y dirige toda la vida en el mundo. Después de describir a Dios, Pablo habla del juicio que el mundo ha traído sobre sí mismo a causa del pecado y hace un llamado a los atenienses al arrepentimiento.

En la Epístola, 1 Pedro 3:15-22, Pedro exhorta a sus lectores a confesar su fe dondequiera que tengan una oportunidad para que den la razón por su esperanza “viva”. No hay ninguna necesidad para que los seguidores de Cristo tengan miedo a sufrir daño en este mundo, puesto que esperan una vida eterna.

La lectura del Evangelio, Juan 14:15-21, presenta otra sección del discurso de Jesús la noche en que fue entregado. En estos versículos Jesús promete enviar al Espíritu Santo. El Señor también consuela a los discípulos asegurándoles que volverá.

El punto común en estas tres lecturas es la fidelidad. En la lectura del Evangelio, Jesús amonesta a los discípulos a serle fieles. Pedro define la fidelidad como la voluntad de confesar el nombre de Cristo en todo tiempo y nota que aquellos que son fieles tendrán la vida eterna. Pablo es considerado como ejemplo de la fidelidad.

El texto - 1 Pedro 3:15-22

Pedro ya ha señalado que la marca distintiva del cristiano es el deseo de devolver cualquier tipo de maldad con amor y bondad. La exhortación del apóstol a manifestar estas virtudes cristianas se basa en las palabras del Salmo 34:12-16 y también nos recuerda las palabras que Jesús predicó en el sermón del Monte.

En los versículos del texto, Pedro presenta una situación típica en la cual sus lectores podían y debían poner en práctica esta exhortación.

Aunque los incrédulos no podían acusar a los seguidores de Jesús de haber hecho el mal, la fe que tenían en Jesús de Nazaret y la bondad y el amor que se esforzaron por mostrar a todos los hizo diferentes de todos los demás, y al mismo tiempo los puso en una posición en la cual recibieron maltratos y burlas de la comunidad. ¿Cómo debían estos cristianos actuar ante aquellos que los acusaban falsamente de haber hecho el mal? ¿Cómo podían reaccionar ante esas preguntas y objeciones? Pedro da la respuesta y palabras de ánimo.

v. 15 - Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.

Pedro ha dicho que en la mayoría de los casos nadie nos insultará, ni nos amenazará ni nos hará daño por hacer el bien. Pero, incluso si experimentáramos el sufrimiento por haber hecho las cosas buenas que hacemos en Cristo, no hay ninguna razón para sentir miedo de esas amenazas. La pregunta es: “¿Cómo podemos no tener miedo de aquellos que nos amenazan cuando no hemos hecho nada malo?”. La respuesta se encuentra en este versículo: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones”. Esta primera frase es el tema de todo este texto. En vez de confiar en nuestro corazón tímido para obtener fortaleza y ayuda, el creyente mantendrá su corazón fijo en Cristo como fuente de fortaleza en tiempos de necesidad.

El mandato “santificad” (ἀγιάσατε) es un imperativo aoristo. Un imperativo presente, “sigan santificando”, sería más natural aquí y captaría lo que Pedro quiere decir, pero Pedro usa el imperativo aoristo en otros versículos de la misma manera que otros escritores, incluyendo a Pablo, usan el imperativo presente. Pedro no está mandando una acción de una sola vez ni una acción limitada. Espera que este “santificad” sea una actividad constante en cada cristiano.

Santificar a Cristo como Señor es dar al Salvador el primer lugar en nuestro corazón. Así como cada pecado que cometemos en pensamiento, palabra u obra puede ser trazado a los deseos pecaminosos del corazón, así el reino eficaz de Cristo en nuestra vida debe comenzar con su reinado en nuestro corazón. Cristo reina en el corazón de todos los que confían en él para el perdón de pecados y la vida eterna, y que confían en él para su cuidado providencial y protección. La expiación vicaria de Cristo garantiza que él puede proveer por nosotros y protegernos y está dispuesto a hacerlo.

Con el corazón santificado para Jesús y la mirada de la fe fija en él, el creyente debe prepararse para “presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande”. La situación en la cual el cristiano podría encontrarse tal vez sea vergonzosa, amenazadora e incluso hasta de muerte, y sin embargo debe estar preparado para dar una defensa (ἀπολογία). Debe estar preparado para hacer una “apología”. Aquí la palabra apología se usa en el sentido en que se usa en las Confesiones luteranas: “presentar una defensa verbal”.

Habrán ocasiones cuando al incrédulo le impresionará la manera de vivir y de comportarse de un cristiano y le preguntará por qué vive así. El verbo αἰτέω significa algo más que hacer una pregunta inocente. Significa pedir a alguien que rinda cuentas.

Lo que impresionó al mundo griego y romano en la época de la iglesia primitiva fue la esperanza que los seguidores de Jesús manifestaron. Para muchas personas de aquella época no había ninguna razón para tener esperanzas. A algunos les pareció inútil creer que las glorias del pasado podían ser recuperadas, y aún más imposible les parecía esperar un futuro más allá de la tumba. La fe cristiana con su esperanza segura de un futuro bendito y glorioso contrastó marcadamente con toda esta desesperación. En su primera epístola Pedro usó como tema esta esperanza viva del cristiano (1 Ped. 1:3-5) y esa esperanza quedó grabada en nuestros corazones como uno de los más grandes tesoros de nuestra fe. Además de regocijarse en esa esperanza, el cristiano también puede “estar siempre preparado” para hablar de ello “ante todo el que os demande” — incluso cuando es una situación vergonzosa, amenazadora o peligrosa.

vv. 15-16 - ...con mansedumbre y reverencia...; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo.

Pedro ya ha explicado al cristiano qué debe hacer con la fe y la esperanza que tiene en su corazón, y ahora muestra cómo se debe dar un testimonio. La “mansedumbre y reverencia” son lo contrario de arrogancia, insolencia, soberbia o la actitud de ser “más santo que tú”. Esto debe ser obvio para el cristiano, que desea hablar de tal manera que su conciencia esté limpia (συνείδησιν ἔχοντες ἀγαθήν). No queremos que nuestra conciencia nos acuse la misma malicia y difamación que los incrédulos usan contra nosotros.

Podemos esperar que el mundo incrédulo hable maliciosamente, para acosarnos, insultarnos, amenazarnos, maltratarnos, insultarnos o injuriarnos. Mateo y Lucas usan la misma palabra en el sermón del Monte cuando citan a Jesús: “Orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mat. 5:44). Aunque el griego del texto Nestle Aland no contiene la palabra “ultrajar”, (καταλαλεῖσθε), Pedro lo usa para describir el maltrato como calumnia. Esperamos que el cristiano conteste con docilidad y respeto. El resultado será que los acusadores y los que lo atacaron serán avergonzados porque será obvio que las acusaciones fueron falsas, y los ataques injustificados. Pablo dijo a los cristianos en Roma: “Pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza” (Rom. 12:20).

v. 17 - Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.

Este versículo axiomático es el resumen de los versículos anteriores. Pedro está

expresando lo obvio. Es mejor sufrir en manos de personas que nos menosprecian porque hacemos lo que agrada a Dios que recibir sufrimiento justamente por haber hecho el mal.

“Si es la voluntad de Dios” (εἰ θέλοι τὸ θέλημα τοῦ θεοῦ) es una cláusula simple condicional. Pedro no necesita decir más al respecto porque ya ha hablado de la experiencia del cristiano que sufre en esta vida, observando que Dios puede usar el sufrimiento en beneficio del cristiano (1 Ped. 1:6,7).

v. 18a - Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

“Porque” (ὅτι) denota una división natural en el texto. Hasta este punto el apóstol ha mostrado la conducta apropiada del creyente cuando su fe es puesta a prueba; ahora la atención del creyente en la batalla se centra en la exaltación del Salvador para consuelo y seguridad de aquellos que todavía esperan con fe y esperanza ser rescatados de esta vida para la vida venidera.

¿Qué tan segura es la esperanza cristiana? ¿Puede el Cristiano ser tan audaz como para ofrecer una respuesta segura y cierta? Sí, dice Pedro. Ustedes tienen una esperanza viva a causa de su fe en Cristo, el que expió todos los pecados del mundo.

En una sola oración Pedro resume todo el alcance y la eficacia de la obra de Cristo. La primera parte de la oración nos dice lo que Jesús hizo y cuán eficaz fue su obra: “Cristo padeció una sola vez por los pecados”. “Una sola vez” (ἅπαξ) significa que fue necesario que Jesús muriera una sola vez. Los sacrificios del Antiguo Testamento obviamente fueron ineficaces porque tenían que repetirse. Jesús, de una vez por todas, ofreció el sacrificio perfecto.

Después, el Apóstol nos recuerda que Jesús es el Hijo de Dios, sin pecado, quien murió por los pecadores, “el justo (δίκαιος - singular) por los injustos (ἀδίκων - plural). Pedro nota específicamente que su muerte fue “en beneficio de (ὕπέρ) los injustos, para llevarnos a Dios”.

No puede haber ninguna duda de que Pedro declara la muerte de Cristo como la expiación vicaria. Jesús no es nuestro Salvador porque nos dio un ejemplo que deberíamos seguir para que pudiéramos salvarnos a nosotros mismos. Jesús es nuestro Salvador porque él es el perfecto Hijo de Dios que entregó su vida en nuestro lugar para llevarnos a Dios. Esta fe y esperanza no es una fe equivocada ni es una esperanza insegura. Jesús es nuestro perfecto sustituto que cumplió completamente su obra expiatoria en nuestro beneficio y nos ha llevado, sin pecado, a Dios.

vv. 18b-20 - ...Siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo

desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

La muerte de Jesucristo nos ha llevado a Dios. El cristiano tiene la esperanza de la vida eterna. Pero a veces esta fe en Jesús y esta esperanza en la vida eterna son puestas seriamente a prueba. Éste es el caso en particular cuando el cristiano sufre injustamente en manos del mundo. Qué beneficioso es para el seguidor de Cristo, entonces, escuchar a Pedro hablar de la exaltación del Salvador. El hecho de que Cristo es exaltado da consuelo y seguridad al creyente. Refresca la fe y fortalece la esperanza del cristiano. Dice que Cristo tuvo éxito y es digno de nuestra confianza. Declara que este Salvador todopoderoso y victorioso tiene el deseo y la habilidad de estar con nosotros en nuestras pruebas y finalmente llevarnos a la gloria.

La humillación de Jesús llegó a su fin cuando su cuerpo fue colocado en la tumba de José y su espíritu quedó al cuidado de su Padre. El texto dice que antes de la resurrección, el cuerpo de Jesús “fue vivificado por el Espíritu” y que también “fue y predicó a los espíritus encarcelados”.

La NVI traduce: “Él sufrió la muerte en su cuerpo, pero el Espíritu hizo que volviera a la vida”. La traducción de “en la carne” (σαρκί) (18b) es el dativo de medios y “el Espíritu hizo que volviera” (πνεύματι) es el dativo de agente. Parece más natural tomar los dos dativos como dativos de medios (“en la carne... en el espíritu”) como hace la RVR y la mayoría de las traducciones. Además, esto está en conformidad con las palabras de Jesús: “Tengo poder para ponerla [mi vida], y tengo poder para volverla a tomar” (Juan 10:18), no asignando esa obra al Espíritu Santo.

A “los espíritus encarcelados” (τὰ ἐν φυλακῇ πνεύμασιν) se les identifica como los espíritus de los incrédulos que vivían en la época de Noé. Puesto que la “cárcel” de cada incrédulo es el infierno, este versículo habla del descenso de Cristo al infierno y establece el tiempo de este descenso entre la muerte en la cruz y la resurrección el domingo. Pedro no quiere decir que sólo los espíritus de los hombres malvados de la época de Noé están en el infierno. Se refiere a ellos puesto que son un ejemplo obvio de una flagrante incredulidad. A pesar del testimonio de Noé (2 Ped. 2:5; Heb. 11:7) y del testimonio que el arca misma ofrecía, a pesar de la paciencia de un Dios que en su gracia concedió al mundo 120 años para arrepentirse, el mundo — con excepción de las ocho personas de la familia de Noé — no quiso creer en Dios ni seguirlo. El resultado final de su incredulidad fue la separación de Dios en el infierno, donde quedarán encarcelados para siempre.

A estas personas Jesús “predicó” (ἐκήρυξεν). Mientras en el Nuevo Testamento κηρύσσω con frecuencia se asocia con la predicación del evangelio, la palabra simplemente significa “proclamar”. No leemos nada acerca del evangelio que se predicó ni que los espíritus encarcelados tenían una segunda oportunidad para creer. El descenso

al infierno es nada más y nada menos que la proclamación de la victoria de Jesús sobre aquellos que no quisieron creer en él. La simiente de la mujer fue herida, pero la cabeza de Satanás fue aplastada.

vv. 21-22 - El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.

El agua del diluvio que trajo la muerte física a todo el mundo de incrédulos, salvó a Noé a y su familia (δι' ὕδατος). La preposición con el genitivo significa el agente por medio del cual algo ocurre. Pedro usa la imagen del valor del agua para recordarles a sus hermanos creyentes el valor de su bautismo con agua. El agua del diluvio (ἀντίτυπον) es un símbolo del agua del bautismo. Eso no quiere decir que el agua del diluvio salvó a Noé y a su familia de la muerte eterna. La salvación que se proporciona con el agua del bautismo está simbolizada por el agua del diluvio únicamente en que el sacramento corresponde a algo que ha ocurrido antes.

Las palabras de Pedro deben ser una fuente de consuelo para aquellos que han sido bautizados. Declara que el bautismo es mucho más que un rito de iniciación, mucho más que una ceremonia de la iglesia. El bautismo “nos salva”. *No* es un simple lavamiento exterior dependiente de un subsiguiente “lavamiento por el Espíritu Santo” para tener una limpieza completa tal como algunas sectas enseñan. El bautismo con agua en el nombre del Dios Trino es el bautismo en el cual el Espíritu Santo está presente. Aquí el Espíritu no sólo nos da una limpieza física sino una conciencia limpia hacia Dios. Una buena conciencia es una que no nos puede acusar del pecado y no nos puede condenar ante Dios.

Durante toda nuestra vida, cuando nuestra conciencia nos acuse de ser culpables ante Dios y nos haga sentir temor de la ira de Dios, nuestro bautismo nos da la seguridad de que Dios no nos puede condenar. Nuestros pecados han sido lavados.

Pedro añade un punto importante: “...por la resurrección de Jesucristo”. Sin la resurrección de Jesús no habría ningún bautismo, ninguna salvación, ningún consuelo que limpie nuestra conciencia cuando se nos persigue a causa de la justicia — de hecho la justicia no existiría. Puesto que Jesús resucitó, tenemos la prueba de su éxito para nuestro beneficio, y sabemos que nuestras conciencias no pueden acusarnos.

Pedro continúa con los acontecimientos de la exaltación de Cristo que empezó con su descenso al infierno. Después de su resurrección, Jesús ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios. La victoria de Jesús es completa. Pedro señala específicamente que Jesús está sentado en el lugar más alto de autoridad y potestad. Pedro añade que “ángeles, autoridades y potestades” están sometidos a Jesús. Con estas palabras las Escrituras describen las criaturas invisibles de Dios. Aquí estos nombres se refieren

especialmente a aquellos que se oponen a Dios y a Cristo.

El punto es que todas las cosas están bajo Cristo, aun aquellas que no podemos ver, ni mucho menos controlar. El consuelo para el cristiano es que el Salvador en quien hemos puesto nuestra confianza tiene el control completo sobre nuestros más temibles enemigos. Ellos no pueden dominarnos. Con tal Salvador, no hay ninguna razón para tener miedo de cualquier persona que quiera dañarnos con insultos o acusaciones amenazantes. Para el cristiano, zarandeado por palabras y acusaciones acaloradas del incrédulo, es un consuelo inmenso recordar que Jesús seguirá siendo su Salvador exaltado a la gloria. Al pensar en las palabras de seguridad que Pedro nos da en esta sección, también recordamos las palabras de Pablo a Timoteo: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Tim. 1:12).

Sugerencias homiléticas

Este texto es muy apropiado para la estación de la Pascua, puesto que nos recuerda que el fundamento de nuestra esperanza es la resurrección de Jesús. También esta perícopa se podría usar bien a fines de la estación de la Pascua. Pedro retrocede para que veamos todo lo que sucedió después de la muerte de Jesús en la cruz, es decir, el descenso al infierno y la resurrección de los muertos. Pero, Pedro también hace que fijemos la mirada en la ascensión de Jesús y su lugar de gloria a la diestra de Dios, acontecimientos que ocurrieron cuatro días después del sexto domingo de la Pascua.

A causa de su rico contenido doctrinal, este texto puede usarse para presentar lo que las Escrituras nos dicen respecto a los acontecimientos que ocurrieron después de la exaltación de Cristo. Con esto en mente, el predicador podría considerar recordar a sus oyentes las verdades que confesamos acerca del Señor exaltado y comparar esas verdades con los errores en esta área a los que se adhieren tantas otras denominaciones.

Con respecto al descenso al infierno, sería bueno acudir a la Fórmula de Concordia, Artículo IX. Este artículo tomado de un sermón que Martín Lutero predicó sobre este tema recomienda cautela. Lutero dijo:

Simplemente creemos que toda la persona, Dios y hombre, después del entierro, descendió al infierno, venció a Satanás, destruyó el poder del infierno, y le quitó al diablo todo su poder...pero no debemos investigar por curiosidad cómo ocurrió, sino esperar hasta el otro mundo donde no solamente este punto, sino muchos otros serán revelados, los cuales aquí simplemente debemos de creer, y no podremos comprenderlos con nuestra razón ciega. (*Concordia Triglotta*, Historical Introduction, p. 195).

Hacemos bien en expresar convincentemente lo que las Escrituras expresan y guardar silencio cuando las Escrituras guardan silencio.

Un esquema básico que divide el texto en dos partes naturales se centrará en el mandato y la exhortación:

Depositen su confianza en Cristo

1. Hablen de la esperanza que Jesús les da (vv. 15-17)
2. Vean que Jesús hace segura su esperanza (vv. 18-22)

Un esquema que destaca el significado clásico de la palabra “apología” podría plantear un tema único sobre este texto:

¿Presentan su defensa por Jesús?

Lo harán cuando:

- 1) Hablen de la esperanza que tienen en Cristo (vv. 15-17)
- 2) Fijen la mirada en Cristo (vv. 18-22)

Si el predicador prefiere poner énfasis en la exaltación de Cristo, desde que descendió del infierno y se sentó a la diestra de Dios, podría considerar un esquema que presente las verdades doctrinales en la primera parte y el mandato de confesar la verdad en la segunda parte:

Miren la exaltación de Cristo

1. Una verdad consoladora en la que podemos creer (vv. 18-22)
2. Una verdad preciosa que podemos confesar (vv. 15-17)

O:

Las buenas nuevas de la Pascua: ¡Cristo es exaltado!

1. Éstas son las buenas nuevas que podemos creer (vv. 18-22)
2. Éstas son las buenas nuevas que podemos confesar (vv. 15-17)

LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

Las Escrituras

Primera lectura: - Hechos 1:1-11

Epístola: - Efesios 1:16-23

Evangelio: - Lucas 24:44-53

El año eclesiástico

Hechos 1:1-11 resume las actividades de Jesús durante los cuarenta días después de su resurrección, incluyendo su ascensión. Una transición del Evangelio de Lucas, estos primeros versículos de los Hechos de los Apóstoles podrían servir como una extensión del Evangelio para el día. Jesús da a sus discípulos instrucciones de esperar al Espíritu Santo y confiar en él para recibir poder para que fueran sus testigos “hasta el fin del mundo”. La promesa del ángel del regreso de Jesús “de la misma manera” convierte la ascensión en un punto relevante para todas las épocas.

La lectura de la Epístola, Efesios 1:16-23, es una oración pastoral de Pablo basada en lo que significa la ascensión para los creyentes. El gran poder de Dios, que él ejerció exaltando a Cristo a su posición real en el cielo, también está disponible para la iglesia en la tierra.

Estrechamente relacionado con la primera lectura, el Evangelio, en Lucas 24:44-53, nos informa que Jesús explicó cómo las Escrituras del Antiguo Testamento se cumplieron en su sufrimiento, muerte y resurrección. Al comprender esto, los discípulos se alegraron de llevar a cabo su misión después de la ascensión.

Aunque estas tres lecturas son las mismas para los tres ciclos de la serie ILCW, transmiten un sentido de energía divina y de entusiasmo humano que merecen celebrarse anualmente el día de la Ascensión o al acercarse ese día.

El texto - Efesios 1:16-23

El marco para la Epístola de Pablo a los Efesios (ver segundo domingo después de Navidad) sugiere un fuerte vínculo entre el apóstol y estos santos entre los cuales había trabajado en dos ocasiones por algún tiempo (Hechos 18:18-21, 19:1-20:1). La llamada a la unidad entre los creyentes judíos y gentiles la fortalece un profundo punto de vista de Cristo como el soberano de todo. En su cuerpo, la iglesia, somos uno.

vv. 15,16 - Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros,

haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.

Aunque la serie CILA empieza esta lectura con el versículo 16, tal vez el versículo 15 sería un mejor punto para comenzar, ya que todas las traducciones lo incluyen como el principio del párrafo. “Por esta causa” (διὰ τοῦτο) es una referencia al hecho de que los efesios llegaron a ser cristianos “habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación” (v. 13). Por lo tanto, cuando Pablo más tarde escuchó informes acerca de la fe y el amor de ellos, dio gracias por ellos en sus oraciones. De hecho, fue una parte constante de sus oraciones (οὐ παύομαι). Note el *Seelsorge* del pastor para su rebaño.

v. 17 - Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.

Con una sola y larga oración en griego, Pablo les dice qué es lo que pide en oración para ellos. Ante todo, pide que el Dios trino les dé sabiduría, revelación y conocimiento pleno. Mencionar a las tres personas de la santa trinidad es algo muy natural para el autor (ver. 2 Cor. 13:14). No obstante, algunos preguntarían si πνεῦμα sin el artículo definido se refiere al Espíritu Santo o simplemente a espíritu. De todos modos, la fuente de la verdadera sabiduría es la misma. El conocimiento salvador de Dios él nos lo debe revelar (ver Juan 17:3).

vv. 18-19a - Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos; y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.

“Los ojos de vuestro entendimiento” es una expresión interesante que demuestra que καρδιά se puede usar, y muchas veces se emplea, no para significar un órgano que bombea sangre por las venas, sino como el centro de control de nuestro intelecto y de nuestros sentimientos (ver 2 Cor. 4:6). “Alumbrando” es un participio del original (πεφωτισμένος) que asocia este versículo con la petición anterior para el conocimiento.

Hay tres resultados que se esperan de esta petición para entendimiento espiritual: que sabrían (εἰς τὸ εἰδέναι) cuál es la esperanza a la que Dios los llamó por medio de la fe, las riquezas de la gloria de su herencia en el cielo, y la grandeza del poder de Dios para los creyentes. Cada frase se basa en la anterior para fortalecer el nivel de confianza de los cristianos que deben pasar tribulaciones en este mundo.

vv. 19b-21 - ...según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero;

Se habla de poder. Ese poder se define como “la operación del poder de su fuerza”. Tres

palabras (ἐνέργεια, κράτος, ἰσχύς) se concentran en las diferentes facetas del poder de Dios (δύναμις), esa “dinamita” que crea la fe por medio del evangelio (ver Rom. 1:16). Dios desató esta fuerza en los acontecimientos históricos y reales de la vida de Cristo, “resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en lugares celestiales”. Así vemos la prueba de que el poder de Dios está por encima de lo físico y lo espiritual, encima de los poderes temporales y eternos. Nadie es más grande que Dios. Y ahora Cristo ocupa esa posición de poder, “a su diestra”, concretamente, en todos partes.

vv. 22,23 - Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Finalmente, esta participación del poder con el Cristo exaltado y glorificado se manifiesta en una metáfora majestuosa. Cristo tiene “todas las cosas bajo sus pies” como los reyes antiguos que ponían el pie en el cuello del enemigo derrotado que estaba postrado ante su trono. Y él es la “cabeza sobre todas las cosas”, el presidente de la administración mundial de Dios. Esto se logró “para la iglesia” (τῇ ἐκκλησίᾳ), una construcción que indica o un don para la iglesia o algo hecho en beneficio de la iglesia. Aquellos que están en el mundo y fueron llamados para confiar en Cristo (la iglesia) son su “cuerpo” (σῶμα), cada miembro recibe dones especiales para usarlos para su servicio (ver 1 Cor. 12). Una asociación misteriosa nos une con Cristo como su “plenitud” (πλήρωμα). Así como el aire llena un vacío, o como la carbonización cambia el agua, así Cristo llena el universo con su presencia, y su iglesia lo llena. Con esos sublimes pensamientos, Pablo termina la oración por los cristianos en Éfeso.

Sugerencias homiléticas

Aunque en esta sección sólo se alude la ascensión, por supuesto el día de la Ascensión es un tiempo apropiado para predicar sobre estos versículos que ponen énfasis en la exaltación de Cristo. La idea de poder impregna por completo este texto. Después de ver el Hijo del hombre en su humillación por tanto tiempo, la estación de cuarenta días de posresurrección debe estar llena de himnos de gloria al Hijo de Dios. Sentarse a la diestra de Dios es un final apropiado.

Una ilustración de algún personaje prominente y contemporáneo que haya llegado a la fama podría ayudar con este punto. El contraste entre los famosos y ricos de este mundo (Howard Hughes, los Beatles) y la glorificación eterna de Cristo es eficaz. Un contraste con personajes de la televisión, como Supermán, podrían grabar la importancia de la superioridad de Cristo, por lo menos en los niños. No hay nadie en todo el universo que posea la grandeza de Cristo Jesús. Nadie ni siquiera puede imaginar a alguien o algo que posee tanto poder como él tiene, porque él es el Señor.

El contenido evangélico para este sermón se encuentra en la frase “a la iglesia”. Ésta es una expresión rica en aplicación. Luchamos “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de

maldad en las regiones celestes”, dice Pablo más adelante en esta misma carta (6:12). Y aún así nos asegura que Cristo reina victoriosamente. Confiando en él y en su palabra, no caeremos. Él intercede por nosotros cuando fallamos. Su Espíritu nos fortalece y nos faculta para vivir en fe y servir en amor. Nadie nos puede arrancar de su mano. Las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia (Mateo 16:18). Unidos con Cristo, como la viña a la vid (Juan 15:1-5), creceremos en fortaleza a medida que aprendamos más acerca de él, hasta que recibamos “las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”.

Combinando estos pensamientos, resulta este esquema:

Cristo es nuestro presidente

1. Por poder de Dios (vv. 19-20)
2. Sobre toda autoridad (vv. 21-22b)
3. Para su iglesia (vv. 22c-23, 15-18)

En algunas ocasiones el predicador podría preferir considerar este texto desde la perspectiva pastoral de Pablo. Se podría desarrollar un esquema similar a éste:

La oración de su pastor por la iglesia

1. Su agradecimiento para servir (vv. 15-16)
2. Sus peticiones para que:
 - a. Crezcamos en entendimiento (vv. 17-18)
 - b. Confiemos en el poder de Dios (vv. 19-23)

Una conclusión que captaría la esencia de este texto sería el poderoso poema de alabanza de Pablo en Filipenses 2:9-11: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre”.

SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

Las Escrituras

Primera lectura - Hechos 1:8-14

Epístola - 1 Pedro 4:12-17; 5:6-11

Evangelio - Juan 17:1-11

El año eclesiástico

Hechos 1:8-14 es la narración de la ascensión de Jesús al cielo y del regreso de los discípulos a Jerusalén para esperar la venida del Espíritu mientras seguían constantes en la oración. Es un texto oportuno, puesto que este domingo estamos viviendo después de la ascensión de Cristo y esperando el Día de Pentecostés. Hay una correlación con la Epístola del día, con referencia a la oración como parte de nuestra constancia cristiana. Esta misma correlación existe con el Evangelio, el cual es una porción de la gran oración de intercesión de Cristo.

La lectura de la Epístola es 1 Pedro 4:12-17; 5:6-11. Realmente, son dos textos separados, aunque pueden usarse juntos puesto que ambos presentan el tema de la perseverancia cristiana. La primera sección habla principalmente de la actitud del cristiano acerca del sufrimiento, poniendo un énfasis especial en el concepto de gozarnos cuando sufrimos, puesto que nos distingue como seguidores de nuestro Salvador sufriente. La segunda selección subraya la perseverancia del cristiano cuando enfrenta los ataques del diablo, e incluye palabras de ánimo para que dependamos del Señor y nos dé su fortaleza y ayuda.

El Evangelio se toma de Juan 17:1-11. Ésta es una porción de una de las más bellas oraciones documentadas para nosotros en las Escrituras. En el marco solemne del aposento alto nuestro Señor ora por sí mismo y por sus discípulos. Aquí lo vemos en su oficio como el gran Sumo Sacerdote, intercediendo por sus discípulos. Indica que muy pronto iba a dejar el mundo para regresar a su Padre, un pensamiento estrechamente relacionado con la fiesta de la Ascensión, celebrada sólo tres días antes de este domingo.

El Séptimo Domingo de Pascua, tradicionalmente llamado “Exaudi”, tiene un lugar muy especial en el calendario eclesiástico. Es el último domingo de Pascua, y por lo tanto la nota victoriosa de la Pascua todavía repica fuerte y claramente. Es el domingo después de la fiesta de la Ascensión, y por lo tanto, hay un espíritu de regocijo acerca del Cristo glorioso y reinante. Y este domingo es una transición para la fiesta de Pentecostés, y por lo tanto la promesa del Consolador nos llena de una esperanza especial.

El texto - 1 Pedro 5:6-11

El apóstol Pedro escribió la Primera Epístola de Pedro y la dirigió a “los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1:1). Los cristianos de estas congregaciones de Asia Menor estaban sufriendo presión de parte de sus vecinos paganos y tenían necesidad de instrucción, amonestación, consuelo y exhortación. Todo esto lo recibieron ellos del apóstol Pedro. La carta abunda en amonestación y exhortación, a medida que los anima a quedarse firmes en la fe y a llevar una vida santa.

Toda esta epístola se refiere a los cristianos en general, pero periódicamente tiene palabras particulares para personas que se encuentran en estados específicos de la vida (como esclavos, esposos, esposas). Aquí, en el capítulo 5, dirige sus comentarios iniciales a los ancianos (πρεσβύτεροι), los pastores de las varias congregaciones de Asia Menor (5:1). También tiene palabras particulares de amonestación para los jóvenes (νεώτεροι) de la congregación (5:5). En especial, les dice que deben someterse a sus ancianos y ser humildes en su relación con todos los demás. Esto es una transición natural que conduce a las palabras de nuestro texto, el cual empieza subrayando la necesidad de humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Aunque las palabras del texto se pueden aplicar a los jóvenes y a los pastores cristianos, Pedro las dirige a todos los cristianos de Asia Menor. Estas palabras tienen un profundo significado y una gran aplicación para los cristianos de todas las épocas.

v. 6 - Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo.

En el griego, ταπεινώθητε es un verbo en la voz pasiva que significa “rebajarse a sí mismos”, aquí se traduce como “humillaos”. En los versículos anteriores se había exhortado a los jóvenes a someterse a los ancianos. Aquí la admonición posee un gran alcance. Es un imperativo para que todos nosotros seamos humildes. A veces Dios puede usar las aflicciones para darnos una lección de humildad. Cuando llegan estas aflicciones, estamos tentados a irritarnos y el orgullo puede llenarnos de un espíritu de resentimiento y quejas. Pero el verdadero cristiano humilde se someterá voluntariamente bajo la mano aleccionadora del Dios todopoderoso que lo dirige.

Debemos confiar totalmente en Dios y en su poder, y no en el nuestro. Dios en su misericordia nos sacará del abismo de la aflicción, o nos dará fuerzas suficientes para llevar cualquier cruz que haya sido puesta sobre nosotros. Eventualmente nos exaltará junto con todos los creyentes al reino eterno de los cielos donde disfrutaremos de su gloria para siempre. Jesús nos lo aseguró cuando dijo: “El que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12; Lucas 14:11).

v. 7 - Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.

Sin duda, los cristianos en Asia Menor, humanamente hablando, tuvieron mucho de qué

preocuparse. Pero Pedro los exhorta a que dejen de preocuparse. La palabra clave aquí es μέριμνα que se puede traducir “cuidado”, “preocupación” o “ansiedad”. Cada cuidado, cada preocupación que tengamos, cualquier cosa que nos moleste, podemos depositarla en nuestro Padre celestial. Y así, es innecesario que los cristianos se preocupen. Recordamos las palabras de advertencia que Jesús dijo en su sermón del Monte (ver Mateo 6:25-34). Este versículo es una gentil invitación a orar a Dios en todo tiempo con la promesa de que él escuchará y responderá nuestras oraciones. Como dice el refrán: ¿Por qué te preocupas cuando puedes orar? Es bueno poner nuestra confianza en el Señor.

v. 8 - Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

Mientras confiamos en Dios, debemos mantenernos firmes contra los ataques de Satanás. El apóstol menciona dos advertencias: Νήψατε, que significa “ser templados, ecuanímenes” y γρηγορήσατε, que significa “velar, estar atentos”. Nuestra mente debe estar alerta y clara, no empañada con las preocupaciones de esta vida, para que Satanás no nos coja desprevenidos. Tal vez Pedro recordaba la amonestación que recibió en el huerto de Getsemaní: “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mateo 26:41). Y probablemente era un doloroso recuerdo de su propia caída en el patio del sumo sacerdote.

Necesitamos vigilar, porque el diablo es un adversario poderoso. La palabra que se usó aquí para el diablo es διάβολος, “el que acusa falsamente, el calumniador”. Es uno de los muchos nombres que tiene el diablo, todos ellos términos siniestros. Se le compara con un león que ronda en busca de su presa, “el rey de las bestias” que ruge fuertemente e intimida a su presa hasta que se encoge de miedo ante él sin poder hacer nada. De la misma manera, el diablo usa todas las formas de maldad y de tentación para que los cristianos queden sumidos en un estado de terror impotente o debilitarlos para que sean víctimas de sus ataques. Espera alejar tantas almas como sean posibles de Cristo para su reino de tinieblas. Pedro representa al diablo como un león peligroso que ronda en busca de su presa.

v. 9 - Al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.

Pedro anima a los cristianos a estar a la defensiva. Deben mantenerse firmes en la fe para poder resistir las tentaciones de Satanás. El colega de Pedro, Santiago, da una exhortación similar: “Resistid al diablo y huirá de vosotros” (Sant. 4:7). La fe que se aferra firmemente a Cristo y a su palabra puede vencer a Satanás. Como Martín Lutero señaló en el himno de la Reforma: “Condenado es ya, por la Palabra santa”. Debemos hacer uso del arsenal de la palabra de Dios para ganarle la victoria al maligno.

Es también de gran consuelo saber que no estamos solos en esta lucha contra Satanás.

Nuestros hermanos en la fe en todo el mundo pasan por los mismos sufrimientos y tentaciones. El mundo es el “territorio” del diablo y por lo tanto podemos esperar que él esté activo en cualquier parte que vayamos. Pero Cristo no solamente está en todas partes, es todopoderoso.

¡Qué gran consuelo debió haber sido este pensamiento para los cristianos en Asia Menor que sufrían a causa de su fe! Parece que en el tiempo en que Pedro escribió esta carta (a mediados de los 60 d.C.) la persecución se había extendido por todo el mundo Mediterráneo, y todavía vendría lo peor. Era de vital importancia para estos cristianos (como lo es para nosotros) estar al tanto de los peligros que amenazan, para que una seguridad falsa o un descuido no nos haga caer.

v. 10 - Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.

El apóstol cierra con este versículo el cuerpo principal de esta Epístola. Nuestra fortaleza y esperanza están en la gracia de Dios, el amor no merecido que muestra a cada uno de nosotros. Por la gracia de Dios hemos sido llamados a su reino. Por gracia, Dios envió a su Hijo para morir por nuestros pecados. Por su gracia en Cristo esperamos una gloria eterna.

Pedro apela a este Dios de gracia para que nos ayude a soportar los sufrimientos de esta vida, los cuales serán una gota en el océano en comparación con la eternidad. Note una vez más cómo Pedro se preocupa por los cristianos que sufrían, a quienes su fe se estaba poniendo a prueba seriamente. Pero, note también que les asegura que sus sufrimientos son sólo por “un poco de tiempo”.

Usa tres verbos para enfatizar la solidez de las promesas de Dios que nos visten con todo lo necesario para soportar el sufrimiento. Estos verbos son: καταρτίσει – “restaurar, perfeccionar, tejer”; θενώσει – “fortalecer”; θεμελιώσει – “hacer firme, establecer”. Todos estos verbos se encuentran en el futuro, lo cual significa que son una promesa segura de Dios. No tienen ninguna condición atada a ellas. Tenemos algo sólido en que podemos confiar. El Dios de toda gracia y de poder nos guiará seguros hasta la gloria eterna. ¡Qué seguridad tan bienaventurada!

v. 11 - A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Pedro termina la oración con una breve doxología, que desde luego es apropiada después de todas las convicciones que se dieron en el versículo anterior. Reconocemos el poder (κράτος) de Dios y le damos toda la gloria a él. Lo hacemos ya. Y esperamos esa gloria futura cuando podamos alabar y darle gracias para siempre. Ἀμήν se usa para expresar la confianza que Pedro tiene en el Señor. Nosotros también podemos decir “Amén” con un corazón confiado y agradecido.

Sugerencias homiléticas

La aplicación principal del texto es la exhortación a perseverar en la fe. También hay aquí muchos puntos subordinados que podrían servir como puntos principales para una presentación homilética. Este texto está lleno de consuelo y consejos prácticos, el tipo de texto que un pastor quisiera asignar a sus miembros para que lo memoricen.

Antes de dejar esta tierra, una de las principales amonestaciones que Jesús dio a sus discípulos fue el mandato de permanecer fieles en la fe. Así este tema es oportuno, mientras miramos atrás a la ascensión de Cristo y al futuro a Pentecostés. Al igual que los discípulos de Jesús, estamos en el mundo con un propósito. Estamos aquí para ser testigos de él (ver Hechos 1:8), para dejar brillar nuestra luz (ver Mateo 5:16), y para hacer todo para la gloria de Dios (ver 1 Cor. 10:31). Para hacer todo eso eficazmente, debemos permanecer firmes en nuestra fe cristiana a pesar de la ansiedad que genera nuestra naturaleza pecadora y a pesar de las tentaciones que Satanás nos ponga en el camino. Nuestro triunfo está en el Señor, quien en gracia nos ha llamado a ser suyos y ha prometido mantenernos firmes y constantes. Este tema de la perseverancia también sería bueno como un excelente texto para un domingo de confirmación. O se podría usar este mismo tema para el domingo de la Reforma. Algunos temas que se pueden considerar son los siguientes:

Pedro fortalece a sus hermanos

1. Les señala los peligros
2. Les indica su única defensa eficaz

O:

Perseveren en la fe

1. Con humildad (v. 6)
2. Con oración (v. 7)
3. Vigilando (v. 8)
4. Confiando en Dios (vv. 9-11)

O:

Consejo divino para los cristianos preocupados

1. Humíllense (v. 6)
2. Echen sus ansiedades sobre él (v. 7)
3. Vigilen (v. 8)
4. Perseveren en la fe (vv. 9-11)

Si prefiere preparar un sermón sobre el tema de la humildad, podría usar el versículo 6. Tal vez podría presentar este tema desde la perspectiva del control divino de Dios sobre

nosotros y nuestra necesidad de someternos bajo su mando y voluntad. Un posible tema sería:

El poderoso Soberano

1. Él los humillará
2. Él los exaltará

Hoy día se escucha mucho sobre el estrés, la ansiedad y “estar quemado”. Los cristianos no están inmunes a esto. El mejor antídoto contra el estrés es confiar en el Señor y seguir en la oración. El versículo 7 trata este tema muy bien. Si celebra un “domingo de oración” o prefiere presentar este tema aparte usando el título de la ansiedad, éste sería un buen texto. Algunos de los temas que se pueden considerar:

La cura divina contra la ansiedad

1. Echen su ansiedad sobre Dios
2. Él los cuida

O:

Podemos confiar en Dios todo el tiempo

1. La ansiedad socava nuestra confianza
2. La oración fortalece nuestra confianza

Otro tema que podría recibir un énfasis especial sería Satanás y su obra. Aunque Cristo venció a Satanás (ver Heb. 2:14) y no tiene ningún poder permanente sobre nosotros, debemos estar conscientes de que Satanás todavía está activo y lo estará mientras el mundo exista, y es un formidable adversario. Por lo tanto, una advertencia es apropiada. Aquí hay algunos posibles temas sobre los versículos 8 y 9:

Guárdense de Satanás

1. Velen (v. 8)
2. Resistan (v. 9)

O:

El adversario del cristiano

1. ¿Quién es nuestro adversario? (v. 8)
2. ¿Cómo lo resistimos? (v. 9)

Si prefiere tratar los versículos 10 y 11 juntos, podría enfatizar la gracia y el poder de Dios como los dones supremos que nos ofrece. Estos versículos manifiestan a Dios como la fuente a quien podemos acudir en cada necesidad. Son palabras de mucho ánimo para el pueblo de Dios. Algunos posibles temas son:

Acudan a Dios

1. Para que les dé ánimo
2. Para que les dé fortaleza

O:

Los diversos dones de Dios para nuestras diversas necesidades

1. Dios nos restablecerá
2. Dios nos fortalecerá

PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Joel 2:28, 29

Epístola—Hechos 2:1–21

Evangelio—Juan 16:5–11

El año eclesiástico

Los tres textos escogidos para la fiesta de Pentecostés son todas elecciones naturales. La lectura del Antiguo Testamento, Joel 2:28,29, nos presenta la profecía mejor conocida del Antiguo Testamento del derramamiento del Espíritu en el Pentecostés. El Evangelio, Juan 16:5-11, es una parte del discurso de Jesús a los discípulos en el aposento alto el Jueves Santo en el cual predice la venida del “Consolador”. La Epístola, Hechos 2:1-21, narra el derramamiento milagroso junto con la primera mitad del sermón de Pedro.

¡El tema del día es obvio! Dios, en estos últimos días, ha derramado su Espíritu sobre toda la gente.

Información del Antiguo Testamento sobre las circunstancias de la fiesta de Pentecostés

La fiesta de Pentecostés en el Antiguo Testamento fue una de las tres celebraciones anuales de la cosecha de los israelitas antiguos (junto con la presentación de las primicias y la fiesta de recogimiento o de Tabernáculos, durante la cosecha de las uvas en el otoño). Los cereales en Israel se cosechan en la primavera, y en el Pentecostés se esperaba que los israelitas presentaran al Señor “las primicias de la siega del trigo” (Éx 34:22). El Pentecostés también fue una de las tres grandes fiesta en la que cada israelita debía reunirse en Jerusalén (Éx 23:17; Éx 34:23; Dt 16:16, 17). Otros nombres para Pentecostés son la fiesta de las Semanas, la fiesta de la Cosecha y el día de las Primicias; las referencias del Antiguo Testamento son Éxodo 23:16; Éxodo 34:22; Levítico 23:15–22; Números 28:26–31; y Deuteronomio 16:9–12.

No es totalmente preciso decir que el Pentecostés del Antiguo Testamento se celebraba 50 días después de la Pascua. En realidad, el Pentecostés se celebraba cincuenta días después de la presentación de la primera gavilla de trigo (Lev. 23:15). La presentación de la gavilla de trigo formaba parte de la fiesta de los panes sin levadura, y al parecer se hacía el domingo después de la Pascua (Lev. 23:11). El Pentecostés, entonces, fue el quincuagésimo día después del primer domingo después de la Pascua.

La tipología de Pentecostés y otras fiestas de la primavera para la vida de Jesús es notable. El día en que los israelitas buscaban un cordero pascual, Jesús entró en Jerusalén. El día en que los israelitas se ocupaban en matar y comer sus corderos pascuales, Jesús estaba en la cruz como nuestro “Cordero de la Pascua” (1 Cor. 5:7). El día en que los israelitas presentaban la primera gavilla de la cosecha de trigo (el domingo después de la Pascua), Jesús resucitó de los muertos como “las primicias de los que durmieron” 1 Cor. 15:20). Y el día en que los israelitas presentaban las primicias de su cosecha de trigo al Señor (el Pentecostés), se hizo la primera recolección de almas en la iglesia. “¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!” (Ro 11:33).

El texto - Hechos 2:1–21

v. 1— Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos.

Se puede presentar un buen argumento por suponer que sólo los doce apóstoles estaban presentes en el Pentecostés. La promesa de un derramamiento especial del Espíritu se les dio el Jueves Santo (Jn 14:46). En el Pentecostés los observadores preguntaron: “¿No son galileos todos estos que hablan?”. (¿Habría sido el caso con un grupo de 120 hombres?) Hechos 2:14 dice: “Pedro, poniéndose en pie con los once”. También, sólo los apóstoles después confirieron los dones carismáticos a otros.

Sin embargo, la mayoría de los maestros cristianos supone que un grupo mayor de creyentes estaba presente, “como ciento veinte en número” (Hech. 1:15). El primer versículo dice: “estaban todos unánimes juntos”. Aunque esto se puede entender con referencia a todo los apóstoles (los once y Matías), puede implicar el grupo mayor de creyentes.

También el local del acontecimiento del Pentecostés está en duda. Según Hechos 1:13, los discípulos permanecían en un aposento alto. Hechos 2:46 dice acerca de los primeros creyentes que se reunían diariamente en los patios del templo y comían juntos en sus hogares. Lucas no consideró que aquí fuera necesario especificar aquí el lugar.

vv. 2–4— y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran.

Tres fenómenos inusuales acompañaron al derramamiento del Espíritu Santo— el sonido de un viento fuerte, lo que parecían ser lenguas de fuego, y la habilidad que hablar en diferentes lenguas. El comentario de F. F. Bruce respecto al viento en realidad se aplica a los tres fenómenos: “Tal vez no tiene caso hacer preguntas explícitas acerca de este viento, porque no hay ninguna probabilidad de que se contesten satisfactoriamente”. ¡Resulta imposible explicar plenamente los acontecimientos milagrosos!

Se puede notar que la traducción de la NVI de διαμεριζόμεναι en el versículo 3 ofrece una interpretación diferente de la RVR. La RVR traduce “lenguas de fuego que se repartieron”, es decir, lenguas que estaban divididas. La NVI, como la mayoría de las traducciones modernas, lo representa como una masa de fuego que se dividía en lenguas individuales que luego se posaron sobre la cabeza de los discípulos.

Podemos estar seguros de que, cuando los discípulos en el Pentecostés hablaban “en lenguas (γλώσσαις), hablaban en lenguas genuinas. Dice que la multitud estaba confusa, porque cada uno los oía hablar en su propia “lengua” (διαλέκτω).

vv. 5–13— Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Al oír este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban atónitos y admirados, diciendo: —Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: — ¿Qué quiere decir esto? Pero otros, burlándose, decían: —Están borrachos.

El propósito principal de los fenómenos extraños parece haber sido el de atraer la atención. Las señales llamaban la atención, y para eso funcionaba muy bien. Reunían una multitud de curiosos, deseosa de escuchar hablar a los apóstoles. Éste fue el propósito de los dones carismáticos durante toda la época apostólica. Los dones carismáticos confirmaron la presencia del Espíritu entre los apóstoles y autenticaron su mensaje como un mensaje de Dios (Mc 16:20).

La multitud que se reunió era de un variado carácter, debido en parte a la observancia de esta fiesta de peregrinaje. Los países mencionados forman un “gran círculo alrededor de la Tierra Santa, comenzando en el oriente, dirigiéndose hacia el oeste, al norte, y terminando en el sur” (Lenski). En resumen, gente de todas partes del mundo estaba presente. Y, en consecuencia, la iglesia del Nuevo Testamento en su inicio incluía a gente de todas las naciones, así como lo había profetizado el Antiguo Testamento.

vv. 14–21— Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: «Judíos y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras, pues estos no están borrachos, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Pero esto es lo dicho por el profeta Joel: »“En los postreros días—dice Dios—, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre,

fuego y vapor de humo; el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y glorioso. Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”.

En el sermón de Pentecostés, Pedro revela que el Espíritu trajo algo más que sólo señales externas de su venida. El Espíritu también trajo a los discípulos un entendimiento de la verdad y audacia que no habían manifestado anteriormente. Ahora Pedro entiende claramente la misión de Jesús (Hch 2:21,38). También tiene el “poder de lo alto” para testificar audazmente. Desaparece toda timidez. La verdad y el poder, por supuesto, fueron los dos dones del Espíritu que Jesús particularmente había prometido (Jn 14:16, 17; 16:12; Lc 24:49; Hch 1:8).

El sermón de Pedro fácilmente se puede dividir en dos partes. En los versículos 14-21, Pedro explica los fenómenos que habían reunido a la multitud asombrada. Responde a la pregunta: “¿qué significa esto?” (2:12). En los versículos 22-36, predica la ley y el evangelio, y audazmente proclama que Jesús es tanto “Señor y Cristo”. Para explicar los fenómenos extraños, Pedro cita Joel 2:28-32. Dios prometió en el Antiguo Testamento que derramaría su Espíritu (vea también Isa 32:14, 15; 44:3; Eze 36:27; 37:14; 39:29). Pedro sencillamente dice: “Ahora estamos en los días postreros y Dios ha derramado su Espíritu así como prometió”.

Una característica del derramamiento del Espíritu según la profecía de Joel es su universalidad. El Espíritu debe ser derramado sobre toda la gente— sobre ambos sexos, jóvenes y viejos, gente de toda posición social. Por supuesto que esta universalidad es una característica de la obra del Espíritu en tiempos del Nuevo Testamento. El Espíritu estaba muy activo en el Antiguo Testamento, estimulando la fe y dando poder al pueblo de Dios. Pero en su mayor parte su actividad se limitaba a una nación: los israelitas.

El Espíritu en tiempos del Nuevo Testamento llevará al pueblo de Dios a “ver visiones” y “soñar sueños”, dice Joel. Nosotros, como cristianos del Nuevo Testamento que no somos apóstoles, no tenemos ninguna promesa de guía y revelación directa de Dios mediante visiones y sueños. El pastor Arthur Clement nos da una explicación sensata de estas visiones y sueños en su libro *Pentecost or Pretense [Pentecostés o fingimiento]*: “El precioso evangelio de Cristo grabado en el corazón por el Espíritu Santo llena la imaginación del creyente con la esperanza. Puede imaginar la prometida felicidad celestial y prever el poder del evangelio que obra y avanza por el mundo entero. Sí, visiones de naciones y pueblos convirtiéndose en hermanos y hermanas en Cristo”.

Joel también dice que el Espíritu llevará al pueblo de Dios a “profetizar”. El significado fundamental de la palabra “profetizar” es “hablar por otro”. Aquí el pensamiento sencillamente es que el pueblo de Dios, por medio del Espíritu, hablará por Dios. Transmitirán su mensaje a otros. El pasaje no habla del ministerio pastoral en particular, sino de la actividad del pueblo de Dios en general. La manera correcta de profetizar en la

congregación local se explica en 1 Corintios y 1 Timoteo. El punto sencillamente es que en los tiempos del Nuevo Testamento hombres y mujeres testificarán libremente según sus diferentes vocaciones y oportunidades.

Estos versículos que predicen el Pentecostés (vv. 17, 18) se encuentran relacionados con algunos versículos que describen el juicio final (vv. 19–21). En la “perspectiva profética” de Joel, tanto el Pentecostés como el juicio final estaban en los días postreros, y por tanto se podían relacionar. Pedro los mantiene juntos aquí. Tal vez Pedro quería incluir el versículo 21 en su cita, puesto que sirve como una buena transición para la proclamación acerca de Jesús. Tal vez creía que las palabras sobre el día del juicio contribuían a su argumento. La implicancia puede ser: “¡Mira! En los días postreros el número de señales inusuales aumentará, culminando con la destrucción de los cuerpos celestes en el día del juicio. No te sorprendas por lo que sucede ahora cuando se derrama el Espíritu”. En todo caso, es un recordatorio para nosotros. Desde el Pentecostés, estamos en los días postreros. Ha comenzado la época mesiánica, y sólo queda un acontecimiento más en el plan divino de la salvación: el juicio final.

Sugerencias homiléticas

Con una historia como el Pentecostés, se podrían desarrollar varios sermones muy distintos, aprovechando la variedad de verdades y valores de predicación en la historia. Aquí se presentan cuatro esquemas posibles de sermones, cada uno con pensamiento distinto y propio.

Los dones del Espíritu en el Pentecostés

1. Señales especiales
2. Un entendimiento de la verdad
3. Audacia

Este sermón se concentra en lo que el Espíritu trae cuando viene. Al ver los cambios en Pedro y en los discípulos, sabemos que el Espíritu trajo tres dones en el Pentecostés. Sin embargo, las señales especiales no duraron, de modo que se puede decir que el Espíritu Santo trae dos regalos a nosotros. Aquí será una buena oportunidad para explicar el propósito y la naturaleza temporal de las señales especiales y para guiar a los oyentes a los dones mayores del Pentecostés de la verdad y la audacia.

El Pentecostés — la fiesta de la Cosecha de Dios

1. La cosecha del trigo del Antiguo Testamento
2. La cosecha de almas del Nuevo Testamento

Sin duda, muchos cristianos no están conscientes de la fiesta del Pentecostés del Antiguo Testamento, y por tanto pierden algo de la hermosura en la historia de Hechos 2. En este sermón el predicador podría explicar la fiesta del Antiguo Testamento y luego mostrar que es un tipo de lo que sucedió cuando el Espíritu fue derramado y se recogieron tres mil personas como las “primicias” de la iglesia. Se podría hacer una buena aplicación de

la obra misionera en la segunda parte. (¡El propósito del Espíritu cuando viene para llevar las almas perdidas a Jesús!) También, sería fácil señalar la maravillosa sabiduría de Dios en la forma en que guió la historia e interrelacionó los Antiguo y Nuevo Testamentos.

Estamos en los “días postreros”

1. Ha sucedido el derramamiento prometido del Espíritu Santo (vv. 1–18)
2. El día de juicio puede llegar en cualquier momento (vv. 19–21)

Este sermón presenta una oportunidad para explicar el pasaje de Joel 2, un pasaje que puede confundir a mucha gente. También puede aumentar la conciencia de que estamos en la última escena del gran drama divino de la salvación humana. Todo está en su lugar — excepto el juicio. ¡Estén preparados!

Dios ha derramado su espíritu

1. Sobre toda carne (vv. 4, 17a)
2. Para llevarlos a testificar con audacia (vv. 14, 17b, 18)

Este esquema tiene la intención de subrayar las formas en que la actividad del Espíritu en la iglesia del Nuevo Testamento es diferente de la actividad en tiempos del Antiguo Testamento. Las diferencias no son fáciles de identificar y de expresar, pero desde luego que estos dos puntos de la profecía de Joel son válidos. En tiempos del Nuevo Testamento, hay una universalidad en la obra del Espíritu que no era el caso en el Antiguo Testamento. Y en los tiempos del Nuevo Testamento, la obra del Espíritu se centra más en el testimonio audaz de la verdad de toda la gente que en los tiempos del Antiguo Testamento. Una persona que no está informada podría escuchar la historia de Pentecostés y concluir que el Espíritu Santo no había estado activo anteriormente. Este sermón eliminaría esa idea equivocada. El sermón también permitiría una aplicación respecto a dar testimonio.

LA SANTA TRINIDAD

PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Deuteronomio 4:32–34, 39, 40

Epístola—2 Corintios 13:11–14

Evangelio—Mateo 28:16–20

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento es Deuteronomio 4:32–34, 39, 40. Los israelitas habían gozado de una relación especial con Dios— una relación única. “¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer?”. Moisés explica claramente que es una relación que inició el Señor en beneficio del hombre.

En la segunda parte de la lectura Moisés anima a que ellos por su parte den una respuesta digna. Menciona primero una respuesta del corazón, que mira a Dios como Señor de todo. Menciona guardar los decretos y mandatos del Señor cuando el Señor los bendice. Esta nueva relación especial con Dios exige una respuesta en su pueblo.

La lectura de la Epístola para el domingo es 2 Corintios 13:11–14. En su despedida al final de esta carta, el apóstol Pablo enfoca nuestra atención en la relación especial que tenemos con nuestro Dios y con nuestros hermanos cristianos. Mientras gozamos de esta relación, estamos conscientes de que nos falta perfección y de que tenemos necesidad de enmendar nuestros caminos pecaminosos; gozamos del consuelo que nuestro Dios da con el perdón de los pecados; encontramos consuelo al estar en paz con Dios. Esta relación que tenemos con Dios produce otra relación especial — con nuestros hermanos cristianos. Ésta es una relación de amor, paz y armonía.

El Evangelio es Mateo 28:16–20. La relación especial que Jesús ha establecido con sus discípulos no se suspendería con su ascensión inminente. Jesús prometió a sus seguidores que mientras hacían la obra que él les daba, él estaría con ellos, continuando esa relación especial.

Las tres lecturas hacen que pongamos nuestra atención en lo que el Dios trino realmente significa para nosotros. No podemos comenzar a comprender la Trinidad pero vemos claramente lo que ha hecho el Dios trino, lo que está haciendo y lo que hará para nosotros y todos los creyentes. Esas lecturas ofrecen un mensaje práctico.

Segunda de Corintios

Pablo escribió la Segunda Carta a los Corintios desde Macedonia, posiblemente desde Filipos, y es probable que entre el 55 y 57 d.C. La relación entre la congregación de Corinto y Pablo a veces había sido difícil, por no decir más. Había fundado la congregación en su segundo viaje. Mientras Pablo pasaba un tiempo prolongado en Éfeso en su tercer viaje, recibió informes de problemas y maltratos en Corinto. En respuesta, escribió su primera carta a la congregación atribulada. Cuando Timoteo después de esa carta hizo una visita, el informe negativo que presentó a Pablo provocó una “visita dolorosa” a Corinto. Cuando Pablo regresaba de Corinto a Éfeso para seguir con su obra allí, planeaba todavía hacer otra visita a Corinto para seguir recogiendo fondos para los pobres de Jerusalén. Después que había llegado a Asia, Pablo recibió aún otro informe inquietante de acontecimientos y actitudes en la congregación; y antes que dejara Asia, Pablo envió una “carta severa” con Tito a esa gente rebelde. Pablo estaba en Macedonia cuando Tito regresó con el informe de la recepción de esta carta “perdida”. Trajo buenas noticias; los corintios se habían arrepentido. Pero no todas las noticias eran buenas, sólo una mayoría había reaccionado como se debía; y la ofrenda para los santos estaba paralizada. En este momento, Pablo, por inspiración de Dios, escribió Segunda de Corintios.

En esta segunda carta, tenemos un extenso tratamiento de la autoridad apostólica de Pablo, una perspectiva general de su obra, un principio relacionado con la recaudación para los santos y una defensa de las acusaciones que hicieron los enemigos de Pablo.

El texto—2 Corintios 13:11–14

El texto para el primer domingo después de Pentecostés, la Santa Trinidad, se compone de los últimos versículos de la carta de Pablo. Acababa de decirles que iría y trataría con dureza a los impenitentes entre ellos, revelando su autoridad como apóstol. Sin embargo, ruega que hagan lo que es correcto, para que no tuviera que demostrar el poder que Cristo le dio. En otras palabras, otra vez revela su celo desinteresado en beneficio del reino de Dios y su amor por los miembros individuales en ese reino.

Al llegar al final de la segunda carta de Pablo para los cristianos en Corinto, escuchamos el llamado firme y bondadoso para el bien espiritual y eterno de ellos. Está consciente de la relación que tienen con Dios, la relación con él como apóstol del Señor, y la relación que tienen unos con otros como hermanos y hermanas en Cristo.

v. 11—Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.

A pesar de los informes que Pablo había oído, a pesar de lo que él mismo había visto entre ellos y a pesar de lo que Pablo había pensado necesario decir y hacer, todavía

consideraba a estos corintios como hermanos y hermanas en Cristo. De hecho, actuó de esa forma debido al reconocimiento de esa relación especial entre ellos y Cristo y esa relación especial entre ellos y él.

Al final de una carta, *χαίρετε*, que literalmente significa “regocíjense”, da la idea de “adiós”.

El primero de los dos imperativos pasivos (*καταρτίζεσθε* and *παρακαλεῖσθε*), Pablo bondadosamente pide que los corintios cambien, que enmienden sus caminos, para que puedan ser restaurados a la condición debida. En el segundo imperativo, vemos que hay más de un pensamiento posible. Un pensamiento es que Pablo anima a estos cristianos a recibir y aceptar su exhortación para que se preocupen por mejorar su comportamiento. Pablo también anima a estos cristianos a encontrar consuelo en el perdón y el amor de Dios.

Con los dos imperativos activos (*φρονεῖτε* y *εἰρηνεύετε*), el apóstol resalta la unidad y la armonía entre los creyentes de Corinto. Mientras centren su atención, mientras pongan su mente en la misma cosa, vivirán en paz unos con otros por la gracia de Dios. Esto será prueba de la presencia de Dios entre ellos.

El término *ἀγάπη* significa el amor de comprensión y propósito, el amor que es eficaz debido a su origen divino. El término *εἰρήνη* significa la paz que el creyente tiene con Dios debido a la eliminación de su pecado y culpa en Jesús. Esta paz prevalece cuando se considera a Dios como un amigo y todo está bien.

Puesto que Pablo está escribiendo a cristianos, escribe a aquellos que tienen la presencia de Dios, su amor y paz. Tienen lo que Jesús mencionó en Juan 14:23. Por supuesto, no está sugiriendo que se puedan ganar de ninguna forma la presencia, el amor y la paz de Dios.

v. 12— Saludaos unos a otros con ósculo santo.

El aoristo de la acción simple (*ἀσπάσασθε*) revela que este saludo era la manera apropiada de saludarse de estos cristianos. Pablo dice que aunque había habido problemas y divisiones en la congregación, era apropiado seguir con esta costumbre de dar un beso santo como expresión de la unidad y el acuerdo espiritual restaurado. Este saludo fue, según sus costumbres, una expresión de la relación especial que compartían en el Señor.

v. 13— Todos los santos os saludan.

Pablo recuerda a los cristianos en Corinto que tienen una relación especial con los hermanos creyentes que va más allá de su congregación y ciudad. Todos los santos, todos los que han recibido limpieza espiritual en Cristo por el don de la fe, todos los creyentes

que conocían los problemas de la congregación de Corinto, querían que supieran que sus hermanos cristianos estaban con ellos. Había compasión y apoyo. Pablo quería que ellos supieran esto.

Muchos combinan los versículos 11 y 12, haciendo el versículo 13 el último de la carta. Martin Lutero es uno de ellos.

v. 14—La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.

El apóstol Pablo aquí usa lo que ha llegado a llamarse la bendición trinitaria o apostólica. Pronuncia sobre estos creyentes de Corinto las bendiciones del Dios trino. Mediante la obra redentora del Hijo, descansa sobre ellos la gracia de Dios. Porque Jesucristo, su Salvador y Mesías, los compró, pertenecen a él como sus súbditos. Él es su Señor. Gobierna todo en su beneficio; y los dirige en sus vidas. Mediante la obra creadora y de preservación del Padre, Dios les otorga muchos dones y bendiciones. Mediante la obra santificadora del Espíritu Santo, Dios los ha puesto en una relación especial con él y con sus hermanos cristianos. Pablo les desea todas estas bendiciones, junto con todas las demás bendiciones y dones relacionados.

Aquí Pablo no intenta dividir la gracia, el amor y la comunión en entidades separadas, como tampoco está tratando de negar la unidad del Dios trino en cumplir el plan de nuestra salvación. Por consiguiente, este versículo ofrece una maravillosa oportunidad para tratar con el misterio divino de la Trinidad — la individualidad, y sin embargo la unidad de las tres Personas. Es muy probable que este versículo sea la razón principal de elegir este texto para el domingo de la Trinidad, usando los demás versículos para dar apoyo y explicación.

Sugerencias homiléticas

Si el predicador desea desarrollar el texto con una división de tres partes, con cada parte dando énfasis a la obra de una Persona de la Trinidad, se podría dividir como sigue:

¡He aquí, los dones del Dios trino!

1. Gracia (vv. 14a, 11a)
2. Amor (vv. 14b, 11c)
3. Comunión (vv. 14c, 11b, 12, 13)

La primera parte enfatizaría la obra redentora de Jesucristo, que ha resultado en la gracia de Dios para el pecador. La respuesta del creyente es reconocer el perdón de Dios, y la lucha para corregir sus caminos y ser lo que Dios quiere que sea.

La segunda parte resaltaría la obra creadora y de preservación que se atribuye al Padre. La respuesta del creyente es la gratitud y la confianza en la constante ayuda de Dios.

La tercera parte haría hincapié en la obra santificadora del Espíritu Santo, que pone a las personas en una relación especial con Dios por medio de la fe y también en una relación especial con sus hermanos creyentes. Estas relaciones ofrecen armonía, paz y apoyo.

Un tratamiento similar del texto, que también resalta la comunión cristiana, se podría desarrollar de la siguiente manera:

Nuestro Dios trino da la unidad

1. Mediante la paz con Dios (vv. 14, 11a, 11c)
2. Mediante la paz unos con otros (vv. 11b, 12, 13)

La primera parte resaltaría la gracia y el amor de Dios en aplicar los medios de gracia para llevarnos al arrepentimiento y la fe. En este estado, el creyente goza de la paz con el Dios trino que ha obrado su salvación.

La segunda parte resaltaría la relación con nuestros hermanos cristianos como producto de nuestra nueva relación con Dios.

La estación de Pentecostés sugiere la siguiente división y énfasis:

Tenemos una relación especial por medio del Espíritu Santo

1. Una relación especial con Dios (vv. 14, 11a, 11c)
2. Una relación especial unos con otros (vv. 11b, 12, 13)

La primera parte resaltaría la obra de la Trinidad de establecer y mantener la relación especial de Dios con su pueblo.

La segunda parte resaltaría la relación que los creyentes tienen unos con otros como resultado de su relación con Dios.

En el lugar apropiado en el desarrollo textual y la aplicación, el predicador querrá poner énfasis en el contraste entre los antiguos enfrentamientos entre distintas facciones de los corintios y la preocupación fraternal de otros cristianos por los corintios. No sólo señalaron los pecados de otros y se consideraron afortunados de que sus congregaciones eran diferentes, sino les ofrecieron ayuda y apoyo.

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Deuteronomio 11:18-21, 26-28

Epístola - Romanos 3:21-25a, 27-28

Evangelio - Mateo 7:21-29

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Deuteronomio 11:18-21, 26-28, Moisés en una de sus últimas exhortaciones al pueblo de Israel los exhorta a grabar la palabra de Dios en su corazón y en su mente irrevocablemente, y a enseñar este principio a sus hijos como un recordatorio constante de seguir los mandatos de Dios. La obediencia traerá abundantes bendiciones; la desobediencia resultará en una maldición, añade Moisés.

La Epístola, Romanos 3:21-25a, 27-28, resume la doctrina de la justificación por la gracia por medio de la fe — “la doctrina sobre la cual la iglesia cristiana permanece firme o se derrumba” (*articulus stantis et cadentis ecclesiae*). “Donde se mantiene este artículo puro”, dijo Lutero, “allí el cristianismo permanece puro y libre de sectas. Cuando comienza a contaminarse, es imposible proteger la iglesia del error y de las sectas”.

El Evangelio, Mateo 7:21-29, es la conclusión de Cristo de su sermón del Monte. El Señor compara a todos los que escuchan sus palabras y las ponen en práctica con un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca y ésta resistió las tormentas amenazadoras. El hombre insensato, que edifica su casa sobre la arena, sufrirá destrucción en tiempos de crisis.

Tanto Moisés como Cristo hacen hincapié en la importancia de la fidelidad a la palabra de Dios, en la doctrina y en la práctica. Pablo señala que la doctrina de la justificación es central. Otra vez, Lutero escribe: “Apartarse de este artículo o hacer concesiones no es posible, aunque se hundan el cielo y la tierra y todo cuanto es perecedero” (Artículos de Esmalcalda, Parte II, Artículo I, Libro de Concordia, p. 301).

El texto - Romanos 3:21-25a, 27-28

La mayoría de los comentaristas consideran los versículos de nuestro texto como el comienzo de la segunda parte de la Epístola de Pablo a los Romanos. Aquí el Apóstol llega al tema principal de toda su carta, no sólo a los romanos sino de todas las Escrituras, es decir, la doctrina de la justificación del pecador ante un Dios santo y justo.

En la sección anterior de este capítulo, así como en los primeros capítulos de Romanos, Pablo enfatiza que todos, tanto judíos como gentiles, son culpables ante Dios y dignos de castigo. El versículo antes del texto (v. 20) resume ese pensamiento con estas palabras: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él, porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”.

“Pero ahora” (Νυνὶ δέ) llegamos a las palabras del texto:

v. 21 - Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas.

En la primera parte de este capítulo, como dijimos anteriormente, Pablo estableció el hecho de la corrupción universal de toda la humanidad a causa del pecado. Fue importante que Pablo lo estableciera, puesto que sólo la persona que reconoce la realidad del pecado puede comenzar a apreciar lo que significa la justificación por medio de la fe. El predicador también necesita recordarlo cuando use este texto. La doctrina de la justificación trae consigo mucho consuelo, pero este consuelo solamente tendrá significado para un pecador convencido, y no para un pecador endurecido.

La palabra clave de este versículo es, por supuesto, “justicia” (δικαιοσύνη). Bajo la ley de Dios toda persona está condenada. ¿Entonces, dónde se encuentra la justicia ante Dios? ¿Cómo puede un pecador estar en la presencia de Dios? Por naturaleza las personas asocian la justicia con algún tipo de obediencia a la ley. En otras palabras, si guardamos ciertas reglas y normas, podemos ser juzgados como buenos, aceptables y justos.

¡Pero no, dice Pablo, este tipo de pensamiento natural es erróneo! No traten de encontrar en el hombre la justicia que vale ante Dios. Ésta es una justicia “de Dios” (θεοῦ). El genitivo “de Dios” según todo el contexto y el sentido de este versículo debe entenderse como una justicia que tiene su origen en Dios y no en el hombre.

Si se examina detenidamente la palabra griega δικαιοσύνη y su palabra relacionada δικαιόω “justificar” (ver traducción Septuaginta del hebreo *hisdiq* - Deut. 25:1; 2 Sam. 15:4; Prov. 17:5; Is. 1:17 etc., y también Mat. 12:37; Lucas 10:29; 16:15; Hechos 13:38-39), se descubrirá que se usa en el sentido de “absolver” o “declarar justo” en vez de “hacer justo”. En el uso común del griego la palabra es un término forense, asociado con el veredicto del juez de “no culpable”. En todas las epístolas esto concuerda con el uso que Pablo le da a este término como una declaración que se apoya en el juicio de Dios (ver especialmente Rom. 1:17), una imputación de la justicia.

Esta justicia de Dios es “aparte de la ley” (χωρὶς νόμου). No exige nada de la humanidad, absolutamente nada. Este mundo es declarado corrupto, pecaminoso y totalmente incapaz de contribuir nada a su justicia. Implica una sabiduría que nunca hubiera ocurrido en la humanidad si Dios no la hubiera revelado.

Sí, esta justicia de Dios “se ha manifestado” (πεφανερώται), declara Pablo. El tiempo perfecto pasivo del griego φανερώω enfatiza que esta justicia de Dios, aparte de la ley, es un hecho concluido que ha sido declarado en la proclamación del evangelio. Ya ha sido testificada (μαρτυρούμενη) por “la ley y los profetas”. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dan testimonio de la misma justicia de Dios, la única justicia que rescata al pecador (Sal. 71:2), una justicia en la cual los profetas del Antiguo Testamento centraron la promesa del Salvador. Él iba a venir como “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:6; 33:16), “levantaré a David renuevo justo... y hará juicio y justicia en la tierra” (Jer. 23:5). Pensamos en lo dicho por Agustín: *Novum testamentum in vetere latet, vetus in novo patet*. (El Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo; El Antiguo está revelado en el Nuevo).

Este versículo contiene la clave para entender todas las Sagradas Escrituras. En esta justicia que vale ante Dios yace la única esperanza del pecador para obtener el perdón. Este versículo pone el énfasis de esta esperanza en donde debe estar, en Dios y no en el hombre. Enfatiza la verdad objetiva, donde toda la justicia verdadera tiene que comenzar. Es bien sabido lo que significó para Lutero saber que “la justicia de Dios” no se predicó para enviar los hombres al fuego eterno del infierno, sino para rescatar a los hombres del pecado, de la muerte y del infierno. Esto es obvio en todos los escritos de Lutero. Es el fundamento de su “*sola scriptura, sola gratia, sola fide*”, el principio de toda nuestra enseñanza luterana. Lutero resumió todo el gozo de esta experiencia en un himno que escribió: “Cantad cristianos por doquier, con dulce melodía”, un himno que puede ser una respuesta excelente de la congregación a este texto.

Primero se expone la “justificación objetiva” en el versículo 21. En el siguiente versículo vemos la “justificación subjetiva”.

v. 22 - La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia.

En este versículo Pablo repite el papel que desempeña la fe (πίστις) en este asunto de la justificación, algo que ya había enfatizado en Romanos 1:17. Esta es la fe “en Jesucristo”.

¿Pero, qué significa cuando decimos que esta justicia de Dios viene por medio “de la fe” (διὰ πίστεως)? La fe no es la causa del veredicto de justicia de Dios. La justicia ya está allí, un hecho concluido. Por medio de la predicación del evangelio esta justicia de Dios se revela, se proclama, se ofrece y se confiere a la humanidad pecaminosa. Este evangelio hace nacer la fe. Por medio de la fe se recibe y se apropia como nuestra. Con respecto a nuestra propia justificación, la fe es la confianza en algo que ya se ha logrado, y no es la causa de algo que todavía va a suceder.

Y esto que se ha logrado, a saber, la declaración de Dios de la justicia a causa de la

muerte y resurrección de Jesucristo, se ofrece a todos, sin excepción, “para todos los que creen en él”. No hay diferencia. Pablo desarrolla este pensamiento en los siguientes versículos:

vv. 23-24 - Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.

No hay diferencia (διαστολή), declara Pablo, entre aquellos que eventualmente llegan a la fe y aquellos que no creerán, puesto que “todos pecaron” (tiempo aoristo de ἀμαρτάνω). Literalmente, todos “no alcanzan la meta”. Como resultado de su pecado, “están destituidos de la gloria de Dios”. La “gloria de Dios” (δόξα θεοῦ) no debe ser interpretada como una cualidad subjetiva dentro de Dios, ni como algún tipo de gloria futura, sino como un “honor” o “reconocimiento de dignidad” de Dios. Es semejante al uso que Pablo da a “la justicia de Dios”, es el sentido de una gloria que vale ante Dios. La pecaminosidad del hombre invalidó completamente todo lo que él puede hacer de su parte para ser considerado digno del honor de Dios.

En vez de atribuir algún mérito al pecador, aquellos que “son justificados” (δικαιούμενοι), o son contados como justos ante Dios, tienen esta posición porque la recibieron...

1. “gratuitamente” (δωρεάν) — como un regalo, sin pagos, gratuita;
2. “por su gracia” (τῇ αὐτοῦ χάριτι) — por medio del amor no merecido de Dios hacia los pecadores;
3. “mediante la redención que es en Cristo Jesús” — literalmente, por medio del pago de un “rescate” (ἀπολύτρωσις) por Cristo Jesús. Las Escrituras nos dicen claramente (Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Ped. 1:18-19) que el precio de ese rescate fue la sangre preciosa de Cristo, el Cordero de Dios, un sacrificio suficiente para pagar por los pecados de todo el mundo (Juan 1:29).

Amontonando los términos, el apóstol Pablo recalca con mucha firmeza que la justificación del pecador en un acto de pura gracia de parte de Dios, un hecho por el cual el hombre pecador no puede atribuirse ni la más mínima parte del mérito.

Al destacar el rescate pagado por Cristo por medio del derramamiento de su sangre, Pablo expone otro pensamiento igualmente asombroso:

v. 25a - a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre.

La palabra crucial en esta oración es el griego ἱλαστήριον. Algunos la traducen como “propiciación”, otros como “expiación”. Lutero usa la palabra “*Gnadenstuhl*”, la cual significa “asiento de misericordia”, una traducción que se acerca mucho al significado original de la palabra. En la traducción Septuaginta griega del Antiguo Testamento la palabra ἱλαστήριον se usó para traducir la palabra hebrea *kapporeth*, el nombre de la tapa

de la expiación, el asiento de la misericordia, sobre el arca del pacto. En la Nueva Versión Internacional se usa la traducción “sacrificio de expiación”, la cual también se acerca mucho al pensamiento que Pablo desea presentar aquí.

Toda esta idea de sangre rociada sobre el propiciatorio del arca del pacto hace que regresemos, por supuesto, al gran Día de la Expiación en el Antiguo Testamento (Lev. 16). El Sumo Sacerdote entraba al Lugar Santísimo sólo una vez al año, y rociaba sobre el propiciatorio la sangre del macho cabrío degollado como una ofrenda para el pecado del pueblo. Fue la acción expiatoria más alta de todo el Antiguo Testamento por los pecados del pueblo, un acto que simbolizó el único gran sacrificio de aquel que al mismo tiempo era nuestro sacerdote, sacrificio y propiciatorio (ver Heb. 9 especialmente vv. 11-14). Así, Pablo presenta la expiación vicaria de Jesucristo por medio del derramamiento de su sangre como el medio, la causa meritoria, de la justificación del pecador ante un Dios santo y justo.

(NOTA: los versículos 25b y 26 han sido omitidos del texto. Esto no causa mayor problema ya que en estos versículos surgen algunas cuestiones exegéticas que podrían resultar complicadas en un sermón que trata principalmente de la doctrina de la justificación.)

El texto sigue con el versículo 27:

v. 27 - ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.

Este versículo simplemente proclama la conclusión obvia que ha sido presentada en los versículos anteriores. Cualquier tipo de “jactancia”, de glorificar a sí mismo, mérito (καύχησις) de parte del hombre en este asunto de la justificación queda “excluida” (ἐξεκλείσθη) “totalmente fuera”.

“¿Por cuál ley?” pregunta Pablo. Su respuesta: ¡por el principio de la fe! Según el principio de la ley Dios exige la obediencia. No obstante, el principio de la fe es algo totalmente diferente. La fe no es un acto meritorio por medio del cual uno gana el favor de Dios. Esto queda excluido. La fe es simplemente la mano vacía que recibe lo que Dios da y promete en Cristo. Se aferra a Cristo y a su palabra. La fe, por su misma naturaleza, excluye cualquier reclamo de mérito o causa para la autoglorificación por parte del hombre.

Todo esto lleva al apóstol Pablo a una conclusión muy hermosa:

v. 28 - Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.

Este versículo ha sido llamado “el resumen de toda la doctrina paulina de la justificación”, la “shibboleth de la Iglesia Luterana”.

¿Pero, acaso no pone esto el mayor énfasis en la justificación por la “fe” (πίστις), en algo que el hombre hace en vez de en algo que Dios ya ha hecho? ¿No es por lo menos el elemento subjetivo tan importante como la verdad objetiva? Esta pregunta se presenta debido al énfasis excesivo que las sectas ponen en el papel que la fe desempeña en la justificación del pecador. Estamos demasiado familiarizados con los llamados a las emociones, las “experiencias de conversión”, y los sentimientos — como si fueran la base para que la persona esté segura de ser aceptable a Dios. Nuestra única seguridad verdadera está en la declaración objetiva de Dios del perdón basado en la obra expiatoria de Cristo. El pastor fiel no tomará la mano de un cristiano moribundo para preguntarle: “¿Has tenido una experiencia de conversión?” o “¿Qué piensas de tu salvación?”. Al contrario, señalará a Cristo, la única fuente de seguridad para la salvación. La promesa de Dios todavía es válida, aún en esos momentos cuando los sentimientos personales son débiles e inseguros. La fe no es igual a los sentimientos. La fe puede aferrarse, aun cuando los sentimientos lo abandonan.

Este versículo alaba la fe en gran manera. Pero la fe del cristiano nunca permanece sola. La fe sin un objeto no existe. El objeto de nuestra fe es Cristo y las promesas que Dios nos ha dado en él.

Nuestras Confesiones Luteranas dicen esto: La fe justifica “no porque sea una obra tan buena o una virtud tan ilustre, sino porque acepta y se apropia los méritos que son ofrecidos en el evangelio” (Fórmula de Concordia, Dec. Sol., Art. III, p. 584).

Hacer que la fe sea el principio supremo de nuestra justificación sería contradecir a Pablo y todo lo que ha enseñando con tanto cuidado en los versículos anteriores, que la fe excluye cualquier reclamo de mérito de parte del hombre.

Finalmente, este mismo versículo habla de ser “justificado por fe” y añade las palabras “aparte de la ley” (χωρὶς ἔργων νόμου). Nuestras Confesiones Luteranas añaden: “Mediante estas palabras se excluyen por completo en el artículo de la justificación todas nuestras propias obras, mérito, dignidad, gloria y confianza en lo que hacemos. Todo esto se excluye para que, ni en su totalidad, ni en su mitad, ni en su menor parte, se establezca o considere como causa o mérito de la justificación y así Dios se fije en ellos y nosotros depositemos nuestra confianza en tales cosas” (Fórmula de Concordia, Sol. Dec., Art. III, p. 589).

Lutero, por supuesto, consideró que la “fe” y “las obras” se excluyen mutuamente, tanto que al traducir al alemán este versículo añadió la *sola fide*, “por la fe *sola* aparte de las obras de la ley”. Debido a eso fue acusado de añadir al texto lo que no estaba allí. Lutero respondió que quiso traducir al alemán, no al latín ni al griego. En alemán, explicó Lutero, se diría: “El campesino trae sólo trigo y no plata (*allein Korn und kein Geld*), o sólo he comido y no he bebido”. Así como el campesino en el campo y la madre alemana en el hogar, así era importante en esta enseñanza principal de las Escrituras, sustentó

Lutero, decir exactamente en alemán lo que Pablo dijo en griego para que la palabra de Dios se pudiera entender claramente.

Sugerencias homiléticas

Como hemos mencionado en todo el tratado exegético de este texto, aquí estamos tratando principalmente con asuntos doctrinales, y de hecho con el *locus classicus* de la enseñanza central de las Sagradas Escrituras.

Es una lástima que concilios de la iglesia y predicadores de sectas hayan dado un uso incorrecto y hayan tergiversado esta doctrina que apreciamos tanto en la Iglesia Luterana. Ésta es una estupenda oportunidad para “poner las cosas en su lugar” simplemente proclamando con claridad ese mensaje del evangelio que nuestro Dios misericordioso reveló por medio del apóstol Pablo. Este texto hace que regresemos a los puntos básicos:

Este texto se puede presentar así:

La única justicia que vale ante Dios

1. La necesidad de esta justicia (v. 23)
2. La fuente de esta justicia (vv. 21,24,25)
3. La recepción de esta justicia (vv. 22,27,28)

Aunque este esquema pasa de un lado a otro del texto, progresa lógicamente de la necesidad del pecador, la cual se aplica a todos (primera parte), a la declaración objetiva de la justificación del pecador, la cual también se aplica a todos (segunda parte), a la justificación del individuo por medio de la fe sola, la cual excluye toda jactancia (tercera parte). El propósito de este sermón sería recalcar la única base sobre la cual el pecador puede estar ante un Dios justo y encontrar verdadero consuelo.

Otro tema que expondría este texto de una manera similar sería:

Cada pecador es declarado justo

1. Una declaración de Dios (v. 21)
2. Una declaración centrada en Jesucristo (vv. 22-25a)
3. Una declaración recibida por medio de la fe (vv. 27-28)

Puesto que la justificación es un hecho forense, se puede desarrollar la analogía de un tribunal en el cual un Dios santo y justo es el Juez ante quien todos deben comparecer y todos son culpables; el precio del rescate, sin embargo, se ha pagado a entera satisfacción del Juez. Por lo tanto, declara “inocente” a un mundo de pecadores (ver 2 Cor. 5:19-21). El veredicto de absolución se recibe por medio de la fe sola, sin ninguna contribución de parte del pecador. Rechazar este veredicto misericordioso sólo puede resultar en una condenación permanente del pecador.

Este texto también presenta la oportunidad para repasar:

La piedra de toque del luteranismo

1. La Escritura sola (v. 21)
2. La gracia sola (v. 24)
3. La fe sola (v. 28)

Un predicador con experiencia podría preferir predicar sobre el tema de “La justificación por la fe sola”. Versículo por versículo y punto por punto, llegaría al punto culminante en el versículo 28. Pero, sólo un predicador con experiencia podría captar la atención de sus oyentes con este método. Si se presenta de la manera correcta, esto podría ser muy eficaz.

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Oseas 5:15 - 6:6

Epístola - Romanos 4:18-25

Evangelio - Mateo 9:9-13

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Oseas pone de relieve el anhelo del Señor de perdonar. Aunque, en su amor, disciplina a su pueblo — y a veces con gran severidad — cuando esta disciplina hace que acudan a él para que los ayude, el Señor está allí para sanarlos y restaurarlos. Esta gracia, cuando las acciones y actitudes de su pueblo merecen todo lo contrario, deberían cambiar los corazones para amarlo y servirlo sinceramente.

En la Epístola, Romanos 4:18-25, Pablo ilustra el hecho de que la justificación por medio de la fe también se aplicaba a Abraham. Creyó en la promesa de Dios de enviar un Salvador y su salvación la atribuyó a la gracia de Dios. Todo aquel que cree en Jesús ha recibido esta justicia.

El Evangelio, Mateo 9:9-13, relata cómo Mateo fue llamado a ser discípulo de Jesús. Aunque la invitación del evangelio es para todos, solamente aquellos que son conscientes de su pecado apreciarán lo que Jesús significa para ellos. Ellos, a su vez, abandonando toda justicia propia, seguirán a Jesús y lo servirán en amor.

Las tres lecciones se enfocan en el perdón y la salvación como un don de Dios que puede renovar los corazones de los hombres y puede convertirlos en seguidores y servidores fieles del Señor.

El texto - Romanos 4:18-25

v. 18 - El (Abraham) creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia.

La esperanza da optimismo y propósito a la vida. Cuando hay un derrumbe o una explosión en una mina, la esperanza es la que sostiene a las familias de los mineros atrapados. Pero, cuando se dan cuenta de que el padre o esposo o hermano ha fallecido en el accidente, entonces la esperanza muere y deben enfrentar la realidad.

De la misma manera, parecía que no había ninguna esperanza de seguir esperando que Abraham llegara a ser el “padre de muchas gentes”. Humanamente hablando, se habían descartado las bases para tener una esperanza. Y sin embargo, contrario a todas las expectativas humanas, Abraham siguió “creyendo en esperanza contra esperanza” (παρ’ ἐλπίδα ἐπ’ ἐλπίδι). Persistió en la esperanza, puesto que su base era Dios y su promesa. Dios le había dicho: “Así será tu descendencia”. Abraham creyó en eso. Lo creyó contrariamente a todos los indicios humanos, así como lo había creído cuando Dios primero le dio esa promesa (Gén 15:5). Y no se decepcionó ni avergonzó por creer en esa esperanza. A su debido tiempo vio ese cumplimiento. La esperanza que mira a Dios y su promesa es fruto de la fe—la fe que considera las promesas de Dios tan seguras como si ya se hubieran cumplido.

vv. 19-21 Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.

Pablo ahora amplía este punto de “contra toda esperanza”. Abraham era consciente de la situación. Lo había pensado mucho desde un punto de vista humano (κατενόησεν — “ver con reflexión”). Vio que su cuerpo ya no podía engendrar hijos. Sara, quien no había tenido hijos cuando era joven, ya no estaba en edad fértil (Gén. 18:11). El propio cuerpo de Abraham era como si estuviera muerto. La matriz de Sara también estaba muerta. ¿Qué vida podría engendrar algo que estaba muerto? La razón humana dice: “Ninguna”. La razón humana dice: “Ni siquiera debes esperar”. Había un conflicto entre lo que se le había dicho y la “realidad” de la situación. Era suficiente para crear duda y confusión (διεκρίθη — quedarse perplejo, no saber si creer o no). Pero Abraham no se rindió. Le dio la gloria a Dios al creer en la promesa de Dios.

La promesa de Dios le dio fuerzas para vencer la duda y la incredulidad. Dios tiene el poder para lograr lo que el hombre considera que ya no es posible. Abraham creyó en “Dios, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen” (v. 17). Abraham le dio toda la gloria a Dios, porque era evidente que el hombre no tendría ninguna participación en hacer posible ni la promesa ni su cumplimiento. No había ninguna duda en su corazón. Estaba bien convencido (πληροφορηθείς) de que todo estaba en manos de Dios.

v. 22 - Por lo cual también su fe le fue contada por justicia.

Abraham creyó a Dios, y le fue contada por justicia. La promesa que se le dio fue más que una simple promesa de tener innumerables descendientes. A Agar también se le dio esa promesa cuando esperaba el nacimiento de Ismael (Gén. 16:10). Pero la promesa de Abraham de tener una gran descendencia fue de Aquél que vendría como una bendición para todas las personas. Abraham creyó en el Salvador prometido. Por eso, Pablo dijo anteriormente que Abraham es “el padre de todos nosotros” (v. 16). Abraham es el padre

de todos los creyentes, y su justicia es la justicia imputada de Cristo que Abraham poseyó por medio de la fe.

Cuando Dios le dijo a Abraham: “Te he puesto por padre de muchedumbre de gentes” (Gén. 17:5; Rom. 4:17), pensaba en la cosecha de todos los creyentes de la iglesia del Nuevo Testamento. “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mat. 8:11).

vv. 23-25 - Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.

Todos aquellos que creen en Cristo se apropian personalmente de la justicia que vale ante Dios. Dios tiene muchos deseos de dar su justicia a todos, porque en su compasión desea la salvación para todos. Y sin embargo, no da esta justicia a aquellos que prefieren refugiarse en su propia justicia. Un cristiano es una persona que ha sido llevada al conocimiento de su pecado y a la fe en el Salvador viviente.

Por amor, Dios envió a su Hijo para pagar la deuda de los pecados por nosotros, y luego lo resucitó para asegurarnos de que había aceptado el sacrificio de su Hijo. La fe se apropia de la justicia de ese sacrificio. La fe da toda la gloria a Dios.

El hombre tiene una batalla interminable consigo mismo luchando contra la tendencia de atribuirse el mérito de su salvación, al menos en una pequeña parte. Necesitamos escuchar con mucho cuidado cómo las Escrituras describen nuestra condición desde la caída en el pecado. Isaías escribe: “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como el viento” (Is. 64:6). Solamente los pecadores convictos y confesos apreciarán la justicia que Dios acredita a su pueblo por causa de su Hijo.

Sugerencias homiléticas

“Abraham creyó en esperanza contra esperanza”. Estas palabras resumen el caso que Pablo presenta para ilustrar que la justicia y la justificación son nuestras por medio de la fe. La situación de Abraham revela de una manera realista que esa salvación podría venir únicamente por medio de la gracia y el poder de Dios y de ninguna manera por lo que el hombre pueda ofrecer o hacer. Ningún Salvador podría venir por medio del ingenio del hombre de algo que ya estaba muerto. Abraham vio a Cristo en la promesas que el Señor le dio, porque Jesús dijo de él: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (Juan 8:56). Abraham creyó que Dios daría vida a los muertos, vida física y espiritual.

Sugerimos los siguientes esquemas:

Abraham, el padre de los creyentes

1. Reconoció la debilidad de los hombres (v. 19)
2. Reconoció el poder de Dios (v. 21)
3. Confió en la promesa de Dios (vv. 18,20)
4. Recibió las bendiciones de Dios (vv. 22-25)

La fe enfrenta los hechos

1. La impotencia del hombre (v. 19)
2. El poder misericordioso de Dios (vv. 20-21)
3. La fidelidad de Dios (vv. 18, 22-25)

Usando el pensamiento de la esperanza, notamos la confianza de Abraham cuando espera en Dios:

La esperanza de Abraham de la justificación

1. Reprobó el examen de lógica (v. 19)
2. Prosperó en la promesa de Dios (vv. 18, 20-21)
3. Se regocijó en la justicia de Dios (vv. 22-25)

Otra manera de presentar este texto sería enfocarse en la certeza y la fidelidad de las promesas de Dios:

Las promesas de Dios son seguras

1. La razón las contradice (v. 19)
2. Nuestra justificación lo comprueba (vv. 22-25)
3. Por lo tanto, confiamos en él implícitamente (vv. 18, 20-21)

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Éxodo 19:2-8a

Epístola - Romanos 5:6-11

Evangelio - Mateo 9:35 - 10:8

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Éxodo 19:2-8a, el Señor se aparece a su pueblo cuando se reúnen frente al monte Sinaí. Antes de entregarles la ley, les recuerda la gracia que les mostró rescatándolos de la esclavitud en Egipto. No lo hizo a causa de alguna cualidad inherente en ellos ni tampoco a causa de algo que ellos habían hecho. Por amor los había escogido para que fuera su pueblo, y demostró su amor en los milagros que hizo para ellos. Por amor, llama a los israelitas a ser el pueblo del pacto, y los hijos de Israel aceptaron de buena voluntad.

En la Epístola, Romanos 5:6-11, Pablo hace hincapié en que podemos tener confianza en nuestra salvación puesto que se logró sólo por el amor de Dios y nosotros no hemos hecho nada para merecerla. Por lo tanto, es una expresión plena y un comentario sobre la actitud que expresó el Señor en la lectura del Antiguo Testamento.

En el Evangelio, Mateo 9:35 - 10:8, vemos que el amor de Dios por el pecador nuevamente lo describe con colores llamativos. La obra de Jesús entre la gente hace que hable con sus discípulos del deseo que tiene de ayudarlos. Luego pone ese deseo en acción al encargar a los Doce ir a “las ovejas perdidas de Israel” y demostrarles su amor predicando el evangelio y atendiendo sus necesidades.

El texto - Romanos 5:6-11

En el capítulo tres de la carta a los Romanos, Pablo establece firmemente sobre la base de los versículos del Antiguo Testamento el pecado universal del hombre y su condenación ante Dios. Puesto que el hombre pecador no puede salvarse a sí mismo, la salvación se debe lograr de otra manera. Por la gracia de Dios, el Mesías que Dios había prometido la logró. Esto también se proclama ampliamente en el Antiguo Testamento. Para demostrar que éste es el caso, en Romanos 3 - 4 Pablo recuerda el ejemplo del patriarca Abraham del Antiguo Testamento y lo usa para establecer la verdad de que “el hombre es justificado por medio de la fe aparte de la obras de la ley”. Concluye el capítulo cuatro con una firme declaración evangélica de que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación”. Cristo logró nuestra salvación.

En el capítulo cinco, Pablo comienza a explicar lo que esta justificación significa en realidad en nuestras vidas cotidianas como cristianos. Los versículos 1-5 sirven como una introducción a todo lo demás hasta el final del capítulo ocho. Las palabras: “Tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” son el tema. El énfasis en estas palabras no está en la actitud que tenemos hacia Dios, sino en la actitud que tiene Dios hacia nosotros. Hay paz entre nosotros, puesto que Cristo quitó el pecado. En este momento Pablo todavía no habla de nuestra actitud hacia Dios, sino de lo que nos motivará a tener una actitud correcta hacia Dios. En su primera epístola Juan dice: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. Aquí Pablo establece el amor de Dios para con nosotros.

v. 6 - Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.

Con tres palabras, “éramos”, “débiles” e “impíos”, Pablo predica la ley poderosamente. Con la palabra “éramos” Pablo se une a sí mismo con toda la humanidad, incluyendo a todos aquellos que jamás escucharían ni leerían esta carta, y dice que todos nosotros, sin excepción, somos por naturaleza dos cosas: débiles e impíos. Por naturaleza, ninguno de los dos términos nos sienta bien.

Somos “débiles”. A todos nos gusta tener o pensar que tenemos alguna fortaleza de la cual podemos jactarnos. Puede ser mental, física, financiera o lo que sea. Nos gusta pensar que tenemos el poder o la autoridad para persuadir a Dios de que cumpla nuestros deseos, de servirnos. Pero cuando Dios nos ve, ve que no tenemos fuerza para hacer nada, ninguna fuerza para buscarlo, ninguna fuerza para servirlo, ninguna fuerza para salvarnos a nosotros mismos, ninguna fuerza para atraer su atención. Al contrario, somos como el hombre a quien los ladrones atacaron y necesita la ayuda del buen samaritano. Confesar que somos así es muy difícil, aún para el cristiano, puesto que a nuestra carne pecaminosa le gustaría atribuirse algo del mérito. La palabra de Dios, no obstante, queda firme. Somos “débiles”. Pero el evangelio prepara el camino para nuestra salvación. Si somos débiles, entonces nuestra salvación depende sólo del poder de Dios. Si depende solamente del poder de Dios, entonces nuestra salvación no puede perderse. En Cristo nuestra salvación es un hecho llevado a cabo totalmente. Pablo quiere que el corazón de sus lectores esté lleno de esta confianza.

Somos “impíos”. A la gente de la época de Pablo, al igual como a la gente de hoy, le gusta considerarse a sí misma piadosa, puesto que acepta que hay un dios. Los griegos y los romanos tuvieron una plétora de dioses en los panteones y mitologías. Los judíos se consideraron el pueblo escogido de Dios, sin importar si lo adoraban como él se había revelado o no. Entre toda esta “piedad”, sin embargo, había una falta de verdadera reverencia para el Dios verdadero, una falta de reverencia que se manifestaba en el hecho de que ellos pasaron por alto la palabra de Dios y la revelación de él mismo. Las pretensiones de superioridad moral habían llevado a algunos a concluir que merecían que Cristo muriera por ellos. Pablo dice a eso que no. “Somos impíos”. Entonces Pablo

además pone el fundamento para una proclamación clara del evangelio.

Pablo proclama el evangelio cuando dice aquí que Cristo murió precisamente por los impíos, por los débiles, es decir, por “nosotros”. Vuelve a exponerlo en el versículo 8 cuando dice claramente: “Cristo murió por nosotros”. Aquí tenemos el evangelio puro y simple. Para tratar de reconocer lo grandioso de este sacrificio de parte de Cristo, Pablo usa un ejemplo de la vida cotidiana:

v. 7 - Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.

Es una situación poco común cuando una persona se ofrece como sustituto de alguien que está secuestrado o que está a punto de morir. Se considera esa posibilidad únicamente cuando la otra persona podría merecer seguir viviendo a causa del valor que tiene para la sociedad.

¿Por quién estaría dispuesto a morir? ¿Tal vez por un miembro de su familia? ¿Pero, quién entregaría su vida para un criminal? ¿Sacrificaría usted su vida por su enemigo?

v. 8 - Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

“Pecadores”. La palabra literalmente significa que no damos en el blanco. Como en el caso de las palabras “débiles” e “impíos”, ésta, también, es una palabra que no nos agrada mucho por naturaleza. Nos gusta pensar que damos exactamente en el blanco, o por lo menos nos desviamos muy poquito en cuanto a nuestra justicia ante Dios y ante el hombre. No obstante, en lo que a Dios respecta, no podemos ni siquiera acercarnos. La sociedad usa el término “pecador” para describir a aquellos que son aparentemente malvados. Dios usa el término para describirnos a todos nosotros basándose en lo que hay en nuestro corazón..

Cristo murió por personas pecadoras como nosotros. Lo que nosotros ni siquiera consideraríamos hacer, Dios lo hizo sin vacilar porque nos amó. Su amor está a la vista para que todos lo vean, para que todos lo crean y para que todos se regocijen en ello. Su amor está revelado en Cristo, cuya vida de amor perfecto nos invita a examinarla cuidadosamente. El amor de Dios proveyó el sacrificio supremo por nuestros pecados.

v. 9 - Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.

Pablo presenta el argumento de mayor a menor grado. ¿Si Dios no demostró su ira contra nosotros cuando éramos débiles, impíos y pecadores, nos rechazará y nos condenará ahora que nos ha colmado de su gracia? Si Dios no demostró su ira inmediatamente cuando éramos culpables sin Cristo, por supuesto que no lo hará ahora ya que nos ha

declarado inocentes por medio de la fe en él.

¿Qué sentimos cuando alguien que una vez estaba enojado con nosotros nos dice que ya no lo está? ¿Vuelve a confiar en él inmediatamente? ¿Qué pasa si esta hostilidad era muy profunda y ha durado por mucho tiempo? Queremos creer en sus palabras, y no obstante en nuestro corazón existe una duda rezagada. Como seres humanos, sabemos que merecemos el castigo de Dios. Vivimos en un mundo lleno de desilusiones y pesares y es natural que haya veces cuando nos preguntamos si Dios no decidió, después de todo, castigarnos. Pablo nos recuerda que si Dios no lo hizo cuando estábamos sin Cristo, tampoco lo hará ahora, ni en el día final.

v. 10 - Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.

“Enemigos”. Otra vez Pablo usa una palabra fuerte para describir nuestra relación con Dios por naturaleza. Éramos sus enemigos a causa de nuestro pecado. Estábamos en contra de él y de todo lo que él representó. Esto tampoco resulta nada agradable para el hombre natural. El hombre natural prefiere pensar que tiene una relación amistosa con Dios, aunque la relación no sea muy estrecha. Pero, eso no es como Dios nos ve por naturaleza. Y lo demuestra por medio de su ley. Somos sus “enemigos”.

“Reconciliados”. Por medio de la gracia de Dios en Cristo se alteró nuestra posición natural con él. El Salvador borró nuestro pecado y con ello la causa de la hostilidad de Dios contra nosotros. Ahora Dios nos considera no sólo como antiguos enemigos, no sólo como amigos, sino como sus queridos hijos por medio de la fe en Cristo.

Las palabras del versículo 10 repiten el pensamiento del versículo 9 para que nuestra confianza en Dios se pueda establecer firmemente. Cuando Dios debió destruirnos porque éramos sus enemigos, no lo hizo. En lugar de destruirnos, quitó la causa de su hostilidad hacia nosotros tomando nuestro pecado, poniéndolo en su propio Hijo, y permitiendo que él sufriera el castigo del infierno y la muerte que ese pecado mereció. Todo esto para que pudiéramos ser considerados sus amigos, sus hijos por adopción.

Pero, si la obra de Cristo se hubiera acabado con su muerte, todavía tendríamos razón para dudar. ¿No estaría el Padre resentido con nosotros, aunque fuera un poquito, puesto que le había costado tanto? La resurrección de Cristo de los muertos responde esta pregunta y muchas otras. ¿Han sido expiados todos los pecados? La resurrección lo asegura. No hubiera podido haber ninguna resurrección si hubiera quedado algún pecado. ¿Cómo puede Dios negarnos cualquier bendición? ¿Cómo puede, cuando su Hijo vive y reina con él en el cielo? Cuando llegue el último día, seremos salvos por medio de la fe en ese Hijo que todavía vive. No puede haber ninguna duda acerca de ello. En él no queda ninguna razón para la condenación, solamente motivos para regocijarnos.

v. 11 - Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro

Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

“Nos gloriamos”. Literalmente la palabra (καυχόμαι) significa “jactarse”. Ésta no es una actividad que se hace en silencio o cuando no estamos seguros de la situación. Las palabras enfatizan cuán confiados debemos estar de nuestra salvación. No hay lugar a duda, puesto que Dios lo efectuó completamente. Nos gloriamos, no de nosotros mismos, sino de Dios y de su Hijo Jesucristo. Dios recibe toda la gloria y alabanza. Nuestra alegría y confianza hacen que nos alegremos mucho.

Sugerencias homiléticas

Las tres lecturas para hoy enfatizan la confianza en nuestra salvación puesto que está basada en el amor completo y perfecto de Dios hacia nosotros. Las palabras de Pablo nos dan la oportunidad de grabar ese pensamiento una vez más en el corazón de nuestros oyentes. Es un texto que nos recuerda por qué no debemos depender de nosotros mismos para salvarnos. Hace que nuestra atención se centre en Dios y su Hijo para que podamos ver el fundamento objetivo, el hecho logrado, de nuestra salvación. Pone ante nosotros las circunstancias en las cuales ese hecho cumplido nos permite tener una confianza absoluta en su eficacia. Como éste es el caso, una manera de presentar este texto sería usar el pensamiento que Pablo menciona dos veces en el texto:

Cristo murió por nosotros

1. La prueba perfecta del amor de Dios (vv. 6-8)
2. El fundamento perfecto para nuestra confianza cristiana (vv. 9-11)

Los pensamientos en la segunda parte incluirían que esta confianza hace que hablemos a los demás.

Un tema que capta el contexto general del texto sin citarlo sería:

Cristiano, ¡confía!

1. Confía en el amor de Dios (vv. 6-8)
2. Confía en su salvación (vv. 9-11)

Un tercer tema que estaría basado en las palabras de introducción de Pablo a toda esta sección sería:

Tenemos paz con Dios

1. Dios ha quitado aquello que destruyó esa paz (vv. 6-8)
2. Dios guarda esa paz en nuestros corazones (vv. 9-11)

Un cuarto esquema se basa en el versículo 11:

Regocíjense en el amor del Señor

1. Un amor que hace grandes sacrificios (vv. 6-8)
2. Un amor que nos asegura nuestra salvación (vv. 9,10)
3. Un amor que nos obliga a hablar (v. 11)

Cada uno de estos esquemas nos hace volver a lo fundamental del cristianismo: la verdad de nuestra redención en Cristo, el ánimo para creer las buenas nuevas y una exhortación para responder comunicándola a otros.

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Jeremías 20:7-13

Epístola - Romanos 5:12-15

Evangelio - Mateo 10:24-33

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Jeremías 20:7-13, el profeta se encuentra bajo ataques constantes mientras proclama el juicio de Dios contra el pueblo. Aunque el profeta preferiría guardar estos consejos de Dios para sí mismo, no puede. La palabra de Dios en su corazón es como “un fuego ardiente”. Después de una intensa lucha interior, Jeremías se consuela sabiendo que el Señor está con él. Sus perseguidores no prevalecerán contra él. La perícopa concluye con las alabanzas de confianza que Jeremías canta al Señor.

En la Epístola para hoy, Romanos 5:12-15, San Pablo anuncia el juicio universal (la muerte) sobre toda la humanidad. No obstante, “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Rom. 5:20). La gracia de Dios, suficiente para satisfacer las necesidades de todos, viene por medio de Jesucristo.

El Evangelio, Mateo 10:24-33, al igual que la lectura del Antiguo Testamento, habla del odio que se acarrean aquellos que quieren ser fieles a la palabra de Dios. Lo peor que podría pasar, no obstante, a los miembros de la casa de Dios es que el enemigo mate el cuerpo. No puede matar al alma. La lectura es una exhortación a seguir confesando a Cristo abiertamente. Y mientras tanto, ¡no tenga miedo de nadie!

El texto - Romanos 5:12-15

El texto para el quinto domingo después de Pentecostés, es el undécimo sermón basado en un texto de Romanos. Habrá otros trece textos tomados de esta epístola.

Con veinticuatro sermones de un total de sesenta y seis tomados del libro de Romanos del capítulo 3 al 15, nuestros oyentes recibirán una excelente perspectiva de este libro que abunda en doctrina. En vista de los próximos textos del libro de Romanos, sugerimos que el predicador, (si no lo ha hecho todavía) haga un estudio del libro en su totalidad. No dudemos en tratar el versículo 12 aunque se incluyó en el texto para el primer domingo de Cuaresma. Entretanto se han predicado suficientes sermones (21) para descartar cualquier preocupación de que haya repetición innecesaria.

El domingo pasado, nuestros miembros escucharon que Cristo vino a rescatarlos espiritualmente cuando no tenían ningún poder espiritual — de hecho, cuando eran “todavía pecadores”. La congregación también escuchó a Pablo hablar sobre la justificación objetiva y subjetiva. En el texto para hoy, Pablo enfatiza nuestra necesidad desesperada de una reconciliación. El nuestro es un mundo que está irremediable y desesperadamente atrapado en la red del pecado original. Pero, aunque la enfermedad si se deja que siga su curso será fatal, la cura es eficaz por completo y verdaderamente maravillosa.

Nuestro texto comienza:

v. 12 - Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Con su “por tanto” (διὰ τοῦτο) Pablo está diciendo a sus lectores: “Levanten la cabeza”, o, como algunos lo traducen: “Atención a lo que sigue”. Pablo sigue con una explicación de cómo la muerte viene a todos los hombres.

Así como la muerte vino a Adán a causa de su pecado, así la muerte vendrá a todos a causa del pecado. Dios había creado al hombre para la vida. Pero, inexplicablemente, Adán escogió la muerte. Adán conocía el mandato de Dios (Gén. 2:16,17). La transgresión de Adán abrió la compuerta al pecado que de inmediato inundó al mundo (Rom. 8:20-22). Además, las aguas del diluvio del pecado nunca retroceden; continuamente alcanzan aún las riberas más lejanas de la humanidad. Así será mientras la humanidad exista. Eventualmente esta “culpa” hereditaria y esta “depravación” hereditaria matarán a todos (ver Koehler, *A Summary of Christian Doctrine*, pp. 60-61).

La muerte debe tener su origen en alguna parte. Los cristianos aceptan el testimonio de Dios de que los tristes comienzos del pecado se originaron con Satanás. Desde aquel momento fatal en el huerto todos los descendientes de Adán nacen con esta advertencia grabada en sus almas: “Mercancía dañada”. No entendemos los detalles funcionales de la transmisión del pecado. Ni tampoco debemos esperar ayuda de los estudios genéticos para explicarlo. La doctrina del pecado original es un artículo de fe. “Este daño es tan increíble que no puede entenderse por medio de la razón humana, sino únicamente por medio de la palabra de Dios” (Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo I, 10. El Libro de Concordia, p. 500-501). También, “Tiene que aprenderse y creerse mediante la revelación de la Escritura” (Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo I, 8. El Libro de Concordia, p. 549).

“El pecado entró en el mundo (τὸν κόσμον) por un hombre” (Rom. 5:12). El simple hecho es que “todos pecaron” (πάντες ἥμαρτον). Aquellos que buscan un estudio conciso sobre el pecado original se beneficiarán del ensayo de Martín Chemnitz, repleto con sesenta y un versículos bíblicos (*Examination of the Council of Trent*, Part 1, Concordia, 1971, pp. 322-328).

vv. 13,14 - Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.

La responsabilidad por el pecado no comenzó con la entrega de la ley a Moisés en el monte de Sinaí. La responsabilidad ante Dios estaba en efecto desde los mismos comienzos. La ley está escrita en el corazón del hombre. “Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones” (Rom. 2:15). Dios responsabilizó a las personas por sus acciones mucho antes de que su ley fuera grabada en las tablas de piedra y entregadas a Moisés en Sinaí. “Había pecado (ἀμαρτία) en el mundo”. La falta del artículo indica pecado en general, original y activo. La ira justa de Dios reacciona frente a ese pecado en ese mundo primitivo, testimoniado en el diluvio y en la destrucción de Sodoma y Gomorra. Ni los niños se escapan de esos acontecimientos catastróficos. “Todos desde el seno de la madre están llenos de malos deseos e inclinaciones y por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en él. Además, esta enfermedad innata y pecado hereditario es verdaderamente pecado y condena bajo la ira eterna de Dios a todos los que no nacen de nuevo por el bautismo y el Espíritu Santo”. (CA, Artículo II; ver también Gén. 5:3; Sal. 51:5; Ef. 2:3).

“Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés”. Lenski dice: “La historia de cada uno de esos ancianos termina con *wayyamotoh*, ‘y murió’. Se refiere a la muerte física, pero también incluye lo que llamamos muerte espiritual y finalmente la muerte eterna...” (R.C.H. Lenski, Romans, p. 363).

Esta sección reafirma que el pecado, *todo* pecado, es un asunto muy serio. Adán pecó. Tenemos la evidencia en el hecho de que quebrantó un mandato específico de Dios (Gén. 2:16,17). Todos sus descendientes nacen siendo criaturas pecadoras, corrompidas por la “simiente corruptible” de Adán.

Ahora sigue la declaración asombrosa de que Adán “es figura del que había de venir” (τύπος τοῦ μέλλοντος). Arndt-Gingrich habla “de los *tipos* dados por Dios como una indicación del futuro, en la forma de personas o de cosas”. Así Adán es “*un tipo del Adán que iba a venir*, (es decir, el Cristo)” (p. 838). Existe un paralelo entre Adán y Cristo. Así como “la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Cor. 15:21,22).

v. 15 - Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo.

Las Escrituras interpretan a las Escrituras. El versículo 20 explica el versículo 15: “Pero

la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante” (1 Cor. 15:45).

El “don” (ἡ δωρεά) sobreabundó de tal manera que la culpa de todas nuestras ofensas ha sido quitada (ver Col. 2:13). Pablo describe un contraste entre dos hombres, Adán y Cristo, sus acciones y las consecuencias de sus acciones para toda la humanidad. Aunque hay muchas semejanzas entre el tipo y el Antitipo, Pablo quiere que el lector se concentre en lo que diferencia a Cristo de Adán.

“La transgresión” (τὸ παράπτωμα) fue verdaderamente terrible e inexcusable. El pecado de Adán no fue ningún accidente; al contrario, fue una rebelión deliberada contra Dios. Pero, dice Pablo, Dios proveyó la medicina suficiente: *el don* (ἡ δωρεά). No podemos recalcar demasiado el hecho bíblico de que los hijos y las hijas de Adán no pueden atribuirse el mérito de ese don (Rom. 6:14; 3:20,21,24,28; Gál. 2:16; Ef. 2:9; Tito. 3:5). La fuente del don es “la gracia de Dios” y “la gracia del hombre Jesucristo”. Padre e Hijo, de una manera cooperativa de proporciones cósmicas, combinaron sus esfuerzos para que *el don sobreabundase* sobre los muchos. El término “muchos” significa “todos”. “Los muchos” que son pecadores a causa de Adán claramente es una referencia a “todos los hombres”. (Ver también v. 10; 2 Cor. 5:19,21; Rom. 5:18; 2 Tim. 2:13).

“La desobediencia del primer Adán nos arruinó; la obediencia del segundo Adán nos salva... No es simplemente una justificación que nos libera de la muerte, sino que nos da derecho a la vida... Dios se inclina a manifestar la misericordia; el castigo es su obra extraña” (*Matthew Henry's Commentary*, Vol. VI., Acts to Revelation). Lenski (p. 367) lo expresa de esta manera: “*Un solo hombre* es la fuente del pecado, la muerte, la condenación; *un solo hombre* la fuente de la justicia y la vida. Otra vez, *un solo acto* la fuente de la maldad; *un solo acto* la fuente del bien”.

Sugerencias homiléticas

Este texto engrandece las riquezas del amor de Cristo. Sirve para consolar y animar al creyente que podría desesperarse de un remedio adecuado cuando considera la profunda herida que el pecado de Adán causó. Si alguien duda de que sus pecados sean perdonados, insulta a Cristo porque piensa que sus pecados son más grandes y más fuertes que Cristo. Debemos escuchar lo que Pablo realmente está diciendo aquí: Abundó más la gracia que el pecado (Rom. 5:20). La misericordia es más poderosa que el pecado.

Este pensamiento pone énfasis de una manera maravillosa en una cita del comentario de Matthew Henry sobre Romanos:

“...Si hubo tanto poder y eficacia en el pecado de un hombre, que era de la tierra,

mundano, para condenarnos, mucho mayor son el poder y la eficacia de la justicia y la gracia de Cristo, quien es el Señor del cielo, que nos justifica y nos salva. Ese *solo hombre* que nos salva es Jesucristo. Seguramente Adán no podía propagar un veneno tan fuerte que Jesucristo no pudiera propagar un antídoto más fuerte... En y por la justicia de Cristo no tenemos únicamente una escritura del perdón sino una patente de honor. No sólo somos librados de nuestras cadenas, sino que, al igual que José, avanzamos a ser virrey, y hechos sacerdotes y reyes ante nuestro Dios. No solamente somos perdonados, sino se nos da la preferencia... Por medio de Cristo y su justicia tenemos derecho a más y mayores privilegios que los que habíamos perdidos a causa de la ofensa de Adán”.

Un posible esquema sería:

Adán lo dice todo

1. El primer Adán habla de la caída (vv. 12-14)
2. El segundo Adán habla del rescate (v. 15)

O:

Centrarnos en un solo hombre

1. El que nos arruinó (vv. 12-14)
2. El que nos vivifica (v. 15)

Para enfatizar la universalidad tanto de la maldición como de la gracia de Dios en Cristo, sugerimos el siguiente esquema:

Un mensaje para todo el mundo

1. Muerte para todos por medio de Adán (vv. 12-14)
2. Vida para todos por medio de Cristo (v. 15)

SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Jeremías 28:5-9

Epístola - Romanos 6:1b-11

Evangelio - Mateo 10:34-42

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Jeremías 28:5-9, Jeremías al encontrarse con un falso profeta, Hananías, experimenta la hostilidad que un creyente recibe del mundo. La prioridad es la fidelidad al Señor, aún si significa que Jeremías debe profetizar un desastre para su propio pueblo.

La lectura de la Epístola, Romanos 6:1b-11, es la respuesta de Pablo a la salvación que Cristo ha logrado para todos. Por medio del bautismo el creyente llega a participar en la muerte y la resurrección de Cristo. Cada creyente ha muerto al pecado y resucita para llevar una nueva vida en Cristo.

En el Evangelio, Mateo 10:34-42, Jesús describe las luchas que su mensaje causará a los creyentes que tratan de vivir su fe en un mundo hostil. Hay un costo implicado en seguir a Jesús, desde la hostilidad de miembros incrédulos de la propia familia hasta la posible pérdida de la vida misma. Sin embargo, a los fieles les esperan premios extraordinarios.

Estas tres lecturas continúan con el énfasis de esta parte de la estación de Pentecostés sobre la santificación como la señal del creyente. Las lecturas proclaman los principios, los costos y los premios implicados cuando el cristiano anda en su nueva vida. Junto con un acontecimiento ejemplar de la vida de un creyente, nos animan a seguir a Cristo como otros lo han hecho antes que nosotros, a pesar de las dificultades que inevitablemente llegarán.

El texto - Romanos 6:1b-11

Después de presentar la necesidad que el hombre tiene por la justicia de Dios y el don gratuito de esta gracia por medio de Cristo, Pablo presenta el poder transformador de la justicia de Dios sobre la vida del creyente en el capítulo 6.

Como lo hizo al terminar la presentación acerca de la necesidad absoluta que el hombre tiene por la justicia de Dios, otra vez aquí Pablo ataca el argumento de que la cristiandad es inmoral. Pablo muestra que sería totalmente contradictorio que un cristiano viviera en pecado.

vv. 1b,2 - ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?

El inconverso que se mofa describe el evangelio como una invitación libre a la inmoralidad. “Si Dios está dispuesto a perdonar todos los pecados en Cristo”, razona, “entonces no queda ningún temor que me motive a llevar una vida santa”.

Pablo descarta inmediatamente esta objeción como algo inconcebible. Esta manera de pensar es errónea desde el principio. El evangelio de Cristo sí provee la motivación necesaria para llevar una vida justa, la motivación que sobrepasa cualquier temor de la ley que el incrédulo pueda tener. La motivación del cristiano es nada menos que el amor de Dios en Cristo. Además, cuando un cristiano viene a la fe “muere al pecado”. Pablo explicará este punto más en otro versículo del texto. Aquí simplemente señalamos que la muerte implica una separación total. Así como un cadáver está excluido de todo lo que acontece a los vivientes, un cristiano está separado del pecado. Es imposible para él, como cristiano, estar implicado en el pecado y dejar que el pecado lo controle.

v. 3 - ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

Sus lectores se dan cuenta, como Pablo aquí les recuerda, de que en el bautismo fueron unidos íntimamente con Cristo. Se hicieron partícipes de los acontecimientos de su vida. Aquí Pablo establece el paralelo que va por todo el texto. Así como Cristo murió y resucitó, así cada cristiano por medio del bautismo muere y resucita a una nueva vida.

La frase “en (εἰς) Cristo Jesús”, sinónimo de “en (ἐν) Cristo” describe con hermosura la vida cristiana. El cristiano vive y su ser está “en el ámbito” de Jesucristo. Siempre está rodeado del perdón de Jesús y siempre goza del compañerismo, la protección y el liderazgo de Jesús. Cristo se une a cada creyente, tal como lo ha prometido (Juan 14:20).

Esta unión entre Cristo y el creyente es tan íntima que Pablo no solamente puede decir que Cristo murió por nosotros, o en nuestro lugar, sino que nosotros también morimos con Cristo. En el bautismo entramos en todos los acontecimientos de la vida de Jesús. Se ha formado una identidad total entre Cristo y nosotros en nuestro bautismo. Nuestros pecados llegan a ser suyos y su justicia ahora nos pertenece a nosotros.

v. 4 - Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Aquí Pablo presenta la primera de las razones para descartar la idea malvada de que el evangelio anima a la gente a pecar. El propósito y el poder del bautismo es hacernos más como Cristo. Fuimos bautizados para que pudiéramos llevar una nueva vida, una vida

totalmente diferente de nuestra antigua manera de vivir, que estaba condenada por el pecado. Por medio del bautismo hemos entrado en la vida real — una vida repleta del amor, el poder y la dirección de Dios. Es imposible, por definición, para el hombre nuevo desear una vida de pecado. “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Juan 3:9).

El bautismo en la muerte de Cristo también significa morir al pecado. Pablo presenta el bautismo como una ceremonia funeraria la cual confirma, proclama y sella el testimonio de que la muerte ha ocurrido.

Pablo añade que el cristiano experimenta una resurrección de los muertos por medio del bautismo. Pablo dice: “Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre”. Dios manifestó su poder gloriosamente al resucitar a Jesucristo de los muertos. Asimismo, Dios ejerce el poder del evangelio en la vida de los creyentes para alabanza de su gloria (Ef. 1:12; 2:10; Mat. 5:16). Todo el propósito del bautismo es glorificar a Dios y terminar con el pecado.

La segunda prueba que Pablo ofrece como razón por la cual el cristiano no puede seguir viviendo en pecado es la unión que cada creyente disfruta con Cristo.

v. 5 - Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.

Ésta no es tanto una condición como una reafirmación del argumento de Pablo. El cristiano está totalmente unido a Cristo. Tal como un injerto se une a un árbol y obtiene vida del tronco principal, el cristiano participa plenamente en cada aspecto de la vida de Cristo. Dada la resurrección de Cristo y su unión con todos los creyentes, es cierto que los cristianos también resucitarán a una nueva vida de fe aquí en la tierra y a su cumplimiento pleno en el cielo.

Pablo usa la palabra “semejanza” (ὁμοίωμα) para expresar la idea de que nuestra muerte y resurrección son similares a, pero no iguales a la muerte y resurrección de Jesús. Pablo usa esta misma palabra en Filipenses 2:7: “hecho semejante a los hombres”. En Filipenses, expresa la idea de que Cristo se hizo igual a nosotros en todo, con una diferencia importante, no tenía pecado. Aquí en Romanos expresa la idea de que nuestra muerte, por medio del bautismo, difiere de la de Cristo únicamente en que nuestra muerte no es meritoria. De otra forma, nuestra muerte es una copia, una imagen, una semejanza de la muerte que Jesús experimentó — es una muerte que, al igual como la suya, nos conducirá a nuestra resurrección para la vida eterna en el cielo.

v. 6 - Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.

Nuestra propia experiencia es prueba de que ya no podemos seguir viviendo en el

pecado. El “viejo hombre”, nuestra carne pecaminosa, no quiere y no puede ser reformado ni instruido en los caminos de la justicia. Por medio del bautismo el viejo hombre murió violentamente, “fue crucificado juntamente con él”, como lo expresa Pablo. Note otra vez la unión de todos los creyentes con Cristo. Murió la muerte de un criminal. Lo mismo sucede con la naturaleza pecaminosa humana, el criminal dentro de cada uno de nosotros. De hecho, es lo único que Dios puede hacer con él.

El propósito de esta crucifixión es la nueva vida mencionada en el versículo cinco. Aquí, no obstante, Pablo lo expresa negativamente. Ve el cuerpo humano como “el cuerpo del pecado”. Dentro de cada pecador el poder del pecado obra en y a través del cuerpo desde la caída de Adán y Eva. Por lo tanto, el cuerpo está controlado por el pecado y sometido al pecado. Como tal, el cuerpo está destinado a recibir la paga del pecado, que es la muerte, y se caracteriza por su mortalidad.

El Bautismo, sin embargo, efectivamente ahoga al viejo Adán. En este versículo Pablo describe el pecado como un amo que trata a sus esclavos sin misericordia. El cuerpo ha sido el esclavo voluntario del pecado hasta que el poder del evangelio lo dominó en el bautismo. El cuerpo ha muerto al pecado — no importa cuántas veces el pecado golpea y empuja el viejo cuerpo de su anterior reino. El poder del evangelio que reveló una justicia de Dios nos ha librado eternamente y sigue dándonos una fuerza diaria para crucificar la carne y ejercer el nuevo hombre.

v. 7 - Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.

La muerte nos libra de las obligaciones y las leyes de esta vida, como Pablo expondrá en detalle en el siguiente capítulo (7:1-6). Nadie trata de cobrar una deuda de un cadáver. Sería una locura sentenciar a un cadáver por un crimen. De la misma manera, un creyente que ha muerto al pecado por medio del bautismo en la muerte de Cristo ha sido limpiado del pecado. El pecado ya no tiene ningún poder sobre él. La muerte de Cristo, la cual ha llegado a ser nuestra por medio del bautismo, satisfizo todas las deudas que este esclavo jamás podría haber debido al pecado.

v. 8 - Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.

Pablo resume su punto. Nosotros morimos con Cristo. Esto es claro a causa de nuestro bautismo. En base a eso, también compartiremos aquella nueva vida que Cristo vive ahora. Pablo sigue con una descripción de nuestra nueva vida en Cristo.

v. 9 - Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.

Pablo destaca uno de los puntos más significativos para el cristiano que lucha por llevar una nueva vida. Cristo ahora está totalmente fuera de la influencia de la muerte en virtud de su propia muerte. El venció victoriosamente a la muerte y en su estado glorificado es

incapaz de morir otra vez. Aunque todavía conserva la naturaleza humana, es una naturaleza humana glorificada e inmortal.

“La muerte no se enseñorea más de él”. Como parte de su humillación, Jesús se sometió a la fragilidad, a la mortalidad, a las consecuencias del pecado, aunque él mismo nunca pecó. Cuando Dios hizo a aquel que no conoció pecado a ser pecado por nosotros, la muerte ciertamente se enseñoreó de él. El cuerpo sin vida que descendió de la cruz en las últimas horas del Viernes Santo es testimonio de ello. La muerte hizo lo que quería con Jesús, pero únicamente hasta la Pascua.

v. 10 - Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.

Pablo vuelve al mismo tema del versículo 9, pero aquí reafirma el contraste. Jesús murió una vez. Se sometió a las consecuencias del pecado una vez, pero eso ya terminó. Para reafirmar este contraste Pablo usa expresiones paralelas, martillazos que resuenan otra vez con cada frase, pero ahora en vez de la muerte, resuena la vida. Jesús vive ahora; Jesús vive para Dios. Así como la vida de humillación de Jesús terminó aquí en sufrimiento y muerte en la cruz, ahora su vida se dirige exactamente a lo opuesto, a Dios, la verdadera fuente de la vida real, espiritual y eterna. Él vive en gloria, reinando sobre todas las cosas a la diestra de Dios.

v. 11 - Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Ahora Pablo nos da una exhortación, que se opone a la acusación de sus críticos en el versículo 1. En vez de quedar en el pecado, el cristiano está resuelto a estar “muerto al pecado, pero vivo para Dios” de la misma manera que Jesucristo ahora está muerto al pecado y vivo para Dios.

En los términos más fuertes este versículo destaca la separación total que existe entre el cristiano y el pecado. El rostro del cristiano se vuelve a Dios y no al pecado. Según el nuevo hombre, lucha para agradar a Dios, no para complacer los deseos pecaminosos de la carne. El cristiano quiere llevar una vida que agrada a Dios. Está “muerto al pecado”.

Todo esto es posible puesto que el cristiano está “en Cristo Jesús”. El poder para llevar una nueva vida de fe viene de Jesús. El conocimiento de la palabra de Dios viene de la revelación de esa voluntad por medio de Jesús. Por medio de la obra redentora de Jesús, el cristiano encuentra el motivo para vivir como el Salvador vivió. Aún en tiempo de gran sufrimiento el creyente puede encontrar consuelo y fortaleza para resistir la tentación. Un comentarista dijo que el cristiano en Cristo es “como el pez en el agua”. En Cristo, en el océano de su santidad, gracia y amor, es donde pertenecemos, no en el pozo negro del pecado.

Sugerencias homiléticas

Por todo este texto la lógica de Pablo es implacable. Ya en el versículo 2 nos hace comprender que el cristiano ha muerto al pecado, entonces, ¿cómo puede permanecer todavía en el pecado? No obstante, Pablo vuelve a labrar la tierra, arando más profundo, golpeando con más fuerza cada vez. El bautismo nos une con la muerte y la resurrección de Cristo. Por lo tanto, ya no queremos permanecer en el pecado (3-5). Hemos muerto al pecado y legalmente ya no somos propiedad del pecado, y así es obvio que no podemos seguir en el pecado (6,7). Debido a la muerte y la resurrección de Cristo, las cuales son nuestras en el bautismo, compartimos la vida santa gloriosa de Cristo — y ya no podemos permanecer en el pecado.

Al enfrentar este argumento repetido, este sermón no tiene que ser repetitivo si el predicador aplica los diferentes ángulos que Pablo aplica. Cada frente de batalla es diferente. Cada nueva conclusión victoriosa sobrepasa la anterior en consuelo.

Una manera sintética de presentar este texto parece ser lo más fácil de trabajar con la lógica de Pablo. Una aplicación sería;

El cristiano está unido con Cristo

1. En la muerte al pecado (1-4a, 5-7, 9, 10a)
2. En la vida para Dios (4b, 8, 10b, 11)

La primera parte pone énfasis en la separación total entre Cristo y el poder del pecado y la muerte. En el bautismo compartimos esa separación del pecado. La segunda parte hace hincapié en la gloria presente de Cristo y las implicaciones para el cristiano.

Aquí hay otra división doble del texto:

Una nueva vida

1. Muerto y enterrado al pecado (1-4a, 5-7, 9, 10a)
2. Resucitado y viviendo para Dios (4b, 8, 10b, 11)

Puesto que el bautismo es el tema recurrente en los argumentos de Pablo, el predicador podría abordar el texto centrándose en el bautismo. En ese caso una presentación del texto podría ser:

Considérense vivos para Dios

1. El propósito de su bautismo (1-4)
2. La garantía de su bautismo (5-11)

La primera parte hará hincapié en la intención de Dios de traernos a la fe por medio del bautismo, a saber, que le sirvamos aquí en la tierra y para siempre en el cielo. La segunda parte enfatizaría el poder detrás de la vida santificada, es decir, nuestra justificación.

Una presentación analítica, de tres partes, podría ser:

Bautizados en una nueva vida

1. Muertos al pecado (1-4)
2. Libres del poder del pecado (5-7)
3. Vivos para Dios en Cristo (8-11)

La primera parte enfatizaría cómo el cristiano, unido a la muerte de Cristo en el bautismo, ahora está separado del pecado. La segunda parte presentaría el argumento legal de Pablo. Puesto que el bautismo mata los deseos de la carne, la muerte ya no tiene ningún poder sobre el cristiano. La tercera parte enfatiza la certeza de la vida nueva de santidad y justicia que el cristiano comparte ahora con el Cristo exaltado.

SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Zacarías 9:9-12

Epístola - Romanos 7:15-25a

Evangelio - Mateo 11:25-30

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Zacarías 9:9-12, leemos la profecía familiar del Rey de Jerusalén que entra a la ciudad “cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna. Su venida abre una nueva era de paz, no solamente para Jerusalén, sino para “las naciones”. Dios promete librar a los prisioneros a causa de la sangre de su pacto. En una imagen vívida tras otra Zacarías representa las condiciones en la iglesia después de la venida del Rey de Sión.

La Epístola, Romanos 7:15-25a, presenta el lamento de Pablo que aunque es un creyente y conoce la ley de Dios, no obstante no puede guardar la ley como quisiera. “Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco”. En esta vida el cristiano nunca alcanza la perfección. “¡Gracias doy a Dios” por esa vida venidera!

En el Evangelio, Mateo 11:25-30, Jesús extiende su invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Según la buena voluntad de Dios, él invita a quienes llama “los niños” a asumir el yugo del discipulado.

El tema unificador de estas tres lecturas es la promesa de Dios de traer paz y descanso después de un período de conflicto y agitación. La lectura del Antiguo Testamento promete paz a un Israel atribulado en la iglesia del Nuevo Testamento; la Epístola nos recuerda que nuestra lucha contra el pecado terminará cuando estemos con nuestro Salvador en el cielo; el Evangelio ofrece descanso a corazones atribulados.

El texto - Romanos 7:15-25a

En esta sección de Romanos, Pablo está presentando la relación entre tres términos: el cristiano, la ley de Dios y el pecado. La ley de Dios muestra lo que el pecado realmente es — aquello que resulta en la muerte eterna. La fe en Cristo libra al cristiano de las exigencias y la condenación de la ley de Dios y asegura al cristiano la vida eterna. Como respuesta gozosa al amor de Dios, el cristiano lucha para guardar la ley pero frecuentemente cae en el pecado. ¿Por qué sigo pecando cuando no quiero? Ésta es la pregunta que atormenta a Pablo, al cristiano, en nuestro texto.

v. 15 - Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

Pablo, el pecador santo, está tratando de entender el conflicto que siente en su interior. Es un santo y un siervo de Dios (Rom. 6:22); también es un pecador y un esclavo del pecado (Rom. 7:14).

“No entiendo lo que hago”, Pablo confiesa. La palabra clave es “entender” (γινώσκω). Probablemente en este contexto el verbo significa “reclamar o reconocer como mío”, un significado documentado en Mateo 7:23. Pablo está diciendo: “En cuanto al hecho de que soy un santo yo realmente no reclamo lo que hago como mío”.

Pablo explica: “Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”. La voluntad de Pablo según su nuevo hombre es seguir la ley de Dios al pie de la letra. Ve todas las acciones que agradan a Dios y en su corazón Pablo tiene toda la intención de cumplirlas. Su voluntad dice: “¡eso es para mí!”.

Luego llega el momento del inventario. Examina lo que ha hecho o ha dejado sin hacer y descubre algo que lo deja muy perplejo; su desempeño ni siquiera se acerca a sus intenciones.

Imagínese que trabaja en una línea de cadena de montaje. Mientras el automóvil pasa por la línea toma forma. Las puertas, defensas, ventanas, el motor y la transmisión están colocados. Los obreros han aplicado la última capa de pintura. El carro entra en una cámara final para el tratamiento anticorrosivo. Pero lo que sale de la línea de ensamblaje es una carcacha corroída. ¿Cómo pudo suceder? ¿Qué error se cometió?

Cuando Pablo hace un inventario de sus actividades diarias, ve muchas carcachas que salen de la cadena de montaje.

v. 16—Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.

La palabra “si” en el versículo introduce lo que es prácticamente una cláusula causal. No hay nada de hipotético en el deseo de Pablo de seguir la ley de Dios ni en su desempeño que falla en alcanzar la ley de Dios. Puesto que Pablo según el nuevo hombre desea seguir esa ley, pone su sello de aprobación en la ley como algo bueno. La ley le dice lo que Dios quiere. El fracaso de Pablo en estar a la altura de los requisitos específicos de la ley no anula ni empaña la imagen de la ley. La culpa por la conducta de Pablo no se puede atribuir a la ley de Dios.

v. 17—De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.

Pablo aclara la dualidad que se encuentra en él y en cada cristiano. Aunque su verdadero yo (ἐγώ), su hombre nuevo, no es responsable de pecar constantemente, un inquilino

poco grato, un intruso, vive dentro de él y es el responsable. Pablo personifica el pecado como ese inquilino. Reconoce el pecado que está dentro de él pero no tiene el poder de desalojar o controlar a ese inquilino. En consecuencia, el pecado personificado vence la voluntad de Pablo y hace que cometa numerosos pecados. Pablo no puede escapar de la responsabilidad por esos pecados; los comete cuando el pecado dentro de él vence a su hombre nuevo.

Puesto que cada cristiano tiene al Espíritu de Dios viviendo dentro de él como un huésped bienvenido (1 Co 6:19), la conducta de cada creyente da testimonio del control divino. Sin embargo, puesto que cada cristiano también tiene el pecado viviendo en él como un huésped poco grato, su conducta también da testimonio vergonzoso de control ajeno. Cada cristiano quisiera cumplir a la perfección la voluntad de Dios, pero no lo puede hacer mientras el pecado mora en él, y eso quiere decir todo el tiempo que viva en este mundo.

v. 18—Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.

Hasta ahora no hemos escuchado por qué un ser humano puede proveer un ambiente tan ideal para el pecado. Pablo ahora nos dice: “en mi carne, no mora el bien”. El término griego para carne (σάρξ) se refiere a la naturaleza pecaminosa.

¿Qué quiere decir Pablo con “carne” o por naturaleza pecaminosa? Pablo se refiere a la corrupción del pecado que infecta a todo ser humano desde la caída de Adán. Sin el renacimiento espiritual el hombre sigue siendo totalmente carne; debido a su naturaleza pecaminosa no puede agradar a Dios. No se puede detectar nada moralmente deseable en la carne, ni siquiera en la carne del cristiano. El cristiano descubre, como Pablo, que esta naturaleza pecaminosa corrompe su entendimiento en asuntos espirituales, domina su voluntad y provee la cubierta ideal para el intruso que se llama pecado para esconderse dentro de él.

¡Cuán gran abismo existe entre la intención de Pablo y su desempeño! Es como si quisiera colgar un cordón de hermosas luces navideñas en su árbol de Navidad espiritual, pero el pecado que mora en su carne apaga el interruptor tan pronto como Pablo lo enchufa. ¡Qué frustrante para el cristiano!

v. 19—Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.

Este versículo es una repetición del versículo 15. El rasgo adicional es el marcado contraste entre “el bien” (ἀγαθόν) y “el mal” (κακόν). Pablo desea lo que es moralmente excelente; Pablo hace lo que no alcanza la excelencia.

v. 20—Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.

Este versículo repite el versículo 17 con una adición interesante. Pablo ofrece su fracaso de llevar a cabo su intención como prueba de que el intruso persistente, el pecado, reside en él y hace los mejores esfuerzos infructuosos.

v. 21—Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.

En este versículo Pablo resume sus pensamientos y saca una conclusión basada en su experiencia. Al hacerlo, usa la palabra “ley” (νόμος) en un sentido diferente de “la ley de Dios”. Pablo encuentra un principio, una norma, que se revela verdadero en su caso día tras día: “Cuando quiero hacer el bien, el mal está allí mismo conmigo”.

El mal al que se refiere Pablo es como un perro muy bien entrenado para atacar y que está programado para obedecer de inmediato un mandato especial. Puede estar descansando, y tener una apariencia muy inofensiva. Cuando recibe el mandato, salta, muestra los colmillos y gruñe. Ningún intruso pasará. El mal está justo al lado del hombre nuevo de Pablo. Tan pronto como Pablo tenga la intención de hacer algo que agrade a Dios y ¡listo!, el mal está muy alerta y trata de frustrar la intención.

v. 22—Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;

El “hombre interior” es el hombre nuevo. Encontramos este “yo” en cada versículo de nuestro texto excepto en el versículo 25a. Especialmente prominente en el ser interior de Pablo es su voluntad (θέλω) de seguir la ley de Dios (vv. 15, 16, 18, 19, 20, 21). El ser interior de Pablo ahora se opone a los deseos de su naturaleza pecaminosa.

El “yo” santificado de Pablo se deleita en la ley de Dios. Aquí hay una presentación completa de la conducta que agrada a Dios y lo que le desagrada. Cada cristiano según su hombre nuevo se deleita en hallar nuevas maneras de expresar su amor a Dios.

v. 23—pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

La “ley de Dios” del versículo 22 tiene su imagen al reverso que se llama “otra ley” y “la ley del pecado” en el versículo 23. Así como la ley de Dios es la guía perfecta para agradar a Dios, la ley del pecado es la guía perfecta para agradar al Sr. Pecado. La ley de Dios muestra al hombre nuevo cómo manifestar amor a Dios y al prójimo; la ley del pecado muestra a la naturaleza pecaminosa cómo mostrar amor al diablo, al mundo y a la carne.

Las dos leyes no sólo son opuestas, sino que son antagonistas activas. Pablo ve la ley del pecado que obra en los miembros de su cuerpo. Las manos, los pies, ojos, oídos, labios, junto con cada parte de la carne, usan la ley del pecado como guía y sirven al pecado. La ley de Dios parece ser la perdedora.

En este versículo, a “la ley de Dios” se le llama “la ley de mi mente”. La mente de Pablo, el conocimiento que tiene de la palabra de Dios, es parte del “hombre interior” (v. 22), su nuevo hombre. La ley de Dios es la que domina en la mente santificada de Pablo.

En el conflicto que hay entre la ley de Dios en su mente y la ley del pecado en sus miembros, Pablo ve que la ley del pecado es la que obtiene una victoria decisiva. De hecho, Pablo se describe como prisionero de la ley del pecado. ¿Debe el cristiano sencillamente entregar su hombre interior a esta ley del pecado? ¡De ninguna manera! El cristiano no debe atreverse a estar satisfecho con la falta de santificación o con algún grado bajo de santificación a pesar de que nunca llegará al nivel más alto en esta vida. Tendrá victorias, y muchas pérdidas, sin obtener la victoria absoluta. ¿Resulta extraño que Pablo y cada cristiana lo lamente?

v. 24—*¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?*

¿Hay alguna miseria mayor para el cristiano que la de ser prisionero de la ley del pecado? Pero a pesar de que Pablo está desanimado, no se desespera, porque ya sabe la respuesta de su ruego por ayuda (v. 25). Anhela ser librado “de este cuerpo de muerte”. Por la descripción “cuerpo de muerte” Pablo nos recuerda que nuestro cuerpo humano no dura para siempre; es mortal, está sometido a los estragos del pecado y la muerte.

En el día final, el Salvador dará a cada cristiano un cuerpo glorificado totalmente purgado del pecado. En ese día cada creyente servirá perfectamente a Dios con la voluntad, la mente y los miembros. ¡Si tan sólo ese día viniera pronto!

v. 25a—*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.*

Pablo no se atribuye ningún mérito en absoluto por la liberación segura que está en su futuro. Todo el mérito lo atribuye a Dios, quien garantizó nuestra victoria por medio de su Hijo. Jesús con su vida y muerte ha vencido el pecado, nuestro adversario constante en esta vida. Dios nos provee los medios y la fuerza para quedarnos firmes en nuestra fe y hasta obtener victorias limitadas sobre el pecado ahora. La palabra de Dios nos ha prometido la victoria absoluta sobre el pecado en la vida venidera. “¡Gracias a Dios!”

El nombre completo de nuestro Salvador se presenta como un resumen de su papel: “Jesús”, el Dios hombre que salva; “Cristo”, el que cumple las profecías del Antiguo Testamento, el que Dios ungió para su oficio; “nuestro Señor”, el que está en el control absoluto, ante quien “toda rodilla se doblará” (Filip. 2:10). Él fue el Salvador de Pablo. Él es nuestro Salvador.

Sugerencias homiléticas

En un análisis del texto, aparecen tres rasgos principales: el cristiano que se deleita en la ley de Dios; el pecado que mora en él que frustra los esfuerzos del cristiano; una

resolución final de este conflicto. Un método de tratar el texto sería representar el pecado como un inquilino poco grato:

El pecado—el inquilino persistente

1. El pecado tiene un firme dominio sobre mí
 - a. El pecado reside en mi carne (vv. 17, 18, 20, 21)
 - b. El pecado manifiesta su control en los miembros de mi cuerpo (v. 23)
2. El pecado frustra mis mejores esfuerzos
 - a. Aunque mi nuevo hombre se deleita en la ley de Dios (vv. 16, 22)
 - b. El pecado vence mi voluntad de cumplir la ley de Dios (vv. 15, 18, 19)
3. El pecado se enfrenta a su vencedor
 - a. El cristiano anhela liberarse del pecado (v. 24)
 - b. Dios provee al libertador (v. 25a)

Otro esquema básico que resaltaría la frustración del cristiano se vería tal vez así:

El dilema constante del cristiano

1. El cristiano quiere seguir la ley de Dios (vv. 16, 22)
2. El pecado que radica en el cristiano se opone a la intención del cristiano (vv. 15, 17–21, 23)
3. El cristiano anhela liberarse finalmente del pecado (vv. 24, 25a)

OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Isaías 55:10, 11

Epístola—Romanos 8:18–25

Evangelio—Mateo 13:1–9

El año eclesiástico

Todas las lecciones de hoy se relacionan de alguna forma con el mundo de la naturaleza y las cosas que crecen. Hace comparaciones entre las cosas que crecen que vemos a nuestro alrededor en el verano y las “cosas que crecen” y vemos en el reino de Dios. Las semillas se han convertido en plantas que crecen; las plantas son regadas y dan fruto.

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 55:10,11, nos dice que la palabra de Dios produce resultados así como lo hace la lluvia que baja de los cielos. Sencillamente es natural que donde llueve, haya plantas y producción. Asimismo, la predicación de la palabra de Dios será efectiva. El Israel atribulado puede contar con el Señor para cumplir sus promesas.

La Epístola, Romanos 8:18-25, armoniza con las otras dos lecturas mejor que la mayoría de las lecturas de las Epístolas de la estación de Pentecostés. En el mundo de la naturaleza, no sólo vemos hermosura y crecimiento, sino también contaminación, descomposición y calamidad. Aunque hay mucho en la creación de Dios que es hermoso y placentero, también es fácil ver cómo el pecado ha arruinado y sigue arruinando la hermosura perfecta. ¡Aun la naturaleza demuestra una necesidad de la redención!

El Evangelio, Mateo 13:1-9, es la parábola del sembrador. Aunque la semilla es poderosa y está llena de promesa, los resultados no son uniformes cuando se siembra. ¡Qué la palabra de perdón y salvación en Cristo el Señor produzca una cosecha abundante entre nuestros oyentes!

El texto - Romanos 8:18–25

Éste es el primero de cuatro textos consecutivos de las epístolas sobre la última mitad de Romanos 8. El predicar debe tener cuidado de no quitarle la primicia a los textos de los domingos siguientes.

¿Cuál es la idea clave de los versículos de hoy? Pablo responde a un problema con el que luchan los cristianos todo el tiempo. Aunque hemos sido liberados de la servidumbre al pecado y la muerte, todavía sentimos los efectos del pecado en nuestra vida. Una

evidencia de esto es el sufrimiento y el dolor que nos acompañan frecuentemente en la vida. ¿Cómo debemos comprender todos estos sufrimientos? ¿Cómo podremos sobrevivirlos?

Comenzando con el versículo 18, Pablo sugiere tres pensamientos que apoyan al hijo de Dios que es llamado a soportar el sufrimiento. El primero se da en nuestro texto (vv. 18–25). El segundo y el tercero están en los siguientes versículos (vv. 26, 27 y vv. 28–30) que son las lecturas de la Epístola para los dos próximos domingos. Téngalos presentes y planee usar estos textos de la Epístola.

v. 18—Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.

Aquí está el primer pensamiento que apoya al hijo de Dios que sufre: estos sufrimientos no son nada en comparación con la gloria venidera. “Gloria” incluye la resurrección del cuerpo, un cuerpo nuevo y perfecto, y vida eterna en la presencia de Dios, libre de todo pecado, muerte, dolor y tribulación (Filip.3:21). Tenga la mira puesta en esa “gloria”, especialmente frente al sufrimiento (vea 2 Co 4:16, 17).

v. 19—Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.

El lugar donde suceden nuestras “aflicciones del tiempo presente” es “la creación”. ¿No esperaríamos que la creación de Dios fuera un lugar mejor y menos doloroso para vivir de lo que resulta ser? El hecho es que aun la creación acompaña a los cristianos que sufren en tener que esperar la época futura de gloria. En el tiempo presente, el observador objetivo no puede, por la condición y las circunstancias de la vida de las personas, estar seguro quiénes son los hijos de Dios.

vv. 20, 21—Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

¿Por qué ansía tanto la creación esta revelación final? Porque la “creación misma” (las rocas, los océanos, las montañas, las fuerzas de la naturaleza) también ha sido “sujetada a vanidad”. No es sólo la *gente* la que sufre en este tiempo presente. ¡Toda la naturaleza lo hace! Como parte de su juicio contra el pecado, Dios ha sujetado la naturaleza a una condición de deterioro. Cuando nos afectan los trastornos de la naturaleza, se nos olvidan el pecado y la culpa humana que los ha causado. Pero es una sujeción temporal. El plan de Dios es que aun el mundo creado será liberado de los efectos del pecado y compartirá la gloria del cielo. Ésta es una parte de nuestra esperanza cristiana.

v. 22—Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora;

Pablo no espera que nadie esté en desacuerdo con este punto. La entrada del pecado en el mundo dañó toda la naturaleza. Casi se puede escuchar a la naturaleza “gimiendo” cuando se ven sus trastornos, calamidades, enfermedad, hambrunas y otras cosas semejantes. Pero no se desespere, como si no hubiera esperanza ni futuro. Es más como los “dolores de parto”. ¡Algo nuevo y mejor está a punto de nacer! Así el hijo de Dios puede ver sus sufrimientos personales (v. 18) con “esperanza” (v. 20) porque son parte de los “dolores de parto”. Dios hace que las cosas se muevan hacia esa gloria futura.

v. 23—y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

Los cristianos viven “entre los tiempos”, entre el “ya” y el “todavía no”. Los que tenemos las “primicias del Espíritu”, es decir, que por el Espíritu Santo tenemos esta esperanza de la gloria en Cristo, gemimos temporalmente mientras vivimos en este mundo de pecado y maldad. Nuestros cuerpos todavía son una parte de esta creación presente y sufren con él. Pero nos alegramos y animamos con la promesa de que nuestros cuerpos también, junto con lo demás de la creación, serán liberados de esta servidumbre. Tener al Espíritu Santo como nuestra posesión actual es la garantía de que la redención completa seguirá, incluyendo la redención de nuestros cuerpos que ahora sufren. (Note: las “primicias del Espíritu” no significa que recibamos una parte del Espíritu al principio y una parte más tarde. Cuando la persona recibe al Espíritu, lo recibe plenamente. Este recibir del Espíritu es las “primicias” o “depósito” de la redención total que seguirá. Vea 2 Co 5:5.)

v. 24—Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?

Mientras vivimos en este estado de esperanza de una condición no realizada que aun ha de completarse, ya tenemos la seguridad interna de la salvación. La salvación vino cuando sólo había “esperanza” (y no el paso siguiente de la esperanza *realizada*). Los cristianos todavía viven en este tiempo de esperanza. El mismo hecho del sufrimiento continuo prueba que no hemos llegado todavía al tiempo del cumplimiento. Así que no debe extrañarnos que todavía experimentemos las condiciones que prevalecen durante este tiempo de esperanza.

v. 25—Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

“Lo que no vemos” es la redención de nuestros cuerpos. Ésta es una parte de “la gloria que será revelada en nosotros” (v. 18). Nuestro reto es ser pacientes y perdurar en los sufrimientos presentes con la firme confianza de que estos problemas son pequeños en comparación con la gloria que nos espera. Ésa es nuestra “esperanza” constante en este mundo.

Así que, en toda esta sección, el apóstol consuela y anima a los que sufren. Dice que el sufrimiento es una parte que se debe esperar al vivir en una creación que ha sido afectada por el pecado. ¡Pero tenga esperanza! Porque el mismo Dios que tuvo que poner la creación bajo su maldición también ha prometido y arreglado su redención. Además, lo que la persona sufre por ahora es poco en comparación con la grandeza de la gloria que está ahora oculta, pero que será revelada en la época venidera.

Sugerencias homiléticas

Nuestro texto es una parte de la respuesta de Pablo a cristianos que sienten la disparidad entre su estatus como hijos de Dios que han sido redimidos de la servidumbre al pecado y la muerte (v. 2 de este capítulo) y sus experiencias frecuentemente dolorosas de vivir en este mundo de pecado. En el versículo 17 Pablo dijo a los cristianos esperar compartir los sufrimientos de Cristo. Ahora comienza a animar a los que se han desanimado por las condiciones de sus vidas.

Los pensamientos pueden incluir ejemplos de cosas que hacen que las personas se sientan desanimadas en sus vidas. Luego anuncie que Pablo tiene una palabra en nuestro texto para cristianos desanimados. La palabra que se tiene que resaltar es la palabra “esperar”. No anuncie ni se centre en esta palabra hasta la segunda parte del sermón.

Una palabra para cristianos desanimados

1. La causa de nuestros desánimos
2. La cura contra nuestros desánimos

Puesto que Pablo va de un lado a otro en estos versículos entre la causa y la cura, es difícil especificar divisiones precisas de versículos.

Aquí hay ideas que irían bien en la primera parte: Toda la creación ha sido afectada por el pecado (dé ejemplos). Dios es el que la ha sujetado a esta frustración. Los cristianos también están atrapados en esta situación y experimentan el dolor debido a ello. Nuestros cuerpos físicos todavía no han sido redimidos, aunque ya nos regocijamos en nuestra redención del pecado y de la muerte. Por tanto (un pensamiento de transición) no es extraño que vengan desánimos mientras vivamos en este mundo de pecado.

Ideas para la segunda parte: Toda la creación espera su turno para experimentar la redención. La gloria prometida venidera vale la pena esperarla. Esperar es difícil para las personas que quieren soluciones inmediatas. Esperar es difícil para las personas que quieren resolver sus propios problemas. Esperar tal vez no cambie las cosas, pero si esperamos en fe y esperanza, nuestra actitud hacia estas cosas puede cambiar. Nuestra espera confiada se basa en una palabra y promesa definida de Dios (el evangelio; vea también el versículo 32 de este capítulo). La posesión presente del Espíritu Santo es nuestras “primicias”, que da seguridad y confianza a nuestra esperanza.

Conclusión: Salmo 130:5.

NOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Isaías 44:6–8

Epístola—Romanos 8:26, 27

Evangelio—Mateo 13:24–30

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 44:6-8, el profeta trae palabras de ánimo del Señor todopoderoso, el “Rey y Redentor” de Israel, a un pueblo que estará rodeado de las tentaciones de dioses falsos. Asegura a su remanente fiel que él, Jahvé, es el único Dios verdadero. Ha demostrado esto en la historia pasada de Israel, a pesar de las tribulaciones que Israel ha sufrido durante su cautiverio. Lo demostrará otra vez conforme a su promesa que él es la Roca en la que se puede hallar liberación y refugio. Estos versículos introducen una sección de Isaías en que la grandeza del Señor contrasta con la nulidad de los ídolos.

La Epístola, Romanos 8:26,27, continúa con una serie de lecturas de Romanos. En la lectura del domingo pasado, Pablo llamó la atención al deseo del creyente por su redención final, un deseo reflejado en los gemidos de toda la creación. La Epístola de este domingo continúa con el mismo pensamiento, agregando como ánimo que el Espíritu Santo de Dios, por medio de su propia intercesión, ayudará a fortalecer a los creyentes en el tiempo de debilidad hasta que alcancen el tiempo de gloria.

El Evangelio, Mateo 13:24-30, es la Parábola de Cristo de la cizaña. En lugar de arrancar la cizaña que un enemigo ha sembrado entre el trigo bueno, los segadores reciben la orden: “Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega”, cuando se hará la separación final. Se toman estas medidas para evitar arrancar el trigo junto con la cizaña durante el tiempo del crecimiento. El juicio llegará, pero no prematuramente.

Las tres lecturas animan al pueblo fiel de Dios a ser pacientes en tiempos de angustia y desánimo, esperando que el Señor dé la liberación final conforme a su promesa.

El texto - Romanos 8:26, 27

En los versículos inmediatamente antes de nuestro texto el apóstol Pablo les recuerda a los creyentes en Roma que están viviendo en un tiempo de expectativa más bien que de cumplimiento. Por tanto, los anima a esperar con paciencia (v. 25), dispuestos a soportar los desánimos e imperfecciones de este tiempo presente, siempre esperando las promesas

de Dios de la redención final.

A estas palabras de ánimo se agrega un nuevo pensamiento.

v. 26—Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.

La RVR traduce aquí: “El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”. Conforme al significado literal de la palabra que Pablo aquí utiliza (συναντιλαμβάνεται) podemos traducir: “El Espíritu nos extiende su mano auxiliadora en nuestra debilidad”. Los cristianos con frecuencia son débiles. Tienen vida, pero no se pueden sostener por su propia fuerza. Necesitan apoyo en tiempos de debilidad, una mano auxiliadora.

Su debilidad (ἀσθένεια) se describe: “qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos”. Tenemos que considerar esto en el contexto. En toda esta sección Pablo se ha estado refiriendo a la redención futura del cristiano y el tiempo de gloria. Durante este tiempo de espera, los cristianos oran. Sus oraciones llegan al trono de Dios desde lo profundo de su ser. Piden la liberación de todas las tribulaciones en este mundo. Tienen la promesa de una gloria futura en el cielo. Pero todavía no tienen un concepto total de esta gloria que les espera. Está más allá de su alcance, o inclusive de su aprecio pleno. Además, las preocupaciones de este tiempo presente les pesan mucho. Y así sus oraciones de que “venga a nos tu reino” y “líbranos del mal” frecuentemente no están a la altura, no corresponden con la plena realización de lo que piden. Todavía están sujetos a la debilidad humana, particularmente en sus oraciones por la gloria futura.

Pero el Espíritu de Dios extiende su mano auxiliadora a ellos en su debilidad. Sí, “intercede por nosotros” (ὑπερεντυγχάνει), aun “con gemidos (στεναγμοῖς) indecibles (ἀλαλήτοις)”. Los comentaristas rápidamente indican que interpretar esto como si el Espíritu mismo gime es “imposible”, “no tiene sentido”, “no hay bases en la Escritura que lo apoye”, “abre las puertas al fanatismo”, etc. G. Stoeckhardt no está de acuerdo (*Commentary on Romans*, p. 386). Él sostiene que el Espíritu es el sujeto que gime y que esto es también una parte de su intercesión. En el versículo 23 el apóstol mencionó el gemido interno del cristiano mientras espera su redención final. Stoeckhardt (pp. 386,387) concluye: “Las palabras de Pablo no permiten otro significado sino que el Espíritu gime, y con su gemido intercede por nosotros ante Dios. Por supuesto, el Espíritu de Dios también gime en nosotros, en nuestro ser interior. El hombre es el instrumento del Espíritu que gime... Pero el Espíritu de Dios es una persona independiente, que habla, testifica, ora. Así como da testimonio de que somos hijos de Dios, así personalmente habla dentro de nosotros y ora por nosotros. Y sólo porque con frecuencia son los gemidos del Espíritu de Dios, también son indecibles, más allá de nuestra comprensión. Al mismo tiempo, intercede por nosotros, con su potente intercesión, y con eso lleva nuestros débiles suspiros y oraciones con ella para que no cesen, sino finalmente logren su meta”.

Ya sea que estemos de acuerdo con la mayoría o con Stoeckhardt en nuestra interpretación, finalmente es consolador saber que no sólo Cristo es nuestro abogado ante el trono de gracia de Dios Padre (Ro 8:34; 1 Jn 2:1, 2; Heb 8:1), sino que el Espíritu Santo también intercede por nosotros. Pablo nos asegura que él vive, habla, gime y ora en nosotros, y con sus suspiros y oraciones estará a nuestro lado hasta nuestro último aliento.

Pablo continúa exponiendo en el mismo tono.

v. 27—Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

Aunque el Espíritu “intercede por nosotros con gemidos indecibles” (v. 26), Dios entiende. “El que escudriña los corazones” es, por supuesto, Dios Padre (vea Mt 6:4; Hch 1:24; 1 Ts 2:4; 1 Jn 3:20; Apo 2:23). “Sabe cuál es la intención [τὸ πρόνημα] del Espíritu”. Conoce el objeto y la intención de la intercesión del Espíritu. Si las palabras y expresiones están más allá de nuestro débil entendimiento, no tenemos que preocuparnos de que el Padre no se dé cuenta de los pensamientos, preocupaciones y deseos más íntimos de sus hijos. ¡El Espíritu de Dios los comunica a él, y el Padre y el Espíritu son uno!

Aquí se recuerda ese hermoso pasaje de Juan: “Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas” (1 Jn 3:20). Aun cuando los creyentes cristianos no entienden plenamente por qué deben orar y cómo deben hacerlo, el Espíritu “conforme a la voluntad de Dios (κατὰ θεόν) intercede por los santos”. Los creyentes son “santos”. El Espíritu de Dios, que los ha conducido a la fe y los ha fortalecido en su fe, está tomando parte activamente en cuidar que el fin de su fe se logre. ¡Qué consuelo para los cristianos que sufren!

No se puede pensar en una mejor conclusión para esta sección que los comentarios de Martin Franzmann sobre este texto: “No sabemos orar como debemos; la fuerza de nuestras oraciones no está en proporción con la gloria que pedimos. Pero la ley del Espíritu de vida no es ningún ambiente general en que vivimos; es la presencia personal del Espíritu, que nos ayuda en nuestra debilidad. Conoce el mundo de Dios y cómo los hombres deben orar por él. Pone su poder en nuestra oración de ‘Venga a nos tu reino’, un poder que rompe los límites de nuestra habla humana y nos hace clamar ‘con gemidos demasiado profundos para decirlo con palabras’. Intercede por nosotros, es nuestro Paracleto, nuestro Consejero. Estas oraciones impulsadas por el Espíritu pueden ser inarticuladas, pero de todos modos no dejan de ser oídas. Dios conoce nuestros corazones y entiende nuestras oraciones defectuosas. Ha estado esperando esas oraciones y las recibe gustosamente. La intercesión del Espíritu por sus santos pobres, débiles y con apariencia no santa es una oración conforme a su voluntad.

“No cabe duda de la grandeza del futuro que evoca suspiros y oraciones como éstos. La creación en agonía, los hombres en los cuales mora el Espíritu, el Espíritu mismo, todos dan testimonio, cada uno es su medida, de la plenitud de la gloria del mundo hacia el cual nos dirigimos” (Concordia Commentary Series, *Romans*, pp. 151,152).

Sugerencias homiléticas

El texto para el domingo pasado trató los versículos inmediatamente antes de nuestro texto para este domingo, señalando a los cristianos que tienen la promesa de la gloria futura pero todavía están rodeados por los elementos infestados del pecado de este mundo. Pablo los anima a que no se desanimen, sino que esperen con paciencia mientras aguardan su redención final.

El texto de este domingo, aunque muy relacionado con el del domingo pasado, nos lleva unos pasos más adelante, pasos que se tendrán que señalar y desarrollar con cuidado para evitar la repetición.

Por un lado, se resalta la mediación del Espíritu Santo en ayudarnos en nuestra debilidad—su intercesión por nosotros, sus “gemidos indecibles”.

Además, la “debilidad” del cristiano no se presenta sólo como alguna clase de desánimo general o falta de paciencia, sino en la incompetencia de saber qué pedir y cómo pedirlo. El pensamiento de la gloria futura es indescriptible, excede tanto la comprensión humana que el cristiano titubea y busca pensamientos y palabras tratando de orar por lo que viene.

Finalmente, toda la situación de nuestro texto señala al hijo de Dios que está a las puertas de la gloria futura. El fin del camino está a la mano. Las puertas celestiales están llamando. Hemos esperado bastante tiempo, y el tiempo de esperar con paciencia casi se termina. ¿Y qué hacer ahora?

Esta situación sugiere el siguiente tema:

Al acercarse nuestra última hora

1. Qué el Espíritu nos ayude en nuestra debilidad (v. 26)
2. Qué el Espíritu interceda por nosotros conforme a la voluntad de Dios (v. 27)

Otra manera de tratar el texto sería usar las palabras de un himno de Pentecostés como el tema:

“¡Oh! ven, Espíritu Creador”

1. Si nuestra alma no puede hallar consuelo
2. Cuando se rompe el hilo frágil de la vida

Se puede preguntar, por supuesto, si un sermón que se concentra en el aspecto de las últimas horas del cristiano tendrá suficiente interés para la gente en general, especialmente de las personas jóvenes cuyas horas finales todavía parecen lejanas. Las incertidumbres de la vida, sin embargo, aparecen de forma contundente en cada programa de noticias. Desde luego, conviene a todos los cristianos pensar en la amenaza constante de la muerte y prepararse con cualesquiera de las palabras de consuelo y seguridad que Dios les da en su palabra, no sólo para ellos mismos sino también para amigos y seres queridos que enfrenten esta situación.

DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - 1 Reyes 3:5-12

La Epístola - Romanos 8:28-30

El Evangelio - Mateo 13:44-52

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, 1 Reyes 3:5-12, leemos que el rey Salomón recibió gran sabiduría. Dios le había ofrecido dar al joven rey cualquier cosa que pidiera. Salomón pudo haber pedido una larga vida, riquezas o venganza contra sus enemigos, pero en vez de eso pidió sabiduría para gobernar el pueblo de Dios y para distinguir entre el bien y el mal. Con la bendición de Dios, Salomón llegó a ser el hombre más sabio que jamás había vivido.

La Epístola, Romanos 8:28-30, es una de varias lecturas consecutivas de la carta a los cristianos en Roma. El capítulo ocho presenta el gran consuelo que los cristianos tienen en medio de los sufrimientos de esta vida.

El Evangelio, Mateo 13:44-52, presenta las parábolas del tesoro escondido, la perla de gran precio y la red. Éstas son las últimas tres de siete parábolas en Mateo 13. En cada una Jesús enseña acerca del “reino de los cielos”. Las parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran precio nos enseñan el valor del reino. La parábola de la red nos enseña que la autenticidad de este reino no será revelada hasta el Día del Juicio.

Un pensamiento que une las tres lecturas del día es la sabiduría que viene de Dios. Dios proporcionó al rey Salomón la sabiduría para ser un rey grande y digno. El propósito de las parábolas de Jesús fue el de comunicar la sabiduría celestial respecto a la naturaleza del reino de Dios. En el sermón del texto de Romanos, solamente una mente que ha sido hecha sabia en la fe por medio del Espíritu puede comprender las verdades de la elección divina y del plan de salvación de gracia de Dios. Tal mente sabia encontrará certeza y consuelo.

El texto - Romanos 8:28-30

El octavo capítulo de Romanos comienza hablando de la vida que tenemos en el Espíritu. Como creyentes que han sido justificados por la gracia salvadora de Dios, vivimos ahora según el Espíritu, y no según nuestra naturaleza pecaminosa (v. 4). El Espíritu de Dios y de Cristo vive en nosotros (v. 9) y nos convence de que somos hijos de Dios (v. 16) y herederos de la gloria eterna con Cristo (v. 17).

El Espíritu que mora en nosotros también nos consuela en los sufrimientos presentes de esta vida (v. 18). Gemimos bajo la maldición junto con toda la creación (v. 23), pero el Espíritu nos sostiene con la esperanza de una liberación final (vv. 21,23,24). El Espíritu hasta nos ayuda durante nuestros momentos débiles y guía nuestros pensamientos y oraciones al cielo (vv. 26,27).

¿Cómo podemos estar seguros de esta liberación mientras vivimos en nuestros cuerpos de pecado y de muerte? ¿Cómo podemos encontrar consuelo cuando el mundo a nuestro alrededor está lleno de tanta miseria y tanta adversidad? El texto para el sermón dirige nuestra atención a la fuente donde se encuentra esa certeza y ese consuelo. No vienen por algo que hacemos nosotros, ni tampoco ocurren por coincidencia. Con Dios no hay accidentes. Nuestra certeza y el correspondiente consuelo dependen totalmente de los propósitos de gracia que Dios tiene por nosotros. Éstos se revelan en Romanos 8:28-30:

v. 28 - Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

“Sabemos” (οἶδαμεν) indica aquí el conocimiento que viene de la revelación en vez de la experiencia personal. Creemos porque el Espíritu Santo nos ha convencido de que estas cosas son verdaderas. Y amamos a Dios porque hemos llegado a entender que él nos amó primero.

En la opinión de este escritor, los mejores manuscritos apoyan la traducción: “Todas las cosas les ayudan a bien” y no “En todas las cosas Dios obra para el bien”. Lo primero, por supuesto, implica un agente divino. Es nuestro Señor misericordioso el que toma todo lo que hay en el mundo, cada acontecimiento de la historia, cada circunstancia de la vida y hace que nos “ayuden a bien” (συνεργεῖ) para servir perfectamente los mejores intereses de sus hijos.

Aquellos que “aman” (ἀγαπῶσιν) a Dios son los mismos que son “llamados” (κλητοί). Este llamamiento denota el llamamiento a la fe que el Espíritu efectuó por medio del evangelio de Cristo. Implica un llamamiento que incluye la aceptación de Cristo y de estar en compañerismo con él (1 Cor. 1:9).

“Conforme a su propósito” (κατὰ πρόθεσιν) es fundamental para entender el punto básico del texto. Contiene todo lo que sigue en los versículos 29,30. Dios diseñó un plan acerca de cómo iba a resolver el problema del pecado. Su plan arreglado divinamente de antemano está en el fondo de todo lo que pertenece a nuestra salvación y cómo fue ejecutada. Este plan fue concebido y llevado a cabo en relación con Cristo (Ef. 3:11). “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). (ver Rom. 9:11 y 2 Tim. 1:9).

El propósito de Dios es eterno. Llena la eternidad — siempre ha sido, siempre es y siempre será lo que Dios tiene pensado para nosotros según su amor misericordioso. Dios revela su voluntad en el evangelio para que por medio de la fe podamos entender la grandeza maravillosa de su amor por los pecadores (Rom. 11:33). ¡Piénselo, estamos incluidos en el plan misericordioso de Dios!

v. 29 - Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Pablo escribe: “Dios los conoció antes” (προέγνω). Dios ciertamente es omnisciente y conoce todas las cosas antes que ocurran. Conocía de antemano a todos los que iban a creer. Pero la acción de predestinación, de elección eterna, no la indujo su omnisciencia, la indujo el “puro afecto de su voluntad”, su amor (Ef. 1:4,5).

Este conocimiento previo de Dios implica el mismo conocimiento mencionado en el Antiguo Testamento cuando habla de la actitud especial del Señor hacia su pueblo escogido: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Amós 3:2). Este conocimiento indicó un afecto personal y un amor hacia su pueblo (ver también Salmo 1:6; Oseas 13:5 y 2 Tim. 2:19).

El conocimiento previo de Dios en la Biblia se refiere a la consideración especial que tenía por aquellos que él predestinó. Ellos fueron los objetos de su amor. Tuvo la mirada puesta en ellos desde la eternidad aún antes de que el mundo existiera (Ef. 1:4; 2 Tes. 2:13). En el tiempo llevó a cabo las intenciones de su amor al traerlos a la fe por medio de las influencias santificadoras del Espíritu (1 Ped. 1:2).

Como siempre, el amor de Dios se distingue por la acción con propósito. El amor que conoció antes también fue un amor que predestinó. A los que conoció antes también los “predestinó” (προώρισεν). Los anotó en los planes originales de su plan de gracia. Desde antes marcó los límites de su existencia terrenal para que se pudiera cumplir su propósito hacia ellos.

Dios quiso que ellos fueran como su Hijo y que se unieran con su familia en el cielo. Por lo tanto, su Hijo nació en la tierra y fue el Redentor de la humanidad. Cristo es la causa de nuestra elección. Puesto que Dios nos eligió en Cristo, él también nos dio la fe en él. Por medio de la fe en Cristo, nos vestimos de Cristo y somos conformados a su semejanza. Durante nuestras vidas este proceso de conformación sigue hasta que alcancemos la glorificación final.

En la familia de Dios (“muchos hermanos”) Cristo siempre será “el primogénito”. Él es el preeminente sobre toda la creación (Col. 1:15). Podemos considerar su primogenitura también desde el aspecto de la resurrección de los muertos (Col. 1:18). Nosotros, sus hermanos, seguiremos tras él en la resurrección.

v. 30 - Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

Pablo ahora explica algunas de las acciones que Dios llevó a cabo para efectuar sus planes cuidadosamente formados. Estas acciones tuvieron lugar aquí en el mundo. Dios entró en la historia humana para efectuar su voluntad. Pablo pudo haber mencionado otras acciones que Dios tomó, tales como la redención o la santificación, pero las que cita aquí son adecuadas para cubrir todas las bases.

El plan de Dios de la predestinación en Cristo lo llevó a llamar a sus elegidos y traerlos a la fe. El Espíritu, por medio del evangelio, no solamente invita al pecador a la fe, sino también le da la habilidad para creer (Rom. 1:16; 2 Tes. 2:14).

Otro paso clave en el plan de salvación de Dios es la justificación. Como un juez eterno y totalmente justo, él declara a los pecadores justos. ¿Sobre qué fundamento? Sobre el fundamento de la obra redentora de Cristo. Ya no queda ningún registro de los crímenes del pecador. La sangre de Cristo los eliminó todos. No hay ningún mérito por parte de los que han sido justificados. Puesto que el contexto trata sólo de los elegidos, el énfasis aquí no es sobre la justificación objetiva, sino sobre la subjetiva.

El paso final del plan de Dios es la glorificación. Aquellos que por fe poseen a Cristo y su justicia ya han emprendido el camino a la gloria. Dios desde la perspectiva de la eternidad ve este proceso ya culminado. Nosotros que gemimos bajo la carga de nuestros sufrimientos actuales esperamos en fe la certeza de esa gloria final que será revelada en nosotros (v. 18). Esta esperanza segura nos da el consuelo diario que necesitamos para enfrentar las adversidades de esta vida.

Aún ahora podemos distinguir, aunque débilmente, algunas de las facetas de esa gloria. Somos limpiados del pecado; adoptados en la familia de Dios; hechos herederos de la gloria de Dios. Crecemos en la fe y glorificamos a Dios con nuestras vidas. Somos testigos del Cristo resucitado y demostramos su amor a nuestro prójimo. Luchamos para hacer todo para la gloria de Dios. A nosotros, quienes a causa del pecado no alcanzamos la gloria de Dios (Rom. 3:23), ahora la voluntad del Padre nos destina a la gloria (Ef. 1:17), para aparecer con Cristo en gloria (Col. 3:4) y se nos dará la corona de gloria incorruptible (1 Ped. 5:4).

¡Qué gran día será cuando podamos mirar hacia atrás y darnos cuenta de cómo Dios hizo que todo obrara para nuestro bien eterno! ¡Qué momento tan gozoso será cuando nos encontramos totalmente conformados a la semejanza de Cristo, nuestro hermano! Y lo mejor será que será una gloria que jamás terminará.

Sugerencias homiléticas

El enfoque del sermón será la certeza de la salvación y el consuelo que la doctrina de la elección nos da. Usted podría considerar el siguiente esquema:

Mi Dios de gracia lo hace todo

1. Desde la eternidad me escogió para ser suyo (v. 29)
2. En el tiempo ha hecho cosas para mi salvación (v. 30)
3. Ahora hace que todo me ayude a bien (v. 28)

Lo siguiente explica por qué el cristiano siempre confía que todo lo ayudará a bien:

Todas las cosas me ayudan a bien

1. Dios hace que me ayuden para bien (v. 28)
2. Él obra según un plan de amor (vv. 29,30)
3. Ahora, cumple el último paso de ese plan (vv. 28,30c).

Mirar el plan de salvación de Dios es como observar un cristal de colores. Podemos estar detrás y permitir que la luz del sol haga que el cristal tome vida y brille. O podemos acercarnos, examinar el arte, una parte a la vez, y quedar impactados con los detalles gloriosos. Se puede escoger los cinco verbos aoristos para centrarse en el detalle glorioso del plan maravilloso de Dios para nuestra salvación:

El plan eterno de Dios para mí

1. Me conoció antes (v. 29a)
2. Me predestinó (v. 29b)
3. Me llamó (v. 30a)
4. Me justificó (v. 30b)
5. Me glorificará (30c)

Esta última sugerencia podría usarse efectivamente como una homilía, explicando cada término cuidadosamente cuando aparece en el texto, sin perder de vista el tema en el proceso.

UNDÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 55:1-5

Epístola - Romanos 8:35-39

Evangelio - Mateo 14:13-21

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 55:1-5, es el llamamiento que Dios hace a aquellos que tienen sed y hambre espiritual a acudir ante aquel que satisfará todas esas necesidades espirituales. La comida y bebida que Dios ofrece son su amor, perdón, paz, vida eterna, gozo, etc. La invitación de Dios es que “compremos” estos tesoros “sin plata”. El los ofrece gratuitamente a todos. En su amor Dios está estableciendo un pacto eterno con toda la humanidad en el cual promete que en su misericordia nos proveerá de todas nuestras necesidades espirituales.

La Epístola para hoy, Romanos 8:35-39, nos asegura que nada en toda la creación nos puede separar del amor de Dios en Cristo. A causa de ese amor los cristianos son vencedores. Cristo les da la fortaleza para vencer a sus enemigos.

El Evangelio, Mateo 14:13-21, es la historia de Jesús cuando alimenta a los cinco mil con cinco panes y dos pescados. Dios satisface las necesidades físicas de sus criaturas. Aquí vemos la generosidad y la abundancia de la provisión de Dios. Él nos da más de lo que pedimos, más de lo que necesitamos.

El énfasis para este domingo es que el amor de Dios provee todas nuestras necesidades. En su amor Dios nos invita a entrar en su pacto eterno con el cual él se compromete a sí mismo a darnos en forma gratuita todo lo que necesitamos espiritualmente. Además, Dios no permitirá que nada en toda la creación nos separe de su amor. Por lo tanto, en el amor de Dios los cristianos encuentran el cumplimiento de una de las necesidades más básicas del hombre, la necesidad de la seguridad.

El texto - Romanos 8:35-39

La Epístola para los tres domingos precedentes ha sido tomada de Romanos 8. La evolución es la siguiente: (A) Durante este período intermedio en esta tierra vivimos con la esperanza segura de la redención completa. (B) En nuestra lucha por mantenernos fieles hasta el fin tenemos al Espíritu de Dios quien intercede por nosotros. (C) Se nos

exhorta en nuestra lucha a permanecer fieles a Dios por la promesa de que la dirección personal de nuestras vidas causará que todas nuestras experiencias finalmente servirán para nuestro bien.

En los versículos 31-35 (los cuales no están incluidos en esta perícopa) Pablo pregunta: “¿Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”. Luego revela que Dios está con nosotros siempre en Jesucristo, quien murió, resucitó, ascendió e intercede por nosotros. Nadie nos puede acusar ante Dios, quien nos ha escogido para ser suyos y nos ha hecho suyos por medio de la fe en Jesucristo.

v. 35 - ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?

“¿Quién nos separará...?” complementa las tres preguntas precedentes — “¿Quién contra nosotros?” (v. 31), “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” (v. 33), “¿Quién es el que condenará?” (v.34). La pregunta aquí es: “¿Hay algo que puede hacer que Cristo deje de amarnos?”. La pregunta no es teórica. En tiempos de problemas, los cristianos se preguntan esto. Pablo está escribiendo acerca de sus propios problemas (2 Cor. 11:23-33) tanto como los de otros cristianos. Al peregrinaje terrenal de los santos de Dios lo acompañan las adversidades que Pablo enumera aquí en este versículo y también en el 38 y 39. “El amor de Cristo” es el amor de Cristo por su pueblo. Esto está demostrado por la frase: “aquel que nos amó” (v. 37), y por la expresión, “el amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (v. 39). Afirma la imposibilidad de perder ese amor de Cristo. El fundamento de esta confianza es el carácter y la fidelidad del amor de Cristo como los hechos mencionados en el versículo 34 lo certifican.

Pablo menciona siete tribulaciones que los Cristianos experimentan. Hay una evolución de dificultad en esta lista. Cada prueba encuentra una aplicación continua por todos los tiempos.

1. “Tribulación” (θλίψις, sentimiento de presión). Todos las tenemos, aún los niños. Éstas son los dolores, los males, las irritaciones que producen el estrés.
2. “Angustia” (στενοχωρία, estrechez de espacio). Ésta es una aflicción interior cuando las dificultades de la vida nos reducen a tal extremidad que no sabemos qué hacer. Éstas son las enfermedades graves y las cirugías, los problemas familiares y las cargas financieras.
3. “Persecución” (διωγμός, acosar). Éstas incluyen los ataques tiránicos contra los hijos de Dios, sean físicos o psicológicos.
4. “Hambre” (λιμός, hambre). La persecución frecuentemente resulta en la huida; por lo tanto, falta de comida.

5. “Desnudez” (γυμνότης, falta de ropa). Ésta sería otra consecuencia de la huida.
6. “Peligro” (κίνδυνος, riesgo, peligro). Los peligros físicos causan temores innumerables — agresión, robo, violación, etc.
7. “Espada” (μάχαιρα, espada corta romana). En la época de Pablo ésta fue el arma más letal en la calle. Vivimos hoy bajo la amenaza de todo desde un holocausto nuclear hasta ataques terroristas, y matones callejeros con pistolas.

Cuando el cristiano sufre daño físico, exteriormente puede parecer que Cristo se ha separado de su pueblo y los ha abandonado. Pero...

v. 36 - Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero.

Ésta es una cita palabra por palabra de Salmo 44:22. Sería bueno leer el salmo completo, el cual describe a Israel no como que es castigado por sus pecados sino como que es fiel y aún así puesto a prueba por enemigos victoriosos. La adversidad de la cual Pablo ha dado ejemplos (v. 35) incluye a todos los creyentes de Dios en todas las generaciones (ver Hechos 14:22; Heb. 11:35-38). Pablo selecciona estas dos líneas del salmo porque representan el extremo en el sufrimiento por causa de Dios.

Dios no quita todas las tribulaciones de nuestro camino. Pero somos capaces de vencerlas porque encontramos fortaleza, poder y amor en Jesús (Fil. 4:13). El discípulo no está por encima de su amo.

v. 37 - Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

Pablo enfatiza una victoria superlativa. “Seguimos logrando la victoria más rotunda”. El martirio y otras formas de persecución parecen indicar derrota y así la consideran los autores de esos crímenes. Con demasiada frecuencia los cristianos consideran la salida del conflicto como un simple escape. En verdad, es la victoria. La intención de los adversarios se frustra, y salimos victoriosos.

“Por medio de aquel que nos amó” — se refiere a Cristo, en vista del versículo 34, y las referencias al amor de Cristo en el versículo 35. La forma aoristo del verbo “amó” es constativo y señala el amor que la muerte de Cristo en la cruz ejerció. Es el amor que se nos ha demostrado cuando todavía estábamos alejados de Dios, pecadores y sin fortaleza (ver 5:6-10). Esto certifica la realidad y la intensidad del amor de Cristo. Nuestra victoria es superlativa.

Es verdad que Cristo nos ama con el mismo amor que demostró en la cruz. Habiendo resucitado y ascendido, ahora al interceder por nosotros sigue amándonos con ese mismo

amor.

vv. 38-39 - Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

“Estoy seguro” (πέπεισμαι) se encuentra en la forma perfecta y con énfasis en el presente. Separación del amor de Cristo es una imposibilidad. Las expresiones que siguen tienen la intención de mostrar de una manera muy enfática esa imposibilidad. Con una excepción, Pablo nos da una lista de pares antitéticos.

1. “Ni la muerte ni la vida” (οὔτε θάνατος οὔτε ζωή). La muerte trae el juicio de Dios y la vida trae las aflicciones infligidas por el hombre. El abrazo del amor de Cristo es el mismo bajo ambas circunstancias.

2. “Ni ángeles ni principados” (οὔτε ἄγγελοι οὔτε ἀρχαί). Sin excepción, “ángeles” no se usa en el Nuevo Testamento para referirse a los espíritus malignos. El pensamiento de Pablo parece ser la posibilidad hipotética de que un ángel del cielo predicase otro evangelio (Gál. 1:8). ἀρχαί se usa en el Nuevo Testamento tanto para los buenos (Col. 1:16; 2:10) como para los malos (1 Cor. 15:24; Ef. 6:12; Col. 2:15). Por lo tanto, la traducción “principados” aquí se refiere al diablo y sus ángeles.

3. “Ni lo presente, ni lo por venir” (οὔτε ἐνεστώτα οὔτε μέλλοντα). Ninguna dimensión del tiempo puede afectar el amor de Cristo. Como Dios es eterno y no cambia, es igual con su amor.

4. “Ni potestades” (οὔτε δυνάμεις). En el Nuevo Testamento esta palabra frecuentemente se refiere a “obras poderosas” o “milagros” (Mateo 11:21; Hechos 2:22; 8:13; Gál. 3:5). Una señal de los últimos tiempos es que los falsos profetas harán tales señales y milagros. Aún éstos no podrán separar al cristiano del amor de Cristo.

5. “Ni lo alto, ni lo profundo” (οὔτε ὕψωμα οὔτε βάθος). Ninguna dimensión del espacio tiene ningún efecto en el amor de Cristo. Él llena el cielo y la tierra.

6. “Ni ninguna otra cosa creada” (οὔτε τις κτίσις ἑτέρα). Esta negación final tiene el propósito de no dejar ningún hueco. No se ha excluido ningún ser ni ninguna cosa en toda la creación.

“El amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” — en conclusión Pablo amplía el alcance del amor de Cristo. Incluye el amor del Padre, el amor que lo motivó a enviar a su Hijo. El amor de Cristo del cual no podemos ser separados es el amor de Dios que “está en Cristo Jesús”. Únicamente en él se ha manifestado, sólo en él está vigente. Solamente en Cristo Jesús podemos conocer el amor de Dios.

Sugerencias homiléticas

Este texto enseña tres lecciones prácticas.

La primera es el hecho incontrovertible de que las pruebas y las aflicciones forman parte de la vida cristiana. La vida sin problemas es un sueño imposible. La fidelidad a Dios exige un reconocimiento de esta realidad.

Segundo, el cristiano debe saber que ya posee la victoria en Cristo. Los cristianos no tienen dificultad para hablar acerca de este hecho. Pero, depender de ello para llenar cada necesidad es otro asunto. Tenemos que impedir que caigamos en el error de depender de nosotros mismos. Debemos grabar las palabras de Pablo en nuestro corazón y recordar que ya poseemos todas las cosas en el Señor Jesucristo y la victoria que su amor da.

Finalmente, tenemos que renovar nuestro entendimiento del amor de Cristo. Los cristianos con frecuencia tienen un punto de vista romántico del amor de Dios, por ejemplo: “Creeré que me amas si permites que se cumpla mi voluntad”. Cuando algo sale mal, estamos tentados a sentir que Cristo ha dejado de amarnos — o seguramente no habría permitido que eso me pasara. La verdad del asunto es que el amor de Cristo se dedica incansablemente a nuestros mejores intereses, aun cuando nosotros estaríamos contentos con menos. Dios está en proceso de santificarnos y de purificarnos. Aunque hemos sido perdonados completamente y gozamos de una relación de Padre e hijo con Dios por medio de la fe, todavía somos pecadores que vivimos en un mundo pecaminoso. Dios usa los conflictos de esta vida para suavizar nuestras durezas, y para purificar nuestros corazones y vidas.

Una presentación doble de este texto se presenta por sí sola. Un esquema podría ser el siguiente:

El amor de Cristo nos hace más que vencedores

1. Los cristianos enfrentan muchas aflicciones
 - A. Las aflicciones físicas han permanecido a través de la historia (vv. 35-36)
 - B. Las aflicciones espirituales afligen a cada cristiano (v. 38)
 - C. La muerte es la última aflicción que debemos pasar (v. 38)

2. Jesús ha ganado la victoria por nosotros
 - A. El amor de Dios se encuentra en Cristo Jesús nuestro Señor (v. 39)
 - B. Jesús nos amó cuando todavía éramos pecadores (v. 37)
 - C. En su amor somos aceptados por Dios y nada nos puede separar de aquél en quien somos más que vencedores.

Conclusión: La historia ha demostrado que los cristianos y la iglesia siempre han sido

más fuertes cuando la persecución era más severa. Así que no teman. No se desanimen. Miren a Cristo y acuérdense de su amor. Conozcan el gozo de su victoria. El énfasis de este texto sobre el amor de Cristo sugiere el siguiente esquema:

(Nota: Este pasaje, al igual que Juan 14, por lo general se usa en funerales para dar consuelo de la familia. Es un consuelo en cualquier momento, no sólo en el momento de la muerte. Los cristianos encuentran verdadera fortaleza en la seguridad del amor de Dios.)

Para siempre en el amor de Dios

1. En medio de las tribulaciones algunas veces dudamos
 - A. A través de la historia los cristianos han experimentado tribulaciones físicas (vv. 35-36)
 - B. Las tribulaciones espirituales afligen a todos los cristianos (v. 38)

2. Vemos el amor de Cristo en la cruz (v. 37)
 - A. Nos amó aún cuando todavía éramos pecadores (5:6-10)
 - B. Su amor ha ganado grandes victorias sobre el pecado, la muerte y el diablo.
 - C. Su amor nos ha hecho hijos amados de Dios.

3. Su amor está con nosotros en todas nuestras tribulaciones
 - A. Nada nos puede separar de su amor (vv. 35,39)
 - B. En su amor somos fortalecidos y consolados
 - C. En su amor somos más que vencedores.

Conclusión: Nada en este mundo es más constante y seguro que el amor de Dios en Cristo. Regocíjese en ese hecho y confíe en ello en todas las aflicciones y las necesidades.

DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - *1 Reyes 19:9-18*

Epístola - Romanos 9:1-5

Evangelio - Mateo 14:22-33

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, 1 Reyes 19:9-18, es la conversación entre el Señor y Elías en Horeb, el monte de Dios. Elías había huido a este lugar para escapar la ira de Jezabel. Pide al Señor que termine con su vida porque cree que es el único creyente que existe entre los hijos de Israel. El Señor se revela a Elías en un silbo apacible y delicado, le informa que su obra todavía no termina y le dice que todavía quedan 7,000 creyentes en Israel.

En la Epístola, Romanos 9:1-5, el apóstol Pablo demuestra su profundo amor por su nación, los judíos. La incredulidad de ellos y el subsiguiente rechazo por Dios es al mismo tiempo doloroso y desconcertante para él a causa de las muchas y grandes bendiciones y privilegios que ellos habían recibido de su Dios amoroso y misericordioso.

El Evangelio, Mateo 14:22-33, es el relato de Jesús que camina sobre las aguas del mar de Galilea por la noche después que había alimentado a los cinco mil. Al acercarse a sus discípulos en su barca, Pedro le pide a Jesús que lo permita ir hacia él en el agua. El Señor se lo permite. Pero cuando el temor reemplaza a la fe comienza a hundirse. Jesús le extiende la mano y salva al discípulo que tiene poca fe.

Un pensamiento común que une estas tres lecturas es la advertencia de que a pesar de los muchos privilegios que el hijo de Dios disfruta, siempre está presente el peligro de perder esa posición gloriosa por medio de la incredulidad.

El texto - Romanos 9:1-5

El texto para el duodécimo domingo después de Pentecostés sigue una serie de textos ininterrumpidos de la Epístola de San Pablo a los Romanos. Comenzó con el segundo domingo después de Pentecostés y continuará hasta el décimo séptimo domingo después de Pentecostés.

En los primeros ocho capítulos de esta carta el “apóstol a los gentiles”, por inspiración

del Espíritu Santo, presenta las doctrinas principales del cristianismo; la ley y el evangelio, el pecado y la gracia, la justificación y la santificación. Los diez textos anteriores explican estas doctrinas muy bien. Ha escrito todo esto bajo el tema de que el evangelio de Cristo, en el cual se manifiesta la justicia de Dios, es el único poder de Dios para la salvación, tanto para el judío como para el gentil.

Con el capítulo nueve Pablo comienza una sección totalmente nueva en la cual se dedica a los problemas relacionados con la enseñanza del evangelio.

El primero de éstos es el problema del judío, y Pablo aborda este punto en los capítulos del nueve al once. Es un problema que pesa profundamente en el corazón del apóstol. Es un problema que produce muchas preguntas difíciles. Las respuestas para estas preguntas solamente pueden encontrarse al volver una vez más al gran tema de esta epístola.

El texto para hoy es el párrafo de introducción sobre este tema:

v. 1 - Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo.

Pablo empieza por enfatizar el hecho de que lo que está a punto de decir es la verdad. El griego ἀλήθεια se coloca en la posición enfática. Como un apóstol de Cristo, Pablo escribe bajo la dirección del Espíritu de verdad, la tercera persona de la Trinidad.

¿Por qué tanto énfasis sobre la verdad? Pablo está a punto de revelar sus sentimientos profundos y personales acerca de su propia nación. Pero, no son meras trivialidades piadosas. Son la propia revelación de Dios acerca del rechazo de los judíos. A causa de este rechazo Pablo fue enviado como el “apóstol a los gentiles”. Lo que tiene que decir no es el resultado de alguna indiferencia u hostilidad contra los judíos. Al contrario, tiene sentimientos de profunda preocupación por ellos.

vv. 2,3 - Que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne.

Los romanos deben saber con toda certeza que lo que Pablo dice en estos capítulos acerca de los judíos lo dice con gran dolor en el corazón. Se lamenta por ellos como Jesús se lamentó (ver Mateo 23:37-39; Lucas 19:41,42). No encuentra palabras que sean lo suficientemente fuertes para expresar lo que siente. Lo más oculto de su ser fue sacudido por el afecto amoroso por las personas de su propia raza.

Este amor cristiano verdadero y sincero mueve a Pablo a expresar un deseo que, a la primera interpretación, es incomprensible para la mente cristiana. Habiendo escrito que nada “en toda la creación nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 8:38-39), el apóstol, en una declaración sorprendente, expresa ese

mismo deseo de separación de Dios para poder salvar a los demás judíos.

Moisés dijo lo mismo acerca de los israelitas (Ex. 32:32). El amor de Moisés por su pueblo fue tan grande que no quiso ser salvo sin ellos. El amor de Pablo quiso salvarlos aun al precio de perder su propia alma.

La palabra griega ἀνάθεμα en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento es el hebreo *jerem*, algo consagrado a Dios al entregarlo para destrucción. La destrucción que Pablo tiene en mente aquí es la pérdida de su propia salvación, o separación de Cristo.

Antes de ponerse en pie en el púlpito con este texto, aconsejamos a cada predicador que lea y estudie muy cuidadosamente lo que Martín Lutero dice sobre este versículo. (*Luther's Works*, Concordia Publishing House, Volumen 25, pp. 379ss).

He aquí algunas citas breves de ese comentario:

“Por lo que dice este texto es muy evidente que el amor se encuentra no solamente en la dulzura y el deleite, sino también en la tristeza y la amargura más profunda”.

“Porque este amor basado en su opuesto es el amor más fuerte y más sublime, en donde la señal más alta de odio por uno mismo se manifiesta en el amor más sublime hacia el otro”.

“Pero para aquellos que verdaderamente aman a Dios con amistad y amor filial... estas palabras son muy bellas y un testimonio de un ejemplo perfecto. Porque tales hombres se ofrecen a sí mismos libremente a la voluntad total de Dios, aún al infierno y a la muerte eterna, si eso es lo que Dios quiere, para que su voluntad se cumpla plenamente”. Hasta aquí con Lutero.

El amor de Pablo por los judíos, los cuales llama “mis hermanos”, los que son “mis parientes según la carne”, “los israelitas”, la buena voluntad para ser condenado por ellos, imita el amor de Cristo por los pecadores, el sufrimiento del infierno en la cruz en sometimiento perfecto a la voluntad de Dios.

¡Si sólo los cristianos tuviesen esa misma preocupación y amor hacia los demás! No habría ninguna necesidad de celebrar fiestas de misiones ni tener comités de evangelismo. Los seminarios estarían llenos, y habría fondos de más para enviar a los graduados por todo el mundo.

vv. 4,5 - Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.

La última referencia de Pablo sobre su propio pueblo como “israelitas” los señala como algo especial. Fueron escogidos para ser hijos de Dios. Tenían un lugar privilegiado en la providencia de Dios. Fueron los destinatarios favorecidos de la revelación, la gracia y la promesa de Dios.

Hace hincapié en las ventajas y los privilegios extraordinarios que ellos disfrutaron, las abundantes bendiciones derramadas sobre ellos por la gracia de Dios y resalta que ellos despreciaron todo eso con su desobediencia e incredulidad. La “gran tristeza y continuo dolor del corazón” de este verdadero apóstol de Jesucristo por supuesto que es entendible.

Una y otra vez Dios llamó a Israel su “hijo” (ver Ex. 4:22-23; Oseas 11:1) y constantemente trató a su hijo rebelde con paciencia y amor.

La presencia del Señor entre ellos la vieron frecuentemente con sus propios ojos cuando la “gloria del Señor” en una nube cubrió el tabernáculo o llenó el templo. La “gloria del Señor” fue llamada la *shekinah* por los judíos (ver Ex. 16:7,10; 40:34,35; 1 Reyes 8:10-11).

Dios estableció sus pactos con este pueblo. Dijo: “Yo seré su Dios”. Pablo tiene en mente el pacto misericordioso del evangelio que hizo con Abraham y sus descendientes, el pacto del Sinaí mediado por Moisés, y el nuevo pacto prometido en las palabras de Jeremías (ver Gén. 15:18; Ex. 24; Jer. 31:31-34).

Ninguna otra nación sobre la tierra había estado ante el monte Sinaí y había escuchado la misma voz de Dios mientras les daba sus mandatos.

¿Qué otra nación en el mundo primitivo adoró al único Dios verdadero y viviente en un edificio diseñado precisamente por él, y con un ritual de adoración que él mismo prescribió hasta el más mínimo detalle? Fue una adoración que incluyó muchos sacrificios de animales, una parte del evangelio del Antiguo Testamento que señalaba a los fieles al futuro sacrificio del Cordero de Dios, el Salvador de los pecadores. Añadido a este mensaje evangélico había la promesa clara y definitiva del Mesías venidero, hablada una y otra vez por boca de los profetas que Dios en su gracia envió a su pueblo escogido.

Los israelitas fueron los descendientes directos de los grandes patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob, hombres que habían recibido títulos como “amigo de Dios” y “el que lucha con Dios”.

Y finalmente, el mayor y el más alto privilegio y bendición que podría haberse dado a cualquier nación se los dio a ellos. “De los cuales, según la carne, vino Cristo”. Lenski dice: “El relativo usado ahora es ἕξ ὧν. Es muy preciso cuando demuestra que Cristo no fue producido por los israelitas, sino que fue sólo derivado de ellos, y eso según la carne,

es decir, según su naturaleza humana. ¡Nos apresuramos a agregar los 33 años que vivió entre ellos, con su ministerio de tres años como el glorioso punto culminante!

En cuanto a la última frase del versículo cinco, mientras que se han escrito volúmenes sobre ello, este estudio para el sermón simplemente lo considerará como una aposición y no como una doxología. La traducción es una declaración positiva de la deidad de nuestro Salvador. Cuando Pablo usa esto para balancear su declaración sobre la humanidad de Cristo, nos da otra presentación clara de la verdadera enseñanza bíblica sobre la persona de Cristo.

¡Este Cristo, quien como verdadero hombre es de raza judía por nacimiento, es en verdad Dios, el verdadero Hijo de Dios, Dios sobre todos para ser alabado para siempre! ¡Amén!
¡Ésta es ciertamente la verdad!

Sugerencias homiléticas

Si la Epístola se está usando como base para una serie de sermones, el predicador desde luego que tendría que identificar la división principal que ocurre aquí en la Carta de San Pablo a los Romanos. Después de demostrar la fidelidad con que el apóstol presenta las doctrinas principales del cristianismo en los primeros ocho capítulos, su fidelidad en asuntos más prácticos de la religión cristiana podría ser la idea principal para el primer sermón de esta nueva sección:

Pablo, un verdadero apóstol de Cristo

1. Dice la verdad (v. 1)
2. Se lamenta por la incredulidad de los judíos (vv. 2-4)
3. Proclama la verdadera doctrina acerca de Jesucristo (v. 5)

Aunque nuestros pensamientos misioneros usualmente se centran en la conversión del incrédulo gentil, *La Liturgia Luterana* tiene una “Oración por los judíos”. ¿Por qué no predicar un sermón que animaría a los cristianos a preocuparse por la conversión del incrédulo judío también?

Los judíos también necesitan a Jesucristo

1. Su incredulidad debe entristecernos (vv. 2-4)
2. Compartamos la verdad del Salvador con ellos también (v.5)

Tal vez un poco inusual, pero un sermón más general para las fiestas de misiones podría desarrollarse basándose en este texto:

La angustia por el incrédulo hace que el cristiano con mentalidad misionera actúe

1. Dice la verdad en Cristo (v. 1)
2. Sabe que a pesar de las ventajas modernas, el incrédulo está perdido (v. 2-4)
3. Proclama el Dios hombre, Jesucristo, la única esperanza del incrédulo (v. 5)

DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 56:1, 6-8

Epístola - Romanos 11:13-15, 29-32

Evangelio - Mateo 15:21-28

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 56:1,6-8, comienza con la admonición general de “arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2). Aquellos en los cuales se encuentran pruebas de arrepentimiento y fe son, en verdad, “felices” o “bienaventurados”. Esto incluye a todos aquellos que por nacimiento no pertenecen a la nación escogida, y que, no obstante, son llamados por la gracia de Dios a hacer su casa “una casa de oración para todos los pueblos”.

La Epístola, Romanos 11:13-15, 29-32, enfatiza la gracia de Dios al tratar con los gentiles y con los judíos incrédulos. Manifiesta la bancarrota espiritual tanto de los judíos como de los gentiles para “tener misericordia de todos”.

El Evangelio, Mateo 15:21-28, nos presenta la fe de una mujer gentil, una cananea. Aunque Jesús pone a prueba la fe de la mujer al máximo, ella sigue aferrándose con aún más fuerza a la promesa de la palabra de Dios. Esa fe, que Dios da y fortalece, señala que esta gentil es “aceptada” y tiene un lugar en la mesa de los “hijos”.

Cada una de las selecciones para este domingo nos dirige a la gracia inescrutable de nuestro Señor que llama a hombres de cada nación a la salvación por medio de la fe en Cristo. Nadie que acuda a él buscando misericordia será rechazado.

El texto - Romanos 11:13-15, 29-32

En esta porción del capítulo 11, tenemos los argumentos finales que el apóstol Pablo usa para demostrar la gracia insuperable de Dios al tratar con los judíos, la mayoría de los cuales habían rechazado el evangelio. En el comienzo del capítulo se destaca que el Señor siempre guardará un remanente de los elegidos, “escogidos por gracia” (Rom. 11:5), para probar que esta salvación es por gracia y no por obras.

También señala que el rechazo de la mayoría de los judíos es un cumplimiento de esa profecía. El endurecimiento que ellos experimentaron lo predijeron Moisés e Isaías. El

Señor demostró ser fiel a su palabra.

En las porciones finales de este capítulo, el apóstol procede a otra consideración que no se puede pasar por alto. Éste es el pensamiento de que el rechazo de la mayoría de los judíos resultó en que el evangelio pasara a otros, a los gentiles. Aún así, eso no quiere decir que el Señor abandonó a los judíos completamente. No, el éxito del evangelio entre los gentiles sirve para provocar celos entre los judíos.

Pablo explica en esta primera sección cómo él en su ministerio conscientemente reflejó ese hecho:

vv. 13-14 - Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos.

Pablo habla directamente a los lectores gentiles con la intención específica de recalcar que su ministerio, que fue principalmente para los gentiles, no obstante tuvo una meta definitiva con respecto a los judíos, los mismos hermanos de Pablo según la sangre. Él “honró” su ministerio, lo interpretó como “glorioso” (δοξάζω), al cumplirlo fielmente y con toda la energía que el Señor le dio. Lo hizo no sólo para poder llevar el evangelio a tantos gentiles como fuera posible, sino para aumentar ese número para que pudiera provocar sentimiento de celo entre los judíos. Entonces este celo podría ser una ocasión para que los judíos volvieran a reconsiderar haber rechazado ese evangelio — puesto que habría demostrado su poder en la conversión de tantos gentiles.

Mas este aspecto secundario del ministerio de Pablo no debía causar preocupación, ni hacer que los gentiles se sintieran ofendidos. Al contrario, debe ser una causa de gozo para todos, como Pablo nos dice:

v. 15 - Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?

El apóstol señala que no hay ningún perdedor aquí. El rechazo de la mayoría de los judíos a causa de su incredulidad ha significado que el evangelio de reconciliación se haya extendido a todo el mundo gentil. Si esa gran bendición resultó por el rechazo, ¿qué se debe esperar si un remanente fuera recibido una vez más en el reino?

Pablo responde esa pregunta con las palabras “vida de entre los muertos” (ζωὴ ἐκ νεκρῶν). Describe la bendición de la readmisión de esos judíos como algo tan glorioso y tan inesperado como prueba de la misericordia de Dios para los pecadores, que únicamente el pensamiento de un cambio completo de la situación podría describirlo adecuadamente; sería como resucitar de una muerte segura y horrible a la vida y la seguridad.

En la última sección del texto, Pablo entra en detalles sobre cómo todo esto sirve el plan de gracia del Señor:

vv. 29-31 - Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia.

Dios no retirará su gracia sino hasta el día del juicio. Su gracia no se desvanece a causa del pecado del hombre. Donde el pecado abunda, la gracia sobreabunda (Rom. 5:20).

En la experiencia de los gentiles, esto ya se demostró que es verdadero. La misericordia que se les extendió fue enviada a ellos como resultado de la desobediencia, o la incredulidad, de la mayoría de los judíos.

Pero esa misma incredulidad hace que los judíos se encuentren en la misma condición que una vez ocupaban los gentiles. Están condenados por rechazar la verdad. Y así, se convierten en candidatos propicios para la misericordia de Dios.

Pablo declara la conclusión de todo este asunto:

v. 32 - Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.

El Señor en su gracia ha guiado los senderos de la historia humana para que el hombre no pueda hacer nada más sino considerar la ley de Dios. Ninguna jactancia ni ninguna excusa permanecerán. Todo lo que queda es arrodillarse y pedir misericordia.

Y el gran plan del Señor es extender su misericordia a todos, al judío y al gentil sin excepción. Su Hijo murió por todos. Su voluntad es que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2:4).

Sugerencias homiléticas

En este texto tenemos una estupenda oportunidad para enfatizar la gracia infinita de nuestro Dios y su voluntad persistente para salvar a todos los hombres. Qué blasfemia acusar al Señor de predestinar a los hombres a la condenación. Aquí el apóstol Pablo nos explica que el Señor usa aún la obstinada incredulidad de los judíos para extender las riquezas de su gracia — solamente para que el evangelio encuentre una oportunidad otra vez en los corazones de las mismas personas que en un tiempo lo rechazaron llevándolos a reconocer su locura.

Podemos poner este mismo asunto en una perspectiva moderna. Vemos una apatía espiritual que infecta gran parte de la “iglesia establecida”. Generaciones han nacido y

han crecido en la iglesia; en muchos casos los fuegos espirituales se han reducido a una condición humeante. La falta de celo por la obra del Señor es evidente en las ofrendas, en la asistencia al culto y en la participación en general.

En los campos misioneros, por lo general, las cosas son diferentes. Los fuegos arden con más intensidad. Los sacrificios son generalmente más evidentes, y la palabra se recibe con gozo.

Este texto nos da la oportunidad de advertir en contra de la apatía y sus posibles consecuencias. Además, nos presenta la oportunidad para hablar de las maravillas innegables de la gracia de Dios y nos anima a extender las “buenas noticias” y a traerlas a los corazones de todos los hombres.

Una presentación clara de estos pensamientos sería:

¡Gracia en abundancia!

1. Provoca para poder salvar (vv. 13-15)
2. Lleva a la quiebra para enriquecer (vv. 29-32)

En la primera parte se pondría énfasis en la abundante gracia del Señor en convertir el rechazo de la verdad en un posible medio de traer a estas mismas personas a una reevaluación de aquello que han rechazado.

En la segunda parte enfatizaríamos la cualidad sorprendente de la gracia de Dios en hacer que incluso aquellos que se consideran espiritualmente ricos se den cuenta de lo pobre que son, sólo para darles una mayor disponibilidad de recibir las riquezas infinitas de la salvación en Cristo.

Una sugerencia para presentar este texto en tres partes:

He aquí las maravillas de la gracia de Dios

1. El rechazo convertido en reconciliación (vv. 15,30)
2. El celo convertido en salvación (vv. 13,14)
3. La desobediencia convertida en misericordia para todos (v.32)

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Éxodo 6:2-8

Epístola - Romanos 11:33-36

Evangelio - Mateo 16:13-20

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Éxodo 6:2-8, habla de lo que pasó cuando Moisés pidió al faraón que dejara ir a Israel. El faraón respondió aumentando el trabajo forzado a Israel. Moisés dudó de Dios y se quejó. Dios le contestó con un mensaje animador lleno de bondad. Él manifestaría su carácter misericordioso redimiendo a su pueblo de Egipto con sus poderosos hechos de juicio, las diez plagas. Aunque Moisés e Israel no lo sabían, Dios escuchaba sus gemidos y recordaba su pacto.

La Epístola, Romanos 11:33-36, continúa con las lecturas consecutivas de la carta sobresaliente de Pablo. Pablo no duda de la sabiduría ni de la gracia de Dios, aunque solamente algunos serán salvos. Al contrario, se maravilla de la sabiduría insondable de Dios.

El Evangelio para hoy, Mateo 16:13-20, nos trae la confesión clara de Pedro de quién es Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Dios Padre le reveló este conocimiento a Pedro. Éste siempre debe ser el credo de los verdaderos creyentes. Donde se hace esta confesión, la iglesia descansa segura de Satanás aunque aparentemente no lo parezca. Con esta confesión los cristianos tienen la autoridad de pronunciar los pecados perdonados o retenidos.

Tanto la lectura del Antiguo Testamento como la Epístola son preguntas cuestionando la sabiduría de Dios. Moisés se quejó porque después de hacer todo lo que Dios le mandó, Israel sufrió por ello. La doxología de Pablo a la sabiduría de Dios llega solamente después de un discurso sobre por qué algunos se salvan y otros no. Pablo quiere alabar la sabiduría de Dios, no cuestionarla.

Es difícil, al principio, ver la relación con el Evangelio, pero está allí. Jesucristo es la única prueba que necesitamos para saber que Dios es sabio. ¿Cómo podemos dudar o cuestionar la sabiduría de un Dios que planeó y logró nuestra salvación y sigue dando victorias sobre Satanás? No podemos entender todo lo que Dios hace, pero por la gracia podemos creer y confesar lo que ha revelado acerca de nuestra salvación.

El texto - Romanos 11:33-36

Estos versículos son una conclusión. Cierran la primera sección principal de Romanos, la sección doctrinal. ¡Y qué conclusión tan apropiada! Qué apropiado alabar la sabiduría de Dios puesto que ha justificado al mundo entero por medio de su Hijo.

Esta pequeña sección escrita con gramática y vocabulario sencillos también provee un cierre adecuado para los capítulos 9 - 11. En estos capítulos Pablo ha explicado cuidadosamente que la ceguera y la dureza llegaron a los judíos a pesar del deseo y el esfuerzo de Dios por salvarlos. Igualmente desconcertante para los creyentes judíos fue el injerto de la rama de olivo silvestre, los gentiles, al árbol de la iglesia de Dios. Este misterio final fue presentado en el versículo inmediatamente antes de esta sección: "...Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Rom. 11:32). A los hombres, puede sonar como una manera descabellada e ineficaz de salvar a las personas.

Dios el Espíritu Santo usa la pluma de Pablo no para poner en duda la sabiduría de Dios ni tampoco para desafiarlo. Al contrario, debemos estudiar su sabiduría, adorarla y alabarla. Pablo se regocija haciendo esto. Note los puntos de exclamación en estos versículos. Aún las tres preguntas retóricas se hacen con tono exclamativo de asombro, similar a las palabras de Pablo en Romanos 9:20: "Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?".

v. 33 - ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!

"Oh" es una interjección que denota exclamación y admiración. Es una palabra que destaca pensamientos demasiado maravillosos para expresarlos con palabras. Pablo aquí está demostrando sobrecogimiento y respeto reverencial, el temor de Dios que el Primer Mandamiento exige.

Pablo se maravilla de la profunda (βάθος) sabiduría y conocimiento de Dios. La mente de Dios es insondable. En vez de preguntarse sobre cosas que no puede entender, Pablo simplemente se queda allí y adora la sabiduría de Dios y su ciencia.

Recuerde quién escribió estos versículos. Pablo tuvo una de las mentes más privilegiadas que este mundo jamás haya visto. Su educación religiosa fue de las mejores. Además, fue inspirado por el Espíritu Santo. ¿Si él no pudo entender la profunda sabiduría de Dios, quién puede entenderlo?

"Riquezas" (πλοῦτος) añade otro multiplicador. Con cada término aumenta su adoración por lo que Dios sabe y piensa. No solamente dice, "¡Oh!, la sabiduría y la ciencia de Dios", no simplemente, "Oh la profundidad de la sabiduría y la ciencia de Dios", sino

también, “¡Oh la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” ¡La profundidad de la sabiduría de Dios no puede ser vista, ni medida, ni entendida, ni siquiera imaginada!

Sabiduría (σοφία) y ciencia (γνῶσις) son similares. La primera indica los hechos y los pensamientos que Dios tiene en su mente, la segunda indica que esa inteligencia pura se manifiesta por la manera en que Dios actúa. Los juicios de Dios (τὰ κρίματα) no solamente son los castigos que Dios ha llevado a cabo sobre los desobedientes; sino que éstos también incluyen la determinación de Dios de bendecir, rescatar y salvar en misericordia — sus juicios evangélicos.

Tenemos dificultad para entender lo que deciden los jueces terrenales, los jurados y los superiores. No tenemos acceso a todos los hechos que ellos tienen. No podemos leer sus mentes. ¿Cómo podemos cuestionarlos? Mucho menos, ¿cómo podremos cuestionar las decisiones de Dios?

Los caminos de Dios, sus maneras de operar, también son “inescrutables”. “Inescrutables” (ἀνεξιχνίαστοι) literalmente quiere decir que algo “no puede ser trazado”. Fue posible “leer las señales” en el Viejo Oeste, pero no perfectamente. Los fugitivos podían engañar a los rastreadores. No podemos mirar atrás y determinar exactamente dónde Dios ha estado y lo que ha hecho en el pasado. Por lo tanto, ¿cómo nos atrevemos a preguntarle qué ha hecho, qué está haciendo, o qué va a hacer en el futuro?

v. 34 - Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?

Aquí comienzan las tres preguntas retóricas que demostrarán la insensatez de cuestionar a Dios. ¿Alguien puede leer la mente de Dios? ¡Por supuesto que no! ¿Entonces, cómo nos atrevemos a juzgar su sabiduría. Lo que sabemos acerca de Dios es solamente lo que él nos ha dicho. Y muchas de las cosas que nos ha dicho no podemos comprenderlas, como la Trinidad, las dos naturalezas de Cristo y la eternidad. En el griego σύμβουλος significa “consejero”. La gente acude a las personas más sabias para pedirles consejos. ¿Dios alguna vez ha necesitado nuestro consejo o nos ha pedido ayuda para solucionar lo que no podía resolver? Entonces, ¿cómo nos atrevemos a ofrecernos como consejero a Dios?

v. 35 - ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?

Otra pregunta retórica que obviamente exige una respuesta negativa. Dios no debe nada a nadie. Las bendiciones que nos ha dado, incluyendo nuestra salvación, las da debido a su amor inmerecido. Por naturaleza, no tenemos absolutamente nada que darle a él, somos totalmente impotentes para servirlo.

A veces decimos: “Creo que le debo una explicación”. Porque Dios no debe nada a

nadie, no nos debe ninguna explicación por ninguna de sus decisiones ni de sus caminos.

v. 36 - Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

La primera frase sigue explicando que Dios no debe nada a nadie. Él es la fuente y el creador de todo (“de él... son todas las cosas”). Él es el que nos preserva a nosotros y al mundo con medios naturales y sobrenaturales (“por él... son todas las cosas”). Todo será hecho para su gloria, para él (y para él, son todas las cosas). Si no por buena voluntad, entonces a regañadientes. “Todas las cosas” (τὰ πάντα) incluye todo. Es la palabra griega para “universo”.

El texto finaliza con una doxología, un himno de alabanza. Realmente se podría repetir como un coro después de cada frase de esta sección, como el estribillo del salmo: “Para siempre es su misericordia”. Cuando Pablo considera cuán grandes son las profundidades de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, no puede refrenar sus alabanzas. Esto debemos hacer con nuestra vida y con nuestros labios. Como alguien una vez dijo: “Todo lo que comienza, que su fin sea la gloria de Dios”.

Sugerencias homiléticas

Algunos prefieren desarrollar sus sermones según estos tres temas: la enfermedad, los medios, la meta.

La “enfermedad” que Romanos 11:33-36 trata es nuestra tendencia pecaminosa de cuestionar a Dios. Los hombres cuestionan *a posteriori* a quién y cómo lo salva, lo que decide, cómo lo lleva a cabo, cómo disciplina, cuándo y cuánto bendice. Esto lleva al pecado contra el Primer Mandamiento, a la rebelión y a un esfuerzo por justificar el pecado propio.

Los “medios” para tratar esta enfermedad son la ley y el evangelio. La ley destaca la insensatez y la perversidad de las criaturas falibles y limitadas que tratan de retar al Creador insondable. Se debe dar mucho énfasis a los hechos maravillosos que Dios ha planeado en su sabiduría para poder salvarnos. ¿Quién pudo haber imaginado que al enviar a Jesús no solamente traería condenación a su nación (en general) sino también la salvación a millones de millones? Si la sabiduría de Dios ha resultado para nuestra salvación, ¿qué sabiduría hay en cuestionar cualquier cosa que Dios haya hecho? Hable de la sabiduría salvadora de Dios, y todas las otras aplicaciones vendrán más fácilmente.

La “meta” de Pablo es enseñarnos que debido al amor agradecido por nuestro Salvador no debemos cuestionar su sabiduría. Al contrario, Dios quiere que lo alabemos y lo glorifiquemos en fe y que nos maravillemos de su sabiduría y su amor.

Este texto sería apropiado en caso de una muerte inesperada, en tiempos de guerra, de calamidad nacional o de depresión económica. También puede ser un sermón de advertencia general para el pueblo de Dios de no impacientarse cuando Dios lo disciplina. También podría seguir después de un sermón sobre la doctrina de la elección.

Un esquema sería:

¡No cuestionen a Dios!

Introducción: Nuestra tendencia de cuestionar a Dios y a otros.

1. Él es más sabio que nosotros (v. 33a)
2. Sus caminos son insondables (vv. 33b-34)
3. Sus dones son abundantes (vv. 35-36)

Conclusión: No cuestiones. ¡Glorifícale para siempre!

Otro esquema podría centrarse en los atributos de Dios y cómo los usa para bendecir y salvarnos. Este esquema permitiría el uso de este texto para una de las fiestas principales para adorar a Dios por lo que ha hecho:

¡Oh, qué Salvador!

1. ¡Tan sabio! (vv. 33a,34 - Planeó nuestra salvación)
2. ¡Tan justo! (v. 33b - Castiga y perdona cada pecado)
3. ¡Tan generoso (vv. 35-36a,b - Dio a su hijo, este mundo, la vida, todas las bendiciones)
4. ¡Tan glorioso! (vv. 36c-37 - Es glorioso y merece nuestra alabanza)

Un tercer esquema se centraría en el Primer Mandamiento y nuestro deseo natural y pecaminoso de ser como Dios. En cada parte del esquema, las cualidades de Dios serían contrastadas con nuestra falta de cualidad. La meta sería dejar que Dios sea Dios:

¡No somos nadie para ser Dios!

1. No tenemos la sabiduría (vv. 33a,34)
2. No tenemos la justicia (v. 33b)
3. No tenemos los recursos (vv. 35-36)

También podríamos aprovechar la doxología de Pablo para nuestro tema:

¡Dad a Dios toda la gloria!

1. Por su sabiduría insondable (vv. 33a,34)
2. Por sus juicios inescrutables (v. 33b)
3. Por sus dones abundantes (vv. 35-36)

Un esquema de dos partes podría ser:

¡Las riquezas inescrutables de Dios!

1. El hombre no las puede comprender (vv. 33-35b)
2. El hombre puede glorificarlo (vv. 35c-36)

En este esquema la primera parte demostraría cuán abundantes son las riquezas de Dios en sabiduría, justicia y generosidad. La segunda parte trataría la actitud apropiada del cristiano y su respuesta a esa sabiduría, justicia y generosidad, y cómo puede manifestar esa actitud.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Jeremías 15:15-21

La Epístola - Romanos 12:1-8

El Evangelio - Mateo 16:21-26

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Jeremías 15:15-21, presenta a un profeta del Señor cansado y abatido. Estaba cansado porque nadie quería tener nada que ver con él. ¿Y por qué? Porque predicó lo que Dios reveló en vez de lo que la gente quería escuchar. En su angustia, Jeremías estuvo tentado a dudar del poder, la providencia y el propósito de Dios. Por lo tanto, el Señor tuvo que volver a encaminar a Jeremías. ¿Pero, cómo? No, Dios no haría a Jeremías famoso de la noche a la mañana. Lo fortalecería, haciendo de él un “muro fortificado de bronce” que podría resistir los duros rigores de lo que era un ministerio muy difícil.

La Epístola para este domingo, Romanos 12:1-8, contiene una exhortación a una congregación cristiana típica, una exhortación a llevarse bien, a trabajar juntos, a apreciar el hermoso compañerismo que tenemos en Jesucristo. Es cierto que un grupo de creyentes puede ser diferente de otro en muchos aspectos — tradiciones familiares, apariencia, tamaño, vocación. Cada cristiano también es único cuando consideramos sus respectivos dones y talentos, sean talentos de predicación, enseñanza, exhortación, ofrendando y otros similares. Con demasiada frecuencia en un mundo pecaminoso, dichas diferencias son causa de disputas. No debe ser así en la iglesia. Nuestras diferencias sirven para complementarse entre unos y otros para formar ese “cuerpo de Cristo”.

En el Evangelio, Mateo 16:21-26, leemos sobre la predicción de Cristo acerca de su futuro sufrimiento, muerte y resurrección. Pedro no quiso escuchar esas sombrías palabras, así que comenzó a reprochar a Jesús por ser tan “negativo”. El Salvador, a su vez, reprochó a Pedro, y luego recordó a sus seguidores que el verdadero discipulado muchas veces significa sacrificio.

Las tres lecciones sirven para mostrarnos que como cristianos debemos de estar dedicados al Señor, a su servicio y a su palabra. Esa dedicación y “resplandor de luz” puede ser el blanco de las mofas y el antagonismo de los incrédulos. Mientras el mundo sigue su curso en búsqueda de fama, poder y plata, parece que los creyentes somos

dejados atrás en el polvo. Y podemos ser tentados, tentados a quejarnos al Señor por colocarnos en esa difícil situación, tentados a abandonar la batalla de la fe, tentados a unirnos al mundo que sigue el camino ancho. El mensaje de Dios en estas tres lecturas parece ser: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo y perdiere su alma?” (Mat. 16:26).

El texto - Romanos 12:1-8

Este texto inicia la sección en la cual Pablo exhorta a los creyentes a llevar vidas de amor, dedicadas al servicio y a la renovación diaria. Viene inmediatamente después de una doxología poderosa. Romanos 11:33-36 sirvió como la piedra de ángulo para el tratado de la justificación por la fe sin las obras de la ley. Además, esa doxología sirvió para recordarle a la congregación romana todo lo que eran como creyentes, sólo por la gracia de Dios. Esa gracia debía ser el trampolín para llevar una vida cristiana.

v. 1 - Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

Cuando animamos a las personas cristianas a alcanzar nuevas alturas, nuevos niveles de santificación, hacemos bien en imitar el método que Pablo emplea para amonestar. Se ha dicho correctamente que “debes” “tienes que”, “deberías” no son los términos apropiados para la motivación a la santificación. Mucho mejor sería centrar a los cristianos no en sí mismos, sino en Cristo. Consideren la misericordia de Dios. Reflexionen sobre el supremo sacrificio que él hizo por nosotros. ¡Ahora respondan!

¡Respondan presentando sacrificios al Señor! Además, cuando esos creyentes piensan en la magnitud del sacrificio de Cristo por ellos, verían pronto que su propio sacrificio personal debía ser algo más que una ofrenda mecida de trigo o un cordero sin mancha. Su sacrificio debía ser más que unos pocos denarios ofrendados para la obra del evangelismo. Aunque el sacrificio podría incluir todas estas cosas, debía ser más que eso. Sería dar una vida por otra. Cristo dio la suya por la de ellos. Ahora ellos le darían la suya en servicio. Esto sería un sacrificio vivo, santo y agradable al Señor, un sacrificio de acción de gracias (Prov. 23:26; 2 Tim. 2:21). Este sacrificio de toda la vida sería su “alabanza espiritual” (τὴν λογικὴν λατρείαν ὑμῶν). Para esos creyentes, y para todos los demás, la alabanza debía ser más que algo mecánico, algo más que sentarse en una banca por una hora cada semana. La alabanza es una actitud del corazón, una actitud de dar alabanza y gloria a Dios que nos da dones y misericordia, y esta actitud debe de ser nuestro compañero constante.

v. 2 - No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Para las personas nuevas en la fe cristiana, Pablo procede a explicar qué incluiría y qué

no incluiría el sacrificio vivo y un apropiado “culto racional”. Es peligrosamente fácil para los creyentes que viven en una época en que se es indulgente con el pecado para compartir la misma actitud relajada hacia el pecado — ya sea la inmoralidad, la avaricia, el materialismo, o cualquier otra forma de falta de amor. Por lo tanto, Pablo recuerda a sus lectores que ciertos comportamientos ahora están en zona prohibida. De hecho, los creyentes no deben conformarse, pero no como pensaríamos de los “hippies” de los años 60, ni tampoco a la manera de los Amish y otras órdenes religiosas que menosprecian las comodidades modernas y la tecnología. Al contrario, los cristianos no deben conformarse al patrón de este mundo de rebelión contra la palabra de Dios (Gén. 5:3; Juan 3:6; Rom. 5:12).

La otra cara de esta moneda de inconformismo es el cambio que ocurrirá en el creyente, una transformación. La palabra griega μεταμορφοῦσθε (metamorfosis) nos ayuda a imaginar el cambio dramático que ocurre en la vida del cristiano. Así como la mariposa Monarca nace de una oruga peluda, fea y confinada a la tierra, así el cristiano levanta el vuelo de las cenizas de la muerte y del pecado (Ef. 2:1). El medio por el cual esta transformación ocurrirá es por “la renovación de vuestro entendimiento”. Esa renovación no ocurre en la “meditación trascendental”, ni tampoco permitiendo que nuestras mentes y nuestra fe se pudran mientras nos deleitamos en un mar de programas televisados insensatos y entretenimiento impío. Al contrario, esta renovación es obra del Espíritu Santo a través de los medios de gracia (Juan 14:16,25).

La última frase de este versículo es desconcertante a primera vista. ¿Cómo puede el cristiano probar y aprobar la voluntad de Dios? ¿Existe alguna manera de examinar el comportamiento de Dios? ¿Necesita él nuestra aprobación? Eso no es el caso. No obstante, sin una renovación de nuestro entendimiento, no podemos ni comenzar a apreciar, entender y confiar en la voluntad misericordiosa de Dios en nuestras vidas. Eso se debe a que nuestra mente pecaminosa está en guerra contra Dios y ni siquiera aprueba sus métodos ni sus medios (Rom. 8:7). Además, la mente incrédula no puede ni comenzar a aprobar la voluntad y la obra de Dios, puesto que estas cosas son tontería para él (1 Cor. 1:21). Comparémoslo con la actitud del creyente que puede aprobar los caminos de la gracia de Dios. El creyente sabe que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Rom. 8:28). Y el creyente se deleita en la gracia y la misericordia de Dios. Sabe que en todo puede confiar en Dios. No existe nada demasiado difícil que Dios no pueda lograr o efectuar en nuestras vidas. ¡Podemos poner sus promesas a prueba, siempre confiados en que él nunca nos fallará! (Mal. 3:10; Rom. 4:16; 15:8ss; 2 Cor. 1:20; 2 Ped. 3:9).

v. 3 - Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

Pablo ha estado hablando de la transformación, de la renovación. Ahora llega al primer fruto específico que él desea ver como resultado de esa renovación. Quiere ver una

congregación cristiana llena de un espíritu de unidad y armonía agradable a Dios. No obstante, da unos consejos que las personas podrían ser tentadas a pasar por alto. ¿Qué hace que Pablo sea una autoridad en esos asuntos? En una sección que habla acerca de los diferentes dones que tenemos, dones que vienen del Señor, Pablo recuerda a sus oyentes que él habla solamente “por la gracia de Dios”. Pablo era un apóstol, un escritor sagrado. Dios lo puso en una posición principal para instruir, amonestar y animar a la iglesia (Rom. 1:1ss).

El consejo que él da aquí lo apoya la mente cristiana renovada. Ningún incrédulo desea aceptar la idea de que él o ella no sea extremadamente importante. Pablo se pronuncia aquí en contra del orgullo. Uno tiene que preguntarse si el orgullo no es el pecado que causa más daño en una congregación cristiana que cualquier otro pecado. ¿No es el orgullo el que separa a las personas año tras año? Las palabras que se dicen en un momento de ira son difíciles de retirar a causa del pecado. Solamente un diplomático del más alto orden puede reconciliar los dos lados en una manera que permite a los dos “salvar las apariencias”. Si recordamos cuántas congregaciones Pablo visitó, si sabemos cuántas veces sirvió de árbitro de disputas, entonces podemos imaginarnos que Pablo sabía cómo se podían extinguir muchos problemas y riñas prolongadas, si las personas tan sólo hicieran su orgullo a un lado. Por eso, Pablo exhortó a los miembros de la congregación joven en Roma a poner en práctica su sentido común cristiano santificado. Cuando las comparaciones inevitables surgieran entre los diferentes miembros de la congregación, cada uno debía recordar: “Si no fuera por la gracia de Dios, allí estaría yo”. Ellos usarían una regla o medida (μέτρον) diferente para medir sus puntos fuertes y débiles. Esa medida sería su fe, la mente iluminada que el Señor les había dado. La fe les daría una perspectiva completamente diferente.

vv. 4,5 - Porque de la manera en que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.

Conforme al dominio de expresión que le fue dado, Pablo nos describe una imagen mental. Al imaginarse la relación de trabajo que debe existir entre los miembros de una congregación cristiana, debemos pensar en el cuerpo humano. ¿Quién en su sano juicio desearía tener un cuerpo con dos corazones, o no tener riñones? ¿Quién pensaría que sería importante tener cuatro piernas si eso significara no tener ni brazos ni manos? Obviamente nuestro cuerpo es una creación maravillosa, integrada y funcionalmente hermosa creada por el Señor. (Salmo 139:14). Aún las extremidades pequeñas como los dedos y los órganos menos nobles como las entrañas son vitales e importantes para el funcionamiento armonioso y sano de todo el cuerpo.

Así pasa en la iglesia. Todos somos diferentes en tamaño y forma, en historia familiar y vocación, en intereses y en opiniones personales. Lo que es más, como Pablo demostrará en los últimos versículos de esta sección, somos también diferentes en cuanto a talentos y habilidades, dones especiales que recibimos de Dios. ¡Nuestras diferencias no deben ser

causa de disputa, sino fuente de gozo! Somos iguales a los diferentes miembros del cuerpo. Hemos sido unidos en el reino del Señor, y maravilla de maravillas, él nos hizo para que nos complementáramos unos a otros. Trabajando juntos, podemos lograr cosas poderosas por medio de la gracia y el poder de Dios. Por nuestra cuenta no podemos lograr tanto, porque ninguna persona posee tantos dones diferentes. Y puesto que somos todos miembros de un solo cuerpo, vamos a querer mirar a nuestros hermanos con amor. Esta imagen nos hace ver la importancia de que los cristianos velen por otros cristianos. Sin duda debemos cuidarnos unos a otros, exhortarnos y animarnos, con tanto cuidado como cuidamos nuestros propios cuerpos (1 Cor. 10:17; Gál. 3:28; Ef. 4:13).

vv. 6-8 - De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

Pablo sigue con una enumeración de dones que se pueden encontrar en una congregación típica. No vemos ninguno de los dones sensacionales que están mencionados en conexión con la congregación de Corinto. Todos los dones de esta lista son menos llamativos a los ojos del mundo. No obstante, parecen ser los “básicos” de cualquier congregación que tiene la intención de funcionar y prosperar en un mundo atribulado. A medida que estudiemos esta lista de dones, tal vez encontremos algunos que nunca se nos habrían ocurrido. Eso es bueno. Sirve para recordarnos que todos tenemos *algunos*— algún don necesario.

Hay algo más que se debe notar acerca de esta lista de dones. Pablo nos recuerda que nunca podemos exigir una santificación de producción en cadena en nuestras congregaciones cristianas. Cada persona es diferente. Por lo tanto, en nuestra campaña anual de mayordomía, es poco realista pensar que cada miembro se va a convertir en un evangelista viajero. Mucho mejor sería tomar nota de los talentos y habilidades de cada uno, y animar a cada uno a que por la gracia de Dios cultiven esos dones, los utilicen fiel y plenamente, y los empleen para servir al Señor.

Los dones que Pablo enumera aquí no parecen tener un orden particular. Cubren el espectro típico presente en cualquier congregación. El de “profecía” con el cual empieza es la edificación de la palabra de Dios que los voceros de Dios deben dar (Ef. 4:11; 1 Cor. 12:28-29; 14:3). La forma de hablar la palabra de Dios siempre debe hacerse, literalmente, “según la analogía de la fe” (κατὰ τὴν ἀναλογίαν τῆς πίστεως). Hay opiniones divididas acerca de que si esta “fe” es subjetiva (*fides qua creditur*) u objetiva (*fides quae creditur*). Mientras que es un buen consejo para el profeta hablar con convicción y fe personal, eso no parece ser el mejor entendimiento de estas palabras. Una “profecía” poderosa y apropiada siempre debe basarse en la palabra de Dios, el cuerpo de la doctrina cristiana.

En el don de “servicio” encontramos una construcción griega poco usual. Literalmente,

tendríamos que traducir "...o servicio en el servir..." (εἶτε διακονίαν ἐν τῇ διακονίᾳ). Muchos comentaristas hasta evitan considerar esta construcción. No obstante, podemos interpretarla como la manera en que el Señor nos dice tener gozo por el don particular que tengamos, que ejerzamos nuestros talentos y habilidad al máximo "en la esfera" de ese don, y no nos reprochemos a nosotros mismos ni tampoco nos quejemos con Dios por no habernos dado un don que alguien más haya recibido. Esta observación llega a ser aún más plausible cuando recordamos que justo antes de esto Pablo nos recordó que debemos reconocer y apreciar el hecho de que somos todos diferentes. Ningún individuo puede llevar a cabo todas las diversas labores de la congregación por sí solo, ni siquiera el pastor.

La "enseñanza" está incluida como un don. Si recordamos el mandato que Cristo dio en su ascensión, reconoceremos este don como uno de los más importantes para la iglesia (Mat. 28:19-20).

El próximo don de "exhortación", podría parecer poco digno de ser incluido. Y sin embargo, ¿quién menospreciaría el don especial que algunos cristianos tienen para decir las palabras necesarias de consuelo y ánimo en el momento preciso?

Incluir "el que reparte" en esta lista puede causar algunas dudas. No obstante, dar con "generosidad" y con "sencillez" (ἐν ἀπλότητι) sin preocuparse de no tener suficiente para sí mismo o de ahorrar suficiente para alguna emergencia, es un don que muy pocos tienen.

Por supuesto que el "que preside" es un don que muchos pastores desean cultivar. Que el que preside sea "pronto" (σπουδῆ) para reconocer las necesidades de los que lo siguen, "pronto" para ayudarlos, "pronto" para calmar situaciones peligrosas.

Por último, "el que hace misericordia" es un don. Mostrar misericordia y hacerlo con alegría, sin remordimientos, sin pensarlo dos veces, sin dudas acerca de si debimos haber sido más firmes o tal vez justificadamente estar indignados — es un don.

Sugerencias Homiléticas

Este texto no sólo contiene consejos valiosos para el lector y para el oyente, sino también para el orador, el predicador. No solamente encontramos la motivación correcta para crecer en la santificación, sino también vemos un método poderoso y agradable a Dios para exhortar. "Por las misericordias de Dios" — siendo ésta como la tela sobre la cual la vida cristiana ha de ser dibujada, matizada y pintada, es fácil ver que todo en nuestra vida será influenciado por la misericordia de Dios. La misericordia es lo que nos aviva, lo que nos da esperanza lo que nos permite esperar un futuro eterno ganado por la sangre de Jesucristo. La misericordia de Dios será nuestro medio de exhortación.

La palabra "cuerpo" predomina en esta sección. Primero, Pablo exhorta a cada individuo

a ofrecer su cuerpo como “sacrificio vivo”. No es suficiente ofrecer al Señor nuestros pensamientos. Debe ser totalmente un sacrificio de amor, incluyendo nuestros cuerpos. La fe entra en acción, demostrando así que es sana, vital y sincera (Sant. 2:21). Pablo procede del individuo (vv. 1,2) al cuerpo corporativo, al cuerpo de creyentes (vv. 3-8). Este cuerpo, también se dedicará totalmente al servicio de Dios y para su gloria.

Este texto se podría presentar de varias maneras. Recuerda al pueblo de Dios que la vida que llevan es de mayordomía, de servicio total al Señor. En ese caso una posible presentación podría ser:

En vista de la misericordia de Dios vivimos

1. Llevamos una vida de sacrificios (vv. 1-2)
2. Vivimos en nuestra iglesia en unidad (vv. 3-8)

Otra posible presentación similar a ésta, que podría cambiar la relación entre las partes 1 y 2 sería:

¿Realmente quieres servir al Señor?

1. Entonces renueven su relación con él (vv. 1-2)
2. Entonces regocíjense en la relación con los hermanos cristianos (vv. 3-8)

Otra presentación de este texto podría limitarse a los versículos 3-8. Podemos emplear una frase del texto para nuestro tema:

Somos un cuerpo en Cristo

1. Porque Cristo nos ha hecho un solo cuerpo (vv. 3,4a,5)
2. No obstante, Cristo nos ha hecho diferentes (vv. 4b, 6-8)

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Ezequiel 33:7-9

Epístola - Romanos 13:1-10

Evangelio - Mateo 18:15-20

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Ezequiel 33:7-9, señala el comienzo de las profecías de Dios a los hijos de Israel por medio del profeta Ezequiel. En los primeros 32 capítulos, Ezequiel predijo la destrucción de Jerusalén. Ahora Ezequiel comienza a hablar de la maravillosa restauración que vendría después de su arrepentimiento. En su misericordia, Dios envió a Ezequiel para ser el guardia que advertiría a los hijos de Israel. Considere la posibilidad de agregar los versículos 10 y 11 a la lectura del Antiguo Testamento para que la congregación pueda escuchar que nuestro Padre misericordioso no quiere que ninguno muera, sino que todos se arrepientan y sean salvos.

La Epístola, Romanos 13:1-10, proclama poderosamente el papel del cristiano como ciudadano de un gobierno que no es espiritual y que vive entre el pueblo incrédulo. Los cristianos son más que los guardianes de Dios; son los testigos y los ejemplos vivos de su amor.

El Evangelio, Mateo 18:15-20, preserva para nosotros la directiva del Señor de ser el guardián de nuestro hermano. Jesús ofrece la receta para que un cristiano amoneste bondadosamente a sus hermanos y hermanas que se apartan del camino. Somos guardianes, sobre todo ¡unos de otros!

El acorde común que resuena en todas estas lecturas es que el Señor llama a sus creyentes a ser sus fieles guardianes. Con nuestras palabras y nuestra manera de vivir, debemos ser testigos, amonestar y ser ejemplos para todos los ciudadanos en nuestra comunidad. El tema de este domingo podría ser: “¡Somos llamados a ser fieles guardianes!”

El texto - Romanos 13:1-10

En Romanos 12 Pablo exhortó a los cristianos romanos a ofrecer un servicio amoroso y voluntario a Dios sirviendo a la familia de creyentes. En el capítulo 13, Pablo los anima a someterse y a servir al gobierno secular y a la población pagana. El tiempo para la

indiferencia adormecida se acabó. El tiempo del cristiano para servir a Dios y para dar su testimonio está llegando a su fin. “Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos” (Rom. 13:11).

El desafío del predicador es retar a sus miembros a imaginar el impacto que las palabras de Pablo tuvieron en sus primeros oyentes. Nerón gobernó a los cristianos de Roma (54-68 D.C.) En unos pocos años Nerón desataría una cruel persecución contra los cristianos. Nerón no tuvo misericordia de ningún hombre, mujer o niño cristiano. No obstante, las palabras de Pablo, las palabras del Espíritu Santo, todavía se aplicaban: “Las autoridades que hay, por Dios han sido establecidas” (Rom. 13:1).

vv. 1,2 - Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos.

Ningún cristiano está excluido del mandato de someterse a las autoridades superiores. El imperativo presente (ὑποτασσέσθω) exige una obediencia constante, persistente. La sumisión o subordinación a las autoridades significa obedecer a las autoridades. El plural (ἐξουσία) se refiere a todas las leyes y todos los representantes del gobierno, desde el mayor hasta el menor, desde el oficial de tránsito hasta el presidente en el palacio presidencial. ¿Por qué? ¿No hay ninguna ley ni ningún gobernador que no haya sido establecido por Dios! Aún los tiranos como Nerón y Lenin fueron asignados (τεταγμένοι) a sus puestos por Dios.

La rebelión contra las autoridades existentes, aún si esas autoridades son malvadas, es una rebelión contra Dios. Note cómo Pablo enfatiza este punto al repetir tres veces en dos versículos el hecho de que Dios estableció las autoridades existentes. Rebelarse contra Dios es acarrear la condenación de Dios (κρίμα). ¿Puede haber algún malentendido? Dios establece los poderes existentes. Los cristianos deben obedecer y respetar los poderes existentes.

vv. 3,4 - Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo.

El propósito del gobierno es infundir el terror (φόβος) en aquellos que de otro modo serían una amenaza para la sociedad. Nuestro Señor ha establecido el gobierno para la paz y la protección de todas las personas, pero su preocupación principal es el bien y la seguridad de su rebaño (Efesios 1:22). Los cristianos no tendrán que temer a sus gobernantes, porque ellos no negarán a su Señor desobedeciéndolos. Los cristianos servirán y obedecerán a su gobierno para que puedan ser reconocidos como ciudadanos leales y creyentes sinceros.

Nuestro gobierno y nuestros gobernantes son poderosos y dignos de nuestro respeto a causa de que Dios los puso allí. Ellos siguen siendo, no obstante, simples siervos (διάκονοι) de Dios. El gobierno es un siervo poderoso, vengador, un siervo que ejecuta la justicia y la venganza de Dios (Rom. 12:19), un siervo que hasta ejerce poder sobre la vida y la muerte. No obstante, aún así el gobierno es un siervo. Las autoridades reciben poder de Dios para que puedan cumplir la voluntad de Dios. Tan pronto que nuestros gobernantes comiencen a dictar leyes y a hacer demandas que sean claramente contrarias a la voluntad de Dios, dejan de ser siervos y se convierten en usurpadores. Los hijos de Dios no desobedecerán a sus gobernantes a menos que éstos hagan demandas que vayan en contra de la voluntad de Dios. En este caso los cristianos serán fieles a una autoridad superior, al “obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 4:19; 5:29) en la medida en que estos gobernantes se opongan a Dios. Esta “desobediencia” del cristiano, no obstante, no se manifestará en una rebelión abierta ni en actos públicos de violencia contra el gobierno, como los defensores de la Teología de la Liberación afirmarían, sino en un negarse pacientemente a actuar en contra de su conciencia cristiana, aún si fuera necesario sufrir persecución, confiando en que con esta paciente perseverancia “hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos” (1 Ped. 2:11-25).

v. 5 - Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia.

Los incrédulos y los malvados obedecen a sus gobernantes porque tienen miedo. La espada vengadora de Dios está en verdad muy afilada. El viejo Adán del cristiano, también, se someterá a la autoridad por temor al castigo. Pero, mucho más convincente y más satisfactorio es el deseo de nuestro nuevo hombre de obedecer por amor a Dios y de acuerdo con su conciencia cristiana. Cuando nos sometemos a los que están en autoridad, no estamos arrodillándonos ante los hombres sino sometiéndonos a nuestro Dios salvador. Estamos reconociendo su amor protector y dándole gracias por su constante misericordia.

vv. 6,7 - Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis; al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.

Si nuestros gobernantes están legislando o juzgando, actúan en lugar de Dios. Son siervos (λειτουργοί) públicos de Dios. Si gobiernan fielmente, como Dios quiere, entonces proveen para nosotros los cristianos una sociedad en la cual podemos con seguridad llevar a cabo la obra que Dios nos ha encomendado de proclamar el evangelio de Jesucristo. Por esta razón (διὰ τοῦτο) demos de buena voluntad a César lo que es de César. Paguemos lo que debemos. Los impuestos (φόρον) son las cuotas regulares de sostenimiento y rentas públicas (τέλος) son un impuesto indirecto sobre los bienes. Estos versículos ofrecen una oportunidad excelente para revisar, tal vez reajustar la actitud de la congregación sobre el pago de los impuestos. Pagar los impuestos no es un placer,

pero aún así es nuestro deber.

vv. 8-10 - No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor.

Por medio de la revelación del Espíritu, conocemos nuestro lugar como cristianos bajo un gobierno secular. Ahora el Espíritu quiere que veamos y aceptemos nuestras responsabilidades como ciudadanos individuales en nuestra comunidad y en el mundo. En los siguientes versículos, Pablo explica el bien que debemos hacer a todas las personas.

El ciudadano cristiano pagará todos los préstamos y deudas que tenga. Sin embargo, hay una deuda que siempre debemos de estar pagando aunque nunca podamos pagarla por completo. Esta cuenta es “amaros unos a otros” (infinitivo presente de ἀγαπάω). Los unos a los otros (ἀλλήλους) no es una referencia a otros cristianos, sino a todas las personas, a nuestro “prójimo”.

Amar a nuestro prójimo es cumplir la ley, específicamente la segunda tabla de la ley. Sin importar los puntos específicos que los mandamientos mandan o prohíben, el amor es el cumplimiento de esa ley. La ley se resume (ἀνακεφαλαιοῦται) en un concepto básico, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Este tipo de amor no busca el mal ni obra el mal contra *ningún* conciudadano. Este tipo de amor resulta (-μα en πλήρωμα denota resultado) en el cumplimiento de la santa voluntad de Dios para las personas de todas las épocas.

Los cristianos de hoy pueden pensar que se exige ese amor sólo cuando sea respondido o por lo menos reconocido amablemente. ¡Recuerde a quiénes está escribiendo Pablo! ¡Recuerde cuándo escribió estas palabras! Esta congregación de cristianos romanos vivía en medio de una comunidad que persiguió, calumnió y ridiculizó a aquellos que fueron seguidores del esclavo judío que de manera vergonzosa fue clavado a una cruz romana. Muy pronto estos mismos ciudadanos estarían gritando desenfrenadamente desde las tribunas del coliseo mientras abajo veían que los hermanos cristianos eran atacados y asesinados por animales salvajes. No obstante, su comportamiento vergonzoso no invalida el mandato de Pablo. Los cristianos romanos debían amar a todos sus prójimos como a ellos mismos.

Vemos cuán imposible es hacer esto para quienes ahora sufrimos persecuciones relativamente de poca importancia. ¡Qué lejos estamos de cumplir la ley del amor de Dios! ¡Sin embargo, esa ley se cumplió maravillosamente en la cruz! Jesús miró a la furiosa muchedumbre y dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Jesús sufrió y murió no solamente por nuestros pecados, sino también por los pecados de

aquellos que lo odiaron y lo crucificaron. Aquel que cumplió esa ley de amor vuelve a proclamar esa ley de amor: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Somos la sal de la tierra. El Señor quiere que los cristianos establezcan normas y sean ejemplos para las personas de nuestras comunidades generalmente inmorales. Debemos ser la luz del mundo. Si nuestro amor está brillando, aún frente a la cruel persecución, las personas de nuestra comunidad verán nuestra fe y nuestras buenas obras y por nuestro testimonio alabarán a nuestro Padre en el cielo. Muy simplemente, debemos dejar que este mundo contemple el reflejo del amor perfecto de Cristo en nuestro amor cristiano. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ez. 33:11).

Sugerencias homiléticas

Pablo pondrá a prueba al predicador con estos primeros diez versículos de Romanos 13. Hay mucho por decir y muy poco tiempo para decirlo. Pero Pablo ha dado al predicador una gran ayuda haciendo una clara división y siguiendo la evolución del pensamiento. Los cristianos tenemos responsabilidades ante nuestro gobierno — y también ante nuestros conciudadanos.

El punto principal de la primera parte, versículos 1-7, es que el cristiano querrá obedecer y apoyar a su gobierno, porque Dios mismo estableció ese gobierno para bendecir y proteger a sus amados hijos. En la segunda parte, el predicador debe proclamar la ley del amor y describir los frutos que el amor cristiano produce. A la larga, el fruto que buscamos es la salvación del alma incrédula de nuestro prójimo.

El Espíritu Santo deja claro que formamos parte de la familia de Dios por medio de la fe en Jesucristo. Nos alegramos mucho siendo miembros de la congregación, pero fervientemente deseamos traer a otros a esta familia eterna de Dios. Presente estos retos a su familia de creyentes con audacia. Para la estación general del Pentecostés, podría considerar el siguiente esquema básico:

¡Ciudadanos cristianos, paguen a todos lo que deben!

1. Obedezcan al gobierno que Dios ha establecido (vv. 1-7)
2. Amen al prójimo a quien Dios redimió (vv. 8-10)

Además, Romanos 13:1-10 es un buen texto para el domingo relacionado con el día de la Independencia.

¡Qué Dios bendiga nuestra patria con fieles siervos!

1. Que bendiga el servicio de nuestro gobierno para la familia cristiana (vv. 1-7)
2. Que bendiga el servicio de nuestra familia cristiana en la comunidad (vv. 8-10)

DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Génesis 50:15–21

Epístola—Romanos 14:5–9

Evangelio—Mateo 18:21–35

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Génesis 50:15-21, registra los temores que sintieron los hermanos de José después de la muerte de su padre, Jacob. Pero la petición de ellos por el perdón fue escuchada. José les aseguró que no se pondría en lugar de Dios para juzgarlos. Después de todo, Dios había usado incluso sus pecados para producir buenos resultados.

La Epístola, Romanos 14:5-9, es el texto designado para el sermón y centra la atención del predicador en los adiaforia, asuntos acerca de los cuales la Escritura no establece ninguna ley. Pablo expone aquí los principios y los usa para animar a sus lectores a tener paciencia, y mostrar paciencia y aceptación.

Mateo 18:21-35 es la parábola del esclavo que no mostró misericordia. Es una lectura sobre el perdón y nos recuerda que estamos entre aquellos a quienes se les ha perdonado mucho y que deben perdonar a los que pequen contra nosotros. El Antiguo Testamento y el Evangelio se pueden usar para complementar la Epístola. En el sermón el predicador por un lado señalará la libertad cristiana, y por otro el amor cristiano en tratar con esa libertad. Las lecturas sobre el perdón que se encuentran tanto en el Antiguo Testamento como en el Evangelio preparan bien a los lectores para la lectura sobre la libertad y el amor.

El texto - Romanos 14:5–9

Este pasaje de Romanos está a mediados de la última sección de la carta, como lo han estado los dos textos anteriores. Esta sección de Romanos es la parte sobre la *santificación*, que comienza con 12:1. Las frases claves en ese primer pasaje de la sección son éstas: “presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo... que es vuestro culto racional”. Pablo resume este culto con la palabra “amor” y lo particulariza en pasajes que tratan con el gobierno, la sociedad y la congregación.

Nuestro texto proviene de la última sección; la RVR encabeza esta sección con “Los débiles en la fe”. Comienza en 14:1 y continúa hasta 15:13. Los versículos antes de

nuestro texto identifican lo que probablemente era un problema en Roma; en los versículos después del texto resuenan palabras de ánimo. La sección a mediados del texto ofrece el principio que resuelve el problema y conduce al ánimo.

Existe una pregunta sobre el propósito que tiene Pablo en este texto. ¿Acaso estaba abordando un problema en particular que causaba inquietud en la congregación? Algunos comentaristas dicen que sí, otros que no. La congregación de Corinto había estado atormentada por una “controversia sobre adiaforia” y Pablo les había hablado sobre este asunto en la primera carta a los cristianos de ese lugar. El problema en Galacia era similar pero mucho peor; adiaforia se había convertido en ley en esa congregación. La Carta a los Romanos no contiene las palabras fuertes que Pablo había usado en esos casos. Esto indica a algunos que el consejo de Pablo trata de *un* asunto, no de un asunto *romano*. Otros promueven la idea de que los romanos luchaban con un problema sobre adiaforia, pero que no había llegado a tales proporciones como para que Pablo usara palabras duras.

La segunda teoría es muy atractiva. Pablo parece estar identificando el problema particular en Roma en el versículo 2: “Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres”. Parece que algunos en la congregación no veían ningún problema en comer cualquier clase de comida, aun la que en otros tiempos se pudo haber considerado “inmunda”. Otros tenían cierta aversión hacia la carne. Los cristianos “sensibles” pueden haber sido judíos cristianos o no; los judíos no rechazaban la carne, sólo la carne que no era ritualmente pura, y no se inclinaban a hacerse vegetarianos. Algunos de los creyentes romanos tal vez hayan tenido problemas en aceptar la idea de comer carne sacrificada en altares paganos, que después se vendía en el mercado romano. Sea cual sea la situación, una cosa es clara. Los débiles no insistían en que los demás miembros compartieran sus sensibilidades. Roma no era Galacia, y no había una tendencia judaizante allí.

Sí, Pablo consideraba que la situación era un problema con suficientes peligros que merecía una discusión bastante larga. En la iglesia primitiva, el comer era más una parte de la vida de la congregación de lo que es hoy; a la comunión muchas veces le seguía una comida de compañerismo. Y Pablo detestaba pasar por alto cualquier levadura que eventualmente podría arruinar la unidad de una congregación cristiana. La unidad entre los creyentes era, y es, la prueba más contundente de que existe el amor entre los creyentes. Puesto que el amor es la esencia del culto espiritual, y puesto que este culto es el resultado natural de confianza en el evangelio, las palabras de Pablo son una parte integral de su preocupación principal, es decir, que los romanos no dejen que nada viole la fe que el evangelio había creado entre ellos. El predicador de este texto querrá tener presente esta principal preocupación.

Después de identificar el problema en los versículos 1 al 5, Pablo en el texto expresa el principio sobre adiaforia.

v. 5—Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.

Pablo se dedica a desarrollar el principio usando una situación de adiaforia que no era un problema en Roma, pero que sería bien conocido para los cristianos que vivían en cualquier parte del mundo del primer siglo. Trataba del día para el culto.

El Israel del Antiguo Testamento adoraba el sábado; esto había sido el mandato de Dios. Los creyentes del Nuevo Testamento, no hallando tal mandato, escogieron el domingo, el aniversario de la resurrección del Señor. Algunos creyentes judíos, sin embargo, se habían acostumbrado tanto a la experiencia del culto del sábado que no podían dejar pasar un sábado sin observarlo. Aun los apóstoles habían tenido esta actitud los primeros días de la iglesia. No había ninguna idea entre estos creyentes de que estaban más cerca a la norma de Dios porque adoraban en el día sábado, pero ésta había sido la costumbre, y no podían fácilmente dejarla de lado. Otros creyentes, especialmente los que no tenían ninguna experiencia como judíos, estaban contentos con el domingo, o cualquier otro día. *El asunto trataba de la conciencia.* Allí estaba el principio.

La conciencia siempre desempeña un papel en la fe y vida del creyente. Algunos no pueden tomar cerveza o vino; otros lo hacen sin sentir culpa. Algunos son liberales en sus opiniones políticas, otros conservadores. Algunos pueden bailar sin problemas, algunos saben que no pueden. Lo que Pablo trata de decir, lo que la iglesia todavía tiene que hacer, es que cada cristiano tiene que conocerse a sí mismo cuando se trata de asuntos que las Escrituras dejan abiertos. Dios da al creyente la libertad de usar cualquier cosa que Dios no prohíbe. Pero Dios también da al creyente la libertad para abstenerse de usar cualquier cosa que personalmente no piensa que debe usar. Pablo no titubea en identificar la fuente de los escrúpulos personales, la debilidad de entendimiento. Pero Dios anima a su pueblo a tomar en cuenta la debilidad, la suya tanto como la de su hermano. La conciencia no se puede pasar por alto.

v. 6—El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.

Si los cristianos tratan los adiaforia, o “asuntos indiferentes”, como deben, entonces todo pensamiento se concentrará en glorificar a Dios. Cuando esto sucede, no entrará ningún pensamiento de superioridad farisaica en la mente ni del débil ni del fuerte. Consultar a Dios también arreglará cualquier malentendido acerca de qué es una cosa indiferente y qué manda o prohíbe Dios expresamente. Mientras la decisión del cristiano sobre cosas indiferentes se haga después de una consulta seria con su Dios, nadie debe considerar la decisión como incorrecta, ni tampoco nadie debe ir en contra de la decisión tomada en la consulta. Más tarde, en el capítulo 14, Pablo escribió: “Todo lo que no proviene de fe, es pecado”.

vv. 7, 8—Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.

¡Qué nadie se atreva a perturbar la relación personal entre el creyente y su Dios! Esa relación es la esencia de la existencia del creyente. Cuando llega a formar parte de Cristo por la fe, cada pensamiento, palabra y acción de él se centra en Dios, y él quiere poner cada parte de la vida y muerte en una perspectiva divina. Con este punto Pablo comenzó la sección sobre la santificación: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (12:1).

El que predica sobre este texto querrá tener cuidado de no separar el versículo 7 del versículo 8. Pablo no está hablando de la relación del creyente con su hermano creyente, sino de su relación con Dios.

v. 9—Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.

Pablo concluye la discusión del principio repasando la base de la nueva relación del cristiano con Dios, la muerte y la resurrección del Señor Jesús. Con ese repaso Pablo quiere resumir la grave situación humana de pecado y el plan divino de salvación. Leyendo entre líneas, recordamos cómo Satanás destruyó la relación que existía entre el hombre y Dios en el huerto de Edén. La imagen de Dios que el hombre poseía se perdió en la caída, y el hombre estuvo bajo la condenación de la muerte. El Hijo de Dios asumió la forma humana para revertir este veredicto y para soportar la condenación en lugar del hombre. El ministerio de reconciliación de Cristo culminó con él muriendo en la cruz, y sellándolo en la resurrección.

“El don de Dios es vida eterna”. Esa vida no sólo incluye la redención de “todos los pecados, la muerte y del poder del diablo”, también lleva la garantía de que “seamos suyos, y vivamos bajo él en su reino, y lo sirvamos en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza” (la explicación del Segundo Artículo de Martín Lutero). En esa vida nueva, cada cristiano lucha cada hora para vivir y servir a su Rey.

A los cristianos Pablo escribió: “no sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co 6:19–20).

Cristo vivió y murió y volvió a vivir para reinar para que nosotros podamos vivir con él. Éste fue el propósito de su ministerio.

¡Siempre que no esté en juego una doctrina de la Escritura, los fuertes no deben menospreciar a los débiles, ni deben éstos cuestionar las decisiones de los fuertes! Todos somos uno en Cristo y poseemos la misma salvación.

En los versículos que siguen a nuestro texto, Pablo procede del principio a la práctica con un hilo del pensamiento idéntico: “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?”

Sugerencias homiléticas

El texto da al predicador una oportunidad de animar a la verdadera unidad entre los creyentes, una unidad que se basa en la fe, no en la forma.

Una posibilidad para explicar resumidamente el texto es centrarse en los adiaforia mismos. Explique en la introducción las cosas indiferentes. Indique cómo están entre, en medio de, lo que Dios prohíbe y manda expresamente.

Adiaforia—un asunto de libertad

1. Cristo es el fin de la ley para justicia
2. Cristo es el comienzo del evangelio de la libertad

En la primera parte, explique cómo Jesús con su ministerio nos libró de las exigencias de la ley ceremonial y civil. Insistir en ciertas formalidades o costumbres o tradiciones sería negar el propósito de la venida de Cristo. En la segunda parte, demuestre que Cristo permite que cada creyente tome ciertas decisiones después de orar y meditar. Explique que insistir en cualquier dirección anula la libertad. Obviamente, el predicador tendrá que hablar del texto entero en las dos partes del sermón.

Otro método sería el siguiente:

Introducción: Mencione cosas que Dios manda; mencione cosas que prohíbe. Inspeccione el terreno neutro. Llegue al tema:

¡Si Dios no juzga, tampoco lo hagan ustedes!

1. Pueden estar condenando lo que Dios permite (vv. 5, 6)
 - A. Los cristianos no siempre se inclinan a hacer todo de la misma forma
 - B. Dios les permite este derecho dentro de los límites de su voluntad inmutable
 - C. Juzgarlos muy bien podría ser juzgar una decisión a la que Dios los ha llevado
2. Estarás desobedeciendo un decreto divino (vv. 7–9)
 - A. Jesús vino para asegurar la vida con Dios
 - B. Dios llama a todos los creyentes a glorificarlo con sus vidas
 - C. Juzgar una decisión a la que ha llegado un creyente bajo la voluntad de Dios es desobedecer el decreto y plan de Dios

Las mismas ideas se pueden usar centrándose en el cristiano débil y animando el amor de parte del cristiano fuerte.

El hombre en medio

1. Respeten su decisión
2. Defiendan su derecho

Este tratamiento permite un acercamiento positivo a la cuestión de adiaforia.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 55:6-9

Epístola - Filipenses 1:1-5, 19-27

Evangelio - Mateo 20:1-16

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 55:6-9, Dios explica muy claramente que los pensamientos y caminos con respecto a su plan de salvación para la humanidad pecaminosa son muy diferentes de los nuestros. Dios inspiró al profeta Isaías para que exhortara a todos a “buscar a Jehová” durante su tiempo de gracia, mientras la oportunidad para el arrepentimiento todavía es posible, y que “deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos”. “Vuélvase a Jehová... y al Dios nuestro” porque “tendrá de él misericordia” y “será amplio en perdonar” por la gracia sola.

La lectura de la Epístola, Filipenses 1:1-5, 19-27 nos dice cómo Pablo da gracias a Dios por la comunión en el evangelio “desde el primer día hasta ahora”, un compañerismo que los cristianos en la congregación de Filipos tuvieron con él. Pablo está convencido de que si le aconteciera la muerte o la vida, Cristo sería glorificado por medio de él. El deseo de Pablo es partir de esta vida y estar con Cristo para siempre. No obstante, está dispuesto a seguir en el servicio de su Señor aquí en la tierra. Espera ser puesto en libertad y reunirse con sus hermanos creyentes en Filipos. Los anima a quedarse firmes en un espíritu, luchando juntos en la fe.

En la lectura del Evangelio, Mateo 20:1-16, Cristo cuenta la parábola de los obreros en la viña. No importa en qué tiempo de la vida el Señor llame al individuo y lo traiga a la fe, tiene la seguridad de ser salvo por la gracia de Dios. El “salario” de cada creyente es el mismo — la vida eterna en el cielo. No debemos murmurar ni quejarnos si un cristiano ha sido cristiano por menos tiempo que otro, y sin embargo recibe el mismo “premio”, la vida eterna.

Las tres lecturas sirven para enfatizar el hecho de que Dios nos ha salvado solamente por su gracia. Los cristianos deben regocijarse por esa salvación y por medio de la fe aferrarse fervientemente a aquel mensaje de la salvación en la vida y en la hora de la muerte.

Filipenses

Pablo escribió esta carta a los filipenses desde su celda en Roma. Ese encarcelamiento en Roma duró desde el 61 hasta el 63 d.C. Pablo está a punto de enviar a Epafrodito a Filipos y enviará con él una carta en la cual da a sus compañeros en el evangelio noticias de él, del juicio y las posibilidades de salir en libertad. Les agradece la ofrenda económica que han recogido. Habla con interés pastoral y tacto evangélico y amable acerca de los problemas internos de ellos, los anima en medio de las persecuciones y les advierte contra los peligros y las amenazas planteados por los maestros judaizantes, quienes hablan mucho de la circuncisión y de otras obras de la ley ceremonial como la fuente de la justicia de ellos.

El tema principal de esta carta es: “Yo me regocijo. ¿Qué tal ustedes?”. Este tema se encuentra en el capítulo 4, versículo 4: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo, ¡Regocijaos!”. Con tono alegre Pablo comienza su carta. Da gracias a Dios por la comunión constante en el evangelio con los filipenses desde el primer día. Pone énfasis en el carácter personal del lazo que este compañerismo ha establecido entre él y ellos. Ora para que el amor de ellos crezca y aumente y que el conocimiento y discernimiento sigan el mismo ritmo del amor de ellos.

El texto - Filipenses 1:1-5, 19-27

v. 1 - Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos.

Pablo no utiliza su título oficial al escribir a los filipenses como lo hace en casi todas sus otras epístolas. La relación que tiene con los cristianos en Filipos es la de un afecto personal muy profundo. Pablo une su nombre con el de Timoteo. Esto demuestra el estrecho lazo de amor que existió entre Pablo y su “propio hijo en la fe”. Timoteo no era coautor con Pablo de esta epístola, sino que era alguien muy conocido para los cristianos en Filipos. Timoteo había trabajado con Pablo en Filipos y ahora era compañero de Pablo en Roma. Pablo y Timoteo eran “siervos de Jesucristo” literalmente, esclavos de Cristo Jesús, quien los había comprado con su sangre. Como resultado de esta obra redentora eran libres del pecado. Pertenecían a Cristo Jesús, su Señor y Maestro, y estaban profundamente dedicados a su servicio.

Pablo escribe esta epístola a “todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos”. Pablo los llama “santos en Cristo Jesús”. El Espíritu Santo los ha santificado y los hizo santos por medio de escuchar el mensaje evangélico de Cristo. Dios los había escogido en su gracia. Cristo había muerto por ellos. El Espíritu Santo los llamó de la oscuridad y la incredulidad y los trajo a la fe en Cristo y los hizo pueblo de Dios. Eran santos sólo por estar “en Cristo Jesús”. Estaban unidos en una comunión y un compañerismo por estar unidos personalmente con su Señor y Salvador. Permanecían en una unión

espiritual con su Salvador de la misma manera en que una rama vive en unión vital con la vid.

Pablo dirige esta epístola a la congregación de Filipos. Habla a los líderes, o los ancianos de la iglesia, los “obispos y diáconos”. Los obispos eran miembros de la congregación que estaban involucrados en el ministerio de la palabra. Los diáconos eran miembros de la congregación que se encargaban de los negocios externos de la congregación, por ejemplo, el cuidado de los pobres.

El saludo de Pablo es similar al que usa en la mayoría de sus epístolas.

v. 2 - Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

La “gracia” es el amor inmerecido y la bondad de Dios hacia los pecadores indignos, que se da gratuitamente. Esta gracia nos trae el regalo de la “paz” que Cristo obtuvo por medio de su obra de expiación de reconciliar a los pecadores con su Dios. Esta paz es también la confianza y la esperanza que resultan de la fe en la obra redentora de Cristo. Dios Padre planeó la salvación de los pecadores y les demostró su amor y gracia. El Señor Jesucristo logró la salvación para los pecadores. Él llevó la culpa del pecado de todo el mundo. Sufrió el castigo que los pecadores merecían sufrir. Se entregó a sí mismo como rescate por los pecadores, muriendo en su lugar para que ellos pudieran vivir. Por medio de su obra redentora, Cristo satisfizo la justicia de Dios, aplacó la ira de Dios, libró a los pecadores de la maldición de Dios y del juicio y estableció una relación justa entre Dios y el hombre. Los cristianos en Filipos recibieron esta gracia y paz que provienen de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Pablo pide que ellos siempre tengan esta gracia y paz en Cristo.

v. 3 - Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros.

Pablo comienza la mayoría de sus epístolas con una oración de acción de gracias. En esta epístola su acción de gracias es especialmente afectuosa y sincera. Expresa su gratitud a Dios por los dones espirituales que Dios proporcionó a los filipenses. Pablo expresa su relación personal con Dios llamándolo “mi Dios”. En Hechos 27:23 escribe: “el Dios de quien soy y a quien sirvo”. Pablo tuvo a estos filipenses en su corazón constantemente. Este constante recordatorio resultó en una acción de gracias ininterrumpida. Pablo había aprendido del Señor que los hombres “deben siempre orar y no desmayar” y él “oró a Dios siempre”. Pablo estaba en la cárcel, encadenado a un soldado. No podía visitar a estos cristianos personalmente, pero podía pensar en ellos y orar por ellos.

v. 4 - Siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros.

La palabra “oraciones” (δέησις) implica no solamente elevar el corazón hacia Dios, sino una petición ferviente por un don necesario. Encontramos ahora, por primera vez, ese “gozo” (χαρά) que es el tema principal de esta epístola. Pablo ora con gozo en su

corazón. Ora por todos los filipenses. Todos son seres queridos para él. Oró por ellos porque sintió un profundo afecto por ellos y porque estaban expuestos a grandes peligros de los falsos maestros y de los perseguidores.

v. 5 - Por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora.

Pablo da gracias a su Dios por haber traído a estos cristianos filipenses a la fe en Cristo y por haberlos hecho socios de las bendiciones del evangelio. Ellos ayudaron a extender la obra por medio de oraciones, trabajos y ofrendas generosas. Esta “comunión” (κοινωνία) en el evangelio se expresó cuando los filipenses enviaron ayuda al apóstol cuando estaba en Tesalónica y en Corinto, y había seguido durante diez años. La comunión de ellos era verdaderamente de fe, de amor y de servicio con miras de fomentar el evangelio.

v. 19 - Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación.

Pablo sabe que los cristianos de Filipos están orando por él. Cree que esas oraciones le ayudarán a salir en libertad. Mientras las oraciones suben, la ayuda del Espíritu baja. El Señor Jesús envía al Espíritu vivificador del Padre. El Espíritu de Jesucristo procede del Padre y del Hijo. El Espíritu Santo le dará gozo, paz, santidad, fortaleza, paciencia y celo. Pablo sabe que Dios hará que todas las cosas, incluso este encarcelamiento, resultarán para su eterna salvación. Sabe que los filipenses orarán por él. Cuando ellos sepan de la dura oposición de sus adversarios judaizantes, orarán aún con más fervor para obtener ayuda en sus tribulaciones y aflicciones. Cree que las oraciones de ellos por el bienestar de él serán escuchadas. Conoce el poder de la oración.

v. 20 - Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte.

Pablo espera y anhela con ansiedad que ni sus sufrimientos ni la oposición de los judaizantes sean una vergüenza para él. Tendrá suficiente valor y audacia para hablar por Cristo. Pablo no estaba avergonzado del evangelio de Cristo, sino siempre estaba dispuesto a hablar y predicar el evangelio. Anhela confianza para hablar, un don que desean fervientemente muchos pastores, confianza “para hablar; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Tim. 4:2).

Con una confianza absoluta en el cumplimiento de las promesas de Dios, Pablo puede hablar con confianza, de modo persuasivo, y con un entusiasmo santo que atrae poderosamente los corazones de las personas que escuchan el mensaje del evangelio de la salvación. Pablo anhela no su propia gloria, ni éxito terrenal ni lujos, sino que Cristo sea magnificado en su cuerpo y que el nombre de Cristo sea alabado. Está contento con dejar los asuntos de la vida y la muerte completamente en manos de Dios. Está dispuesto

a vivir si su actividad apostólica se necesita para extender el evangelio. Está dispuesto a morir si la muerte del mártir es mejor para la causa del Maestro. Su único deseo es que Cristo sea exaltado y magnificado en su siervo.

v. 21 - Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.

Pablo está contento o con la vida o con la muerte. La vida es bienaventurada porque se vive en Cristo. “Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gál. 2:20). Cristo mora en él y él en Cristo. La presencia de Cristo y su compañerismo con Cristo son para Pablo el mismo aliento de vida.

La muerte sería ganancia para Pablo. Entonces descansaría de todas sus labores. La muerte quitaría todas las tentaciones, los problemas, las aflicciones, tribulaciones y pruebas de esta vida. Entonces las palabras del salmista se aplicarían: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11). La muerte pone al creyente en posesión de la plena herencia de la vida eterna y de la visión bendita de su Dios y Salvador.

v. 22 - Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger.

Pablo está en un dilema. Está luchando con su propio anhelo personal de descansar en el cielo con Cristo y con el pensamiento de que seguir en esta vida en la tierra podría ayudar a difundir el evangelio de Cristo. No sabe qué escoger, la vida o la muerte. Su vida sería fructífera trabajando para los demás, proclamando el evangelio a otros. La vida de él sería de más provecho para otros que su muerte, porque los cristianos de todos los lugares acudían a Pablo para pedirle ayuda y consejos en asuntos espirituales.

vv. 23-24 - Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.

No hay ninguna duda en la mente de Pablo de que la muerte sería muchísimo mejor para él. No obstante, permanecer en esta vida y vivir es lo más necesario para el bienestar de sus congregaciones. Los intereses y el bienestar de ellos pesan mucho en su corazón. Pablo siente que la necesidad más grande es permanecer en este mundo para continuar la obra entre ellos y para el bienestar de ellos. Por el bien de los creyentes está dispuesto a permanecer en esta tierra para respaldar el gozo de ellos.

Pablo somete su voluntad a la de Dios. Dios sabe mejor que él qué es lo mejor para su iglesia. Pablo sabe una cosa. Mientras está aquí, seguirá proclamando el evangelio a otros. Su vida y su muerte están en manos de Dios, y Dios hace todas las cosas bien.

vv. 25-26 - Y confiando en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos

vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.

Pablo tenía la firme convicción personal de que sobreviviría el actual encarcelamiento, y que continuaría viviendo en esta tierra y permanecería entre ellos para predicar el evangelio para el progreso y el gozo de su fe, porque el Dios de esperanza los llenaría “de todo gozo y paz en el creer” (Rom. 15:13). El de ellos era el amor de estudiantes por el maestro que les había traído las palabras de la vida eterna.

v. 27 - Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio.

Pablo exhorta a los filipenses a que tengan firmeza, vivan y se comporten como ciudadanos dignos del evangelio. Deben demostrar firmeza y tenacidad en medio de las tentaciones y el odio de los incrédulos. Debían luchar y esforzarse juntos por el evangelio, la posesión más sagrada y preciosa que tenían.

Necesitamos tomar muy en serio estas palabras de Pablo. Hay una necesidad para la unidad hoy en día. Debemos estar firmes en la verdad de la palabra de Dios. Debemos luchar juntos por la preservación del evangelio puro y por la fe que una vez fue entregada a los santos.

Sugerencias homiléticas

Este texto contiene varios énfasis valiosos. Al igual que Pablo debemos dar gracias a Dios por tener comunión y compañerismo con nuestros hermanos creyentes del evangelio. Debemos vivir diariamente para Cristo y estar dispuestos a morir en cualquier momento. Debemos esforzarnos por la unidad en la fe y por fomentar el evangelio en todo momento. Como cristianos debemos caminar como es digno del evangelio cada día de nuestra vida. Por lo tanto...

Caminen como es digno del evangelio de Cristo

1. Den gracias a Dios (vv. 3-5)
2. Vivan para Cristo (vv. 19-24)
3. Compartan el evangelio con otros (vv. 25-26)

Este texto tiene mucho material y sería posible usar solamente algunas porciones de ello:

La oración de acción de gracias de la congregación cristiana

1. Por la gracia y la paz de Dios (v. 2)
2. Por la comunión en el evangelio (v. 5)
3. Por el amor y el gozo (vv. 3-4)

o

El lema del siervo de Cristo

1. Vivir para Cristo (v. 21a)
2. Vivir con Cristo para siempre (v. 21b)

De esta manera la congregación como una totalidad, el pastor, o el cristiano individual puede encontrar en este texto palabras de consuelo y de fortalecimiento. El versículo 21 se ha usado frecuentemente en un funeral para resumir la manera de vivir y la meta final de un pastor fiel.

DECIMONOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Ezequiel 18:1-4, 25-32

Epístola - Filipenses 2:1-5

Evangelio - Mateo 21:28-32

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento para este domingo responde a una queja común que las personas hacen contra Dios cuando enfrentan las acciones de él: “¡Dios, no eres justo!”. En Ezequiel 18:1-4, 25-32, el Señor habla al pueblo de Israel en el exilio. Ellos se quejaban de que Dios los hacía sufrir por los pecados que sus padres habían cometido. Al hacerlo, trataron de evadir la propia responsabilidad personal por el desastre que Dios había traído sobre la nación. Dios dice muy claramente a su pueblo que cada persona es responsable de sus acciones. Fueron los pecados de esta presente generación — no los de las generaciones anteriores — los que causaron que Dios finalmente interviniera con su juicio. No obstante, Dios también proclama muy claramente que cuando obra de esta manera, no es porque se deleite con la muerte del malvado. La voluntad buena y misericordiosa de Dios es que todos se arrepientan y vivan.

La lectura de la Epístola, Filipenses 2:1-5, es la segunda de una serie de textos de esta carta de Pablo. A primera vista no parece tener ninguna relación directa con las otras dos lecturas para este domingo. Podríamos decir, no obstante, que Pablo está exhortando a las personas a llevar una vida que solamente es posible para aquellos que han sido humillados por los juicios de Dios contra el pecado y resucitados otra vez por la gracia de Dios en Cristo. Esto no es siempre tan fácil de entender, pero las personas que comparten esta experiencia serán una sola persona que aman a Dios y se aman unos a otros.

La lectura del Evangelio, Mateo 21:28-32, responde a la misma queja que encontramos en la lectura del Antiguo Testamento, pero con un motivo diferente. Las personas no sólo encuentran los juicios de Dios injustos; la gracia de Dios hacia los pecadores parece injusta a aquellos que no sienten ninguna necesidad personal de ella. En la parábola de los dos hijos, Jesús señala gráficamente a los fariseos la culpa de ellos al rechazar el camino de la salvación que Juan el Bautista proclamó y que se halla en Cristo. Ellos, al igual que los cobradores de impuestos y las prostitutas, necesitaban arrepentirse y creer.

El texto - Filipenses 2:1-5

Pablo comenzó la Carta a los Filipenses con la acostumbrada oración de acción de gracias por la manera en que el evangelio había encontrado campo fértil en las vidas de los hijos de Dios. Dio gracias con un profundo sentido de gozo y de afecto por estos cristianos en Filipos que eran excelentes ejemplos de un amor desinteresado.

Siguiendo con este mismo tema, Pablo dio a los filipenses las buenas noticias de que esperaba ser liberado pronto de la cárcel. Y sin embargo, eso no fue el fundamento para el gozo personal que sentía. Pablo estaba sereno y confiado porque sabía que, sin importar qué pasaría, siempre estaría con Cristo, seguro en el amor del Salvador. Sabía y podía ver que los propósitos salvadores de Dios se estaban llevando a cabo en su vida, incluso en su encarcelamiento. Todo lo que le sucedió sólo podría resultar para la gloria y el honor de Cristo.

Comenzando con el versículo 27 del primer capítulo, Pablo lanza la primera exhortación de esta carta. Anima a los filipenses a estar unidos en la fe, manteniéndose firmes contra la oposición externa de sus enemigos al mismo tiempo que se guardaban de las actitudes internas de su propia naturaleza pecaminosa. En el capítulo 2, versículos 1-5, Pablo trata la actitud pecaminosa del orgullo y el egoísmo que impiden que el cristiano disfrute la plena unidad de la fe y del espíritu a que ha sido llamado.

v. 1 - Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia,

Usando un lenguaje lacónico, Pablo recuerda las realidades en las cuales la vida del cristiano se fundamenta. El uso que Pablo le da a la palabra “si” aquí no implica que las cosas que menciona sean de alguna manera inciertas. Es simplemente la manera de recordar a los filipenses el amor de Dios como el fundamento para la exhortación en los versículos subsiguientes. Podría haber dicho: “Dando por sentado que disfrutaban el consuelo, el gozo y la comunión del amor de Dios en Cristo (y sé que es así), sé que también querrán hacer lo siguiente: ser de un sólo pensar, etc.”.

Las primeras tres expresiones en el griego corresponden a la obra del Dios trino entre los cristianos:

“Si hay alguna consolación (παράκλησις) en Cristo”. Esto inmediatamente nos hace pensar en todo lo que Cristo ha hecho por nosotros: su muerte quita nuestros temores, su resurrección nos da una esperanza viva en un mundo donde las cosas se deterioran y descomponen.

“Si hay algún consuelo (παραμύθιον) de amor”. Aquel que llamó al universo a existir tiene el amor paternal para usted y para mí. Nos dio el mejor regalo cuando nos dio a Cristo. Sabemos que él nos dará todo lo demás que necesitamos. ¡Un pensamiento

consolador en un mundo de problemas y tristezas!

“Si alguna comunión (κοινωνία) del Espíritu”. El Espíritu nos lleva al círculo del amor de Dios, donde también nos amamos los unos a los otros. Dios es nuestro Padre, Cristo es nuestro hermano, y cada uno de nosotros somos miembros de una sola familia unidos por el Espíritu.

La última expresión señala los lazos que unen nuestros corazones en amor cristiano. Puesto que el amor del Dios trino es algo que cada cristiano ha experimentado, también el afecto entrañable y la misericordia del uno para con el otro es una realidad entre nosotros. No puede ser de otra manera. El uso de estas dos palabras juntas (σπλάγγνα y οἰκτιρμοί) indica que el amor cristiano no es un asunto abstracto, sin vida, ni tampoco un ejercicio intelectual, sino algo que involucra los sentimientos más profundos de emoción dentro de nosotros, nuestro corazón y nuestra alma.

Así que, la exhortación de Pablo es a la unidad cristiana. Basa esa unidad en las realidades sólidas cristianas, que cada cristiano ha experimentado: la consolación, el consuelo de amor, la comunión que tenemos en el Dios trino y el amor genuino que tenemos los unos para con los otros.

v. 2 - Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.

Pablo no pudo haber hecho una exhortación a la unidad más enfática que ésta. Note cómo amontona los términos uno sobre el otro: “sintiendo lo mismo” (τὸ αὐτὸ φρονῆτε); “teniendo el mismo amor” (σύμψυχοι); “unánimes”; “sintiendo una misma cosa” (τὸ ἐν φρονοῦντες). La unidad que Dios quiere es aquella que involucra la vida total interior y exterior de sus creyentes. Dios quiere una unidad de pensamientos, sentimientos, voluntad y acciones.

Esa unidad no es natural; va en contra, es decir, contra nuestra naturaleza humana pecaminosa. Nunca podríamos esperar producirla nosotros mismos. Considere: ¿quién es capaz de controlar perfectamente sus acciones, y mucho menos sus pensamientos? Lejos de ser un resultado natural de la organización e ingenuidad humana, esta unidad es un don sobrenatural que proviene de Dios. Él es quien por medio de su Espíritu nos da la habilidad de pensar y obrar de acuerdo con Jesucristo (ver. Rom. 15:5). El puro evangelio es el que crea y mantiene la verdadera unidad y sólo en la medida en que seamos fieles a ese evangelio podemos esperar permanecer unidos en Cristo.

Las actitudes internas que pueden desgarrar una comunión de creyentes se mencionan después. Pero vale la pena mencionar que una unidad no apreciada y no valorada se pierde muy pronto. Es demasiado fácil dar por sentado este don, cuando debemos estar exclamando con David: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Salmo 133:1). No hay mejor testimonio para los incrédulos de que

el Espíritu está trabajando entre nosotros que cuando vivimos en armonía, y no hay ofensa más grande que cuando los cristianos están como el perro y el gato. ¡Apreciemos la unidad que disfrutamos! Es un don de Dios.

Otro breve comentario antes de seguir. Al comienzo del versículo Pablo dice: “Completad mi gozo”. Esto es más que buena psicología o tacto pastoral. Son las palabras de un hombre que en otro lugar dice: “Y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?” (2 Cor. 11:28,29). Pablo no está relacionado con sus congregaciones de una manera simplemente profesional — un empresario que prefiere que su empresa funcione sin problemas. La debilidad espiritual de su gente le pesa en el corazón y el progreso espiritual de ellos le causa alegría. Aquí vemos que Pablo deja ver su corazón pastoral.

v. 3 - Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.

La palabra clave de esta sección es “humildad” (ταπεινοφροσύνη). Todas las virtudes y vicios que Pablo menciona aquí giran alrededor y sirven para definir el significado de esta palabra. Recordemos que el mundo en la época de Pablo no consideró que la humildad fuera una virtud. Cuando los escritores griegos usaron la palabra, fue en un sentido negativo. La emplearon para referirse a personas que tenían una moral baja y no tenían el espíritu para hacerse valer. También podríamos recordar que Filipos era una colonia de romanos. Cualesquiera que fueran las otras virtudes de los romanos, no fue la humildad sobresaliente de ellos lo que los impulsó a vencer y dominar al mundo. En nuestra sociedad la humildad tampoco es una virtud muy apreciada. Todo el mundo tiene “derechos” y exige que se les cumplan. Nadie quiere ser pisoteado. Nuestra cultura consumidora nos anima a comprar esto o aquello porque “usted se lo merece”. Si la virtud de la humildad suena muy extraña a nuestros oídos, es una señal segura de que el pecado ha echado raíces profundas en nosotros.

La humildad une; el orgullo, no importa la manera en que se manifieste, divide. Hay una “ambición egoísta” (ἐριθεία); la actitud que considera todo en términos de ganancia o pérdida para sí mismo, y que siempre pregunta: “¿Qué hay en ello para mí?”. “Los caprichos” (κενοδοξία) o un sentido hinchado de su propia importancia. Piensa así: “Los demás nunca podrían sobrevivir sin mí”.

La humildad, no obstante, no piensa así. La persona humilde sabe que toda la sabiduría no reside en su propia cabeza, ni se considera a sí mismo como el único que podría tener dones o talentos para ofrecer a la iglesia. Todo lo contrario. Considera a los demás como mejores que él mismo (ὑπερέχοντας ἑαυτῶν).

Una humildad así sólo será posible para alguien que tiene un sentido profundo de su propio pecado. Tendemos menos a ver la paja en el ojo del hermano cuando somos

conscientes de la viga en el nuestro (Mateo 7:5). Como el publicano en la parábola (Lucas 18:9ss), nos damos cuenta de que no merecemos el amor de Dios, y de hecho merecemos la ira y el castigo. Es solamente en su misericordia que Dios, en Cristo, nos libra de nuestra culpa. Al hacerlo, también nos libra de nosotros mismos. El sol ya no sale y se pone sólo para mí, para mi sola persona; a causa de Cristo he sido librado de la trampa de la concentración en uno mismo, librado para servir a los demás. Como Pablo sigue diciendo:

vv. 4,5 - No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.

Caín una vez preguntó: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”. Pablo responde aquí: “Sí, definitivamente”. Dios quiere que “velemos por los intereses de los demás” (σκοποῦντες τὰ ἑτέρων). Esto, por supuesto, no significa que debemos entrometernos en asuntos ajenos. Eso solamente serviría para hacer daño a nuestro hermano, y nuestra meta es ayudar. Queremos favorecer a la otra persona en todas las cosas. Nuestro Dios quiere que pongamos los intereses de otros antes que los nuestros.

Esta idea saca a relucir un aspecto de la humildad que muchas veces pasamos por alto. La humildad no dice: “No valgo absolutamente nada; no tengo ningún don, ninguna habilidad que podría servir para ayudar a los demás”. Al contrario, una persona verdaderamente humilde usará cualquier don que posea de una manera que sirve a sus hermanos creyentes. La humildad se expresa en el servicio, en ser “el que vive para los demás”, como lo fue Cristo.

Pablo dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. Cristo es el ejemplo supremo de una persona que usó su vida para servir a los demás. Nos preguntamos qué significó la humildad en su caso. Era Señor de todo, y lo sabía. No obstante, se hizo a sí mismo siervo de todos. Tuvo todo el poder en el cielo y en la tierra. Lo dijo a sus discípulos (Mateo 11:27). Pero, vemos su humildad en esto, que estaba dispuesto a usar su poder para el beneficio de otros. Su muerte en la cruz fue el acto más desinteresado en la historia del mundo. Aunque se estremeció ante la muerte con el horror natural que cualquier persona sentiría, puso nuestros intereses — los intereses de toda la humanidad — delante de los suyos y se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Pablo nos dice: “Deben ver las cosas de esta misma manera”.

Sugerencias homiléticas

Los puntos claves de esta sección son muy claros. El predicador o querrá centrarse en la exhortación de Pablo a la unidad, o querrá desarrollar de alguna manera el tema de la humildad cristiana. Ambas ideas son necesarias: la humildad necesita ser enfatizada en una sociedad que ve el yo como superior, y la verdadera unidad cristiana es algo muy raro en la iglesia de hoy que prefiere los adornos de la unidad externa, en vez de la genuina unidad del corazón y de mente a las que Pablo motiva aquí.

Un esquema básico que enfatiza el pensamiento principal de la unidad es:

Dios quiere que seamos uno

1. Uno en corazón y en mente (vv. 1,2)
2. Uno para servir con humildad (vv. 3,4)

La primera parte tratará la naturaleza de la unidad cristiana. La segunda parte demostrará la manera en que los cristianos manifestarán que son uno sirviéndose uno al otro.

Otro esquema sigue los pensamientos de Pablo más de cerca. Usa como tema el recordatorio de Pablo en el versículo uno del amor del Dios Trino. Luego sigue, como lo hace Pablo, exhortando a los oyentes a vivir de una manera digna de ese amor:

Ya que el amor de Dios los ha tocado

1. Vivan en una unidad genuina (vv. 1,2)
2. Sírvanse los unos a los otros en amor (vv. 3,4)

El próximo esquema enfatiza la idea de la humildad:

Sean alguien - ¡Alguien para los demás!

1. Líbrense de ustedes mismos (vv. 1, 3)
2. Líbrense para servir a los demás (vv. 4,5)

Todos quieren ser “alguien”. Eso usualmente significa alguien en beneficio propio. Los cristianos querrán ser “alguien” también. Sólo que ellos querrán ser alguien para los demás, como lo fue Cristo. La primera parte se concentraría en la desesperanza de ensimismarse en uno mismo y en el hecho de que Cristo nos libró de ello al vivir y morir por nosotros. La segunda parte hablaría de lo que hemos sido librados para hacer: ayudar y servir a los demás, como Cristo nos sirvió y puso nuestros intereses antes de los suyos.

Finalmente, puesto que es (y probablemente siempre será) una pasión entre nosotros ser el número uno, podríamos desarrollar un tema que exhortaría a los cristianos a

¡Que Cristo sea el primero en sus vidas!

1. Aprecien su amor (v. 1)
2. Vivan en armonía con sus creyentes (v. 2)
3. Pongan a los demás antes de ustedes (vv. 3,5)

VIGÉSIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 5:1-7

Epístola - Filipenses 3:12-21

Evangelio - Mateo 21:33-43

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 5:1-7, es el lamento de Dios por su viña, Judá. Dios habla de todo el tiempo y cuidado que había dedicado a su viña. A pesar de sus labores, resultarían malos frutos. Dios explica lo que sucederá con su viña. Será destruida en cuanto el Señor deje de protegerla y cuidarla.

La Epístola es de Filipenses 3:12-21. Pablo exhorta a los creyentes a seguir luchando por la perfección en sus vidas. Les recuerda que nuestra “ciudadanía” está en los cielos. Puesto que somos ciudadanos del cielo, debemos esforzarnos para que nuestra manera de pensar y de vivir no las absorban las cosas terrenales, sino que se centren en las celestiales.

La lectura del Evangelio, Mateo 21:33-43, es estrechamente paralela a la lectura del Antiguo Testamento. Es la parábola de los labradores malvados. Jesús contó esta parábola durante la Semana Santa a los judíos en el templo de Jerusalén. El Señor usa la imagen de la viña para ilustrar el reino de Dios. Advierte a los judíos que el reino de Dios les será quitado y dado a otros porque ellos no produjeron fruto.

Las tres lecturas del día señalan el hecho de que Dios quiere que sus creyentes produzcan fruto. La fe cristiana no es sólo alguna teoría abstracta o el pronunciamiento de alguna fórmula particular. La fe cristiana se manifiesta en frutos de fe, palabras y acciones.

El texto - Filipenses 3:12-21

En esta sección de la “carta de alegría” de Pablo (Fil. 3), advierte a los cristianos filipenses de no poner la confianza en sus propias obras, sino que confíen en Jesús y en su obra para ellos. Dirige los pensamientos de ellos hacia su viaje al cielo. Enfoca sus palabras en la lucha de conformar nuestras vidas a la voluntad de Dios.

En nuestro texto Pablo trata del pensamiento de conformar nuestra forma de pensar y nuestras vidas a la voluntad de Dios mientras seguimos el camino al cielo:

v. 12 - No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.

Pablo admite que no es perfecto, ni tampoco ha alcanzado todo lo que mencionó antes (Fil. 3:10-11). Es como un atleta que trata constantemente de superarse. Se esfuerza por alcanzar la meta.

v. 13 - Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago; olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante.

Pablo enfatiza que todavía no ha alcanzado la meta. Ahora habla de la importancia de las prioridades en la vida. “Una cosa hago” (ἓν δέ). ¿La prioridad de Pablo? Se olvida del pasado y se esfuerza por alcanzar lo que queda por delante. La palabra que Pablo usa (ἐπεκτεινόμενος) se usó para los atletas cuando competían en alguna carrera.

Pablo se olvida del pasado. No obstante, no padece de amnesia; no permite que el pasado tenga una influencia negativa en su vida. Como el Señor dice: “Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Heb. 10:17).

v. 14 - Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

Necesitamos mantener la mira en el premio. No distraernos con las atracciones de este mundo ni por sus distracciones. Considere el ejemplo de Pedro cuando caminó sobre el agua. Se distrajo con la tormenta y quitó la mirada de Jesús, y empezó a hundirse (Mateo 14:22-31). Pablo usa una vez más la palabra (διώκω), seguir adelante hacia su meta. Hay un sentido de urgencia aquí. Dios nos ha llamado a esta meta. Dios ha prometido ayudarnos (Juan 15:5).

vv. 15-16 - Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.

Pablo nos anima a ver todas las cosas de la manera en que él las ha presentado. Somos atletas que corremos hacia la meta. Tenemos una ruta que necesitamos seguir. Si dejamos la ruta y corremos por nuestro propio camino, podemos esperar que perdamos terreno. Así como un atleta necesita tener dominio de sí mismo y sigue un programa de entrenamiento muy rígido, de la misma manera el cristiano necesita el mismo tipo de programa en su vida (ver. 1 Cor. 9:24-27; 2 Tim. 2:5).

v. 17 - Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros.

Pablo nos anima a seguir su propio ejemplo. Dice: “Miren mi vida y el ejemplo que les

estoy dando”. Miren a otros que también viven según este modelo. El apóstol nos advierte que no imitemos el ejemplo erróneo que ponen los que viven para este mundo. Somos peregrinos y extranjeros aquí en la tierra (1 Ped. 2:11).

vv. 18-19 - Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo.

Pablo amplía la advertencia. Señala que hay muchos que proclaman que son religiosos, cuando en verdad son enemigos de la cruz de Cristo. Estos versículos se refieren a Filipenses 3:1-6. Pablo había estado hablando acerca de los judaizantes dentro de la iglesia cristiana. Ellos querían encadenar a los creyentes a los reglamentos y leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Todas estas leyes y reglamentos se habían cumplido y se habían dejado de lado por medio de la muerte y la resurrección de Jesús (Col. 2:13-19).

Las terribles consecuencias para estos judaizantes y para todos los que establecen reglas y reglamentos en el centro de su relación con Dios son la destrucción. Pablo llora por ellos. Se entristece al ver tantos que dicen ser seguidores de Cristo, pero con sus acciones niegan a Jesús y el camino de la salvación.

Pablo resume su condición. Son de espíritu terrenal (τὰ ἐπίγεια φρονοῦντες). Se glorifican a sí mismos, en su religión y en sus propios logros.

v. 20 - Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.

Nuestra ciudadanía (πολίτευμα) está en los cielos. No somos de espíritu terrenal. Sabemos que solamente pasamos por este mundo. Tenemos un hogar mucho mejor esperándonos en los cielos. Los creyentes del pasado, Abraham y Moisés, demuestran el efecto que esto tuvo en el punto de vista y las actitudes de la persona (Heb. 11:13-16). Puesto que Abraham no era de espíritu terrenal, estaba contento de vivir en una carpa aunque se le había prometido la tierra. Moisés no aceptó la gloria que pudo haber sido suya en este mundo (Heb. 11:24-26). Sabía que una gloria mayor le esperaba en el reino celestial.

Nosotros esperamos ansiosamente el regreso del Salvador. Ha prometido que volverá y nos llevará, cuerpo y alma, para estar con él para siempre (1 Tes. 4:13-17). El ciudadano del cielo, que vive en la tierra, no se desanima porque sabe que algún día su Salvador volverá.

v. 21 - El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

Cuando el Salvador vuelva, cosas emocionantes les pasarán a los creyentes. Seremos glorificados. Seremos santos y perfectos como Jesús lo es ahora (1 Cor. 15:51-53). Nuestro Salvador tendrá todo bajo control. Pondrá todo en el debido orden.

Sugerencias homiléticas

Este texto se podría dividir fácilmente en dos sermones. No obstante, de acuerdo con el tema básico de las lecturas para el día, que enfatizan que los creyentes deben producir fruto, sería bueno predicar todo el texto.

Pablo pone énfasis en dos pensamientos básicos en este texto. En la primera sección del texto enfatiza el concepto de que los cristianos son como atletas que corren en un maratón (vv. 12-16). El otro pensamiento básico es que somos ciudadanos del cielo que vivimos en la tierra (vv. 17-21).

Un posible esquema para este texto sería:

Vivan como ciudadanos del cielo

1. Somos ciudadanos del cielo (vv. 20-21)
2. Debemos vivir teniendo esta meta en mente (vv. 12-17)
3. Debemos guardarnos para no perder de vista esta meta (vv. 18-19)

La primera parte enfatizaría el hecho de que aunque estamos aquí en la tierra, somos extranjeros y advenedizos. Nuestro verdadero hogar está en el cielo. En esta sección notamos que Dios nos ha dado los documentos de ciudadanía para el cielo y nos ha hecho miembros de su reino.

La segunda parte destacaría el hecho de que aunque somos ciudadanos del cielo, mientras vivamos en esta tierra somos como atletas que corremos en una carrera. Se pueden establecer muchos paralelos de cómo los atletas se preparan para la carrera — el entrenamiento y la disciplina que mantienen. Especialmente necesitamos mantener la mirada en la meta. Nuestra ciudadanía celestial todavía es nuestra principal consideración. ¡No se distraigan con todo lo que está por el camino!

La última parte daría una advertencia. Debemos ser conscientes de lo que podría pasar si llegamos a tener un espíritu terrenal. Hay tantos peligros en esta carrera. Hay muchos que piensan que están corriendo la carrera, cuando en verdad han abandonado la ruta que Dios ha puesto para ellos y corren en sentido contrario. Debemos tener cuidado de no seguir su ejemplo.

Otra posible manera de presentar este texto sería:

Sigamos adelante hacia la meta

1. Sigamos bien la ruta (vv. 12-19)

2. Esperemos la meta (vv. 20-21)

La primera parte describiría al atleta preparándose para una carrera. Se puede establecer muchos paralelos entre la preparación y la carrera misma.

La segunda parte enfatizaría los premios gloriosos al final de la carrera. Esperamos el regreso de Jesús. Cuando vuelva, recibiremos cuerpos glorificados. Seremos perfectos y santos como lo es nuestro Salvador.

Un tercer esquema sería:

No somos de este mundo

1. Somos los atletas del cielo (vv. 12-16)
2. Somos los ciudadanos del cielo (vv. 17-21)

Con tanto interés en el espacio y en los seres extraterrestres, la introducción a este sermón podría comenzar hablando de criaturas que no son de este mundo. Esto llevaría a la primera parte donde se nos recuerda que los creyentes no son de este mundo. Somos atletas del cielo. Mientras estamos en este mundo, corremos la carrera hacia nuestro hogar eterno en los cielos.

La segunda parte del sermón se centraría en los gozos de ser ciudadanos del cielo. Podemos seguir el ejemplo de otros creyentes. Tenemos la seguridad de que nuestro Salvador Jesús volverá por nosotros. Sabemos que seremos glorificados.

VIGESIMOPRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 25:6-9

Epístola - Filipenses 4:4-13

Evangelio - Mateo 22:1-10

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 25:6-9, el profeta pone ante nosotros la imagen de un banquete y describe las bendiciones gozosas que el Señor ha preparado para todos. Una canción victoriosa de alabanza le sigue a las buenas nuevas de que nuestro Señor “destruirá la muerte para siempre”.

La lectura de la Epístola, Filipenses 4:4-13, se caracteriza por la exhortación de Pablo: “Regocijaos en el Señor siempre”. El Apóstol anima a sus hermanos filipenses a poner en práctica todo lo que él les había enseñado. Finalmente, Pablo comparte con ellos el “secreto de estar contento”, cualesquiera que sean las circunstancias.

En la lectura del Evangelio, Mateo 22:1-10, Jesús enseña la parábola de la fiesta de bodas. Aquellos que no quisieron asistir al banquete tan extravagante del rey fueron destruidos. Luego el rey envió a sus siervos a invitar a todos, y de esta manera “las bodas fueron llenas de convidados”.

Todas estas lecturas nos recuerdan que nuestro Rey celestial ha tomado medidas extremas para dar gozo y alegría duraderos a nuestras vidas. Nuestro Dios misericordioso, al preparar el banquete de nuestra salvación, no ha escatimado ningún gasto, ni siquiera la vida de su unigénito Hijo.

El texto - Filipenses 4:4-13

Pablo está por terminar su carta para todos los santos en Filipos. Ahora es el momento de dar sus comentarios finales. En Filipenses 3 Pablo advirtió a sus “hermanos en el evangelio” que debían tomar nota de aquellos que vivan como “enemigos de la cruz de Cristo... cuyo dios es su vientre”. Los cristianos filipenses vivían en una sociedad en la que la mayoría ensalzaba los placeres sensuales como la clave para la felicidad. Pablo dijo muy claramente que preocuparse por las “cosas terrenales” no era apropiado para el hijo de Dios, cuya “ciudadanía está en los cielos”. Los críticos podrían responder que el cristianismo quita toda la diversión de la vida. Pablo estaría en desacuerdo. El seguidor

de Cristo no está condenado a una vida triste y melancólica mientras espera su redención final. La vida con Dios está llena de alegría, aún en este lado de la tumba (Salmo 23:6a).

En conclusión, entonces, Pablo exhorta a sus hermanos en la fe:

v. 4 - Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!

No hay ninguna nota de remordimiento ni de autocompasión en las palabras de este prisionero por Cristo. Pablo se regocijó en la relación que tenía con el Señor y exhortó a los cristianos en Filipos a hacer lo mismo al repetir la exhortación (χαίρετε). El hijo de Dios siempre (πάντοτε) encontrará motivos para regocijarse puesto que su gozo no se basa en los altibajos de la vida cotidiana, ni tampoco en la alegría temporal y frecuentemente artificial que el mundo le ofrece. Encuentra gozo “en el Señor” (ἐν κυρίῳ). Ese gozo es un fruto del Espíritu Santo (Gál. 5:22) que llama a sus hijos a la fe por medio de las “buenas nuevas” de Jesucristo.

Hay regocijo al saber que los pecados de ustedes son perdonados. Hay gozo al saber que el Dios Todopoderoso está preocupado con lo que ocurre en la vida de ustedes. Este gozo nunca se puede quitar. “Regocijaos en el Señor” y en sus dones ha marcado la vida de los creyentes a través de los siglos. Las palabras de Ana (1 Sam. 2:1), David (1 Crón. 16:10), Nehemías (Neh. 8:10), Job (Job 22:26), María (Lucas 1:47) y Pedro (1 Ped. 4:13) son unos pocos ejemplos.

Al mismo tiempo que se regocijan, Pablo recuerda a los filipenses:

v. 5 - Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca.

Por sus acciones, el hijo alegre de Dios se apartará de los caminos pecaminosos del mundo. Anteriormente Pablo había animado a los filipenses a “brillar como las estrellas” (2:14ss). Ahora les recuerda que su gentileza (τὸ ἐπιεικές) debe ser conocida de todos, que los amigos y los enemigos la conozcan.

Es difícil encontrar una buena traducción al español para ἐπιεικός. Las traducciones varían: amabilidad (NVI), personas bondadosas (Dios Habla Hoy), gentileza (RV). Otras posibles sustituciones podrían incluir generosidad, magnanimidad, benevolencia. La palabra ἐπιείκεια no es “debilidad” sino la “disposición de ceder sus derechos legales” por el bien del otro.

En 2 Corintios 10:1 ἐπιείκεια se atribuye a Cristo. Para otros usos del adjetivo y del nombre vean Hechos 24:4; 1 Tim. 3:3; Tito 3:2; Sant. 3:17; 1 Ped. 2:18.

El hijo redimido de Dios muestra un espíritu gentil y amable sabiendo que su “Señor está cerca” (ἐγγύς). Pablo se refiere a la inminente segunda venida del Señor como un recordatorio para mantener esta vida en la tierra y todo lo relacionado con ella en la

perspectiva correcta. ¿Por qué preocuparse y discutir sobre asuntos triviales que pertenecen a asuntos temporales cuando el Señor está cerca y la eternidad está a la vuelta de la esquina?

El cristiano se regocija en la segunda venida del Señor Jesús cuando se acuerda de las gloriosas promesas del Salvador (Lucas 21:28; Juan 14:1ss). Por medio de la muerte en sacrificio y la resurrección gloriosa de Jesús, al hijo de Dios se le ha dado una garantía de la vida gloriosa que viene, una vida llena de los dones maravillosos del amor de Dios (2 Cor. 12:2-4, Apoc. 21:1ss).

Para evitar que las preocupaciones y los cuidados del vivir cotidiano supriman el “regocijo en el Señor” de los cristianos filipenses, Pablo sigue con este consejo:

v. 6 - Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.

Pablo recuerda a los lectores de esta epístola que no deben preocuparse ni de una sola cosa (μηδὲν). El uso del μεριμνᾶτε nos recuerda la lección en el sermón del Monte (Mateo 6:25ss) de nuestro Salvador sobre las preocupaciones y también cuando reprendió a Marta porque “estaba afanada y turbada con muchas cosas” (Lucas 10:41). La preocupación no encuentra ningún lugar en un corazón lleno de la “una cosa necesaria”. La preocupación ansiosa y el gozo genuino “en el Señor” se excluyen mutuamente.

En vez de preocuparse por los problemas y cuidados sobre los cuales no tienen ningún control, Pablo dice a los filipenses que presenten sus peticiones a Dios. La palabra griega αἰτήματα se refiere a las peticiones específicas que están en el corazón y en la mente de la persona que se dirige a Dios. Aunque el Padre celestial conoce de antemano (Mateo 6:8) lo que pensamos, necesitamos y deseamos, quiere que llevemos nuestras peticiones ante el trono de gracia (Salmo 50:15; Heb. 4:16). Uno de los mayores gozos y bendiciones del hijo de Dios es la invitación: “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5:7). No hay nada (μηδὲν) de que preocuparse porque en todo (ἐν παντί), no importa cuál sea la preocupación, la petición se puede llevar a Dios.

El uso que Pablo le da a las palabras προσευχή y δέησις enfatiza los medios a través de los cuales las peticiones específicas se llevan a Dios. Estas dos palabras ocurren juntas también en Efesios 6:18 y 1 Timoteo 2:1; 5:5. προσευχή es cualquier petición reverente dirigida a Dios. δέησις puede ir dirigida a Dios o al hombre y es por lo general una petición por beneficios particulares.

Cuando las peticiones se presentan ante Dios, Pablo dice que se debe hacer “con acción de gracias” (μετὰ εὐχαριστίας). Acciones de gracias saldrán naturalmente cuando se recuerdan todos los favores del Señor en el pasado y cuando se contemplan sus promesas

para el futuro (Salmo 103; Rom. 8:28). La actitud de acción de gracias de Pablo se manifiesta en casi todas sus cartas. Note cómo Pablo comenzó esta misma epístola (1:3).

El gozo cristiano y la acción de gracias se aumentan cuando añade la siguiente promesa:

v. 7 - Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús

La conjunción *καί* es consecutiva, y declara el resultado de permitir que Dios se ocupe de todas las preocupaciones. En la expresión *ἡ εἰρήνη τοῦ θεοῦ*, el genitivo es subjetivo y se refiere a “la paz que Dios tiene y da”. Dios da paz a todos como un don gratuito por medio de Cristo Jesús (Efe. 2:13ss). Por medio de la vida perfecta y la muerte inocente de su Hijo, Dios reconcilió al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:19). La paz que el evangelio de Jesucristo declara al mundo es incomprendible al hombre natural (1 Cor. 2:14). Ciertamente la paz de Dios “sobrepasa todo entendimiento” en este respecto. Pero hay otra manera en que la paz de Dios “sobrepasa” (*ὑπερέχουσα*) a lo que la mente humana pueda hacer o razonar. La paz de Dios puede montar guardia (*φρουρήσει*) sobre el corazón y la mente. El griego *τὰς καρδίας* se usa para designar el origen del pensamiento, del querer y del sentir. La paz que Dios ha dado por medio de Jesucristo sirve como el centinela que monta guardia junto a la puerta del corazón. Aleja todos los pensamientos de preocupación que corroen la confianza en Dios y en las promesas misericordiosas encontradas en su palabra.

Pablo sigue ahora con las pautas que buscan fomentar el gozo y la paz en los corazones y las mentes de los santos en Filipos:

v. 8 - Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.

El uso de *τὸ λοιπὸν* para introducir indica un cambio de tema y podría ser traducido, y “en cuanto a lo que queda”. Pablo acaba de decir a los filipenses que no se preocupen por nada. Ahora va a dar a sus “hermanos” en la fe una lista de temas positivos que son dignos de su consideración. Las características o rasgos que se describen no se deben tomar independientemente, por sí solos. Todo lo “verdadero” (*ἀληθῆ*) también es “honesto” (*σεμνά*). Todo lo “honesto” es también “justo” (*δίκαια*), etc. Ninguna de estas virtudes se debe considerar exclusivamente desde el punto de vista del mundo y de la justicia cívica. Al dirigirse a los “hermanos” en Filipos, Pablo desde luego que pensaba en las normas de Dios respecto a las cosas que mencionó.

El relativo indefinido *ὅσα*, encontrado antes de esta lista, es comprensivo e incluye todo lo relacionado con la doctrina y la conducta.

Pablo señala ahora a su propia vida como ejemplo:

v. 9 - Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.

Había transcurrido aproximadamente una década desde que Pablo el misionero primero había traído el mensaje del Cristo crucificado y resucitado a Filipos. Por la gracia de Dios, muchos en esa ciudad habían aprendido y recibido las “buenas nuevas”. Pablo ahora los amonesta: “sigan haciendo estas cosas” (πράσσετε). Que el mensaje del evangelio llene sus vidas. Para encontrar pensamientos similares, vea Lucas 11:28 y Santiago 1:22-24.

El apóstol practicó lo que predicó. Lo que las personas de Filipos escucharon de él, también lo vieron en él. Los filipenses no sólo tuvieron la oportunidad de ver un “sermón en obras” durante las tres visitas de Pablo a la ciudad; podían interpretar por sí mismos que el gozo del evangelio era evidente en la vida de Pablo incluso cuando estaba en cadenas (1:13).

Todas estas cosas se hicieron con la seguridad de que “el Dios de paz” estaría con ellos. El Dios que da paz por medio de Cristo ha prometido que su pacto de paz nunca se romperá (Is. 54:10).

Pablo sigue contando que la congregación de Filipos había aumentado el “regocijo en el Señor”:

v. 10 - En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad.

El apóstol comienza con el reconocimiento de las ofrendas que los cristianos filipenses le habían enviado con Epafrodito. Se regocijó “en gran manera” no tanto por las ofrendas mismas — aunque eran muy generosas (4:18) — sino en lo que esas ofrendas señalaban. Ahora por fin (ἤδη ποτέ) ellos tenían la oportunidad de dejar que su preocupación por Pablo “volviera a nacer” (ἀνεθάλετε). Los filipenses habían estado pensando en Pablo todo el tiempo, como el tiempo imperfecto de ἐφρονεῖτε implica, pero no habían tenido la oportunidad (ἠκαιρεῖσθε) de convertir sus preocupaciones en actos concretos. El creyente siempre estará buscando tales oportunidades (Gál. 6:10).

Para que nadie malinterprete sus palabras, Pablo añade:

v. 11 - No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.

Pablo no estaba insinuando que quería más ofrendas, ni tampoco son las palabras de una persona a quien le faltaban recursos (καθ’ ὑστέρησιν). Las ofrendas no eran lo esencial para Pablo. ¡La forma de “dar” sí lo era! La conjunción γὰρ introduce la explicación de

Pablo. Él había aprendido a “contentarse” en cualquier circunstancia en que se encontrara. La palabra αὐτόρκης puede tener la idea de autosuficiencia y de no depender de nadie. Pronto veremos que el contentamiento de Pablo resultaba directamente de la confianza que tenía en el Señor.

v. 12 - Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.

Pablo estaba familiarizado con ambos extremos del espectro económico. Había sufrido escasez (ταπεινοῦσθαι) en muchas ocasiones (2 Cor. 6:4,5; 11:27). Hubo otras ocasiones cuando tenía amplias provisiones (περισσεύειν). Por supuesto que recordaba los días que pasó en el hogar de Lidia (Hechos 16:15,40). Pero estas condiciones no afectaron el gozo y la alegría de Pablo, porque él había “aprendido el secreto” de estar contento “en todo y cualquier situación”. Ese contentamiento sólo se encuentra en el hijo de Dios que sabe que en Cristo aún la muerte es “ganancia” (1:21).

Finalmente, Pablo dirige nuestra atención al origen del gozo y la satisfacción que sentía:

v. 13 - Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

No hay jactancia personal. Pablo pudo realizar su trabajo y sobrellevar todas las dificultades relacionadas con eso porque Dios lo fortaleció. Pablo era débil, pero en su debilidad confió en el Señor (2 Cor. 12:9,10) y por él Pablo llegó a ser más que vencedor (Rom. 8:37). ¡En su Palabra, Dios extiende esa misma promesa de fortaleza a todos!

Sugerencias homiléticas

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la de otros países establecen que un individuo tiene ciertos derechos inalienables; entre ellos, la “búsqueda de la felicidad”. Desde la caída en pecado, el hombre inconverso ha estado buscando la felicidad lejos de Dios con los resultados predecibles. La adúltera grita: “Aquí está”, pero su casa es “camino al Seol, que conduce a las cámaras de la muerte” (Prov. 7:27). Mucha gente prueba el alcohol, pero al final “como serpiente morderá” (Prov. 23:32). ¿Será el dinero la clave para el gozo y la felicidad? De ninguna manera, 1 Tim. 5:9,10. El joven rico llevó una vida desenfadada, pero al final, Dios le exigió su vida.

La búsqueda de la felicidad en esta vida ha llevado a muchos a la desesperación. Considere el número de suicidios. Satanás incluso puede engañar a los hijos de Dios para que resbalen haciéndoles pensar que en el campo de los malvados hay más diversión (Salmo 73). Todos necesitamos escuchar y tomar muy en serio estas palabras de Pablo. Necesitamos que se nos recuerde que la clave del verdadero gozo y satisfacción sólo se encuentra en Jesucristo. A los ricos y a los pobres, a los enfermos y a los saludables, a los deprimidos y a los felices, el mensaje permanece siempre igual: ¡Regocijaos en el Señor!

Tomándolo como una unidad, este texto se divide perfectamente en tres partes. Estas tres secciones se pueden agrupar bajo el siguiente tema:

¡Encuentren gozo en el Señor!

1. Él les quita los temores (vv. 4-7)
2. Él los guía en las decisiones (vv. 8,9)
3. Él les da fortaleza (vv. 10-13)

En la primera parte recordaría al hijo de Dios cómo tratar positivamente las preocupaciones que pueden ser devastadoras para el verdadero gozo. ¡Confíe en Cristo! ¡Confíe en la paz que él le ha dado!

En la segunda parte, al creyente se le exhorta a permitir que la palabra de Dios (“lo que aprendisteis y oísteis”) sea la guía que establezca sus prioridades y metas. Seguir los consejos de Dios aumentará el gozo en esta vida.

La tercera parte presentaría las duras realidades de la vida cotidiana y las tentaciones a la frustración, para luego volver rápidamente al origen de la fortaleza. Es el Señor el que capacita a sus creyentes no sólo para hacer frente a todas las circunstancias, sino para encontrar gozo en cada situación en la que el Señor los ponga.

Esta misma división triple podría expresarse así:

Tenemos motivos para regocijarnos en el Señor

1. Porque su paz guarda nuestro corazón y nuestra mente (vv.4-7)
2. Porque su palabra nos da consejos adecuados (vv. 8,9)
3. Porque su fortaleza satisface todas nuestras necesidades (v. 10-13)

Algunos tal vez deseen limitar la presentación homilética a los versículos 4-7:

La paz de Dios trae gozo a nuestra vida

1. Mientras enfrentamos nuestros temores (vv. 4,6,7)
2. Mientras tratamos con los demás (v. 5a)
3. Mientras esperamos la venida del Señor (v. 5b)

La fortaleza de este esquema radica en las oportunidades que presenta para desarrollar la idea de la “gentileza” y la discreta confianza que los hijos de Dios pueden demostrar a otros (segunda parte) y para explicar una vez más por qué el corazón del cristiano sonríe cuando escucha que “el Señor está cerca” (tercera parte). Seguramente este énfasis final sería muy apropiado a medida que nos acercamos a los últimos días del año eclesiástico con sabor a los “últimos tiempos”.

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 45:1-7

Epístola - 1 Tesalonicenses 1:1-5a

Evangelio - Mateo 22:15-21

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Isaías 45:1-7, describe que Dios bendecirá al rey Ciro con victorias y riquezas. Dios ha escogido a este rey persa para bendecir a su pueblo. Durante el reinado de Ciro, Isaías profetiza, los judíos serán liberados del cautiverio y restablecerán sus hogares y el culto en Jerusalén.

En la lectura de la Epístola, 1 Tesalonicenses 1:1-5a, Pablo dice a los cristianos en Tesalónica que ellos también han sido escogidos para recibir bendiciones de Dios. Mientras vivimos ahora bajo él en su reino, manifestaremos nuestra fe con obras de amor.

La lectura del Evangelio, Mateo 22:15-21, demuestra la traición de aquellos que no son hijos de Dios. Pero Jesús usa hasta una pregunta tramposa acerca de los impuestos para demostrarnos algo sobre nuestras responsabilidades hacia César. Así como Ciro tiene un buen propósito, de la misma manera Dios quiere bendecir a sus hijos hoy por medio del gobierno humano.

Tanto las lecturas del Antiguo como del Nuevo Testamento señalan que bajo la mano de Dios los gobernadores terrenales pueden servir los mayores intereses del pueblo de Dios.

Primera de Tesalonicenses

En la época de Pablo, Tesalónica era una ciudad de mucha actividad de unas 200,000 personas. Puesto que contaba con un puerto excelente y en vista de que estaba situada en un camino principal de este a oeste romano, esta ciudad era un centro principal de comercio. La mercancía destinada a Roma pasaba por ese camino principal o la descargaban en los muelles. Los mercaderes viajeros podían pasar una noche o dos en la ciudad.

Tal vez las oportunidades para el comercio fueron las que atrajeron a una colonia de judíos. Sabemos que había una sinagoga en la Tesalónica antigua (Hechos 17:2).

Los barcos romanos de guerra se podían ver desde el muelle. Los soldados romanos estaban presentes para mantener la paz.

Pablo fue a Macedonia en su segundo viaje misionero. El tiempo que pasó en Tesalónica, no obstante, fue muy breve. Estuvo en la sinagoga tres sábados “declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos” (Hechos 17:3). Tuvo algún éxito. Pero a causa de la oposición judaica Pablo y Silas se vieron obligados a salir de prisa amparándose en la oscuridad (Hechos 17:10). Desde Tesalónica Pablo fue a Berea, Atenas y Corinto.

Humanamente hablando, no vemos ninguna razón por la cual el núcleo de creyentes en Tesalónica se mantuviera fiel al evangelio de Pablo. Los gentiles de esa ciudad eran idólatras flagrantes (1 Tes. 1:9). Los judíos de Tesalónica no querían saber nada del Mesías de Pablo y no sólo se opusieron enérgicamente contra Pablo sino también contra aquellos que creyeron en sus palabras (Hechos 17:5-9). Otros ya habían rechazado a Pablo. Había llegado a Tesalónica y se estaba recuperando de las heridas que había recibido en Filipos (Hechos 16:22). Ahora de repente salió de Tesalónica después de haber permanecido unas tres semanas. ¿Quién permanecería fiel al Jesús crucificado que Pablo proclamaba?

Sin embargo, el poder salvador de Dios es más fuerte que el diablo, el mundo y la carne. Cuando Timoteo volvió de Tesalónica a Corinto, le llevó a Pablo las buenas nuevas. Los cristianos no sólo permanecieron fieles al Señor; se habían convertido en un centro para la actividad misionera (1 Tes. 1:8), la fidelidad de ellos era conocida en todas las provincias (1 Tes. 1:9); realmente se habían convertido en un ejemplo para los demás (1 Tes. 1:7). Esta iglesia fue la prueba viva del poder de la palabra de Dios y la gracia del Espíritu Santo.

Con un corazón lleno de alegría y agradecimiento, Pablo escribe ahora esta carta animando a los cristianos a permanecer fieles al Salvador.

El texto - 1 Tesalonicenses 1:1-5a

v. 1 - Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo; Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro padre y del Señor Jesucristo.

Según la costumbre antigua, el autor de una carta se identificaba al principio de la carta. Ambas cartas a los tesalonicenses procedían de un trío de hombres, concretamente, Pablo, Silas y Timoteo. Queda claro en 1 Tesalonicenses 2:18 que Pablo, el misionero del Salvador a los gentiles, era el autor principal.

Primero conocimos a Silas (o Silvano) en el Concilio de Jerusalén. Allí fue llamado uno

de los “ancianos” entre los creyentes (Hechos 15:22). Silas, al igual que Pablo, era ciudadano romano (Hechos 16:37). Acompañó a Pablo y Bernabé desde Jerusalén a Antioquía después que el Concilio de Jerusalén había llegado a un acuerdo sobre la circuncisión. Acompañó a Pablo en su segundo viaje misionero y se menciona que estaba con él en Filipos (Hechos 16:19), en Tesalónica y Berea (Hechos 17:10), y ahora aquí en Corinto (Hechos 18:5) cuando Pablo escribe estos versículos del texto.

Timoteo fue hijo de un matrimonio mixto (Hechos 16:1). Recibió su enseñanza temprana de una madre y una abuela temerosas de Dios (2 Timoteo 1:5) o en Listra o Derbe. No se hace ninguna mención de si Timoteo estaba con Pablo durante las tres semanas que estaban en Tesalónica. Pero es evidente que era bien conocido entre los cristianos de allí. Timoteo no sólo tenía talentos como evangelista (2 Tim. 4:5), sino también la aptitud para ayudar a los hermanos débiles. Recientemente Pablo había enviado a Timoteo a Tesalónica para “confirmar y exhortar” a los cristianos allí (1 Tes. 3:2). Timoteo acababa de volver con su informe.

La mayoría de los judíos de Tesalónica no quisieron aceptar el mensaje de Pablo (Hechos 17:4). La mayoría de los gentiles prefirieron quedarse con sus ídolos (1 Tes. 1:9). Por lo tanto, los destinatarios de esta carta eran una verdadera ἐκκλησία, o sea, gente a la que se le ha “llamado a salir” de un mundo incrédulo. Entre ellos encontramos a Jasón, con quienes los apóstoles se hospedaron (Hechos 17:7); Gayo (Hechos 19:29); Segundo (Hechos 20:4); y Aristarco (Hechos 27:2); y tal vez Demas (2 Tim. 4:10).

Los miembros gentiles de esta iglesia antes adoraban a los dioses y diosas que supuestamente vivían en el monte Olimpo. Tenían que respetar a estos dioses a causa de sus caprichos siempre volubles. Pero los nuevos cristianos habían disfrutado del amor constante del verdadero Dios. Por medio de la fe llegaron a ser hijos de Dios. Obtuvieron todas las bendiciones de la filiación.

Caifás y los otros se habían encolerizado cuando Jesús afirmó ser el “Cristo”, el Hijo de Dios. Los gentiles, por lo general, usaron la palabra κύριος para referirse a uno de sus dioses o gobernadores. Estos cristianos judíos y gentiles ahora reconocieron a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido, el gran Señor Jehová (κύριος) del Antiguo Testamento, el Hijo de Dios.

El título completo de nuestro Salvador, “Señor Jesucristo”, vuelve a aparecer una y otra vez en esta carta. Él es el centro del mensaje de Pablo.

El saludo de Pablo es una oración para que Dios diera a los cristianos gracia y paz. Todo lo que los cristianos son y tienen se lo deben al amor inmerecido de Dios. Cuando los pecados son perdonados, el resultado es la paz con Dios.

v. 2 - Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones.

En los últimos versículos de esta carta, Pablo animó a los cristianos a “orar sin cesar” y a “dar gracias en todo” (1 Tes. 5:17,18). El apóstol puso estos consejos en práctica en su vida personal. La presencia de la fe genuina en Cristo es siempre un motivo de acción de gracias.

Estas oraciones de agradecimiento son una actividad constante. (Note el tiempo presente del verbo y el adverbio “siempre”). Las oraciones de agradecimiento salen del corazón de Pablo, no sólo aquí sino también en 1 Tesalonicenses 2:13; 3:9; 2 Tesalonicenses 1:3 y 2:13 al igual que en todas sus otras epístolas.

Estas oraciones de agradecimiento son un ejemplo para los pastores. Si el Buen Pastor oró por sus miembros (Juan 17), los pastores subalternos deben hacer lo mismo. El ministerio presenta frecuentes desilusiones. Pero el pastor necesita interceder por su pueblo diaria y constantemente dando gracias a Dios por el remanente que permanece fiel.

v. 3 - Acordádonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.

Pablo da tres razones específicas para dar gracias. Son “la obra de vuestra fe, el trabajo de amor y la constancia en la esperanza” entre los cristianos.

La obra, el trabajo y la constancia son genitivos epexegeticos dependientes de los tres sustantivos correspondientes que siguen. La paráfrasis de la Nueva Versión Internacional es correcta.

Cuando Pablo escribe sobre la justificación, entonces la fe y las obras son mutuamente excluyentes. “Por gracia sois salvos por medio de la fe...no por obras” (Ef. 2:8,9). Cuando Pablo habla de la santificación, entonces la fe y las obras se relacionan. Las obras son los frutos de la fe. Santiago retó a sus lectores a manifestar su fe por medio de sus obras (Sant. 2). También hubiera estado complacido al enterarse de lo que los cristianos en Tesalónica hacían.

Estos cristianos habían disfrutado del amor ἀγάπη de Dios (ver v.4). Ahora reflejan el amor de Cristo hasta el cansancio (κόπος) por su Salvador. Pablo no describe la naturaleza exacta de estas obras y labores. No las definiremos ni las limitaremos tampoco. Por supuesto que incluyeron el cuidarse uno del otro, la obra misionera entre los incrédulos y la perseverancia en medio de la persecución.

La perseverancia de la esperanza cristiana que tenían ellos también señaló la realidad de su fe. Su esperanza, como Pablo explica en el versículo 10, es que Jesucristo volverá en gloria para rescatarnos de la ira venidera. A pesar de la oposición sanguinaria, los

cristianos permanecieron firmes en su fe.

Hay una cuestión acerca de cómo debe construirse “delante del Dios y Padre” (ἐμπροσθεν τοῦ θεοῦ). ¿Es “acordándose delante de Dios...?”. ¿Es nuestra “esperanza delante de Dios...?”. ¿Es “esperanza en el Señor *Jesucristo* el cual está ya ante Dios?”. Desafortunadamente, la traducción NVI es más específica y más limitada que las palabras de Pablo. Está claro que el apóstol quiere incluir todo el concepto del versículo 3 bajo el umbral de ἐμπροσθεν τοῦ θεοῦ. Entonces, aquí tenemos una alusión magnífica a la deidad del Salvador. El Salvador que algún día volverá del cielo (v. 10) aún ahora está “en la presencia de Dios” (ver Juan 1:2 — πρὸς τὸν θεόν).

v. 4 - Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección.

La última razón por la cual Pablo da gracias a Dios es la elección de los cristianos a la vida eterna. Los cristianos tesalonicenses eran “escogidos” por Dios.

El sustantivo ἐκλογή ocurre en nuestro texto y otras seis veces en el Nuevo Testamento en una forma u otra:

Hechos 9:15 - “Instrumento escogido me es éste”.

Rom. 9:11 - “Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese: no por las obras sino por el que llama”.

Rom. 11:5 - “En este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia”.

Rom. 11:7 - “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos si lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos”.

Rom. 11:28 - “En cuanto a la elección, son amados por causa de los padres”.

2 Ped. 1:10 - “Procurad hacer firme vuestra vocación y elección”.

En cada caso, es Dios el que llama. Cuando se menciona un motivo para la elección, se dice claramente que es por la gracia de Dios (Rom. 11:5) o el ἀγάπη de Dios (Rom. 11:28; 1 Tes. 1:4). El motivo de la elección de Dios *no* se debe a las obras del individuo a quien él ha escogido (Rom. 9:11; Rom. 11:7).

La elección de Dios significa: “Dios te ama. Te amó antes que nacieras y sigue amándote ahora. Promete, en su amor, guardarte durante toda la eternidad”.

v. 5a - Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre.

Humanamente hablando, todo estaba en contra de Pablo en Tesalónica. Pero aún aquí las personas llegaron a la fe en Cristo y permanecieron firmes. La razón no tuvo nada que ver con Pablo personalmente. Pablo tuvo éxito a causa del mensaje tan poderoso y convincente que proclamó. El mensaje de Pablo es la palabra de Dios. Es la verdad. Es una herramienta que el Espíritu Santo usa. Es el poder de Dios para la salvación de todos que lo crean.

A causa de la obra poderosa del Espíritu Santo por medio de la palabra de Dios, ya había una “iglesia” (v. 1) en Tesalónica.

El Espíritu Santo sigue obrando poderosamente y con éxito hoy día dondequiera que la palabra de Dios se proclame.

Sugerencias homiléticas

Nuestro texto puede ser presentado desde varios puntos de vista.

El sermón podría presentar la sincera preocupación que el pastor siente por sus miembros bajo el tema:

La petición agradecida del pastor por sus miembros

1. Por la elección de Dios
 - A. Cuando pensamos en la visita de Pablo a Tesalónica (Hechos 17:1-10), sabemos por qué el apóstol estaba preocupado. Pablo se alegró por el regreso de Timoteo (vv. 1,2)
 - B. La acción de gracias de Pablo comienza con el amor eterno de Dios (v. 4)
 - C. Aplicación — Nuestra congregación enfrenta problemas y desilusiones, pero tenemos motivos para dar gracias; nuestra presencia en la iglesia indica que Dios nos ha elegido desde la eternidad.
2. Por el poder del evangelio
 - A. Humanamente hablando nadie creería a Pablo, y sin embargo las personas tuvieron fe (v. 5)
 - B. Por lo tanto, había una “iglesia” en Tesalónica (v. 1)
 - C. Aplicación — Esta congregación no se basa en la personalidad de sus pastores y maestros, sino en el poder de Dios.
3. Por los frutos de fe
 - A. Las personas que habían adorado a los ídolos ahora creen en Cristo; sus obras y labores son prueba de ello (vv. 1,3)
 - B. La perseverancia bajo la persecución también demuestra la fe (v. 3)
 - C. Aplicación — Tenemos muchas razones para servir a Dios. ¿Daría Pablo las gracias a Dios por las obras que ve entre nosotros?

Hay varios versículos en las Escrituras que mencionan las tres personas del Dios trino. Otros párrafos hacen lo mismo. Nuestro texto es un ejemplo. El siguiente esquema se podría usar:

Dar gloria al Dios trino

Introducción: La vida del cristiano está llena de alabanza (v.2)

1. Al Padre que nos eligió
 - A. La elección de Dios (v. 4)
 - B. Nuestra posición — hijos del Padre (v. 1)

2. Al Hijo quien nos da esperanza
 - A. La deidad de Jesús — Él es Señor (v. 1)
 - Él es Cristo (v. 1)
 - Él está ante Dios (v. 3)
 - B. Nuestra esperanza de la vida eterna está en Cristo (v.3)

3. Al Espíritu que nos santifica
 - A. Él nos trajo a la fe por medio del evangelio (v. 5)
 - B. Él comunica la gracia y la paz de Dios (v. 1)

Nuestro sermón podría ofrecer palabras de ánimo y dirección mientras enfrentamos las incertidumbres del futuro. Este tipo de presentación sería especialmente adecuado para el vigesimosegundo domingo después de Pentecostés que cae a finales del año eclesiástico:

El cristiano comienza cada semana con confianza

1. Agradecido por las bendiciones recibidas
 - A. Pablo miró al pasado con agradecimiento (v. 2)
 - B. Nuestra elección es motivo de agradecimiento (v. 4)
 - C. Nuestra conversión es motivo de agradecimiento (v.5)
2. Gozosos en nuestro estado actual
 - A. Somos hijos de Dios Padre (v. 1)
 - B. Dios nos bendice diariamente dándonos paz y gracia (v. 1)
3. Ansiosos para servir
 - A. Obras de fe (v. 3)
 - B. Trabajos de amor (v. 3)
 - C. Perseverantes en el amor, aún frente a la persecución (v.3)

Este esquema podría ser modificado para animar algún aspecto de la mayordomía. Las primeras dos partes explican por qué estamos ansiosos por servir. La tercera parte señala el área específica que requiere atención.

Un cuarto esquema ofrece consuelo al pueblo de Dios. Se dirige más a la apropiación que a la aplicación y podría usarse eficazmente para un funeral:

¡Nos maravillamos ante la gracia de Dios!

1. Dios nos escogió desde la eternidad
 - A. Dios realizó la elección (v. 4)
 - B. El motivo fue su amor inmerecido (v. 4)
2. Dios nos preserva en nuestra fe
 - A. Perseverancia en la esperanza en tiempos de persecución (v. 3)

B. Una iglesia (v. 1) atacada por sus enemigos sigue existiendo sólo por medio de la mano misericordiosa de Dios (v. 5)

3. Dios acepta nuestras obras de servicio

A. Los creyentes manifestarán su fe por medio de obras y trabajo (v. 3)

B. Tales obras alegran el corazón (v. 2)

VIGESIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Levítico 19:1,2,15-18

Epístola - 1 Tesalonicenses 1:5b-10

Evangelio - Mateo 22:34-40

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento es Levítico 19:1,2,15-18. Aquí escuchamos al Señor Dios hablando a Israel por medio de Moisés. Las demandas de la ley son espantosas, aunque sólo dos mandamientos, el octavo y el quinto, se explican aquí. Es una santidad perfecta la que el Dios santo exige a los creyentes. No obstante, el que exige que su pueblo sea santo también les recuerda: “Yo [soy] Jehová”. En el Salvador, tipificado por los sacrificios en el tabernáculo, hay perdón y vida para el pecador.

La Epístola, 1 Tesalonicenses 1:5b-10, nos da ejemplos humanos de una vida santa. Por medio del evangelio el Espíritu Santo de Dios obró fe en sus corazones. En el gozo de esa fe, el apóstol, sus colaboradores y las personas en Tesalónica sirvieron al Señor con vidas santificadas.

En el Evangelio, Mateo 22:34-40, escuchamos que a Jesús se le puso a prueba con una pregunta acerca del gran mandamiento de la ley. Su respuesta cita el mandato del Antiguo Testamento del amor perfecto hacia Dios y el prójimo. ¡Cuán importante es saber que Jesús cumplió ese mandamiento por nosotros!

El texto - 1 Tesalonicenses 1:5b-10

Note que este texto está incluido en el texto para el vigesimoséptimo domingo después de Pentecostés de esta misma serie. ¡Dependiendo de cuánto dure la estación después de Pentecostés, puede tratar estos versículos para el próximo domingo si ése viene a ser el penúltimo domingo del año eclesiástico!

Una manera de resolver esta situación es usar la flexibilidad que ofrece el calendario para decidir que estos versículos se usarán una sola vez. Si decide hacerlo así, le aconsejamos que lea los comentarios para el vigesimoséptimo domingo junto con los comentarios en estas páginas.

Pero, si una Pascua temprana y la consiguiente estación larga de Pentecostés requieren

que ambos textos se usen dentro de tres o cuatro semanas, entonces será necesario planear un énfasis especial para cada domingo. En vista de las lecturas del Antiguo Testamento y del Evangelio que acompañan el texto de este domingo, el énfasis para hoy debe ser sobre la vida santificada del cristiano. Los pensamientos del último versículo podrían usarse para anunciar el final del año eclesiástico. Eso permite que el tema de los últimos tiempos tenga su lugar histórico al final del año eclesiástico.

El establecimiento de la congregación en Tesalónica está registrado en Hechos 17:1-10. El gozo de Pablo por estos hermanos cristianos fue el tema del domingo anterior, 1 Tesalonicenses 1:1-5a. El segundo capítulo de esta carta desarrolla su establecimiento y alaba a Dios por ello. (Los versículos 8-13 del capítulo serán el texto para el vigesimosexto domingo después de Pentecostés).

v. 5b - Como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.

¿Está Pablo jactándose? ¡De ninguna manera! En todos sus escritos la única jactancia que escuchamos es cuando debe defender el evangelio que predicó contra las demandas de los apóstoles falsos. Y luego dice: “Si es necesario gloriarme, me gloriaré en lo que es de mi debilidad” (2 Cor. 11:30).

Pero lo cierto es que Dios hizo cosas asombrosas en el segundo viaje misionero que llevó a Pablo a Tesalónica. El apóstol lo sabe, así como las otras personas allí. Hablar de su propio ejemplo y de lo que Dios ha hecho por él y a través de él es simplemente una manera poderosa de maravillarse frente a la bondad de Dios. Dice: “Dios sea alabado por lo que hizo por medio de nosotros cuando estuvimos juntos en Tesalónica”.

Entonces, ¿qué clase de vida llevó el apóstol allí? Las provincias del imperio romano no eran desconocidas para las personalidades viajeras. Un elocuente orador o un artista con un repertorio básico de trucos mágicos, o un expositor de algunas nuevas verdades esotéricas religiosas o filosóficas — o tal vez alguien que combinó varios de éstos — podría reunir un grupo de seguidores muy rápidamente. Luego era fácil entrar al próximo pueblo como “la personalidad triunfante de la que hablan todos los vecinos”, después a “Roma” como “la sensación de la que toda Macedonia habla”. Con los bolsillos llenos de las ofrendas de los oyentes el charlatán vagabundo podría entrar a la corte imperial y disfrutar de la sociedad de los ricos y poderosos del mundo. Pero no el apóstol Pablo.

Él vivió en Tesalónica “por amor de vosotros”. Trajo consigo el regalo del evangelio del Señor Jesucristo. Lea el capítulo dos para una elaboración de cómo se comportó allí. No era ninguna carga para los tesalonicenses. En cambio, les trajo la palabra de Dios, que les quitó la carga del pecado y la culpabilidad y la condenación.

Podemos pensar en los “cultos a la personalidad” de nuestra época. La radio y la televisión han permitido que el cristianismo tenga sus propios predicadores conocidos nacional e internacionalmente. Debemos acordarnos de aplicar a ellos la piedra de toque

en 2:13. Qué los cristianos saquen sus catecismos para ver si estas personalidades en verdad traen a sus oyentes toda la palabra de Dios. Desafortunadamente, el Tercer Artículo, los Sacramentos y el Oficio de las llaves frecuentemente se pasan por alto.

Pero los pastores y los miembros también se dan cuenta de las tentaciones en nuestro propio medio. ¿A nuestra congregación quiere que se le conozca como la “Iglesia del Pastor Tal?”.

El apóstol no vino a Tesalónica para ser el líder de una secta, ni tampoco para su propio beneficio personal. Al contrario, les dio un ejemplo de lo que Martín Lutero describió como el hombre cristiano: “Un señor perfectamente libre, sujeto a ninguno, mientras al mismo tiempo es el siervo de todos, sujeto a todos”. Ni tampoco este papel se limita a los apóstoles y a los reformadores, porque:

v. 6 - Vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo.

Aquellos que creen la palabra que habló el apóstol son imitadores del él — y del Señor. Eso no es poca cosa. Ni tampoco se describe con una frase pequeña. “Imitadores” proviene de μιμηται, la palabra raíz de “imitar” o “mímica”. Los cristianos deben comprometerse los unos con los otros y hacer que unos a otros expresen esa esperanza gozosa que triunfa aún sobre el peor de los sufrimientos — la esperanza que tenemos en Cristo.

“Vosotros vinisteis a ser imitadores” dice Pablo, “del Señor” (καὶ τοῦ κυρίου). Quedamos desconcertados ante tal declaración. No obstante, es la verdad. El Hijo de Dios nos ha hecho hijos de Dios. Nuestras vidas deben ser un reflejo de esa adopción misericordiosa.

Los cristianos en Tesalónica imitaban al Señor en sus experiencias. El sufrimiento llegó a sus vidas, igual que la persecución como está registrada en Hechos 17. San Pablo nos ayuda a evaluar la seriedad de la amenaza de la acción registrada en 1 Tesalonicenses 3:1-5. Les envió a Timoteo para fortalecerlos y animarlos. Una segunda evidencia de su preocupación es esta epístola misma. El apóstol no subestimó el sufrimiento que la joven iglesia en Tesalónica experimentaba.

Pero Cristo era su fortaleza. Y el gozo que les dio el Espíritu Santo los sostuvo. Sabían que Jesús era su Salvador. Se regocijaron en él como su Señor y su Pastor. No solamente les fueron perdonados sus pecados; Jesús estaba presente con ellos y guiaba sus vidas. Si los problemas vienen, también deben servir para su bienestar (ver Rom. 5:3-4).

Los siguientes versículos ofrecen más detalles acerca de vidas que imitan al Señor Jesús.

vv. 7-9 - De tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya

que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero.

Un “ejemplo” (Griego: τύπος, “tipo”) es otra vez una palabra dramática para el efecto que los cristianos tienen unos en otros. Vea un sello que queda impreso una y otra vez en algún documento o papel. Permita que el cristiano lleve una vida de fe y gozo; no será el único; otros, también, estarán motivados por el Espíritu a imitar ese ejemplo.

Aunque ellos vivieron a la sombra del monte Olimpo, hogar de los dioses griegos, los cristianos de Tesalónica “se convirtieron” de sus ídolos. Ya no adoraron el panteón de Homero. Ya no adoptaron los dioses relacionados con la Roma victoriosa. Abandonaron toda la adoración a ídolos para poder servir al único Dios verdadero y vivo, el Dios trino.

Lo que ocurrió en Tesalónica causó que el mensaje del Señor “sonara”. Al igual que el repique de una campana o los fuertes estruendos de un trueno, las vidas que los cristianos llevaban en Tesalónica hicieron que su fe en Dios se diera a conocer en todas partes.

Un ejemplo de lo que el ejemplo tesalónico logró se puede ver en el octavo capítulo de Segunda de Corintios. Su generosidad llegó a ser un modelo para otros cristianos. El efecto de su gozo abundante y la rica generosidad tampoco se han acabado, porque hoy día nosotros seguimos usándolos como un modelo para nuestra mayordomía.

Los cristianos deben servir como modelos los unos a los otros. Hay ejemplos contemporáneos que podríamos destacar: el cristiano fiel que cada semana ocupa su banca, el cristiano valiente que se sonríe a pesar de sus problemas, el cristiano generoso que nos sorprende con su amor. Debemos alabar a Dios por esas personas que encajan en esas descripciones. Es importante que hagamos mucho más que simplemente recordar estos buenos ejemplos cristianos. Debemos seguirlos y ayudar para que sean ejemplos para otros.

También es apropiado dar una advertencia acerca de seguir estos modelos cristianos, sean individuos o congregaciones. Por el halago que recibieron los de Berea en Hechos 17:11, que eran “más nobles que los que estaban en Tesalónica”, se podría llegar a la conclusión de que la congregación de Tesalónica no era muy sobresaliente. Pero aquí Lucas está refiriéndose a los judíos en Tesalónica que rechazaron el evangelio y no a los cristianos creyentes que vivían allí. Siempre debemos tener cuidado de no identificar mal o malinterpretar. Sabemos cuánto daño puede hacer el chisme. Al contrario, debemos tener cuidado de seguir el buen ejemplo de la congregación modelo en Tesalónica, que permaneció fiel a pesar del maltrato que le dieron los judíos innobles en su comunidad que debían haber tenido más juicio.

v. 10 - Y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.

La vida ejemplar del cristiano se puede resumir como una espera. “Sirviendo al Dios vivo y verdadero” no está en oposición a esta “espera” (ἀναμένειν); ambos simplemente describen la vida que reemplaza la anterior adoración de los ídolos.

La vida cristiana de espera de ninguna manera significa algo vacío o no realizado. Está fundamentado en la verdad. La verdad es que el Hijo de Dios descendió del cielo, murió por nosotros y resucitó. La consecuencia de esa verdad es nuestra maravillosa seguridad de “rescate” (ῥυόμενον). La culpabilidad de nuestro pecado ha sido quitada; estamos seguros. Las amenazas económicas o atómicas no pueden destrozar nuestra seguridad; ni siquiera el fin del tiempo de gracia de este mundo nos puede sumergir en la ira. ¡Hemos sido rescatados! No hay necesidad de predicar sermones sensacionalistas de “fuego y azufre”; nosotros predicamos a Cristo que nos rescata de la ira.

Sugerencias homiléticas

Enseñar por medio del ejemplo es una herramienta poderosa para el aprendizaje. El tema de este texto nos puede llevar a exclamar:

¡Demos gracias a Dios por los buenos ejemplos!

1. Un apóstol (v. 5b)
2. Los hermanos creyentes (vv. 6-9)
3. El Señor Jesús mismo (vv. 6,10)

La primera parte invita a usar lecciones de la vida del apóstol Pablo. Una aplicación podría oponerse a la tentación de que nos alabemos nosotros mismos.

En la segunda parte los creyentes en Tesalónica dieron un ejemplo al vencer las aflicciones, experimentar el gozo que les dio el Espíritu Santo, confesar su fe públicamente, llevar vidas consistentes con esa fe. Que el ejemplo de los demás nos anime; dejemos que nuestro ejemplo anime a los demás.

Seguir el ejemplo del Señor suena como una meta imposible. Va más allá de lo que los mortales pecaminosos pueden lograr. Pero los hijos de Dios encontrarán consuelo e instrucción cuando sufren y se acuerdan que el Hijo de Dios también sufrió (ver 1 Ped. 2:21,23). Encontraremos el valor aún frente a la muerte, cuando nos acordamos de su muerte — y su resurrección. Y habrá paciencia y valor para enfrentar el futuro en la esperanza segura de que nuestro Señor vendrá como nuestro Salvador.

Una exhortación directa evocará un esquema como el siguiente:

¡Sean seguidores...!

1. De los apóstoles
2. Del Señor Jesús
3. Que dan ejemplo a los demás

O:

Veán a Cristo Jesús en sus seguidores

1. A medida que el sufrimiento pone a prueba la fe
2. A medida que se preocupan los unos por los otros (ver la preocupación de Pablo por los cristianos en Tesalónica y las palabras de ánimo para ellos)
3. A medida que esperan la victoria final

O:

Un lugar para los modelos

1. Sigán un buen ejemplo
2. Sean un buen ejemplo

VIGESIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Amós 5:18-24

Epístola - 1 Tesalonicenses 4:13-14

Evangelio - Mateo 23:37-39

El año eclesiástico

El año eclesiástico finaliza con el pueblo de Dios que dirige sus pensamientos al fin, al fin de la vida, al fin del universo, al fin de las cosas como las conocemos ahora. ¿Cómo es la muerte? ¿Cuándo vendrá el último día? ¿Qué sucederá? ¿Cómo será el cielo? ¿Qué debo estar haciendo? Las lecturas para este domingo se centran particularmente en lo temible del último día.

La lectura del Antiguo Testamento, Amós 5:18-24, nos recuerda el juicio temible de ese día, un juicio sobre los motivos del corazón. Para muchos, ese día “será de tinieblas, y no de luz”.

La lectura de la Epístola, 1 Tesalonicenses 4:13,14, resalta la resurrección formidable de ese día. A pesar de la opinión del hombre sobre la muerte, “traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él”.

La lectura del Evangelio, Mateo 23:37-39, une los pensamientos con las lecturas previas. Jesús profetiza el cumplimiento de la profecía de Amós y la gloria que él traerá.

El texto - 1 Tesalonicenses 4:13-14

La epístola para este domingo marca una ruptura en el *lectio continua* de Primera de Tesalonicenses. Interrumpe el pensamiento de la carta, pero lo hace en un punto apropiado. Porque en esta sección de la carta Pablo comienza a dar consuelo e instrucción en relación con las últimas cosas y las mismas preguntas que los cristianos de hoy todavía se hacen acerca de los últimos días y la muerte.

Nuestro texto comienza:

v. 13 - Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.

Pablo comienza esta sección de instrucción con la palabra “hermanos” (ἀδελφοί). Todo lo que les ha dicho a estas personas y todo lo que está a punto de decir lo dice con un espíritu de amor y cariño. Éste es uno de los puntos principales de la fe cristiana; no somos simplemente una organización, somos una familia. Pablo no trata a sus lectores con prepotencia porque es un apóstol inspirado, sino al contrario, se considera a sí mismo como un siervo que tiene una relación cariñosa con su gente.

Pablo se preocupa por su familia. No quiere que “ignoren” (ἀγνοεῖν). Aquí no se menciona nada acerca de la instrucción previa o falta de ella. La preocupación de Pablo es que a estas personas les está haciendo daño lo que no saben. Les falta el consuelo y la paz que Dios tiene para ellos. Ignoran eso. Si Pablo ha dicho esto anteriormente o no, no tiene importancia. Pablo quiere que estas personas cristianas aprendan los hechos.

Los hechos que Pablo quiere que la gente aprenda se centran en “los que duermen” (τῶν κοιμωμένων). Ésta es la manera preferida de la Biblia de describir a aquellos que ya han muerto en la fe. Con esta frase Pablo comienza a contrarrestar los efectos devastadores de la angustia y la tristeza. Hace eco a las palabras de Cristo cuando le aseguró a Jairo y a su esposa: “no está muerta, sino duerme”. ¡Qué consuelo podían los tesalonicenses encontrar en estas palabras! El sueño era algo conocido. La muerte era desconocida. El sueño es algo que se anhela con frecuencia, a la muerte se le teme. El sueño ofrece un descanso relajante. La muerte trae miedos indecibles. Una persona se despierta del sueño. No hay ningún fin aparente en la muerte. Todos estos pensamientos se amontonarían en la mente de los tesalonicenses cuando escucharan esta frase. Tan fundamental es este pensamiento del sueño en el concepto cristiano de la muerte que Pablo lo repite en el próximo versículo. El “sueño” no es un eufemismo para la “muerte” en cuanto concierne al cristiano, sino es una explicación literal de ella.

La ignorancia de los tesalonicenses había tenido un efecto devastador en sus vidas. En tiempos de muerte habían experimentado bastante dolor y angustia (λυπήσθε). Pablo no quería eso para su gente (οὐ θέλομεν). Ellos no son “como los otros” (οἱ λοιποὶ), los incrédulos, todos los de la raza humana fuera de la familia de Cristo. No hay ninguna barrera más grande que la barrera creada por el Cristo del evangelio. La raza, la cultura, los impedimentos físicos palidecen en comparación como barreras de separación entre los hombres. ¡Qué tristeza y desolación hay sin el evangelio! Aquellos que se mueren sin Cristo no están entre aquellos “que duermen”. Porque “no tienen esperanza” (μὴ ἔχοντες ἐλπίδα). Su esperanza vana es que no hay existencia después de la muerte. No tienen ninguna esperanza. Lo mejor que pueden “esperar” es la aniquilación, la cual, según las Escrituras, es una esperanza vana (ver Mat. 10:28; 25:41, 46).

v. 14 - Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.

Pablo recuerda a los tesalonicenses el centro de su fe. “Creemos” (πιστεύομεν). Está retándolos a darse cuenta de las ramificaciones de su fe. Dios ha proclamado algo acerca

de Jesús, y Dios proclama las mismas cosas acerca de nosotros. Jesús “murió y resucitó” (ἀπέθανεν καὶ ἀνέστη). Ese mismo milagro ocurrirá para aquellos que tengan fe. Porque nosotros, al igual que Jesús, resucitaremos después de nuestra muerte. Porque “Dios” (ὁ θεός) traerá (ἄξει) a nuestros seres queridos “con él” (σὺν αὐτῷ). Porque ellos han “dormido en Cristo” (διὰ τοῦ Ἰησοῦ). Otra vez la nota solemne nos recuerda que la vida después de la muerte, cómo sucedió con Jesús, solamente es posible para aquellos que duermen con él.

En estos dos cortos versículos, Pablo calma todos los temores y preocupaciones que los cristianos tienen acerca de la muerte. Los cristianos de todos los tiempos y de todas las culturas han vuelto una y otra vez a estos versículos. Se leen en nuestros cultos fúnebres y los pastores y laicos los prefieren para consolar a los afligidos. Este texto nos da el privilegio de predicar estas palabras sin el trauma emocional que conlleva un funeral. Aquí podemos aplicar la palabra de Dios a los corazones de nuestros miembros como un medio de preparación y no como parte de un esfuerzo de encontrar las palabras adecuadas en un momento tan difícil. Podemos hacer algo como orientación preventiva, desde nuestros púlpitos. Podemos sembrar una semilla que más tarde tal vez cosechemos en tiempos de crisis. Podemos edificar a nuestros miembros para que cuando enfrentan la muerte de sus seres queridos, tengan una base sólida en la cual puedan apoyarse.

Sugerencias homiléticas

Los pensamientos principales del texto parecen agruparse alrededor de estas frases:

1. “Hermanos” — Esa unidad más profunda que cualquier lazo humano. Estamos predicando a aquellos a quienes amamos más que a nosotros mismos. Podemos hablar a nuestros miembros de esta manera porque Cristo se hizo nuestro hermano.
2. “Ignoren” — Es importante que uno tenga un conocimiento cristiano pleno y preciso. Siempre existe el peligro de abandono debido a la ignorancia acerca de la enseñanza cristiana.
3. “Los que duermen” — Tal vez la frase clave de todo el texto. El sueño indica descanso, paz, seguridad y despertamiento. Esta frase se usa dos veces en estos versículos.
4. “Entristecerse” — Claramente, no es malo entristecerse. De hecho, la pena es una emoción dada por Dios. Jesús se entristeció (Juan 11). Pero, no debemos hundirnos en la total desesperación. No debemos imitar las actitudes acerca de la muerte de los incrédulos que nos rodean. Tenemos esperanza en Cristo.
5. “Jesús murió y resucitó” — El plan de la salvación de Dios resumido brevemente.
6. “Traerá Dios con Jesús” — La promesa y la esperanza del último día se cumplirán.

Estos pensamientos podrían presentarse de varias maneras:

Dios habla al cristiano afligido

1. Recuerden lo que Cristo ha hecho (vv. 13-14a)
2. Recuerden lo que tiene (v. 14b)

Cuando un ser querido se muere

1. Duerme en Cristo (vv. 13,14b)
2. Sigue en los pasos de Cristo (v. 14a)
3. Finalmente, volverá con Cristo (v. 14c)

VIGESIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Oseas 11:1-4,8,9

La epístola - 1 Tesalonicenses 5:1-11

El Evangelio - Mateo 23:3-14

El año eclesiástico

A medida que el año eclesiástico llegue a su fin, las lecturas nos preparan para los últimos tiempos. Las lecturas para este domingo contribuyen a que meditemos en las últimas cosas recordándonos la receta de Dios para la preparación. El Señor receta usar fielmente su palabra, tanto la ley como el evangelio. La ley nos advierte acerca de la ira feroz y justa de Dios acerca del pecado. En el día del Juicio Final todos verán esta ira santa. No obstante, a los creyentes no les faltará consuelo en los últimos tiempos. Cuando el Señor regrese, marcará el cumplimiento final de la promesa evangélica. Por medio del mérito y la mediación de Jesucristo, la gloria del cielo es nuestra. Las lecturas para este domingo señalan la ley y el evangelio en acción, exhortándonos a estar preparados.

La lectura del Antiguo Testamento de Oseas 11:1-4,8,9, puede resumirse con las palabras de Pablo en Romanos 5:20,21: “Pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. Dios habla de su amor fiel a un pueblo infiel. Recuerde que Oseas es el profeta a quien Dios mandó que se casara con una prostituta. Esa lección objetiva tan vívida de la gracia gratuita demuestra la misericordia de Dios. Esta gracia asombrosa también se manifiesta aquí. El Señor vendrá para cumplir con su promesa evangélica del perdón en Cristo.

La lectura de la Epístola de 1 Tesalonicenses 5:1-11 está en una serie de lecturas de esta carta. Esta serie se aplica muy bien a la meditación sobre las últimas cosas, a medida que el apóstol nos instruye sobre el regreso del Redentor. Podemos tener confianza respecto a su regreso puesto que hemos sido designados para “recibir la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

El Evangelio, Mateo 23:3-14, es un mensaje en el que predomina la ley. Aunque los fariseos son dignos de honor como maestros de las Escrituras, reciben una severa condenación de Cristo. Habían vaciado el contenido de la revelación de Dios y habían reducido la religión a rituales respetables. ¡Esos rituales no nos prepararán para el regreso de Cristo! Tenga cuidado con el orgullo y la fama que tanto buscan los hombres.

Debemos esperar a nuestro Salvador con humildad.

El texto - 1 Tesalonicenses 5:1-11

Nuestra lectura es una continuación lógica del texto de la semana pasada. Si los cristianos en Tesalónica tenían dudas acerca de la muerte y la resurrección, probablemente tenían otras dudas también. Tal vez se preocupaban del último día, el día del glorioso regreso del Salvador. Tal vez tenían miedo por tener que enfrentarse con el Juez justo. O tal vez habían dudado de si Jesús, el Juez, realmente iba a volver a la tierra. Esta porción de las Escrituras nos recuerda las palabras de Pablo en 2 Corintios 5:10: “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo”. Este texto quita cualquier duda o angustia que como cristianos podríamos tener acerca del regreso de Jesús. El Señor viene, y no debemos sentir miedo.

vv. 1-3 - Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.

Es importante recordar que dos veces en nuestro texto Pablo llama a los tesalonicenses ἀδελφοί, “hermanos”. Pablo no tiene ninguna duda de su cristianismo simplemente porque hay algo de confusión y malentendido respecto a la enseñanza sobre el regreso de Cristo. Pablo les habla como personas que habían sido instruidas en el evangelio. Hasta enfatiza este mismo hecho en el versículo 2: αὐτοὶ γὰρ ἀκριβῶς οἶδατε (“Vosotros sabéis perfectamente”). No había ninguna necesidad urgente para otras revelaciones. Pero Pablo sabía que el maestro cristiano renueva y repasa constantemente lo que ya ha sido enseñado. No son necesarias nuevas revelaciones, sino que la repetición constante fortalece al nuevo hombre y ahoga al viejo Adán en su incredulidad. Con paciencia, el apóstol vuelve a instruirlos.

La lección de repaso es “acerca de los tiempos y las ocasiones” (περὶ δὲ τῶν χρόνων καὶ τῶν καιρῶν). La hora de Dios, o la fecha de llegada, nadie la conoce. Jesús nos dijo que no debíamos preocuparnos acerca de “cuándo” regresaría exactamente (Mateo 24:36; Hechos 1:7. Note también que Jesús usa las mismas palabras en Hechos 1:7). Aunque a nosotros como mortales curiosos nos gustaría definir los detalles acerca del día del Señor, nuestro Padre sabio celestial no revela ni los tiempos ni las ocasiones. Y eso es una bendición. Al no saber la hora, a los cristianos nos motiva un sentido de urgencia, un estado de preparación constante. En su amor el Padre nos enseña a estar vigilantes y ser diligentes en nuestro llamamiento diario.

El uso que Pablo hace del símil, “como ladrón en la noche”, nos recuerda las palabras de Jesús que los tesalonicenses conocían muy bien (Mateo 24:42-43). El punto de esta imagen está muy claro. Puesto que la fecha del regreso del Señor se desconoce, ¡muchos no estarán preparados! Por supuesto que es una imagen apropiada, porque presenta una

paradoja extraordinaria. Aunque no sabemos la hora exacta, sabemos que el Señor vendrá. El tiempo presente (ἔρχεται) enfatiza el hecho inescapable. Jesús viene. Podemos sucumbir a la tentación de duda respecto a esto. La incertidumbre de la hora nunca disminuye la certeza del regreso.

La frase “el día del Señor” nos recuerda la urgente predicación de los profetas del Antiguo Testamento, hombres como Joel, Zacarías y Malaquías (ver Joel 1:15; 2:1-2,11; 2:28ss; Zac. cap. 14; Mal. cap. 4). El día viene, y será un día de rescate para todo el pueblo de Cristo, y un día de destrucción para todos los incrédulos. Así, el día del Señor nos advierte al mismo tiempo que nos consuela. Nos advierte contra una falsa seguridad carnal. Nos consuela y nos exhorta porque nuestra herencia celestial nos espera por los méritos de Jesús.

Pero el día del Señor será un día de terror para los que no estén preparados, para aquellos que viven en la incredulidad. Pablo describe este terror claramente en el versículo tres. Hay algunos que viven con una falsa seguridad. Algunas personas se sienten cómodas en su rutina cotidiana. Todo parece estar bien. Todo parece estable. Esa forma de pensar se refleja en la expresión: “Paz y seguridad” (εἰρήνη και ἀσφάλεια). Nos recuerda las palabras de Pedro: “[Dirán]: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas siguen como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:4).

Tengan cuidado de los burladores. Su destrucción será rápida y total. Note el orden de las palabras en el griego. Dos palabras están en una posición enfática — αἰφνίδιος y ὄλεθρος. “¡Repentina la destrucción!” La palabra αἰφνίδιος tomada de la ὡς κλέπτῃς usada anteriormente — ὄλεθρος es lo opuesto de la paz y seguridad. La palabra contiene la idea de muerte, destrucción, ruina total. Vea otra vez la segunda carta de Pedro y lea sobre esa terrible destrucción (2 Ped. 3:7, 10-12). El verbo en esta frase es un presente medio. Este tiempo expresa el hecho de que la destrucción total espera a los malvados. La voz media recoge la connotación reflexiva. Ellos mismos se la buscaron.

El Apóstol usa otra imagen verbal muy vívida para demostrar lo inesperado e imprevisto que será el regreso del Señor. Una mujer encinta no puede cambiar de parecer ni su condición. Los dolores del parto comenzarán. Es demasiado tarde. El parto se aproxima. Los incrédulos tampoco podrán cambiar de parecer ni de condición cuando el día del Señor llegue. Será demasiado tarde. El negativo enfático (οὐ μὴ) cierra la puerta de un portazo y no permite que escape. La advertencia contra la incredulidad se encuentra aquí. “El que tenga oídos, oiga”.

vv. 4,5 - Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas.

Una vez más Pablo se dirige a los tesalonicenses como hermanos y hermanas creyentes.

Conocen a Jesús y su obra redentora. Acaban de repasar la promesa de su regreso. Ya no están “en la oscuridad” acerca del día del Juicio Final. No serán arrebatados repentinamente (καταλαμβάνω) sin ser preparados. Los cristianos son radicalmente distintos en su actitud y forma de vivir. Viven como si cada día fuera el último. Todos los planes y motivos están guiados por esa verdad de que Jesús volverá pronto. El mundo está cegado por los planes y preocupaciones terrenales, el cristiano espera con anhelo el día de gloria.

Esta radical diferencia la expresan los apóstoles en la metáfora bien conocida de la luz versus la oscuridad (Juan 3:19; Rom. 13:12; Efe. 5:8-11). Al adoptarnos Dios en Cristo Jesús, somos tan diferentes del mundo incrédulo como lo es la luz de la oscuridad. Esta diferencia debe reflejarse en la conducta del cristiano, como Pablo amonesta en los siguientes versículos.

Antes de seguir con el comportamiento adecuado para el cristiano en vista del juicio venidero, note el οὐκ ἐσμέν. Pablo cambia a la primera persona y se incluye en las siguientes palabras de exhortación. ¡Qué ejemplo para la predicación eficaz! ¡Predicador, predique primero para usted mismo! Somos pecadores/santos como nuestros miembros. Nosotros también necesitamos constantemente el martillo de la ley para derribar nuestro orgullo pecaminoso y necesitamos el evangelio para edificar nuestra fe en Cristo. Nunca podemos ponernos nosotros mismos por encima de los demás.

vv. 6-8 - Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo.

Pablo llega a una conclusión lógica (ἄρα οὖν). Si nosotros como cristianos somos radicalmente distintos, nuestras vidas manifestarán la diferencia. Y la diferencia se ve en cómo nos preparamos para el regreso del Señor. Por medio de varios subjuntivos de exhortación se nos exhorta encarecidamente a velar por el regreso de Cristo. Los cristianos están en una alerta constante esperando el regreso de Jesús. No podemos dormirnos y no estar preparados. Así como un estilo de vida perezoso hace que el cuerpo esté inactivo y físicamente débil, así la pereza espiritual puede hacer que nuestras almas estén inactivas y somnolientas. Debemos hacer ejercicios espirituales con la palabra de Dios, usarla diariamente.

El versículo siete sigue con la metáfora del versículo cuatro. Aquellos que no tienen a Jesucristo y su palabra ignoran lo que realmente está pasando. Los incrédulos no se dan cuenta de la gravedad de sus pecados. Están ignorantes del juicio inminente de Dios. Son inconscientes del regreso glorioso de Cristo. Pablo usa verbos que reflejan su estado mental inconsciente. “Dormidos” denota una insensibilidad espiritual. “Embriaguez” manifiesta un estupor ignorante. Las personas que viven en la oscuridad del pecado ni siquiera se dan cuenta de lo desconectados que están de Dios y de la realidad del aprieto

en el que se encuentran.

No es así para el cristiano vigilante. Pablo demuestra cómo podemos protegernos mientras hacemos guardia. Vístase con la armadura del Señor. La terminología de armadura nos recuerda Efesios 6:10-18, pero las virtudes cristianas nos recuerdan 1 Corintios 13. Note cómo Pablo usa πίστις, ἀγάπη, y ἐλπίς. Estos tres dones del Espíritu Santo son resaltados en 1 Corintios 13, y Pablo los considera como los regalos más grandes para nuestras almas. “La fe” en Jesús como nuestro Salvador y el conocimiento de su “amor” sacrificado son como una coraza (θώραξ), que nos protege de los ataques peligrosos de Satanás. La “esperanza” del cielo es un yelmo sólido (περικεφαλαία) que protege nuestra mente de abrumarse con problemas terrenales o asuntos cotidianos. Nuestra meta es el cielo, por lo tanto nos vestimos con el amor y la misericordia de Jesús, con su presencia y poder. Nada puede hacer daño a una persona que se prepara de esta manera. Nadie puede hacer daño a una persona que se fundamenta en Jesús. (ver Rom. 8:35-39).

vv. 9-11 - Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis.

Esta última porción del texto presenta la razón gloriosa por la cual los cristianos podemos “animarnos unos a otros” (παρακαλέω, llamar a alguien aparte y hablar las cosas cara a cara). Podemos “edificar” nuestra confianza en Cristo (οικοδομέω). Se nos dice exactamente lo que nuestro Padre eterno ha hecho por nosotros.

Las Escrituras dicen: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío” (Ez. 33:11). “No queriendo que ninguno perezca” (2 Ped. 3:9). No hay ningún fundamento para la doble predestinación de Calvino. Dios no nos designó para sufrir la ira. Dios no creó a Adán y Eva para que los pudiera condenar. Aunque nuestros padres perdieron el paraíso a causa de su rebelión, Dios en su amor fiel prometió un Salvador del pecado. Esa promesa ha sido cumplida en Jesús. Dios quiere que recibamos la salvación por medio de Jesús.

Nuestro texto nos dice que la salvación ya es nuestra en Cristo. No podemos pagar por nuestra salvación; no la podemos ganar; no podemos trabajar por ella. Jesús ya la ha logrado. La muerte del Dios hombre rescató plenamente al mundo (2 Cor. 5:19). Jesús satisfizo las demandas de la justicia divina. Su vida es el ejemplo perfecto de obedecer la voluntad de Dios. Es el pago perfecto de lo que la ley exige a causa del pecado. Todo esto Jesús lo hizo como un substituto voluntario. Él murió por nosotros.

El resultado glorioso (cláusula ινα) es la confianza de saber que viviremos eternamente con él. Pablo en realidad está terminando un pensamiento que comenzó ya en el capítulo 4, versículos 13-18, que demuestra que el texto está conectado estrechamente con el texto

de la semana anterior. Resulta impresionante leer en el versículo 10 que vivimos con aquel que murió por nosotros. Sólo por medio de la muerte de Jesús que cubre todo podemos tener esa vida. Ésa es la confianza del cristiano. Y esta confianza nos motivará y nos alegrará mientras esperamos ansiosamente el día de su regreso.

Sugerencias homiléticas

El enfoque de este sermón dependerá de lo que el predicador ha presentado en esta serie. Durante la temporada de los últimos tiempos, necesitamos planear cuidadosamente cómo encajan las semanas, o los sermones sonarán como un disco roto para los oyentes. ¿Qué aspecto del regreso de Cristo es especial en este texto? ¿Qué ánimo único se da al cristiano? ¿En qué forma es esta lectura distinta de la semana pasada y de la semana entrante?

Hagamos un breve análisis de los versículos para centrarnos:

- vv. 1-3 - los tiempos son inciertos pero no el regreso
- vv. 4-5 - en vista de esto, los cristianos somos diferentes
- vv. 6-8 - esta diferencia se ve en nuestro comportamiento; tenemos esperanza
- vv. 9-10 - la causa confiable de nuestra esperanza es Cristo
- v. 11 - los cristianos se animan los unos a los otros.

Este texto parece ofrecer al predicador un énfasis triple: (1) Alegrarnos por la certeza de su regreso. (2) Nos motiva a vivir cada día en esta certeza. Seremos diferentes. (3) Animar a nuestros miembros y a nosotros mismos a esperar este regreso con confianza y esperanza. El primer esquema sigue este modelo. No se incluye la idea del día del Juicio Final en este esquema a propósito. Puede agregarse fácilmente en la introducción sobre el regreso de Cristo. No obstante, si tres de cuatro sermones se centran en el Día del Señor, omitir cualquier referencia directa podría servir para despertar el interés y ampliar la aplicación.

El segundo esquema presenta una aproximación de actualidad. El último esquema enfatiza el contentamiento del cristiano con una revelación bíblica. No debemos hacer preguntas acerca de las cosas que Dios no nos ha revelado. Una introducción para este esquema podría desarrollarse respecto a todas las sectas que tratan de determinar la fecha o el lugar exacto de su regreso. ¡Qué tontería! ¡No pregunten! ¡No se preocupen! Podemos animarnos con lo que Dios nos ha revelado. Sabemos “perfectamente” (αὐτοὶ γὰρ ἀκριβῶς).

¡Cristianos, anímense los unos a los otros!

1. Estén preparados (vv. 1-3)
2. Sean diferentes (vv. 4-8)
3. Tengan confianza (vv. 9-10)

Preparémonos para el día del Señor

1. Será un día de destrucción (vv. 1-3)
2. Será un día de rescate (vv. 9-11)

Dios nos revela todo lo que necesitamos saber

1. Acerca del regreso de nuestro Salvador (vv. 1-3)
2. Acerca de nuestras preparaciones (vv. 4-8)
3. Acerca de nuestra redención (vv. 9-11)

VIGESIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Malaquías 2:1-10

Epístola - 1 Tesalonicenses 2:8-13

Evangelio - Mateo 24:15-28

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, Malaquías 2:1-10, es un reproche para los sacerdotes de Israel. Según las instrucciones originales de Dios para la tribu sacerdotal de Leví, un sacerdote debía ser un mensajero fiel del Señor que instruiría al pueblo en los caminos y el conocimiento del Señor, alejándolos de los pecados para llevarlos a la vida eterna. Un sacerdote que se aleja de la verdad hace que muchos se tropiecen y se acarrea la desgracia y la condenación.

La lectura de la Epístola, 1 Tesalonicenses 2:8-13, describe a los sacerdotes fieles que diligentemente cuidan del pueblo de Dios. Pablo hace otra referencia al celo, afecto y a la fidelidad de los apóstoles que trabajaron entre ellos. La predicación fiel del evangelio de un pastor producirá resultados en los corazones y en las vidas de su pueblo.

En la lectura del Evangelio, Mateo 24:15-28, Jesús habla de la destrucción venidera de Jerusalén y también del fin del mundo. En ambos acontecimientos, el pueblo de Dios debe estar alerta de los falsos profetas que buscan engañar y confundirnos en tiempos difíciles. Nuestro único consuelo en tiempos difíciles de los últimos días será siempre el evangelio eterno de Cristo.

Las lecturas para este domingo enfatizan la necesidad de una predicación fiel de la palabra de Dios, especialmente mientras los últimos tiempos se aproximan. Cada cristiano quiere estar preparado para la segunda venida de Cristo. Para estar alerta debemos ser capaces de discernir entre el evangelio verdadero y los evangelios falsos que nos adormecen.

El texto - 1 Tesalonicenses 2:8-13

Estos versículos hablan del afecto y la preocupación que un pastor fiel tendrá por su congregación. En el versículo anterior a este texto Pablo describió el cuidado de los apóstoles como “una nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos”. Si hay alguna duda en la congregación de Tesalónica sobre los motivos o las ambiciones de Pablo y sus

asistentes, Pablo busca ahora poner fin a esas sospechas. Su sinceridad y afecto fueron obvios para todos los que los vieron y los oyeron.

v. 8 - Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregarnos no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos.

Pablo y sus asistentes sentían cariño (ὀμειρόμενοι) por estas personas como una madre lo tiene hacia su hijo (v. 7). Ellos compartieron lo que tenían, es decir, “el evangelio de Dios”, las buenas nuevas de la salvación por medio de Jesucristo. Hasta compartieron sus “vidas” (ψυχάς) con ellos. Estaban dispuestos a sufrir grandes dificultades y hasta la muerte, si fuera necesario, por el bienestar espiritual de la congregación. Estas palabras expresan un amor genuino por las almas que solamente Dios el Espíritu Santo puede producir en el corazón (Gál. 5:22; Efe. 3:16-19). Este vínculo estrecho del amor cristiano (ἀγάπη) no es egoísta, sino desinteresado.

Un pastor fiel tendrá el bienestar de las almas de su pueblo en mente todo el tiempo. Habrá muchas dificultades y distracciones en el camino, pero Dios dará a sus ministros la fortaleza y la perseverancia para que cumplan fielmente su obra de “supervisores” (1 Tim. 1:12-14; 2 Cor. 1:3-7; 1 Cor. 9:22-23).

v. 9 - Porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios.

La obra del ministerio involucra una labor extenuante. Mientras Pablo permitió que un ministro tuviera derecho de recibir de su congregación una compensación para vivir, él mismo frecuentemente no hizo valer estos derechos (1 Cor. 9:15-18). En Tesalónica, como en Corinto, no quiso ser una carga para sus oyentes a fin de que no lo acusaran de codicia (2 Cor. 11:9). Al contrario, muchas veces trabajó en otro campo para sostenerse al mismo tiempo que desempeñaba su ministerio (Hechos 20:34; 1 Cor. 4:12). Debíó haber sido muy obvio a todos sus oyentes que él y sus asistentes no tenían ningún deseo de quitarles, sino sólo de darles, y que no debían catalogarlo como los charlatanes itinerantes de la época.

El propósito central del ministerio es “predicar el evangelio de Dios”. “Predicar” (κηρύσσειν) es desempeñar la función de un heraldo, alguien que proclama fuerte y con exactitud un mensaje que provenía de una autoridad superior. No se atreve a desviarse ni a cambiar ese mensaje de ninguna manera. Pablo nunca se atribuyó ser el autor o el inventor de su mensaje, sino sólo un instrumento del Espíritu Santo (1 Cor. 2:1-5). El mensaje se lo reveló Dios, y él lo comunicó fielmente a sus oyentes.

Los ministros fieles todavía buscan predicar solamente la pura palabra de Dios, y no las opiniones y filosofías de los hombres (Jer. 23:28). Ésta debe ser la mayor prioridad. El

deseo de la carne de llevar una vida cómoda y desahogada puede retar esta prioridad, pero Dios da a sus siervos la fortaleza para llevar a cabo la obra más importante incluso frente a grandes dificultades (2 Cor. 12:7-10).

v. 10 - Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes;

Pablo no está jactándose. Simplemente apela a los testigos que saben y han visto la sinceridad de los apóstoles. Los hombres pueden dar testimonio de las acciones y del comportamiento. Dios testifica al corazón y sus motivos. Estos testigos tienen que confesar que los misioneros llevaban una vida agradable a Dios (ὁσίως), obedeciendo las normas de Dios (δικαίως) y por consiguiente nadie podía culparlos (ἀμέμπτως).

Aquí tenemos un excelente ejemplo para todos los obreros llamados del ministerio. Si los ministros van a predicar las buenas nuevas y van a exhortar a sus oyentes a llevar vidas dignas de Dios (v. 12), entonces ellos mismos deben estar por encima de cualquier reproche. De otra manera, “verán las acciones y olvidarán las palabras”. Los creyentes podrán ver la sinceridad de sus ministros por la manera en que viven.

vv. 11,12 - Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria.

Ahora Pablo usa un ejemplo terrenal para calificar su ministerio. La relación que tenía con los tesalonicenses no era de amo y esclavo ni de rey y súbdito, sino la de un padre con sus hijos, una relación caracterizada por la amabilidad y ternura. El término “hijos” (τέκνα) indica la necesidad de cuidado y crecimiento por parte de la congregación.

Como un padre guía a sus hijos con ternura por el camino de la vida, de la misma manera los tesalonicenses ven que los apóstoles estaban exhortando (παρακαλοῦντες), consolando (παραμυθοῦμενοι) y testificando (μαρτυρούμενοι) a sus hijos espirituales en la congregación. Todo esto sirvió para animarlos a crecer en la santificación, para que pudieran andar como es “digno” (ἄξίως) de Dios (Efe. 4:1; Fil. 1:27; Col. 1:10). El fiel pastor no sólo predica las buenas nuevas de la justificación a sus miembros, sino que también los exhorta a seguir una vida de santificación en vista del evangelio. Los hijos de Dios buscan honrar a aquel que lo ha llamado a su reino por medio de la gracia (1 Cor. 6:19-20; 1 Ped. 2:9).

La fuerza motivadora de la vida cristiana de santificación siempre debe ser la llamada misericordiosa de Dios a su reino, la llamada del evangelio que produce la fe en nuestros corazones para creer en Jesucristo como nuestro Salvador. Esa fe que da Dios se manifiesta en pensamientos, palabras y obras que agradan a Dios (1 Ped. 1:15; 5:10). A medida que el pueblo de Dios camine por esta vida, tiene constantemente la meta ante sus ojos. Dios les ha prometido la corona de la vida y un reino eterno de gloria (Apoc.

2:10; Heb. 11:10; 2 Cor. 5:1-5). El pastor fiel constantemente estará preparando a su rebaño para la venida final y gloriosa de Cristo por medio de la predicación del evangelio y la amonestación evangélica ferviente de permanecer firmes en su fe.

v. 13 - Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.

El ministerio puede implicar mucho trabajo arduo y difícil, pero también tiene gozos innumerables. Aquí Pablo da gracias a Dios por el efecto del evangelio en su congregación, como lo hace en las otras cartas acerca de las otras congregaciones (Fil. 1:3-6; Col. 1:3). Estas personas no sólo escucharon la palabra de Dios con sus oídos, sino que también reconocieron a Dios como el autor y como el que había enviado este mensaje. La palabra de Dios había obrado esta convicción en ellos, así como había obrado su fe en Jesús (Rom. 10:17).

Qué gozo es para un ministro del evangelio observar la obra de la palabra poderosa en su congregación, ver el gozo en Cristo y los frutos de fe. Aquel que predica y enseña la verdad del evangelio puede ver de primera mano que es el “poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree” (Rom. 1:16). Los ministros fieles dan gracias a Dios por darles este gozo de usar el poder del evangelio para llevar a las personas el más grande regalo que Dios ofrece, la vida eterna por medio de Cristo. No hay mayor llamamiento en este mundo que ser “embajador en nombre de Cristo” (2 Cor. 5:20).

Sugerencias homiléticas

Los textos de los cuatro domingos anteriores, todos tomados de esta carta a los Tesalonicenses, conducen al año eclesiástico que finaliza poniendo énfasis en la fe y la esperanza que Dios ha dado a su pueblo en vista de la muerte y mientras los últimos días se aproximen. Para que el rebaño pueda permanecer fiel, es necesario que sea cuidado por pastores fieles que trabajen diligentemente en su ministerio sin que ellos mismos sean víctimas de las pruebas y tentaciones que los rodean.

En los últimos tiempos los falsos profetas abundarán. En este texto nuestro Señor nos enseña a reconocer y apreciar a los pastores, maestros, misioneros y otros siervos públicos fieles de la palabra que están firmes en esta palabra y trabajan muchas horas por el bienestar espiritual de su pueblo. Recordemos que es nuestro Señor ascendido quien “constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efe. 4:11-13).

Este texto podría usarse como una oración de acción de gracias a Dios por los pastores fieles:

Demos gracias a Dios por los pastores fieles

1. Fieles a la palabra de Dios (vv. 9b, 13)
2. Fieles al rebaño (vv. 8,9a,10-12)

La primera parte podría enfatizar el mensaje del evangelio y el poder del mensaje en el corazón pecaminoso humano. Ningún verdadero ministerio puede usar otra herramienta y todavía tener éxito a la vista de Dios. La segunda parte podría recordar la diligencia y la energía que Dios da a sus ministros a medida que cumplan con esta obra. En esta parte estaría incluido el afecto cariñoso que siente por las almas y la amonestación evangélica que caracterizan un verdadero ministro.

Otra manera de presentar este texto sería la imagen de un ejército que está firme detrás de su general en la batalla. Los últimos tiempos están llenos de peligros que amenazan al pueblo de Dios. Buscamos el liderazgo fiel que da Dios en esos momentos. Se podría hacer la distinción entre el liderazgo secular y el liderazgo espiritual y la importancia de este último en tiempos turbulentos:

¡Apoyen a sus pastores fieles!

1. Ellos velan por sus almas (vv. 8b, 9a, 10-12)
2. Ellos poseen la única arma que da la victoria final (8a,9,13)

La primera parte enfatizaría el celo desinteresado y la preocupación que un verdadero ministro demuestra por las almas angustiadas. La segunda parte nos recordaría que la única arma con la cual podemos vencer a nuestros enemigos espirituales es la poderosa palabra de Dios, la “espada del Espíritu”. Hay que escuchar y usar esta palabra para ganar la victoria sobre el diablo, el mundo y nuestra propia carne.

Este texto también se presta para describir la obra del ministerio en comparación con otras profesiones, tal vez poniendo énfasis sobre el reclutamiento de futuros obreros:

¿Quieres ser ministro de Cristo?

1. ¿Tienes un amor ferviente por las almas? (vv. 8,9)
2. ¿Deseas predicar el evangelio? (vv. 8a, 9b)
3. ¿Quieres ayudar a las personas a crecer? (vv. 10-12)
4. ¿Quieres experimentar los gozos más grandes en la tierra? (v. 13)

Estas cuatro preguntas están arraigadas en el evangelio. Las respuestas a esas preguntas deben proceder de un corazón lleno de amor por Cristo. El pensamiento principal es que el ministerio, aunque es muy exigente y da pocas recompensas materiales, es una labor gozosa de amor por Cristo. No puede compararse con ninguna profesión secular. Prepara a las personas para la vida tal como es y tal como será por toda la eternidad. En estos

tiempos la necesidad de pastores fieles que cuiden al rebaño es mayor que nunca antes.

VIGESIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Jeremías 25:30-32

Epístola - 1 Tesalonicenses 1:3-10

Evangelio - Mateo 25:31-46

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento para el penúltimo domingo del año eclesiástico es Jeremías 25:30-32. Es el pronunciamiento de la ira y el juicio del Señor contra todas las naciones. Dios vendrá rugiendo y traerá juicio contra toda la humanidad. Es una imagen aterradora que describe el juicio de los incrédulos.

1 Tesalonicenses 1:3-10 es la Epístola para este domingo. Es la respuesta de acción de gracias de Pablo al escuchar que los tesalonicenses han permanecido fieles a pesar de la persecución. Pablo recuerda gozosamente el tiempo que pasó entre ellos, animado por el comportamiento Cristiano ejemplar de ellos.

La lectura del Evangelio es Mateo 25:31-46, la misma que se encuentra en la perícopa de los Evangelios históricos para este domingo. Jesús describe el juicio en términos de un hombre que separa los cabritos de las ovejas. Las ovejas de Jesús son aquellos que han cumplido con la voluntad de él. Los cabritos son aquellos que no la han hecho. El juicio de Jesús no se basa en las obras. Las obras son la evidencia externa de lo que Jesús sabe que hay en el corazón.

Estas lecciones se combinan para centrarnos en el fin de todas las cosas, que culminará cuando el Señor juzgue toda carne. Para los incrédulos será un acontecimiento horroroso. Para los creyentes será puro gozo. Por eso, la fe en Cristo nos motiva a vivir como el pueblo de Dios mientras esperamos ansiosamente el regreso de Jesús. Y por medio de esa fe en Jesús, podemos estar seguros de que tenemos el regalo divino de la vida eterna.

Algunos de los versículos de este texto ya han servido como textos para el vigesimosegundo y el vigesimotercer domingos después de Pentecostés. El uso del texto aquí parece enfatizar la vida de santificación del cristiano en vista del regreso inminente de Jesús. El texto sirve como una exhortación a permanecer firmes en la fe y a compartirla con otros en un tiempo en que parece ser inminente el fin.

El texto - 1 Tesalonicenses 1:3-9

Pablo no pudo quedarse mucho tiempo en Tesalónica. Una feroz persecución por parte de los judíos lo obligó a salir del pueblo después de una respuesta rápida y positiva a la predicación del Cristo crucificado. Pero Pablo se preguntó: “¿Cómo les va a esos jóvenes cristianos?”. Para tener una respuesta Pablo envió a Timoteo desde Atenas a Tesalónica. El informe que Timoteo trajo llenó de gozo y alivio el corazón de Pablo respecto a los tesalonicenses, y de gratitud hacia Dios. Con regocijo, entonces, Pablo escribió esta carta a la “iglesia de Tesalónica”.

Después de dos versículos de salutación y unas palabras de agradecimiento, Pablo comienza a recordar los resultados benditos que Dios derramó sobre la obra que se realizó en Tesalónica:

v. 3 - Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.

Pablo empieza por hablar de uno de los gozos más grandes del ministerio, recordar a los fieles a quienes un pastor predicó. Este grupo en particular de santos recibe grandes alabanzas del apóstol, mientras él recuerda sus obras ante Dios el Padre.

Pablo expresa los recuerdos usando tres pares de genitivos. El primero en cada par es el complemento genitivo del verbo (μνημονεύοντες, participio presente de μνημονεύω). Esas tres palabras, ἔργου, κόπου y ὑπομονῆς, aparecen en el mismo orden en Apoc. 2:2, cuando el Hijo del Hombre halaga a la iglesia en Éfeso.

El segundo genitivo en los pares, πίστεως, ἀγάπης y ἐλπίδος son descriptivos o adjetivales, que describen qué tipo de trabajo, labor o perseverancia los tesalonicenses habían hecho.

El término general para “trabajo” o “negocio” es ἔργον, que se centra en el hecho mismo, mientras κόπος enfatiza la idea de “labor”, “trabajo duro” y la fatiga que resulta de ello. La perseverancia, (ὑπομονή), por su uso en el Nuevo Testamento, al igual que ἀγάπη, llegaron a estar estrechamente asociadas con una virtud de manera muy particular cristiana. La Nueva Versión Internacional decidió insertar tres verbos diferentes con estos genitivos para traducir las frases (“obra realizada por”, “trabajo motivado por” “constancia sostenida por”).

La fe, el amor y la esperanza, que resultaron de la obra del Espíritu entre ellos, les permitió producir frutos visibles en sus vidas. Ese comportamiento fue una respuesta directa a lo que su Señor Jesucristo había hecho por ellos. Él es la mayor causa y motivación para todo lo que el cristiano haga.

Con este texto escogido para el fin del año eclesiástico, el pensamiento de la perseverancia del cristiano “inspirada por la esperanza en nuestro Señor Jesucristo” necesita enfatizarse. La esperanza del cristiano de la vida eterna y del regreso de Jesús ayuda a balancear toda la dificultad y persecución que viene con esta vida. Pablo recordó esto a los tesalonicenses mientras enfrentaba pruebas y tribulaciones.

vv. 4,5 - Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros.

¡Qué consuelo debió haber sido para aquellos cristianos sentir la confianza de que eran amados y escogidos por Dios mientras enfrentaban la oposición de los judíos! Pablo hizo una referencia más extensa sobre la doctrina de la elección en un contexto similar en el primer capítulo de la Carta a los Efesios. Una vez más, éste es un gran consuelo para los creyentes al considerar la realidad constante del fin venidero de sus vidas o del fin de todo.

Este amor de Dios por los tesalonicenses y por todos sus elegidos es eficaz. Él hizo la elección desde la eternidad, y luego cumplió su amor en el tiempo. Esa buena noticia fue, y es, la “dinamita” de Dios en acción (Rom. 1:16).

Cuando Pablo predicó a Jesucristo, los tesalonicenses recibieron el mensaje con una profunda convicción (πληροφορία). El Espíritu Santo les permitió hacer lo imposible, tomar el evangelio seriamente y reflejarlo en sus vidas. Sin el Espíritu, no habrían sucedido ni la aceptación ni la convicción.

Había filósofos itinerantes en aquellos tiempos que “predicaban” sus teorías sobre la vida, cobraban a sus oyentes por los consejos que les daban y seguían a mejores lugares. Éste no fue el método de los apóstoles de Jesús en sus viajes misioneros. Ellos se preocuparon por ganar almas para el beneficio eterno de esas mismas almas. La exhortación para el ministerio del evangelio de hoy es seguir ese modelo con respecto a su propio ministerio.

v. 6 - Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo.

Pablo había animado a los efesios a ser “imitadores de Dios” (Efe. 5:1-2) en sus nuevas vidas como cristianos. Igualmente, Pedro animó a los elegidos de Dios a seguir el ejemplo de Cristo (1 Ped. 2:21) como parte de su llamamiento. En cuanto a los tesalonicenses, Pablo podía regocijarse al saber que ellos estaban aceptando este reto. Habían comenzado a imitar al Señor como un reflejo del ejemplo de Pablo.

Los cristianos en Tesalónica hicieron esto a pesar de la persecución. Frecuentemente los

cristianos, tanto jóvenes como ancianos, ceden a las presiones de sus semejantes: “¿Cómo puedes ser tan anticuado? ¿Realmente crees todo lo que esa Biblia anticuada dice?”. Los pastores también están tentados a ceder en áreas como el compañerismo, la comunión cerrada, los scouts o las logias, esperando atraer a más miembros. Al contrario, presentemos el ejemplo que nunca cambia de nuestro Señor y pidamos la fortaleza del Espíritu para poder imitar ese ejemplo.

Al igual que los tesalonicenses, habrá aquellos que reciban el mensaje bíblico con gran gozo. Ese regocijo es obra del Espíritu Santo que convierte a la persona y lo lleva a considerar la verdad de las Escrituras como el tesoro más apreciado.

v. 7 - De tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído.

Qué gozo ha de haber llenado el corazón de Pablo cuando se enteró del ejemplo del comportamiento (τύπος) de los tesalonicenses. El sustantivo τύπος viene de un verbo que significa “golpear”. El τύπος fue la impresión, o la imagen, formada por el impacto. Esta palabra se usó para un molde o una forma (Rom. 6:17), y finalmente, como aquí, para describir un ejemplo o un modelo. Los tesalonicenses, aunque eran cristianos espiritualmente jóvenes, eran personas que los demás harían bien en imitar.

El uso del ejemplo de otros es algo positivo. Pablo no estaba fomentando una competencia espiritual ni la santurronería. Pablo es como el maestro de arte que señala a los maestros clásicos para que sus alumnos puedan seguir un buen ejemplo.

Podemos destacar ejemplos positivos de nuestros tiempos. Podemos recordar lo que los santos en nuestros campos misioneros tienen que soportar por causa de Cristo. Podemos considerar a las personas que no piensan dos veces en hacer un largo viaje para tener el privilegio de adorar al Salvador. Es emocionante ver cómo el evangelio se siembra en los corazones y motiva a las personas, y los tesalonicenses eran un ejemplo de eso.

vv. 8-10 - Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.

El verbo “divulgar” (ἐξήχεται, de ἐξηχέομαι) se usó para describir el sonido de una trompeta o de un trueno, un eco que repercute. Los tesalonicenses divulgaron el mensaje de la redención. Las personas en todas partes escucharon el sonido bendito. El ejemplo de ellos era tal que Pablo no tuvo que hablar a otros acerca de los tesalonicenses. La gente en todas partes ya había escuchado de ellos. La evidencia de esto se vio en que otros estaban diciendo a Pablo cómo lo recibieron los tesalonicenses, y cómo habían sido

convertidos de sus ídolos sin vida al “único Dios vivo y verdadero”.

Había muchos ídolos de todas las culturas y de todos los países de los cuales se podían escoger. Los tesalonicenses, no obstante, ahora conocían al Dios trino de la Biblia. En nuestra época se pensaría que la decisión sería obvia, y no obstante vemos el crecimiento rápido entre los seguidores de tales ídolos como Buda o Alá, y los dioses falsos de las sectas. Además vemos cómo el hombre y el dinero son elevados a la posición de dioses por las religiones del humanismo y el materialismo. Finalmente, es como Lutero explicó en el Primer Mandamiento del Catecismo Mayor: “En aquello en que tengas tu corazón, digo, en aquello en que te confíes, eso será propiamente tu Dios”. Todavía hay gran número de personas que necesitan convertirse de sus ídolos al Dios verdadero.

Y la importancia de ese cambio se enfatiza una vez más en el inminente regreso de Jesús. Él vino a este mundo una vez. Llevó una vida perfecta y murió una muerte perfecta. En la madrugada de la Pascua el Padre lo resucitó para demostrar que su ira se había aplacado de una vez por todas por medio de Cristo. El perdón y la vida ahora están a disposición de todos. Por lo tanto, cuando Jesús vuelva no hay ninguna necesidad para que el creyente tenga miedo. Pero, para el incrédulo habrá mucho terror, porque él confió en sí mismo o en dioses falsos en vez de Jesús. Y sus ídolos no podrán ayudarlo.

Los versículos 9 y 10 nos proveen dos palabras que describen muy bien la vida del cristiano en este mundo. Debemos pasar nuestro tiempo sirviendo (*δουλεύειν*) a Dios y esperando (*ἀναμένειν*) a Jesucristo. No es un asunto de esperar y no hacer nada. Ése fue un recordatorio que los tesalonicenses iban a necesitar escuchar otra vez más adelante (2 Tes. 3:6-15). Es una exhortación que Pablo enseñó y vivió: “Para mí, el vivir es Cristo y el morir, ganancia” (Fil. 1:21). Y en vista de que finaliza el año eclesiástico, pedimos a Dios que nos ayude a ser personas que siempre estén sirviendo y esperando.

Sugerencias homiléticas

Cuando Pablo pensaba en la obra en Tesalónica, se acordaba de muchas cosas. Al acercarnos al fin del año eclesiástico (o podríamos decir del año civil, o el año escolar según el caso), nosotros también tenemos muchos recordatorios. Frecuentemente los pensamientos se centrarán en nuestras fallas y nuestras pérdidas. Estos versículos de Primera de Tesalonicenses nos ayudarán a centrarnos en las cosas positivas que Dios ha traído a nuestras vidas, cosas que nunca podrían ser una realidad para nosotros por nuestros propios esfuerzos.

Con estos pensamientos en mente, podríamos hacer un esquema de tres partes bajo este tema:

Recuerden lo que Dios ha hecho posible

1. En amor, fueron escogidos por él (vv. 4-5a)
2. De buena voluntad, pueden imitarlo (vv. 3;5b-9)

3. Lo pueden esperar con ánimo (v. 10)

La primera parte enfatizaría la doctrina de la elección de gracia de Dios. Nos hizo suyos desde la eternidad, y ahora en el tiempo nos ha llamado por medio de la obra del Espíritu Santo a través del evangelio. Todo esto es un asunto del amor no merecido. Nuestros pecados no nos hacen atractivos ante un Dios puro y santo. Pero, su amor nos escogió para una gloria eterna.

En la segunda parte el énfasis está en la exhortación a ser imitadores del Señor. Pablo fue un buen ejemplo para los tesalonicenses. Ellos fueron un buen ejemplo para sus hermanos creyentes gentiles en Grecia y en otras partes. Ambos ejemplos sirven para edificarnos. El modelo de Dios incluye las virtudes cristianas mencionadas en el versículo tres de este texto, así como las características de permanecer firmes en las persecuciones, compartir el evangelio y guardar el Primer Mandamiento. Éstas son las cosas que el cristiano quiere hacer ahora, por iniciativa del Espíritu Santo — en oposición directa a la voluntad del viejo Adán. Como hijos de Dios, debemos ser semejantes a nuestro Padre. Entonces ésta será nuestra meta, con la mirada puesta siempre en la vida eterna.

Por último, la tercera parte habla de nuestro anhelo del regreso de Jesús. Lo justo sería que estuviéramos aterrorizados de ese acontecimiento a causa de nuestros pecados, pero la justicia y resurrección de Cristo nos dan confianza. Ahora ya gozamos del rescate de la culpabilidad y del castigo del pecado en la forma de su promesa. Pero nuestra redención será plena cuando él vuelva para llevarnos a nuestro hogar celestial. En un sentido correcto, entonces, el cristiano no puede esperar a que llegue ese día.

Dos otros posibles esquemas se centran en las palabras “sirven” y “esperan”.

La vida cristiana, una vida de servicio y de espera

1. Escogidos y capacitados para ser hijos de Dios (vv. 3-5a)
2. Siguiendo y dando buenos ejemplos (vv. 5b-9)
3. Esperando y deseando el regreso de Jesús (v. 10)

Otro esquema similar de dos partes sería:

Esperamos el fin de los tiempos

1. Sirvamos a Dios como su pueblo escogido (vv. 3-9)
2. Esperemos el regreso de Jesús como su pueblo rescatado (v.10)

ÚLTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

Las Escrituras

Antiguo Testamento—Ezequiel 34:11–16, 23, 24

Epístola—1 Corintios 15:20–28

Evangelio—Mateo 25:1–13

El año eclesiástico

Todos los tiempos desde la venida de Cristo son “los últimos días”. La lectura del Antiguo Testamento, Ezequiel 34:11-16, 23, 24, profetiza de la gente que regresa a la tierra prometida y es pastoreada por el siervo del Señor, David. También nos instruye sobre “los días postreros”. La profecía se cumplirá perfectamente para la iglesia en el cielo, y eso también hace que sea una lectura apropiada para este domingo.

Al instruir sobre el “fin”, la Epístola, 1 Corintios 15:20-28, es apropiada para el último domingo del año eclesiástico. Ilumina, anima y eleva. El “pastor” de la lectura del Antiguo Testamento aquí es “la primicias de los que durmieron” y el que ahora reina y destruirá todas las fuerzas que sean hostiles a la iglesia.

Si ha habido una historia con poder que incite a la acción, es el Evangelio, Mateo 25:1-13. El “pastor” y “las primicias de los que durmieron” de las otras lecturas aquí se representa como el novio de la iglesia, y está en camino. No queremos perdernos la boda, de la cual el día y la ahora no son seguras. Querremos vigilar y estar preparados.

El Texto - 1 Corintios 15:20–28

Las congregaciones cristianas no son externamente perfectas. Entre los numerosos problemas en la congregación de Corinto había uno con respecto a la resurrección de entre los muertos. Algunos entre ellos afirmaban que no había resurrección (15:12). Por las palabras de Pablo en el capítulo 15:12-19 no parece que necesariamente hayan estado negando la resurrección de Cristo. El Dr. Philipp Bachmann escribió: “Los que dudaban en Corinto declararon que la resurrección era imposible porque era contraria a la naturaleza, y consideraban la resurrección de Cristo un acontecimiento aislado con el cual no podían relacionar ninguna consecuencia para nadie más”.

En el transcurso de revelar la verdad acerca de la resurrección, el apóstol Pablo aborda varias otras doctrinas importantes: el fin del mundo; la victoria final de Cristo sobre la muerte y las fuerzas de Satanás; el fin de un reino y el comienzo de otro.

v. 20—Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

Las primeras palabras de Pablo, *vivì δὲ*, señalan sus conclusiones preliminares (ver 1 Co 12:18; 14:6). Hablará más sobre el asunto, pero ya llega a algunas conclusiones definitivas. ¿Y qué puede ser más definitivo que el hecho de que Cristo ha sido resucitado de los muertos? El contraste esperanzador que el apóstol puede presentar contra la falsa enseñanza lo arrastra en una corriente de celo y gozo, un espíritu que no podemos sino comunicar al presentar estas palabras.

Cristo, el Ungido del Señor, el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento— el antitipo de los profetas, sacerdotes, reyes, sacrificios, rituales y fiestas del Antiguo Testamento—había sido resucitado de los muertos. Pablo podría estar diciendo: “Sólo mencioné esto, antes en el capítulo 6:14, cuando les recordé que sus cuerpos son hechos y están destinados no sólo para emociones de mal gusto, sino que ahora quiero contarles todo acerca de ello. Resucitó de los muertos, Cristo es las primicias (*ἀπαρχή*) de los que durmieron (*κεκοιμημένων*)”. Pablo escribe en prosa poética, hermosa y evocativa. “Las primicias” recuerda el uso de Jesús de la palabra “la siega” para el fin del mundo en Mateo 13:39. “Dormir”, así llamó Israel a la muerte (Ge 47:30; Dt 31:16), lo que el Salvador la llamó (Mt 9:24; Jn 11:13), Lucas (Hch 7:60), Juan (Hch 13:36), Pedro (2 Pe 3:4) y Pablo en muchas otras ocasiones (1 Co 7:39; 11:30; 15:6, 51) la llamó. Así nosotros también podemos referirnos a la muerte de un cristiano como un “sueño”. La resurrección de Cristo no es un acontecimiento aislado. Tiene consecuencias eternas para todo creyente. Debido a las buenas primicias, habrá una buena cosecha.

v. 21—Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.

Mientras el versículo anterior habla de dormir, este versículo habla de la muerte (*θάνατος*). La diferencia es significativa. En este versículo tenemos una clara división de ley y evangelio. La primera parte del versículo es una palabra de muerte. La muerte vino por un hombre. Conocemos al hombre. Sabemos en dónde ocurrió. Conocemos las palabras: “el día que de él comieres, ciertamente morirás”— no dormir, “morirás”. El apóstol tiene que enseñarnos algo de historia bíblica elemental. Y da en el blanco. Está de acuerdo con nuestra conciencia. Es lo que todos sospechamos y tememos.

Por otro lado, el apóstol revela algo totalmente inesperado, algo que nuestras conciencias no conocen y no podríamos habernos imaginado ni en nuestros sueños más fantásticos, es decir, la resurrección de los muertos por un hombre. Éste es evangelio de principio a fin. No hay condiciones. No hay dudas. La resurrección de los muertos también viene por medio de un hombre. ¿Quién es ese hombre?

v. 22—Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.

Otra vez, el marcado contraste de ley y evangelio. Otra vez, una lección del Antiguo Testamento. Otra vez, una lección sobre la misión de Cristo. La muerte no es un sustantivo aquí, como en el versículo anterior. Es un verbo (ἀποθνήσκω), algo que todos experimentan. No tiene piedad. Es universalmente verdad. Pero también es verdad que “en Cristo todos serán vivificados”. Cristo hará algo maravilloso, hará que el hombre viva después de la muerte. El hombre mortal tiene restaurada en Cristo la promesa de la inmortalidad. Y bienaventurados los que no han visto y sin embargo han creído.

No hay ninguna bendición para los que niegan la resurrección o exigen prueba visible de ella. Se debe creer. Pablo no entra en este aspecto aquí, sin embargo al afirmar sencillamente la promesa, despeja cualquier duda y falsa enseñanza y crea y fortalece la fe.

v. 23—Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida.

La imagen de Cristo como “las primicias” de los que durmieron todavía es útil para Pablo mientras sigue mencionando el tiempo de la resurrección. Ya ha afirmado el hecho. Buscamos ansiosamente información acerca de un asunto tan importante como lo es éste. Hay mucha demanda para la escatología.

Tenemos respuestas, pero no para cada pregunta. La resurrección sucederá cuando venga Cristo. Παρουσία se usaba para la llegada de dignatarios. ¡Qué apropiado para la segunda venida de Cristo, cuando venga como rey en las nubes con todos los ángeles! La resurrección de los muertos coincidirá con la παρουσία de Cristo. ¡Nuestros cuerpos saldrán del hoyo del sepulcro y el polvo de la tierra para darle la bienvenida a nuestro campeón que ha vencido por nosotros el pecado y la muerte!

Los cristianos, la cosecha de almas que deben ser vivificadas en el regreso de Cristo, son οἱ τοῦ Χριστοῦ, “los que son de Cristo”. Nuestro consuelo y seguridad están en saber que somos de Cristo, que pertenecemos a él. Él tiene cuidado de nosotros como una posesión valiosa. Pasajes como Marcos 9:41 y 2 Timoteo 2:19 lo demuestran.

v. 24—Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

El fin: palabras conocidas en el contexto de más peso. Será el fin de todos los enemigos que nos han amenazado y han buscado dominarnos—el fin del dominio de Satanás, el pecado, la muerte y toda miseria. Y para nosotros el fin marcará el comienzo—el comienzo del gozo, la bienaventuranza y la vida eterna con Cristo.

“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn 3:8). Pablo está diciendo lo mismo que dijo Juan, y muestra el significado de esto a hermanos

cristianos que están siendo amenazados por la falsa enseñanza. Jesús habló de la derrota de Satanás (Lc 10:17–20). El escritor a los Hebreos hace lo mismo (Heb 2:14; ver también Ro 8:38; Efe 1:21; 3:10; 6:12; Col 1:16; 2:10; 2:15).

v. 25—Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

Δεὶ es el griego para “es necesario” o “preciso es que él”. Pablo está seguro de esto. ¿Por qué?

v. 26—Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.

Hay muchos que dicen que la muerte es natural, o un equivalente lógico de la vida, que se basa en los ciclos de la naturaleza, pero la Biblia nos enseña que la muerte no es natural, que es algo que entró como resultado del pecado. La muerte es un enemigo. Pero la muerte es el último enemigo, el enemigo final. Tiene que ser destruido. Y gracias sean dadas a Dios, lo ha sido, ahora que Cristo ha resucitado de la muerte.

v. 27—Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas.

Aquí Pablo nos da la base de su certeza, es decir, el Salmo 110:1. Cristo tiene que reinar “hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Pablo estaba tan seguro como Cristo cuando dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Jn 3:14); o “Me es necesario hacer las obras del que me envió” (Jn 9:4); o, “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado” (Lc 4:43); o, “¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mt 26:54); o tan seguro como lo estaba Juan cuando escribió acerca de los discípulos: “Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos” (Jn 20:9). Dios no puede mentir. Nuestra fe se edifica en el lecho de roca de los apóstoles y profetas. Sin la revelación divina seríamos como niños llevados por todo viento de doctrina y especulación humana. La Escritura nos hace fuertes y seguros en nuestra fe y testigos seguros de la verdad.

Pablo señala que Dios no será puesto bajo los pies de Jesús. Al señalar la única excepción, sólo hace más enfática la regla. Al mismo tiempo Pablo quiere enseñarnos más acerca de la persona de Cristo y de Dios Padre. En dos lugares en el Artículo VIII de la Declaración Sólida de la Fórmula de Concordia (párrafos 55 y 70) y también en el Catálogo de testimonios de esa confesión (sección I) este pasaje se cita con referencia a las enseñanzas verdaderas bíblicas y luteranas acerca de la persona de Cristo y la comunicación de los atributos.

v. 28—Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo

se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

El apóstol nos da una vislumbre de la eternidad, una vislumbre más allá del reino de gracia al reino de gloria.

La frase ἐν πᾶσιν generalmente se considera un dativo de referencia. Así se traduciría al final del versículo 28 “referente a”, “en cuanto a” o “acerca de todas las cosas”, lo cual tiene mejor sentido que la traducción literal “en todos”.

Lutero comentó acerca de un versículo de este texto: “Porque el cristiano no tiene ningún gozo ni consuelo sino sólo en la vida venidera, cuando oye este artículo, que Cristo resucitó de la muerte, y que también lo resucitará a él y lo llevará de la muerte y toda infelicidad al gozo eterno” (Martin Luther, *Episteln-Auslegung*, Stuttgart: *Verlag der Evangelischen Buecherstiftung*, 1866, p. 332).

Este texto da el consuelo del cual habla Lutero. Encontramos nuestra mayor esperanza en el sometimiento de todas las cosas, inclusive de la muerte misma, a nuestro Salvador.

Sugerencias homiléticas

La duda, el temor y el pesimismo se adhieren aun a los cristianos debido a nuestra naturaleza humana pecaminosa. Y alrededor de nosotros no hay nada sino desesperación y pánico genuino, a pesar de los intentos de poner disfraces como filosofías de “come, bebe, alégrate” y racionalizaciones elocuentes. Como tantos montones de flores, finalmente sólo sirven para recordarnos la presencia del ataúd. ¡Hay mucha necesidad del mensaje de nuestro texto! Se sugieren los esquemas siguientes, la mayoría de ellos sintéticos:

Uno vencido, faltan dos por vencer

1. El pecado es conquistado; Cristo ha resucitado (vv. 20–23)
2. Los enemigos del evangelio sucumbirán (vv. 24, 25)
3. La muerte misma será destruida (vv. 26–28)

Como introducción el predicador puede comparar las misiones humanas de conquista con la del Rey Mesías, cuyo regreso es inminente.

Viene todavía lo mejor

1. La fuente de nuestro dolor es el pecado (vv. 20–26)
2. La fuente de nuestro gozo es Cristo, nuestro Salvador y Rey (vv. 20–28)

El poema de Browning, “Rabbi Ben Ezra” puede haber sido escrito más para alabar la ancianidad que la vida eterna, y se puede inclusive usar para demostrar el tipo de racionalismo del que se habló en el estudio del sermón, pero sus primeras líneas también pueden prestarse bien para presentar el texto.

Buenas primicias, buena cosecha

1. Cristo nuestro Señor es las primicias (vv. 20–23)
2. Seguirá una buena cosecha (vv. 23–28)

Con el día de Acción de Gracias y el último domingo en la Trinidad muy cercanos, debe ser fácil y natural hacer una introducción. “Naciones todas, alabad” (Culto Cristiano 185), sería un buen himno para el sermón.

DÍA DE LA REFORMA

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 5:1-11

Epístola - Apocalipsis 14:6,7

Evangelio - Mateo 11:12-15

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento para el día de la Reforma, Isaías 55:1-11, Dios afectuosa y tiernamente, aunque con urgencia, invita a las personas a venir y recibir el perdón completo y pleno de los pecados. Enfatiza que el tiempo para aceptar su oferta es limitado, y que su palabra es poderosa y eficaz para producir la respuesta deseada de la fe.

La lectura de la Epístola, Apocalipsis 14:6,7, presenta la imagen de los mensajeros de Dios que llevan la palabra de Dios por todo el mundo durante los últimos días del mundo. Éstas son noticias muy buenas, teniendo en cuenta que los últimos días también están llenos del crecimiento del anticristianismo y de poderes satánicos (Apoc. 12 y 13). Este texto frecuentemente se ha aplicado a la obra de Lutero en la Reforma.

En la lectura del Evangelio, Mateo 11:12-15, Jesús nos recuerda que las buenas nuevas del reino de Dios avanzan por todo el mundo por medio de los mensajeros dedicados que reciben fortaleza de Dios. Desde luego que los acontecimientos de la Reforma y los éxitos de la enseñanza de la palabra de Dios en nuestra propia época son evidencia de que por medio de sus mensajeros Dios todavía apela a cada persona con la invitación: “El que tiene oídos, oiga”.

Estas lecturas juntas llaman la atención de cómo los mensajeros designados de Dios llevan el evangelio por todo el mundo victoriosamente durante tiempos difíciles y malvados, llevando gran consuelo al pueblo de Dios que vive en los últimos tiempos y extendiendo una invitación urgente a no posponer el día de la salvación.

Apocalipsis

Todo el libro de Apocalipsis proclama que a pesar del aparente progreso de la obra de Satanás en los últimos días, Dios, su obra y su pueblo serán victoriosos.

Dios escribió el Apocalipsis mediante el apóstol Juan, quien había experimentado muy bien el odio de Satanás y sus seguidores y había sido exiliado a la isla de Patmos por el emperador romano “por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Apoc.

1:9). Por medio de Juan, Dios reveló el futuro para que los cristianos que sufren en el mundo de cada época pudieran ver con sus ojos de fe la victoria continua y final de la iglesia.

El texto - Apocalipsis 14:6,7

Este texto para el día de la Reforma es una luz brillante en un marco principalmente oscuro. Apocalipsis 13 describe en detalle el surgimiento de las bestias anticristianas que buscan hacer la guerra contra los santos, buscan poner su señal eternamente destructiva en aquellos que abandonan a Dios para seguir sus mentiras y destruir la predicación de la palabra. Las bestias convierten la tierra en un lugar temible para el pueblo de Dios.

Apocalipsis 14:1-5 describe una escena gloriosa de los santos gozando de una paz perfecta con Cristo. Pero puesto que es una escena celestial, los santos todavía en la tierra pueden preguntarse qué esperanza queda para ellos mientras todavía están en la tierra.

Apocalipsis 14:6,7 demuestra que hay buenas noticias para aquellos que todavía están en el mundo. Dios no ha abandonado al mundo y nunca lo abandonará al control de Satanás y sus bestias. Él interviene en la oscuridad del mundo y nos trae al mundo el gozo celestial de conocer a Jesús como el Salvador.

v. 6 - Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Este ángel es llamado “otro” (ἄλλον) ángel, tal vez porque se han mencionado otros ángeles en los capítulos del 7 al 10 (Apoc. 7:1; 8:2,3,7,8,10,12; 9:1,13; 10:1) o tal vez porque se menciona a otros ángeles después en Apocalipsis 14:8,9.

Los cristianos que se encuentran en medio de una batalla acalorada contra el poder del diablo encontrarán gran consuelo en este versículo. Encontrarán gran alivio al saber que Dios no retira su poder a las regiones celestiales y no deja la tierra a los designios del diablo. Se animarán con las noticias de que Dios todavía extiende su amor y compasión a los humanos en el mundo y seguirá haciéndolo a pesar de los esfuerzos de Satanás de sofocar la verdad.

Este mensajero celestial trae “las buenas nuevas” (εὐαγγέλιον) a los habitantes de la tierra. Es una noticia “eterna” (αἰώνιον), no solamente porque es el mensaje que ofrece la vida eterna en Cristo, sino porque perdurará para siempre. Ni siquiera las puertas del infierno prevalecerán contra ello.

Dios no demuestra parcialidad al compartir las buenas nuevas. De hecho, va a las personas individualmente estén donde estén. Para asegurarse de que todos sepan que no hay ninguna barrera al mensaje, Dios enfatiza que su blanco es “cada nación” (ἔθνος), tribu (φυλὴν), lengua (γλῶσσαν) y pueblo (λαόν)”. Él extiende al mundo su gran amor y

busca cuidadosamente en cada rincón y grieta hasta encontrar a los perdidos.

Hay algunas aplicaciones interesantes que podemos hacer con este versículo. Aunque el “ángel” no se debe interpretar como Martín Lutero exclusivamente, como si el texto exigiera esa interpretación particular, Lutero desde luego que es un ejemplo excelente de un mensajero por medio del cual el evangelio fue llevado a todo el mundo. Dios lo capacitó para hablar el evangelio en una época cuando el poder del Anticristo tenía una influencia tan fuerte sobre todo el mundo, que cada nación y cada lengua en la tierra parecía estar escuchando la propaganda de la bestia papal. Pero Dios usó a Lutero y a otros para abrirse camino entre la oscuridad. Dios procuró que las “buenas nuevas” salieran al mundo en un lenguaje claro, usando a Lutero y a otros para predicar con valor y hasta traducir las Escrituras en el idioma del pueblo común.

Dios sigue llevando su promesa a nuestro mundo. Usa mensajeros como ustedes y yo para compartir las buenas nuevas de Cristo a un mundo que deambula desesperadamente en el laberinto de la oscuridad espiritual de Satanás. Dios nos asegura que el evangelio no será silenciado. Él vencerá a Satanás. La palabra de Dios perdurará. Seguirá publicando las buenas nuevas de la salvación en Cristo a todo el mundo, hasta el mismo fin del tiempo y en cualquier lengua que sea necesaria.

v. 7 - Diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.

La bestia de Apocalipsis 13:1 sale “del mar”. La segunda bestia en 13:11 “subía de la tierra”. Ambas bestias luchan por dominar a las personas, destruir lo que Dios está haciendo y ser adorados como dioses. Pero ellos no tienen ningún derecho de ponerse como autoridades divinas, porque son seres creados. Usurpan injustamente la autoridad de Dios.

El mensajero de Dios es enviado para retar “a gran voz” (ἐν φωνῇ μεγάλῃ) la autoridad falsa de las bestias. Las palabras que exclama son un resumen del propósito por el cual el evangelio se proclama, concretamente, salvar a la gente de la ira de Dios. El ángel pone las cosas en su lugar, exclamando que los hombres deben temer (φοβήθητε) y dar gloria únicamente al verdadero Dios. Únicamente él está por encima de los cielos y la tierra. Él los creó junto con todo lo que está en ellos. Como el único verdadero juez, sólo él “puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mat. 10:28). El mandato de temer a Dios, entonces, es en parte una predicación del Primer Mandamiento y una amenaza de castigo para aquellos que no honren a Dios. Pero, también es una invitación a los creyentes a encontrar en Jesucristo su Salvador, al único que Dios envió para salvarnos en la hora del juicio.

Esto trae a la mente el mensaje poderoso de la tercera estrofa del bien conocido himno de la Reforma de Lutero: “Castillo fuerte es nuestro Dios” (CC 129):

Aun si están demonios mil
Prontos a devorarnos,
No temeremos, porque Dios
Sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor
Dañarnos no podrá;
Pues condenado es ya
Por la Palabra santa.

La palabra del evangelio condena a Satanás. Hace pedazos los escombros satánicos con la simple verdad de que únicamente Dios merece ser adorado como Dios, y puede ser adorado por medio de Jesucristo el Salvador.

Sugerencias homiléticas

Hay ciertos temas que se presentan en este texto muy gráficamente. Uno es la naturaleza penetrante del evangelio que llega hasta los rincones más remotos del mundo, quitando la oscuridad del pecado y la incredulidad:

El invencible evangelio

1. Quita la oscuridad del mundo con las buenas nuevas celestiales (v. 6a)
2. Llega a cada nación y lengua (v. 6b)
3. Motiva la verdadera fe cristiana en todo aquel que lo escuche (v. 7)

Otro tema posible trata del asunto de la autoridad presentado en el texto. Bajo este tema los cristianos pueden ser animados a no temer a la falsa autoridad de Satanás y sus amigos, sino honrar a Dios a causa de su exclusiva autoridad como el Juez y Salvador de toda la humanidad.

Temed a Dios y dadle la gloria

1. Únicamente él tiene el poder para juzgar (v. 7)
2. Únicamente él viene con poder para salvar (v. 6)

Y una sugerencia final que enfatiza la urgencia de proclamar el evangelio:

Ésta es la hora de Dios

1. La hora del juicio de Dios (v. 7a)
2. La hora de la misericordia de Dios (v. 6)
3. La hora de la oportunidad de Dios (v. 7b)

Cuando se proclame este texto el día de la Reforma, obviamente se incluirán aplicaciones acerca de Martín Lutero y su obra. Es un momento adecuado para recordar numerosos acontecimientos de la historia de la Reforma.

FIESTA DE MISIONES

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 2:1-5

Epístola - Romanos 10:11-17

Evangelio - Lucas 14:16-24

El año eclesiástico

En la lectura del Antiguo Testamento, Isaías 2:1-5, el profeta mira más allá de la destrucción del magnífico Israel causada por los babilonios y los asirios al reino del Señor “en los últimos días” (la época del Nuevo Testamento). Sión (Jerusalén), o sea, la iglesia cristiana, será el punto central. La predicación del evangelio traerá paz sobre la tierra en los corazones de los creyentes.

La Epístola para hoy, Romanos 10:11-17, explica que Dios ofrece las riquezas de salvación tanto al judío como al gentil. Pero esa oferta sólo se extiende por medio de la predicación del evangelio, y la aceptan todos aquellos que creen.

La lectura del Evangelio, Lucas 14:16-24, es la parábola de la gran cena. El Señor preparó el banquete de la salvación para todo Israel en Jesucristo. Cuando los primeros invitados (los judíos) menospreciaron la invitación, Dios se aseguró de que sus siervos invitaran a otros (los gentiles) que apreciarían y aceptarían su invitación evangélica misericordiosa.

El tema para hoy es la oferta universal de la salvación que nuestro Señor de gracia extiende en el evangelio de Cristo, primero a los judíos, y luego a los gentiles.

El texto - Romanos 10:11-17

Antes en este mismo capítulo, Pablo expresó el deseo ferviente para la salvación de Israel. Pero él sabe que en cuanto ellos procuraran la justicia por medio de la ley, no la alcanzarían. Sin embargo, los gentiles que no procuraron la justicia por medio de la ley, la alcanzarían porque viene por medio de la fe.

Esa fe es la simple creencia de que Jesús es el Hijo de Dios y nuestro Señor que murió por nosotros y resucitó a la vida. En la confesión de esa fe la salvación es para todos.

Pablo ahora corrobora esta enseñanza con dos citas del Antiguo Testamento.

v. 11 - Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.

Este versículo se encuentra en dos lugares: en Isaías 28:16 y 8:14. También se cita en el Nuevo Testamento en Romanos 9:33 y 1 Pedro 2:6. Aquí el Señor asegura a todos los creyentes en Cristo que “no serán avergonzados” (καταισχυνθήσεται). Describe la vergüenza y la desilusión que vendrán a algunos cuya fe y esperanza son vanas. La expresión hebrea que se usa aquí significa “huir rápidamente o con miedo”. Cuando Pedro cita a Isaías enfatiza que esto de ninguna manera (οὐ μή) sucederá a los verdaderos creyentes en Cristo. Pablo añade a Isaías “todo aquel” (πᾶς) para demostrar que esto es verdad sin excepción. Es una promesa universal de la gracia. Hablaremos más sobre este punto en el próximo versículo.

vv. 12-13 - Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Algunos judíos pensaron que puesto que Dios los escogió, eran mejores que los gentiles. Por lo tanto, los gentiles tenían que convertirse al judaísmo para ser salvos. Pero Pablo cita a Joel 2:32, y señala que no hay diferencia (διαστολή) en las Escrituras entre el judío y el gentil. La palabra para “gentil” (Ἕλληνας) se usa en un sentido amplio, incluyendo a todas las gentes bajo la influencia de la cultura griega. Significa “pagano” o “incrédulos”.

El Señor es “rico” (πλουτῶν) en bendición para con todos los “que le invocan” (ἐπικαλουμένους). Aquí enfatiza la gracia incansable de Dios. No importa cuántos pecadores lo invoquen pidiendo misericordia, no importa cuán graves sean sus pecados, la gracia de Dios siempre es mayor (Rom. 5:20). Esto es verdad tanto para el judío como para el gentil. Nuestro Señor, el Dios Salvador, es Señor de todos y salva a todos de la misma manera — por gracia por medio de la fe. Ninguna obra de la ley, ninguna herencia nacional, ningún favor especial salva a nadie. Tanto los judíos como los griegos son salvos exactamente de la misma manera.

Todos los creyentes en Cristo serán salvos (σωθήσεται), rescatados, preservados seguros y sin daño. Este pasaje de Joel (2:32) Pedro lo cita en el sermón de Pentecostés. El hebreo que se usa aquí significa “ser rescatado”. Joel también enfatiza la universalidad de la invitación de Dios — “todo aquel” (πᾶς). Note, también, que Pablo aquí identifica “invocar el nombre del Señor” con “confesar que Jesús es Señor” (10:9). Jesús es Jehová, el Señor. Este versículo es un arma poderosa contra los errores de los mormones, los Testigos de Jehová y otros grupos que niegan la divinidad plena de Jesús.

Ahora Pablo comienza su famoso hilo de pensamiento:

vv. 14-15 - ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!

Pablo presenta aquí los medios de gracia con cada eslabón para demostrar cómo Dios obra la fe salvadora en los corazones humanos. Con una serie de deducciones lógicas Pablo convence a sus lectores de la importancia de predicar el evangelio a todos.

Si el pecador va a pedir misericordia de alguien, primero debe tener confianza en aquella persona. Si el pecador va a tener esa confianza, debe haber escuchado antes algo acerca de esa persona para crear dicha fe.

Podemos escuchar algo o directamente de esa persona o indirectamente por medio de otros. Sin duda, nadie aprenderá nada acerca de una persona muy importante, dice Pablo, excepto por medio de un mensajero o un “heraldo” (κηρύσσοντος). Un heraldo representa a un rey o gobernador. No se atreve a cambiar una palabra de su mensaje. Debe anunciarlo exactamente como lo recibió. Es la voz de su amo, quien en los tiempos antiguos con frecuencia estaba presente también. Aquellos que son los verdaderos heraldos de Cristo hoy anuncian su palabra exactamente como él se la ha dado a ellos. Por medio de ellos otros escuchan a Cristo hablar (Lucas 10:16).

Por último, una persona a la que su amo no le ha encargado esa obra, no tiene el derecho a hacerla. ¡Cuán maravilloso es, entonces, cuando Dios llama y encarga a los heraldos para anunciar sus buenas nuevas de salvación para todos!

Esta cita de Isaías 52:7 demuestra la verdadera “hermosura” (ὡραῖοι), la oportunidad, de los “anunciadores de la paz” (εὐαγγελιζομένων). El profeta usa tres términos diferentes para describir las buenas nuevas del heraldo del Señor — “paz... buenas nuevas... salvación”. Por esa razón esta noticia se llama “buena” (ἀγαθά), o literalmente, “tesoros exquisitos”.

vv. 16,17 - Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

Es obvio que Pablo está escribiendo acerca de los judíos, puesto que Isaías habló solamente de su propia nación. No todos, o sea, sólo unos cuantos, “aceptaron” (ὕπήκουσαν) el evangelio. Con un objeto en el dativo, significa “obedecer” o “abrazar en sometimiento total”. Ése es el tipo de recepción que uno esperaría para las buenas nuevas — especialmente si las buenas nuevas tratan de la justicia, la reconciliación con Dios y la salvación eterna. Cuán ilógica, cuán impensable, que aquellos que tuvieron las promesas de Dios ahora rechazaran el cumplimiento en Jesús. ¡Qué oídos tan sordos! ¡Qué dureza en sus corazones! Esta cita de Isaías (53:1) es parte del mismo núcleo de la predicación mesiánica de Isaías. Los judíos no quisieron aceptar en fe la predicación de la justificación por medio de la gracia en la redención de Cristo. Ellos no aceptarían el mensaje del Señor como verdadero y confiable. Al contrario, se opusieron a esa enseñanza de que los pecadores pobres y perdidos sean declarados justos por la gracia sola y que ellos recibieran esta justicia por la gracia sola. Al oponerse a la palabra, se

opusieron a los medios de gracia — el único camino por medio del cual la fe salvadora obra en el corazón del pecador. El mensaje de la salvación es el mismo poder por medio del cual Dios obra la fe. La fe viene no del acto de escuchar, sino de lo que se escucha — el mensaje mismo. Por lo tanto, Jesús oró en su oración sacerdotal: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Los cristianos no se encuentran en este mundo sino donde la palabra de Dios primero ha sido proclamada. En el Nuevo Testamento, desde la predicación de Pedro a los judíos el día de Pentecostés hasta Pablo que estableció congregaciones por todo el mundo gentil, éstos fueron los medios que el Espíritu Santo escogió para llevar las bendiciones de la redención a los pecadores perdidos.

¿Por qué esa predicación tendrá un efecto tan maravilloso? Porque, dice Pablo, es “la palabra de Cristo”. “Por la palabra” (διὰ ῥήματος) introduce un genitivo objetivo que puede traducirse, “por medio de la palabra”. “La palabra de Dios” es toda la palabra. A la iglesia se le comisionó bautizar y enseñar todo lo que Cristo mandó (Mat. 28:20). El mensaje que produce la fe es el mensaje acerca de Jesucristo. La predicación cristiana se basa en las palabras de Cristo, quien como Señor de la iglesia, envía a sus apóstoles y testigos del evangelio.

Sugerencias homiléticas

Hay dos pensamientos principales en este texto que son apropiados para una fiesta de misiones.

La universalidad de la gracia de Dios en Cristo se enseña claramente (ver Juan 6:40; 1 Tim. 2:4; 2 Ped. 3:9). Pablo presupone aquí que sus lectores entienden la justificación que él presentó anteriormente en esta carta (Rom. 3 y 4). La gracia universal de Dios es la base para el llamamiento evangélico de Dios.

La singularidad del evangelio también se enfatiza aquí. Las noticias maravillosas de la gracia de Dios nunca podrán descubrirse por medio del conocimiento natural de Dios que tiene el hombre (ver 1 Cor. 2). La Biblia sola es la verdad revelada de la salvación. El Espíritu Santo obra la fe salvadora únicamente a través de los medios de gracia.

Un punto subordinado que vale la pena mencionar se encuentra en el versículo 15: “¿Cómo predicarán si no fueren enviados?”. Aquí es donde los medios de gracia comienzan su obra. Dios envía a sus mensajeros para compartir el evangelio. Envía a apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros (Efe. 2). Por medio de ellos las congregaciones son preparadas también para ser testigos de Cristo.

No obstante, desde los días de los apóstoles y los profetas, Dios lo ha enviado por medio de la iglesia. Los creyentes se unen en el nombre de Cristo (Mat. 18:18-20) y llaman a los siervos públicos de la palabra para predicar y enseñar el evangelio (ver Hechos 11:22, 13:2).

Este procedimiento ordenado, no obstante, no lo siguen los predicadores heterodoxos. Ellos creen que el Espíritu Santo llama a las personas a la fe sin los medios de gracia y que los llama a predicar sin tener un llamamiento de la iglesia. ¡Esos predicadores del evangelio no enviados han hecho mucho daño a la iglesia!

Tratando de reflejar el estilo de redacción de Pablo en este texto, podríamos usar:

Preguntas perspicaces acerca de la obra misionera

1. ¿No quiere Dios que todos sean salvos? (vv. 11-13)
 - A. Dios prometió enviar al Salvador para todos
 - B. Cristo redimió a todos
 - C. Todos los que creen en Cristo serán salvos
2. ¿No necesitan todos que el evangelio les sea predicado? (vv. 14-17)
 - A. La salvación se encuentra únicamente en el evangelio
 - B. Ese evangelio debe ser compartido con todos
 - C. Aquellos que creen, serán salvos; aquellos que lo dudan, serán condenados.

Con referencia a la imagen de Isaías 52:7, podríamos hacer una presentación como la siguiente:

Extender el evangelio es una obra hermosa

1. El evangelio en sí es hermoso (vv. 11-13)
 - A. La gracia de Dios abarca a todos
 - B. Todos los que creen serán salvos.
2. Los pies de los que lo anuncian son hermosos (vv. 14-17)
 - A. Dios en su gracia nos envía como sus predicadores
 - B. Dios en su gracia obra por medio de nuestro mensaje.

Siguiendo la lógica de Pablo, podríamos usar el siguiente esquema:

La cadena dorada de las misiones

1. Comienza con la gracia de Dios (v. 12)
2. Sigue por medio de la obra misionera cristiana (vv. 14-17)
3. Termina con la salvación eterna (vv. 11,13)

La obra misionera es preciosa

1. Sólo el evangelio salva (vv. 14-15)
2. Todos necesitan el evangelio (vv. 16-17)
3. Todos los que lo creen serán salvos (vv. 12-13)

El evangelio - universal y único

1. Salva a todos (vv. 12-13)

- A. Dios perdona a todos
 - B. Se ofrece a todos
2. Es el único que puede salvar (vv. 14-17)
- A. Es el único medio de salvación
 - B. Solamente aquellos que creen serán salvos

FIESTA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Las Escrituras

Antiguo Testamento - Isaías 61:10-11

Epístola - 1 Timoteo 2:1-4

Evangelio - Lucas 17:11-19

El año eclesiástico

La lectura del Antiguo Testamento, de Isaías 61:10-11, es la respuesta del creyente a la proclamación profética de la misión salvadora del Señor. En esta canción de alabanza y acción de gracias Isaías se regocija en esa salvación que el Señor ha preparado para todos. Al hacer una pausa para dar gracias al Señor, recordamos con gozo la mayor de todas las bendiciones.

La lectura de la Epístola es de 1 Timoteo 2:1-4. En esta sección el Apóstol Pablo anima a Timoteo a incluir a todas las personas en sus oraciones y acciones de gracias a Dios. Esas oraciones fomentarán no sólo un ambiente de paz y tranquilidad que promueve la vida santa, sino sobre todo, fomentará la extensión del evangelio. La buena y misericordiosa voluntad de Dios es que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

La lectura del Evangelio es la historia familiar de los diez leprosos, que se encuentra en Lucas 17:11-19. Después de que era obvio que Jesús había curado a los diez leprosos de una manera milagrosa, sólo uno regresó a dar gracias y alabar a Dios.

Si hay un vínculo común entre las tres lecturas, sería el énfasis sobre nuestras bendiciones espirituales, especialmente el don de nuestra salvación. Éste es el mayor regalo que tenemos de Dios y un regalo por el cual debemos darle las gracias y alabarlo durante todo el año.

El texto - 1 Timoteo 2:1-4

Después del primer “encarcelamiento” en Roma, Pablo llevó a Timoteo con él para visitar las congregaciones. En ese viaje Pablo dejó a Timoteo a cargo de la congregación en Éfeso. Como Timoteo estaba ahora a cargo de la supervisión de la obra evangélica en Éfeso, Pablo escribió las dos cartas que llevan el nombre de Timoteo, dándole instrucciones para su ministerio.

Después de darle las instrucciones a Timoteo de permanecer en la fe, Pablo comienza esta nueva sección en la cual da instrucciones sobre el tema de la oración:

vv. 1-2 - Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad.

Con esta sección Pablo comienza una serie de exhortaciones, o peticiones, que desea que Timoteo y el pueblo al que él sirve recuerden. La primera de estas "exhortaciones" fue acordarse de todos en sus oraciones.

Pablo usa cuatro términos diferentes para describir qué tipo de peticiones Timoteo debe hacer. “Rogativas” (δεήσεις) se refieren a ruegos específicos o peticiones para satisfacer ciertas necesidades. El término “oraciones” (προσευχαί) es una palabra amplia general para las peticiones de todo tipo en comparación con las peticiones más específicas. “Peticiones” (ἐντεύξεις) son oraciones intercesoras expresadas con una confianza infantil y confiando en que Dios proveerá lo que es mejor para las necesidades de los demás. El cuarto y último término “acción de gracias” (εὐχαριστία) agrega el reconocimiento gustoso por las bendiciones recibidas en el pasado. Estos cuatro tipos de oraciones o peticiones son importantes y necesarias cuando nos dirigimos a Dios en beneficio de los demás.

Pablo exhorta que esas oraciones incluyan a todos, “para todos”. No debe haber ninguna restricción con respecto a las personas por quienes oramos. Debemos preocuparnos por las necesidades de todas las personas, aún por las de nuestros enemigos (Mat. 5:44). Esto es especialmente necesario cuando deseamos la salvación de todos.

Pablo nombra específicamente a los “reyes” y a “todos los que están en eminencia” como aquellos que debemos recordar en nuestras oraciones. El bienestar de "todos los hombres" está estrechamente relacionado con los hombres que gobiernan. No obstante, Pablo no limita la forma ni el tipo de gobierno por el cual debemos orar. La forma de gobierno bajo el cual Pablo y Timoteo vivían era corrupta de muchas maneras. Aun así, Pablo reconoció que su gobierno era una institución de Dios a la cual él y todos sus ciudadanos estaban sujetos y a la cual debían obediencia. Todas las personas deben obediencia y apoyo a su gobierno en todos los asuntos que no se oponen a la voluntad expresa de Dios. Tal vez no estemos de acuerdo con todo lo que las autoridades gubernamentales hagan, pero mientras lo que exigen de nosotros no vaya en contra de la voluntad explícita de Dios, debemos someternos a ellas.

Pablo nos está enseñando que cuando oramos por las personas en autoridad, a la larga, serán para el mayor beneficio de todos. Mientras imploramos a Dios para que provea buenos y fieles líderes para nuestra nación; mientras suplicamos al Señor que bendiga y prospere nuestra tierra con un buen gobierno; mientras esperamos que el Señor aleje todas las amenazas fronterizas de nuestro país; mientras expresamos nuestras acciones de gracias por todas las bendiciones y libertades que gozamos en nuestra nación — todas estas oraciones llegarán muy lejos para lograr el propósito de Dios de que “vivamos

quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”.

“Quieta” (ἡρεμος) y “reposadamente” (ἡσύχιος) son sinónimos cercanos. Podemos distinguir entre los dos diciendo que “quieta” se refiere a una paz interior, libre de temores, mientras “reposadamente” se refiere a una tranquilidad exterior, libre del acoso. Cuando las personas gozan de la bendición de un buen gobierno, pueden vivir libres del temor y del acoso.

El lado positivo de esto es que esa libertad del temor y del acoso nos permitirá vivir “en toda piedad y honestidad”. Mientras “piedad” y “honestidad” no son vocablos sinónimos, también expresan la conducta interior y exterior. “Piedad” (εὐσεβεία) es una reverencia interior para con Dios y “honestidad” (σεμνότητι) es la acción correspondiente agradable a Dios hacia nuestros prójimos.

En esta sección, entonces, Pablo anima a Timoteo y a su congregación a implorar a Dios en nombre de todos para que la paz pueda reinar y para que la voluntad de Dios pueda ser llevada a cabo en la vida de todos. Esto está de acuerdo con el propósito final que Dios tiene en mente para todos y es lo que Pablo declara en los últimos versículos de este texto.

vv. 3,4 - Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

“Esto” se refiere a la exhortación de Pablo a que Timoteo y su congregación se acuerden de pedir por todos. Esto es bueno, no porque Pablo lo dice, no porque Timoteo dirá a las personas que lo hagan, sino porque esto es algo agradable y aceptable a Dios. Esto, entonces, debe servir como un incentivo para Timoteo y la congregación, no sólo para incluir a todos en sus oraciones regularmente, sino para que lo hagan con convicción y sinceridad de corazón.

Este Dios a quien dirigimos nuestras oraciones y ante quien nuestras oraciones son agradables y aceptables es “nuestro Salvador”. Él es el Dios que ha proporcionado la salvación para todos los pecadores por medio de su sangre y ahora desea que esta verdad de la salvación sea aplicada a los corazones de todos. Este Dios “quiere que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”.

Dondequiera que el Señor bendiga a su pueblo con paz y libertad, esto provee un buen ambiente para la proclamación y extensión del evangelio. El evangelio es el medio por el cual Dios quiere que todos sean salvos. A través del evangelio las personas llegan al conocimiento de esa verdad que las salva y les da la vida eterna.

Jesús es esa “verdad” salvadora. Mediante el evangelio las personas llegan a un conocimiento y entendimiento de esta “verdad” y son conducidas a aceptarla por medio de la fe.

Estos dos versículos, aunque breves, son ricos en contenido y proveen al predicador una excelente oportunidad para proclamar la voluntad salvadora de Dios para con todos los pecadores. Ya que Jesús murió por todos, Dios desea que la salvación llegue a todos por medio de la proclamación del evangelio.

Al mismo tiempo, todo este texto sirve como una exhortación excelente para que nuestros miembros lleven a cabo la “obra misionera” por medio de sus oraciones. Dios ha prometido contestar nuestras oraciones de acuerdo con su buena y misericordiosa voluntad. Y desde luego que la salvación es parte de su buena y misericordiosa voluntad. La oración, entonces, es un medio eficaz para expresar nuestro propio deseo de que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

Este texto podría proveer una buena oportunidad para destacar ciertas secciones de “la oración general” donde incluimos a “todos” en nuestras oraciones, “reyes y todos aquellos que están en autoridad”.

Sugerencias homiléticas

Para usar este texto para el día de Acción de Gracias sugerimos los siguientes esquemas:

Nuestra oración de acción de gracias

1. Una oración para el bienestar temporal de todos (vv. 1-2)
2. Una oración para el bienestar eterno de todos por medio del evangelio (vv. 3-4)

Las dos partes del sermón tendrían un pensamiento común: a medida que oremos por el bienestar temporal de todos, se abrirá el camino para la predicación del evangelio y el bienestar eterno de todos.

Otras dos posibles presentaciones son las siguientes:

Oremos por el reino bueno y misericordioso de Dios

1. En las vidas de todos (vv. 1,2)
2. En los corazones de todos (vv. 3,4)

O:

Dios quiere que todos sean salvos

1. Oremos para que él prepare un camino para que esto suceda
2. Oremos para que él lo lleve a cabo.



Multi-Language Publications
Bringing the Word to the World

Sermon Studies – Epistles – Series A - Spanish
MLP Catalog Number: 38-5176